



MARGARETE  
BUBER-NEUMANN

Prisionera de  
Stalin y Hitler

En los años previos a la Segunda Guerra Mundial, un gran número de personas de ideología comunista volvió los ojos hacia la Unión Soviética, baluarte de lo que amaban y defendían. Pero una vez allí, a menudo fueron acusados de espionaje o contrarrevolución y enviados a los campos de trabajo de Siberia. Es el caso de Margarete Buber-Neumann, esposa de un miembro del Partido Comunista alemán que huyó a la URSS, donde en 1937 fue arrestado y donde su mujer le vio por última vez. Un año más tarde comenzaría el calvario de la propia Margerete, condenada a cinco años en campos de trabajo. De Siberia fue trasladada al campo de concentración nazi de Ravensbrück, ya en su propia tierra, pero no por eso menos cruel ni humillante.



Margarete Buber-Neumann

# Prisionera de Stalin y Hitler

ePub r1.0

Titivillus 18.12.2018

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Als Gefangene bei Stalin und Hitler*

Margarete Buber-Neumann, 1948

Traducción: Luis García Reyes & María José Viejo Pérez

Prólogo: Antonio Muñoz Molina

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

Edición digital: epublibre, 2018

Conversión a pdf: FS, 2019



A mi madre

## Prólogo



*Margarete Buber-Neumann en los años 50*

Como el poeta Milosz, Margarete Buber-Neumann podría haberse quejado de que a su generación le tocó vivir tiempos demasiado interesantes. Nunca protagonista, siempre

estuvo, para bien y para mal —con mucha frecuencia para mal— demasiado cerca de quienes sí lo eran, como si hubiera nacido para un destino doble de testigo y víctima inocente. Su destino, como el de tantos en Europa, parecía modesto, ordenado y burgués, hasta que la guerra del 14 lo trastornó todo: nació en Postdam, en una familia de clase media e ideas monárquicas, y el pacifismo de su adolescencia derivó en radicalismo político y militancia comunista según la derrota bélica y la crisis de la posguerra desbarataban el paisaje social de Alemania. Ahora su nombre, su apellido compuesto, aluden a una figura central en la memoria del siglo xx, pero durante mucho fue una sombra, una presencia lateral, situada en la estrecha cercanía de algunos protagonistas de aquel tiempo: Buber es el apellido de su primer marido, hijo de Martin Buber, el filósofo judío de Viena que dio sustancia teórica y programa político al sionismo progresista; a través de su hermana, Babette, que se casó con él, Margarete se relaciona con Willi Munzenberg, la eminencia gris de la propaganda cultural en Occidente de la Tercera Internacional. Pero es su segundo marido, Heinz Neumann, quien marca definitivamente su porvenir, situándola primero en la enrarecida aristocracia del comunismo alemán, y luego arrastrándola en su caída gradual hacia el ostracismo y el cautiverio.

Un último encuentro completa la cualidad de testigo imprescindible de Buber-Neumann, y seguramente termina de decidir su vocación de narradora: en el campo alemán de Ravensbrück conoció a Milena Jesenská, que veinte años antes había compartido un amor apasionado y tortuoso con Franz Kafka. En mayo de 1944, cuando ya llegan al campo rumores de la próxima invasión aliada de Europa, Milena agoniza y Margarete le hace la promesa de que alguna vez contará lo que las dos han vivido. Quizás sin esta promesa

no se habría convertido en la escritora que fue: y al escribir Margarete Buber-Neumann deja de ser testigo lateral y pasa al primer plano, convirtiéndose en una de las voces que recordaron el horror doble de los campos soviéticos y nazis, y que ayudaron a establecer su común naturaleza totalitaria.

No fue una tarea fácil, aunque ahora parezca evidente, al menos en países mejor informados o menos esclerotizados ideológicamente que España, donde aún quedan quienes se ofenden si se sugiere que Stalin fue tan genocida como Hitler, o que el Gulag fue tan consustancial al sistema soviético como Auschwitz al nazismo alemán. En 1945, la Unión Soviética era una de las potencias vencedoras de la guerra, y cualquier duda que el sistema estalinista pudiera despertar parecía irrelevante comparada con el heroísmo del Ejército Rojo o con los veinte millones de muertos que la invasión alemana le había costado al país. En Francia y en Italia, los partidos comunistas, legitimados por su participación en la Resistencia, dictaban la línea política de la izquierda y llevaban la iniciativa en el campo cultural, y su hegemonía era tan poderosa, tan indiscutida, que cualquier disidencia estaba condenada a la invisibilidad, o peor aún, a la etiqueta de complicidad con el enemigo capitalista. Albert Camus pagó muy cara su heterodoxia: y aún faltaba mucho tiempo para que se abriera paso en Occidente el testimonio abrumador de *Archipiélago Gulag*.

Es importante tener en cuenta esa conspiración de silencio para comprobar el impacto de un empeño memorial como el de Margarete Buber-Neumann, que apareció en Alemania y Suecia en 1948, y se tradujo al francés en 1949. Su alegato es más imponente porque parece despojado de ideología. A Evgenia Ginzburg, que fue detenida en Kazán casi al mismo tiempo que Heinz Neumann en Moscú, la atormentaba el absurdo de que la persecución se cebara en



ella, que era una militante no menos fanática que sus acusadores. Lo que nos desconcierta desde las primeras líneas del relato de Buber-Neumann es que no parece hacerse ninguna pregunta, de modo que las cosas suceden — le suceden— según una lógica que enseguida se vuelve natural, como el progreso de una enfermedad de la que sólo se conocen los síntomas. No hay una voluntad retrospectiva de justificación, no hay una protesta de inocencia: en febrero de 1937 el terror se extiende por Moscú tan espontáneamente como la peste negra por una ciudad medieval, y lo más que cabe hacer es tener paciencia y aprender algunas astucias, acomodarse en lo posible en cada estado sucesivo de la desgracia. En Moscú, en el enorme hotel Lux, destartalado y siniestro, los funcionarios extranjeros de la Tercera Internacional acuden cada día a su trabajo y espían signos del peligro, no dicen nada por teléfono porque saben que los teléfonos están intervenidos, apenas hablan en susurros porque en las lámparas, bajo las mesas, en las paredes de las habitaciones, hay micrófonos ocultos.

A Heinz Neumann lo arrestaron en la primavera de 1937, y ya no se volvió a saber nada de él. Fatalmente, desde el día en que se lo llevaron, su mujer estaba condenada a esperar a que vinieran también por ella, pero parece que un atributo del poder tiránico es la lentitud, y aún vivió unos meses en libertad, siempre con una maleta preparada debajo de la cama, cada noche escuchando pasos que se acercaban y temiendo que esta vez serían por fin los de sus verdugos. Eran todavía los tiempos de la guerra de España y de los Frentes populares, y la izquierda occidental vivía una especie de luna de miel con el comunismo soviético tan empapada de ceguera que no se vio malograda ni por el espectáculo de los procesos de Moscú. De los literatos y

artistas europeos que peregrinaban a la llamada patria del socialismo, y que allí eran halagados en su vanidad y manipulados en sus buenas intenciones, o en su frívola falta de atención a lo que sucedía delante de sus ojos, sólo uno, André Gide, se atrevió a romper la malla de la propaganda y de la complacencia, y escribió un libro —*Retour de l'URSS*— que aún sigue siendo un testimonio magnífico de libertad intelectual, y que le costó decenios de ostracismo en la izquierda (todavía en los primeros setenta Pablo Neruda lo denigraba en sus memorias, haciendo bromas vejatorias sobre su condición sexual, por cierto).

El hipnotismo era tan fuerte que incluso cuando, en el verano de 1939, Hitler y Stalin firmaron el pacto de no agresión, una parte muy considerable de la izquierda política e intelectual europea encontró razones para justificar la alianza de los soviéticos con quienes parecían sus peores enemigos. Las palabras pueden ser retorcidas de modo que expliquen cualquier cosa, y las ideologías fanáticas suelen ser inmunes a los desmentidos de la realidad: pero para Margarete Buber-Neumann el pacto nazi-soviético tuvo un significado muy concreto, que fue el traslado de un sistema concentracionario a otro, de los barracones y las alambradas y las torres de vigilancia del Gulag a los de los campos alemanes, porque uno de los muchos artículos de aquel acuerdo de vileza era la entrega a Alemania de aquellos ciudadanos del país que hubieran escapado del nazismo y buscado refugio en la Unión Soviética.

Este fue el privilegio atroz, la doble condición de perseguida de Margarete Buber-Neumann. A quien nos quiera enredar en disquisiciones sobre las diferencias entre un sistema y otro, lo mejor que podemos hacer es regalarle este libro, ofrecerle el testimonio de quien conoció los dos. En los primeros meses de 1945, según los soviéticos

avanzaban hacia el oeste, Buber-Neumann, todavía prisionera de los nazis, sabe que si los liberadores la alcanzan la harán volver a Siberia. Lo que la ayuda a vivir, a persistir desesperadamente en su doble huida, es la promesa que le hizo a su amiga Milena, la mujer hermosa, libre, heroica, que había resistido contra los alemanes en Praga y logrado que se salvaran las cartas que le dirigió a principios de los años veinte aquel escritor judío desconocido, Franz Kafka, que también habría muerto en un campo de exterminio si no lo hubiera matado en 1924 la tuberculosis. Kafka, Milena Jesenská, Margarete Buber-Neumann: que esos nombres sobrevivan, que los recuerdos y las palabras que dejaron estén vivos todavía, es quizás una prueba alentadora de la capacidad de resistir de la inteligencia, más perdurable que la doble conjura totalitaria que estuvo a punto de aniquilarla en Europa.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

# PRÓLOGO DE LA TRAGEDIA

## LA VIDA ES MÁS ALEGRE

Era el 30 de abril de 1937. Moscú se preparaba para la fiesta del Primero de Mayo. El sol radiante de la primavera rusa inundaba la Ulitsa Gorkovo. Con un paquete bajo el brazo, intentaba abrirme paso a través de la riada humana que avanzaba lentamente. Se estaban probando altavoces colocados en las fachadas de las casas. La «Marcha triunfal» de *Aida* resonaba con brío en la calle. Quise desembocar en una calleja lateral para no seguir oyendo el estruendo, pero una multitud de hombres y mujeres, vestidos todavía con sus prendas grises de invierno forradas de algodón, se agolpaba en la esquina y ocupaba toda la anchura de la calle para contemplar cómo era izado un gigantesco retrato de Stalin en la fachada de una casa. «¡Si por lo menos no tuviera que verlo!». En cualquier lugar hacia donde se dirigiera la mirada había retratos de Stalin. En los escaparates, en las paredes de las casas, en la entrada de los cinematógrafos, siempre la misma cara con el bigote lacio; en la estrecha calleja lateral que conducía a Petrovka, resonaba un vals vienés.

Avancé presurosa con el corazón palpitante. Había perdido dos días, dos días enteros abandonada a mi dolor

mientras que él estaba en alguna celda de la Lubianka.  
¿Cómo podía olvidarlo?

Cuando llegué a la plaza de la Gran Opera, habían terminado de erigir una estatua de Stalin de madera, con una altura de más de diez metros, vestido con largo capote de soldado y en actitud de marchar. Alrededor de ella ondeaban innumerables banderas rojas.

¿Me admitirían al menos el paquete con alimentos y ropa?  
¿Y la carta? Me iba repitiendo las frases en ruso para no equivocarme después ante la ventanilla de la prisión: «Mi marido, Heinz Neumann, fue detenido el 28 de abril por la NKVD<sup>[1]</sup>. ¿Dónde está? ¿Puedo visitarle? ¿Puedo entregarle un paquete y una carta?».

Frente a la Lubianka se encontraba la oficina de información para las familias de los detenidos por la NKVD. El local estaba repleto de gente. Delante de una de las ventanillas se había formado una larga cola que daba varias vueltas. Los que en ella esperaban no se atrevían a hablar en voz alta. Se respiraba ya un aire de prisión. En la puerta de entrada había un hombre con uniforme de la NKVD.

La cola iba avanzando con una lentitud abrumadora. En todas las caras vi la misma angustia, el mismo sufrimiento. Hablaban entre sí en voz baja: «¿Ha encontrado usted ya al suyo?», «¿Le dejarán darle dinero?», «¿Desde cuándo está ahí dentro?». Y luego, siempre el mismo relato: «Vinieron alrededor de la una de la madrugada, le preguntaron si tenía armas, lo registraron todo y no le permitieron llevarse nada. Sin embargo, me consta que es inocente».

Me saltaba el corazón y tenía la boca completamente seca. Ya sólo tengo a tres personas delante. Intento comprender las preguntas y las respuestas del empleado, pero he olvidado totalmente lo que sabía de ruso. Ya estoy ante la

ventanilla. Está tan alta que solamente con esfuerzo puede percibirse el interior; inmediatamente detrás hay una cara inmóvil, con lentes. Balbuceo mis frases aprendidas de memoria, pero no logro terminarlas; pretendo hacer pasar la carta por la abertura —el paquete es demasiado grande—, pero un enérgico «no» corta de raíz toda nueva pregunta y ya la avalancha humana me empuja hasta la puerta. Con los ojos llenos de lágrimas y parpadeando a causa del sol, me encuentro en la calle con el paquete bajo el brazo y la carta en la mano.

—Debiera ir usted a la Butirka; quizá pueda encontrarle allí. —La viejecita con mantón se ha acercado y me consuela—. Tampoco el mío está ahí. Venga, le indicaré el camino y lo que debe hacer.

Mientras atravesábamos las engalanadas calles de Moscú bajo las banderolas con inscripciones de: «Se vive mejor; la vida es más alegre (Stalin)», la anciana me contó que dos días antes habían detenido a su hijo menor Kolia.

—Les dicen siempre que deben expresar sus opiniones, y Kolia lo hace sólo cuando ha bebido un poco de más. Y ahora está preso... Era albañil. Y tan bueno...

Quise corresponderle con alguna frase de consuelo:

—Ya verá qué pronto le dejarán salir...

—No, ni lo piense. El que entra en esta máquina de picar carne jamás sale sano.

En un muro alto y largo hay una pequeña puerta. En el interior un patio estrecho desde el que una escalera conduce al local con las ventanillas de información de la prisión política de Butirka. El patio y la escalera estaban llenos de gente de pie y sentados en cuclillas. Los niños jugaban alrededor de sus madres. Me informé de que dentro, detrás de la puerta, era necesario presentarse ante un centinela,

exhibir en primer lugar el pasaporte y recibir entonces un número. Yo expliqué al centinela que no tenía pasaporte.

—Soy extranjera y mi permiso de estancia está retenido en el Komintern<sup>[2]</sup>.

—Traiga usted su documentación. De otro modo no obtendrá salvoconducto —me respondió breve y correctamente el soldado.

Volví con la anciana. No supo qué aconsejarme.

—Desde luego, el reglamento lo dice así —me explicó.

Después nos despedimos afectuosamente y nos separamos.

Mi habitación en el hotel Lux, sede del Komintern, muestra todavía las huellas del desorden ocasionado por el registro y detención de mi marido, tres días antes. El suelo está alfombrado de libros y trozos de papel.

Llegan ahora los tres días de la fiesta de mayo en que están cerradas las oficinas de la prisión y no podré hacer nada por verle. ¡Qué espantosa noche la del 27 al 28 de abril! Era aproximadamente la una de la madrugada cuando golpearon violentamente la puerta de nuestra habitación. Salté de la cama y encendí la luz. Los golpes se repetían en la puerta:

—Heinz, por el amor de Dios, ¡despiértate!

Sonrió y se volvió del otro lado.

Temblaba al abrir la puerta. En el umbral había tres agentes de la policía soviética, con el director del Lux. Sus órdenes no llegaban a mi cerebro; sólo retumbaban en mi oído y me dolían como martillazos. Me falló la voz.

Nuestra habitación fue poseída por el crujido de las botas. Rodearon el lecho del delincuente, apaciblemente dormido.

Pero la voz de: «¡Neumann, levántese!» le hizo despertar sobresaltado.

—¿Tiene usted armas?

Su cara conservó durante unos pocos segundos aquella expresión de horror casi infantil, para adquirir enseguida una palidez mortal, una vez decidido a luchar por la vida:

—¡Protesto contra esta detención!

—Le queda mucho tiempo para protestar.

La irónica respuesta provenía del *natschalnik* del grupo. Las gafas sin montura que llevaba le hacían parecer un intelectual.

«¡Vístase!», ordenó a continuación. Se acercó después a la ventana y corrió cuidadosamente las cortinas. El director del hotel, Gurewitsch, se sentó en una butaca con las piernas extendidas mientras los otros tres comenzaban el registro de la habitación.

—No tengas miedo.

Sin que le temblara la voz, sin el menor signo de desesperanza o temor, comenzó Heinz a consolarme.

El *natschalnik* nos interrumpió.

—Les está prohibido hablar en alemán.

Uno de los tres miembros de la policía soviética, un tipo pequeño y grueso que rebuscaba entre los miles de volúmenes de nuestra biblioteca y hojeaba cada uno de los libros, llevaba a su jefe lo que hallaba interesante, como un perro de caza. Sobre el suelo se apilaban libros de contenido trotskista, de Zinoviev, de Radek y de Bujarin. Muy excitado, trajo una carta de Stalin a Neumann, fechada en 1926, que encontró metida en algún libro. En esta carta pedía Stalin a Neumann que iniciara un ataque político contra Zinoviev en *Roten Fahne* («Bandera roja»), órgano central entonces del



Partido Comunista alemán. El hombre de las gafas la leyó con atención y sentenció fríamente:

—Tanto peor.

Al poco la habitación estaba llena de polvo. El natschalnik se sentó en el escritorio y sacó hasta el último trozo de papel. Las fotografías y las cartas de mis hijas también fueron incautadas.

Estábamos sentados uno frente a otro y mis rodillas no cesaban de temblar. Entre las frases en ruso intercalaba Heinz algunas consignas en alemán. En nuestro idioma me decía:

—Stalin es el responsable de innumerables crímenes. Si quieres continuar con vida y marchar otra vez al extranjero, vete a ver a Friedrich Adler. —Y siempre con el mismo cariño—: No te desesperes, quizá volvamos a vernos...

El alba se anunciaba lentamente detrás de las cortinas. Los ruidos del gran hotel llegaban hasta nosotros. Pero no amanecía para nosotros aquel día. Habían llegado nuestras últimas horas y yo era incapaz de pronunciar palabra.

El natschalnik de la policía soviética levantó después acta del registro: «Sesenta libros de contenido trotskista, zinovievtista, kamenievista y bujarinista; una maleta llena de manuscritos, cartas y documentos».

Heinz tomó su abrigo y su gorra. Yo me sujeté firmemente a la estantería, clavé las uñas en mi propia carne y me mordí los labios para no llorar. Nos abrazamos. No pude sofocar más el llanto. «No tienes derecho a llorar», me decía yo.

—¡Deprisa, vamos!

Heinz fue hacia la puerta, se volvió una vez más, retrocedió corriendo y me besó:

—Llora, tienes buenos motivos para hacerlo.

El cuarto estaba vacío y la luz me quemaba. Por todas partes cajones violentados, libros y papeles despedazados...

Al día siguiente de las fiestas del Primero de Mayo sonó el teléfono. La institutriz de mi amiga Hilde Duty me rogó sollozando que bajara inmediatamente al vestíbulo del Lux. Allí estaba con la hija de Hilde, la pequeña Svetlana, y muy excitada me dijo al oído:

—Esta noche han detenido a Hilde.

Por la cara de campesina de la vieja institutriz se deslizaban las lágrimas sin cesar.

—¡Grete, tiene usted que hacer algo! ¡Por Dios, ayúdeme!

Y mientras nosotras cuchicheábamos aterrizadas en un rincón, pasaban, entre los inmensos espejos murales y la suntuosidad ridícula de principios de siglo, los agentes del Komintern que iban al trabajo; todos aquellos «justicieros», que se aplicaban a salvar su vida con vigilancia constante y que no dudaban en entregar a sus camaradas a la NKVD.

—Por favor, Dschura, no llore más. Ya lo solucionaremos...

Las lágrimas ahogaron mi voz. Svetlana nos observaba.

—¿Cuándo volverá mamá?

Dschura pasó la punta de su pañuelo por sus húmedos ojos y la consoló:

—Pronto, mi niña, pronto...

Y después salió a la calle por la puerta giratoria. Al volver a mi habitación encontré al viejo revolucionario Valetzki. Siempre que me veía me saludaba amablemente; también en esta ocasión me inclinó, esperando su saludo. Valetzki bajó los ojos con el aire apesadumbrado del que se cree culpable. No tenía ya derecho a saludar a una mujer despreciable, a la esposa de un detenido. Por todas partes, en los pasillos, me

encontraba con miradas curiosas y de menosprecio. No es fácil hacerles frente cuando las lágrimas anudan la garganta.

Habían transcurrido ya cinco noches y yo todavía estaba libre. No me había atrevido a establecer contacto con ninguno de nuestros amigos, porque era preciso no comprometerlos. Cada vez que sonaba el teléfono, descolgaba el auricular sobrecogida de temor, puesto que todas nuestras conversaciones estaban vigiladas. Llamó nuestro amigo Joseph Lengyel.

—¿Por qué no sabemos nada de vosotros? ¿Ha sucedido algo?

Se oyó un crujido por el auricular; la llamada estaba intervenida.

—Nada, estoy muy bien.

—¿Puedes venir mañana al café Sport?

—Sí.

Pero ¿qué sucederá si me vigilan? No, no quiero asumir esta responsabilidad. Y a pesar de todo, fui. El deseo de ver a un ser humano, de sentir cerca a un amigo y poder hablarle de mis sufrimientos me impulsó a acudir a la cita.

## LOS QUE QUEDAN ATRÁS

Heinz Neumaun y yo, durante nuestros dos años de estancia en Moscú, donde políticamente estábamos tildados de sospechosos, podíamos contar con muy pocas personas cuya amistad fuera más fuerte que el temor de ser despreciados por la sociedad a causa de su trato con nosotros. Estos pocos amigos me fueron, sin embargo, fieles incluso después de la detención de mi marido.

Nos encontrábamos secretamente en algún punto de las afueras de la ciudad, siempre temblando al despedimos, ante la posibilidad de no volvernos a ver. Todos ellos sufrieron el mismo destino; todos mis amigos fueron detenidos antes que yo. Tuve que vivir una y otra vez la angustia del que todavía está libre, hasta que al fin, al cabo de un año, me llegó también el turno.

Algunos días después de que la NKVD se hubiera llevado a Heinz, el director del Lux me comunicó mi traslado a lo que llamaban «el anejo». Era una vieja casucha situada detrás del hotel en la que se alojaban solamente las familias de los detenidos. Yo compartí mi habitación con Mijailina. Esta mujer de sesenta años era hermana de Gorski, colaborador polaco del Komintern que acababa de ser detenido tras haber pasado cerca de diez años en una cárcel polaca. Mijailina, que no se había interesado nunca por la política, había venido recientemente de Varsovia para ver a su hermano, después de su larga estancia en la prisión. Había sido toda su vida una perfecta ama de casa.

—¡Y precisamente en Moscú detienen a mi hermano! ¡En la Unión Soviética, el país de sus sueños!

No podía comprender, por más que lo pensaba, qué mal habría podido hacer él, después de haber pasado los mejores años de su vida en prisión por la causa comunista. Mijailina me contó que, al poco tiempo de llevarse a su hermano, ella se dirigió al Komintern con la petición de un visado de salida para volver a su casa.

—¡Ni siquiera han querido oírme! Y me desconectaron el teléfono. Luego vino Gurewitsch y me dijo que tenía que dejar inmediatamente mi habitación. ¿No es para volverse loca tener que vivir en este agujero?

Cada cuarto encerraba una nueva tragedia. Madres, hijos y ancianas pasaban los días de una cárcel a otra, buscando a sus parientes o vendiendo sus bienes, porque no había trabajo ni sostén alguno para las «familias de los detenidos». Y por la noche esperaban su propia detención. Desde hacía meses tenían ya preparada la maleta que había de acompañarles a Siberia...

Habían transcurrido ya catorce días desde la detención de Heinz. Me pasaba los días haciendo cola en las diversas prisiones. En la Lubianka, Sokolniki, Butirka y la prisión militar de Lefortovo. En todas las ventanillas oía lo mismo:

—No está aquí.

Ante todas las prisiones se aglomeraban cientos de mujeres en busca de los parientes detenidos o, en el caso de que los hubiesen encontrado, para pagar los cincuenta rublos mensuales, único privilegio concedido a los detenidos políticos en prisión preventiva. Yo pensé que podrían entregarse paquetes, enviar cartas e incluso obtener un permiso de visita. Nada de esto era posible en la «democracia soviética». Una vez que aguardaba yo ante la Butirka, vi en la fila a una muchacha de unos diez años de edad. Mi vecina se dirigió a ella y le preguntó:

—¿Por quién vienes tú a pagar?

—Por papá y mamá —respondió tímidamente.

Vino entonces el día más feliz de estas primeras semanas de vagar de una prisión a otra. En la ventanilla aceptaron mi dinero. Heinz estaba en la Lubianka. En mi estado de excitación, pagué de una vez los cincuenta rublos, a pesar de que las otras mujeres me habían aconsejado que pagara en dos plazos de veinticinco rublos para tener así constancia del lugar donde se encontraba el detenido. Sin embargo, mi alegría me hizo olvidar todo. Firmé un recibo; las mujeres

que esperaban conmigo me explicaron que aquel trozo de papel con mi firma llegaba al detenido en la celda para ser refrendado. Hoy o mañana, sabría Heinz que yo estaba en libertad y que le buscaba.

Permanecí un rato en la plaza, delante de la Lubianka, un gran edificio de ladrillos en cuya fachada ondeaba una gigantesca bandera roja, junto a cuya puerta había día y noche un centinela con la bayoneta calada, y que por las noches estaba iluminada con reflectores. Mi mirada se dirigía a las innumerables ventanas encortinadas de las celdas. ¿Dónde podría estar Heinz? ¡Si pudiera verle al menos una vez! Pero ¡vivía todavía! Al regresar a casa me di cuenta por primera vez de que estábamos ya en verano.

A la noche siguiente tuve un sueño. En lo alto, al borde del tejado de la Lubianka, estaba Heinz. Paralizada, yo veía que iba a saltar. Abriendo los brazos desplegaba por alas una gran tela roja y caía al fondo del abismo entre mis gritos. Delante de mí yacía mi marido, bañado en sangre.

Un día me encontré con la mujer del camarada alemán Schubert. Ante el temor de que no quisiera saludarme, miré hacia el otro lado de la calle, pero ella me paró cogiéndome por el brazo.

—¿Qué es de tu vida? ¿Por qué no vienes ya por casa?

—¿Cómo iba a ser yo capaz de comprometeros a ti y a tu marido?

Sin embargo, me invitó con insistencia para que fuera a visitarla. Schubert, que estaba sin trabajo desde hacía meses, me dijo que se pasaba las noches a la espera de ser detenida y que había quemado ya hasta el último papel que pudiera tomarse por comprometedor.

—Heinz es tan inocente como yo, y como los que han sido ya detenidos y los que lo serán en el porvenir. Somos

víctimas de la política fascista rusa. Nos liquidan porque ya no nos necesitan. —Su cara estaba demacrada y amarillenta, y sus manos fuertes temblaban como las de un anciano—. No abandones a mi mujer y a mi hijo cuando se me lleven. Ella ni siquiera sabe hablar ruso...

Una semana después, madre e hijo estaban en el «anejo» del hotel. Muchos otros parientes de detenidos llegaron el mismo día: la NKVD había organizado una «noche especial para alemanes».

Al final del día iba yo en el autobús por la calle Leningrado para encontrarme con nuestro amigo Heinrich Kurella. Observé atentamente las personas que subían conmigo, para fijarme en si alguna de ellas bajaba en la misma parada. Durante la espera en un parque de las afueras de la ciudad dudaba de su venida. Quizá le hubieran detenido ya. En todo caso, no tardarán, seguro que no se olvidarán de él.

Nuestro amigo Kurella, hermano del entonces funcionario directivo de cultura en el Partido Socialista Unificado de Alemania (SED), Alfred Kurella, había trabajado en el Komintern hasta finales de 1936. En el curso de una de las habituales reuniones del partido, en la época de la *tschistka* (depuración del partido), un comunista de Hamburgo le preguntó:

—¿Por qué vas tan a menudo a la habitación 175 del Lux?

Kurella respondió, delante de toda la asamblea:

—Porque Heinz Neumann es amigo mío y tengo la costumbre de verle todos los días.

Aquello bastó. Le despidieron de su trabajo, después le echaron de su casa y por último no le quedaba sino esperar el fin.

Sin embargo, esta vez acudió a la cita. Estaba esperándome cerca de la entrada del parque. Nos saludamos como si se hubiera realizado un milagro para reunirnos de nuevo.

—¡He encontrado a Heinz! ¡Está en la Lubianka y he podido abonar cincuenta rublos por él!

—¿Conoces las detenciones de estos últimos días? Ahora le ha llegado el turno al Ejército Rojo: Tujatschevski, Iakir, Blücher, Gamarnik, todos los antiguos oficiales de la revolución y de la guerra civil.

—¿Los van a procesar también?

—Sí, pero ¿cabe siquiera imaginar que haya alguno que se atreva a levantar la voz durante el juicio, o que ose gritar que todo es una farsa y que las declaraciones son una pura invención, desde la primera hasta la última palabra?

Estaba anocheciendo y ya iban a cerrar el parque. Tuvimos que cruzar corriendo las avenidas.

—¿Es que no hay manera de escapar? ¿Hemos de dejar que nos degüellen como conejos? ¡Cómo habremos podido aceptar durante años todo esto sin darnos cuenta! Lo que venía de Moscú era sagrado para nosotros. Ahogábamos todas las dudas porque lo primero era conservar nuestra fe. Ahora hemos de pagar cara nuestra ciega credulidad.

Fue nuestro último encuentro. Esperé en vano dos horas en el lugar de nuestra nueva cita, pero mi amigo no llegó. Heinrich Kurella había sido atrapado cuando se dirigía a la estación para marchar a Crimea y escapar por el mar Negro.

Aún contaba con otro amigo que no me había abandonado a mi suerte. Era el camarada húngaro Joseph Lengyel, con el que me encontré en el café Sport pocos días después de que detuvieran a Heinz. Estaba casado con una rusa e insistió en que fuera a visitarlos. Pese al gran riesgo que corríamos, fui



a verlos, extremando las medidas de precaución. Vivían en un cuarto de una gran casa rusa de seis habitaciones, que antes albergaba a una familia y ahora servía de alojamiento a seis. La cocina y el baño eran comunitarios. Donde surgían las desavenencias era en la cocina. Cada familia disponía de un pequeño espacio para preparar la comida; comenzaban reprochándose el descuido en la limpieza y luego los reproches se sucedían en cascada. Cuando iba a verlos, teníamos que conversar en voz baja para que no nos oyeran hablar en alemán. Lengyel intentaba buscarme trabajo de copista, pero él mismo estaba sin empleo desde hacía meses. Había publicado un artículo que no se adecuaba a la línea política oficial; fue despedido de la revista y el partido le recriminó severamente su actitud haciéndole una «última advertencia». La novela que había escrito por encargo de la editorial estatal, en la que narraba la vida de un extranjero en la Unión Soviética y mencionaba los años de hambruna (1931-1932), fue rechazada con el siguiente comentario: «En la Unión Soviética jamás ha imperado el hambre».

La mujer de Joseph me habló de su hermana, que era pintora. Habían detenido a su marido a finales de 1936 y se había quedado sola con varios hijos a su cargo. Era una artista con talento a la que nunca había faltado trabajo. Sin embargo, tras el arresto de su esposo pasaría por grandes estrecheces. Solicitó pintar el cartel que conmemoraba la festividad de la revolución, el 7 de noviembre, cuyo lema era «Stalin entre los niños»; esta pintura iba a decorar un parque infantil. Envío su primer esbozo, pero se lo rechazaron: «El proyecto es bueno, pero el rostro de Stalin debe ser más afable». Pintó entonces un Stalin sonriente; también se lo devolvieron: «No es suficientemente afable». Sólo cuando remitió un Stalin radiante de alegría y rodeado

de chiquillos entusiasmados calificaron su trabajo de «satisfactorio».

Entre las esposas de los detenidos había algunas que no apoyaban a sus maridos, que no se apresuraban a ir a la prisión para abonar los miserables cincuenta rublos, sino que, como buenas estalinistas, renegaban de ellos. Pronunciaban declaraciones públicas en las que juraban desconocer las faltas políticas de sus esposos, reafirmaban su «fidelidad al partido» y prometían estar «vigilantes» en el futuro. A veces llegaban al extremo de pedir que los castigaran severamente por su delito. Pese a que tal actitud no siempre evitaba que las detuvieran, se trataba de una posibilidad.

## LOS DESTERRADOS

Ya desde mucho antes de la detención de Neumann, habíamos vivido como proscritos políticos. En la primavera de 1932 Heinz Neumann había tenido que dejar su cargo en la oficina política del Partido Comunista de Alemania a causa de divergencias políticas. Tenía un punto de vista diferente al de Stalin respecto a los métodos de la lucha contra los nacionalsocialistas. Había pronunciado en 1934 una declaración en la que denunciaba todos los errores posibles, pero no había ido tan lejos como para ser culpable del triunfo del fascismo alemán, como al parecer pretendía el Komintern. Por esta razón fue rechazada su declaración, por «poco satisfactoria».

Habíamos llegado a Moscú en mayo de 1935. Neumann fue conducido desde la prisión suiza de Regensdorf, bajo vigilancia policíaca, a un barco de transporte ruso en Le

Havre. Ya en el barco, me decía: «Quizá vayan a detenerme en Leningrado». No ocurrió así; incluso nos dieron una habitación en el hotel Lux, que era la sede social del Komintern. Al parecer, por error, ya que el mismo día de nuestra llegada nos telefoneó Wilhelm Pieck, que era entonces secretario del Partido Comunista alemán, y nos pidió que nos trasladáramos inmediatamente al hotel de emigrantes del barrio de Baltschuk. No le obedecimos.

En Moscú, la atmósfera era asfixiante. Los antiguos camaradas políticos no osaban reunirse. No se podía entrar en el hotel Lux sin ir provisto de un salvoconducto. El nombre de cada visitante era cuidadosamente anotado, lo que proporcionaba a la NKVD un excelente medio de control. Los teléfonos particulares de las habitaciones estaban intervenidos. Cuando se establecía una comunicación, oíamos siempre un clic. El correo también era severamente controlado.

El miedo al espionaje era tal, que cuando los amigos se atrevían, a pesar de todo, a venir a vernos, murmuraban: «¿Habéis registrado bien la habitación? ¿No habrán instalado algún micrófono? Quizás en la lámpara, o en el teléfono...». Una vez desconectamos todas las tomas de corriente y lo comprobamos con un aparato especial.

Ya no había apenas ningún emigrante en Moscú que no se hubiera «desviado de la línea del Komintern» en el curso de los últimos diez años. Con este sistema, el servicio de cuadros del Komintern o la comisión internacional de control tenían cogido a todo el mundo. «Haz una declaración satisfactoria. Reconoce tus faltas políticas. Cumple con los preceptos de vigilancia y denuncia despiadadamente la menor sospecha que puedas tener de las personas que frecuentas. Anota en una declaración escrita

cualquier palabra pronunciada a tu alrededor que revele “desviación”. Solamente entonces nos convenceremos de tu fidelidad al partido y te alistaremos en nuestras filas».

Durante los dos años de nuestra estancia en Moscú, hasta que detuvieron a mi marido, no pasaba un mes sin que fuera llamado a la «comisión de control», al «servicio de cuadro del Komintern» o al departamento editorial de obreros extranjeros, donde trabajábamos como traductores.

A veces le ponían en el trance de presentar una declaración «satisfactoria» sobre sus faltas políticas, o le hacían responsable de crítica y hostilidad hacia el partido.

Relataré una de esas situaciones características. Cierta día organizaron una fiesta en la editorial, mejor dicho, una «velada para camaradas». Era obligatorio asistir. Tales reuniones eran lo más estúpido y triste que se pueda concebir de la vida social; siguiendo las órdenes, debíamos mostrarnos alegres. En aquella ocasión estaba presente el editor Wieland Herzfelde, que acababa de llegar de Praga. Como Neumann le conocía, se sentó junto a él, contento de haber encontrado a alguien con quien poder conversar. Poco después una joven alemana vino a nuestra mesa, saludó a Wieland Herzfelde y a Neumann y se sentó con nosotros. Se llamaba Hilde, era de Prenzlau y estaba casada con un ruso apellidado Kamarov, con el que vivía en Moscú desde hacía algún tiempo. No dejaba de referirse a sí misma como Kamarova, hablaba alemán con acento ruso y resaltaba en cada oportunidad que era una *komsomolka* (miembro de las Juventudes Comunistas); todos sabíamos que era una delatora. Dando un golpecito a Neumann por debajo de la mesa, pronuncié una frase con la expresión «me resulta indiferente», que era nuestra señal para avisarnos cuando

acechaba el peligro. Luego la conversación decayó un poco y languideció. Me levante, me despedí y me fui a casa.

Al poco rato llegó Neumann; muy preocupada, le pregunté:

—No habrás dicho nada comprometedor, ¿verdad?

—¿Por quién me tomas? Conozco muy bien a esa víbora.

Una semana más tarde Neumann fue llamado al departamento editorial de obreros extranjeros. Sobre la mesa del despacho había dos hojas escritas con letra menuda.

El director le preguntó:

—¿Ha pronunciado usted el día tantos y tantos la siguiente frase?: «Esta mierda de tschistka no servirá de nada; sólo una futura tschistka mundial nos salvará».

Neumann negó haber manifestado tal cosa y añadió:

—Sólo puedo alegar en mi defensa que mi sentido de la forma me prohíbe una expresión como «mierda de tschistka».

En el curso de las asambleas del partido, durante la época de la tschistka, toda institución, todo comunista tenía la obligación y el derecho de interrogar a los miembros del partido sospechosos de «desviaciones políticas». El interrogado debía responder a todas las preguntas, reconocer sus faltas y humillarse públicamente si no quería ser castigado o expulsado del partido. Generalmente tal ataque era el preludio de la detención por parte de la NKVD.

De hecho, Neumann y yo éramos prisioneros desde el mismo día de nuestra llegada a la Unión Soviética y, como todos los emigrados que vivían allí, no teníamos ninguna posibilidad de abandonar el país si no éramos enviados con alguna misión especial por el Komintern. El escritor alemán Alfred Kurella, por ejemplo, estaba entre nosotros y había

sido designado por Henri Barbusse en su testamento para repasar y publicar sus obras póstumas, trabajo que no podía ser realizado más que en París. La NKVD negó a Alfred Kurella la salida de la Unión Soviética.

Una noche de septiembre, Mijailina, que llevaba enferma algún tiempo, estaba ya acostada. Las pisadas de los agentes de la NKVD en el corredor nos despertaron a todos. Hombres vestidos de uniforme entraron en la habitación gritando:

—¿Tienen armas?

Yo, que esperaba mi detención, di mi nombre, pero no había llegado mi hora sino la de mi compañera de habitación. Como la emoción le impedía vestirse, les rogaba que no se impacientaran. Trataban de impedir que se llevara la maleta. Mi despedida fue:

—Mijailina, pronto me reuniré contigo.

Aquella noche fueron detenidos todos los familiares femeninos de los prisioneros polacos. La NKVD tuvo que utilizar un autocar para su traslado a la prisión. Más tarde supe casualmente que Mijailina —que tenía sesenta años— fue condenada a pasar ocho años en un campo de concentración.

Vendí poco a poco todos mis libros. Todas las obras literarias de nuestra biblioteca ya se habían esfumado. Ahora le llegaba el turno a los libros políticos. Un día fui con una maleta llena de volúmenes de Hegel y de Lenin al sótano de un librero de viejo, en la Ulitza Gorkovo. Me llamó la atención el aspecto de un nuevo vendedor que destacaba de aquel ambiente de comercio. Cada uno de sus gestos parecía decir: «Yo no tengo nada que hacer aquí. Alguien se ha permitido gastarme una broma pesada». Abrí la maleta y le mostré mis libros. Riendo, me dijo:

—¿Qué trae usted aquí? ¿Hegel y Lenin? Estos libros ya no los pide nadie, sólo se leen novelas policíacas. —Hojeó los libros, vio las numerosas notas tomadas por su propietario, me miró y dijo—: Por supuesto que lo compramos todo.

Me los compró a un precio excepcionalmente alto. Cuando días después volví al sótano con otro cargamento de libros, entre ellos dos novelas policíacas, el simpático vendedor no estaba en su puesto. Al contarle este episodio a mi amigo Joseph Lengyel, me informó de que ese empleado, Bela Iles, estaba en la librería como castigo, pero había sido detenido hacía unos días.

Bela Iles era un escritor húngaro. Unos meses antes de nuestro encuentro había escrito una nueva obra en honor de la construcción del metro de Moscú. El protagonista de su novela era el director político de la empresa. El libro de Iles había pasado la censura, y estaba a punto de ser publicado, cuando el director político, un ruso, se suicidó. El libro de Bela Iles fue destruido, a él le gratificaron con una sanción del partido y le despidieron de su trabajo. Al volver a su casa se sentó en la bañera y abrió la llave del gas, pero su intento de suicidio fracasó. Lograron salvarle y como medida disciplinaria fue colocado como vendedor de libros.

## VIDA, HASTA NUEVA ORDEN

El prematuro invierno ruso había empezado cuando el director del hotel, Gurewitsch, se acordó de mí y me echó del anejo. Me confinó, al mismo tiempo que a Charlotte Scheckenreuther, esposa del conocido comunista alemán Hugo Eberlein, en una habitación sobre un antiguo taller. Las ventanas no cerraban, la chimenea estaba destrozada y

el frío venía a pasos agigantados. En el anejo del hotel teníamos por lo menos calefacción central, pero ahora dependía de nuestros escasos rublos y habríamos de procurarnos combustible. Como estábamos cada día más faltas de dinero, nos pusimos de acuerdo para guisar en común, Werner, el hijo de Hugo Eberlein, que tenía diecisiete años; Julius Gebhard, cuya esposa había sido detenido; Charlotte Scheckenreuther, y yo. El único que ganaba algo de dinero era Werner Eberlein. Tuvo que abandonar la escuela Karl Liebknecht al ser detenido su padre, y se había hecho mozo de mudanzas. Ganaba alrededor de cien rublos al mes. Este dinero le procuraba lo justo para alimentarse. En aquel momento, en los almacenes del Estado un kilo de carne costaba entre nueve y diez rublos, pero en el mercado libre el cerdo valía diecisiete, la mantequilla entre dieciséis y veintidós rublos y el pan más barato noventa kopeks el kilo. Un obrero con un sueldo mensual como el de Werner no podía ni soñar en comprarse zapatos ni trajes. Recuerdo perfectamente que los zapatos de señora costaban entre cien y doscientos cincuenta rublos.

En una habitación próxima a la nuestra vivía la familia de un obrero metalúrgico ruso que había trabajado en otro tiempo para el Komintern. En 1917 combatió en las filas revolucionarias y ahora estaba empleado en un taller. Nos fuimos conociendo mientras guisábamos juntos, con nuestros fogones de petróleo, en una mesa que había en el pasillo. Mirábamos los fondos de nuestras cacerolas, y unos y otros pronto conocimos nuestras situaciones respectivas. La mujer comprendió, viendo nuestra miseria, que éramos parientes de detenidos políticos y que vivíamos del producto de la venta de nuestras cosas.

—¿Dónde venden ustedes los trajes? —nos preguntó.



—Por supuesto que en el mercado libre y en los establecimientos de compraventa.

—Deben de engañarla fácilmente, hablando tan mal el ruso. Si usted quiere, yo puedo ayudarla. De todas formas, para poder terminar el mes voy a tener que vender alguna cosa.

Y de esta manera salíamos juntas y ella nos ayudaba en todo cuanto podía. Una rusa, una desconocida, se atrevía a salir con nosotras por la calle, se preocupaba de evitarnos que pasáramos hambre, mientras que a la mayor parte de nuestros propios compañeros les faltaba el valor hasta para saludarnos. Y es que estaban desmoralizados por el régimen del Komintern y sus métodos de «vigilancia» y de «declaraciones».

Luego supe que aquella familia tenía que haber abandonado la habitación hacía ya tiempo, puesto que el marido había dejado de trabajar en el Komintern, pero como tenían, por fortuna, un hijo en el Ejército Rojo, estaban a cubierto de la expulsión.

En la habitación de mi vecina me llamaba la atención el icono que tenía en un rincón. «¡Un obrero revolucionario organizándose un pequeño santuario!», me decía yo asombrada. Y dentro de un edificio del Komintern. Pronto se esclareció el misterio, después de una conversación que tuve con el propio obrero. Después de su trabajo se sentaba tranquilamente a leer *Pravda*. Un día, el artículo de fondo hablaba de la guerra civil española, cuando de pronto gruñó furiosamente:

—Estos perros queman las iglesias. ¡Malditos ateos!

Algo confusa, le pregunté:

—¿Quiere usted decir los republicanos?

—Naturalmente. ¡Esa banda de canallas!

Guardé silencio. La actitud de este obrero que había sido revolucionario era muy característica. Decepcionado y lleno de amargura ante las condiciones de vida en la Unión Soviética, había vuelto a sus creencias religiosas y le bastaba que el periódico *Pravda* fuera favorable a los republicanos españoles para que él tomara el partido contrario.

En el patio que había detrás del hotel Lux se encontraban varios talleres y entre ellos una carpintería que fabricaba muebles para el Komintern y sus dependencias, puesto que encontrar muebles hechos era difícil en la Rusia soviética.

La ventana de nuestro cuarto daba precisamente sobre la entrada de la carpintería y desde allí veíamos casi todos los días al directivo del Partido Comunista alemán Wilhelm Pieck entrar en el taller para escoger la madera de su nuevo mobiliario y comprobar si todo marchaba a su gusto. Mientras que la NKVD causaba estragos todas las noches entre los miembros del Komintern, mientras que se perseguía, encarcelaba y ejecutaba a los obreros revolucionarios en la Alemania fascista, Wilhelm Pieck se preocupaba por los muebles.

En diciembre de 1937 me presenté en la ventanilla de la Lubianka para ingresar mis veinticinco rublos. Un resonante *Evo niet!* (¡no está aquí!) fue la única y definitiva respuesta. Horrorizada, corrí de una a otra prisión. De Butirka a Lefortovo. De Sokolniki otra vez a la Lubianka. Heinz no estaba en ningún sitio. Quedaban todavía en Moscú las llamadas «secretarías de los tribunales». Se podía obtener información sobre el curso del sumario o la sentencia dictada contra un miembro de la familia. Cada tribunal tenía su despacho de información. Centenares de personas llenaban las salas de espera con la ilusión de obtener alguna noticia sobre el pariente desaparecido. A menudo las

mujeres salían sollozando del lugar donde facilitaban la información. Yo oía: «diez años» o «en un campo lejano con prohibición de escribir», pero la mayoría de las veces no obtenían ni eso; nadie sabía nada. En todos los tribunales donde me presentaba, me contestaban: «El asunto de su marido no entra en nuestra jurisdicción». Desesperada, me fui un día al despacho de información del Alto Consejo de Guerra. No había más de veinte mujeres esperando, todas ellas bien vestidas, y reinaba un ambiente casi familiar. En su mayor parte eran mujeres de altos funcionarios del partido o de oficiales detenidos. El que proporcionaba la información era el oficial de la NKVD, un hombre amable y bien educado que me hizo exponerle minuciosamente mi problema. Tuve que volver a la sala de espera, hasta que media hora más tarde me llamó de nuevo. Había cambiado por completo su actitud, diciéndome con frialdad: «No hay ninguna información sobre el expediente Neumann».

Poco después corrió el rumor, que llegó a mis oídos, de que Heinz Neumann había sido fusilado. No pude creerlo. ¿Cómo? ¿Sin juzgarle? ¿Sin comunicármelo siquiera?

Una tarde de enero de 1938 llamaron a mi puerta. Eran dos agentes de la NKVD. «Ha llegado mi turno», me dije. No fue así. El papel que me entregaban no contenía una orden de arresto, sino únicamente la de «confiscación de los bienes de Heinz Neumann». Tuve que entregar los trajes y la ropa que tenía guardada por si, cosa improbable, mi marido volvía a casa alguna vez. Después se fijaron en la máquina de escribir, y a pesar de la lucha que sostuve por convencerles de que era mi herramienta de trabajo, que me pertenecía y que necesitaba conservarla, se la llevaron. Me quitaron la última posibilidad de ganarme la vida. La «confiscación de bienes» significaba que el detenido había sido, o iba a ser, condenado a diez años de reclusión por lo

menos. El mismo día se llevaron los bienes de Heinrich Kurella.

Mientras tanto, continuaban las detenciones; entre otros fueron detenidos Bela Kun y la mayor parte de los emigrados húngaros. En febrero de 1938 también cogieron a mi amigo Joseph Lengyel. Su mujer le buscaba ahora día tras día, guardando cola conmigo en las cárceles.

Ya en mayo de 1937, inmediatamente después de la desaparición de mi marido, yo había escrito a mi hermana Babette, que vivía como emigrante en París, contándole todo lo que había sucedido. Como tenía la seguridad de que mis cartas serían censuradas, le había pedido que me contestara a lista de correos, por medio de tarjeta postal. Nos comunicamos durante el año que precedió a mi detención. Entre frases anodinas deslizábamos todo cuanto queríamos decirnos. Mi hermana se enteró de esta forma de mi desesperada situación y trató de ayudarme y de ponerme a salvo. Un día me llamaron al despacho de la aduana y me entregaron un paquete que contenía dos trajes de seda. El bulto había sido puesto en el correo de Praga por un desconocido. Naturalmente, los trajes fueron vendidos enseguida y con su producto pude vivir otro mes. En otra ocasión el cartero me trajo doscientos rublos. El remitente era un tal Iván Buber, que los enviaba desde Moscú con la indicación de una calle. Corrí a buscar esa calle y ese nombre. Resultó ser la comisaría popular de la Defensa Nacional. En enero de 1938 recibí de nuevo una tarjeta postal: «Continúa teniendo paciencia, recibirás ayuda». Una semana después me llegó una nota del consulado de Francia en Moscú, fijándome un día para ser recibida. Antes de ponerme en camino, me despedí de mis amigos y reuní todo el dinero que tenía, metiéndolo en mi bolsillo junto con el cepillo de dientes y una pastilla de jabón, porque las

detenciones a la salida de los consulados eran de lo más común. Di un gran rodeo, pasando por las calles más estrechas para poder observar si me seguían. Había soldados delante del consulado francés, y paisanos de aspecto sospechoso. Me asaltaron toda clase de dudas. ¿Debía entrar? ¿Me salvaría realmente si pudiera evitar ser detenida y deportada a Siberia? ¿Se me concedería asilo en esta casa?

El cónsul me comunicó que se había recibido un telegrama de París para mí. El gobierno francés estaba dispuesto a remitirme un salvoconducto, con la autorización de pasar tres meses en la capital de Francia.

—¿Podría solicitar su protección, para obtener de las autoridades rusas mi visado de salida? —pregunté temblando.

—Usted no es ciudadana francesa y nosotros no queremos tratos con los *russki*.

Dije alguna cosa a propósito de mi situación, mi marido detenido y el peligro inminente de ser yo apresada también, pero se contentó con encogerse de hombros y despedirse de mí con una cortesía perfecta.

Salí del consulado sin ser detenida y días después me dirigí al despacho de pasaportes con mi salvoconducto, para presentar la demanda del visado de salida. Allí me abrieron brutalmente los ojos: ¿cómo siendo alemana me atrevía a poseer un documento francés? Sin embargo, aceptaron mi petición de salida por un plazo de doce días. Milagro increíble, puesto que por el hecho de ser alemana no me correspondían más que cinco. Pasé los días y noches siguientes entre la esperanza y el temor. ¿Me detendrían inmediatamente, o recibiría realmente mi visado de salida? Al cabo de algunas semanas se aclararon mis dudas. Los

rusos me negaban el visado; para la NKVD, mi petición era un motivo más para detenerme.

La primavera se acercaba y ya había perdido la esperanza. La maleta que tenía que acompañarme a Siberia había sido preparada varias veces en aquellos últimos tiempos, y cada vez era mayor la parte de su contenido que acababa en el mercado negro. ¿Se habrán olvidado de mí? Ciertamente que no. Lo que había ocurrido era que la NKVD había extraviado mi orden de arresto, pues cuando la tuve en mis manos pude comprobar que había sido librada para el 15 de octubre de 1937, y me la presentaban el 19 de junio de 1938. Mijailina tenía razón cuando decía que se acostumbraba uno a las detenciones. La llegada de los agentes de la NKVD con su pregunta de «¿Tienen armas?» y el registro del cuarto no me asustaron lo más mínimo.

## DETENIDA

De mañana, cuando viajaba en un Ford, sentada entre dos agentes de la policía, con la maleta a los pies, cruzando las calles de Moscú en dirección a la Lubianka, mi reloj luminoso y el pensamiento de que en mucho tiempo no volvería a ver todo aquello fueron las últimas impresiones de la libertad que había de perder durante siete años. Entramos en el patio de la cárcel y me introdujeron en una pequeña celda que tenía una mesita y un pequeño taburete. Acto seguido me trajeron un cuestionario, tinta y pluma. Empezaban las formalidades de entrada. Cuando el enorme pliego estuvo relleno, un soldado me condujo a lo que llamaban *sobajnik* (caseta de perros). Era una celda estrecha sin ventana alguna; si se sentaba uno en el banco, las rodillas

casi tropezaban con la puerta. «El espía», la pequeña mirilla de la puerta, se abría cada dos minutos dejando ver el ojo de algún soldado. La celda tenía luz, y de vez en cuando ponían en marcha un ventilador, por medio de un motor cuyo ruido llegaba a nuestros oídos desde algún lado cercano. Por un hueco que había encima de la puerta soplaba en la celda un aire frío mezclado con un olor extraño. Poco tiempo después me quedé profundamente dormida y no me desperté hasta que me abrieron la puerta y caí hacia delante.

Un soldado me hizo atravesar de nuevo los pasillos. Todo estaba enladrillado y los pasos sonaban como en una piscina cubierta. Entramos en una sala donde una mujer con delantal blanco parecía esperarme. Su aspecto era a la vez de enfermera y de tendera. Una mata de pelo oscuro semejante a un colchón de crin deshilachado cubría su frente, y un rojo apoplético en forma de placas sus huesudos pómulos. Allí conocí mi primer registro personal. Me trató exactamente igual que a una prostituta. Desde entonces no volví a ser una persona normal; únicamente sentía deseo de vengarme, de aplastar algún día aquella cara bajo mis talones, aquella máscara grotesca con crines de caballo.

Una vez más me encontré caminando con un soldado a *mis* espaldas. Pasamos por corredores alumbrados y subimos escaleras hasta que abrió una de las múltiples puertas y me encontré en un pequeño cuarto con tres camas y varios taburetes. La luz del día entraba por la ventana enrejada que había en lo alto del muro. Una mujer de mediana edad se hallaba sentada sobre un camastro, rebuscando tranquilamente en su bolsa. Daba la impresión de una serenidad perfecta. Me extrañó verla sacar de su saco otras pequeñas bolsas de diferentes tamaños. Se dio cuenta de mi extrañeza y quiso explicarme:

—Este saco grande es para mi ropa, para que no me la roben en Siberia. El mediano es para el pan; este otro, para el pan duro, y el pequeño, para la sal. Sí, ahora me he preparado mucho mejor que la última vez. Entonces me detuvieron como *shena* (esposa) y me soltaron al cabo de algunos meses. He podido prepararme para mi nuevo arresto.

La puerta se abrió para dar paso a una recién detenida que entraba llorando desconsoladamente y proclamando su inocencia. Poco después fui llamada y me llevaron a una nueva celda donde sólo había dos camastros. Una placa de hierro colgada delante de la ventana nos impedía ver el cielo. He de reconocer que no pensaba en absoluto en buscarlo. El miedo al porvenir me absorbía por completo. Al menor ruido en el corredor de la prisión mis ojos se fijaban en la puerta. La cerradura crujió y entró una muchachita de tez fresca y cabellos oscuros, vestida con un veraniego traje de color amarillo. De un salto se sentó en la cama y rompió a reír.

—¡Cuánta razón tenía mi madre! —exclamó—. Cuando vio esta mañana que estrenaba este traje, me dijo: «Quizá con este vestido empiece también un nuevo episodio de tu vida». ¡Qué razón tenía! Ya ha comenzado.

Y siguió con una nueva explosión de alegría. Sin darle importancia, contó que la habían detenido cuando salía de la universidad. Era estudiante de medicina. Dos hombres le ordenaron que subiera a un coche, y no cejaron hasta meterla en aquella celda. Decía que no tenía idea del motivo de su detención.

También en esta celda «el espía» se abría y se cerraba cada dos o tres minutos, con su ruidito característico. Para infundir más terror, aquel artefacto tenía la forma de un



gran ojo humano, de tal suerte que uno se sentía observado a perpetuidad. Allí fue donde tomé por primera vez el alimento en una cacerola. Era una especie de escudilla de perro, oscura y redonda, que contenía una sopa de lentejas bastante clara, que no despedía olor agradable y no era nada fácil de digerir. Iba acompañada de una corteza de pan negro: la ración que nos daban para todo el día. Pese a todo, yo me lo hubiera comido, pero la Lubianka me había quitado hasta el hambre.

Llamaron suavemente a la puerta, se abrió el cerrojo y mi bonita compañera fue invitada a seguir a los soldados «sin sus cosas». Estiró su vestido, se pasó la mano por el pelo y salió con una sonrisa.

«¿Habría llegado mi turno? ¿Sabrían alguna cosa acerca de mis citas secretas con Heinrich Kurella o con Joseph Lengyel? ¿Habrían repetido alguna de mis palabras? Si al menos supiese hablar mejor el ruso...», pensaba. En mi inquietud, di mis primeros pasos por la celda de una cárcel. No habrían transcurrido más de dos horas cuando la jovencita volvía de nuevo. Sin atreverse a hablar en absoluto, miraba llena de ansiedad hacia «el espía».

No fue posible obtener de ella ni una sola palabra.

Una vez más se abrió la puerta. Entró «una nueva». Era una mujer de unos sesenta años con vestido de campesina y un hato en la mano. Respirando a gusto tomó asiento y mirando a su alrededor movió la cabeza satisfecha.

—A Dios gracias, he podido venir una vez más a Moscú. ¡Llevo tanto tiempo esperándolo! ¡Qué bien se está aquí! ¡Caliente, con luz, todo tan limpio y con comida...! No hay por qué inquietarse.

Creí que se había vuelto loca. Después nos contó que hacía varios años que había sido deportada a Siberia por

social revolucionaria y que en calidad de desterrada libre vivía sola en una choza.

—Si no se hubieran compadecido de mí los aldeanos y no me hubieran llevado algo que comer, a estas horas me habría muerto. Sólo tenía miseria y soledad; por única compañía, un gato. ¡Y qué tormento el bosque, y aquel invierno interminable! Yo siempre soñaba con volver a Moscú, y ya estoy de nuevo entre los humanos. ¡Qué felicidad!

Mientras escuchaba asombrada a esta mujer, miembro de una organización terrorista de la época de los zares, se oyó a través de la mirilla:

—¡Preparada sin sus cosas!

Venían en busca de la joven para hacerle un segundo interrogatorio. Y la noche transcurrió de la siguiente manera: pasadas una o dos horas entraba en la celda, se tiraba en la cama y se quedaba dormida. A los diez minutos exactos era llamada nuevamente. Así una y otra vez la arrancaban de su sueño. Era un método muy apreciado por la NKVD, que los detenidos designaban con el nombre de «interrogatorios en cadena».

La luz estuvo encendida toda la noche. Yo la pasé sentada en un taburete apoyado en la pared, porque sólo teníamos dos camas. En una de ellas, la anciana social revolucionaria dormía plácidamente.

En lo alto, por la grieta que había entre la placa de hierro y la ventana, se veía ya la luz del día cuando nos devolvieron a la jovencita vestida con otras ropas. Se dejó caer en un taburete y nos dijo sollozando:

—También han detenido a un estudiante amigo mío. ¡Dicen que había preparado un atentado contra Stalin y que yo tenía que saberlo! ¡Qué locura! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Tenía la cara hinchada de tanto llorar y seguía sollozando. Ya no pensaba para nada en el desorden de su pelo ni en el traje nuevo que le habían quitado. La anciana trataba de consolarla, pero todo fue en vano.

La antigua social revolucionaria quería saber lo que había pasado en Moscú durante los últimos años. Me hacía preguntas sobre los países extranjeros y sobre Alemania. Su forma de interrogarme era tan conmovedora y persuasiva que casi me olvidé de que estábamos en la Lubianka. No compartimos la celda sino dos días, que fueron suficientes para hacerme querer a aquella mujer maravillosa. Cuando, golpeándome en el hombro amistosamente, me dijo: «Tú también eres una mujer que no perecerá en Siberia», me hizo el mayor elogio de toda mi vida.

Desde el segundo día empezó a ser requerida para los interrogatorios y de regreso nos contó sonriendo su entrevista con el juez de instrucción:

—Nada más entrar veo a un muchacho de veinticuatro años. «¿Es que no hay aquí nadie un poco mayor que tú?», le pregunto. «Siéntese, ciudadana», me contestó. Inmediatamente empezó a leer mi acusación: «Anna Pavlovna... está usted acusada de haber preparado el terror...». Pero yo le contesté: «No, *batuschka*, te equivocas, los que habéis organizado el terror sois vosotros, los que disparamos sí que fuimos nosotros». No le gustó nada mi réplica y me devolvió de nuevo a la celda.

Vieja luchadora aún, después de lo que había sufrido, seguía defendiendo valerosamente sus ideas políticas.

En la tarde del tercer día tuve ya que separarme de mi primera compañera de prisión. Sin interrogatorio previo me habían sacado de la celda y hecho atravesar otra vez los pasillos enladrillados de la Lubianka, bien limpios y

relucientes, por cierto. Los olores a desinfectantes y productos contra los piojos, toda esta «corrección», esta máquina exterminadora y reglamentaria de limpieza, me paralizaban de miedo. Antes de que hubiera podido darme cuenta, me encontré en un patio, delante de un coche celular descubierto y de un «cuervo negro» del mismo tamaño que se hallaba junto a él. (Así llamaban en Rusia al «Minna verde», el furgón celular alemán). El «cuervo negro» estaba pintado de blanco y con la inscripción «pan, bollos, pasteles». Era un cuervo camuflado.

Abrieron un minúsculo cubículo en el interior, del tamaño de una alacena de cuartel, y de un empujón me metieron dentro. Una vez más crucé las calles de Moscú a toda velocidad encerrada en un armario. Se oían a lo lejos las campanas de los tranvías y las bocinas de los automóviles... Sí, los que estaban fuera continuaban su vida como si no pasara nada...

## CELDA 31

El «cuervo negro» redujo la velocidad, freno y una puerta se abrió. Habíamos llegado. Oí voces femeninas y cuando se abrió mi alacena me encontré en un patio con otras diez mujeres, jóvenes y viejas, todas ellas provistas de bultos y maletas. «*Davai!, Davai!*» (¡Circulen!, ¡circulen!), ordenaban los soldados empujándonos por una puerta que daba a una gran habitación con aspecto de sala de espera. ¿Dónde estamos? En la Butirka.

Cada reclusa fue aislada en una celda sin ventanas. Las formalidades de entrada estaban empezando y nos quitaron las maletas. A mí me dieron una almohada, una manta y

alguna ropa interior. Una vigilante con uniforme de la NKVD me acompañó por una serie de galerías; golpeaba con regularidad, como quien quiere marcar su paso, la hebilla de su cinturón con una llave. Por medio de aquel chasquido anunciaba el paso de las prisioneras, pues las detenidas de las demás celdas no debían verlas. También la Butirka tenía un régimen carcelario perfectamente organizado. Cuando abrieron la celda número 31 me paré estupefacta en el umbral. El grito de «*davai*» y el portazo que sonaron a mis espaldas me empujaron a su interior. Mi primera impresión fue que me encontraba en un manicomio. Un centenar de mujeres casi desnudas estaban acurrucadas, encogidas sobre tablas apretujadas las unas contra las otras. La habitación no era más que un hormiguero de aire irrespirable, la celda un puro zumbido, porque todas cuchicheaban a la vez; ninguna se volvió para mirarme. Allí estaba yo, plantada al lado de mi hatillo. Confusa, me senté al fin en el borde de las tablas y miré aquella multitud. Una mujer se acercó a cuatro patas hasta donde yo estaba y murmuró: «Tú eres alemana, se ve enseguida».

Se llamaba Käthe Schulz y era de Berlín: una joven endeble de cabello rubio rojizo, con un agradable semblante de niña, que hablaba el más puro berlinés.

—Aquí sólo se puede hablar en voz baja y está prohibido pisar sobre las tablas. Hay que andar a cuatro patas. ¡Una verdadera jaula de monos! La celda es para veinticinco personas y somos ya ciento diez. Voy a avisar a la *starosta* (jefe de celda) para que te busque sitio.

Y volvió a marcharse gateando.

La starosta de la celda 31 era una georgiana que se llamaba Tasso Salpeter. Me saludó amistosamente.

—¿Dónde te colocaré? ¡Esto es desesperante! Tendrás que quedarte algunos días al lado de la *parascha*, hasta que te encuentre un sitio mejor.

Y de esa manera tuve que acostarme cerca de la *parascha*, nombre que designa en la jerga carcelaria a una cubeta o barril. *Parascha* es el diminutivo de *Praskovia*, nombre propio femenino ruso. Mi vecina era una epiléptica a la que habían relegado a aquel rincón como castigo por su «mala» conducta. Había también una serie de mujeres sin manta ni abrigo y que no habían encontrado a nadie que quisiera compartir los suyos con ellas. Como tenían demasiado frío cerca de la ventana, no les quedaba otro remedio que soportar el hedor que despedía aquella muchedumbre. Para hacer sitio a ciento diez mujeres, habían desarmado las veinticinco camas y cubierto el suelo de tablas: los famosos *naris*. Y no sólo lo que ocupaban las camas, sino los pasos que había entre ellas, hasta el punto de que toda la superficie de la celda era una plataforma continua de madera. Solamente habían dejado libre un pequeño espacio en medio del paso central, delante de la puerta, donde había una mesa con casilleros para guardar nuestras escudillas y el pan. Allí mismo, a mis pies, se encontraban dos gigantescos barriles. Era imposible dormir boca arriba porque no había sitio suficiente, y cuando por la noche alguna quería darse la vuelta porque el dolor de los muslos no la dejaba dormir, había que despertar a las vecinas de ambos lados para ponerse de acuerdo y volverse todas a la vez. La celda estaba en la planta baja del edificio y, según oí más tarde a viejas prisioneras moscovitas que estaban bien informadas, podían verse aún las señales dejadas por las argollas de los muros, antes de la revolución. Parece ser que encadenaban a los prisioneros a esas argollas y les ponían grilletes. Pero seguro

que los presos de la época de los zares nos aventajaban en el espacio para dormir y en algún privilegio más.

Los primeros días en la celda 31 los pasé semiinconsciente. Delante de las ventanas habían enganchado un tejadillo de cristales esmerilados, consiguiendo así que jamás fuera de día en la celda. Al principio no podía distinguir absolutamente nada entre la masa de mujeres desnudas. Ninguna hablaba en voz alta y la mayor parte de ellas se hacían entender por señas. En los rincones que quedaban cerca de las ventanas había otras, encorvadas y absortas por quién sabe qué preocupación. Muchos de los cuerpos tenían una palidez azulada, pero lo peor era el hedor. Cada vez que una de ellas levantaba la tapa de la cubeta, tenía que contenerme para no vomitar.

Y en estas condiciones había que comer y dormir. Mi vecina, que tenía una cara extrañamente atractiva con los ojos muy separados, se mostraba tímida y hasta hostil hacia mí. Tuvo una crisis después de un intercambio de palabras — para mí indescifrables — con su vecina de la izquierda y cayó desde las tablas al enlosado, sobre las salpicaduras de la parascha. Las cien caras estaban relucientes de sudor e hinchadas por el calor. Apoyada en la pared de enfrente, una mujer de rostro aún joven lloraba después de cada comida y terminaba atragantándose y vomitando en una sábana. Tenía el busto desnudo y los senos lacios le colgaban hasta el vientre; yo pensaba: «¿Por qué no se tapará?». Y es que todavía no había comprendido que las mujeres en cautividad pierden pronto todo sentimiento de pudor y aprecio por su cuerpo. Otra, con una braga de punto de seda negra, miraba siempre con tristeza a un sitio lejano mientras se arrancaba sin cesar los pelos de la barbilla. Un poco más allá, una tercera descansaba la cabeza en las rodillas de su compañera, que la libraba de piojos con mano experta. Muchas dormían

el día entero. Una gorda de ojos agitados estaba en constante movimiento: andaba a gatas, contorneando su voluminoso trasero, e iba de un grupo a otro dirigiendo alguna actividad secreta.

Más lejos, en un saliente de la pared, estaba el sitio de Tasso. Mi mirada se fijó en aquel bello semblante, de ojos oscuros y brillantes bajo pestañas como alas de pájaros. Su nariz enérgica era ligeramente aguileña y la boca, con una blancura de dientes incomparable, era enormemente expresiva; pero lo que yo apreciaba más en ella era su manera de moverse. Poseía el privilegio de pisar las tablas cuando tenía que ir a la puerta de la celda para discutir con el *korpusnoi* (jefe de galerías) o con los vigilantes. Nos salvó de muchos castigos colectivos con sus hábiles negociaciones. Tasso jamás perdió el sentido del humor y, más adelante, cuando entablamos amistad, me daba los buenos días cada mañana colocando bajo su nariz los extremos de sus negras trenzas, en forma de bigote con las guías hacia abajo, y me guiñaba maliciosamente un ojo. Las dos sabíamos el nombre del compatriota que quería evocar.

Mi hada buena en esta inextricable masa humana fue Käthe Schulz. Su verdadero nombre era Käthe Schmidt, pero la NKVD la encarceló bajo el nombre que figuraba en su pasaporte falso. Empleaban gustosos este sistema con los emigrados, para dificultar hasta lo imposible las pesquisas de los parientes desde el extranjero. Käthe era una obrera berlinesa. A los diecisiete años se hizo miembro de las Juventudes Comunistas y más tarde del Partido Comunista alemán. Fue detenida en 1931, a raíz del asesinato del nazi Horst Wessel, por pertenecer a la misma célula que el asesino Ali Höhler. En el proceso que siguió a continuación salió absuelta, y cuando, en 1933, los nacionalsocialistas tomaron el poder y el proceso Horst Wessel fue sometido a



revisión, Käthe Schulz fue ayudada en su fuga. Salió de Alemania y llegó a Moscú pasando por Praga; empezó a trabajar como mecanógrafa en la OMS del Komintern (sección de relaciones internacionales). En 1937, Abramov-Mirov, jefe de esta sección, fue detenido junto con todos sus colaboradores. Corría el rumor de que se le acusaba de haber hecho espionaje para quince países. El cargo de acusación para Käthe era el siguiente: «Asistencia en las actividades de espionaje de Abramov-Mirov».

—Créeme, Grete, yo no tengo miedo. El partido me sacará de aquí. Ellos saben perfectamente que soy inocente —decía convencida.

—¿De qué partido hablas?

—Del Partido Comunista alemán, naturalmente. Wilhelm Pieck me conoce bien.

—¡No me digas que crees que él o alguno de los que están en libertad harán la menor gestión por ti! Son colaboradores de la NKVD y se afanan en denunciar a sus antiguos compañeros para salvar su propia piel.

Todas mis objeciones chocaban contra su inquebrantable candidez, y en vista de ello cambié de conversación. Únicamente en 1940, cuando fue entregada a Alemania, supe por una compatriota que llegaba entonces de la Siberia central y que se había encontrado con Käthe Schulz en Kudas, que ésta iba camino del Extremo Oriente, a cumplir diez años en un campo de concentración. Käthe era una joven frágil, acostumbrada a las grandes ciudades, que ya en la prisión preventiva perdía el conocimiento fácilmente. ¿Cómo resistiría diez años en Siberia? Todas las tardes, antes de que dieran la segunda vuelta a la llave, gateaba con cuidado entre las mujeres tumbadas con una caja de cerillas en cada mano; en una de ellas llevaba vaselina, y en la otra,

pomada de mentol. Pregonaba en voz baja como una vendedora callejera: «¡Mentol! ¡Vaselina! ¿A quién le falta?, ¿quién quiere más?». Toda la celda la quería entrañablemente.

También estaba con nosotras en la celda 31 una alemana llamada Orete Sonntag, de Mannheim-Viemheim. Su verdadero nombre era Anne Krüger. Cuando yo llegué a la Butirka llevaba ya ocho meses en prisión preventiva. Había trabajado con su marido en una provincia rusa, en una fábrica de cueros; los habían detenido juntos la víspera de la fiesta de la revolución de 1937. La acusaban de «agitación contrarrevolucionaria». No despegaba la boca en todo el día; su cara tenía un rictus de amargura, con las comisuras de los labios hacia abajo y su oscuro pelo liso anudado sobre la nuca con un cordel. Arreglaba sus cosas con gran cuidado, pues no poseía más que lo puesto. Todas las tardes estiraba su par de prendas y repasaba cuidadosamente el más pequeño desperfecto. Las botas altas que le habían entregado eran su mayor orgullo. Como no sabía ni una sola palabra de ruso, se sentía siempre perseguida, atacada por las compañeras rusas. Creía que hablaban mal de ella y su actitud se hizo de día en día más agresiva. Transcurrió mucho tiempo hasta que me hablara de su cargo de acusación.

—Siempre he sido una buena comunista, he trabajado toda mi vida en la fábrica y no he hecho nunca nada malo. ¿Qué quieren de mí, entonces?

Su acusación se apoyaba en los hechos siguientes. En 1936 y 1937 los técnicos alemanes de todas las fábricas fueron repatriados a la Alemania de Hitler. Por esta razón se alzaron graves polémicas en la fábrica y, en el curso de una conversación, Grete Sonntag dijo a un obrero alemán: «Tú

podrías estar tranquilamente en Alemania; no eras del Partido Comunista y no hay ningún cargo contra ti...». Otro trabajador alemán oyó la conversación y la puso en conocimiento de la NKVD. Grete Sonntag fue condenada a pasar cinco años en mi campo de concentración; pero ya volveremos sobre esto.

En la Butirka, la jornada empezaba a las cuatro y media de la madrugada con la voz de «¡Listas para el aseo! *Davai! Davai!*».

Las reclusas buscaban apresuradamente sus pequeñas bolsas para ocupar los primeros puestos en la fila. Nos llevaban a las ciento diez a unos cuartos de aseo donde no había más que cinco retretes y una docena de grifos. Los primeros no estaban cerrados, y solamente tenían un agujero en el suelo, sin asiento alguno. Al momento se formaban colas delante de cada uno de ellos lo mismo que delante de los grifos. Puede imaginarse la escena y lo que significaba que cada una tuviera que hacer sus necesidades bajo la mirada de veinte pares de ojos más o menos furibundos. Aquellas mujeres no escatimaban los gritos de estímulo ni las burlas, con tal de que se acabara pronto y les llegara su turno. La misma escena delante de los grifos. ¡Desgraciada de la que pretendiera una limpieza exagerada! Las ciento diez prisioneras tenían que pasar en sólo cuarenta minutos.

Al cabo de algún tiempo, ya no tenía mi sitio al lado de la parascha. Cada vez que llegaba una nueva me iba corriendo poco a poco hacia la ventana, hasta que me encontré al lado de Käthe Schulz y de una rusa que era profesora de gimnasia y cuya ocupación favorita era hacernos un juego, con unas cerillas, para adivinar nuestro destino: Siberia o la libertad. Por supuesto que estaba terminantemente prohibido. La

mayor parte de las reclusas tenían una actividad secreta, puesto que todo estaba prohibido menos sentarse en silencio (mano sobre mano) mirando hacia delante. Estaba prohibido coser, hablar, cantar, andar... La ocupación preferida era coser y bordar, pero en toda la celda no había más que una sola aguja y poco hilo; solamente estaba permitido zurcir con ella algún roto y coser los botones. ¡Pobre de la que era atrapada haciéndose un vestido! La celda entera era privada del paseo, de la cantina y de la biblioteca. Pero las prisioneras sabían cómo arreglárselas; con cerillas se fabricaban agujas perfectas. En las prisiones rusas estaba permitido fumar. Frotábamos una cerilla sobre el rugoso muro de la celda —o un trozo de azúcar— hasta conseguir dejarla muy fina. En uno de los extremos se afilaba la punta lo más posible, mientras que por el otro se hacía una pequeña hendidura con la uña. Por ella se pasaba el hilo. Es fácil imaginar el número de cerillas que se rompían hasta conseguir la fabricación de una sola aguja. Las así fabricadas servían especialmente para el bordado, pero había una clase superior: se sacrificaba una púa del peine y se seguía el mismo proceso que con la cerilla. Después, con la sagrada aguja de la celda (cuya pérdida hubiera atraído un grave castigo para todas) puesta al rojo a la llama de un fósforo, se hacía el ojo de la aguja.

En nuestra celda llegó a cortarse y coserse un vestido entero. Fue la obra de una mujer que llevaba en prisión preventiva mucho tiempo. Detenida en la calle, no tenía más que lo puesto y sus ropas estaban hechas jirones. Algunas prisioneras que tenían dinero decidieron ayudarla a hacerse un traje. El reglamento de la prisión prohibía los envíos familiares y tampoco había en la cárcel ni tela, ni vestidos, ni mantas. En la cantina sólo podía una procurarse toallas y camisas de hombre. Compraron para el traje proyectado seis

toallas gruesas de tela basta, pero ¿cómo hacer un traje sin tijeras? También se resolvió este problema. El patrón se dibujó en la tela con el extremo ennegrecido de un fósforo, doblándola después por la señal marcada y quemando la arista con la llama de una cerilla. Ardió un instante y enseguida se deshicieron los dobleces. La tela se había consumido en los sitios previstos. ¿De dónde sacamos el hilo para coserlo? De los vestidos de todas nosotras. Si tenía una alguna camisa de punto, al cabo de seis meses de prisión no le llegaba ni al ombligo, de tanto deshacerla por abajo. De la misma manera conseguíamos algodón para repasar las medias: disminuyendo simplemente su longitud; pero lo más solicitado eran las lanas de los chalecos de colores y ropas de punto, porque servían para bordar. Algunas rusas eran verdaderas artistas en este oficio. El traje de toallas bordado a punto de cruz alrededor del cuello y en el borde de la falda que llevaba la gruesa letona que saltaba siempre de grupo en grupo, ha quedado en mi memoria como el más bello modelo de verano.

El paseo era una de las alegrías de nuestro cautiverio. Veinte minutos diarios —a veces también por la noche— para estirar las piernas y tomar aire. Pero el reglamento estaba ideado para echar a perder también este placer. Al entrar en el estrecho patio de la prisión, rodeado de altos muros, en el que no brotaba ni una brizna de hierba, retumbaban las órdenes de pegar las manos a la espalda y bajar los ojos. Dos vigilantes controlaban el paseo; de dos en dos, sin hablar ni una palabra, dábamos vueltas en círculo. Un día se posó una corneja en el borde del muro. «¡Dios mío —pensé—, puede volar hacia donde quiere...! ¿No podremos volver a pasear por el campo?». Alguna que otra vez se oía el lejano ruido de la calle; un día pasó un avión por encima

de nuestro patio. Una voz de mando nos devolvió a la realidad cuando mirábamos al cielo con la boca abierta.

## LOS OBCECADOS

Poco a poco aprendí a conocer a mis compañeras rusas. ¡Qué extrañas «políticas» aquéllas! Excluyendo a Tasso, no las oí decir, en todo el tiempo que pasé en la Butirka, ni una palabra de crítica sobre el régimen soviético. Sería comprensible que guardaran silencio por miedo a la denuncia, pero no que en la sala hubiera algunos grupos que rivalizaban en celo y fidelidad al partido. La que llevaba la voz cantante era Katia Semionova. Era una mujer rechoncha, de unos treinta años de edad, con el pelo liso, corto y echado hacia atrás por medio de una peineta. Circulaba por la sala con un jersey de hombre y un calzón negro de gimnasta. Sus movimientos eran ostensiblemente masculinos. Por la forma de sujetarse el pantalón era difícil creer que no se hacía sangre con el cinturón; durante el paseo solía marchar delante, sacando el pecho y con la cabeza levantada como si estuviera desfilando en una manifestación. Un día, cuando ya era yo una «de las antiguas» de la detención preventiva, entabló conversación conmigo, aun a riesgo de caer en la desconfianza de la aristocracia del partido. En primer lugar porque yo era extranjera, y después por algunas de las cosas que yo decía. Sin embargo, Katia habló conmigo porque, al fin y al cabo, yo era una antigua detenida. Le pregunté:

—¿Por qué estás detenida?

—Porque soy víctima de una calumnia trotskista, pero se lo haré pagar caro a esos bandidos. He de darles mucho quehacer —dijo roja de ira.

—Entonces ¿eres tan inocente como las demás? —seguí preguntando.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? ¡No conozco más caso que el mío y el de algunas amigas! Comprende que procedo de una familia que ha tenido nueve stajanovistas, y que soy conocida como bolchevique independiente.

—Pero Katia, ¿no crees que las ciento diez mujeres de esta celda son tan inocentes como tú? ¿Te han hablado de los cargos que hay contra ellas? ¿No ves que han sido detenidas sin motivo?

Me lanzó a la cara su fanatismo.

—¡Y no son bastantes todavía! ¡Hemos de protegernos de los traidores aunque caigan algunos inocentes! Para quitar la mala hierba hay que arrancar alguna espiga.

Aquí nadie sabía nada de su porvenir. No había duda de que una no era culpable de ningún crimen, pero de este hecho no se deducía la inocencia de las compañeras de prisión. Se había cometido una injusticia, pero no era el régimen culpable de ello, sino «los traidores trotskistas». Katia no pertenecía a ningún partido, pero era una comunista convencida y consideraba las detenciones en masa de personas inocentes como un mal irremediable que había que sufrir, pues sólo así se alcanzaría la «gran meta». Esta insensibilidad frente a los sufrimientos de los demás, esta incapacidad para reconocer las verdaderas circunstancias era entonces típica de muchas de las detenidas comunistas. Este modo de ver las cosas me atormentaba con frecuencia aún más que el desconsuelo de la vida en prisión. Katia Semionova era un caso particularmente antipático, pero que no era el único lo demuestra una historia que quiero incluir aquí. Me la

contaron unos diez años después, pero puede desarrollarse en cualquier época de terror.

Erich Schmidt, un trabajador alemán, había vivido desde su juventud solamente para el movimiento comunista. En 1933 tuvo que emigrar, pero no le dolió abandonar su país natal, pues iba a la Unión Soviética, objetivo de sus ansias y patria de todos los comunistas. Allí tuvo que colaborar en la estructuración del socialismo, y eso era para él recompensa suficiente. Por amor a este privilegio soportó sin protesta todos los rigores de la vida soviética, aunque también estos creyentes pudieron comprobar pronto que el Estado comunista tenía muy poca semejanza con el paraíso. No perdió su fe; tanto menos cuanto que en una ocasión le fue posible contrarrestar una injusticia. Poco después de su llegada a la Unión Soviética, se casó con una polaca, y tenía ya dos hijos. En 1936 su esposa recibió repentinamente la orden de abandonar Rusia en el plazo de tres días. Schmidt estaba convencido de que se trataba de una equivocación; corrió del Komintern a la policía soviética, del Socorro Rojo<sup>[3]</sup> a la representación del Partido Comunista alemán, para triunfar finalmente: se retiró la orden de expulsión. Esto reforzó extraordinariamente su fe, y cuando él mismo fue detenido, a fines de 1936, estaba, naturalmente, convencido de que era víctima de un error que pronto se pondría en claro. Pero pasó meses en prisión preventiva, sin prestar declaración, y cuando por fin tuvo lugar su primer interrogatorio, tuvo que comprobar que no se trataba de un error ni de una confusión. Le echaron en cara a este comunista leal, incondicional y creyente, manejos contrarrevolucionarios. Quedó como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza. Durante días quiso hacer memoria de palabras o hechos que no estuvieran de acuerdo con los deseos y fines del partido, pero no encontró nada. Su



conciencia estaba limpia. Cada vez fue decayendo más; ya no hablaba con sus camaradas en la celda y buscaba desesperadamente una contestación a sus preguntas. De pronto, se produjo en él una transformación; se hizo de nuevo comunicativo, se apaciguaron los rasgos de su cara y consiguió dormir tranquilo. Incluso acogió con una sonrisa la condena a diez años en un «campo de perfeccionamiento de trabajo». Los compañeros de la celda creían que había perdido la razón, pero no había ocurrido otra cosa sino que había encontrado la respuesta que buscaba. La solución era sencilla: se trataba de un complot. En las alturas de la policía comunista había un enemigo, un traidor, un trotskista. Este hombre era el verdadero contrarrevolucionario; hacía detener a personas inocentes para debilitar al partido bolchevique y preparaba así el derrumbamiento del régimen soviético. Y Erich Schmidt confiaba ciegamente en la sabiduría de Stalin y de los demás dirigentes soviéticos. Más pronto o más tarde sería desenmascarado el traidor. Erich Schmidt emprendió el largo camino a la prisión siberiana con plena confianza de que poco después volvería con su familia, limpio de toda sospecha. Al llegar a Vorkuta redactó un extenso documento para hacer constar por escrito su inocencia. Informaba de su amor al partido, de su trabajo infatigable a su servicio y de su lucha contra los nazis antes de la emigración. Daba cuenta de todas las ideas que había tenido y de los pasos efectuados. Ocultó sus sospechas, sin embargo. Le aceptaron el documento y continuó trabajando en las minas de carbón. No sucedió nada.

Un día, sin embargo, no podía ya guardar más su gran secreto y dijo, en confianza, a un camarada de prisión que conocía incluso el nombre de quien le había traicionado y que le consideraba un saboteador trotskista. Poco tiempo después fue llevado ante un tribunal de la policía soviética

del campo de concentración y condenado a una pena de otros diez años por agitación contrarrevolucionaria. El compañero de prisión le había denunciado.

De los veinte años de condena que ahora tenía, Erich Schmidt había cumplido tres cuando, en diciembre de 1939, fue transportado bajo vigilancia a Moscú. Así pues, ¡tenía razón!, habían descubierto la conjura... Miles de detenidos inocentes, y entre ellos también él, volverían con sus familias. Sin embargo, en Moscú no se trataba de la libertad. Recibió una nueva condena: expulsión del territorio de la Unión Soviética. Cuando preguntó que adónde se le desterraba, no obtuvo contestación. Y sucedió que Erich Schmidt, en el mismo envío que yo, en Brest-Litovsk fue entregado a las SS.

Al interrogarle en su ciudad natal sajona, confesó sin rodeos que había sido siempre un ferviente comunista y que continuaría siéndolo. Sería la primera vez que la Gestapo se encontraba ante un caso así. Le trataron como a un loco inofensivo y le dejaron marchar al cabo de poco tiempo; pero poco después fue detenido y declaró que era pacifista. Fue internado en un establecimiento sanitario y de esta forma sobrevivió a la guerra. Cuando volvió a su casa, en 1945, creyó que se iban a cumplir sus sueños. Por lo menos, el comunismo había triunfado en la parte de Alemania de la que él procedía. Inmediatamente ofreció su colaboración. Pero antes quería terminar algo importante: su rehabilitación. Tenían que borrarle la mancha de la inculpación de haber sido contrarrevolucionario. Además, la policía comunista rusa le había prometido que llevarían a Alemania a su familia. Tampoco esta promesa fue cumplida. Erich Schmidt fue con su petición de un lado a otro, dirigió escritos y esperó durante horas en los antedespachos de los funcionarios del partido. Casi durante tres años estuvo

luchando por su rehabilitación, hasta que en el último minuto se salvó de una nueva detención y huyó, aprovechando la noche y la niebla, a la Alemania occidental. Murió allí pronto, completamente agotado, pero ya convencido de lo que sucedía realmente en la Rusia soviética.

El caso de Erich Schmidt puede ser un ejemplo especialmente pertinaz de obcecación, pero es en muchos aspectos sintomático. El «saboteador» trotskista en la cumbre de la policía comunista rusa, tal como vivía en la imaginación de Schmidt, y los «traidores trotskistas» de los que creía ser víctima la bolchevique independiente Katia Semionova, pertenecen a la misma familia legendaria.

Katia Semionova era una de las que tenían constantemente en la boca la palabra «disciplina». La prisionera tenía que esperar disciplinada que le llegara su día de escritura, cada dos o tres semanas. Entonces tenía derecho a papel y tinta, para presentar a la administración de la prisión o al juez de instrucción unas quejas de las que no se recibía jamás contestación. Había que ajustarse al reglamento, pues de lo contrario se incomodaba a la comunidad; había que dormir sobre dos tablas desiguales sin saco de paja, ni manta ni almohada; había que contentarse con treinta centímetros de espacio. ¡Pobre de la que osaba protestar ante la administración de la prisión contra estas monstruosas condiciones de existencia! Pero no era sólo la administración de la prisión quien se defendía de descaro semejante. La mayor parte de las detenidas rusas despreciaban y condenaban sin remedio, por indisciplinada, a la mujer que así procedía.

## EL SINO DE LAS MUJERES

Las mujeres que recuerdo mejor son las que llegaron después que yo, «las nuevas». Una estudiante de matemáticas que venía de una prisión provincial se quedó profundamente dormida en cuanto se sentó en las tablas. Hubo que despertarla a la fuerza para llevarla al cuarto de aseo. Tan abrumada estaba por la fatiga, que parecía inconsciente. Al lavarse vimos su cuerpo: tenía las nalgas y la parte alta de los muslos cubiertas de rayas negras. Sin embargo, no fue la primera en quien pudimos notar tales señales; también la gruesa letona de ojos agitados había sido azotada brutalmente durante el interrogatorio.

No llevaba yo mucho tiempo en la Butirka cuando Tasso me murmuró al oído:

—Sé más prudente con tus comentarios. Déjate de conversaciones políticas. En la celda hay quien las repite.

Con estas palabras comenzó nuestra amistad y no tardé en saber de qué la acusaban.

Tasso Salpeter era la mujer de un oficial de la guardia de Stalin que era letón. Después del arresto de Yagoda, comisario del pueblo en el interior y jefe de la GPU<sup>[4]</sup>, designaron a Salpeter el apartamento del infortunado funcionario. Tasso, su marido y un amigo de ambos visitaron las habitaciones enteramente amuebladas. Llegaron a una pieza de estilo asiático, con tapices que cubrían paredes y suelos. Sobre uno de ellos, colocado encima del diván, colgaba un retrato de Stalin. Tasso propuso a su marido que lo quitaran de allí.

Poco tiempo después, Salpeter y Tasso fueron detenidos. Cuando Tasso llegó ante el juez de instrucción alegaron sus

palabras como motivo de su arresto. Ella las negó enérgicamente. Debo añadir que el verdadero motivo no fue esa simple frase. El marido de mi amiga estaba incluido en la liquidación del antiguo Estado Mayor del Ejército Rojo — posterior a la ejecución de los mariscales soviéticos—, y Tasso, como mujer de Salpeter, hubiera sido detenida de todos modos. Pero como ya he dicho, la NKVD tenía interés en formular una acusación a cada detenido, por muy inocente que fuera, a fin de justificar *a posteriori* su arresto. Los cargos contra los llamados «criminales políticos» variaban entre «agitación contrarrevolucionaria» y «organización contrarrevolucionaria»; a veces las dos a la vez, o «preparativos de revuelta armada», «preparativos de terror» o «espionaje». Un día escuché una acusación grotesca formulada textualmente como sigue: «espionaje en provecho de un país cualquiera». Entre las ciento diez mujeres de la celda 31 no había más que esas cinco variantes, excepto algunas amas de casa que fueron condenadas sin ningún interrogatorio ni acusación especial.

Pero volvamos a la causa de Tasso. Ella negó constantemente que hubiera pronunciado la frase en cuestión, y desde el momento en que nos juntamos en la misma prisión, apenas si fue interrogada. Fuimos separadas antes de cumplir la prisión preventiva, pero nos encontramos un año después en el campo de concentración de Karaganda, donde me contó el curso que había seguido la instrucción de su causa.

La sacaron una noche de su celda y la encerraron en un calabozo. Ella sabía que aquél era un medio de intimidación que el juez empleaba para obligarla a declarar. En el agujero en el que fue encerrada no había ventana ni asiento, y en la oscuridad, arrinconada en el suelo, tuvo que contentarse con pan y agua. Encima de la puerta había un hueco para la

ventilación y por medio de un aparato de proyección transmitían a través del orificio, en el muro frontal, cuadros, paisajes rusos y caucasianos —Tasso era georgiana— mientras se oían cantos populares del Cáucaso. Aquello la dejó completamente insensible, pero después vinieron retratos de muchachos, cadáveres de niños (poco tiempo antes de ser detenida Tasso había perdido una niña de dos años). Entonces sonó una voz acusadora: «¡Tasso, mientes! Tasso, ¡tú mientes!».

Acto seguido fueron a buscarla para el interrogatorio. El juez de instrucción la conminó para que confesara. Ella insistió en afirmar que jamás había pronunciado la frase que se le imputaba. «Vamos a carearles inmediatamente», dijo irónicamente el juez. La puerta se abrió y apareció el marido de Tasso, acompañado del otro juez de instrucción. «Su aspecto era lastimoso —me contaba Tasso—; con su cara destrozada no se atrevía ni siquiera a mirarme. Observé que en sus muñecas había estrías sanguinolentas, como si hubiera llevado cadenas. El juez me preguntó:

»—¿Confesará ahora?

»—No tengo nada que confesar —contesté.

»—Entonces nos veremos forzados a demostrar que miente, con la declaración de su propio esposo.

»El juez de instrucción le preguntó:

»—¿Qué dijo su mujer cuando por primera vez recorrían ustedes las habitaciones de su nuevo apartamento?

»Mi marido levantó la cabeza y me dirigió una mirada llena de inquietud; respondió al juez con voz apagada:

»—Hay que quitarlo de ahí.

»—¿No te da vergüenza? ¿Cómo puedes mentir así? —grité.

»A continuación se llevaron a mi marido y después de este careo fui condenada a ocho años de prisión».

El reglamento de la cárcel, pegado en un cartón, colgaba de la pared de la celda entre las dos ventanas. Yo no llevaba en la celda 31 más que unos días, y aún no había tenido valor para ir a cuatro patas hasta aquel muro lejano para familiarizarme con las leyes de la prisión, cuando el reglamento fue retirado. Todas suponíamos que no tardarían en aparecer nuevas reglas, mucho más severas que las anteriores. Pero pocos días después reapareció de nuevo el cartón, sin más cambio que la firma. El antiguo comandante de la prisión había sido detenido. Dos veces, en el breve tiempo de mi prisión preventiva, el comandante de la Butirka fue «cambiado»; al final de mi estancia allí había desaparecido definitivamente el reglamento.

Lo más temido eran los registros. Esta medida draconiana tenía lugar cada cuatro semanas por lo menos. A medianoche nos despertaba un rugido:

—¡Todo el mundo listo con sus cosas!

Con la mayor premura metíamos todos nuestros bienes dentro del saco; las mujeres no tenían más pensamiento que hacer desaparecer todo lo prohibido y se precipitaban sobre la cubeta para tirar todo lo que podían. Parece increíble la cantidad de cosas fabricadas por las prisioneras, a pesar de las reglas; aunque disponíamos de una cacerola, las mujeres necesitaban más cacharros. Con masa de pan y saliva se hacían copas que después habría que dejar secar. Las figuras del juego de ajedrez, hechas de pan, eran las más apreciadas: las blancas se cubrían de pasta dentífrica. Por supuesto que el ajedrez también estaba excluido de nuestros derechos.

Las mujeres salían vacilantes de la celda y refunfuñando se dirigían a una sala especial para los registros. Primero se

procedía al registro corporal y luego al de los objetos. Cada vez que recordaba la primera humillación se cubría de sudor todo mi cuerpo. Empezaban por iluminar la boca con una linterna, para repetir la misma operación con el orificio situado en el lado opuesto del cuerpo. También sospechaban que los sobacos pudieran albergar objetos puntiagudos o afilados. Buscaban el brillo de algún cristal, tapas de cajas de conservas, trozos de metal, cuchillos, espejos, etc.; naturalmente, notas escritas o un pedazo de papel cualquiera. Esto resultaba risible. Yo tenía toda mi ropa con etiquetas de casas extranjeras y la vigilante de control las descosió cuidadosamente, creyendo sin duda que eran mensajes secretos. También quitaban a todas el mínimo resto de cinta de goma, quizá para evitar que pudiéramos ahorcarnos con ellos. Pero lo que examinaban más detenidamente eran los zapatos. Las vigilantes mal intencionadas arrancaban tranquilamente las suelas, con lo que nos proporcionaban zapatos aireados para caminar hacia Siberia. Este registro duraba varias horas.

La administración de la prisión tenía de vez en cuando la costumbre de cambiarnos de celda, para evitar que hubiera entre nosotras lazos de amistad demasiado duraderos.

Entre las nuevas que nos llegaron de otra celda, había una alemana llamada Franziska Levent-Levith. Era hija de un director de orquesta de Danzig y se había casado con un ruso llamado Levent-Levith que trabajaba en el servicio de espionaje. Ambos pasaron los últimos años en Inglaterra, y en 1937 él fue llamado a Moscú. Pasó una noche en el hotel Metropol y fue arrestado al día siguiente, junto con su mujer. Así pues, Franziska llegó a la Butirka sin tener la menor idea de la vida soviética y sin hablar una palabra de ruso. Era una rubia grandota y se le notaban ya los pocos meses de prisión. Todo en ella era blando, e incluso las



mejillas le pendían. Cuando crucé con ella las primeras palabras y la miré a la cara tuve la impresión de que estaba loca. Sus ojos no podían estarse quietos ni un segundo, girando de derecha a izquierda como si estuvieran siguiendo el paso de un tren. Franziska murmuró con emoción:

—Me ha pasado una cosa terrible: mi primera celda era una escuela de espionaje y yo no aprobé mi examen. Había que demostrar capacidad de espía, pero yo no supe.

—Pero Franziska, ¿no existe nada parecido, eso es un absurdo!

—Tú no estarás enterada, pero aquí hay celdas especiales cuyas ocupantes han sido detenidas sólo para este fin. Si se aprueba el examen, se sale de la prisión con una misión determinada, pero yo no tuve éxito. Había que saber cosas muy raras que yo no podía comprender. Por ejemplo, tienen vasos de aluminio con bandas de diferentes colores: rojas, verdes, azules, rosas... Yo tenía que coger justamente el color que ellos me habían asignado. Pero no les entendía y ellos se burlaban de mí. (Las prisioneras grababan signos en los vasos de aluminio, que eran todos iguales, para poderlos reconocer en el momento de la distribución del té). Pasaba lo mismo a la hora del paseo, con el círculo pequeño y el grande. Todas se hacían señas, en espera de mi nueva equivocación. En los libros de la biblioteca también había números misteriosos que debían descifrarse. ¡En todo me equivoqué! Y ahora estoy castigada.

A todas las prisioneras que entendían alemán les contaba su historia; naturalmente, al poco tiempo no había quien quisiera escucharla. Le sonreían con compasión, haciéndose señas de que estaba loca. Un día, Franziska nos dijo que sabía corte y confección; esto nos dio una idea. Las alemanas llevábamos unas blusas que gustaban especialmente a las

rusas. En la cantina podía comprarse ropa interior de hombre de diferentes colores, y Franziska pensó que con dos camisas de hombre podían hacerse blusas como las nuestras. Algunas mujeres reunieron dinero, compraron las camisas y Franziska, protegida por las espaldas de las que le habían hecho el encargo, comenzó su trabajo. Esta ocupación le fue muy saludable. De día en día hablaba menos de la «celda misteriosa», porque sus pensamientos estaban totalmente absorbidos por la confección. Poco después, Franziska, sin haber sido interrogada ni una sola vez, fue sacada de la celda una noche, junto con otras prisioneras.

—Van a leerle la sentencia —dijeron las antiguas, ya avezadas a las costumbres de la prisión.

## UN CUMPLEAÑOS

Cuando llevaba ya más de un mes en la Butirka, no conocía yo aún el motivo de mi detención. No fui llamada en todo el tiempo, salvo para la fotografía reglamentaria y la toma de huellas dactilares. Cada día aumentaba mi conocimiento sobre los métodos de interrogatorio, cargos de acusación y juicios que podían esperarse. Tasso me ilustraba:

—Cuenta con «espionaje»; también tendrás «organización contrarrevolucionaria». No debes asustarte, porque a todas nos han hecho lo mismo. Es necesario que ante el juez de instrucción sigas diciendo que no estás al corriente de nada, y que no has tenido jamás actividad política alguna porque toda tu vida has estado dedicada a tu casa y a la cocina. Y lo más importante: no firmes ninguna declaración, aunque el juez de instrucción quiera dejarte de pie el día entero. Es mil

veces preferible quedarse el tiempo que sea en prisión preventiva que ser enviada a Siberia.

Poco a poco fui perdiendo el miedo a las noches, aprendí a dormir sobre las tablas y me aparecieron unas zonas lisas en las caderas, como el caballo que a fuerza de llevar puesta la montura tiene la piel pelada, y los músculos de las piernas se me entumecieron, de tanto tenerlos encogidos.

El día de cantina se recibía con alborozo en la celda 31. Todas las reclusas que tenían dinero en la cuenta de la prisión podían gastárselo en compras. Si no pesaba sobre la celda ningún castigo, el día de cantina solía celebrarse una vez al mes; se preparaba una lista de todo lo que se deseaba. Había pan, arenques, bombones, azúcar, jabón y algunas veces salchichas o queso. En otro lugar había toallas y ropa interior. Algunas prisioneras eran conducidas a la cantina para buscar las cosas. Reinaba un ambiente de fiesta tal, que casi podía una olvidarse de que estaba en la Butirka. Una parte de las compras se apartaba para las que no tenían nada; en todo caso, quien tenía dinero estaba obligada a ocuparse, por lo menos, de una de ellas. El tesoro se instalaba en la mesa y empezaba la distribución.

Mi primer cumpleaños en cautividad coincidió justo en el momento de mi prisión preventiva en la Butirka. Tasso anotó la fecha en no sé qué lista. Después de la sopa de mediodía me recosté en el muro, como siempre, y me quedé dormida. Cuando desperté, había a mis pies una maravillosa mesa de cumpleaños. En una cacerola guarnecida con una servilleta me habían puesto los regalos de la cantina y en otro cacharro unos canapés. Algunas servilletas bordadas servían de mantel. El pan negro había sido cortado en rebanadas finas, con la ayuda de un hilo, y lo habían acompañado de una ensalada que se componía de pedazos

de col pescados en la sopa, picados y mezclados con sal y cebolla. La col se convertía en golosina. Alrededor de la mesa, y escrito con letras de pan mojado, se leía la inscripción siguiente: «Que todos tus deseos puedan realizarse». En el momento de despertarme Tasso me tendió un «telegrama». Dentro de un libro de la biblioteca, con unas letras minúsculas de pan mojado, pude leer: «Te abraza, Heinz». Fabricada de la misma materia, una botella de vino presumía en aquella mesa y en un vaso también de pan había tres rosas que habían sido recortadas con verdadero arte, nada menos que de una cebolla. Una vez servido el té en los vasos, bebimos y reímos de buena gana. De pronto, la ventanilla de la puerta se abrió y una voz furiosa aulló:

—Traigan inmediatamente lo que tienen ahí.

Intentamos hacer desaparecer bajo las tablas todo aquello, pero ya era demasiado tarde. La vigilante había visto nuestra fiesta de cumpleaños. Toda la celda figuró en el expediente y nos castigaron sin paseo durante ocho días. Las consecuencias de ello fueron que Katia Semionova y sus secuaces empezaron una campaña contra Tasso, acusándola de «indisciplinada» y de faltar a sus deberes de starosta en provecho de una extranjera.

Vinieron a buscar a Grete Sonntag para el interrogatorio y no volvió hasta pasadas varias horas. Estaba completamente desesperada. Todo el día siguiente lo pasó sentada en las tablas, y se olvidó hasta de peinarse. Observé que sus labios se movían sin cesar, hablando sola. Me acerqué a ella a gatas y me dijo:

—Ayer me carearon con el obrero de nuestro taller. Figúrate que el muy cerdo ha repetido delante del juez lo que dije. Yo he negado todo el tiempo haber pronunciado

semejantes palabras. ¡Si pudiera morirme! ¿Por qué tendrá que ocurrirme esto a mí, precisamente a mí?

Teníamos en la celda toda una serie de mujeres de oficiales que ya habían pasado los interrogatorios y que no tardarían en ser juzgadas. Convinimos con algunas de ellas que intentarían decirnos por señas el número de años a que habían sido condenadas. Nuestra celda estaba en la planta baja y por una grieta de la placa que colgaba de la ventana podíamos observar algunos tramos de la escalera que conducía al patio. Decidimos que una de nosotras acecharía el momento en que las condenadas eran conducidas al paseo y ellas, con las manos en la espalda, señalarían con los dedos a cuántos años ascendía su condena. El acuerdo dio resultado y nos mostraron cinco dedos. La alegría entre las rusas fue grande:

—¡Solamente cinco años! ¡Es extraordinario! ¡Hasta hace poco no se condenaba nunca a menos de diez años a las mujeres casadas!

Un día llegó una «nueva» que conmovió profundamente la celda. Era una mujer con traje de campo de concentración, chaqueta guateada color gris oscuro y gorro redondo haciendo juego con las botas altas. Tenía un semblante pálido de *Madonna*, con una cabellera nada tupida y lisa, que anudaba detrás en forma de moño. Supusimos que llegaba de Siberia. Transcurrió mucho tiempo antes de que empezara a hablar. Lo primero que pidió fue un libro, y dos días después supimos su situación. Tenía treinta y dos años, era institutriz e hija de un pope. Había sido detenida nueve años antes por «actividad contrarrevolucionaria». La condenaron a diez años. Venía del campo de Kolymá, en el círculo polar. Le habían rebajado un año de su pena por buena conducta y excelente trabajo, y hasta pudo comprarse un par de botas.

En su documento de libertad estaba estipulado que debía reintegrarse a su país de origen; pero tal como estaba, a la salida del campo de concentración, con chaqueta guateada, gorro con orejeras y botas, se fue directamente a Moscú y se presentó en el consulado inglés. Allí pidió que le facilitaran el viaje a Inglaterra, donde tenía una tía. Le prometieron ocuparse de ello y la despidieron amablemente. En la calle fue detenida de nuevo por la NKVD.

No contó nada de lo que le había sucedido en la Lubianka, pero su cara y su silencio la traicionaban. La primera vez que la vi desnuda en el cuarto de aseo me quedé aterrada por el color cadavérico de su cuerpo y por el relajamiento de su carne. Con seguridad que aquello era consecuencia del escorbuto. Los nueve años de campo de concentración habían dejado sus huellas.

Poco más tarde sacaron a la institutriz con sus cosas y la olvidamos. Varias semanas después llegó una «nueva» interesante. Todas se arrodillaron en las tablas. ¿Qué era aquello? ¿Una negra africana? La mujer cayó medio desvanecida. Su pelo estaba revuelto.

—Denme un poco de agua, por favor.

Entonces reconocimos a nuestra institutriz, que volvía a nuestra celda después de cuarenta días de calabozo. Había pasado los cuarenta días sin lavarse ni peinarse, a pan y agua en la oscuridad. Querían hacerle decir lo que había contado en la embajada británica. Nos esforzamos en desenmarañar aquellos pelos, pero todo fue inútil: hubo que cortarlos. Poco después, salió de la celda para no volver más.

# LOS CONDENADOS EN LA TIERRA

## INTERROGATORIOS

—¡Margarete Guenrichovna Buber-Neumann, sin sus cosas! —gritaron una noche por la ventanilla.

Nadie contestó. Primero porque yo dormía profundamente y segundo porque ante aquel nombre extraño yo no había reaccionado aún. Por medio de amistosos empujones, mis compañeras más próximas me volvieron a la realidad. Con el pelo en desorden y los zapatos a medio calzar, pasé por encima de las que seguían durmiendo, hasta llegar a la puerta. Fuera, en la galería, me estaban esperando la vigilante y un soldado. Este me preguntó el nombre y me ordenó que le siguiera. De pronto me sentí cogida por el brazo y, como yo intentara soltarme, el centinela me empujó delante de él, apretándome fuertemente la muñeca como si fuera una delincuente común. Luego una escalera; mi corazón latía cada vez con más fuerza. El hueco de la escalera estaba cuidadosamente revestido de un enrejado de alambre, para impedir que las reclusas cansadas de vivir se precipitaran en el vacío. Después seguimos por un largo pasillo —el ruido de los pasos era atenuado por la alfombra—, donde las puertas tenían aldabas. Esto daba verdadera sensación de libertad. Me soltó el brazo al llegar frente a una puerta; el soldado la abrió y me encontré en un despacho con grandes ventanas

abrió y me encontré en un despacho con grandes ventanas abiertas, por donde penetraba el olor del follaje lleno de humedad. Sobre el muro, un retrato de Stalin, y detrás de la mesa un joven rechoncho, con las mangas remangadas y con el aire de satisfacción del hombre que no aspira a más.

—¿Cómo se llama usted? Siéntese.

El juez de instrucción me hablaba en alemán y pude reconocerle un acento del Volga. Con la garganta seca y la lengua paralizada no pude responder. Solamente me fue posible pronunciar sílabas incoherentes. Si al menos tuviera un cigarrillo...; los había allí, sobre la mesa. Las preguntas seguían, y sin más preámbulo me leyó el acta de acusación: «Organización contrarrevolucionaria y agitación contra el Estado soviético».

—¿Tiene usted algo que decir?

¿A qué se refería? ¿Quién habría podido hacerme esa denuncia? ¿Conocerán alguna conversación o entrevista clandestina?

—¿No me ha oído usted? Debe contestar. ¿Dónde y por qué medios se ha ocupado usted de la organización y agitación contrarrevolucionaria?

—¡Nunca, jamás!

—Es usted una desvergonzada mentirosa; quizá quiera reflexionar un poco. No tengo prisa. ¡Levántese!

Y encendió un cigarrillo. ¿Cuántas horas me dejaría de pie? A algunas las tuvieron hasta tres y cuatro días. La luz de la ventana caía sobre las hojas húmedas del tilo. ¿Dónde habría visto yo aquello?

—¿Ha reflexionado usted ya? —Aún no había consumido su cigarrillo—. Tiene usted una memoria muy frágil.

—Jamás hice nada en contra de la Unión Soviética.



Respiró ruidosamente y dijo encolerizado:

—No mienta, estamos perfectamente informados respecto a usted.

¿Estarían al corriente de mi visita a la embajada de Francia? ¡Qué cara tan desagradable tiene!

—¿Cuándo y dónde podría yo haber conspirado y participado en una organización contrarrevolucionaria?

—Eso es lo que le estoy preguntando. No sea usted tan insolente. ¿Cree usted que no tenemos medios para meterla en cintura? Si continúa usted negando, la dejaré meses, o años, esperando a que entre usted en razón.

Y al terminar ya había pulsado un botón que tenía sobre la mesa. Entró el soldado y, sin soltarme de la muñeca, me devolvió a la celda maloliente. Cuando, arrastrándome a gatas, llegué al lado de Kätthe, ésta tenía los ojos bien abiertos. Esperaba mi regreso con ansiedad. ¡Qué buena era! Me hubiera gustado demostrárselo.

Al cabo de algunos días fui llamada de nuevo. Continuaba el mismo juego: el juez quería declaraciones y yo le rogaba que me hiciera preguntas, pues no tenía la menor idea de lo que me reprochaban. Estaba torturada por la horrible sospecha de que la NKVD pudiera saber algo acerca de las conversaciones con nuestros amigos. Este segundo interrogatorio se distinguió del primero porque el juez, en lugar de un cigarrillo se fumó dos, mientras me llenaba de amenazas, como la de que bien podría morirme en la prisión preventiva. Yo me rompía la cabeza pensando en qué hechos podrían fundamentar su acusación. Pero al tercer interrogatorio, el juez estaba harto y empezaba realmente a aburrirse de mí.

—Bueno, ahora voy a decirle a usted dónde y cuándo ha participado en las intrigas contra la Unión Soviética: no va

usted a negar que de 1931 a 1932 estuvo en la oposición del Partido Comunista alemán.

—Nunca estuve en la oposición. —Y antes de que pudiera insultarme groseramente, continué, cometiendo así una falta irreparable—: Pero ¿qué tiene que ver la postura de oposición en el Partido Comunista alemán con una actividad de organización contrarrevolucionaria y de agitación contra el Estado soviético?

El juez dio entonces un grito de histerismo.

—¡No es usted solamente contrarrevolucionaria, sino trotskista!

Por las preguntas siguientes vi que mi acusación era la misma que la de mi marido.

—¿Qué sabe usted del trabajo de escisión de Heinz Neumann?

Yo, naturalmente, no sabía nada. Intenté explicar que en calidad de simple miembro del Partido Comunista alemán no había sido informada de las polémicas desarrolladas en el seno del Comité Central y de la sección política. Durante este intercambio de preguntas y respuestas, comprendí que yo era sólo un «accesorio», un caso insignificante. Parecía que el juez no tuviera otro deseo que poner rápidamente fin a mi caso. Sí, pero ¿cuál?

Se puso a redactar el proceso verbal. Su letra parecía la de un contable y las frases que hacía tenían el mismo estilo. En el escrito se leían las preguntas siguientes: «¿Ha tomado usted parte en el trabajo de escisión de Heinz Neumann en el Partido Comunista alemán? ¿Era usted de la oposición? ¿A quién visitó usted en Moscú? ¿Qué conversaciones políticas se sostenían en su habitación del hotel Lux? ¿Quién solía visitar a su marido?».

Yo contestaba sí o no según me convenía. No había oído, naturalmente, conversación alguna y los amigos que fueron a vernos estaban fuera de la Rusia soviética. El juez de instrucción no hizo el menor intento por arrancarme una declaración. Cuando hube leído detenidamente el proceso verbal redactado en alemán, me ordenó que firmara. Debo reconocer honradamente que me pareció que aquello podía ser firmado sin temor alguno. ¡Todo me parecía tan lógico y normal! «Si no firmo —pensé—, me dejará años en esta horrible prisión preventiva». Vinieron, sin embargo, a mi memoria las advertencias de Tasso: «No firmes, falsificarán tu declaración». Y el juez me devolvió a la celda entre juramentos.

Quince días después vinieron a buscarme durante la noche, llevándome esta vez a otro local, ante otro juez de instrucción. Este hablaba ruso. Me tendió un papel en el que había escrito lo siguiente: «Al término del sumario, Margarete Guenrichovna Buber-Neumann ha sido declarada culpable de organización contrarrevolucionaria y agitación contra el Estado soviético». No podía creerlo y releía sin cesar el papel. ¿Sería quizás una equivocación? Pedí al juez que me diera una explicación de los términos del escrito y no la había. Así pues, se trataba del fin. Pregunté:

—¿Puedo escribir en el reverso de este papel unas pocas palabras en alemán?

Como me fue concedido el permiso, escribí: «Protesto contra el método empleado en la investigación que me declara culpable de organización contrarrevolucionaria y agitación contra el Estado soviético sin pruebas de ningún género. Pido un nuevo sumario».

Tres días después, plazo excepcionalmente corto para las costumbres rusas, fui llamada una vez más para el

interrogatorio y llevada a la sala del juez alemán del Volga. Me estaba esperando con un hombre de unos sesenta años, cabello blanco y tez rosada, con verdadero aspecto de juez de instrucción, que me invitó amablemente a tomar asiento. El hombre del cabello blanco se volvió hacia mí:

—¿Ha sido usted molestada en el curso del sumario? ¿Por qué ha protestado usted contra los métodos empleados?

A juzgar por la forma en que estaba hecha la pregunta, creían que me quejaba de algún gesto brutal del juez.

—No, yo no quería decir eso. Es cierto que me han tratado de mentirosa y que me han amenazado con tenerme años y años en prisión preventiva si no confesaba, pero mi protesta está formulada contra el procedimiento que me declara culpable de «organización contrarrevolucionaria» y agitación contra el Estado soviético, sin aportar ninguna prueba convincente. El juez de instrucción ignoraba deliberadamente el hecho de que, siendo un simple miembro del Partido Comunista alemán, yo no podía tener idea alguna de las diferencias que pudieran existir entre los dirigentes políticos del partido. Ni siquiera intentó demostrarme que yo había pertenecido a la oposición en el Partido Comunista alemán, ni que yo hubiera hecho o hubiera sido agitadora o «contrarrevolucionaria». ¿Cómo pueden inculparme sin haber demostrado nada?

El juez escuchó mis reclamaciones, pero no me dio ninguna respuesta; solamente declaró:

—Tengo la impresión de que hay algún error en su proceso; sin embargo, estoy convencido de que todo se aclarará y tomará un rumbo favorable para usted.

Hablaba despacio, con un tono paternal que cada vez ganaba más mi confianza. ¿Por qué no creerle? Toda mi historia, desde mi detención, ¿no era acaso una

equivocación? Y cuando se puso a escribir una nueva declaración palabra por palabra, como yo la deseaba, preguntándome a cada instante si estaba conforme, ya no dudaba yo de que todo terminaría bien. Sin embargo, cuando terminada la declaración me tendió la hoja para que la firmara, volvieron mis dudas y la desconfianza.

—No, no firmaré.

—Pero ¿por qué?

—Porque no confío en ustedes.

Mi alemán del Volga dio un respingo, rojo como un pavo y levantando el puño:

—¿Cómo se atreve usted a hablar así a un magistrado?

El anciano intervino para calmarle y no insistió en hacerme firmar, pero oprimió el botón. Llamaron y en la puerta apareció un soldado, a quien seguí por los corredores que ya me eran familiares, acompañada del chasquido de la llave sobre la hebilla del cinturón.

Entretanto había llegado el otoño. La lluvia escurría por el filo enrejado en lo alto de las placas que tapaban las ventanas. Durante varios días no vimos ningún trocito de cielo. Nos anunciaron que íbamos a recibir libros y yo rogué a Tasso que nos procurara un libro alemán, pues dos de las que allí estábamos no leíamos ruso. Me trajo un volumen de Brentano que contenía *Hinkel*, *Gockel* y *Gackeleia*, con sus deliciosas poesías. Käthe Schulz y yo elegimos una que nos aprendimos de memoria, con el fin de conservar alguna cosa que estuviera ligada a nuestra estancia en la Butirka, y para no olvidarnos jamás una de otra. Sentadas espalda contra espalda, aprendimos estos versos que recitábamos juntas:

Del muro un eco llega  
que mi corazón de angustia anega.

¡Si fuera ésta tu voz...!

Oí tan sólo; en vano intento a mis ojos  
procurar contento.

¡Si no fuera mi voz...!

En la arista del muro, por encima, mis ojos  
están presos en la sima y sólo veo estrellas.

Motas del piélago celeste, y del amor la más  
hermosa hueste.

¿Serán nuestras estrellas...?

Murmurábamos nuestros poemas preferidos y  
tarareábamos al oído canciones populares de otros tiempos.

—¿Habéis cosido ya los sacos? ¿No vais a poner a secar el  
pan? —preguntaban nuestras compañeras rusas, aterradas  
ante nuestra ligereza y nuestra ingenuidad.

Cada día se hablaba más de Siberia. Ya habían caído las  
primeras nieves cuando las mujeres de la celda 31 fueron  
separadas. Una noche nos ordenaron:

—¡Que todo el mundo esté listo con sus cosas!

Ante aquella voz nos preparamos para un registro y todos  
nuestros tesoros prohibidos desaparecieron en la cubeta.  
Pero se trataba de algo mucho peor. Había que separarse de  
todas aquellas camaradas a las que tanto afecto habíamos  
tomado. Estas separaciones eran desgarradoras.

En la celda 23, a la que yo fui destinada, seguíamos siendo  
más de cien mujeres, pero reinaba un ambiente muy  
distinto. Faltaba Tasso para mediar de conciliadora. Allí me  
encontré con la alemana Gertrud Tiefenau. Llevaba en  
prisión preventiva año y medio, y todo este tiempo vistió la  
misma ropa que llevaba el día de su detención, el año 1937:  
chanclos, piernas desnudas, blusa fina, falda ligera, sin

abrigo, sin medias ni manta. Alguna que otra vez encontraba un alma caritativa que la cobijaba durante la noche bajo su abrigo. Pero por costumbre se acostaba sobre las tablas desnudas, como un perro. En las épocas frías no podía tomar parte en el paseo y en las cálidas apenas si podía salir sin desvanecerse.

Gertrud Tiefenau era detestada por casi todas las prisioneras. La llamaban «la fascista alemana» porque, no contenta con dirigir sus súplicas y peticiones por escrito a la administración de la prisión, aprovechaba cualquier ocasión para protestar de las condiciones monstruosas en que la obligaban a vivir. Todas las mañanas solicitaba hablar con el korpusnoi. Siempre pedía lo mismo: los trajes y la ropa que había dejado en su cuarto el día en que la arrestaron. Sus constantes recriminaciones la hicieron famosa en la prisión y siempre estaba en la lista negra. En el curso de sus discusiones con las autoridades, se ponía en un estado de excitación violento y gritaba a los vigilantes:

—¡No valéis ni un chavo más que los fascistas alemanes!  
¡Incluso sois peores, porque vosotros os decís socialistas!

Estas escenas le costaban el calabozo, y la dirección nunca pensó en procurarle vestidos. Como estaba en la lista negra, pasaba sistemáticamente en el calabozo las fiestas de Primero de Mayo y de la Revolución de Octubre. Según me dijo, una vez la encerraron desnuda en una celda. A pesar de su fracaso no se dejaba abatir fácilmente, pero su agitación la hizo caer en desgracia entre sus compañeras, porque estaba en constante discusión con ellas.

Fue detenida por haber dicho en el taller (era obrera metalúrgica), en el curso de una conversación con una obrera rusa, que «el único nazi inteligente es Goebbels». Por esto fue acusada de «agitación contrarrevolucionaria».

## SENTENCIA

Mi estancia en la celda 23 iba a ser de corta duración. Pasado el último interrogatorio me forjé toda clase de esperanzas. Ya me veía en París, mientras que Siberia apenas si aparecía en mi pensamiento. En éstas, una noche dijeron por la ventanilla:

—¡Stefanie Brun y Margarete Guenrichovna Buber-Neumann, preparen sus cosas!

¿Qué pasaría? Paralizada, incapaz de recoger por mí misma los bártulos, estrechaba manos y más manos. Vi llorar por primera vez a Gertrud Tiefenau y descubrí entre mis compañeras muchas caras tristes y llenas de simpatía. Yo sabía que salir a las diez de la noche con Stefanie Brun, polaca, hermana del comisario del pueblo de Unchlicht, significaba que iba a ser sentenciada.

Entre las seis mujeres que estaban en el pasillo con sus paquetes se hallaba Grete Sonntag. Tuvimos que marchar de dos en dos, atravesando la prisión sumida en el silencio de la noche. Al compás de la llave y de mi corazón, que latía con fuerza, una vieja canción martilleaba en mis oídos: «Intrépidos camaradas, ¡a caballo, a caballo...!».

Abrieron una celda; sin conocernos aún —prácticamente sin vernos—, nos sentamos en un banco. Cada una tenía su paquete al lado, y todas nuestras miradas convergían en la puerta. ¿Quién sería la primera? Notábamos que se nos congelaban las manos, y en los oídos seguía doliéndonos la misma canción...

—¡Stefanie Brun!

Se levantó muy lentamente agarrándose a la pared y salió. Vi su manita pálida surcada por abultadas venas y sus



extrañas piernas, tan anchas en los tobillos como en las pantorrillas. La puerta se cerró tras ella; una de las mujeres gemía débilmente. No habrían pasado apenas dos minutos cuando Stefanie Brun estaba de vuelta. Con un hilo de voz me dijo:

—Ocho años.

El nombre siguiente fue Margarete Guenrichovna Buber-Neumann. Me llevaron a una gran sala situada justamente al lado de la celda donde estábamos. En un ángulo se veía una mesa cubierta con un tapete rojo; en las paredes, grandes retratos de Stalin y Lenin. Detrás de la mesa, sentado, un oficial de la NKVD recién afeitado, con las mejillas rojas, embutido en un uniforme flamante.

—¿Sabe usted leer el ruso?

Me presentó un papel en el cual estaban mecanografiadas las siguientes palabras: «Margarete Guenrichovna Buber-Neumann es condenada a cinco años de campo de trabajo y de reeducación, como elemento socialmente peligroso». Me tendía al mismo tiempo un lápiz para que firmara. Yo no comprendía bien lo que me decía.

—¿Debo firmar esto? ¡Lo que quiero es protestar contra esta sentencia! ¡Yo soy inocente! Exijo un procedimiento normal.

—Tendrá usted papel y tinta en cuanto vuelva a su celda.

Acto seguido me encontré sentada en un banco, junto a Stefanie Brun. Y llamaron a otra. Todas atravesaron aquella puerta: Grete Sonntag con cinco años, Nadia Bereskina con otros cinco, la prima del mariscal Iakir con diez, la costurera Rebekka Sagorie con ocho, y la hija del oficial del Ejército Rojo y una rusa que había trabajado mucho tiempo en el Komintern con diez años. Ninguna lloró, ninguna rugió de

desesperación, ninguna habló. Las sentencias habían sido dictadas por una comisión especial.

Después, pasando por delante de la sala de baños, que olía a cerrado y donde un grillo dejaba oír su cri-cri monótono, fuimos llevadas las ocho hasta una puertecita que daba a un patio triangular. Una lámpara muy débil alumbraba el arco ojival del viejo porche. Nos condujeron a la planta baja de la célebre torre de Pugatshev en la cual, según la leyenda, el héroe de la revuelta campesina de la Edad Media estuvo encadenado hasta que fue descuartizado. Se trataba de una sala en hemiciclo cuya bóveda gótica estaba sostenida por una potente columna. En lo alto, en el techo, se abría una minúscula ventana en forma de ojiva. El espacio entre el muro y la columna estaba completamente cubierto de las mismas naris (tablas) que en el resto de todas las otras celdas de la Butirka. Los grandes tubos de la calefacción central que atravesaban la torre crujían y gorgoteaban toda la noche. Sentadas sobre las tablas, nadie se quitó el abrigo ni los zapatos; con el gorro o el pañuelo en la cabeza y el saco cerca, todas siguieron silenciosas hasta la mañana. Una sola vez Stefanie Brun murmuró a mi oído:

—¿Sobreviviremos también a esto?

Grete Sonntag se había apoyado en la columna. Su mirada de animal entristecido estaba fija en el muro de enfrente. Llegó el día, la ventanilla se abrió y nos dieron ocho raciones de pan y un bidón de té caliente. Una mujer cogió todo aquello, lo puso sobre las tablas y volvió a su sitio. Nadie pensaba en comer ni en beber. De pronto, todo el mundo prestó atención. En un rincón, detrás de la columna, se oía un ruido de chapoteo de agua. Una de nosotras, habiendo descubierto la existencia de un grifo en la celda, se había levantado temerosamente y se estaba lavando las manos y la

cara. Vi que Grete Sonntag comenzaba a moverse. Se quitó las grandes botas con movimientos rápidos y precisos, se despojó de la boina y colocó cuidadosamente su abrigo cerca de ella, luego extendió sobre las tablas la blusa y la falda y se dirigió al grifo silenciosamente. Allí, completamente desnuda, se dedicó a lavarse concienzudamente. Después se le unió otra, y otra más, y al final las ocho mujeres rodeábamos el grifo. Empezábamos a hablar y a reaccionar, cuando Rebekka Sagorie nos dio la idea de lavar también la ropa. ¡Y manos a la obra! Todas nos pusimos a cantar las alabanzas de aquella bonita celda donde había hasta un grifo. Cualquiera creería que aquellas mujeres habían olvidado los cinco, ocho o diez años en Siberia.

Cada día pedíamos a la vigilante papel y tinta para protestar de nuestra condena, y cada día nos hacía esperar maravillas para el siguiente. Sin embargo, los días de las condenadas no se diferenciaban en nada de los de las detenidas. Únicamente en que nuestro alojamiento era una vieja torre. Veinte minutos de paseo en un patio anguloso, unas veces durante el día y otras durante la noche.

Una vez salimos a medianoche. Había nevado. Rebekka Sagorie marchaba delante de mí; llevaba unos zapatos finos y un elegante abrigo de seda marrón. Al pasar bajo el círculo luminoso del foco, sus cabellos rubios y suaves se veían salpicados de copos de nieve. Su cara, que siempre me hacía pensar en el san Juan de *La última cena* de Leonardo da Vinci, estaba enrojecida por el aire fresco de la noche. Alguna vez se oía a lo lejos el *stoi* (alto) de la torre de guardia, pero por lo demás ni siquiera el ruido de los pasos sobre la nieve podía percibirse. De pronto el llanto estridente de un niño recién nacido cruzó la noche. Nos paramos en seco buscando de dónde podría venir ese grito. ¿Sería posible que hubiera un bebé en la prisión? La voz

vení de la torre de Pugatchev. Nos quedamos paralizadas escuchando ese son tan humano y nuestra vigilante nos dejó, olvidándose incluso de ordenar el *Ruki nasad*. En la torre, encima nuestro, estaban las madres, con sus hijos recién nacidos.

## TRANSPORTE

Las ocho mujeres comenzamos a prepararnos para el transporte a Siberia. Pusimos a secar pan sobre las tuberías de la calefacción y cosimos saquitos de tela de diferentes tamaños con cualquier trapo. Rara vez hablábamos del porvenir. De los hijos, en cambio, todas tenían algo que contar. Las madres de niños pequeños tenían menos preocupaciones que las de chicos mayores. A Stefanie Brun la atormentaba la idea de que hubieran detenido a su hija, pues la ley soviética también responsabilizaba a los mayores de dieciséis años de las supuestas faltas políticas cometidas por sus progenitores.

Y llegó el día de abandonar la Butirka. Fuimos con nuestros paquetes a la llamada celda de salida. Nos fueron devueltos bolsos y maletas, de los cuales habían sido sustraídos los objetos de valor y el dinero. A cambio nos dieron un recibo en toda regla. Desaparecieron asimismo vasos y cacerolas, y una vez más fuimos registradas para asegurarse de que no ocultábamos armas mortíferas. Una tarde, trepamos a un «cuervo negro» en uno de los patios de la prisión. Como fui la última en subir y no quedaba ninguna celda libre en el furgón, tuve que quedarme en el pasillo. En la penumbra, al otro lado de la reja que separaba el coche en dos, pude ver que había también hombres detenidos, entre

los cuales iban dos alemanes. Se acercaron a la reja y vi por primera vez un hombre con el traje del campo de concentración: chaqueta guateada a rayas, pantalón y gorro con orejeras. Los dos habían sido profesores en la escuela Karl Liebknecht de Moscú. Se llamaban Lüschen y Gerschinsky, y ya habían cumplido dos años y medio en campos de concentración. Después de siete meses en prisión preventiva, volvían de nuevo a Siberia, a cumplir otra condena de dos años y medio.

—Pronto llegaremos al vagón donde reúnen a todos los trasladados a Siberia. Allí te contaremos todo lo que hemos pasado.

Las mujeres, desde el fondo de las celdas, preguntaban a gritos a estos hombres si no habrían encontrado en la prisión a algún miembro de su familia. Solamente Grete Sonntag supo que su marido había sido condenado a cinco años de campo de concentración y que ya le habían trasladado.

Nos descargaron en una estación de mercancías. Tuvimos que ponernos en filas de a cinco, las mujeres delante y los hombres detrás. Soldados con la bayoneta calada corrían a nuestro alrededor en todas direcciones. La prima de Yakir incluso vomitó. Era una noche brumosa llena de humedad; al quedamos allí de pie pude divisar a lo lejos una pareja que marchaba cuesta arriba por una empalizada. Iban cogidos del brazo; me sobrecogió un dolor intenso al pensar en la libertad que había perdido, pero el *davai!, davai!* nos empujaba ya por encima de los raíles. De pronto, resonó una orden que no pude comprender. Solamente al ver que los demás se sentaban en el barro hice lo mismo. Cerca de mí, Nadia Bereskina reía burlonamente.

—¿Por qué hacemos esto? —pregunté.

—Seguramente no quieren que nos vea nadie —dijo Nadia.

Fuimos conducidos a un vagón de ferrocarril sin ruedas, fijo en el suelo, al que llamaban vagón *peresilniy*. Antes de entrar, Nadia me dijo al oído:

—Ahí dentro no digas que eres «política»; mejor di que eres una prostituta o una ladrona.

Nos empujaron al interior del vagón, que estaba escasamente alumbrado y dividido a lo largo por una reja que llegaba hasta el techo. Olía a petróleo, a tabaco y a humanidad. Nuestro traslado fue acogido con gritos ininteligibles; al igual que en el parque zoológico, los seres humanos estaban en jaulas de dos pisos, la mayor parte tendidos, con la cara vuelta hacia los barrotes. Por una puerta corredera se deslizaron las mujeres y sus bultos en el estrecho paso que había entre las rejas y las literas. Yo no veía más que cabezas afeitadas de hombres y torsos desnudos. Por todos lados se oía:

—¿Cuántos años? ¿Por qué? ¿Vienes de la Butirka?

Una voz de muchacho clara y penetrante dominó el escándalo general. Me incliné hacia la reja para ver mejor lo que pasaba. ¿Sería realmente un niño? Descubrí entonces entre todas las cabezas de hombre una burlona cara infantil.

—¿Qué edad tienes?

—Trece años.

—¿Por qué estás aquí?

—Por robo —me contestó, sin darle demasiada importancia.

Era el primer muchacho prisionero que veía, pero a él no parecía asustarle la cautividad. Estaba entre los suyos y sabía cómo comportarse.

Estábamos de pie, mirando impotentes alrededor nuestro sin encontrar sitio donde colocarnos. Solamente Nadia Bereskina lo consiguió. Entonces comprendí la razón del consejo que me habían dado: las detenidas políticas eran indeseables, mientras que para las prostitutas siempre había sitio pues, aunque no lo hubiera, todo el mundo estaba dispuesto a estrecharse por ellas. Después de haber sido rechazadas aquí y allá, nos subimos al piso superior y nos colocamos en un rincón. A mi lado, un hombre voceaba en su espantosa borrachera y la atmósfera era prácticamente irrespirable. Y además el techo era demasiado bajo para poder estar de pie.

—Aquí vamos a coger los primeros piojos —dijo convencida Stefanie Brun.

—Esperemos que tu vecino se comporte más o menos correctamente. Está completamente borracho. ¿De dónde sacarán el vodka? Seguramente, sobornando a los soldados.

—Ven, Gretuschka; ¡no hay que desanimarse! Fumemos un *machorka*.

Y con las manos temblorosas lió un cigarrillo para cada una, porque yo todavía tenía que aprender este arte.

Desde el pasillo un hombre gritó:

—¿Dónde está la alemana?

Me arrastré hacia delante y vi a Lüschen, uno de los profesores alemanes. Me dijo:

—¿Estáis bien instaladas?

—Sí... a medias —le respondí—. ¿Queréis subir aquí con nosotras? Aún podemos estrecharnos un poco.

Estábamos encogidas, sentadas sobre las tablas mientras Lüschen hablaba de su vida y del campo polar de Kolymá. Tanto él como Gerschinsky habían vivido como emigrantes

en la Unión Soviética. Fueron detenidos en 1937, acusados de trotskismo. Como cargo y prueba de sus actividades trotskistas, el juez de instrucción les presentó unos folletos que les habían sido enviados por unos editores sobre la emigración alemana de Suiza, Holanda y Checoslovaquia. Como estas casas también editaban libros que en Rusia estaban prohibidos, por trotskistas, los folletos fueron clasificados como material de propaganda de la misma tendencia, y sus poseedores, encarcelados.

Los dos fueron condenados a cinco años en un campo de concentración y trasladados a Kolymá, en el norte de Siberia. Era la primera vez en mi vida que yo oía hablar de ese campo de trabajo en las minas de oro, de la noche en el polo, del escorbuto y de la muerte lenta que producía la debilidad cardíaca.

—Lo más peligroso es hacerse alguna herida en la mina y verse obligado a guardar cama. Las piernas se hinchan como si estuviera uno enfermo de hidropesía. Kolymá está situado en una meseta, a miles de metros sobre el nivel del mar, con el aire enrarecido de la región polar. El corazón no se adapta fácilmente. Además de la mina de oro, teníamos allí una estación de experimentación agrícola, donde sobre todo trabajaban mujeres. Nacieron ciento diez niños en Kolymá y están todos relativamente bien de salud. Allí la mejor estación es el verano, muy corto por cierto. En los prados se encuentra todo el mundo, se producen las uniones y se conciben los hijos...

El centinela iba y venía delante de la reja. Sentados en la oscuridad, hablábamos en voz baja, coreados por los numerosos ronquidos. Desde un rincón llegaban hasta nosotros las risas reprimidas de una pareja de enamorados. Hombres y mujeres se encontraban reunidos en aquel



infierno por primera vez después de meses y hasta de años de prisión. La necesidad de amar era tan apremiante que olvidaron todos los sufrimientos pasados y hasta el temor al porvenir.

—Pero ¿por qué os trajeron a Moscú? Cuéntamelo todo, por favor —rogó Stefanie Brun.

—Ese es el capítulo más triste y vergonzoso. El antiguo director de la escuela Karl Liebknecht, prisionero a su vez en Kolymá, nos denunció a la NKVD del campo, con la esperanza de obtener una reducción de su condena. Declaró que no éramos solamente trotskistas, sino espías. Acto seguido se nos transportó a Moscú. Estuvimos siete meses en la Butirka y nos azotaron cruelmente ante el juez de instrucción. Sentaron a Gerschinsky sobre una caldera de calefacción al rojo. Se quemó el trasero, pero no firmamos la declaración amañada. Así, la condena de cinco años del primer juicio quedó como válida y ahora hemos de regresar a cumplir el resto. Dudo que podamos sobrevivir. Mira, mi padre vive en Berlín, en el número 5 de la Bergstrasse; si salís con bien de todo esto, enviadle noticias mías para que sepa adónde he venido a parar...

Lüschen tenía veintisiete años. Cuando vi su cara por la mañana, a la luz del día, comprendí que había abandonado la lucha...

Al día siguiente organizaron los traslados. Primero los prisioneros destinados a Siberia central y a Extremo Oriente, después los que iban al norte de Siberia, entre ellos Lüschen y Gerschinsky. Nos dijimos adiós con un apretón de manos, mientras Lüschen volvía la cabeza para ocultar las lágrimas.

Hacia el mediodía formaron un grupo de quince mujeres, entre ellas Stefanie Brun, Grete Sonntag, Rebekka Sagorie, Nadia Bereskina, la joven polaca y yo, junto con gran

número de hombres; de cinco en cinco, con los sacos a la espalda, cruzamos rápidamente los raíles y siguiendo la vía llegamos a un vagón de prisioneros.

—¡Alto!

En el curso de una hora tuvimos que pasar lista tres veces. Había que indicar número de prisionero, nombre, cargo de acusación y duración de la pena:

—Número 174475, Margarete Guenrichovna Buber-Neumann, *socialny opasny element*, cinco años.

Entonces lo decía con dificultad, pero al cabo de un año aprendí a decirlo de un tirón.

Entre rugidos y golpes trepamos al estribo del vagón, que era uno normal de los ferrocarriles rusos con la innovación de una reja que separaba el pasillo de los departamentos sin ventana ni luz. Un departamento se componía de cinco hileras, o siete si se contaban las tablas reservadas para los bultos. Dieciséis mujeres fuimos amontonadas en un mismo lugar, nueve de las cuales, estrechándose mucho, podían acostarse con la cara vuelta hacia el enrejado. Las demás se sentaban sobre las banquetas. El transporte a Siberia duró semanas y no hicimos alto más que en dos prisiones. En los otros departamentos iban los hombres. Ya nadie cuchicheaba, sino que, por el contrario, todo el mundo expresaba su indignación a voces. Esto hacía jurar a los soldados que nos conducían, y también a los detenidos. Llegado el momento de la distribución del pan y el té, cayeron en la cuenta de que no teníamos recipiente donde beberlo, puesto que en la prisión nos habían confiscado los vasos y los cacharros. Al fin se encontró una mohosa lata de conservas en la que bebimos las dieciséis mujeres. La comida se componía de seiscientos gramos diarios de pan negro, un pez salado y seco del tamaño de un arenque y té tres veces al

día, con un terrón de azúcar cada vez. Y nada más. El pescado parecía de cartón y su carne estaba enrojecida por la sal. Si alguien, acuciado por el hambre, se hubiera atrevido a comerlo, sin duda hubiera muerto de sed. A medida que nos alejábamos de Moscú, las provisiones del viaje se iban agotando. Primero se terminó el azúcar, después las hojas del té y al final no se disponía más que de medio pescado. Los soldados, cada día más negligentes y perezosos, no tenían nunca ganas de ir a buscar agua para el té, y no nos quedaba otro remedio que aguantar la sed. Durante todo el día, los prisioneros chillaban mendigando:

—Camarada natschalnik, ¡danos agua, danos té!

—¡Cállense! En la próxima estación les buscaremos alguna cosa —contestaba el soldado que patrullaba delante de la reja.

Mucho peor aún era el problema del retrete, porque el número de viajeros sobrepasaba el doble de lo normal. No había más que uno y los centinelas se negaban a pasarse el tiempo conduciendo prisioneras a los servicios:

—Saldrán tres veces al día cada una, pero sólo durante dos minutos.

Durante esos dos minutos, el soldado miraba ávidamente por la mirilla de la puerta. Llevaríamos ya cuatro o cinco días de viaje, cuando en una de esas sesiones perdí mi sangre fría y vertí cuantos insultos alemanes pasaron por mi cabeza sobre aquel pobre soldado, pero no le hicieron el menor efecto. Los hombres tenían otros recursos y orinaban a través de la reja, en el pasillo.

De las dieciséis mujeres, yo no conocía más que a las cinco de la Butirka, pues las restantes venían de otra prisión preventiva de Moscú. Todas eran prisioneras políticas. El buen humor de la mayor parte de ellas me parecía

incomprensible. Estábamos camino de Siberia con condenas que oscilaban entre cinco y diez años, en una estrechez tal que apenas se podía mover un brazo y no se podía pensar en la posibilidad de echar un verdadero sueño. ¿Qué hacían las mujeres en estas condiciones? Como habían recuperado sus bolsos con espejos, polvos y barra de labios, se empolvaban, se acicalaban y empezaban a coquetear con los soldados a través de la reja. ¡Con qué fuerza odié al sexo femenino! ¿Cómo podrían sonreír, decir cosas agradables a aquellos que contribuían a robarnos nuestra libertad? Ellos formaban parte de los servicios de la NKVD. Las únicas abrumadas y tristes eran Stefanie Brun, Rebekka Sagorie, Grete Sonntag y una joven rubia y serena, de unos veintidós años, que tenía el típico aire de hija de buena familia. Cada vez que tenía que decir su nombre, su delito y su tiempo de prisión, se sonrojaba.

—Organización contrarrevolucionaria, ocho años.

Cambié impresiones con ella. Me contó que había trabajado como secretaria del director de una fábrica y que la política no le había interesado jamás. Según la acusación que le fue presentada por el juez de instrucción, había tenido, con su jefe y treinta personas más para ella desconocidas, parte activa en una organización contrarrevolucionaria trotskista que había cometido actos de sabotaje en la fábrica. Declaró que no estaba al corriente de nada y que jamás había oído a su jefe decir nada a ese respecto. El juez la conminó con amenazas a confesar sus crímenes, pero ella reafirmó en todo momento su inocencia. La tuvo dos días de pie, con breves interrupciones; como tampoco así firmara la joven la declaración deseada, la oprimió por el cuello hasta conseguir que perdiera el conocimiento. Entonces firmó. Basándose en esto, la NKVD

decretó la detención de su jefe y de otras treinta personas más.

Después de pasar dos días en el vagón stolipiniano<sup>[5]</sup>, la animación de las mujeres se vino abajo. Apenas se distinguía si era de día o de noche, pero algunas pretendían saber que habíamos pasado ya por Kazán. En ocasiones, la atmósfera del vagón se volvía sofocante e irrespirable. No había agua en los lavabos. Bueno, y ¿para qué lavarse? Todo nos daba igual. Lo único que deseábamos era dormir y no despertar jamás. Habían pasado unos ocho o diez días desde nuestra salida de Moscú cuando una orden nos sacó del letargo en que estábamos sumidas.

—Listo todo el mundo.

Habíamos llegado a Sisran, que era el fin de nuestra primera etapa. Completamente agotadas y muertas de cansancio, nos bajaron del tren.

—*Davai!, davai!* ¡Formen en filas de a cinco!

Atravesamos los raíles del ferrocarril a toda velocidad —el aire frío daba vértigo— y, saltando unas por encima de otras, nos subimos a dos camiones que nos esperaban en la estación. Materialmente apelotonadas en la plataforma, cruzamos rápidamente la ciudad, que parecía componerse solamente de casas de madera gemelas. Yo iba casi asomada, agarrada a una cadena de hierro. Dos soldados con bayoneta calada iban sentados en el borde de atrás del camión. Un muchacho que estaba patinando se nos acercó gritando:

—¡Enemigas del pueblo!

La cárcel superpoblada de Sisran nos acogió con su sombría y putrefacta sala de baño, su despiojamiento y al fin la celda húmeda como una cueva, con catres de madera sin pulir. Nos dijeron que había sido una fábrica de curtidos. Nos trajeron una sopa caliente pero agria, que engullimos

con un hambre devoradora. Por la noche temía dormirme. Sobre nuestras camas y por el suelo legiones de ratas chillaban y se peleaban por el pan duro. Estaban ya tan familiarizadas con los humanos que corrían por encima de los cuerpos de los durmientes. Cuando se hizo de día pudimos comprobar que todos los sacos del pan tenían agujeros grandes como monedas.

Durante tres días reposamos en ese paraíso de ratas; después reanudamos la marcha. Nuestro transporte había sido aumentado con algunos prisioneros políticos, algunas esposas de oficiales, mujeres a punto de dar a luz, una anciana de setenta años y dos delincuentes comunes. Tuvimos que ir a pie hasta la estación por una calle oscura cubierta de nieve. La mujer embarazada y la anciana avanzaban penosamente en la última fila.

—¡Caminen más deprisa! —gritaba un joven soldado ruso—. ¡No se queden atrás! —La columna se iba alargando—. ¡Eh, los de delante, camaradas!, no corran tanto. Las mujeres no pueden seguir.

Pararon la marcha y algunos prisioneros se separaron de la fila. A pesar de las furiosas protestas de los centinelas se acercaron a las mujeres:

—¡Dadnos vuestros paquetes. Id delante; ¡así vosotras marcaréis el paso! ¡Que rujan cuanto quieran los soldados!

Inmediatamente, otros muchos siguieron su ejemplo y llegamos a la estación aliviadas de nuestra carga.

En el vagón se libró una verdadera batalla por los sitios y se armó un buen escándalo hasta que el natschalnik de la NKVD que nos acompañaba hizo evacuar un departamento para las mujeres. Las dos delincuentes se colocaron a sus anchas. Habían reclamado cada una para sí una tabla de

equipajes donde se podían instalar dos mujeres a la vez. A nuestras protestas contestaron:

—No os acerquéis. Tenemos blenorragia y sífilis.

Como ninguna de nosotras podía ponerse a su altura, tuvimos que dejarlas y estrecharnos aún más. Habíamos pasado ya los Urales y estábamos informadas por un centinela de que Karaganda era el término de nuestro viaje. ¡Cuántos millares de kilómetros nos separaban de Moscú! ¡Y qué incalculables distancias hasta nuestros hogares, nuestros seres queridos y nuestro país...! Yo estaba tendida con la cara pegada a la reja, cuando en mi infinita desesperación no pude contener las lágrimas.

—¿Por qué lloras? —me preguntó el soldado amablemente. Intentó consolarme—: No será tan duro, algún día volverás a tu casa...

## LLEGADA A KARAGANDA

Durante la noche nos «descargaron» en la estación de mercancías de Karaganda. Seríamos aproximadamente un centenar de deportados, entre hombres y mujeres. Como había escarcha, los agotados prisioneros resbalaban y se caían sobre los raíles.

—*Davai!, davai!* —rugían los soldados blandiendo la bayoneta a nuestro alrededor.

Nos hicieron atravesar una gran plaza y, pasando por delante de una torre vigía de madera bañada por una luz espectral y cercada por una alambrada, llegamos ante una puerta violentamente iluminada. La orden de *stoi!* retumbó fuertemente y uno por uno fuimos llamados e introducidos

en el centro de cuarentena del campo de concentración de Karaganda. Pasamos varias horas transidas de frío acurrucadas con nuestros paquetes. Luego fuimos conducidas a la sala de baños, donde nos despojaron de la ropa para proceder a su despiojamiento. Cada cual escondía lo que podía, pues era bien conocido de todos que no solamente las ropas volvían medio quemadas sino con muchos más piojos. Los vigilantes de los baños eran hombres, que a las protestas de las mujeres pidiendo que abandonaran la habitación contestaban con ruidosas carcajadas. Cada prisionera recibía una ficha que le daba derecho a medio cubo de agua caliente que se sacaba de la caldera. La sala de baños de un campo de concentración siberiano es una pieza húmeda, maloliente, grasienta, donde las mujeres están amontonadas, donde no hay un solo sitio seco donde poner la ropa y donde estallan grandes disputas cuando una coge más agua que otra. En medio de aquel tumulto circulaba un hombre que llenaba los toneles de agua, trabajo que hubiera podido llevar a cabo más tarde. Pero se daba el gusto de pasar entre las mujeres desnudas, dándoles azotes en el trasero.

En el centro de cuarentena del campo de Karaganda estábamos alojadas en una cabaña de tierra gredosa cuyo techo bajaba casi hasta tocar el suelo y donde las piezas habitables estaban bajo tierra. Estas cabañas son como cuevas y en el invierno parecen grandes montones de nieve. Cuando nieva de noche, por la mañana hay que abrirse un camino. En la *semlianka* (cabaña) había una chimenea agrietada, unas tablas burdamente unidas en forma de cama y, sobre el suelo de tierra removida, las basuras y los detritus abandonados por los transportes que pasaron por allí antes que nosotros.



En una pequeña entrada vimos un montón de carbón y un hacha, pero ni un solo pedazo de madera. ¿Cómo encender fuego? Subí las escaleras y me puse en busca de madera. Aquí, en el centro de cuarentena, teníamos por primera vez derecho a movernos libremente, no estábamos encerradas ni teníamos la vigilancia pegada a los talones. Cercando el centro de cuarentena había una alambrada y en cada rincón una torre vigía, pero podía circularse entre los diferentes barracones y chozas de tierra. De pronto, delante de mí vi unas filas de cajas; la madera que buscaba. Cogí una, volví corriendo a nuestra cabaña e inmediatamente nos pusimos a cortar la madera. Poco duró nuestro trabajo. Un hombre se precipitó escaleras abajo y me agarró por el brazo; quería llevarme, sin cesar de insultarme:

—¡Ladrona de cajas! Acompáñame a ver al natschalnik; te va a costar caro.

Si mis compañeras no hubieran intervenido en mi favor, mi primera jornada en el campo habría terminado con un castigo. El caso es que no habíamos podido resolver el problema del fuego, pero habíamos salvado algunas astillas. Tomé el hacha del revés y reduje a trocitos los bloques de carbón; como no estaba avezada a esos trabajos, la hoja se soltó del mango y me golpeó en la cabeza. De no haberla tenido tan sólida, el golpe me hubiera ahorrado muchos años de campo de concentración. Cuando por fin conseguimos hacer fuego, encontramos que la estufa tenía escapes por todas sus juntas. Sólo nos quedaba escoger entre morir de frío o de asfixia. La comida en el centro de cuarentena era especialmente mala. Nos daban una sopa de cebada que siempre estaba agria y una pequeña rebanada de pan. Respecto a esto quiero hacer notar que existía una gran diferencia entre la comida de la prisión y la del campo de Karaganda. La ración de pan venía a ser poco más o menos

la misma, pero la sopa no era más que agua, sin traza alguna de grasa y rara vez tenía algún que otro grumo. Al mismo tiempo se exigía un gran esfuerzo físico, porque el trabajo era verdaderamente duro.

Si alguien quería lavarse, tenía que trepar fuera de la cabaña y llenar de nieve una lata de conservas: ésa era toda nuestra agua. Las mujeres no estaban aún obligadas a trabajar, y resultaba difícil llegar a comprender que en aquellas condiciones tan lamentables acertaran, y cómo, a resultar «atractivas». Salían a tomar el sol siberiano cerca del lugar donde los hombres de nuestro transporte estaban ocupados en cavar hoyos en el hielo. Los saludaban, coqueteaban y reían con ellos. ¡Qué aspecto tan miserable tenían aquellos prisioneros! No se les distinguía la cara de tan crecida y espesa como tenían la barba. Sus movimientos denotaban debilidad y falta de energía y sus abrigos parecían colgar de perchas más que de cuerpos; pero en cuanto se acercaban las mujeres, cambiaban de aspecto y se animaban.

Pasados algunos días, Grete Sonntag y yo nos preguntamos si no sería mejor trabajar que helarse o asfixiarse en la cabaña. A lo mejor podíamos encontrar un trabajo donde tuviéramos ocasión de lavarnos. Fuimos al despacho y presentamos nuestra petición. Se quedaron asombrados de nuestra demanda, y nos preguntaron qué clase de trabajo queríamos desempeñar.

—¿No hay aquí un lavadero?

—Naturalmente que sí.

Fuimos enviadas al natschalnik del lavadero, que estaba en la misma cabaña que la sala de baños; era un deportado.

—Así pues, ¿quieren trabajar aquí? —se extrañó.

La ropa se le cayó al suelo.

El jabón tenía el tamaño de una caja de cerillas y había unas setenta y cinco camisas y calzoncillos de hombre. Cuando tuvimos más cerca aquella ropa vimos que era un verdadero hormiguero de piojos y decidimos matarlos primero y lavar después. En el lavadero había un aguador — porque en la estepa hay que coger el agua de los pozos— que nos llenó el balde de agua. Hicimos una buena fogata y empezamos a trabajar. Mientras, inclinadas sobre las pilas, restregábamos aquella ropa inmunda, el aguador nos contemplaba. Más tarde supimos que era un ladrón profesional; por cierto, tenía una cara horrible. Al cabo de un rato nos dijo amablemente:

—Pero ¿qué hacen ustedes ahí? Tienen que lavar al estilo del campo.

Le miramos asombradas.

—¿Cómo es eso?

—Se coge el jabón y se lo guarda uno en el bolsillo, se mete la ropa en el balde y se deja en remojo un buen rato.

El consejo nos pareció excelente y se lo agradecemos. Estábamos aún lavando, cuando volvió de nuevo nuestro ladrón.

—¿Quieren una rebanada de pan con manteca y un pepino? —nos ofreció.

Estábamos estupefactas de tanta amabilidad. ¡Naturalmente que lo queríamos...! Estuvo fuera un rato, volvió con dos rebanadas de pan con mantequilla y dos pepinos en vinagre. Se lo agradecemos expresivamente y lo devoramos. No habíamos terminado aún el último bocado, cuando se acercó otra vez. Dicho sea de paso, Grete Sonntag, aparte de un juramento, no sabía ni una palabra de ruso. El detenido se inclinó hacia mí y murmuró:

—Ven, vamos a revolearnos un rato.

Con la cabeza señaló hacia la sala de baños.

—¿Qué dice? Perdone, no le comprendo. Hablo muy mal el ruso... ¿Qué quiere que haga?

Y como siguiera gesticulando, no me quedó ninguna duda: el ladrón quería cobrarse el pan y los pepinos. Turbada y llena de inquietud, expliqué a Grete Sonntag la situación.

—¿Qué haremos? Estamos solas con él en el lavadero.

Intenté disuadirle de sus proyectos, explicándole que éramos alemanas y que en nuestro país los asuntos de ese género no se saldan de esa forma. Se echó a reír y dijo:

—¡Alemanas! ¡No, sois prisioneras en Karaganda, y si no os hacéis pronto cargo de ello, os moriréis de hambre!

Después de algunos instantes de discusión debió de juzgarnos demasiado estúpidas y abandonó sus pretensiones.

Al cabo de quince días fuimos trasladadas al campo central de Karaganda. Allí la vida era distinta. En varios bloques de barracones, centenares de prisioneros esperaban su traslado a los diferentes sectores del inmenso campo de concentración. El reducto para mujeres se componía de una sola pieza que se extendía de un extremo a otro del barracón. Los muros estaban cubiertos por varios pisos de tablas y en el centro de la sala también había el mismo andamiaje. La estufa de que disponíamos nos proporcionaba una temperatura de unos diez o doce grados. Millares de chinches estaban agarradas a las tablas como racimos compactos, esperando la noche para atacarnos. Gracias a Dios, allí teníamos carbón, porque el campo lindaba con el yacimiento de Karaganda, lugar de trabajo de los detenidos. En el campo central vi por primera vez un gran número de delincuentes comunes, seres espantosamente decaídos y desharrapados. Cuando, al mediodía, distribuían una

deslavazada sopa de soja, los desgraciados acudían con sus latas a mendigar un cazo de aquella bazofia.

Cayó la noche, nuestra primera noche en el campo central. Se nos había advertido que vigiláramos nuestras cosas, porque los presos comunes y antisociales robaban como urracas. El mejor remedio era dormir encima de ellas y ponerlas en el saco que sirviera de almohada. No había que protegerse solamente de los ladrones sino también de las chinches. Enteramente vestidas, con guantes fuertemente atados a las muñecas por un cordel, un pañuelo en la cabeza y sobre la cara un trapo con dos agujeros para poder respirar, nos tendíamos en las tablas. Pero las chinches nos entraban hasta por la nariz.

Durante esta primera noche descargó una atroz tormenta de nieve. Yo estaba echada, con la cabeza apoyada en la ventana del barracón, y no había hecho más que conciliar el sueño cuando de pronto me desperté, sobresaltada por la nieve que me caía encima. Habían cortado el cristal de la ventana y me habían quitado el saco que tenía debajo de la cabeza. Los ladrones eran realmente hábiles.

A la mañana siguiente di parte del robo al jefe del barracón y le pregunté si no se podría hacer algo para recuperar los objetos desaparecidos. Movié la cabeza, dudosa.

—No servirá absolutamente para nada; ¿quién nos dice que algún soldado de la guardia no ha tomado parte en el golpe?

—¡Pero es que en la blusa tenía todos los recibos, todos los papeles que me han dado en la prisión como garantía por los objetos y el dinero que me han retenido!

—Probaremos. Si estás de acuerdo, enviaremos un parlamentario al barracón de los hombres diciendo que la

extranjera renuncia a sus cosas, pero ruega que le sean devueltos los papeles.

Aprobé el plan. Poco después apareció ante mí un hombre elegantemente vestido. Llevaba un abrigo a la moda, con los hombros repletos de boata y un gorro de piel ladeado.

—¿Eres la extranjera que pide que le sean devueltos sus papeles?

Y me los tendió con una sonrisa. Estoy completamente segura de que aquel hombre era el ladrón. Ésta fue mi primera lección, pero a pesar de la gran prudencia que tuve desde entonces, poco tiempo bastó para limitar mis pertenencias a lo puesto.

Los presos comunes constituyen en Siberia la especie que mejor se las arregla; ocupan los cargos lucrativos y se apoyan mutuamente. Para ellos la cárcel no es, como para los detenidos políticos, una interrupción de su existencia habitual, sino simplemente un cambio de ambiente. Si uno de los cabecillas decreta, por ejemplo, que nadie trabaje al día siguiente, ningún preso común osará contravenir esta orden, a pesar de que el reglamento de Karaganda castiga con la pena de muerte al que falte más de veinticinco veces al trabajo. Los presos comunes miran a los políticos con un desprecio total. Los consideran enemigos de la Unión Soviética, mientras que ellos mismos, delincuentes, se creen buenos ciudadanos. Los más abyectos criminales desprecian igualmente a los llamados *kusotschniki*, aquellos que no tenían en su activo más que pequeños robos sin importancia, ladrones de ocasión y carteristas.

El cuarto que ocupábamos estaba alumbrado durante la noche por medio de una mortecina lámpara de petróleo. Sobre las tablas del centro, en el segundo piso, un grupo formado por hombres y mujeres jugaba a las cartas. A pesar

de la temperatura más bien baja, las mujeres llevaban por toda vestimenta un sostén y un pequeño pantalón. En la cabeza, pañuelos de todos los colores, dispuestos de una manera particular e inclinados sobre la frente, con las puntas colgando a un lado, de forma pintoresca. Me contaron que solían jugarse las prendas que llevaban sobre su cuerpo, viéndose evidentemente obligadas a robarlas de nuevo. A los jugadores no les faltaba nunca comida ni vodka.

Según el reglamento, estaba rigurosamente prohibida la entrada de un hombre en los barracones de las mujeres, y viceversa. Cuando la guardia nocturna hacía, a medianoche, el recorrido de los barracones, alumbrando con su lámpara las filas de mujeres y descubría entre ellas a algún hombre, se organizaba un gran escándalo y el culpable era severamente castigado. Pero esta ley no rezaba con los delincuentes comunes. Un acuerdo tácito entre ellos y los soldados les garantizaba la impunidad si eran descubiertos en el dormitorio de las mujeres.

## AL FINAL DEL MUNDO

En el campo central tenía lugar un examen médico de los prisioneros, que determinaba sus aptitudes para el trabajo. Se formaban colas interminables, y cuando le llegaba a uno el turno le preguntaban nombre, número y delito cometido. Acto seguido, el médico ordenaba:

—Enséñeme la pierna.

Se ponía el pie sobre un banco, el médico palpaba la tibia e inscribía si era uno de la primera, segunda o tercera categoría, es decir, utilizable para un trabajo duro, mediano

o fácil. Desgraciadamente, mi pierna fue clasificada de primera categoría.

Diariamente se organizaban transportes con destino a diferentes sectores del campo; yo fui encuadrada en un grupo de ochenta prisioneros, hombres y mujeres, entre los que figuraban también Grete Sonntag, Stefanie Brun, Rebekka Sagorie y Nadia Bereskina. Nuestro destino fue el sector de Burma. Tomamos el tren y bajamos en la tercera estación, siempre dentro del recinto del campo, siendo descargados en Sarik. Desde allí hicimos cerca de diez kilómetros a pie a través de la estepa llana y desértica, donde no crecía matorral ni árbol alguno. Se divisaban a lo lejos, en el horizonte, hileras de montañas.

Karaganda está situado en la estepa de Kazajstán. Antiguamente esta región fue llamada la «estepa del hambre», término realmente apropiado. Hasta finales de los años veinte no hubo allí ninguna construcción fija. Sus habitantes vivían como nómadas, viajando con sus rebaños de manantial en manantial, pues la hierba no crecía más que en verano. En 1931 empezó a cultivarse la estepa, siendo los prisioneros quienes tuvieron el honor de emprender la tarea. Se ensayaron plantaciones de girasoles, trigo y cebada negra. Si llovía una o dos veces durante la primavera, la cosecha de ese suelo virgen podía ser muy buena, pero si la lluvia faltaba, el sol lo quemaba todo despiadadamente. En 1938 y 1939 la cosecha fue mala. Como el campo de Karaganda no podía bastarse a sí mismo, entraba en la categoría de los campos complementarios: recibía del Estado un suministro ínfimo y nuestra alimentación era especialmente insuficiente. Yo no he conseguido calcular las dimensiones de su gigantesca extensión. Solamente he conocido cinco sectores, separados uno de otro por cien o más kilómetros. Cada sector comprendía a su vez toda una



serie de subsectores que se componían casi siempre de establos para el ganado y de lamentables cabañas de adobe para hombres y mujeres.

Nuestro transporte fue conducido a la sala de baños de Burma. Otra vez la misma sesión: despiojamiento, hombres en los baños y agua caliente racionada. Pero Burma estaba superpoblada y, miserable novedad, no había sitio en los barracones y tuvimos que pasar la noche en la humedad de la sala de baños. Estaba un poco apartada de la «calle principal» de Burma. A la mañana siguiente circulamos por el campo y conocimos nuestro nuevo hogar. En todo el campo de Karaganda no había una verdadera carretera, sino solamente senderos pisoteados y caminos abiertos por las carretas y los camiones. Todo estaba construido de la forma más primitiva, a base del barro pardoamarillento, tanto el edificio administrativo como los alojamientos para las tropas de vigilancia, los barracones, las cocinas y las chozas para los detenidos; exactamente igual que los grandes establos para el ganado y los graneros. Solamente había dos casas que parecían moradas para seres humanos, con ventanas adecuadas, detrás de las que se veían hasta visillos. En ellas vivían el comandante Serikov y el jefe de la NKVD del campo. A uno de los lados, donde la carretera del campo describía una pendiente, para perderse luego en la estepa, había también varias chozas que estaban cercadas con alambre de espino, el bloque disciplinario y la prisión. Burma no tenía muros, pero se decía que se disparaba sin previo aviso sobre el que osara alejarse más de medio kilómetro.

A pesar de que en aquel primer día lució el sol invernal sobre la nieve y que el cielo era de un bello color azul, estábamos mortalmente tristes y desesperadas ante la

implacable certidumbre de que no saldríamos jamás con vida de aquel desierto.

Cerca de la sala de baños había un cuarto pequeño: la peluquería. Allí podía uno cortarse el pelo o afeitarse por el módico precio de sesenta kopeks. El peluquero, joven y simpático, era un detenido georgiano; a los tres días de estar allí se hizo buen amigo nuestro.

—¿No queréis cortaros el pelo?

—Lo necesitamos, pero no tenemos dinero...

—A vosotras os lo cortaré gratis.

Grete Sonntag y yo padecíamos verdadera hambre. No conseguíamos apartar nuestros pensamientos del pan. Supimos que Burma tenía cuatro cocinas diferentes y cuatro distribuciones distintas de provisiones. La más floja, la peor, que nos había sido adjudicada, era distribuida entre los trabajadores de los campos y el bloque disciplinario. La segunda iba al taller de reparaciones y a ciertos trabajadores del bloque administrativo. La tercera, al servicio de transportes. Y la cuarta, que era la mejor, a los técnicos agrícolas. A pesar de todo, ni siquiera los que estaban sujetos a esa cuarta cocina tenían alimentación suficiente.

Preguntamos a nuestro amable peluquero si no habría posibilidad de encontrar trabajo y nos dijo que precisamente estaban buscando dos mujeres para descargar. Fuimos en un camión con tres hombres y un soldado de la guardia a la estación de Sarik. Atravesamos los campos, duramente sacudidas por los bandazos. En la estación, los hombres nos llevaron a un vagón de ferrocarril lleno de carbón y nos invitaron a descargarlo. Entonces hice una cosa que jamás me atreví a repetir. Rechacé aquel trabajo.

—No pueden exigirnos que descarguemos carbón con estos trajes. Además, esto es un trabajo de hombres.

Estas palabras surtieron un efecto curioso en aquellos hombres. Primero se echaron a reír. Después le comunicaron al soldado lo que había dicho la extranjera, pero no volvieron a repetir la orden por segunda vez. Por lo demás, tampoco ellos tocaron las palas. Permanecimos un momento sin saber qué hacer, hasta que uno de ellos se nos acercó. Casi con cortesía nos preguntó:

—¿Querrán descargar sacos?

—Sí, siempre que no sean muy pesados —contesté.

—No, son pequeños.

En un vagón había sacos de unos veinte kilos llenos de terrones de azúcar. Atraídas por su precioso contenido, nos pusimos a cargar el camión junto con los hombres. Cuando el vehículo estuvo lleno, nos ordenaron subir a la parte trasera y vigilar el azúcar. Grete Sonntag y yo estábamos literalmente dominadas por la idea de robar parte de aquel azúcar. El camión arrancó y volvió a pararse a corta distancia delante de una cabaña de adobe habitada por gente del país. Se apearon los hombres y los soldados y uno de ellos nos dijo:

—Cuiden bien el azúcar hasta nuestro regreso.

¡Faltaría más! Cuando los sacos no querían abrirse, les hacíamos un agujerito y nos llenamos de azúcar los bolsillos, los pantalones y todo lo que nos ofreció espacio. Por desgracia, como todavía éramos «novatas», nos quedamos con menos, porque teníamos un miedo horrible a ser registradas en el campo. Cuando llegamos allá no pasó nada, y ni siquiera tuvimos que descargar los sacos, pues había suficientes voluntarios, igualmente dispuestos a llevarse el azúcar. Nos sentamos en el baño y con verdadero éxtasis nos comimos el botín.

Continuamos aún dos días más mendigando un sitio donde dormir, y al fin nos designaron uno: arrancaron una puerta de sus goznes y, apoyándola sobre dos caballetes de madera, la convirtieron en una cama para Grete Sonntag y yo. La que durmiese sobre la cerradura saldría perjudicada. Luego tuvimos que presentarnos ante el jefe del servicio para que nos asignara un trabajo. He olvidado su nombre, pero en cambio recordaré toda mi vida el carácter humanitario de aquel prisionero político.

—¿Sois alemanas las dos? ¿Qué trabajo queréis hacer? —preguntó amablemente.

—Nuestro caso es un poco complicado. Grete Sonntag no sabe nada de ruso y yo muy poco.

—Sí, pero sois cultas y no podéis hacer un trabajo cualquiera. Voy a enviaros a Konstantin Konstantinovich, el director administrativo del taller de reparaciones de máquinas agrícolas. Podríais empezar como aprendizas en ese despacho.

Después de agradecérselo, nos dirigimos al taller de reparaciones. Por el camino Grete Sonntag se mostró indignada. Me dijo:

—¡Pero esto es absurdo! Yo no quiero trabajar en una oficina; ¡soy obrera y no oficinista! Es ridículo que no haya aquí un taller de curtido. En un lugar con tanto ganado, no pueden faltar pieles que trabajar.

Traté de calmarla:

—Déjalo, el despacho es mejor, al menos está uno sentado y caliente. ¡Además, aprenderás ruso!

Cuando expuse al jefe de la oficina del taller de reparaciones Konstantin Konstantinovich —prisionero político también— quiénes éramos y lo que deseábamos, dijo con gesto acre:

—¡Lo que me faltaba! Ya tengo aquí bastantes que no hacen nada. Si ni siquiera sabéis ruso, ¿en qué podría yo utilizaros?

—¿Por qué no prueba primero? Es muy probable que podamos serle útiles en algo.

Sólo podía disimular mi enfado.

Dispuesto a hacernos el examen, sacó los utensilios necesarios y nos dictó un texto en ruso. Grete Sonntag repitió que ella no sabía ruso, y yo escribí lo que pude.

—Ésta —me señaló— puede quedarse, pero la otra no.

Y nos despachó.

Fuera, Grete Sonntag me llenó de reproches por haberla puesto en aquella situación tan desagradable. Comunicamos parte de nuestro fracaso al amable jefe del servicio de colocaciones.

—¿Qué trabajo podría daros?

Le expliqué que Grete era obrera de curtidos y que deseaba trabajar en su oficio.

—No, yo no puedo aceptar esa responsabilidad. En Burma es imposible.

—Pero ¿por qué, si es ella quien lo pide?

—Porque hay una enfermedad contagiosa, la brucelosis, que hace estragos en los animales de la región; el obrero que trabaja las pieles es inevitablemente contaminado. Muchos trabajadores mueren de brucelosis en el campo y otros mantienen la enfermedad toda la vida. Yo no quiero ser responsable de enviar a nadie a desempeñar semejante trabajo.

Traduje la conversación a Grete. Me contestó:

—¡Qué idiotez! ¡Estos rusos se dejan contaminar porque no tienen ni noción de lo que es la higiene! Yo tendré buen

cuidado de no caer enferma. Dile que quiero hacer ese trabajo bajo mi propia responsabilidad.

Transmití al jefe del servicio sólo una parte de sus palabras, por supuesto.

Así, Grete Sonntag entró en la «base de peletería», que tal era el pomposo nombre que le daban; el natschalnik era un judío de la Rusia blanca que se entendió con ella en el poco de yiddish que hablaba. Cuando entramos en el minúsculo barracón, encontramos tal cantidad de pieles por el suelo que no se podía dar un paso. No podía ser mayor el desorden, y el hedor cortaba la respiración. Grete Sonntag, contemplando ese caos, hizo una serie de observaciones mordaces y —debo decirlo— justificadas, y empezó su trabajo al día siguiente. Habitaba y dormía en un minúsculo reducto de aquella misma cabaña.

Bastaron unos días para que el departamento de pieles estuviera desconocido. Las pieles estaban cuidadosamente apaleadas y espolvoreadas con sal. Había un cuarto especialmente reservado para las llamadas pieles *merluschka* (preciosas pieles de corderos recién nacidos). Cada piel llevaba su etiqueta y era catalogada en primera, segunda o tercera categoría. Otro cuarto guardaba pieles de menos valor, que estaban apiladas geométricamente y parecían colchones. Grete Sonntag, a pesar de que no conocía más que una frase en ruso, se había procurado guantes de goma en la enfermería y un líquido desinfectante. Empezando por su persona, todo cuanto la rodeaba estaba esmeradamente limpio.

Grete tenía además otra ocupación: la de controlar la entrega de las pieles a las carretas o los camiones por los prisioneros de los diferentes subsectores del campo. ¡Desgraciado de aquel a quien faltara un gramo en el peso!

Los prisioneros, claro está, no tenían más que una sola idea: robar pieles y cambiarlas por comida a los lugareños, pero Grete Sonntag no comprendía estas cosas. Debía reinar el orden, incluso en el campo de concentración.

Algunos meses después, estando yo en el bloque disciplinario, supe que una comisión especial de Dolinki, sede de la administración de Karaganda, acababa de llegar a visitar la maravillosa obra de la *niemka* (la alemana): el departamento de pieles de Burma.

## PRIMER TRABAJO

Empecé a trabajar como aprendiz de estadística en la oficina de Konstantin Konstantinovich. Mis compañeros eran Klement Nikiforovich, prisionero político y director de la escuela de Novosibirsk; Semion Semionovich, prisionero político y antiguo funcionario del partido en la Rusia blanca; Grygori Ilyich, también prisionero político y antiguo ingeniero agrónomo de Kazán; Maslov, prisionero político que se parecía al zar Nicolás II, y un cajero de los ferrocarriles caucasianos, gravemente enfermo de malaria, cuyo nombre he olvidado. Acogieron a la «nueva» con gran gentileza; casi todos sabían alemán. Hicimos un verdadero concurso de idiomas, pero el viejo Klement Nikiforovich ganaba a todos. Citaba a los clásicos alemanes, y lleno de orgullo me enseñó una vez un cuaderno fabricado por él mismo, completamente lleno de citas latinas. Todos aquellos seres agotados llevaban ya tres o cuatro años de confinamiento. Sus mejillas estaban hundidas, los ojos anormalmente agrandados y a casi todos les faltaban los dientes, pues en Karaganda no se empastaban, sino que se

extraían en cuanto dolían. ¡Y aquellas lamentables vestiduras! Chaquetas guateadas de un negro grisáceo, a rayas, pantalones iguales y camisas gris oscuro...

El pelo lo llevaban casi al rape, no les afeitaban con frecuencia y sin embargo sus semblantes han quedado grabados en mi memoria como los más bellos que jamás he visto. En mi trabajo de aprendiz en el despacho del taller de reparaciones tenía que llevar al día una estadística del trabajo efectuado cotidianamente por los tractores, número de horas de trabajo perdido y sus causas: mal trabajo del prisionero, falta de carburante, mal funcionamiento de motores, etc. Todo esto tenía que estar controlado con precisión. Por las condiciones de vida y de las tareas, esta contabilidad resultaba grotesca. Al taller de reparaciones le faltaban piezas de recambio, pero llegada la hora, la merma de rendimiento del prisionero debía aparecer en la estadística.

A Konstantin Konstantinovich, húngaro, le iba admirablemente el cargo de natschalnik del despacho. Era un burócrata seco y de frente estrecha. El jefe del taller de reparaciones era un ingeniero checo que se llamaba Germán Germanovich, en el que se veía claramente que algún día debió de tener el abdomen muy abultado, porque ahora le colgaba tristemente. Varias veces traté de entablar conversación con él. Hablaba muy bien alemán pero tenía tanto miedo que era imposible sacarle de los «buenos días» o «hace sol». Germán Germanovich tenía, respecto al orden, un concepto occidental. Las máquinas agrícolas estaban perfectamente alineadas, las segadoras en un hangar, y el taller de reparaciones y sus alrededores no se parecían en nada a las fábricas ni a los patios que había visto yo en Rusia cuando estaba libre.



Los empleados del despacho también eran llamados a participar en los trabajos de la siembra de la primavera. Naturalmente que a título de «voluntarios». Respecto a esto me acuerdo de un detalle casi increíble: los prisioneros fueron invitados a suscribir voluntariamente parte de su «salario» para el empréstito del Estado. Fueron muchos los que no se atrevieron a rehusar. Como «voluntarios» trabajábamos en los campos desde la salida del sol hasta mediodía y de una a ocho de la tarde en el despacho. Un soldado nos sacaba de los barracones con gritos e imprecaciones y cuando llegábamos al campo previsto teníamos que dedicamos arduamente a una tarea determinada. Yo tenía aún tantas energías, que no me parecía demasiado duro ayudar a Klement Nikiforovich, que llevaba cinco años en prisión. Esta labor en el campo tenía una remuneración especial. En el verano de 1939, por la tarea cumplida en el campo se pagaban veinte kopeks diarios. Si no se daba el rendimiento pronto, no se cobraba nada, aunque fuera una sola vez en todo un mes. Así, se podía obtener, en el caso de cumplir siempre, seis rublos al mes a lo sumo, pero un kilo de arenques en la tienda del campo costaba siete rublos y medio, y un kilo de pan, casi un rublo. Los tractoristas, agrónomos y demás personal técnico estaban mejor pagados. Oí decir que un conductor de segadora ganaba más de cien rublos al mes.

Ya he hablado del sistema de alimentación escalonado. En el verano de 1939 se instituyó que el personal técnico agrario adscrito a la cuarta cocina, la mejor, debía pagar la comida con sus ingresos.

Durante el tiempo que pasé en el despacho, mi alimentación dependía de la segunda cocina, pero a pesar de todo seguía teniendo hambre. Yo dormía entonces en el barracón del otro lado del lago, y había que pasar sobre una

especie de presa para llegar a él. Esta presa había sido construida por los prisioneros a fin de disponer de una reserva de agua para las huertas. Al otro lado, en un ligero desnivel del terreno, se extendía la huerta, con campos de patatas bien regados, plantaciones de tomates, melonares, una numerosa variedad de legumbres, y el invernadero. El suelo de la estepa era sumamente fértil, siempre que sus campos tuvieran el agua necesaria. Sin embargo, la recolección no beneficiaba en nada al simple prisionero. No consigo recordar haber visto ni una sola patata en la sopa que distribuía la cocina de categoría inferior.

Mi barracón era una cabaña de barro con el techo tan bajo que podía tocarse con la mano. Tanto éste como las paredes estaban sin pintura ni revestimiento alguno: el paraíso de las chinches. El suelo, de tierra removida, no se podía barrer más que cuando estaba seco y albergaba una raza de pulgas especialmente vigorosa, dos veces más robusta que las pulgas europeas. Las ventanas eran minúsculas, y los cristales rotos se sustituían por trapos. Yo dormía, conforme he dicho antes, sobre la hoja de una puerta, desde luego sin jergón de paja ni almohada. Las mantas sólo las disfrutaban aquellas que se las habían traído de sus casas. Para vigilar los objetos y para pequeños encargos, las prisioneras tomaban una *ndevalnaia* (criada). La mayoría de las veces este cargo lo desempeñaba una prisionera vieja e incapacitada para trabajar, que no recibía del campo ninguna clase de salario y a quien las prisioneras daban algo de dinero todos los meses. La *ndevalnaia*, que era una presa común, se mostraba sumamente solícita con quienes le pagaban. Al mediodía les traía la sopa, y hacía toda clase de pequeños favores; pero las que nada tenían, como yo, eran tratadas como parásitos.

La ndevalnaia de otra habitación del barracón era Margarete Paulovna, berlinesa; llevaba gruesas gafas y sobre la cara le caían mechones de pelo gris, tenía las piernas hinchadas y grandes bolsas debajo de los ojos. Me contaba — y sus gafas se llenaban de lágrimas— que sus dos hijos, de los cuales uno era actor, habían emigrado a la Unión Soviética en 1933, y ella los había acompañado. Fueron detenidos los tres. El juez de instrucción la instó para que adoptara la nacionalidad rusa, y no se atrevió a rehusar por temor de no volver a ver a sus hijos. Pero si ella hubiera sabido que a pesar de estar vieja e incapacitada para el trabajo iba a ser enviada a Siberia, habría preferido mil veces volver a la Alemania de Hitler.

En nuestro barracón había una pieza destinada a las madres con hijos. El cuarto estaba tan lleno de humo que había que esperar algún tiempo antes de ver algo, hasta que se acomodaban los ojos. Cajas de madera pendían del techo por medio de cuerdas; dentro de ellas estaban los niños, con trapos por pañales. Pero las madres con hijos no solían quedarse mucho en Burma, pues eran enviadas en carretas a lo que se llamaba el «sector infantil». Las mujeres cuya pena era de corta duración, y caso exclusivamente limitado a las antisociales o delincuentes comunes, podían quedarse con sus hijos hasta la liberación.

En cuanto supe que el trabajo «voluntario» era remunerado, pedí prestados sesenta kopeks a Klement Nikiforovich y me fui a la sala de baños, a ver al peluquero georgiano. Su acogida fue de lo más calurosa.

—¿Cómo te va el trabajo? ¿Qué cocina te corresponde? — me preguntaba, mientras cortaba mi pelo.

Después, sin transición alguna, me espetó:

—¿Tienes ya marido de campo?

Yo le contesté que no. Y después de una pequeña pausa, dijo:

—¿No quieres ser mi mujer de campo? Gano veinticinco rublos al mes, tengo buenas relaciones en la cocina, dispongo de carne y de todo lo que quiero. Además, duermo solo en una habitación; si quieres ser mi mujer podrás lavarte todos los días en el cuarto de baño.

Recitaba aquel discurso como si se lo hubiera aprendido de memoria; le corté con la objeción de que todo aquello no bastaba para casarse, que era necesario también conocerse y amarse; y él reconoció:

—Sí, lo comprendo, también es necesario, pero en Siberia es esencial para una mujer tomar un marido de campo si no quiere morir de hambre.

Le prometí que reflexionaría y que le daría una respuesta más adelante.

—Esperaré ocho días; prométeme una respuesta en este plazo.

Otro día, a la salida del despacho, me encontré con un obrero de la fragua del taller de reparaciones. Me preguntó cuánto tiempo llevaba en Siberia, de dónde venía y a cuántos años estaba condenada.

Y añadió:

—¿Tienes *katilok*<sup>[6]</sup>?

En el campo no nos dieron nada, y los recién llegados tenían que conseguir plato y cuchara donde sea.

—No.

—¿Quieres que te haga uno?

—Te lo agradecería mucho.

Al día siguiente el obrero estaba en el mismo sitio, con una flamante lata, que incluso tenía un asa de alambre. Se lo

agradecí efusivamente y caminamos juntos. Supe que había sido conductor de locomotoras antes de caer prisionero. Era sumamente hablador, pero antes de contar el final de esta historia quiero decir que ni siquiera hoy sé con certeza si aquel hombre quería provocarme o si le inspiré confianza por el hecho de ser extranjera. A los pocos días llegó un nuevo regalo: un vaso pequeño que valía mucho más que la lata de conserva. En esta ocasión empezó a exponer ideas políticas de lo más singulares. Me habló con entusiasmo de un movimiento de resistencia en el país, que no esperaban más que la guerra con Alemania, pues su última y única esperanza era Hitler. Me quedé sorprendida y repliqué con toda la fuerza de mi convicción:

—Pero ¿eso sería cambiar un caballo tuerto por otro ciego! ¿Sabes lo que significa Hitler? Eso sería reemplazar una dictadura por otra.

A pesar de todo, quedó inflamado de entusiasmo por Hitler. Aún recibí otro regalo: un cuchillo hecho por él mismo. Estaba estrictamente prohibido tener armas cortantes, pero todo prisionero que se estimara en algo conseguía siempre ocultar un cuchillo en los registros. El que me ofreció tenía el tamaño de un puñal, y el mango era de goma dura, con maravillosas incrustaciones de metal.

# VIDA DIARIA EN SIBERIA

## EN EL BLOQUE DISCIPLINARIO

Pregunté un día a mis compañeros de despacho, que llevaban años de reclusión, si habían emprendido gestiones para la revisión de su proceso. Klement Nikiforovich opinó que las peticiones de revisión no tenían ningún sentido. Sin embargo, si quería intentarse de todos modos, éstas tenían que venir de fuera, y podían ser cursadas solamente por los parientes. Esta explicación no me pareció muy adecuada.

—Tengo la impresión de que aceptáis vuestra suerte con demasiada resignación. Me voy a dirigir al Tribunal Supremo de la Unión Soviética pidiendo la revisión de mi proceso.

Todo el mundo me aconsejaba que no lo hiciera.

—¡Sólo conseguirás empeorar tu situación! Las instancias de esa clase pasan directamente al cesto de los papeles. ¿Aún no te das cuenta del sitio donde estás?

A pesar de sus apremiantes advertencias fui al día siguiente, durante el descanso del mediodía, al despacho del natschalnik de la NKVD y presenté mi demanda:

—Quisiera dirigir una instancia al Tribunal Supremo. Como no domino bien el ruso, ¿podría escribirla en alemán?

El natschalnik me contestó con amabilidad:

—Naturalmente, y cuando la tenga escrita tráigamela, se lo ruego.

—Quisiera hacerle una pregunta más. Tengo a mi madre en Potsdam, Alemania, y no sabe nada de mí. ¿Está permitido enviar un signo de vida? Simplemente una palabra, una postal para decirle que estoy bien...

—Puede hacerlo.

A los quince días de la entrega de la instancia y la postal al natschalnik de la NKVD, apareció un prisionero que trabajaba en los despachos de la administración. Me ordenó que suspendiera mi trabajo, me acompañó al barracón, donde tuve que coger mis cosas, y me condujo al bloque disciplinario.

Según el reglamento, yo no podía ser admitida hasta las seis de la tarde. Así pues, esperé sentada sobre mi fardo ante las alambradas, presa de una extrema desesperación. Entrar en el bloque disciplinario era ser detenida por segunda vez. En el «campo libre» se va de un lado a otro sin vigilancia alguna. Por la tarde teníamos una hora libre hasta el toque de queda, que yo empleaba para ver a Grete Sonntag. Contemplábamos juntas la estepa y gozábamos de aquel cielo magnífico. Estábamos a mediados de mayo, en el principio de la primavera, y la estepa empezaba a florecer. Allí había campos enteros de lirios, tulipanes y extensiones inmensas de flores amarillas. También iba a perder a los compañeros de despacho a quienes había tomado tanto afecto. Sentía deseos de llorar.

El bloque disciplinario comprendía un barracón de mujeres, otro de hombres, una casa pequeña para el natschalnik y el starosta (jefe del bloque), y la prisión del campo, todo rodeado por una alambrada. A la entrada, una

garita de madera albergaba a un centinela y los prisioneros entraban por un pasaje muy estrecho.

La suciedad en el campo libre era estremecedora, pero en el bloque disciplinario era inhumana. El trecho comprendido entre los barracones y las letrinas estaba sembrado de montones de excrementos. Los prisioneros no se molestaban en llegar hasta el foso. Un olor bestial llenaba todo el lugar.

El barracón era aún más lamentable y más bajo que el que he descrito antes. Había catres formados con maderas de distintos tamaños y grosores; en algunos cuartos, las mujeres dormían sobre haces de leña.

Al igual que en el resto del recinto, en el bloque disciplinario también había presos políticos y delincuentes. El starosta del bloque disciplinario era un «delincuente común» condenado por estafa. Favorecía a sus congéneres cuanto podía. Si se negaban a ir al trabajo, se hacía el desentendido, y cuando distribuían ropas de campo, los «delincuentes comunes» pasaban los primeros. Los brigadiers, sobre todo, estaban reclutados en sus filas. Estos eran los responsables del trabajo, y quienes asignaban las tareas; eran el equivalente a los *kapos* de los campos de concentración alemanes. Todos los presos del bloque disciplinario teníamos prohibido comprar alimentos en las tiendas del campo. Pero tal restricción no valía para los «delincuentes comunes»: ellos tenían sus «contactos», y el starosta lo permitía sin decir nada. Naturalmente, cuando se producían robos nadie movía un dedo.

El mayor castigo era tener que convivir con tales seres en un barracón. El número de prisioneros aumentaba continuamente, llegando a alcanzar los ciento cincuenta. Del bloque disciplinario partían transportes hacia los subsectores donde se realizaban los trabajos más penosos;



los ancianos eran enviados al «sector de inválidos», donde recibían doscientos gramos de pan al día y perecían de hambre en «tareas más ligeras»; los numerosos sifilíticos graves acababan en el sector de enfermedades venéreas.

Al rayar al alba, hacia las tres de la madrugada, sonó un toque de trompeta: era la llamada para levantarse en Burma. Comenzaba mi primer día en el bloque disciplinario.

«*Davai!*, vamos, arriba», vociferaba el starosta mientras aporreaba la puerta del barracón. Pero al menos ya había pasado la noche. Sobre aquel suelo de tablas irregulares era imposible encontrar postura; me dolían todos los huesos. Tras la primera hora de sueño me había despertado; no había ningún lugar que no me picara. Se olía a las chinches; dondequiera que tocara aplastaba esos animales inmundos. Todo el cuerpo me ardía por las picaduras. En la oscuridad se sostenía una lucha desesperada contra esas sanguijuelas.

Las mujeres salían arrastrándose de la choza maloliente. Maldiciendo, soñolientas, estremeciéndose de frío, se abrían paso hacia las letrinas o se acucillaban en cualquier parte. El barracón de hombres, que estaba enfrente, amanecía tosiendo y escupiendo.

El viento llevaba el fuerte olor de las letrinas al espacio que separaba los dos barracones y donde los prisioneros se alineaban para recibir la sopa, al aire fresco de la mañana. A un lado del barreño formaba la cola de los hombres y al otro la de las mujeres. Todos estaban pendientes del cucharón, pues cada uno se creía perjudicado. El escándalo no tenía fin. Habían atado a un palo, por medio de una cuerda, un vaso abollado de esmalte. Algunos se quedaban cerca del balde y tomaban allí la sopa de mijo, con la esperanza de repetir en el segundo turno.

La silueta de las montañas se recortaba en negro sobre el cielo dorado de la mañana. El sol estaba a punto de salir, ese sol que otras veces cantaba su alegría y que hoy marcaba el principio de mi esclavitud. Se oía la llamada, y había que formar columnas para el trabajo de los campos y de las huertas. Yo formaba parte de las prisioneras fuertes y tuve que ir con los primeros. Con un miserable saco al hombro y el katilok en la mano, salí con la columna a la estepa; las mujeres delante y los hombres detrás, custodiados por un soldado a caballo con la bayoneta calada.

El sol empezó a calentar, enderecé los hombros y dirigí los ojos al oeste y más allá de la llanura infinita. Pensé que jamás saldría viva de allí. «¡Reventarás como una bestia!» Avanzábamos sobre un camino de tierra polvorienta y la mayor parte de los prisioneros andaban como dormidos, arrastrando los pies en la tierra con sus zapatones de goma. Al cabo de una hora aproximadamente nos ordenaron parar. Había que escardar un inmenso campo de girasoles. El brigadier nos dirigía:

—Dejen una planta cada treinta centímetros y quiten los hierbajos de los dos lados del surco.

Diariamente había que cavar tres mil metros; el que lo conseguía tenía asegurados seiscientos gramos de pan.

Se repartían los surcos y había algunas personas que tenían la dicha de conocerse, quizá de amarse, y podían trabajar juntos. ¡Qué agradable sentirse útil!

Me puse a picar de firme. Las pequeñas plantas de girasoles habían sido sembradas por máquinas y no sobrepasaban los cinco centímetros. Los dos primeros brotes aparecían entre el grueso cotiledón, y no era fácil distinguirlos de las malas hierbas. Yo me equivocaba constantemente y me retrasaba. ¿Por qué preocuparme

tanto? ¿Qué más pueden hacerme? Comencé a tronchar las plantas del surco. Quería destrozarlo todo. Inmediatamente se me acercó un hombre a caballo, un ingeniero agrónomo, también prisionero:

—¡Maldita mujer! ¿Qué estás haciendo ahí? ¿Es que eres ciega? ¿No distingues la planta de las malas hierbas?

La actitud y el tono que empleaba eran los de un terrateniente prusiano. Saltó del caballo, me arrancó la azada de las manos y me enseñó con cuatro golpes vigorosos la manera de hacerlo. Yo le dejaba jurar a su antojo. Toda la mañana la pasó pegado a mis talones. Además de él, el brigadier controlaba todos los surcos. El único que estaba sentado era el centinela, inmóvil en medio del campo, con el fusil entre las piernas.

El sol empezaba a hacerme arder los brazos y la cabeza. A intervalos cada vez más frecuentes tenía que enderezar la espalda y limpiarme el sudor. Todos me habían adelantado, pero la más rápida era una jovencita que parecía correr por el campo más que trabajar. Supe más tarde que algunas veces le daba por sentirse trabajadora y hacía doble tarea. Por esta razón solía tener un kilo de pan y proporcionaba al jefe un motivo justificado para presionar a los otros detenidos para que aumentaran su rendimiento. A mi derecha se agitaba un grupo en medio de una polvareda y las mujeres hablaban y gritaban. Todos se conocían. Solamente yo no tenía nada en común con ellos, y no hubiera sabido de qué hablarles.

Cada trescientos metros habían puesto unas tinas de agua. Al fin alcancé la primera. Con la cara inundada de sudor me incliné ansiosamente sobre la superficie del agua, pues no teníamos vasos con qué beber. No importaba lo que pudiera navegar en el líquido del balde: restos de la sopa de ayer,

hierba, porquerías, ¿qué más daba? Se bebía aunque el buey del portador de agua hubiera ya bebido antes, o alguna mujer burlando la vigilancia hubiera lavado alguna prenda repugnante extraída de su grasiento katilok. Era la única forma de lavar algo de ropa, y nuestro único medio para blanquearla.

Yo siempre iba a la zaga de los demás. El brigadier corría de un lado a otro con su tabla de madera, que a falta de papel utilizaba como libreta de notas para señalar con una raya los que a mediodía habían cumplido con su media tarea. ¿No llegará pronto ese momento? Hacía mucho tiempo que había arañado la última miga de pan del fondo de mi saca, y el agua que llenaba mi estómago contuvo por unos instantes la sensación de hambre. Hice acopio de todas mis fuerzas, puesto que mi surco estaba lleno de hierbajos; en el momento en que iba a acometer la hazaña de barrerlo todo, vi a un pajarito que me miraba con ojillos agrandados por el miedo. En un hoyo cubierto de hierba había un pájaro de color terroso sobre su nido. Olvidé al momento hambre y fatiga, y no sé por qué me emocioné. Quizá porque aquel animalito estaba desprovisto de protección y totalmente a merced de la iniquidad de la existencia. Di la vuelta alrededor del nido preocupada solamente de que nadie lo descubriera. Un verso de mi niñez me vino a la memoria: «No toquéis mi pequeño nido...».

Un prisionero de larga barba iba de surco en surco afilando azadones. Llegó hasta mí, que era la última.

—Dame tu azada, te han dado la peor. No me extraña que no adelantes nada.

Se sentó y empezó a golpear las melladuras con el martillo.

Me sentía feliz por aquel fugaz instante de tregua, acurrucada a su lado.

—¿Es la primera vez que sales al campo? No te he visto nunca —me dijo amablemente.

—Sí, abuelo; llegué ayer.

—¡Has robado algo! —dijo guiñando un ojo.

—No, ¡qué tontería!

Y le conté mi desgracia.

—Probablemente no eres rusa, ¿verdad?

Se había fijado en mi mala pronunciación.

—No, alemana.

—¡Ah, del Volga!

—No, no, de Alemania.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

De pronto empezó a hablar en un antiguo dialecto provinciano zuavo. Era un campesino alemán del Volga.

—Claro, tú serás comunista... —dijo con cierta desconfianza.

—Sí, lo he sido durante muchos años. Después vino Hitler...

Golpeaba el azadón y levantando la cabeza exclamó:

—Sí, debes de haberlo pasado muy mal. Mejor hubieras hecho quedándote en tu casa que saliendo a pasear por el extranjero. Nunca se gana nada. Dime, ¿va todo tan mal con Hitler como dicen aquí los periódicos? Porque yo pienso que no podrá hacerlo peor de lo que lo hacen aquí. ¿Es que Hitler quita también la tierra a los campesinos? Han querido obligarme a entrar en el colectivismo. En mi pueblo se ha negado todo el mundo, pero la NKVD ha deportado a los hombres. Mis cinco hijos, el mayor, una niña, sólo tiene

catorce años, han quedado solos con mi mujer... ¿Qué será de las tierras?

Vimos acercarse al brigadier.

—Dame la azada, no quiero más disgustos.

—Déjame, si te da una azada como ésta, tiene que permitir que te la arregle. Siéntate y no le temas —me tranquilizó.

Pero yo había perdido ya la serenidad para seguirle escuchando.

—Ya continuarás contándomelo esta noche, después del trabajo.

—Te enseñaré retratos de mis hijos, y una carta que he tenido de la mayor; es una niña muy inteligente.

Ya estaba gritando el brigadier.

—Desde luego, hoy no acabas la tarea. —Se volvió hacia él y le dijo—: ¿Qué quieres de ella? Dale otro instrumento de trabajo mejor que éste, al menos. ¿Cómo quieres que termine esto, si no es su trabajo?

El brigadier se alejó murmurando y el viejo se puso en pie para marcharse.

—¿Cuánto falta para el mediodía? —le grité, sin dejar de picar.

Se paró a mirarme y volviendo sobre sus pasos me dijo:

—No tienes ni idea de cómo se hace esto. Te tomas demasiado trabajo. Inútilmente, porque así no crecerá nada. Los girasoles no brotan en el polvo.

Cogió la azada de mis manos.

—No hay que cavar la tierra tan profundamente. Mira, así es mucho más fácil.

Probé a hacerlo, y tenía razón.

—Tienes hambre; ¿quieres saber cuándo va a llegar la *balanda*? No tienes más que fijarte en tu sombra. Si no pasa de medio metro es que estamos en la mitad del día.

Este era el reloj de sol de los prisioneros. Además, la carreta se acercaba por el camino. Y nos separamos amistosamente. Me prometió una azada ligera para la tarde y se marchó andando pausadamente.

Clavé el mango de la azada en la tierra para poder encontrar luego mi surco, y corrí como los demás hacia el extremo del campo. La sopa tanto tiempo deseada había llegado. Estaba en un asqueroso barreño de madera tapado con un saco viejo, sobre una carreta de bueyes. El reparto lo hacía una mujer mayor. Era agua pura, con algunas hojas de col y algunos granos de mijo. Después, el brigadier repartía el pan, y los que sólo recibían cuatrocientos gramos se defendían protestando ruidosamente contra esta injusticia.

—¡Fijaos, la hermosota Tania tiene los seiscientos gramos! ¿Es que ha hecho su tarea?

—Sí, por la noche; en eso trabaja sin descanso —escupió una de las mujeres de cara apergaminada.

Una imprecación fue la amable respuesta de Tania, la de las pantorrillas gordas. De esta forma se pasó la primera media hora del descanso. Después se echaron todos, agotados por el ardiente sol. Ni un solo árbol que diera un poco de sombra, ni un matorral. Boca arriba, con la cara cubierta por mis brazos y las piernas cubiertas por un saco viejo, me quedé profundamente dormida.

**BORÍS**

Me estremecí. Alguien me había tocado en el hombro, y cuando levanté la cabeza me encontré con los ojos castaños y sonrientes de un hombre joven:

—Me han dicho que eres una alemana comunista. ¿Es cierto?

—Sí, y tú ¿quién eres?

—Yo soy un camarada lituano.

Nos dimos la mano con solemnidad.

—¿Desde cuándo estás en Karaganda? —pregunté, por salir de aquel embarazoso silencio.

—Hace nueve meses.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? ¿Qué preguntas tan raras haces! ¿Qué quieres que conteste? ¿La acusación imaginaria formulada por la NKVD o por qué a los comunistas nos ponen a la sombra?

—¡Cállate, sé prudente! ¡Si alguien te oyera...! Además, no me conoces de nada.

—Eres una camarada extranjera, y me basta.

—¿Cómo te llamas?

—Borís Resnik. ¿Y tú?

—Grete.

—¿Qué nombre tan raro!

—*Davai!*, ¡al trabajo! —gritó el brigadier.

Borís me preguntó:

—¿Quieres que cavemos juntos?

—Sí, encantada, pero yo estoy muy atrasada y tú...

—¿Dónde está tu surco? ¡Bueno!, te lo cambio.

Y hablando con algunos prisioneros conocidos suyos se hizo el cambio sin dificultad.



De esta forma seguimos cavando uno junto a otro al mismo ritmo, casi sin tomar aliento, dejando un girasol cada treinta centímetros y quitando las malas hierbas a derecha e izquierda.

—Ven, vamos a fumarnos un machorka.

Nos paramos, limpiamos el sudor de nuestro rostro, reímos y fumamos.

—¿Hace mucho tiempo que vives en la Rusia soviética? — empecé a preguntar de nuevo.

—Año y medio en prisión, y fuera solamente diez meses, porque enseguida vinieron a buscarme. No pienses que es la primera vez. Yo creo que mi sino es «estar encerrado». En Lituania, cuando apenas tenía diecinueve años, fui condenado a diez años por alta traición. Cumplí siete; éramos todos prisioneros políticos, y tres de nosotros enfermamos de tuberculosis. Por fin obtuvimos del gobierno una tregua provisional hasta nuestra curación. Parece asombrarte, pero estas cosas son comunes en Lituania. Entré en el sanatorio, con los gastos sufragados por el MOPR (Socorro Rojo Internacional). Ven, continuemos cavando. *Popka* acaba de mirar hacia nosotros.

—¿Quién es *Popka*? —pregunté extrañada.

—Se ve que eres nueva. *Popka* quiere decir espantapájaros, y así se llama aquí al centinela, porque se queda sentado todo el día en medio del campo.

Yo miraba la cara del joven Borís con sus ojos brillantes. Se pasaba las manos por la barba y un poco turbado dijo:

—Esto es desagradable; ¡se diría que uno es un cerdo!

Y continuamos cavando sin decir palabra. ¡Siete años por actividades comunistas y ahora en Siberia! ¿Cómo puede un ser humano soportar esto? Ya habíamos alcanzado a los

demás, pues por la tarde todo el mundo trabajaba más despacio.

—¡Borís! ¿Has encontrado una camarada? —nos gritaba alegremente un muchacho.

—Es griego —me explicó Borís—. Un chico agradable, pero con el defecto de llevarse demasiado bien con los delincuentes comunes; está mezclado en todas las combinaciones. Por eso está en el bloque disciplinario.

—Dime, Borís, ¿dónde se termina hoy? ¿Hasta dónde hay que llegar? —pregunté fatigada.

—¿Ves al del pañuelo blanco? Es Dschura. El pobre diablo ha terminado ya. Pero siéntate, yo haré los dos surcos a la vez, hasta que hayas descansado un poco.

Borís conservaba una gorra de paisano, que llevaba muy ladeada. Tenía el cabello negro y estaba completamente bronceado por el sol. Cuando reía, enseñaba toda la dentadura; por la rapidez de sus movimientos parecía un obrero francés. Mientras él trabajaba para mí, volví corriendo a buscar su chaqueta y nuestras dos latas, que estaban al borde del campo; las llevé al sitio donde terminaba nuestro trabajo.

Quedaba mucho tiempo hasta la hora del final de la jornada, pero ya estábamos sentados sobre la chaqueta rayada de Borís, saboreando nuestro descanso bajo el sol de la tarde. Borís lió un machorka para cada uno y me ofreció galantemente el mío para que yo misma mojara el papel. Sobre la tierra caldeada bullían escarabajos tornasolados. Solamente en la estepa he visto una variedad tal de colores. Algunos de aquellos escarabajos eran de oro puro, otros irisados y otros rojos como la sangre, con dibujos negros, casi geométricos.

—Mira, Borís, quizás haya agua allí.

En un desnivel del terreno florecía la hierba de la estepa, y sus tallos ondeaban con la suave brisa de la tarde como las olas de un gran lago. Aquellos que habían terminado la tarea estaban echados y sumidos en un sueño profundo.

—¿Por qué no sigues contándome cosas? Estoy deseando saber cómo sigue la historia. Estabas en el sanatorio, ¿no?

—Sí, y entonces los camaradas del Partido Comunista ilegal volvieron a ponerse en contacto conmigo. En el sanatorio no es nada difícil. Me propusieron que organizara la fuga, en el caso de que yo quisiera escaparme. ¡Vaya si quería! Todavía me quedaban tres años de correccional, un pulmón averiado y, sobre todo, la perspectiva de ir a la Unión Soviética, a la «patria del proletariado mundial» con la que yo soñaba desde hacía años. Aquello me hizo pensar en la evasión como la máxima felicidad. Como todo salió bien, pasé la frontera y fui recibido en Moscú por la MOPR. Fui bien acogido y me dieron un *pudiovka* (bono de asistencia para un sanatorio de Yalta, en las orillas del mar Negro). Aquello era magnífico. Pronto los análisis fueron negativos y decidí buscar trabajo. Antes de ser encerrado aprendí el oficio de zapatero, pero en la prisión lituana los políticos no tenían necesidad de trabajar, y como tampoco estábamos incomunicados, podíamos leer e incluso organizar cursos. De esta manera pude estudiar durante siete años y recuperar todo el programa escolar que me faltaba, pues como mi padre era zapatero, no pude ir a la escuela secundaria. Murió muy joven y mi madre tuvo que sacar adelante a los cuatro hijos. Aunque en la prisión teníamos muy buenos profesores, lo que nos enseñaban ante todo era política. En Yalta me aconsejaron que me quedara en el sur de la Unión Soviética, a causa de los pulmones. Por esta razón me quedé en Odesa, en un taller de zapatería. Entonces conocí a una chica, la primera chica de mi vida, y

nos casamos. Esta felicidad duró seis meses porque, una noche, la NKVD decidió hacerme «espía» y vino a buscarme. Parece ser que mi historia estaba clarísima: yo estaba cumpliendo una misión de la *Ochrara* lituana. Ya en prisión, fui enviado al otro lado de la frontera, etcétera, etcétera. Y así la letanía del juez de instrucción. Cuando este bicho grosero quiso obligarme a firmar el proceso verbal, le demostré que sabía cómo debe portarse un comunista durante un interrogatorio policiaco: empezó a darme puñetazos y yo a mugir como un toro para que retumbaran bien los corredores. Cesó al momento. Este era un método que ya habíamos experimentado con éxito en Lituania. Pero con aquella resistencia mía hice de aquel hombre un enemigo y, a pesar de haber tenido una hemoptisis en la prisión preventiva, a la salida del hospital fui condenado a ocho años de campo de concentración, con la nota de «bajo vigilancia para hacer más grave la pena». Más tarde te hablaré de los nueve meses en Burma. ¡Cuánto me alegro de haberte encontrado! Eres el primer ser humano del bloque con quien se puede hablar. ¿Te has dado cuenta de que nadie te comprende? Los comunistas extranjeros hablamos otra lengua, solamente inteligible para nosotros. ¿Verdad que es como si nos conociéramos desde hace muchos años? ¿Es que no vemos los acontecimientos, el mundo, con los mismos ojos? ¡Es una suerte habernos encontrado! Tengo muchísimas cosas que preguntarte.

»Toma, coge otro cigarrillo antes de que volvamos. ¿Puedo llamarte Margarete? Hay una canción lituana con tu nombre.

—¿Sabes cantar?

—Sí, pero ahora estoy ronco a causa del polvo y del calor. Mañana por la mañana, en el campo, te cantaré mis

canciones favoritas.

Caía el sol en el horizonte cuando llamaron para formar. Marchábamos uno junto a otro. Borís sucio, sin afeitar, andrajoso, y yo con los pies envueltos en trapos, embutidos en unos zapatos de goma del cuarenta y cinco. Borís llevaba nuestras latas.

Por la noche, echada sobre las tablas donde bullían las chinches, no quería borrarse la sonrisa de mis labios. Ya nada me hacía sufrir. Por más que ante mis ojos cerrados desfilaran hileras interminables de plantas de girasoles, y sus cotiledones espesos y carnosos no cesaran de crecer y crecer, ¿qué podía importarme si el día siguiente tenía un nuevo valor para mí? Borís iba a cantarme sus canciones lituanas.

Cuando pienso en los dos primeros meses que pasé en el bloque disciplinario —el tiempo de mi amistad con Borís Resnik—, no recuerdo apenas los sufrimientos de la larga jornada de trabajo, ni el hambre, ni las noches espantosas con las chinches y los piojos, ni la rastrera maldad de los otros prisioneros. Cada mañana, incluso antes de que sonara la llamada, nos encontrábamos entre los dos barracones de la plaza. Borís me liaba artísticamente un machorka de papel de periódico, en forma de pipa, y contemplábamos juntos el milagro cotidiano de la salida del sol tras las montañas. Aquella misma mañana me encontré frente a un Borís recién afeitado. ¿Cómo ocurrió aquello? Sigue siendo para mí un enigma. Por la noche, detrás del barracón de los hombres, en un rincón, lavó con agua robada de la caldera su camisa vieja y sucia, la puso a secar sobre la alambrada y no le quitó ojo hasta que estuvo casi seca. ¡No era cosa de que se la robaran!

Borís recibía una alimentación suplementaria del hospital de Burma, gracias a la amabilidad del médico jefe, que también estaba prisionero. En los primeros meses del bloque disciplinario, Borís tuvo una hemoptisis, fue admitido en el hospital y se repuso sólo a medias. El médico ordenó que le dieran, como tuberculoso, la ración del hospital: cazo de medio litro con caldo o fideos. Al menos era nutritivo y permitía a Borís subsistir. Aquel suplemento excitaba la cólera y la envidia de los otros detenidos:

—¿Enfermo ése? ¡No hay más que ver el aspecto que tiene! Sí, sí, todo depende de las «relaciones» que uno se busca.

Un día decidimos ponernos en la fila del cultivo de las huertas. Borís tenía derecho a realizar trabajos ligeros, pero yo no. Él iba a los campos porque detestaba al hortelano. El caso es que cuando estábamos en la fila pasaron los soldados acompañados de un prisionero por delito común, que era el jefe de campo. Al ver a Borís se volvió hacia él.

—Ahora mismo te vas a formar en una columna de trabajadores de los campos. ¡No faltaba más que esto! ¡Colarse en las huertas!

—Sabes muy bien que tengo derecho a realizar trabajos ligeros —replicó Borís.

—¿Qué quiere decir aquí «tener un derecho»? ¡Fuerte y sano como estás!

—Si no me crees pregúntale al médico —replicó Borís irritado.

El jefe liberó su furia y rugió sobre toda la plaza:

—Sé perfectamente por qué quieres ir a las huertas. Para hacerle el amor a Grete, ¿no?

Y le respondió una carcajada general. Con su indiscreción, el jefe de campo había olvidado por completo que yo era la que no tenía derecho a estar allí, pero después de recoger como único éxito aquella sonora carcajada, se volvió y, tras un potente «¡marchen!», cruzamos la puerta con la columna de las huertas.

En la huerta había que arrancar con la mano las malas hierbas de un campo de alfalfa. Avanzábamos cantando a media voz. Teníamos en nuestras filas a una joven gitana que, cuando el hortelano —que era un preso muy temido— desapareció de nuestra vista, nos leyó el porvenir en la mano. Estaba escrito que pronto, muy pronto, estaríamos en libertad y que la vida nos reservaba aún mucha felicidad.

La huerta tenía riego artificial. Los bancales y los campos eran fértiles y verdes, e incluso crecían allí algunos álamos pequeños. A la sombra de estos arbolillos nos contamos nuestros sueños (los sueños desempeñan un gran papel en la vida de los prisioneros):

—¿Sabes, Borís?, anoche me quedé dormida mirando las estrellas. Estaba echada sobre las tablas con la cabeza apoyada en la ventana, y tuve un sueño rarísimo. El firmamento giraba lentamente y las estrellas se aglomeraban de tal manera que formaban una cúpula de rubíes y después una inmensa corona resplandeciente. De lo alto del cielo bajaba hasta mí una ancha terraza, igual que Sans Souci en el parque de Potsdam. Yo me empinaba a duras penas por la rampa balbuciendo estas palabras: «¡Ah, si yo pudiera creer!». Las gradas de la terraza se volvían cada vez más y más empinadas y yo sabía que si llegaba a la cúpula todo marcharía bien. Pero estaba extenuada, y me he despertado bañada en sudor.

Durante la escasa media hora que nos quedaba por la noche, hasta el toque de silencio, nos sentábamos a menudo en la maloliente plaza que había delante de los barracones. Aquel día acababa de llegar un nuevo transporte que traía algunos prisioneros georgianos. Borís me dijo que uno de ellos había sido el padre del actual comisario del pueblo, Beria. El mismo Beria que había firmado mi condena a cinco años de campo de concentración. Con él venían también un menchevique georgiano y un maestro de escuela del Cáucaso que se llamaba Dsagnidse. Se sentaron con nosotros y entonaron una de sus melodiosas canciones. El maestro me pidió que cantara una canción alemana.

—Prefiero cantar una de su país.

—¿Cómo, una alemana que sabe cantar en georgiano?

Y reían extrañados. Entonces les canté un lamento que Heinz me enseñó un día, porque su amigo Lominadse lo cantaba a menudo:

*Tavo tschemo*

*Bedi argit sgeria*

*Tschango tschemo*

*Eschit argit sgeria*<sup>[7]</sup>...

Nuestros georgianos estaban entusiasmados y pasamos varias veladas juntos. Yo hablaba con el viejo campesino cuyos ojos relucían de cólera mientras me contaba que su propio hijo adoptivo le había mandado detener por haberse negado a aceptar el colectivismo, y le habían condenado a diez años en el campo.

Un día el natschalnik anunció que teníamos que limpiar los barracones porque iba a llegar una comisión procedente de Dolinki —sede de la administración del campo de



Karaganda— para inspeccionar el bloque disciplinario. Nuestro starosta, fiel siervo del natschalnik, corrió de un lado a otro muy agitado, buscando gente para el trabajo. Pero la única que desplegó una actividad febril fue su «amiga» yugoslava, que temía que la comisión despidiera al starosta cuando viera aquella pocilga. Esta mujer afirmaba ser comunista; tal vez fuera cierto. En cualquier caso, era la mejor alimentada del barracón, se zafaba de cualquier trabajo y llevaba una vida soportable gracias a sus relaciones con el jefe de bloque.

El éxito de la operación de limpieza residió en que por primera y única vez desaparecieron los excrementos del espacio que separaba los dos barracones. Los restantes esfuerzos por poner orden fracasaron, pues los «delincuentes comunes» se negaron a colaborar, mofándose tanto del natschalnik como del starosta. Y llegó la comisión. Estaba formada por Serikov, el comandante del campo, y por algunos oficiales. Avanzaron a trompicones entre los desastrados barracones, escucharon pacientemente todas las quejas de los detenidos y luego se marcharon. Pero en el bloque disciplinario no cambió nada.

Corrían rumores por el bloque de que se preparaba un transporte para Siberia central o Extremo Oriente. Se apoderó de todos una terrible inquietud, pues aquello significaba que alguien iba a ser alejado de las personas amigas. Borís y yo sabíamos que nos iban a separar, como en efecto así fue. Teníamos algunos días para despedirnos, para decirnos adiós para siempre. Borís esculpió en un trozo de madera una boquilla, y me fabricó una caja del mismo material, con el fin de que todos los días tuviese algo suyo entre mis manos. Prometió enviarme noticias suyas o intentarlo, por lo menos. Aquellos últimos días no hicimos más que sufrir, pues yo sabía que, para Borís, el Extremo

Oriente significaba su sentencia de muerte. Lo único que podía hacer era darle las gracias por aquellos dos meses de cariño que me habían hecho olvidar todos los horrores de Burma.

Por la noche pararon los camiones delante del bloque. Mientras leían los nombres, estábamos formados ante las alambradas.

—¡Grete, no me olvides nunca! —gritó Borís al marcharse. Los prisioneros cantaron a modo de adiós:

«Desborda tu cauce, gran Volga, mi bien amado me deja. El viento sopla las velas, mi corazón gime y sufre con la separación. ¡Hasta la vista!, dice el bien amado, y el corazón pesa como una losa. ¡Adiós, adiós, y no olvides mi pena!...».

Cuando volví a encontrarme de nuevo sola, me abandonaron todas mis fuerzas. Cada vez con más frecuencia, no lograba terminar mi trabajo. De no haber tenido la suerte de encontrar un brigadier «político» que falsificaba mi ficha, no hubiera pasado de los cuatrocientos gramos de pan por día. Desde la mañana al mediodía, en los campos no se pensaba en otra cosa que en el pan. Una tarde llevaba yo el saco del pan, con la ración que acababa de recibir, atado a la cintura con un cordón y su balanceo continuo a cada golpe del azadón me molestaba. Puse el saco en un surco para recogerlo después, pero cuando fui a buscarlo lo encontré vacío. Me habían robado el pan. Solamente un ser que haya pasado verdadera hambre puede comprender en toda su magnitud el alcance de aquel robo. Aquello suponía no tener nada que comer hasta el día siguiente, sin por ello librarse de la obligación de acabar el trabajo.

Aunque juramentos y blasfemias eran moneda común en el «campo libre», en el bloque disciplinario constituían un

idioma propio que todos los prisioneros hablaban a la perfección. A mí me llevó bastante tiempo comprender el sentido de cada palabra y a menudo tenía que hacer serios esfuerzos para no sonrojarme cuando las pronunciaba. Para los «delincuentes comunes» y los antisociales yo era la *niemetskaya faschistka*, es decir, la alemana fascista, porque según la propaganda del periódico, alemán era equivalente a fascista. Además, yo era una política, el ser más despreciable en tierra rusa. En cierta ocasión me tocó cavar en un surco junto a una antisocial. A veces ella me sobrepasaba y yo la alcanzaba más tarde. No cruzábamos la palabra. Cuando estábamos situadas a la misma altura, soltó una blasfemia de las más soeces. Y sucedió que sin pensarlo repliqué con otra expresión aún más vulgar. En mi vida he visto una expresión de menosprecio como la de aquella mujer.

## EN EL CORAZÓN DE LA ESTEPA

Poco después de la marcha de Borís, entré en una columna especializada en la lucha contra la brucelosis, esa epidemia del ganado que cosechaba tantas víctimas en Karaganda. Una noche, al volver del trabajo, rotos de cansancio, fueron llamados cincuenta prisioneros, yo entre ellos.

—¡Formen inmediatamente con sus cosas!

Los prisioneros son extrañamente conservadores. No les gusta dejar sus sucios barracones llenos de chinches, ni el pequeño rincón de las tablas al cual han terminado por acostumbrarse, ni tampoco las caras que ya les son familiares.

Una carreta esperaba delante de las alambradas del bloque disciplinario, y en la oscuridad, en medio de fuertes gritos, fueron tirados los fardos dentro del carro. Después hubo que formar de a cinco y caminar por la sombría estepa, detrás de la chirriante carreta de bueyes. El aire fresco de la noche animaba un poco y además era una dicha contemplar la formidable bóveda estrellada. Un cielo así sólo existe en el desierto y en la estepa. Pero pronto sentimos la fatiga y tropezábamos con nuestros gigantescos zapatos de goma en las rodadas secas y desiguales, levantando un polvo espantoso; no se oía ni una sola palabra. Solamente el canto monótono de los grillos persistía; ¡si al menos pudiera uno andar dormido! ¿Y dónde terminaría aquella marcha? El estómago protesta y uno se acuerda de aquellos largos paseos nocturnos que acababan en alguna parte, en casa, en una buena cama.

—*Davai!, davai!* —rugía el brigadier.

En un instante se despertaba todo el odio que llevábamos dentro.

Una cabaña de barro sin tablas, pero con paja en el suelo. Allí dentro, sin luz, nos empujaron como a ganado. Aquella noche, ni siquiera las chinches nos molestaron.

El subsector de Leninskoie se componía de un barracón para la brigada de mujeres del bloque disciplinario, otro de hombres, una casa para los soldados de la guardia, un chamizo para los baños, un calabozo y toda una hilera de rediles bien contruidos. Al día siguiente por la mañana empezó nuestro trabajo. Como los corderos pasaban el verano fuera de los apriscos, en la estepa, la columna fue provista de picos y palas. Hubo que desfondar el suelo de la majada y sus alrededores, cargar el estiércol seco en las carretas y llevarlo a la estepa para quemarlo allí. Era un

trabajo de perros, sobre todo en las majadas, donde el suelo estaba cubierto por un entrelazamiento de raíces de gramas que desafiaban picos y palas. Un día que rezumábamos sangre y agua, se produjo un milagro. Un soldado kazajo que estaba a cierta distancia de nosotros dejó su fusil en el suelo, cogió el pico de la mano de un prisionero y empezó a cavar un surco profundo, como línea de partida para nuestras palas. Esta fue la primera y única vez que vi a un soldado de guardia ayudar a los prisioneros. Es fácil imaginar cuánto le querían todos. Con él se hablaba y se gastaban bromas. A propósito de este soldado, relataré otro hecho curioso. Bastantes semanas después de este incidente, nuestra brigada estaba en otro sector, limpiando surcos de cebada. Bajo la vigilancia del soldado kazajo a caballo, marchaban siete mujeres. Había que recorrer ocho kilómetros a pie a través de la estepa para llegar al lugar de trabajo, que era un *tog*, una era en la que había una máquina de trillar. Aquel día éramos sólo siete «políticas». A la ida sostuvimos una animada conversación con nuestro soldado, le contamos que teníamos un hambre terrible, y hablando, hablando, nos acercamos poco a poco a la cuestión que nos preocupaba. Aquel *tog*, en efecto, no estaba muy lejos de la estación de ferrocarril de Sarik, nuestro soldado iba a caballo, y en Sarik se podía comprar azúcar y pan. ¿Haría él esto por nosotras? Todas pensábamos que aquello era imposible, pero el hambre nos volvió obstinadas.

—¡Usted sabe que todas somos políticas, nos conoce bien! Puede tener confianza en nosotras. ¡Por favor, vaya a buscarnos un poco de pan!

—¿Y si se escapan todas mientras tanto? —preguntó riendo—: ¿Qué haríamos si pasara el control en ese momento? Entonces me meten a mí también en el campo de concentración, o me hacen algo peor.

Pasó el descanso del mediodía y con él habíamos perdido ya las esperanzas. La carreta con el barreño de sopa ya se había marchado dando bandazos y seguíamos trabajando envueltas en polvo negro, golpeando la cebada. Ya habíamos dejado de suplicar al soldado, cuando vino hacia nosotras:

—Denme los sacos de pan, pero pronto, y algo de dinero.

De un salto montó en el caballo y unos minutos después vimos desaparecer en el horizonte una nube de polvo. Tardó media hora en volver, media hora que siete prisioneras pasaron temblando de miedo por un soldado de la guardia. Mirábamos a lo lejos, temiendo que apareciera el control, y después fijábamos nuestros ojos en el sitio por donde había desaparecido el soldado, deseando que no le hubiera ocurrido nada en Sarik. Al fin se vio un torbellino de polvo y nuestro vigilante llegó al galope con los sacos balanceándose en el cuello del caballo, la mitad llenos de pan y la otra mitad de azúcar.

En Leninskoie nos dejaron dos meses sin jabón. Corrientemente teníamos derecho a un trozo mensual, un poco mayor que una caja de cerillas, húmedo y blando. Pero esta vez nos habían olvidado, o alguien había robado el jabón. La suciedad había penetrado profundamente en la piel, pues el polvo del estiércol se había incrustado en los poros. A pesar de esto habían colgado un gran rótulo en los rediles: «Por razones del peligro mortal de contagio de la brucelosis, está prohibido fumar y comer durante las horas del trabajo; ¡lávense las manos antes de las comidas!».

Un día llegó el cajero, «prisionero político» que iba a pagar los salarios de las gentes que trabajaban en nuestro sector. Como yo sabía que no se recibía paga hasta después de varios meses de estar allí, no esperaba absolutamente nada. Sin embargo, fui llamada y recibí veinticinco rublos

por el trabajo voluntario desempeñado en el tiempo que estuve en el campo «libre». Veinticinco rublos eran una fortuna.

Por aquella misma época llegó otra brigada. Entre aquellas «nuevas» había una alemana llamada Olga. Su familia llevaba instalada en Rusia más de ciento cincuenta años, pues un antepasado llegó como director de orquesta de uno de los zares. A pesar de todo, los suyos siguieron siendo puramente alemanes hasta nuestros días o, a decir verdad, aún más alemanes que antes. Olga lo era no solamente en su aspecto exterior, sino en sus costumbres, hasta el punto que parecía sacada de la revista alemana *Daheim*. Era alta, rubia, con una piel blanca que no aguantaba el sol; tenía los hombros estrechos y las caderas anchas y se peinaba como nuestras madres, con un moño sobre la nuca. No llegaba a los treinta años. Un día eché una ojeada en su saco y tenía sábanas de tela con bordados modernos, tan cuidadosamente apiladas que sólo le faltaba la cinta roja bordada a punto de cruz.

—Todo lo que mi madre me dio, lo tengo aquí guardado como oro en paño.

Era una pianista famosa. Tanto su marido —también músico— como ella habían sido detenidos. Fue acusada de «espionaje» porque, habiendo hecho sus estudios en el extranjero, había cruzado correspondencia con sus amigos. Fue condenada a cinco años de campo y, para aumentar el castigo, fue sometida a vigilancia. Desde muy joven, Olga había estudiado piano; en cambio, el deporte o el trabajo manual le eran completamente desconocidos. Vestida con una blusa que en su día fue blanca, con las piernas desnudas, el cabello cayéndole en desorden por la cara, se afanaba con un cubo lleno de grano. Ella era la que llenaba el embudo de

la trilladora mecánica. El cubo se le escurría de las manos, y como no seguía lo suficientemente deprisa el movimiento de la máquina, derramaba el grano.

—¡Así es como trabaja la «gente de arriba»! —le gritaban —. Ya va siendo hora de que los burgueses aprendan a trabajar.

Desde las primeras horas, el sol le enrojeció la cara. Como cambió el orden del trabajo, la pusieron a dar vueltas a la manivela de la máquina, pero en vista de que al cabo de diez vueltas estaba agotada, imploró que la relevaran. Contra seres como éste se desencadena toda la brutalidad de la soldadesca y de los detenidos. Sobre todo, hay una escena que recuerdo en particular. Cuando al cabo de unos días, con las manos y las piernas hinchadas por las quemaduras del sol, Olga, que no podía con su cuerpo, suplicó al brigadier que la dejara en el barracón, el coro de prisioneras se volvió contra ella:

—¡No faltaría más que esto! ¡Dejar de trabajar por una pequeña insolación! ¡Eres demasiado perezosa! ¡Nosotras hemos tenido que prodigarnos toda la vida y en cambio ella siempre se ha reservado!

Yo entonces me dirigí a una mujer especialmente venenosa:

—¿Tan poco se aprecia en la Unión Soviética a los artistas? Es mucho más fácil desempeñar un trabajo manual que tocar el piano. Hay millones de personas capaces de mover una trilladora mecánica.

Mi intervención no hizo más que empeorar el asunto. Por lo demás, Olga era muy lenta y carecía en absoluto de sentido práctico. Por la noche veníamos del trabajo derrengadas y sucias como carboneros. No podíamos abandonar el campo más que a la caída del sol, y en la estepa



el crepúsculo es muy breve. Algunas veces nos llevaban una olla de agua, por si queríamos lavamos un poco, pero siempre se la bebían los bueyes. Entonces, a pesar de que estaba completamente prohibido, corríamos al pozo y bajábamos el katilok con la cuerda para coger un poco de agua. Mientras, mirábamos con ansiedad en todas direcciones, por si los soldados se daban cuenta. Siempre había alguien que se caía, y siempre era Olga. Una sarta de injurias seguía inmediatamente. Apenas nos habíamos limpiado la cara, teníamos que precipitarnos al barracón de la cocina para no quedarnos sin sopa. Cuando todas habían terminado, salían con sus fardos para instalarse para la noche, pero de Olga no había ni rastro. En aquella época habíamos conseguido permiso para pasar la noche fuera, porque en el interior no se podía soportar el asalto de las chinches. Sólo quedaban en el barracón las «endurecidas», en las que ya no hacían presa los insectos. Al salir con nuestros bártulos, teníamos que sacudirnos la cara y los hombros, promoviendo con ello una verdadera lluvia de chinches. Corrían por las paredes como cortejos de hormigas. Como yo tenía algo de experiencia, cuando dejaba el cubo en el barracón siempre ponía algo de agua en el fondo. Cuando a la mañana siguiente lo recogía para enjuagarlo y ponerme en la cola del té, tenía tal cantidad de chinches que parecía un pastel de carne.

Dormíamos sobre la tierra de la estepa con la cabeza apoyada contra el muro, apretadas las unas contra las otras. El soldado, sentado en un taburete a cinco metros de las mujeres, montaba guardia toda la noche con la bayoneta calada. Si alguien quería aislarse un momento, tenía que dirigirse a él:

—¿Puedo salir?

—*Davai!*

Se alejaba algunos pasos en la estepa y se ponía en cuclillas. Una noche que me desperté y quise salir, vi el taburete vacío: ¡qué problema! ¿Dónde estaba el soldado? ¿A quién pediría yo permiso? Salir por mi cuenta era exponerme a morir, pues podía dispararme por la espalda. Oí un ruido cerca de mí y vi al soldado acostado en los brazos de una prisionera, en medio de una fila de mujeres dormidas. Mi decisión fue rápida: me levanté, fui derecha a la pareja y pregunté si podía salir. No hubo respuesta alguna.

Pero volvamos a Olga. Casi todas las noches se repetía la misma escena: todas estaban alineadas para dormir y Olga no había aparecido. El soldado ocupaba su taburete y el toque de queda había sonado hacía un cuarto de hora, cuando Olga se precipitaba con sus bultos fuera del barracón. Una sarta de improperios la recibía. Hubiera necesitado diez minutos más para prepararse para la noche, y cuando yo respiraba al verla por fin acostada, se volvía hacia mí, diciéndome a voces, en alemán:

—Mira, Grete, encima de las colinas, aquella estrella tan bonita. ¿No será Venus?

—Maldita mujer, ¿es que no te vas a callar? —contestaban a coro el soldado y las prisioneras.

La pobre fue enviada enseguida a un sector de inválidos, donde a cambio de un trabajo ligero le daban al día doscientos gramos de pan.

Cuando llegábamos al trabajo por la mañana, hacía bastante frío; en cambio al mediodía la temperatura subía a cuarenta grados. Las «nuevas» llevaban todavía con ellas sus efectos personales, entre ellos trajes de abrigo que dejaban al borde del tog. Un día, al volver de los campos al mediodía, se

encontraron con que todas las ropas habían desaparecido. Perder el abrigo era una gran desgracia, porque suponía perder al mismo tiempo la manta de las noches. ¿Quién había robado las cosas? Todo el mundo lo sabía, pero nadie osaría decirlo. El natschalnik del tog era un preso común, un bandido célebre en Moscú, Iván Petrovich. Su colaborador Sosnin era un antiguo abogado que, sobre su pena de diez años, había cumplido otra de ocho por haber asesinado a su mujer en un arrebato de celos. El bandido y su socio eran, sin duda alguna, los ladrones de los trajes.

## BESTIAS DE CARGA

En nuestra columna trabajaban dos monjas. Por lo que pude entender de sus relatos, pertenecían a una orden religiosa y habían sido condenadas por «agitación contrarrevolucionaria». Siempre llevaban un cordón alrededor de la cintura para recordar en algo los hábitos. Un día, en la estepa, durante la tregua del mediodía, se hallaban sentadas las dos sobre un montón de grano, cantando. Yo me acerqué para oír sus bonitos cánticos religiosos. Cuando observaron mi alegría, salieron de su habitual reserva y me preguntaron si también en Alemania teníamos esa clase de música. Yo les canté un himno a la Virgen, me pidieron otros, y de esta forma nos hicimos amigas. Era la época en que los segadores trabajaban en nuestro sector y se alimentaban de nuestra misma cocina. Un día, para alegría de todos, hubo carne en la sopa. Una de las religiosas vino tímidamente hacia mí y me dijo que como estaban en época de ayuno, no podían comer carne. Me ofrecían su parte, que yo acepté, naturalmente.

Estas dos religiosas vivían completamente aisladas de los otros prisioneros. Daban la impresión de estar aterrorizadas, y no planteaban jamás la menor exigencia; por ejemplo, cuando la columna volvió a Burma y nos cobijaron en un barracón repleto, se acostaron las dos debajo de las camas, sobre la suciedad, sin la menor protesta.

También teníamos en nuestra columna a Lydia, una pobre imbécil que no tenía más que un traje de algodón rojo completamente usado. El vestido se estaba ya rompiendo por delante y Lydia andaba siempre tapándose púdicamente el pecho. A pesar de que no tendría aún treinta años, le faltaban los dientes de delante; incluso con este defecto, hablaba con cara radiante de sus éxitos con los hombres. Procedía de una aldea y había sido detenida por haber abandonado su lugar de residencia sin autorización. Era el bufón de la columna. Todo el mundo la hacía rabiarse:

—Lydia, ¿dónde has dejado los dientes? Si te pones otros te queremos.

Para demostrar qué clase de mujer era, manejaba la manivela de la máquina durante horas y horas, hasta que la orina le corría por las piernas. Mendigaba sin cesar la sopa.

—¡Dale un pedazo de pan a Lydia! —suplicaba.

En la oficina del taller de reparaciones cayó en mis manos un cuadernillo donde estaba apuntado lo que cada detenido debía recibir, según las diferentes cocinas. Recuerdo que en la más inferior, la ración diaria de materias grasas era de tres gramos por individuo, a administrar en forma de aceite de girasol. En todo caso, los tres gramos no llegaban jamás al detenido; robaban desde el reparto, luego en las cocinas y por último en la distribución. Los amigos de los cocineros tomaban directamente de la olla y luego rechazaban la sopa. En el sector, la repartidora era una «política»; otra,

delincuente común, pretendía haber recibido menos cantidad que las demás y reclamaba la diferencia entre amenazas. La «política» se negó y fue asesinada aquella misma noche. Se la encontró a la mañana siguiente degollada sobre las tablas. La criminal fue detenida y condenada a tres años más por asesinato.

¡Al fin tuve un día de alegría! Oí mi nombre y un prisionero que acababa de llegar me tendió un paquete con el nombre del remitente: Tasso Salpeter. Tasso había llegado a Burma, se había enterado de mi paradero y me enviaba un poco de azúcar.

En la columna que tenía que combatir la brucelosis estaba Alexandra, quien al principio reía de muy buena gana, pero ahora se volvía cada día más triste y silenciosa. Esta muchacha regordeta, bajita y de nariz respingona enseñaba todos los dientes al reír; pero en el campo sus cabellos comenzaron a encanecer y sus grandes y hermosos dientes empezaron a romperse. Había sido detenida en 1935. Trabajaba como modista en Moscú, donde tenía por clientes a las señoras de la embajada de Japón. Iba allí para las pruebas y la invitaban a tomar el té. Un día fue detenida por la GPU. Su inocencia debió de ser evidente, porque no la condenaron, pero la enviaron en «exilio libre». Alexandra estaba casada con un cantante a quien naturalmente no le pidió que la acompañara a su residencia forzosa, que era una pequeña ciudad que limitaba con la estepa, donde vivían numerosos exiliados. La mayor parte se defendían mal, pues no tenían de qué vivir. No se encontraba trabajo, porque el único puesto que se podía conseguir era el de portador de agua. Los pozos estaban muy diseminados y casi todos fuera de la localidad, y los exiliados llevaban el agua a la población. Sin embargo, Alexandra tuvo algún tiempo el oficio más lucrativo: proporcionaba sombreros de última

moda a las mujeres de los funcionarios soviéticos e incluso, más tarde, trajes a la moda europea. Hasta entonces las mujeres se vestían como los musulmanes. Tuvo un gran éxito, y cuando emprendió la creación de una especie de gorra de uniforme para los hombres, se había enriquecido. Decía que no había vivido nunca tan suntuosamente como en aquella aldea que lindaba con la estepa. Suplicó a su marido que fuera a verla al menos una vez, pero él no se atrevió y ella dejó de escribirle. Aunque su exilio era sólo por tres años, al cabo de dos y medio, una noche del invierno de 1938, fueron detenidos todos los exiliados y conducidos en trineos al puesto más cercano de la NKVD. Alexandra me describió riendo su primer interrogatorio:

—Estaba medio asfixiada, porque llevaba puesto el abrigo, un chal inmenso y dos pañoletas para la cabeza. Así me presenté al juez de instrucción. Tuve que sentarme en un taburete de rosca que era demasiado alto para mí. Estaba encaramada allí arriba como en un trono, sudando horriblemente, de miedo y de calor. Me leyó el acta de acusación: «Usted ha preparado una sublevación armada con los exiliados de la ciudad». Yo no llegaba a comprender lo que se entendía por sublevación armada. «Pero ¿con qué armas, señor juez?». Al oír aquellas palabras no pudo contener la risa. Probablemente al imaginarme con un revólver en la mano.

Esta historia no tuvo sin embargo un final alegre; Alexandra fue condenada a ocho años en un campo de concentración y trasladada a Burma. Padecía un hambre terrible. Un día que trabajábamos en la majada se quedó sola en el barracón mientras marchábamos tras de la carreta para descargarla. Regresamos a tiempo de liberar a Alexandra, que se había colgado de una viga.

De pronto, el asno que teníamos se puso a rebuznar con todas sus fuerzas. Al oírle salían voces de todas partes gritando:

—El *lariok* viene.

Del almacén del campo transportaban efectos en un carro de madera tirado por un asno hembra, precisamente la madre de nuestro buche. Este y las prisioneras saludaron con alegría al *lariok*. De hecho, no nos estaba permitido comprar, pues esta tienda venía especialmente para el personal de tractores y segadoras, pero no había quien nos contuviera. Ya dije más arriba que me habían dado veinticinco rublos. Con ellos compré inmediatamente un kilo de caramelos y un pan negro. Cubiertas de la cabeza a los pies por el polvo del estiércol, saboreamos nuestros caramelos y comimos el pan, olvidando nuestra desesperación. Un momento después, Alexandra me enseñaba la lengua teñida por los caramelos y reía lo mismo que antes.

Antes de proseguir, quisiera añadir algo más sobre el exilio libre. Pese a que el juez de instrucción estaba convencido de la inocencia de estas gentes, eran condenadas para subvenir a las necesidades de la colonización de Siberia. Por estos mismos móviles se explica la condena de los sospechosos a tantos años de campo de concentración. El sistema de trabajos forzados en la Unión Soviética es una parte esencial de los procedimientos económicos soviéticos. Al preparar el plan quinquenal se calculaba exactamente el número de trabajadores que debían ser reclutados a la fuerza. Esto llegó a tal punto que, en el año 1937, los centros locales de la NKVD recibieron datos exactos respecto al número de detenciones y condenas que tenían que realizar. Todos los campos llamados de perfeccionamiento de trabajo,

colonias, etcétera, estaban bajo la jurisdicción de una junta que llevaba el nombre de Gulag (Dirección general de los campos). En realidad, el Gulag era un departamento de la NKVD, pero estaba en estrecho contacto con la Comisión Estatal de Proyectos. El Gulag firmó también contratos formales con determinadas fábricas, en las que se fijaba el número de esclavos que tenía que suministrar, como si se hubiera tratado de una mercancía cualquiera. Hasta ahora, no se ha podido calcular con exactitud el contingente de esclavos que trabajaban en la industria soviética, en la fertilización de zonas desérticas, en la recolección de las riquezas del suelo para dotar al país de líneas férreas y obras hidráulicas; tampoco se pudo calcular el número de desgraciados que han contribuido al llamado gigantesco auge económico, pero es inmenso. El Gulag, el colosal centro del despacho ilegal de material humano, se ocupaba de la distribución adecuada.

En los años de la Gran Purga, el Gulag proporcionaba cantidades ingentes de esclavos para el trabajo, pero también la demanda era inusitada. Por muy elevado que fuera el número de condenados a trabajos forzosos, no era suficiente. Entonces, para llenar los vacíos, se utilizaban desterrados «libres», colonizadores «voluntarios» y desdichados semejantes que apenas se diferenciaban por su situación de los prisioneros.

Ha sucedido con frecuencia que los desterrados voluntarios se presentaran a la NKVD solicitando ser detenidos, pues de otro modo hubieran tenido que perecer de hambre. Dormían frecuentemente durante semanas, debajo de los puentes, a la intemperie, porque no podían encontrar alojamiento en ninguna parte, ni trabajo alguno. Vendían sus bienes o, en el caso de que tuvieran dinero, vivían algún tiempo con estos medios. En calidad de



condenados a campos de concentración tenían por lo menos la sopa inmunda, la ración diaria de pan y un lugar donde cobijarse, aunque fuera una choza.

Habíamos estado trabajando en un tog, el sol se ocultaba y comenzaba a refrescar. Una delincuente común cogió un saco de cereales vacío para cubrirse los hombros. El centinela la vio y le espetó:

—¡Quítate ahora mismo ese saco!

—Ni hablar, tengo frío. Antes de irnos lo dejaré en su sitio —respondió la mujer.

—¡Ya te enseñaré yo quién manda aquí!

Y cabalgando hacia ella la golpeó con el *nagajka* en los hombros. La delincuente común profirió un grito estremecedor. Cuando regresamos al barracón informó al natschalnik, y pocos días más tarde el soldado fue trasladado a otro sector.

Teníamos también en la columna una gitana que contaría dieciséis años como máximo. Bonita pensaba que hiciera lo que hiciera su dignidad quedaba a salvo, y sin ningún escrúpulo se las arreglaba para que los demás hicieran su trabajo. Estaba en el bloque disciplinario por tentativa de evasión y enseñaba con orgullo una llaga que tenía abierta en la pierna y que se hizo al escapar descalza de la cárcel, donde sufría condena por robo de caballos. Su padre se dedicaba a este singular oficio y ella amaba a los caballos por encima de todo.

—Ya de pequeña quise domar un caballo y me mordió en el cuello. —Efectivamente tenía una cicatriz—. La cosa más bella del mundo es la vida en el *tabor* (campamento de gitanos) —decía soñadoramente.

Un día tuvo la siguiente conversación con un soldado que la cortejaba:

—¿Has ido a la escuela, Sina?

—No, ¿por qué había de ir a la escuela?

—Es necesario que aprendas algo, que te instruyas...

—¡Vete al diablo!

—¿A que ni siquiera sabes lo que es el socialismo?

Y ella le contestó:

—Pues vete a la cama con tu socialismo. Yo soy una gitana libre. Sí; nuestra bonita gitana se escapó una noche con una prisionera política regordeta, rubia y serena que era cocinera en Leningrado. Nunca supe cómo pudieron ponerse de acuerdo para escapar juntas. Por aquel entonces trabajábamos dos equipos, día y noche, en el tog; de noche iluminaban la era con antorchas.

Cuando regresamos del trabajo estaba muy oscuro y las dos prisioneras desaparecieron en el tiempo que medió entre la llegada de la columna y la primera lista. Esperamos ansiosamente que llegara la mañana, y nos tranquilizó saber que no las habían cogido. Una semana después seguíamos sin saber nada de ellas.

A la mañana siguiente de la fuga, cuando llegué al trabajo en el tog, le conté la novedad a la gitana que vigilaba el trabajo. Su rostro se iluminó.

—No me extraña. La pequeña Sina es una chica inteligente. Ella presiente que tiene que haber un tabor por aquí, en algún lugar de la estepa. Si lo encuentra estará a salvo. ¡Si una pudiera volver a la juventud!

A renglón seguido, la vieja me ofreció una taza del té de hierbas que preparaba y que, a decir verdad, resultaba un tanto repugnante metido en aquella lata de conserva grasienta, pero yo no podía despreciar aquel detalle de

amistad. En correspondencia le regalé un poco de tabaco para su pipa; así nos hicimos buenas amigas.

Escaparse de Karaganda era empresa difícil. Durante la recolección, por los campos donde estaban las gavillas de trigo era algo más fácil, pues los fugitivos podían caminar durante la noche y esconderse tras las gavillas durante el día, porque al amanecer toda la región estaba sembrada de soldados a caballo. Los fugitivos tenían que intentar alcanzar las montañas que lindaban con el campo. Durante mi estancia en Karaganda, cinco prisioneros lograron escapar; dos presos comunes y una mujer incluso consiguieron caballos para la huida. En cambio, una campesina ucraniana fue atrapada y condenada a dos años suplementarios de bloque disciplinario.

En el campo no teníamos domingos ni días libres. Únicamente durante las fiestas de mayo y las de noviembre, en que nos encerraban en los barracones porque no estábamos obligadas a trabajar, y también cuando la naturaleza tenía misericordia de nosotras y nos enviaba una tormenta de arena o una nevada copiosa. Una tormenta de arena es un espectáculo fantástico. En la estepa hay una planta espinosa que se llama *karagandik*. Es redonda y del grosor de un balón de fútbol. Para poder recoger el heno sin que los animales se pinchen los hocicos, envían columnas de prisioneros a la estepa a arrancar los *karagandik*. Una vez cortados son amontonados y utilizados como combustible.

Cuando llega la tormenta de arena, los *karagandik* secos reviven. Se les ve rodar lentamente por las estepas, como puercoespines que no acaban de decidir su destino. Después adquieren velocidad y escapan a centenares por la llanura, enredándose unos con otros y formando un vasto torbellino; al elevarse en el aire retumban con verdadero estruendo. El

cielo se vuelve de color de azufre, el horizonte se oscurece y caballos, bueyes y corderos pasan como una tromba en busca de abrigo. Al fin llegaba la arena, pero nosotros permanecíamos acurrucadas en el barracón, felices con aquel día de libertad que se nos ofrecía. Fuera rugía la tempestad y se desplegaba un muro de arena, grisáceo primero, después amarillo, luego claro y por último oscuro. Y así sin parar durante horas y horas.

—Viene de Mongolia —decían algunas voces experimentadas.

Cuando pienso en este triste período del sector de Leninskoie se me representa un portalón de madera levantado en medio de la estepa, a gran distancia de las cabañas. Ningún camino conduce a este porche, y no lo rodea barrera alguna ni a derecha ni a izquierda. Era simplemente una suntuosa puerta, entre las vigas de cuyo dintel se leía en grandes letras de madera: «Vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre».

## OTOÑO

Una noche a la vuelta del trabajo nos estaba esperando una carreta. Rápidamente tuvimos que reunir nuestras cosas, subirlas al carro y marchar de noche, cansadas, sucias y hambrientas como estábamos. Al cabo de una marcha de varias horas, durante la cual se desvanecieron algunas mujeres a las que hubo que cargar sobre la carreta de bueyes, nos dimos cuenta de que nos íbamos acercando a las montañas que se recortaban en el horizonte. Cuando al fin alcanzamos nuestra meta, entramos dando tumbos en una

cabaña de tierra y nos tiramos sobre la paja. Habíamos llegado a un nuevo sector que se llamaba El Marie.

El Marie estaba encajonado entre dos colinas, en las últimas estribaciones de las montañas que cerraban todo el fondo del valle, abierto sobre la inmensa estepa como una decoración teatral. El otoño había llegado. Un otoño siberiano, radiante y lleno de sol. En la falda de las montañas, los rosales salvajes eran de un rojo intenso y el cielo azul pálido se arqueaba ligeramente sobre aquel maravilloso valle.

Pero para las gentes del bloque disciplinario no había tiempo de contemplar la suave inclinación de las colinas, porque la brucelosis hacía estragos en El Marie; nuestra brigada —veinte mujeres— estaba allí para combatirla. El natschalnik nos hacía trabajar más cada vez. Era un exiliado libre, pero más bien parecía un antiguo detenido. Aquel bárbaro nunca estaba contento: o no habíamos cargado suficiente estiércol contaminado en los carros, o no habíamos cavado el ruedo —duro como una piedra— de los establos tan profundamente como quería. Tenía aspiraciones de un puesto mejor y quería demostrar su celo superando las previsiones. Nosotras cargábamos con la responsabilidad y éramos realmente sus esclavas. Porque el centinela y el brigadier seguían el ejemplo del natschalnik. Durante todo el día no se oía más que:

—*Davai!, davai!* ¡No se detengan!

El brigadier empujaba, el soldado centinela hostigaba y el natschalnik gritaba.

Inundadas de sudor, destrozadas de fatiga y completamente embrutecidas, volvíamos a la cabaña después de la caída del sol y ni siquiera encontrábamos un catre en donde echarnos. Dormíamos sobre la tierra removida, y el

que nadie tuviera fuerzas para lavarse era un síntoma especialmente grave en las políticas. Había más hambre que nunca. Nuestro deseo más ardiente era poder comer un pan entero aunque fuera lo último que hiciéramos.

Volví a trabajar con mis antiguas camaradas: Alexandra, la de la nariz respingona, que ya no tenía deseos de reír; Tamara, la joven poetisa, y Tania, la que sabía bonitas canciones populares. Una mañana, Tamara y yo amanecimos con una fiebre altísima. En aquel sector no había termómetro, y el natschalnik diagnosticaba a ojo si estábamos enfermas o hábiles para el trabajo. Como realmente abrasábamos, se decidió por lo primero.

Nos quedamos todo el día echadas en el suelo, verdaderamente satisfechas. Gracias a Dios que habíamos podido quedarnos a reposar. Tan cómodas estábamos que con gusto hubiéramos aceptado pagar el descanso con una brucelosis.

Tamara tenía veinte años; era de ojos oscuros y miembros finos. Era hija de un médico y, aunque había estudiado medicina por dar gusto a su padre, era una apasionada de la poesía. Los estudiantes de su universidad habían fundado un círculo literario donde se discutían las obras que los propios autores presentaban. Tamara leyó sus poemas, y entre ellos el «Himno a la libertad» que motivó su perdición. Fue detenida por la NKVD y acusada de «instigación al terror» porque ¿a qué dictador evocaba en su obra, sino a Stalin? Total, ocho años de campo de concentración en un bloque disciplinario.

Como le habían robado el abrigo en Leninskoie, no tenía con qué cubrirse por la noche. Estaba tan débil que hasta había dejado de luchar contra los piojos; su extrema delgadez se hacía más visible en los huesos de los hombros.

—Lo peor es que mi madre se ha quedado sola, porque también mi padre fue detenido, seis meses antes que yo —decía llorando.

Para nuestra desdicha, al cabo de tres días ya no teníamos fiebre. ¡A trabajar, pues! Buscaban un portador de agua.

—¿Quién sabe uncir los bueyes? —preguntó el natschalnik.

Me ofrecí y me dieron una cuerda con la orden de coger dos bueyes, sacar agua del pozo de la llanura, luego del pozo del valle lateral, y llevarla a los edificios en construcción. Terminada la campaña contra la brucelosis, las mujeres tenían que reparar los muros y los techos de los establos, y necesitaban agua para amasar la tierra.

Habría unos diez bueyes pastando en la estepa. Era la primera vez que me ponía en contacto con aquellos animales y no me acercaba a ellos con excesiva decisión. Me faltaban varios metros, cuando les vi levantarse y alejarse al trote. Sabían lo que les esperaba y, al parecer, detestaban el trabajo. Yo temía que el natschalnik se percatara de mi incompetencia y continué su persecución. Cuanto más corría yo, más corrían los bueyes, y las punzantes hierbas de la estepa me lastimaban las piernas. Entonces se me ocurrió la idea de echarme en la hierba. Poco después, los bueyes siguieron mi ejemplo. Arrastrándome con cautela me acerqué por detrás de un buey blanco y negro que estaba plácidamente echado y le tiré la soga sobre los cuernos. Tuvo que conformarse con su destino. Ahora se me planteaba un nuevo problema: coger el segundo buey sin dejar escapar el primero. Al tirar de la cuerda, mi prisionero siguió y ¡oh, milagro!, un buey oscuro se destacó del grupo y nos siguió mansamente. El berrendo se llamaba *Vasia* y el oscuro *Mischka*. Siempre los uncían al mismo yugo. Surgió

entonces la dificultad de ponerles el yugo. Había que meter las cabezas de *Vasia* y de *Mischka* entre dos barras de madera fijadas en V sobre la lanza. Cuando acerté a pasar una de las cabezas y fijé la clavija sobre el borde exterior de la barra, el otro buey había bajado la suya y estaba pastando tranquilamente. Afortunadamente el natschalnik no me vio aquel primer día. ¡Qué instrumento de tortura era aquel yugo! Cuando uno de los animales se echaba, arrastraba al mismo tiempo la cabeza del otro; ¡presentaban un aspecto tan lastimoso mis pobres bueyes! Cada uno intentaba imponer su comodidad. De tanto golpearse tenían el lomo lleno de costras y el hocico sangrante.

Mis mejores días en el campo de concentración los viví con *Vasia* y *Mischka*. A los gritos de *zobby!* o *zopp!*, que en el lenguaje de los bueyes quiere decir derecha o izquierda, subíamos lentamente la colina, porque el pozo de la llanura se había agotado. El segundo manantial se encontraba en un pequeño valle lateral, fuera de la vista del soldado de guardia que estaba encaramado en el techo de una cabaña. Paré en una curva del valle. Mis bueyes se echaron en el acto, *Mischka* primero y *Vasia* después. Estaba sola en el valle; por todas partes había rocas de un color gris verdoso, agarradas a las faldas de las colinas y esparcidas en un mar de escaramujo rojísimo. Trepé por las rocas y con la ansiedad de mi hambre llené un saco entero de escaramujos. Volví a bajar rápidamente y me enfrenté con la mayor dificultad: levantar de nuevo a mis dos amigos. ¡Lo malo es que tenía que ser forzosamente a golpes! ¡Con cuánto placer me hubiera tendido un cuarto de hora en la hierba, contemplando el suave cielo de otoño! Pero tenía que recuperar el tiempo perdido, porque el natschalnik vigilaba personalmente las obras de los establos y era preferible no pensar en lo que pasaría si llegara a faltar el agua. Íbamos



acercándonos al manantial, levantando a mi paso, con las voces, bandadas de pajarillos con reflejos verdes. Conducía mi carreta por el estrecho valle y la acercaba al borde del pozo. Después subía y bajaba los escalones con el cubo en la mano hasta llenar las cubetas del carro y volvía por el valle hasta la majada. Así el día entero: *zobby!*, *zopp!* desde la salida hasta la puesta del sol.

Por la noche liberaba a *Mischka* y *Vasia* de su yugo de tortura, les golpeaba tiernamente el cuello y los acariciaba entre los cuernos. Se volvían a la estepa felices de su liberación.

Una vez vino el lariok a El Marie, pero no llevaba más que arenques y macarrones. Optamos por los últimos porque resultaban más baratos, sin pensar en la dificultad de su preparación. ¿Dónde cocerlos? ¿En qué? ¿Y con qué? Las rusas no tenían ni idea, pero yo me acordé en aquel momento de haber leído en algún sitio que el estiércol de los corderos era un excelente combustible. Gracias a mi experiencia como *Wandervogel*<sup>[8]</sup> pude fabricar después del trabajo, entre el barracón y las letrinas —único sitio autorizado por el bilioso natschalnik—, una fogata en toda regla. Localizamos la dirección del viento y cavamos un surco para que las latas de conserva se sostuvieran derechas. Teníamos estiércol seco que ardía como yesca. Nos sentamos sobre los talones, soplamos el fuego y con nuestro trabajo olvidamos completamente la fatiga. Cuando los macarrones estuvieron a punto, nos instalamos cerca de los pestilentes retretes y los devoramos. Nunca me parecieron más ricos unos macarrones. Mientras reíamos e implorábamos «unos minutos más» al soldado que pretendía meternos en el barracón, una enorme luna amarillenta aparecía por detrás de las montañas.

—Grete —murmuró Tamara—. Aquí, en El Marie, se desarrollará una escena de la obra que escribiré cuando sea puesta en libertad...

Un día encontramos un camión esperando cuando fuimos llamadas al trabajo. Nos iban a trasladar al sector de los tejares, bastante alejado. Después del bello paisaje de El Marie, la estepa nos parecía más desolada que nunca, desierta, ennegrecida y abrasada. De una hondonada se extraía un barro gris claro que se moldeaba en forma de ladrillo. Éstos no se ponían a cocer sino a secar al sol.

Con la ayuda de una joven musulmana, yo me encargaba de dar vuelta a los ladrillos que estaban alineados en filas larguísimas. Al poco tiempo empezaron a sangrarnos las manos. Aquellos ladrillos eran dos veces más gruesos que cualquier otro y tenían los bordes cortantes como cuchillos. Por fortuna para nosotras, tanto el soldado como el brigadier tenían que vigilar un territorio extenso. Apenas volvían la espalda nos sentábamos sobre los ladrillos y perdíamos el tiempo con toda tranquilidad. La joven era una musulmana convencida. Llevaba colgado del cuello un medallón tallado en piedra roja, sobre el cual estaba grabada la media luna y la estrella. Llevaba los cabellos negros y brillantes peinados en dos trenzas apretadas que le colgaban sobre los hombros. Seguía al pie de la letra las prescripciones del Corán, lo que provocaba en las otras prisioneras risas y burlas. Nunca olvidaba llevar agua para lavarse cuando iba a las letrinas. Como no tenía pantalones largos, sin los cuales no puede exponerse a la vista del mundo una mahometana, resolvió su problema uniendo sus medias rotas a un pantaloncito de punto. Era un verdadero placer mirar aquel rostro tártaro tan bello, de almendrados ojos oscuros y boca siempre sonriente.

—Tú, que eres una mujer culta, seguramente podrás decirme si recuperaré la libertad algún día —preguntó una vez.

—¿Por qué estás en prisión? —No acertaba a contestarme —. Si quieres saber mi opinión, es necesario que me lo cuentes.

—Soy inocente. —Acto seguido añadió una fórmula religiosa que no entendí. Al fin habló—: Mi marido ha asesinado a un miembro del soviet de nuestro pueblo y han detenido a toda la familia. Dicen que yo he sido cómplice, pero la realidad es que no sabía nada. Nunca salía de mi casa y no vivía más que para mis hijos. —Y su mirada quedó pendiente de la mía—. Tú eres una *grammatni chehviek* (alguien que sabe leer y escribir), ¡ayúdame, dime qué puedo hacer para vivir con mis hijos!

Yo no podía aconsejarla. Me daba lástima, pero sólo pude tratar de consolarla.

—Seguramente revisarán tu proceso. ¿Tienes algún pariente fuera a quien mandar un mensaje?

—No, todos los de mi pueblo han sido detenidos. —De pronto vimos una gran nube de polvo en la estepa. La pequeña se alteró—: Son kazajos como yo, pastores.

A unos cien metros de nosotras se bajaron a tierra dos de ellos y encendieron un fuego para su comida. Aquellos pastores también eran prisioneros que circulaban todo el día por la estepa con los rebaños y recibían de una vez la ración de víveres de varios meses. Nadie ignoraba que estas gentes vivían bastante bien, porque de vez en cuando moría un cordero y podían comerse su carne.

—Ve a verlos. Como son kazajos, seguramente te darán algo de comer —le aconsejé.

—Pero ¿qué te has creído? Una musulmana no puede acercarse a los hombres con esa ligereza...

—Tú estás en un campo de concentración, no es lo mismo... —intenté convencerla.

Pero fue imposible persuadirla y volvimos a nuestro trabajo porque se acercaba el centinela. Mi joven musulmana no apartaba los ojos de los pastores, y cuando estuvimos de nuevo sin vigilancia se puso a cantar una extraña tonadilla que más bien parecía el sonido de una flauta de dos notas. Inmediatamente consiguió lo que tanto deseaba y que su religión prohibía. Los pastores levantaron los ojos y continuaron la misma melodía. Este curioso intercambio duró muy poco, porque uno de ellos se acercó hasta pocos pasos de nosotras e hizo una reverencia. De la conversación que siguió con la joven yo no entendí ni una palabra, pero después hizo una nueva reverencia y con un gesto de la mano nos invitó a compartir su sopa de mijo. Estaba preparada con grasa de cordero; ¡una verdadera maravilla! Solamente el temor a la llegada del soldado nos impidió disfrutar sin reservas.

## REGRESO A BURMA

En el tejar estuve poco tiempo, pues una noche oí gritar al natschalnik:

—¡Buber-Neumann, prepárese inmediatamente con sus cosas! Había llegado un camión a buscarme, solamente a mí. —¡Conducción individual quiere decir liberación! —gritaron todas y me abrazaron—. ¡Gretuschka, no nos olvides cuando estés en libertad!

—*Davai!, davai!* ¿A qué viene todo esto? ¡Suba enseguida!

Y diciendo adiós con las dos manos dejé la brigada de mujeres.

Yo no presentía en absoluto la libertad, y según se iba acercando el camión a Burma fueron haciéndose más claras las siluetas de una casa y vi las luces de petróleo del hospital. Mi único deseo era dormir en una cama sin chinches ni piojos, pero el camión se paró delante del bloque disciplinario donde me hicieron entrar casi en secreto. Me rompía la cabeza intentando comprender el porqué de todo aquello. Me dirigí al natschalnik.

—Esto no es cosa mía; espere a que la llamen.

El barracón de las mujeres estaba hasta los topes. Me senté encima del saco, en un rincón del cuarto donde había un porcentaje muy elevado de «presas comunes». Todas las caras me eran desconocidas. Una pequeña estufa irradiaba un calor intenso. Los habitantes de aquel cuarto mantenían sin duda buenas relaciones con los encargados del carbón. Sobre las tablas, frente a mí, una delincuente común yacía de tal forma que parecía la *prima donna* de una pequeña corte. Descansaba la cabeza sobre dos cojines bordados de un gusto deplorable. Uno representaba una niña hidrocéfala ofreciendo un ramo de flores y el otro los nombres y apellidos de la bordadora, entrelazados con guirnaldas de colores. Se llamaba Raisa y estaba atendida servilmente por otras compañeras. Patatas robadas hervían en el horno, y el cuarto estaba lleno de vapor mientras las mujeres chillaban a todo pulmón. De la puerta de al lado colgaba un saco viejo. Yo estaba asombrada de la naturalidad con que entraban y salían los «antisociales» y presos comunes. Las relaciones con los soldados de la guardia debían de ser inmejorables en aquel momento. Alguien hacía comentarios sobre el traslado

de unos presos comunes a otro sector disciplinario: todos eran cabecillas. El calor se hacía insoportable, las mujeres circulaban en ropa interior y se hacían toda clase de tatuajes. Sobre el pecho de una de ellas se veía una paloma en pleno vuelo, con una carta en el pico, y sobre cada omóplato una cabeza de hombre más grande que la mano. En la parte alta del muslo se leían las fechas en que se había acostado con Vasia y la promesa de no olvidarse jamás. En el antebrazo: «Madrecita, siempre pensaré en ti». Había otra que no se quitaba jamás el calzón corto, ni siquiera en la sala de baños, y todo el mundo suponía que debían de darle vergüenza los tatuajes que llevaría en el vientre. Allí no se pronunciaba una frase que no empezara con un juramento y terminara con otro. La primera noche serví de cebo en mi rincón al menos a cincuenta pulgas y por la mañana salí a trabajar tambaleándome como borracha. Di mi saco a guardar a una vieja «moza de servicio», política, para salvar mis últimos tesoros. Hasta en la entrada sin puerta ni ventana estaban las mujeres hacinadas como en un harén. Al cabo de algunos días supe que en la pieza del fondo, detrás del saco viejo, quedaba un sitio libre. Bien es verdad que las tablas estaban prácticamente inhabitables, como verdaderas montañas rusas, pero cuando menos no sería el suelo y quedaría algo liberada de las pulgas. Como en aquel antro no había luz, comprendí enseguida que el cuarto se utilizaba para la práctica del amor, fuera de día o de noche. Una gran parte de los presos comunes no salían a trabajar porque tenían un acuerdo tácito con el natschalnik del bloque, lo mismo que con el enfermero. Pero los antisociales iban a parar al calabozo a la tercera vez que faltaban. ¡Y no hablemos de las políticas!

Un día, al ver en el pecho de una presa común toda una serie de cicatrices, pregunté:

—¿Dónde cogiste eso? ¿Estuviste enferma?

—Nada de eso —contestó con un tono de orgullo—. Me lo hizo Kolia con una navaja de afeitar. ¡Por celos, claro! ¡Estaba tan enamorado de mí...!

Un día fui destinada a una columna que tenía que entresacar las patatas heladas. Nos encontrábamos en la cueva rebuscando en un montón helado y podrido, cuando una presa común debió de sentir deseos de descansar, o se hartó de trabajar o de mí, no sé. El caso es que me golpeó en la pierna. Al principio pensé que habría sido sin intención.

—Ten un poco de cuidado —me lamenté al recibir un segundo golpe—. ¿Estás loca?

Inmediatamente recibí un golpe en la cara. Lo devolví y comenzó la pelea. Las compañeras acudían de todas partes a separarnos:

—Grete, ¿te has vuelto loca? ¡Pegarte con una presa común!

Aquel día teníamos un brigadier político, que sabía con certeza que yo no había empezado la pelea. Cogió por el cuello a la «común» y la llenó de insultos. A ella le dio un ataque de nervios y se tiró al suelo.

—¡Sacad fuera a esa vaca histérica! ¡Ya se calmará! —gritó el brigadier; y la llevaron a lo alto de la escalera.

Yo me había quedado en la penumbra del pasadizo, asustada de lo que había hecho, cuando una mujer atravesó repentinamente la cueva corriendo hacia mí, y antes de que hubiera podido darme cuenta recibí un golpe en la nariz que me hizo ver las estrellas. Me revolví furiosa contra mi asaltante y conseguí alcanzarla con el puño. La segunda pelea estaba en marcha. Mi desconocida enemiga chillaba:

—¡Te mataré!, ¡te mataré!

Las políticas me retuvieron para impedir que siguiera la batalla.

—No sabes lo que has hecho. Es Tania, la mejor amiga de Shura y la mujer más peligrosa del campo. Si ella dice que te matará, no dudes que intentará hacerlo.

Ciertamente que no tenía ningún deseo de reír, pero aquello me pareció un poco exagerado. De todos modos, las «políticas» decidieron que yo no iría nunca sola a las letrinas por la noche. Cuando tenía que ir las avisaba, y alguna venía a acompañarme; pero aquello resultaba más incómodo cada vez, y pasados diez días me harté y volví a salir sola. Ya habían empezado las nieves y el sendero que conducía a las letrinas era muy estrecho. Aún me faltaban unos metros cuando reconocí a Tania en la mujer que me salió al paso. Empezaron a temblarme las piernas y quise huir, pero me quedé inmovilizada por el miedo, esperando un puñetazo o la cuchillada. Tania se paró:

—¿Tienes un cigarrillo?

Contesté que no. Entonces salió del camino, se me acercó y dijo:

—¿Quieres olvidarlo todo? Yo ya lo he hecho.

Así terminó aquel odio mortal.

Por aquella época se produjo un incidente de lo más extraño. No tuvimos ni idea de aquello hasta que trasladaron a Dolinki a la prisionera política Irina, violinista, y a una antisocial de dieciséis años. Al mismo tiempo arrestaron a otras dos antisociales. Transcurrieron varias semanas antes de que conociéramos los detalles de estos arrestos. Las dos antisociales, dos mujeres a las que apenas recuerdo, habían hecho octavillas de unos papeles viejos en las que se leía «¡Abajo Stalin!». Parece ser que la chica de dieciséis años las había denunciado, y en los primeros interrogatorios dijeron



que la violinista Irina les había incitado a hacerlo. Sin más, fueron llevadas las cuatro a la prisión de Dolinki. En el curso de los interrogatorios quedó perfectamente aclarada la ignorancia total de la violinista sobre el asunto. Irina y Nina, la delatora, fueron puestas en libertad y pasaron por Burma camino del campo central. Nina estaba embarazada de cinco meses. Como su papel de «chivata» era conocido por todo Karaganda, fue encerrada en un barracón de hombres. Allí fue tan terriblemente apaleada que abortó y hubo que trasladarla al hospital. En él pasó unos días y después volvió a Burma. Como los hombres del bloque disciplinario amenazaban con estrangularla, tuvieron que llevársela a los tres días. Cuando se llevaron a la pequeña, Tania comentó:

—Ésta no escapará a su destino.

Tuve noticias de Tasso. Trabajaba en las oficinas. Para poder verme y hablarme, se le ocurrió proponer un inventario de las ropas del bloque disciplinario y llevar ella misma el control de este trabajo. Salió del despacho del natschalnik con un pretexto y me hizo llamar. Nos veíamos por primera vez desde la Butirka. Me habló someramente de sus interrogatorios y de su condena, y añadió:

—Si quieres enviar una carta al exterior, escríbela deprisa, porque tengo una ocasión que no puede fallar.

Y me entregó papel y sobre. Corrí a escribir unas palabras a mi madre. ¡Qué fantásticas esperanzas se ponían en una carta como aquélla! Lo malo es que no llegó jamás a su destino.

Entré en una columna portadora de sacos. Había que llevar el grano desde la trilladora mecánica a un granero, subir por una tabla movediza hasta la cumbre del montón y vaciar el saco por encima del hombro. Los sacos pesaban hasta un quintal, y las mujeres gemían bajo los fardos. Había

un prisionero del campo «libre» sentado al lado del muro del granero y que se entretenía molestando a las mujeres que pasaban.

—Mejor harías ayudándolas que divirtiéndote a costa de ellas —le dije agriamente.

—¿Oís a la fascista alemana? Encuentra demasiado pesada su carga. Nuestras rusas son de otra madera. Aquí las mujeres se sienten orgullosas de hacer estos trabajos tan duros. Las hay que trabajan voluntariamente en las carreteras.

—No hay de qué vanagloriarse. Más valdría que los hombres cuidaran de las mujeres, que por ahora son las que traen los hijos al mundo —contesté.

Otras mujeres de la columna se pararon y me sorprendí al comprobar que la mayoría le dio la razón a aquel hombre.

—Sí, estamos orgullosas de lo que hacemos. Aquí la mujer desempeña un papel muy distinto que en los países capitalistas. Tenemos los mismos derechos que los hombres.

Callé y opté por alejarme.

Desde lejos vi a Kolia, un muchacho de dieciocho años a quien protegía Maslov, de la oficina del taller de reparaciones. Kolia había enfermado del corazón a resultas de una crisis de reumatismo articular, y de rechazo había caído en una especie de locura mística. Se arrodillaba por la noche junto al muro exterior del barracón y rezaba. Si Maslov no hubiera cuidado constantemente de él, habría muerto hace tiempo. En aquel momento cruzaba la calle del campo y al verme gritó:

—¿Sabes que hoy han liberado a dos prisioneros? ¡Nazarenko ha sido indultado y Krivono ha muerto!

Al ir al trabajo observamos que estaban levantando detrás de la «calle del campo», en medio de la estepa, una construcción nueva que crecía cada día y ya sobrepasaba a los demás edificios. Primero hablaron de una tahona, después de nuevas oficinas, pero yo la miraba con desconfianza porque me producía una impresión desagradable. Por fin supimos que eran los nuevos calabozos, la prisión moderna para la zona de Burma.

## EN EL HOSPITAL

Dsagnidse, el profesor georgiano que conocí en la época de Borís, llegó enfermo de un subsector. Conseguí dejar la columna de portadores de sacos y trabajar con Dsagnidse en la separación del grano de la cebada negra. Eso se hacía a fuerza de golpes de pala, aventando el polvo bajo el techo del granero. Era realmente asfixiante. Tenía que salir a la puerta a menudo, para respirar un poco. El brigadier rugió:

—*Davai!* ¡Vuelve a tu trabajo!

Dsagnidse pidió al brigadier, preso común, que me dejara fuera y le prometió tabaco a cambio. Al menos, con esto tuve un poco de tranquilidad. Al día siguiente, tuve que hacer acopio de mis fuerzas para sostenerme en pie. Al pasar lista me presenté como enferma. El médico me puso el termómetro, pero no marcaba más que treinta y siete y medio, y sólo a partir de los treinta y ocho grados podía quedarse uno en el barracón. Así fue, ¡al granero! Al menos allí encontraba a un ser que me compadecía y me protegía del brigadier y del soldado. Cuando volvimos al mediodía estaba ardiendo. Dsagnidse se hizo con un termómetro, no sé cómo, y resultó que tenía cuarenta grados de

temperatura: la prueba de mi enfermedad. Examinada, me hice conducir a la enfermería. Semiinconsciente y tiritando de frío, me dejé caer sobre las tablas. Cuando por la noche recobré la noción de las cosas me encontré a los pies de las tablas a Dsagnidse, preocupado por mi estado. Me desperté asustada.

—¡Por el amor del cielo, márchate enseguida! Si llegaran a verte aquí...

En aquel momento llegó un centinela que, felizmente, se limitó a echarlo, no sin llenarle antes de insultos.

Dsagnidse habló con algunos prisioneros políticos para que me pusieran en otro cuarto, separada de los presos comunes. Me trasladaron a una habitación de políticas, pero como realmente no había sitio, tuve que quedarme en el mismo suelo. Cuando me trajeron el saco pude comprobar que solo me habían dejado unos trapos. Estos y lo puesto eran toda mi riqueza.

Al día siguiente me examinó el médico. Dijo secamente:

—Quizá tenga brucelosis.

Al otro día opinó que podría ser paludismo, y al tercero, después de que yo escupiera sangre, diagnosticó que era de los pulmones. Al mediodía me cargaron en la carreta con el balde de sopa y me ataron fuertemente con una cuerda para que no me cayera. Todo recién llegado al hospital debía lavarse, pero como yo estaba desvanecida me dejaron tranquila. Al fin pude echarme en una cama, entre las sábanas tan ardientemente deseadas. Pero también aquí se alojaban innumerables piojos y chinches. Yo no me enteré hasta muchos días después, cuando volví en mí.

En mi delirio, las ruedas de la carreta se habían hundido de tal manera que no había manera de arrancar. Perdida toda esperanza, me dirigía a mi segundo yo que daba vueltas

alrededor del carro. «No servirá de nada», me decía. Yo protestaba y gritaba: «Hay que continuar. *Zobby/, zopp/*».

El médico del hospital, prisionero político, vino a visitar a sus nuevos enfermos. Le dijeron que yo era una niemka (alemana) y me habló en mi lengua.

—¿De dónde eres? Conozco muy bien Alemania. Cursé mis estudios en Leipzig.

No pasaba por delante de ningún enfermo sin decirle unas palabras, y se levantaba por la noche a examinar a los enfermos graves. Nunca olvidaré un detalle. Cuando ya estuve casi curada, pasaron a la cama vecina a una joven de veinticinco años en estado casi desesperado. Tenía pulmonía doble. Estaba cubierta de piojos que la hacían sufrir mucho cuando la fiebre subía. Se rascaba constantemente la cabeza, con las dos manos a la vez. Cuando el médico se enteró, ordenó a la enfermera que la librara a toda costa de los piojos.

—Bien, le cortaremos el pelo.

—No; eso haría segura su muerte. Lávale la cabeza y quítale los piojos con un peine.

¡Y eso ocurría en un campo de concentración!

He aquí algunos detalles más sobre este «hospital». Era más grande y elevado que los demás barracones. El médico jefe, prisionero, había conseguido, venciendo una gran resistencia, la reconstrucción del edificio durante la primavera. Los muros y los techos fueron cubiertos de un nuevo revestimiento y blanqueados. Esto era una auténtica hazaña, porque las paredes de las otras construcciones eran de ladrillo sin enlucir, y los techos, de tierra mezclada con leña, a falta de la madera necesaria para su armadura. Verdadero paraíso de las chinches. La obra del hospital levantó numerosas objeciones, incluso entre los detenidos.

El clima de Kazajstán no permitía tales embellecimientos, y la alegría no duró ni dos meses. Un día cayó una tormenta de una violencia excepcional. Como el agua se iba encharcando, caló el tejado de tierra y el revestimiento del techo cayó en grandes bloques sobre los enfermos. Hubo que transportar a toda prisa las camas fuera del barracón, para salvar a los enfermos del derrumbamiento del techo. Cuando yo estuve en el hospital, había varias salas reservadas para los aquejados de brucelosis. El aspecto de aquellos pobres seres era casi el mismo que los de las fotografías de los campos de concentración alemanes. Cuando después de quince días salí por primera vez al corredor apoyándome en las paredes, vi a un hombre en un estado de delgadez extrema que, sentado en un taburete, leía *Pravda*. Aquél era el primer periódico que veía en Burma y le pedí que me lo prestara. Me miró asombrado, probablemente a causa de mi acento alemán, y me preguntó:

—¿Eres la alemana del cuarto de al lado?

—Sí, ¿por qué?

—¿Puedes andar? Jamás hubiera creído que te repusieras.

Me contó que era médico y que me había visitado la semana anterior, en sustitución del otro. Estaba gravemente enfermo de brucelosis y hospitalizado desde hacía varios meses.

El hospital estaba superpoblado y hasta en los pasillos habían puesto camas, pero cada enfermo tenía la suya. Aparte de las sábanas, cada uno tenía derecho a una camisa y un pantalón, y a su lavado. Pero la verdad es que volvían llenos de piojos. Además de los enfermos de brucelosis, había un gran número de sifilíticos.

En Burma, las enfermedades venéreas estaban muy extendidas, a pesar de que los casos incurables eran

enviados a sectores reservados. En la puerta de la enfermería había un cartelito: «Lunes, inyecciones; martes, lavados...». El encabezamiento del letrero era el siguiente: «Cuadro de curas semanales para sifilíticos». Durante el descanso del mediodía los enfermos formaban colas interminables. Aunque estaba terminantemente prohibido, Tasso Salpeter vino a verme al hospital, sin darle la menor importancia. Me traía las últimas noticias del «campo libre». Grygori Ilyich, de la oficina del taller de reparaciones, se había roto una pierna el mismo día en que los detenidos del despacho habían recibido la orden de acudir en ayuda de un rebaño de corderos que estaba en trance de ahogarse. Sucedió que el ganado iba en busca de agua; en un hundimiento del terreno había un poco de agua estancada de la que los animales tenían costumbre de beber. Por un lado de la charca había mucho cieno, y los corderos que iban en cabeza eligieron aquel costado, contra su costumbre. El resto del rebaño los siguió y todos los corderos se hundieron en el cieno hasta el cuello. Rápidamente se llevaron allí equipos de rescate, que tuvieron que salvar a los animales a riesgo de su vida. Grygori Ilyich se rompió la pierna. ¡A cuántos años suplementarios de campo de concentración debieron de condenar a los desgraciados pastores, a cambio de los corderos que perecieron en la aventura!

Después Tasso me habló de la guerra en Europa.

—¿Qué piensas tú del pacto germanorruso? —le pregunté.

—¿No te das cuenta? Stalin queda a las espaldas de Hitler para que éste pueda liquidar a Francia, Bélgica y Holanda. Hitler no se hubiera atrevido a atacar en dos frentes a la vez.

—¿Y qué va a ser de nosotras? ¿Saldremos vivas de aquí?

Tasso sabía consolar a los prisioneros:

—A Nazarenko, que estaba condenado a quince años, le acaban de poner en libertad. También a nosotras puede llegarnos el turno. Bien es verdad que para entonces estaré calva y desdentada pero *nichevo* (¡qué importa!). ¡Con tal de ver otra vez Tiflis!

Me mostraba sus trenzas cada vez más escuálidas, y los hermosos dientes, ninguno de los cuales se mantenía fijo.

Al cabo de veinte días pude salir del hospital. Realmente le debo la vida al médico del campo de Burma, pues no solamente me salvó de la brucelosis, sino que me hizo una ficha para lo sucesivo, en la que me consideraba «Inhabilitada para trabajos penosos, a causa de la debilidad de su estado general». También me concedió un suplemento de alimentación y un permiso de «servicio interior» para quince días. Así, de vuelta al bloque disciplinario, conseguí un sitio en un cuarto donde reinaba una vieja tolstoyana, y donde me encontré a todos mis antiguos amigos de la brigada que habían vuelto mientras yo estaba hospitalizada. A pesar de lo superpoblado que estaba el bloque, habían logrado que los presos comunes y los antisociales salieran de la habitación. Cuando llegué me entregaron una nota de Dsagnidse: «Adiós, no te olvides de mí. Me trasladan hoy mismo a un sector de inválidos».

Durante los quince días de convalecencia conocí a la mujer de un profesor de idiomas de Leningrado. Se pasaba el día entero echada sobre las tablas. Era una criatura frágil de unos treinta años de edad, que tenía el corazón tan enfermo que se fatigaba al andar. No la hacían trabajar en absoluto. La pobre mujer hablaba siempre de su casa y de su hijita. Como un día le preguntara sobre su proceso, me suplicó aterrada que no abordáramos este tema. Luego me preguntó:

—¿Hablas inglés?



—Sí.

—Bien, entonces podemos charlar, pero ¡por favor!, en ruso no. Aquí hay que desconfiar hasta de las paredes.

Me contó que era hija de un ingeniero de Leningrado que había sido detenido en 1928, cuando el proceso de Chajti, y deportado por cinco años a Siberia, donde murió cuando había cumplido ya. Amaba a su padre por encima de todo y llevaba siempre consigo una pequeña fotografía arrugada. Ella no se había ocupado nunca de política; llevaba cinco años casada con un ingeniero que continuaba en libertad, mientras ella era acusada de espionaje. El haber dado clase de ruso a varios ingleses fue suficiente prueba para su detención.

Al cabo de quince días me enviaron a la columna de la «cueva de legumbres» y me convertí en la proveedora de mi cuarto del barracón. Aquélla era una vida fértil en emociones, casi tanto como en satisfacciones. La cueva ocultaba tesoros tales como patatas, zanahorias, remolachas, cebollas y frutas como nunca habíamos tenido en el bloque disciplinario. El problema era robarlas sin dejarse coger. Todas las prisioneras de la columna eran registradas al salir de la cueva y al entrar en el bloque disciplinario. Por ser política, sólo me cacheaban la espalda y los costados, mientras que a las «presas comunes» y las antisociales no les dejaban ni un resquicio por examinar. Yo me fabriqué una bolsa y me la enrollaba a la cintura. Durante el día iba llenándola como podía de patatas o zanahorias. Además me guardaba entre los senos alguna que otra cebolla, y emprendía el regreso sudando de miedo. ¡Pero valía realmente la pena! ¡Qué alegría la del barracón cuando vaciaba mi botín sobre las tablas! Naturalmente, una de las mujeres se quedaba en la puerta para evitar que las

prisioneras de otros cuartos se enteraran. La vieja ndevalnaia nos preparaba la sopa de patatas en varias latas de conserva. Se pasaba el día robando carbón para poder hacerla. Cada una recibía su parte y en algunas semanas se apreció claramente una pequeña mejoría en nuestro estado. Pero se interrumpió por un percance que sufrí. Volvía de robar agua para lavarme, cuando tropecé y me rompí el metatarso (no supe de la rotura hasta seis años después, ya en libertad, por una radiografía). En aquel momento solamente notaba que me era casi imposible andar y que la inflamación del pie pasaba del rojo al azul. Este incidente, que hubiera recibido con entusiasmo antes de mi trabajo en la «cueva de legumbres», causó verdadera desesperación en todo el cuarto. El enfermero me embadurnó el pie con tintura de yodo y me prescribió «servicio interior». Yo procuraba andar, a pesar de lo mucho que me dolía. Si ponía el pie torcido, podía caminar; así pues, a la mañana siguiente ocupé resueltamente mi puesto en la columna de la «cueva de legumbres». Lo malo era que no podía seguir el paso de los demás y tuve que sufrir los insultos del centinela; pero yo estaba bastante endurecida ya, y tenía deberes inexcusables que cumplir. También conté con la ayuda de dos compañeras que me cogieron del brazo y me llevaron hasta la cueva casi en volandas.

## INVIERNO SIBERIANO

Había llegado el invierno a Burma, la mejor época para las prisioneras. Se trabajaba también desde la salida hasta la puesta del sol, pero como el día era más breve, la jornada de trabajo resultaba más soportable. Además, cuando la

temperatura descendía a menos de treinta bajo cero, cuando había tempestad de nieve no salíamos. La carga más pesada del invierno, y la más temida en el bloque disciplinario, es la que se llama «recuperación de la nieve». Consiste en recoger nieve y tirarla sobre los campos, sobre todo en las huertas, para que al derretirse en primavera quede el suelo empapado. A la salida del sol, los prisioneros se abrían camino a través de los insoportables remolinos de nieve. La atmósfera estaba saturada de finos cristales relucientes, y si no se respirase con tanta dificultad, no se sentiría el frío, merced a la paz infinita que reina en la estepa. Sin embargo, la columna avanzaba penosamente por entre los montones de nieve.

En invierno había una gran masa de mujeres dispensadas del trabajo: las llamadas «descalzas» y las «no vestidas». Antisociales y presas comunes aprovechaban como podían aquella ocasión. Recuerdo que un día, al pasar lista, una antisocial muy atrevida, cuando recibió la orden de que se alineara para ir al trabajo se levantó la ropa, mostrándose desnuda hasta el vientre, y gimoteó:

—¿Puedo realmente ir a trabajar así?

Su gesto fue acogido por una hilaridad general y pudo quedarse en el barracón.

Las prisioneras, como estaban más descansadas, se volvían más sociables. A menudo cantábamos por las noches; en mi cuarto había una cantante de la ópera de Leningrado que rivalizaba en su arte con una contralto de Jarkov. Tengo que reconocer que yo oía a la soprano sin demasiado gusto, porque su potente voz atronaba en nuestro minúsculo reducto, pero éramos un buen auditorio y la pobre ¡estaba tan necesitada de éxitos! Ella y Tamara batían el récord de piojos en nuestro cuarto. Un día la vi en la sala

de baños y su cuerpo era una inmensa picadura de piojo infectada. Por la noche se sentaba cerca de la lámpara de petróleo para quitarse las liendres de las costuras de la camisa. Tenía una cara pálida, la nariz ligeramente respingona, los ojos oscuros y el cabello muy liso, peinado con raya en medio y anudado en la nuca en forma de moño.

También había una jovencita rubia, originaria de una pequeña ciudad rusa, que con su sencilla y bonita voz nos cantaba un lamento popular de estrofas interminables sobre el triste destino de un pescador. Aún tengo esta canción metida en los oídos. Teníamos por último una bailarina, mi amiga Tamara. Se procuraba siempre un pañuelo rojo y bailaba danzas cosacas con un ardor extraordinario.

Oí decir que era posible inscribirse para obtener audiencia del comandante del campo. Un grupo importante del bloque disciplinario fue conducido a las oficinas después del trabajo. La espera fue interminable porque nos hacía entrar de uno en uno. Desde el corredor se oían las risas de los soldados con los presos comunes y los antisociales. El comandante del campo, Serikov, y el natschalnik de la NKVD estaban sentados ante una mesa, rodeados de algunos subalternos de uniforme. Me presenté conforme a las reglas, buscaron mi expediente y Serikov, con su amable sonrisa de luna llena, me preguntó qué quería.

—Quisiera información. ¿Por qué estoy en el bloque disciplinario?

—No podemos darle ninguna información acerca de esto.

—¿Cuánto tiempo he de quedarme en él?

El natschalnik de la NKVD hojeó sus papeles un momento y me contestó con un gesto burlón:

—Hasta el final de su pena.

Total, tres años más de trabajos penosos y alimentación insuficiente. Aquel *Do konchaniye sroka!* sonó en mis oídos como una sentencia de muerte.

Se rumoreaba que había una «soplona» en el cuarto. Alexandra me dijo un día al oído:

—Tiene que ser Nina, antigua funcionaria del partido, o Raisa, de Jarvin, pero no hay que olvidar que en la última audiencia el natschalnik de la NKVD hizo unas preguntas muy sospechosas a Poniatovska.

Era insoportable vivir allí sabiendo que con seguridad una de tus compañeras, quizá la que duerme junto a ti, te está traicionando. ¿Qué podía contar de cada una de nosotras? Una noche, Nina, vestida con una combinación negra y rota que contrastaba con sus pálidos hombros y sus brazos de carnes flácidas, se puso a hablar con una voz habituada a hacerse oír:

—¡Aquí también tenemos el deber de vigilar! ¡Nuestra patria está en peligro...!

Me volví del otro lado.

—¿No te parece repugnante, Tamara?

—No; todo eso lo dice para que la «chivata» no se meta con ella. ¡A saber lo que pensará realmente!

Nina había sido condenada a quince años en campo de concentración. Al poco tiempo salimos de dudas. Se trataba de Raisa, la obrera del taller de Jarvin. Ella era la confidente de la NKVD. La llamaban a menudo durante el trabajo; además se inscribía para todas las audiencias.

Con el invierno llegaban también los paquetes. Durante los trabajos primaverales y de verano no estaban autorizados, porque querían forzar la productividad de los

prisioneros con vistas a la ración de seiscientos gramos de pan. Con los paquetes, el hambre no es tan fuerte.

El primer envío fue un acontecimiento. La profesora de Leningrado lo recibió de su marido. Las autoridades los sometían a un control extremadamente severo. Era muy reducido el número de prisioneros que recibía víveres de su familia. ¿Quién se arriesgaría a llevar a correos un paquete para un deportado si con ello se ponía en juego la propia libertad? La vieja ndevalnaia fue la segunda favorecida. Su nieta, de doce años de edad, había hecho el paquete con su nombre como remitente.

—¡Qué alegría me da mi querida nietecita!

Dentro del paquete encontró un papel en el que una mano infantil había escrito: «Querida *babuschka*: He roto el azúcar a pedacitos, como a ti te gusta. Siempre estoy pensando en ti...».

La anciana me contó su vida con la pequeña Nadia. ¡Cómo quería a aquella niña!

—Cuando la NKVD me sacó de casa, la pequeña corría tras de mí, llorando y gritando: «¡No se lleven a mi babuschka!». En su desesperación incluso quiso tirarse bajo el coche que se me llevaba. Aún pude ver cómo los policías la rechazaban violentamente.

Aquellos primeros paquetes desataban verdaderos torrentes de lágrimas. ¡No nos habían olvidado!

La pequeña Alexandra tenía un hambre terrible.

—¿Y si escribiera a mi marido? ¿Debo hacerlo, después de todo lo que ha pasado, y suplicarle que me envíe algo de comer? —Sostenía una terrible lucha interior—. No. Es un cobarde y tampoco lo haría. Pero se acordó de una antigua actriz, una amiga de Moscú. —Quizá no esté detenida, pero

me habrá olvidado... No le pediré más que un poco de azúcar.

La carta salió y aún tuve tiempo de ver, antes de mi salida para Burma, el primer paquete de Alexandra con varios kilos de azúcar.

El bloque disciplinario cambió de aspecto de un día para otro porque llegaron ciento cincuenta nuevas, todas ellas «presas comunes». Todos los corredores estaban llenos, y a pesar del frío se acostaban en la entrada del barracón. Cantaban, bebían vodka y recibían comida clandestinamente. Ni una de ellas iba a trabajar. En modo alguno podían ser nuevas en el campo. Después se dijo que las habían reunido allí para enviarlas a un sector disciplinario. Sabían canciones compuestas en la prisión de Siberia. Como su argot me era desconocido, me hizo falta bastante tiempo para comprender algo de lo que cantaban. Se trataba de una mezcla de sentimentalismo y de orgulloso cinismo:

—¡Oh, Moskva, Moskva, Moskva, ah, ah! ¡Cuántos tormentos nos has causado! ¡Ah, ah! ¡Hasta que no tengas la boca partida no serás un bandido! ¡Lástima! ¿Por qué nuestra madre nos traería al mundo? ¡Ah, ah!

Otro lamento, sobre el ritmo de un tren en marcha, cantaba una tentativa frustrada del robo de unas maletas en el ferrocarril de Pensa a Moscú, y otra tonada se burlaba del juez de instrucción y del procurador. Por supuesto, las autoridades del campo tampoco salían bien libradas.

Teníamos otro tolstoyano en el bloque disciplinario: un hombre de unos sesenta años al que yo había visto ya en el campo central, mendigando unas cucharadas de sopa con su lata de conservas. Su primer empleo en Burma fue el de guardián del calabozo. La prisión del campo estaba rodeada

de una alambrada y Alexei Mijailovich se sentaba en la puerta de entrada y tenía que impedir que se acercara nadie con comida para los ocupantes del calabozo. Alexei cumplía con su cargo a completa satisfacción de todos los prisioneros. Aceptaba todo lo que querían hacerles llegar y se lo remitía personalmente.

Estaba sentado en el suelo, con un bastón entre las rodillas, vestido sólo de harapos. Su cara no era más que una barba gigantesca entre la cual dos ojos azules miraban con una expresión de infinita bondad. Había oído decir que yo era alemana, y quiso hablarme.

—Margarete Guenrichovna, ¿quieres que hablemos de Borís? También era amigo mío.

—¿Adónde lo llevaron?

El anciano tenía un forúnculo abierto en la mejilla y el pus se le pegaba a los pelos de la barba. Toda la broza del interior de su vestido salía por innumerables rotos. Los pantalones se le habían subido al sentarse, y se le veían unas piernas descarnadas y llenas de cardenales.

—¿De qué ciudad de Alemania eres?

—De Potsdam.

—¿De Potsdam? Recuerdo muy bien esa ciudad... Sans Souci, la gran Fontaine.

—¿Has estado en Alemania? —le pregunté, sin ocultar mis dudas.

—Nadie lo creería, viéndome de estas trazas. —Me señaló los pies, que llevaba envueltos en trapos—. Pero cuando era estudiante, fui a París atravesando toda Alemania, y volví a Rusia por el Mediterráneo. ¡Qué buenos tiempos!

Me contó que su padre había sido terrateniente. Debíó haberle heredado pero no pudo. Fue discípulo del maestro



Lev Tolstói y se sentía por ello obligado a compartir lo suyo con los pobres. Se marchó a una aldea y trabajó allí en el campo. En el año 1930 tuvo problemas con la superioridad comunista, cuando obligó a los labradores a entrar en la economía colectivista. Se negó, igual que otros miles.

—Y me detuvieron porque había propagado las teorías de Tolstói entre los atormentados campesinos, porque me incorporé públicamente a los sentimientos humanitarios y porque critiqué los métodos que empleaban en la aldea.

Éste era su cuarto año de cautiverio. Pronto fue privado de su puesto como vigilante de la prisión, pues se enteraron de lo bien que cuidaba a los presos.

Cuando volví al sector de los tejares Alexei tenía otras ocupaciones: era el responsable del *kipkatok*. En una pequeña cabaña cerca del barracón de los hombres, habían instalado un *titán*, es decir, una caldera. El *kipkatok* es el agua caliente para el té, sin el cual un ruso, incluso en prisión, no puede concebir la existencia. En realidad no había té, pero todos los meses entregaban una ración de un sucedáneo hecho de pepinos y cáscaras de manzana. Cada prisionero recibía, dos veces al día, media lata de conservas de agua hirviendo. Ahora mi amigo ocupaba la cabaña, prendía el *titán* sin juramentos y distribuía equitativamente el agua caliente entre los desgraciados del bloque disciplinario.

Era un día con tormenta de nieve. Habían tendido una cuerda desde la cabaña del *kipkatok* hasta los barracones, para poderse agarrar a ella y no ser arrastrado por la violencia de la tormenta. Ya pasaba del mediodía, y aún no teníamos ni la sopa ni el pan, porque la carreta no podía moverse. El estribillo monótono del huracán rugía fuera, mientras nosotras permanecíamos echadas en las tablas y

escuchábamos con verdadero placer una de las historias de Tamara. Aquel día era un relato de Pushkin: *La tempestad de nieve*. Tamara era realmente una artista.

De vez en cuando una de nosotras iba hasta la puerta para ver si podíamos salir, pero la nieve se amontonaba del otro lado de la cabaña y había hecho desaparecer la plaza que había delante del barracón. No se podía ver a cinco metros de distancia y casi se hacía imposible respirar. Sin embargo, estábamos cantando la canción preferida de las prisioneras. Provenía de los *biesprisornis*, los niños huérfanos que cruzaron Rusia en masa después de la guerra, la revolución y el hambre. Entonábamos una de las estrofas con una emoción dolorosa: «Y si yo muero, si yo muero, enterradme en cualquier parte, nadie sabrá así en dónde está mi tumba». Supimos por una de las «nuevas» que en Karaganda existían campos especiales para los jóvenes, es decir, para aquellos *biesprisornis* recogidos en excelentes residencias de muchachos donde se les enseñaba un oficio. El resultado de su educación era presentado como una de las mejores pruebas de la competencia de los pedagogos soviéticos. Recuerdo una película que trataba de ello: *El camino de la vida*. Pero en realidad, para millares de aquellos jóvenes aquel camino terminaba en un campo de concentración.

La prisionera que venía de aquel sector de jóvenes nos contó que las condiciones de vida eran monstruosas. Era imposible ir desde las cocinas a su propio barracón con la lata de conservas llena de sopa y con la ración de pan, sin ser asaltada por algún ratero que desaparecía rápidamente tras haber robado la lata y el pan.

—Doy gracias al Creador por estar aún entre los vivos —dijo al terminar.

## UNA NUEVA ÉPOCA

Un día de diciembre de 1939 me llamaron después del trabajo. Un empleado de la administración del campo, que estaba en la habitación del natschalnik, me preguntó:

—¿Quiere usted trabajar en las oficinas de esta zona?

—Sí, pero ¿me sacarán entonces del bloque disciplinario? ¿Cómo podría trabajar en las oficinas sin dejar el bloque? —pregunté, simulando inocencia.

—Estará bajo vigilancia. No en la administración central sino en la contabilidad de ropas de campo. Mañana por la mañana la llevará un centinela.

Me pusieron en un rincón de una gran sala, ante una mesa. El centinela paseaba por la habitación y el pasillo. Otras cinco mujeres del «campo libre» trabajaban allí; entre ellas reconocí a Tasso, pero me prohibieron que le hablara. ¡Siempre había algo prohibido! Apenas el soldado volvió la espalda me preguntó:

—Gretuschka, ¿qué significa esto? ¿A qué vienen tantos favores? ¿Es que Serikov es amigo tuyo?

Tuve que ordenar las fichas de las prisioneras, que habían recibido un gorro, una chaqueta, un pantalón. ¡Qué bien se estaba en mi rincón! Tasso me trajo pan, azúcar y, en un vaso esmaltado —objeto raro y precioso—, un sucedáneo de té. El centinela no sabía si tenía que interceptar aquello o no, y optó por permitirle el paso. Una vez apareció Grete Sonntag en la puerta. El rictus de amargura de su semblante estaba más pronunciado que de costumbre. Tasso la vio y le hizo señas de que se volviera hacia mí. Al reconocirme, una mezcla de alegría, de miedo y de embarazo se reflejó en su cara. Tasso le susurró algo al oído y Grete me hizo una señal

con la mirada y salió del cuarto. Media hora más tarde volvía sonriente, con el katilok en la mano, cubierto con un papel. Por señas convinimos lo que había que hacer: empujé tan lejos como pude mi lata vacía que se guardaba debajo del banco; esperamos a que el soldado estuviera de espaldas y entonces Grete Sonntag dejó el katilok lleno y se llevó el vacío. Un delicioso olor a comida llenó la habitación. Las compañeras husmeaban el aroma y reían con aire de complicidad. No pude resistir más y levanté el papel. ¡Patatas salteadas! No podía comérmelo delante del soldado, así que tuve que esperar hasta la pausa del mediodía. Debajo de las patatas ¡hasta había pedacitos de carne!

¿He contado ya que Grete Sonntag, además de dirigir las cuadras de Burma, ayudaba también a sacrificar el ganado? Este arte lo aprendió en casa de su padre, que aunque fumista de profesión, en época de pocos encargos trabajaba como carnicero.

Los animales eran sacrificados en la estepa y Grete Sonntag cortaba la carne. Así siempre podía guardarse algo.

Aquella época de delicias en la oficina no duró más que quince días. Todos mis viejos amigos del «campo libre» vinieron a verme. Stefanie Brun, que tenía un puesto en la oficina de la administración central, me trajo machorka y algunos bombones del primer paquete que le envió su hija. Al encontrarnos de nuevo sufrimos un rudo golpe. Stefanie tenía la cara muy ajada y ojerosa. Me acarició y meneó la cabeza lentamente:

—¿Adónde fueron a parar tus mofletes? —me preguntó.

Todos mis antiguos colegas del taller de reparaciones tuvieron que ir alguna vez a mi oficina en busca de algo. Grygori Ilyich renqueaba apoyado en un palo, porque la pierna rota no había quedado bien curada.

—Pronto estaré maduro para el sector de inválidos —me confesó.

En cuanto a Klement Nikiforovich, que venía con él, estaba asombrado al ver mi cambio de situación:

—¡Verás como puedes volver a casa antes que nosotros!

Grete Sonntag venía todos los días con la comida, e incluso llegamos a cambiar algunas palabras. Charlábamos en voz baja detrás de los retretes del despacho:

—¿Crees que saldremos de aquí? Es difícil, ahora que Stalin ha hecho un pacto de amistad con Hitler. Nosotras, las comunistas, somos precisamente un obstáculo en su camino —argumentó Grete—. No hago más que pensar en mi madre. Seguramente habrá muerto...

Y los ojos se le llenaban de lágrimas.

Dieciséis años más tarde, en 1955, recibí desde Mannheim una carta de la hermana de Grete. Me comunicaba que había recibido su primera señal de vida, que la noticia había llegado desde Karaganda. Marché a Mannheim y vi el estremecedor documento. La carta llevaba un lema: «Sólo aquel que conoce la nostalgia sabe lo que yo sufro». Grete escribía que ahora vivía en la ciudad de Karaganda, en «destierro libre», y que no había perdido la esperanza de poder volver a la patria. Meses y meses esperaron los parientes, pero Grete no vino, y se recibían escasas noticias del lejano Kazajstán. Finalmente llegó una carta con la estampilla de correos de Berlín oriental. Contenía la lacónica comunicación de que «desgraciadamente, no podía indicar ninguna dirección». Bajo vigilancia, con la salud quebrantada y, como supe más tarde, casi totalmente sorda, Grete está en la Alemania soviética, tan lejos de su patria como cuando estaba en Kazajstán.

Un día me llamaron a la pequeña pieza que estaba reservada para el natschalnik.

—Tasso, ¿qué querrán esta vez? ¿Es a mí realmente a quien llaman?

Tasso me dio ánimos:

—Ve deprisa, tiene que ser algo importante. ¡Corre!

Me presenté:

—Número 174475, Margarete Guenrichovna Buber-Neumann, elemento socialmente peligroso, cinco años.

—Acaba de llegar un radiograma de Dolinki. Debe ser usted trasladada al campo central de Karaganda —dijo fríamente el natschalnik.

—Bien.

Giré sobre mis talones y regresé a la oficina con paso ligeramente vacilante. No sentía la menor alegría.

—Pero ¿por qué no ríes? ¡Vas a ser libre! —gritaban las prisioneras.

Tasso saltó sobre toda clase de consignas y me abrazó, a pesar del soldado y del bloque disciplinario:

—¡Gretuschka, es maravilloso! ¡A lo mejor ves pronto a Heinz!

—¿Tú crees? No puedo comprender nada; resulta raro no sentir la alegría natural en estos casos. Lo único que tengo es el mismo zumbido de oídos que el día que me juzgaron.

—¡Pero ahora ya no tienes por qué trabajar! Vete corriendo al bloque disciplinario y prepara tus cosas, porque a lo mejor te marchas esta misma noche.

El soldado hizo una débil tentativa para objetar algo, pero Tasso le dijo —más bien le ordenó— que fuera al natschalnik para hacerse confirmar la noticia. Volvió y concedió:

—Todo está en regla. —Luego puso el fusil en «prevengan», con la bayoneta calada, y me ordenó—: *Davai!*, ¡vamos!

Pero se equivocaba, porque antes queríamos despedirnos. Abrazos, intercambio de deseos y lágrimas. Mientras tanto habían ido a buscar a Grete Sonntag:

—Ya no nos volveremos a ver jamás... ¡Y tengo que quedarme sola aquí!

Me acompañó hasta el bloque disciplinario sin cesar de sollozar desesperadamente.

Cuando volvieron las políticas, se alegraron de la buena nueva, pero Poniatovska dijo:

—No hay que excluir la posibilidad de que Grete vaya a un campo de extranjeros, en cualquier parte de Siberia central, porque para eso también hay que pasar por el campo principal.

Muchas opinaron lo mismo. Después, todas las políticas hicieron una colecta de cosas y víveres como si fuera para una *naimuchtchiy*, una mujer que no posee nada. Un transporte por Siberia central que podía durar semanas llevaba consigo hambre y fatiga. Me regalaron un saco lleno de pan, otro más pequeño de pescados salados y ¡sesenta rublos! Aquello era una fortuna, sobre todo si se piensa en que un detenido del bloque disciplinario ganaba un máximo de cinco a seis rublos mensuales, siempre que terminara la tarea diaria.

Aquella noche, mi última noche sobre las tablas de Burma, la cantante de Jarkov se empeñó en echarme las cartas una vez más. Aquellas cartas fabricadas por ella misma me predijeron una gran felicidad. «Después de grandes sufrimientos, entrarás al fin en tu país, en tu casa natal. Aún te espera felicidad en la vida». Y mientras tenía mi mano en

la suya, y me miraba la palma con atención, un enorme piojo se paseaba por su pañuelo. Lo cogí y lo aplasté con mi experimentada uña.

Después me eché entre Tamara y Alexandra, pero no pude conciliar el sueño, por la cantidad de dudas que me asaltaban y la serie de suposiciones contradictorias que se me ocurrían. Al día siguiente me enteré de que también iba a ser trasladado del bloque disciplinario al campo central un oficial uzbeko. Le conocía, y la similitud de nuestro destino nos hizo intimar. Estaba condenado a quince años y había cumplido dos. El sol resplandecía sobre la nieve recién caída, y ya nos parecía que no teníamos nada en común con el bloque disciplinario de Burma. Varias veces, en aquel último día, Grete Sonntag pasó por delante de la alambrada con aire sombrío, haciéndome señas. Cuando se paró para gritarme un último adiós, los perros peludos que montaban guardia a los dos lados de las alambradas ladraban ferozmente, y Grete tuvo que salir corriendo para que el centinela no la viese.

Vinieron a buscarnos durante la noche. Todas las mujeres de mi cuarto me acompañaron hasta la garita del centinela y me colmaron de buenos augurios cuando ya estaba a punto de hundir los pies en la nieve. En el pasillo de las oficinas de la administración central, el oficial uzbeko y yo nos sentamos sobre nuestros sacos. En el mismo lugar había tres ancianos esperando a ser trasladados a un sector de inválidos. La espera fue interminable; eran ya cerca de las diez cuando se abrió la puerta y apareció Stefanie Brun por el pasillo:

—Grete, quería verte otra vez para despedirme —murmuró jadeante.

—Steffi, ¿cómo te has atrevido a salir del barracón después del toque de silencio? —Me emocioné y lloré al besar su



triste rostro—. ¡Vete, vete deprisa, antes de que te vean!

—No me olvides —sollozaba, mientras yo la empujaba hacia la puerta.

# ENTRE EL TERROR Y LA ESPERANZA

## DE VUELTA AL CAMPO CENTRAL

Hacia las once retumbaron nuestros nombres en el pasillo, y un soldado de cara sonriente y enrojecida por el frío nos acompañó. Era el mismo soldado que en Sarik había ido con su caballo a buscarnos pan y azúcar, y a quien todas las prisioneras apreciábamos.

Delante de la puerta nos esperaba un trineo tirado por dos caballos. Nos tendimos en él, mientras el centinela iba sentado detrás sobre los patines del trineo, y comenzó una loca carrera bajo las estrellas centelleantes. Era una noche de estrellas fugaces y cuando veíamos caer alguna, gritábamos desde el trineo: «*Domoi, domoi!* (a casa)». Era nuestro más ardiente deseo.

Teníamos que sostener por las manos a nuestro soldado para que no cayera, a causa del vaivén del galope. Llegamos a la estación de Sarik con los rostros cortados por el frío y las manos entumecidas. Lo primero que hicimos en la sala de espera fue pedir permiso al soldado para comprar pan y té. Nos lo dio sin dudar un instante. Poco tiempo pasó antes de que nos sentáramos en el suelo y saboreáramos té de verdad en vasos auténticos. El joven uzbeko empezó a hablarme de su país, de su mujer, con quien llevaba casado catorce años,

de sus dos hijos, y después me describió con todo detalle el viaje que haría cuando recobrara su libertad. En la penumbra de la sala de espera, con su piel olivácea y sus oscuros ojos almendrados, parecía el príncipe persa de los cuentos orientales. Se había anudado alrededor del cuello un pañuelo blanco que le sentaba admirablemente bien. Al dejar Burma había distribuido cuanto poseía entre sus camaradas, incluso sus *walinki*, sus botas altas de fieltro, que había cambiado por unos zapatos con los tacones torcidos. Nuestro tren para Karaganda no salía hasta el día siguiente. Extendí mi chaqueta de pieles sobre el pavimento de la sala de espera, usé el saco como almohada e invité al pobre uzbeko, que estaba helado, a dormir bajo mi manta. Nadie hubiera podido atreverse a pensar mal.

A la mañana siguiente estábamos casi helados y subimos al tren cayéndonos de sueño. Ya no volvimos a hablar. La alegre excitación de la víspera había desaparecido y nos convertimos de nuevo en prisioneros embrutecidos y hambrientos.

En el campo central de Karaganda nada había cambiado, continuaba el mismo espectáculo del día de mi llegada. Fui a parar, naturalmente, al barracón de las mujeres, repleto de centenares de «nuevas». Me abrumaron a preguntas como vieja reclusa y cuando corrió el rumor de que era una niemka, me indicaron enseguida la presencia de otra alemana y me llevaron hasta ella. Sobre las tablas, en el segundo piso, estaba echada una mujer pálida, con enormes ojeras negras. Al verme me saludó con alegría:

—Grete, ¿de dónde sales?

Yo no podía reconocerla. Era Klara Vater, esposa de un comunista alemán muy conocido que se llamaba Kreuzburg. Nos habíamos visto varias veces en Moscú, cuando ella era

una hermosa mujer, llena de salud y de vigor. Dos años de prisión preventiva la habían agotado. Klara Vater hacía varias semanas que esperaba su traslado a otra zona. Todos los prisioneros que fueron deportados con ella a Siberia habían sido enviados a otra parte, y a ella la llamaron especialmente para decirle que tenía que quedarse en el campo central. No encontraba explicación a este trato de excepción. Dos días después de mi llegada, una rusa que había cumplido ya tres años y medio de campo llegó al barracón. Era la mujer del compositor Fon, que por su matrimonio se había convertido en ciudadana alemana. Al pasar lista la señora Fon y Klara Vater figuraban aparte; era evidente que estaban destinadas a correr la misma suerte. Me admitieron cortésmente en su rincón y tratamos de prever juntas lo que iba a suceder. La señora Fon venía de un sector lejano cuyo nombre me era desconocido. También había empleado dos días para llegar al campo central. El campo de Karaganda debía de tener el doble de extensión que Dinamarca. Nos contó que su vida había mejorado un poco en los últimos tiempos porque trabajaba en las cocinas. Tendría unos cuarenta años, andaba encorvada de tan delgada que estaba, tenía los ojos apagados y la cara absolutamente inexpresiva. Repetía sin cesar:

—¿Por qué no me habrán dejado en la cocina? ¡Quién sabe adónde iré a parar ahora! ¡Es tan duro llegar a hacerse un sitio como «nueva»!

Cuando se concedía un poco de reposo a un prisionero, éste solía quedarse dormido inmediatamente. Pero que en nuestra situación, en la que cada minuto podía traernos algo nuevo, algo inesperado, mis dos compañeras se durmiesen al cabo de unos instantes de conversación, me pareció incomprensible. Me escurrí de las tablas y me fui a dar una vuelta por el campo, disfrutando de mi libertad de

movimientos, después del bloque disciplinario. El único cambio que noté fue un notable aumento de alambradas.

Al mediodía, la balanda, aquella lamentable sopa de soja, fue distribuida en la plaza del campo, a pesar de que estábamos a veinte grados bajo cero. Pero ¿cómo una sopa de soja puede interesar a quien tiene una provisión suficiente de pan y un saquito lleno de pescados salados? Las dos durmientes se habían despertado; nos procuramos un kipkatok, hicimos un poco de té y presionamos con nuestro pan negro los grasientos peces. La señora Fon me dijo al oído:

—Tengo un saco pequeño con mijo. Como trabajaba en las cocinas, las compañeras me lo dieron antes de mi marcha. ¡Si no hubiera perdido ese puesto!

Por la tarde nos llamaron a las tres —supuse que nuestros destinos irían unidos— para hacernos una fotografía y la ficha antropométrica. Primero de frente, con el número colgado del cuello, como los criminales, después de perfil y, por último, las huellas dactilares. No solamente del pulgar y el índice, sino también de las palmas de las manos. ¡Nunca es excesiva la minuciosidad! Estábamos furiosas, porque sin jabón era imposible quitar la tinta. Al menos no teníamos ya dudas: aquello significaba la salida de Karaganda, pues esas eran las llamadas «ceremonias de partida». Al fin llegó la confirmación definitiva. Fuimos llamadas por el natschalnik. Este tenía una hoja de papel delante; era un cuestionario impreso de antemano.

—¿Ha padecido alguna enfermedad en el campo de trabajo y reeducación de Karaganda? —fue la primera pregunta, después de la consabida retahíla del registro de los datos personales.

—No. Estoy en perfecto estado de salud.

—¿Qué trabajos ha desempeñado usted durante su cautiverio?

Enumeré toda la serie y él fue tomando nota.

—¿Tiene alguna queja que formular?

—No. Ya había aprendido esa respuesta, a raíz de mi reclamación al Tribunal Supremo. Con aquella experiencia tuve bastante.

—Firme aquí, por favor.

—¿Es que van a ponerme en libertad?

—No puedo darle ninguna información sobre ese asunto.

Firmé y esperé en el pasillo a que terminaran las otras dos. ¿Qué significaba todo esto? Si al menos supiera si las formalidades eran las mismas para un simple traslado a otro campo... En todo caso se trataba de medidas que concernían sólo a las alemanas. Quizá las reunieran en campos especiales, a partir del pacto de amistad. ¿Para qué?

Numerosos prisioneros esperaban en el pasillo, unos de pie, otros en cuclillas, todos ellos «nuevos», que creían aún en la eficacia de las reclamaciones y las quejas. Cerca de mí dos jóvenes estaban apoyados en la pared. No parecían *biesprisornis*. Tenía interés en saber qué hacían allí y se lo pregunté.

—¿Sois nuevos?

—Sí, señora.

—¿Qué venís a hacer aquí?

—Quisiéramos saber dónde está nuestro padre.

—¿Es que os cogieron por ser familia de un detenido?

—Sí —contestó uno de ellos.

—¿A cuántos años?

—A tres.

Hubiera querido saber más detalles, pero aquellos muchachos no eran habladores y estaban demasiado abatidos para tener ganas de charla. ¡Y sus razones tenían...!

La noticia de que las tres alemanas se marchaban había recorrido el barracón. Quizá se marcharan a Peresmotrenie, o incluso fueran a ser puestas en libertad. Las experimentadas —siempre hay algunas que lo saben todo, y hasta con detalles— decían que nunca dejaban en libertad desde el mismo campo, sino que había que pasar por Dolinki, sede de la administración de Karaganda. Sin embargo, a lo mejor con las extranjeras se empleaban otros procedimientos.

—¿Tuvisteis que firmar el juramento de no decir a nadie lo que habéis visto y oído en el campo? —nos preguntó otra prisionera.

—No, eso no estaba en el papel.

—Entonces es absolutamente seguro que no os van a soltar.

Una mujer se acercó y me rogó que saliera con ella fuera del barracón. Me contó que había sido detenida como esposa, que se había quedado algún tiempo en Akmolinsk y que ahora acababa de ser trasladada aquí con muchas otras más.

—Tengo que pedirte un gran favor. Mi hija se ha quedado sola en Moscú, ¿querrías llevarle una carta? O quizás echarla al correo en algún sitio. ¿Querrás hacerme ese favor? ¡Es tan importante que mi hija reciba noticias...!

—¿La tienes escrita ya?

—Entonces, ¿aceptas? Gracias, muchas gracias.

Enseguida me la trajo y yo me la guardé bajo el sostén.

Nos llamaron hacia las cinco de la tarde. Una empleada de la NKVD entró en el barracón; era la primera que veía en Karaganda. Era joven y bella, tenía unos veinte años de edad; había conservado su sonrisa infantil, y el uniforme le sentaba extrañamente bien.

—Preparen sus cosas —ordenó sin sombra alguna de severidad.

Rara vez habíamos bajado tan deprisa de nuestros catres como lo hicimos aquella noche. Nos siguieron miradas tristes, miradas de envidia... Atravesamos rápidamente la plaza del campo y delante de la sala de guardia nos ordenaron parar. ¡Iban a registrarnos! ¿Qué iba a hacer con la carta? Vacíe mi saco a toda prisa. ¡Quizá no nos registraran a fondo...! Dos soldados inspeccionaron nuestros harapos; cuando salieron, una joven nos ordenó desnudarnos. Con un gesto rápido saqué la carta, la dejé en el suelo y puse el pie encima. Afortunadamente no tuve que quitarme los zapatos; después conseguí poner de nuevo la carta en su sitio.

—*Davai, davai!*, si no el tren marchará sin vosotras.

## DESPEDIDA DE KARAGANDA

La gran puerta se abrió y salimos del campo de trabajo y de reeducación de Karaganda. Fuera nos esperaban dos personajes uniformados: nuestros guardianes durante el traslado. Nos condujeron a la estación de Karaganda, pero no a la de mercancías, sino a una verdadera sala de espera, no en una choza ni en un barracón de madera. En las paredes podían leerse los horarios de salida. ¡Qué sensación



de libertad! Me extrañó que la estación estuviera tan vacía, pues aparte de nosotros solamente había un hombre en la sala de espera. Colocamos nuestros paquetes en un rincón y dije a Klara Vater:

—Todo parece indicar que vamos a tomar un tren de verdad. Voy a preguntárselo a la vigilante.

Me acerqué a ella y se lo pregunté.

Me contestó tan espontáneamente, que llegué a pensar que había estado esperando mi pregunta:

—A Moscú, naturalmente. En el expreso de las seis.

Creí que iba a gritar de alegría. ¡En el expreso, a Moscú! ¡Y lo decía con esa tranquilidad! ¡Salir de Karaganda, de Siberia, de Asia! ¡Y volver a Europa! Aún era posible seguir viviendo. Olvidé toda prudencia y corrí hacia Klara Vater y la señora Fon:

—¡Vamos a Moscú!

El soldado de la NKVD se nos acercó.

—Recuerden que no pueden hablar con los pasajeros, ni tampoco contestar a las preguntas que ellos puedan hacerles.

Un tren entraba en la estación. Corrimos como verdaderos viajeros detrás de nuestros soldados, que buscaban nuestro vagón. Subimos. Teníamos reservados dos departamentos en un vagón de viajeros normal. En los otros departamentos había paisanos. Asignaron una cama a cada una de nosotras. Yo sentía deseos de reír, de cantar, ¡hasta de silbar! El tren estaba limpio y había calefacción. Cuando arrancó, y ya no cabía la menor duda de que marchaba hacia el oeste, la apática señora Fon esbozó una sonrisa.

Los guardias de la NKVD ocupaban el departamento contiguo, para disimular el hecho de que fueran vigilándonos. Los viajeros pasaban por el pasillo para ir al

lavabo y nos miraban con curiosidad. Bien es verdad que en la Unión Soviética no es raro ver gentes con sus trajes grises destrozados y arrastrando sus bultos, pero nuestro aspecto era más que extraño: enormes zapatones de goma, las piernas envueltas con los trapos más inverosímiles, el gorro guateado con orejeras y, sobre todo, las caras, que el campo marcaba con un sello inconfundible. Al cabo de algún tiempo, una mujer se paró delante de nuestro departamento y dijo amablemente:

—¿Cómo van vestidas así?

Las tres guardamos silencio. Volvió a repetir su pregunta, que tampoco tuvo contestación. Súbitamente se reflejó el miedo en la expresión de su rostro, porque acababa de comprender. Hizo un simple movimiento con la cabeza y nos dejó rápidamente. Las tres reímos de buena gana. En el curso del viaje volvió a repetirse varias veces la misma escena. En la mañana del segundo día entró en el departamento nuestra acompañante de la NKVD. El tren acababa de pararse en una estación importante y ella nos preguntó qué queríamos comer. Nos miramos asombradas.

—Tenemos aún pan y pescado —dije.

Un interés así por nuestras preferencias, su amabilidad, era algo tan olvidado como sorprendente, y las tres nos quedamos en silencio, casi aterrorizadas. Sin esperar respuesta, cerró la puerta del departamento y salió del vagón. Volvió al poco rato y nos entregó tres latas de kilo, una para cada una, de carne de cerdo y un pan blanco. Nos dijo:

—Creo que, por el momento, eso es suficiente.

¡Con qué calor se lo agradecemos! Recobramos la palabra al poco de haberse ido.

—¿Se habrán vuelto locos? ¡Una lata de kilo para cada una! ¿Qué pasará para que nos traten así? Pero ¿por qué romperse la cabeza? ¡Aprovechémonos mientras podamos!

La señora Fon pidió un abrelatas. No teníamos tenedor ni cuchillo, pero los dedos nos servían a la perfección. Aquella noche nos retorcimos las tres de dolores de estómago, porque en otra estación importante nos sirvieron una comida excelente. No pudimos resistir tanta comida: nuestros estómagos no estaban acostumbrados a tales excesos.

Cruzamos por una región montañosa y vimos árboles por primera vez en mucho tiempo. Los saludamos como a uno más de los milagros. Al fin nos habíamos librado de la estepa, abandonábamos Asia, dejábamos Siberia atrás... Luego vinieron montañas escarpadas con abetos cubiertos de nieve. El tren cruzaba los Urales.

Los dos soldados de la NKVD no nos dirigieron la palabra en todo el viaje. Sentados en su departamento, fumaban y jugaban al dominó.

La buena calefacción ejercía una influencia excitante sobre los piojos. Aquel reposo desacostumbrado nos hacía sentir aún más la necesidad de asearnos. Sentadas sobre las colchonetas, de espaldas a la puerta, un tanto avergonzadas, nos rascábamos con verdadero frenesí. Compadezco a los viajeros que utilizaran aquel departamento después de nosotras.

En cada estación buscaba el momento de deshacerme de la carta que llevaba en el sostén. Pero nuestra joven vigilante se había impuesto la obligación de no separarse de nosotras. Por otra parte, nuestro extraño aspecto llamaba tanto la atención de los viajeros, que era imposible echar la carta en un buzón sin ser visto. Al pararse el tren en Kazán, pedí a la

vigilante que me llevara al lavabo y conseguí cerrar la puerta —que normalmente debía quedar generosamente entreabierta— mientras ella permanecía absorta contemplando una compañía de teatro que subía en aquel momento al tren. Un obrero paseaba a lo largo del andén de mercancías, y al pasar cerca de mí le tiré la carta a los pies. Tuve tiempo de ver cómo la recogía y cerré la ventana. El corazón me latía desacompadadamente. Cuando volví al departamento, el obrero y la carta habían desaparecido.

El pasillo del tren iba lleno de viajeros amontonados; toda una pandilla ruidosa y alegre. Mirábamos a cada hombre «libre» con interés y curiosidad, como si fueran de otra especie. Pero los últimos que habían subido se distinguían de un modo chocante de los demás. Por su conversación nos enteramos de que eran actores que venían de hacer una gira por Extremo Oriente. De nuevo, como tantas otras veces durante el viaje, la misma escena: uno de los actores nos preguntó de dónde veníamos, adonde íbamos, y obtuvo un profundo silencio por toda contestación. Murmuró algo al oído de su vecina, acompañándolo de movimientos con la cabeza en dirección a nuestros dos departamentos. Su hallazgo debió de dar la vuelta al vagón, porque al poco rato desfilaron todos por delante de nuestra puerta.

Klara Vater me contó que había dejado una niña que aún no había cumplido los dos años, y que no tenía familia, pues también el padre había sido detenido con ella.

—¿Adónde la habrán podido llevar? ¿Vivirá aún? —se preguntaba.

Tuvo noticias de su marido en la prisión: en el curso de un interrogatorio de la NKVD le habían hundido las costillas para obligarle a declarar.

No se podía sacar a la señora Fon de su triste aturdimiento, sino por breves instantes.

—No esperéis nada bueno. La NKVD no nos dejaría escapar tan pronto.

Nos acercábamos a Moscú. Desde mucho antes de llegar estábamos preparadas para bajar, una y otra vez deshacíamos con el aliento el hielo de los cristales para poder ver a través de ellos. Dentro de pocos instantes se decidiría nuestra suerte.

Después pasamos por el andén, con el fardo en la mano y no en la espalda, de tanto como habíamos perdido los hábitos de prisioneras. Yo tenía tal alegría de vivir, que no sentía ni el peso de mi cuerpo.

Con las mejillas encendidas, nos sentamos en un banco de la sala de espera, entre un gran número de paisanos. Por un altavoz se oía una voz de bajo: «Gran país, tú, mi patria... Donde el hombre respira libertad».

La vigilante, que dirigía miradas de curiosidad hacia la sala de espera, nos confesó:

—Es la primera vez que vengo a Moscú. ¡Qué bonita es esta estación! Y hay tanta gente...

Se fijó en un vendedor de helados:

—¿Quieren un helado?

Volvió con cuatro. Cuando desaparecieron, nos preguntó:

—¿Quieren *pirochki*?

Eran buñuelos de carne, de arroz o de mermelada; naturalmente, aceptamos. Cuando no había transcurrido ni media hora, nos ofreció otro helado, pero esta vez lo rechazamos.

## VOLVEMOS A VER LA BUTIRKA

Aquella estación, como todas las de Moscú, estaba llena de gente. Personas mal trajeadas que abandonaban los pueblos, en los que no tenían medio de vida, y afluían a las ciudades. Al no encontrar habitación donde dormir, pasaban la noche como podían en las salas de espera. Mientras estuvimos sentadas en un banco pasamos inadvertidas, pero cuando los dos soldados de la NKVD volvieron y nos hicieron cruzar el vestíbulo para salir por la puerta principal, llamamos la atención de la gente, que se paraba extrañada a mirar nuestro grupo. Delante de la salida —un escalofrío recorrió mi cuerpo— el «cuervo negro» nos estaba esperando. ¡Hacernos eso después de aquel viaje en el que ya no nos sentíamos prisioneras y durante el cual esperábamos la libertad temblando de alegría!

El «cuervo negro» tomaba las curvas con violencia. No nos habían encerrado en los cajones sino que íbamos de pie en el pasillo, y nuestra acompañante se puso a vomitar. Incluso para su estómago siberiano habían sido demasiados helados.

Al bajar, miramos con inquietud a nuestro alrededor y reconocimos el patio de la prisión de Butirka. Habíamos vuelto al mismo lugar donde empezaron nuestras desgracias...

En enero de aquel año de 1940 había en Moscú un ejercicio de defensa pasiva. En los corredores y en las celdas de la Butirka habían instalado potentes bombillas azul oscuro que daban una tonalidad espectral; nuestros rostros tomaban el color del de los ahogados.

En la celda de entrada la iluminación era normal. Tuvimos que llenar los papeles de costumbre y al terminar nos

preguntó una vigilante:

—¿Son ustedes fumadoras?

—¿Cómo?

—¡Que si fuman cigarrillos!

Me rehíce inmediatamente:

—Sí, las tres fumamos.

En el encabezamiento de cada expediente escribió con tinta «fumadora». ¿Qué significaba aquello? ¿Desde cuándo la NKVD se interesaba por nuestros vicios? La empleada volvió y nos invitó a seguirla.

—¿No podríamos libramos de los piojos?

—¡Claro! Vengan, las llevaré al cuarto de baño.

Una pequeña pieza con un banco, una bañera, las paredes de ladrillo y en un rincón, bajo dos grifos, una cubeta de cinc era de lo que se componía el cuarto de baño individual. Sin «*davai*», sin «más deprisa, más deprisa», la vigilante nos entregó un jabón, una toalla, una botella de vinagre para matar los piojos de la cabeza y se llevó nuestra ropa llena de porquería. El agua caliente en abundancia hizo mis delicias, y pude descostrar la mugre siberiana que tenía mi cuerpo; la Butirka me parecía un paraíso. ¡Cuántas veces, en Burma, había deseado volver aquí! ¿Qué más podía querer? Mis anhelos se habían realizado. La puerta del cuarto de baño se abrió y depositaron sobre el banco una camisa de hombre, blanca como la nieve, y unos calzoncillos. ¡Ropa interior en la Butirka! Un milagro como éste sólo puede producirse en la Rusia soviética.

Serían cerca de las diez de la noche cuando volvimos a encontrarnos, las tres resplandecientes de limpieza con nuestros nuevos vestidos, con los paquetes aún calientes de la «desinfección». Volvieron a llevarnos por los familiares

corredores de la Butirka, siempre con el acompañamiento del ruidito de la llave y la hebilla del cinturón; y otra vez el viejo olor a moho y a tabaco. Salvamos numerosas puertas de comunicación y la vigilante nos abrió una celda en la misma galería de 1938. A la débil luz de las lámparas camufladas vimos —y nuestros ojos no podían creer lo que veían— que donde, en 1938, ciento diez mujeres estaban hacinadas sobre tablas, había veinticinco camas blancas y limpias, provistas de mantas y almohadas.

Una mujer saltó de una de las camas y vino hacia nosotras:

—¿De dónde venís? —nos preguntó, en un ruso pésimo.

—Directamente de Siberia.

—¿Es que sois alemanas?

—Sí.

—¡Todas las de esta celda lo somos!

Se acercó más para vernos la cara, porque con aquella luz azulada se veía muy mal.

—¿Cómo os llamáis?

Le dimos nuestros nombres. Entretanto, una parte de las mujeres se había despertado y gritaban todas a la vez confusamente. Saltaron de sus camas y pude abrazar a varias camaradas. Allí estaban Roberta Gropper, Hilde Löwen, Zenzl Mühsam, Carola Neher, Vali Adler, Betty Olberg, entre veintitrés mujeres que habían sido trasladadas desde cárceles, prisiones preventivas o campos de concentración. Nosotras éramos las primeras que llegábamos de un campo siberiano.

—¿Qué diablos pasará en la Butirka? Camas blancas, ropas, se puede hablar alto y saltar a medianoche en la celda



sin que funcione el «espía» ni se nos amenace con un castigo colectivo. ¿Para qué nos habrán reunido aquí?

Las preguntas se multiplicaban.

—No sabemos qué van a hacer con nosotras, pero esperad a mañana por la mañana y veréis la puesta en escena que la Butirka ha preparado en nuestro honor.

Zenzl Mühsam, la responsable de la celda, nos adjudicó una cama a cada una, pero hasta muy entrada la noche no conseguimos reposar, tan grande era nuestra excitación. Además teníamos que volver a acostumbrarnos a dormir en una cama con colchón, lo que no es tan fácil después de hacerlo dos años sobre tablas.

El siguiente día no comenzó a las tres de la mañana, sino hacia las seis.

—¡Prepárense para el aseo!

¡Eso era un despertar! Se acabaron los rugidos y los juramentos como respuesta. Dormíamos en una habitación muy clara, de paredes encaladas, podíamos hundir la cabeza en una almohada y estábamos libres de chinches. En todas las camas, las mujeres se estiraban y bostezaban, sin tener que recoger febrilmente sus cosas. Algunas se habían vuelto del otro lado y seguían durmiendo tranquilamente. Otras se habían levantado y presentaban una facha curiosa con los calzoncillos de hombre. Por todas partes nos daban los buenos días.

Señor, pero ¿es posible que la semana pasada estuviésemos aún en una cabaña sórdida de Siberia, firmemente convencidas de que no saldríamos con vida...?

Poco a poco, la mayoría de las mujeres se fueron levantando y charlaban sentadas en los bancos de cerca de la puerta. Algunas, enfermas o perezosas, seguían acostadas. La vigilante nos condujo al cuarto de aseo, donde estuvimos

perdiendo el tiempo más de una hora sin ser perseguidas ni empujadas. Luego llegó el desayuno, en cacerolas relucientes: pan negro y blanco, mantequilla, dos huevos y auténtico té chino.

—Vosotras estáis ya asombradas —dijo Zenzl Mühsam—, pero aún no hemos terminado. Al mediodía será lo mismo, igual que por la noche. ¡Esto no hay quien lo entienda!

Nos sentamos alrededor de la mesa como si fuéramos una familia.

Una de las mujeres sirvió el té.

—¿Qué querrán hacer con nosotras?

—Seguramente nos expulsarán del país.

—¿Después de haber estado en prisiones y campos de concentración, y conociendo los horrores del régimen de Stalin? Es imposible.

Pero todas las sombrías perspectivas que nos venían a la cabeza se esfumaban ante la alegría de haber abandonado Siberia y de haber escapado con vida. Estábamos persuadidas de que todo terminaría bien.

Nos pusimos a hacer gimnasia, corrimos alrededor de la mesa, jugamos y cantamos. No creo que ninguna celda de la Butirka haya podido albergar unas prisioneras más alegres. Todo estaba permitido. Jugábamos al ajedrez con un tablero reglamentario y figuras de madera. Algunas mujeres habían pedido a la vigilante los útiles necesarios para el repaso de la ropa. Al momento les habían entregado un costurero con agujas e hilos. Hablábamos alto, reíamos, cantábamos nuestras canciones favoritas y no oíamos los golpes iracundos de la llave contra la puerta de la celda. Nos erigimos a nosotras mismas en «prisioneras honorarias».

La actriz Carola Neher llevaba el uniforme de presidiaria que, por cierto, le sentaba divinamente. Al lado de nuestros harapos del campo casi podía decirse que iba elegante. Su traje se componía de una blusa de franela azul marino de vueltas rojas, una falda oscura, una chaqueta tres cuartos de tejido brillante guateada y un gorro de orejeras haciendo juego con la chaqueta. En la mayoría de los campos de la Unión Soviética cortaban el pelo al cero a las mujeres. El de Carola empezaba a perder su aire de cepillo. Todas le daban consejos para hacerlo crecer más deprisa: «El mejor estimulante es el agua de lluvia», «Debes peinarte siempre a contrapelo».

Carola nos contó que, una vez, para representar una función tuvo que teñirse el pelo de rubio con agua oxigenada. Nos indignó que hubiera tenido que estropearse una cabellera tan negra y ondulada.

—Cuando salga de aquí me dejaré el pelo tal y como lo llevo ahora.

Y los ojos oscuros de Carola sonreían de placer. Con qué facilidad nos venía a la boca la frase «¡cuando salga!». Ya nos veíamos en libertad, en el extranjero.

Todos los días teníamos el mismo menú: col asada con un trozo de carne, *gulasch* con puré de patatas y de postre *kissel* o compota de manzanas. Después de tan succulento almuerzo empezábamos a circular entre las camas y los dos temas de siempre presidían nuestra conversación: procedencia y futuro.

De todas nosotras, Carola Neher era la que llevaba más tiempo en prisión. Había sido detenida en el otoño de 1936, pero ¿cómo había ido a parar a la Rusia soviética? Era una actriz alemana muy famosa y trabajaba con Bert Brecht

antes de 1933. Enemiga del nacionalsocialismo, se vio obligada a emigrar aquel mismo año.

En Praga conoció a un ingeniero rumano-alemán y se casó con él. Su marido era comunista y quería entrar en Rusia para colaborar en la creación del mundo socialista. Salieron juntos para Moscú, y allí Carola trabajó en el cine y la radio.

Ella y Zenzl Mühsam eran de Múnich. Supieron que estaba en Praga un viejo amigo, Erich Wollenberg, que en aquel momento se había separado del Partido Comunista, volviéndose adversario activo del régimen estalinista. Ellas no estaban sometidas a la disciplina del partido, que prohíbe rigurosamente las visitas a los adversarios de Stalin, y fueron a ver a Erich Wollenberg, simplemente por ser un conocido de Múnich. En el curso de esta visita, Wollenberg dio a Carola las señas de un amigo suyo de Moscú, al que visitó a su llegada; éste fue el motivo del arresto. La acusación de la NKVD hizo de Carola Neher un correo trotskista de Wollenberg y la condenaron a diez años de reclusión. Estando en prisión preventiva en la Lubianka intentó suicidarse abriéndose las venas de la muñeca con un trozo de cinc. Lo que más la hacía sufrir era el estar separada de su hijo. Cuando la detuvieron, el niño acababa de cumplir un año y el padre ya había sido encarcelado.

Carola me enseñó una fotografía y una carta de la directora de la guardería donde estaba su hijo. A fuerza de gestiones pudo conseguir noticias en la prisión de Kazán. En la foto se veía un niño desnudo con los ojos oscuros como Carola oprimiendo un oso contra su corazón. Describía con detalle todas las cualidades del niño, que estaba bien dotado y prefería el teatro a cualquier otra cosa. No hubiera escrito

una carta más desbordante de cariño un familiar de la criatura.

En nuestra celda no se oían nunca quejas, salvo cuando se hablaba de los hijos.

—¿Cuándo nos los devolverán?

Hilde Löwen y Klara Vater, que habían dejado un pequeño de tres años cada una, no tenían ni idea de su paradero.

Solamente Zenzl Mühsam nos ponía en guardia constantemente. Como jefe de celda presidía las comidas.

—Por favor, ¡no comáis tanto! Nos están cebando para poder exponernos con el letrero de «prisioneras de la Unión Soviética». ¿Quién sabe cuáles pueden ser los proyectos de la NKVD? A mi no me parece imposible que los rusos nos entreguen a Hitler como simple moneda de cambio. Si esto llegara, yo me suicidaría. No me entregarán viva a los nazis.

El marido de Zenzl, Erich Mühsam, conocido escritor anarquista, había sido asesinado por los nazis en 1934, en el campo de concentración de Oranienburg. Le habían torturado hasta matarlo. Zenzl Mühsam dejó Alemania en 1934 para escribir cuanto sabía acerca de los asesinatos y los horrores de los campos de concentración alemanes. Se impuso el deber de contar en el extranjero toda la verdad sobre el nacionalsocialismo. En Praga se puso en contacto con el Socorro Rojo comunista, que la ayudó en sus publicaciones. La directora del Socorro Rojo Internacional (MOPR) en Moscú, Stassova, invitó a Zenzl Mühsam a ir a vivir y trabajar allí.

Zenzl era honrada, combativa y amante de la verdad; no la había deformado en modo alguno su filiación al Partido Comunista. En Moscú fue huésped de Stassova y vivió en el hotel Novaia Moskovskaia. No necesitó mucho para darse

cuenta con sorpresa de la formidable mentira de la vida rusa: reinaban la dictadura y la esclavitud donde se decía democracia y libertad, miseria y menosprecio de seres que según el eslogan estalinista «estaban cuidados como flores».

La detención de Zenzl Mühsam no tuvo lugar hasta después de una serie de críticas por su parte. No había aprendido a fingir o guardar su opinión, y todavía ignoraba en qué cueva de ladrones se había metido.

Ante el juez de instrucción fue acusada del mismo cargo que Carola Neher: correo trotskista de Wollenberg. Un buen día, después de varios meses de prisión preventiva, fue puesta en libertad y, si no me falla la memoria, la echaron a la calle en pijama. Habiendo llegado al extranjero la noticia de su prisión, tanto sus amigos como todos aquellos que compartían las ideas de Erich Mühsam habían protestado enérgicamente en la prensa. Esta debió de ser la causa de su liberación.

Zenzl volvió al hotel Novaia Moskovskaia con un solo pensamiento: abandonar aquel país. Escribió a su hermana, que residía en Estados Unidos, y desde allí le gestionaron un visado de entrada americano. Fue llamada a la embajada americana en Moscú, y cuando esperaba el visado ruso fue otra vez detenida por la NKVD. Después de una breve estancia en la Butirka, una «comisión especial» la condenó a ocho años de campo de trabajo y de reeducación. La deportaron a un campo de la Rusia europea, donde, en comparación con Karaganda, las condiciones de vida eran soportables. Las mujeres trabajaban principalmente en los talleres de costura.

Zenzl Mühsam tenía unos sesenta años. Llevaba el pelo recogido en trenzas que le rodeaban la cabeza; era alta, delgada y de movimientos muy ágiles. Jamás se quejaba de

su suerte. Su dignidad era admirable. Todas sus conversaciones estaban siempre salpicadas de comentarios como «entonces vivía feliz...», o «si Erich viviera aún...». Y nos contaba los sufrimientos de su marido en el campo de concentración de Oranienburg, las gestiones desesperadas que había hecho para salvarle, el día en que fue llevada ante su cadáver... También me encontré con una de mis viejas amigas de Alemania, la antigua diputada comunista Roberta Gropper. Fue llevada a aquella celda especial después de dos años de prisión preventiva. La culpaban de «pertenecer al grupo Neumann». Su piel tenía la palidez grisácea de las prisiones y unas ojeras profundas circundaban sus ojos. Se deshacía la cabeza preguntándose cuáles serían sus culpas. Un día me preguntó:

—Cuando salgamos de aquí, ¿contarás a los obreros extranjeros lo que has visto y vivido en la Unión Soviética?

Yo contesté que lo consideraba un deber, ya que habíamos sido durante demasiado tiempo —bien es verdad que sin saberlo— instrumentos de la GPU. Me replicó con voz temblorosa:

—¡Por el amor del cielo, no hagas eso! ¡No tienes derecho a quitar a los obreros sus ilusiones, la última esperanza que les queda!

La celda tenía su *enfant terrible*: Nina, la bailarina de ballet. Era rusa y casada con un ingeniero alemán. Como venía de una prisión, tenía el pelo erizado como un puercoespín y sus ojos azules eran tan pálidos que no parecían mirar a ningún sitio.

—No se levanta de la cama desde que llegó a la celda y de milagro va hasta los cuartos de aseo. Algunas veces engulle varias raciones de comida juntas, porque la mayor parte de las veces no conseguimos mantenerla despierta hasta las

horas de las comidas —contaban las mujeres—. ¿Qué habrán podido hacerle en la prisión?

Cuando yo llegué a la celda llevaba quince días en el mismo estado en que la encontré. Suponíamos que sufría trastornos cerebrales. Un día, se levantó de pronto y empezó a bailar descalza entre las camas, con una camisa de hombre y unos calzoncillos. Se ponía de puntas y ejecutaba toda clase de piruetas y saltos del ballet clásico ruso. Sin embargo, su rostro permanecía ausente como siempre. Mirábamos tan asombradas aquella transformación que nos pasó inadvertido un ojo que estuvo todo el tiempo pegado al «espía», pues únicamente cuando nuestra bailarina se tiró agotada a la cama oímos el ruido de la mirilla al cerrarse. Nina repitió aquel entretenimiento todos los días y pudimos comprobar que entre las vigilantes de la prisión había una ferviente admiradora de su talento. El día que Nina se quedaba en la cama por la mañana y le tocaba de servicio a esa vigilante, abría la ventanilla y nos preguntaba:

—¿Les ocurre algo? ¿Quieren que llame al médico?

Fueron las primeras y únicas palabras humanitarias que oí de un vigilante de la Butirka. Como tributo a esta admiración, Nina interpretó en calzoncillos la *Muerte del cisne*.

Cada cuatro días llamaban a tres mujeres con sus cosas. Desaparecían y no volvíamos a saber de ellas, a pesar de que todas prometían dar señales de vida.

Al poco tiempo llegaron otras dos «nuevas», de un campo de Siberia central. Eran de Berlín. Una se llamaba Fischmann y era judía; la otra había trabajado como mecanógrafa en el Komintern. Cuando las oí hablar y vi su comportamiento, me quedé estupefacta al comprobar cómo se puede uno desligar de su vida anterior en quince días.



Las berlinesas habían tenido que pasar jornadas enteras en trineo al abandonar el campo para tomar el ferrocarril siberiano. En su transporte iban dos alemanes: Hugo Eberlein y otro joven compañero. Hugo padecía graves crisis asmáticas y el muchacho estaba gravemente herido en una pierna. Supe más tarde que Eberlein debió de morir en prisión antes de la extradición. Estas berlinesas me hablaron también de su encuentro en Kotlas con Käthe Schulz, en ruta hacia el Extremo Oriente.

A pesar de las advertencias de Zenzl Mühsam, cada día estábamos más florecientes, gordas y optimistas. Recibíamos libros de la biblioteca. Teníamos derecho a ir a la cantina y podíamos quedarnos de paseo cerca de una hora..., lo que trajo consigo una verdadera adicción al aire puro hasta llegar a helarse las mejillas, puesto que en enero de 1940 se llegó en Moscú a una temperatura de cuarenta grados bajo cero. Las ventanas estaban cubiertas de escarcha, y de la *pfortuchka* —ventana pequeña abierta todo el invierno— colgaban por la mañana témpanos de hielo. Era indudable que las vigilantes de la prisión habían recibido instrucciones especiales sobre la forma en que habían de tratarnos. La palabras *davai* y *schtraf* (castigo) habían desaparecido de su vocabulario, al igual que *rukly nasad* y *glasa vnisu*.

Llevaría yo algo más de una semana en aquella celda cuando todas las mujeres enfermamos de disentería. Posiblemente habíamos comido demasiados alimentos grasos. Zenzl Mühsam pidió un medicamento a la vigilante, y ¿qué sucedió?: que un médico y dos enfermeras aparecieron en nuestra celda y reconocieron detenidamente a todas las enfermas. Recetaron una dieta, medicamentos y reposo en cama. En el transcurso del día volvieron varias veces a comprobar nuestro estado de salud. Acostadas en nuestras camas reíamos y nos burlábamos de tanta ficción.

En Siberia se podía sufrir disentería hasta la muerte sin que nadie se preocupara de uno. Si la temperatura no pasaba de los treinta y ocho grados había que ir al campo desde la salida a la puesta de sol. Ahora, en cambio, nos cuidaban solícitamente. ¿Qué súbito valor había adquirido nuestra existencia a los ojos de la NKVD?

## ¿QUÉ SERÁ DE NOSOTRAS?

Pasada la enfermedad, esperábamos pacientemente y sin ninguna inquietud nuestra próxima liberación de aquella celda encantada de la Butirka. Al cruzar un día los corredores para ir al cuarto de aseo, vimos delante de la puerta de otra celda cubos de cinc relucientes idénticos a los nuestros. Nos intrigó y supusimos que debía de haber otras prisioneras en régimen especial. Las prisioneras corrientes recibían una sopa de coles en viejas cacerolas abolladas.

—Cuando volvamos a la celda haremos ruido y gritaremos algo en alemán. Aunque la vigilante trate de castigarnos, ¿qué arriesgamos ya?

Atravesamos la galería pegando fuerte con los pies y tosiendo. La vigilante nos mandó callar, pero nadie contestó desde la celda de los cubos de cinc. Aquel enigma nos preocupó durante todo el día: si en nuestra habitación quedaban camas libres, ¿por qué habilitar otra celda? Por la noche intentamos de nuevo nuestro plan, y esta vez con éxito. Al otro lado de la pared, una voz gritó: «¡Carola!»; ya teníamos la certeza de que allí estaban las mujeres que días antes habían ido a buscar a nuestra celda. ¿De qué habrían podido enterarse en este tiempo, para que las hubieran tenido que separar de nosotras? Convinimos en que, pasara

lo que pasara, las próximas que se marcharan depositarían un mensaje en el cuarto de aseo. Elegimos un baldosín negro de un sitio bastante disimulado de la pared para utilizarlo como pizarra e intentamos escribir allí con jabón con bastante éxito. Al día siguiente llegó el turno de otras tres mujeres, entre ellas Carola Neher. Nos separamos con alegría.

—¡Hasta pronto! ¡Hasta la libertad!

Esperamos con impaciencia el día siguiente, pero nos encontramos el baldosín reluciente, negro, virgen.

—¡Es incomprensible! Carola no es tan cobarde como para no intentar enviarnos un mensaje. ¿Lo habrán visto y lo habrán borrado?

Para asegurarnos de que las tres mujeres estaban dentro de la celda en cuestión, tosimos bastante fuerte al pasar por la galería y nos contestó una voz que no era la de Carola.

Algunas de las mujeres de la celda no se reponían tan fácilmente. La más débil era Betty Olberg, que no pesaba ni treinta y cinco kilos. Vali Adler también seguía pálida y enferma; se apreciaba que había sido sometida a crueles interrogatorios. La NKVD la acusó de trotskista fundándose en el hecho de que sus padres se habían encontrado con Trotski en el extranjero y por ello había estado en relaciones con él.

La señora Fekete —húngara y la única no alemana— se había especializado en trabajos de maquillaje y belleza. Con incansable amabilidad hacía maravillas con nosotras. Poco a poco, las pequeñas vanidades olvidadas desde hacía tanto tiempo se despertaron, como la depilación de las cejas, el masaje facial y el ondulado del cabello. Había que prepararse para salir de allí. También había magníficas deportistas entre nosotras. Recuerdo un agudo comentario de Carola a la vista

de nuestras formas, que se iban redondeando por momentos: «Con un trasero abundante, una mujer no puede jamás causar una mala impresión...».

Diez días después de la marcha de Carola y de las otras dos mujeres llegó mi turno, junto con Betty Olberg y Klara Vater. Al despedirme, Zenzl Mühsam me dijo:

—Si realmente fueras al extranjero, da noticias mías enseguida a los De Witt; son farmacéuticos en Eindhoven, en Holanda.

Y partimos las tres, siempre acompañadas de la vigilante, cruzamos corredores, subimos algunas escaleras para pasar al otro lado de la prisión y nos encerraron por separado en un sobajnik. «Bien podían habernos evitado esto», pensé irritada. Minutos después se abrió la puerta de la celda y un soldado me condujo hasta una puerta donde me ordenó que dejara los paquetes en el suelo. En el cuarto había dos oficiales de la NKVD que me invitaron amablemente a tomar asiento.

—¿Qué tal está usted? ¿Se encuentra bien? ¿Se ha repuesto del todo? —me preguntó uno de ellos en tono paternal. Después hojeó un instante ciertos papeles que tenía esparcidos sobre la mesa—. ¿Tiene usted algún pariente en el extranjero?

Así pues, ¡no nos habíamos hecho falsas ilusiones!

—Sí, una hermana en París. Incluso tengo un visado francés...

Me interrumpió a mitad de la frase.

—¿Qué parientes tiene en Alemania?

—Se lo ruego, dígame lo que van a hacer conmigo, ¿adónde voy a ir? —le corté a mi vez.

—No puedo darle ninguna información sobre este punto. Bien pronto lo sabrá.

El soldado ya me estaba empujando hacia la puerta, devolviéndome al sobajnik. Él tuvo que recoger los paquetes, porque yo los había olvidado por completo.

¡Hatajo de canallas! ¿Qué significará esto? ¿Por qué no querrán decir nada? No habrían pasado ni diez minutos cuando volvimos a recorrer el mismo camino con la vigilante y entramos en la celda de los cubos de cinc relucientes. De las veinticinco camas solamente había una preparada y sobre ella vimos a Carola Neher llorando. La habían llevado hacía unos diez días aproximadamente ante los mismos oficiales que a nosotras tres, y le habían hecho las mismas preguntas; pero uno de ellos dijo:

—¿Quiere usted trabajar para nosotros? ¿Quiere desempeñar alguna actividad para la NKVD?

Carola no podía creer lo que oía. ¡Después de haber sido condenada a diez años de reclusión como «correo trotskista» y de haber cumplido tres, sería el colmo que aún tuviera que trabajar para la NKVD! ¿Convertirse ella en espía rusa? Su respuesta fue:

—No, ¡jamás! Pero ¿qué se han creído ustedes? ¡Acabo de salir de una prisión!

—Cálmese, por favor, ciudadana Neher. Es posible que le convenga pensarlo un poco.

La llevaron a otra sección de la Butirka y la encerraron sola en una celda donde habían apagado la calefacción. Sin comida ni colchón ni manta. Pero al cabo de tres días la instalaron como antes. Este régimen duró diez días, al término de los cuales fue llevada ante los dos oficiales de la NKVD, que volvieron a repetir las mismas preguntas. Carola no aceptó:

—No tengo las cualidades necesarias para desempeñar esa clase de trabajo.

Entonces la llevaron a la celda donde la encontramos. Nos sentamos alrededor de su cama y dejamos de pensar en la tan esperada libertad. ¿Cómo habíamos podido olvidar durante aquellas semanas que estábamos en manos de la NKVD? Volvíamos a sentir el terror de antes.

Yo estaba sentada al borde de su cama y Carola se lamentaba:

—Ahora todo está perdido. Como he rechazado su proposición, no me dejarán salir jamás de aquí.

Traté de consolarla:

—Escucha, Carola. Lo primero que tienes que pensar es que te han puesto en la misma celda que a nosotras, por lo tanto esto quiere decir que seguirás nuestra suerte. Si no, te hubieran dejado sola en otro sitio. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Después volvimos a repasar las preguntas que nos habían hecho.

—¿Por qué nos habrán preguntado si tenemos parientes en el extranjero, y después si los teníamos también en Alemania?

—¿Qué querrá decir esto?

Poco a poco, Carola fue serenándose. La vida en la prisión seguía y vino a interrumpir el triste curso de nuestros pensamientos. Nos entregaron sábanas y varias mantas para cada una. Al mediodía tuvimos el inevitable gulasch y por la noche macarrones con carne.

Me acordé de la promesa que habíamos hecho a nuestras compañeras de la otra celda.

—Hay que escribirles algo en el baldosín.

—Sí, pero ¿qué? Sabemos poco más o menos lo mismo que antes. Pero hay que decírselo, aunque las decepcionemos.

Todos nuestros esfuerzos se concentraron en nuestra primera «carta». Afilamos un pedazo de jabón y preparamos el texto exacto del mensaje.

En el cuarto de aseo, una se encargó de la puerta para estar al tanto de los pasos de la vigilante; otra recibió la consigna de no quitar ojo al «espía». Carola me sirvió de pantalla y yo escribí en el baldosín: «Conducidas ante comisión. Han preguntado parientes extranjeros y Alemania. A pregunta sobre nuestra suerte no hay respuesta. Encontrada Carola. Todo bien. Contestad». El ladrillo estaba totalmente cubierto.

En la primera ocasión que tuvimos, nos precipitamos sobre la pared apenas cerrada la puerta. ¡Teníamos respuesta! «Gracias mensaje. ¿No sabéis nada del porvenir? ¿Dónde estaba Carola? Besos». Limpiamos el ladrillo, contestamos como pudimos a las preguntas y, como no se nos ocurría nada importante, hicimos lo que en las cartas: escribimos toda clase de futilidades hasta llenar el baldosín. Nuestra correspondencia se cruzó durante cinco días consecutivos. Mientras tanto, habíamos nombrado a Carola jefe de celda. Una mañana se abrió la ventanilla de la puerta y apareció la cara del korpusnoi. Ordenó con tono malhumorado que se acercara la jefa de la celda. Carola corrió hacia la puerta.

—Su celda ha transmitido noticias por medio de las paredes del cuarto de aseo. Sufrirán un severo castigo.

—Pero señor korpusnoi, está en un error. ¡Cómo íbamos a hacer una cosa así!

—¡Cállese, estamos al corriente de todo! —gritó, y cerró la ventanilla de un golpe.

—¡Dios mío, ahora sí que estamos perdidas!

El castigo mínimo por una falta así era una temporada en el calabozo. Esperamos varios días, pero nada ocurrió, porque como estábamos sometidas a régimen especial, no pudieron actuar libremente.

Pero en aquellos días ocurrieron cosas asombrosas. Fueron a buscarnos a las cuatro y nos llevaron a *un* peluquero, en una habitación habilitada provisionalmente para este fin. Tenía hasta un espejo que colgaba de la pared. ¡Qué extraña sensación la de verse sentada ante un espejo y en manos de un peluquero! Carola y Betty Olberg, a las que habían rapado la cabeza, salieron con un peinado masculino bastante aceptable. A pesar de nuestro abatimiento, volvimos a sonreír. Pasándonos las manos por la nuca recién rasurada tratábamos de sacar conclusiones:

—Esto se va aclarando. Si no fuera para ponernos en libertad, ¿para qué nos peinarían? En todo caso, no es para mandarnos a Siberia.

Y de nuevo volvió la esperanza. La misma Carola no podía sustraerse y se ilusionó de nuevo. Volvimos a cantar, reanudamos las carreras alrededor de la mesa, porque las cuatro no llegábamos a calentar aquella gran celda, y por la tarde nos quedábamos bien tapadas en las camas, embebidas en nuestras partidas de ajedrez.

Y luego otra sorpresa. Nos llevaron por separado a una habitación repleta de vestidos, ropa interior, zapatos y abrigos de pieles para hombres y mujeres:

—¿Qué vestido necesita?

Y antes de poder contestar, un empleado cogió mis cosas y me dio zapatos, un abrigo de pieles, guantes... «Quieren hacer creer al mundo que llegamos así del campo de concentración de Siberia», pensé.



De vuelta a nuestra celda pasamos un rato riéndonos de los trajes, en su mayoría pasados de moda. Naturalmente, todo esto nos pareció una prueba más de que se acercaba el momento de nuestra liberación.

Yo no conocía a Carola más que de verla en escena. La vi representar el papel de Haitang en *El círculo de tiza*, de Alfred Klabund, y más tarde en *La ópera de cuatro cuartos*, pero como teníamos las camas cerca, no tardamos en intimar. Me parecía aún más guapa que antes. Hacía sus proyectos para el porvenir:

—Quizá trabaje otra vez con Bertolt Brecht...

Luego me habló de su pasado, de su primer matrimonio con el escritor Klabund cuando era jovencita y vivía en Múnich, y acababa de debutar en el teatro. Un día nos representó la Marión de *La muerte de Danton*.

## VIAJE A LO DESCONOCIDO

Habrían pasado unos doce días cuando nos llamaron:

—Klara Vater, Betty Olberg y Buber-Neumann, preparen sus cosas. Carola no estaba en la lista y nos quedamos de una pieza y con la cabeza baja, incapaces de pronunciar palabra. Carola dio unos pasos hacia la cama y se acostó lentamente.

—¿Estarán pronto listas? Es urgente —gritaba la vigilante, y tuvimos que reunir nuestras cosas como autómatas.

Cuando abracé a Carola estaba sollozando:

—Estoy perdida... —decía.

Aquéllas fueron las últimas palabras que oí de sus labios. Nunca más volví a verla. Cuando mucho tiempo después le

preguntaron a Bertolt Brecht por Carola Neher, contó que dirigía un teatro infantil en Leningrado y que le iba bien. Pero de los años que pasó en cautividad no dijo ni una palabra. Y dudo que contara la verdad sobre ella.

El pasillo donde estaban los despachos de los jueces de instrucción era un hervidero de soldados que iban y venían. Yo nunca había visto un espectáculo parecido en la Butirka. Nos dispensaron del paso por el sobajnik. Cuando me hicieron entrar en uno de los despachos, mis dos camaradas se quedaron fuera.

En aquella sala había cinco agentes de la NKVD sentados detrás de una gran mesa. Uno de ellos me dijo, tendiéndome un papel:

—¿Lee usted ruso?

Era un impreso con los espacios en blanco rellenos a máquina. «La pena de cinco años de campo de reeducación y de trabajo impuesta a Margarete Guenrichovna Buber-Neumann es conmutada por su expulsión inmediata del territorio de la Unión Soviética».

—¿Quiere firmar? —me apremió el soldado.

—¿Adónde me llevarán?

—No puedo informarla, no hay tiempo. Firme.

Ya habían hecho entrar a Klara Vater y le habían puesto un papel entre las manos. Como no sabía ruso, fueron a buscarme al pasillo.

—¡Traduzca!

El texto era exactamente igual al mío, palabra por palabra.

—¿Firma usted?

Desconcertada, con voz temblorosa, Klara Vater tan pronto se dirigía a mí como a los agentes de la NKVD.

—No, primero quiero tener a mi hijo. Devuélvanme a mi hijo y no dudaré en marcharme, pero no saldré sin él.

Traduje sus palabras, y el soldado levantó el puño indignado.

—Ahora no hay tiempo de ocuparse de todo eso. Ya le será enviado su hijo. ¡Firme!

—¡No, jamás!

Los soldados no sabían qué hacer.

—Redacte una petición —dijeron por fin.

—No sé ruso.

Nos llevaron a las dos a una celda y allí Klara Vater me dictó su demanda: «Yo, la firmante, K. V., estoy dispuesta a abandonar el territorio soviético en cuanto me haya sido devuelto mi hijo. Me lo quitaron cuando tenía dos años, el día de mi detención a tantos de tantos, en Samara».

Klara Vater se quedó en aquella celda. Con asombro infinito supe después de la guerra que Klara Vater regresó al Berlín oriental junto con Roberta Gropper, alias *Langer*, y que se hizo cargo de una función directiva. Se casó más tarde con el ministro de Seguridad del Estado, Emst Wollweberg, y desapareció a comienzos de 1958. No conozco los medios que empleó la NKVD para obligar a Klara Vater. Probablemente la forzaron, como condición para devolverle a su hijo. Sin embargo, continúa siendo para mí un enigma que un ser como ella, con los sufrimientos que llevaba sobre sí, continuara trabajando al servicio de los soviets.

Crucé rápidamente la *wogsal* con Betty Olberg y alcanzamos la gran puerta de la prisión. Allí estaba el «cuervo negro». Cuando subimos, encontramos ocupadas todas las celdas y oímos voces de hombre que hablaban en alemán.

—¿Quiénes sois? ¿Alemanas? —nos gritaban desde varios sitios a la vez.

—¿Están nuestras mujeres con vosotras?

Nos dieron varios nombres.

—No somos más que dos —contestamos.

El coche celular se paró. Estábamos delante de la estación de mercancías; nos llevaron primero a las mujeres a un vagón stolipiniano. Yo reconocí la estación. De allí salían los trenes en dirección oeste, hacia Polonia.

—¡Betty, nos trasladan a Alemania! ¡Desde esta estación no se puede salir para otro sitio!

El vagón ya estaba abarrotado de hombres. Al pasar trataba de distinguir las caras pegadas contra las rejas, pues no tenía más pensamiento que si Heinz iría con ellos. Llena de esperanza y de un pánico atroz, me pareció oír su voz.

Cuando llegamos al último departamento, se cerró la reja tras Betty Olberg y yo. Tardamos un poco en distinguir las voces de los hombres que hacían llegar hasta nosotras un chorro sin fin de nombres femeninos. Olvidándome de toda prudencia, grité a través de la reja:

—¿Ha oído alguien hablar de Heinz Neumann?

De las confusas respuestas, pues muchos pretendían saber algo, sólo saqué en limpio que nadie le había visto en la prisión preventiva, ni en cárcel alguna, ni en el campo de concentración.

La guardia, que se componía de varios soldados de la NKVD y de una mujer, se quedó completamente al margen de aquellas llamadas de un extremo al otro.

—¿Sabe alguien adónde nos llevan? ¿Realmente nos van a entregar a los alemanes?

Me respondieron con gritos de indignación:

—¡Vamos a Minsk, allí enlazaremos con algún tren que nos llevará hacia el norte, y luego nos harán retroceder por la frontera lituana! —Pero ¿por qué no pasamos por Leningrado? Sería más sencillo. Betty Olberg estaba echada en su sitio. En las semanas que precedieron a nuestra extradición apenas se había recuperado y se encontraba sin fuerzas. Su cara estaba gris y demacrada, le había crecido algo el cabello en la Butirka, pero se le enderezaba en forma de cresta. Su marido había sido fusilado en 1936 después del primer y gran proceso de Moscú, y a ella la condenaron a reclusión. Trató de suicidarse cuando estaba en la prisión, precipitándose por el hueco de la escalera. Betty era judía y había trabajado hasta 1933 como maestra en un jardín de infancia.

Maniobraron con el vagón de prisioneros y salimos de la estación. Nuestros departamentos no tenían ventana, pero por la reja del pasillo se podía ver algo del exterior. Debían de haber enganchado nuestro vagón a algún expreso, porque parábamos muy rara vez. El ruido del tren hacía imposibles las conversaciones de un departamento a otro, y pedimos a la vigilante que nos condujera al lavabo.

Había cuatro departamentos, y siete hombres en cada uno. Vi entonces una cara conocida, la del antiguo redactor del periódico comunista *Ruhr-Echo*, el emigrante judío Bloch, de Hungría, que solía firmar sus artículos con el nombre de Heinrich. Pareció no reconocerme. Otros, en cambio, que me eran completamente extraños, se presentaban como personas de confianza. Sólo pude estar unos minutos en las rejas, y todos opinaban lo mismo:

—Nos harán atravesar la frontera lituana.

Durante todo el viaje fuimos tan bien atendidos como en la Butirka; nos daban pan, mantequilla, queso, conservas, té

y un paquete de cigarrillos diario. Los soldados eran amables, pero totalmente sordos a las preguntas que les hacíamos respecto a nuestro destino. Los hombres entonaron con entusiasmo la canción de Solovki, cuya letra era de un joven actor alemán que se llamaba Drach y que se encontraba entre nosotros. Los antiguos miembros del Schutzbund<sup>[9]</sup> austríaco, que serían tres o cuatro, cantaron: «¡Ohé, camaradas de las montañas...! ¡Nada podrá vencernos...!».

Betty y yo hicimos las fichas del ajedrez con miga de pan negro y blanco. Nos sentábamos a jugar en los camastros de abajo y escuchábamos, verdaderamente satisfechas, el ruido y las canciones que nos llegaban desde los departamentos de los hombres; uno de ellos bromeaba por el pasillo con mucha gracia.

Ignoro si habían soltado nuestro vagón, o era todo el tren lo que se había detenido tanto tiempo. De lo que no cabía duda era de que estábamos en la mañana del tercer día, 7 u 8 de febrero de 1940, Los hombres gritaban:

—¡Hemos dejado atrás Minsk y continuamos en dirección a Polonia!

Ya no volvieron a cantar, y las llamadas alegres terminaron. Cuando el soldado de la NKVD abrió la reja para traernos la comida, nos negamos a aceptarla.

—Puede llevárselo, no queremos comer más.

—Pero ¿por qué? ¡Coman, les quedan muchos días para pasar hambre!

Estábamos aterrorizadas. Entonces me di cuenta de hasta qué punto y contra toda lógica me había asido a la esperanza de ser enviada al extranjero a través de la frontera de Lituania...

# ENTREGADAS

## EL PUENTE DE BREST-LITOVSK

Después de mucho tiempo oímos otra vez:

—¡Preparen sus cosas!

Las rejas se abrieron y nos sacaron del tren, saltamos los enormes escalones y nos encontramos sobre la vía, tiritando a causa del viento helado. A lo lejos vimos una estación en cuyo letrero se leía: Brest-Litovsk.

Éramos veintiocho hombres y dos mujeres. No recuerdo haber visto un solo rostro ni en la estación de Brest-Litovsk ni en el bosque próximo, adonde las mujeres fuimos llevadas en camión, junto con un viejo profesor y un herido, en espera de la columna. Todos nuestros semblantes estaban igualmente hoscos y paralizados por el miedo.

Contemplamos aquel puente de ferrocarril que marcaba el límite entre la parte de Polonia ocupada por los alemanes y la zona ocupada por los rusos. Un soldado cruzaba lentamente el puente, avanzando hacia nosotros; cuando estuvo cerca reconocí la gorra de las SS. El oficial de la NKVD y el de las SS se saludaron militarmente. El primero, que le sacaba casi toda la cabeza, extrajo una lista de la cartera de piel clara. Su rostro parecía una máscara, y no hay exageración en mis palabras. Yo no podía oír los nombres que iba leyendo, pero de pronto escuché el mío. Tres

hombres se separaron de nuestro grupo y hablaron con evidente emoción al oficial de la NKVD. Alguien murmuró:

—¡Se niegan a pasar el puente!

Se trataba del emigrante de Hungría, un profesor judío-alemán llamado König y un joven obrero de Dresde que parece ser había tomado parte en un encuentro armado contra los nacionalsocialistas, en 1933. En el curso de estos acontecimientos un nazi perdió la vida. El joven consiguió huir de Alemania refugiándose en Rusia. En el proceso seguido contra los comunistas detenidos a raíz de estos hechos, cayeron todas las culpas sobre las espaldas del ausente. Estaba condenado a muerte en rebeldía.

Entonces vi que les estaban empujando hacia el puente. El agente de las SS prestaba especial atención al emigrado húngaro, que llevaba una maleta.

—¡Este cerdo judío cree que podrá introducir propaganda comunista en Alemania! ¡Aguarda un poco, que ya te ajustarán las cuentas! Más deprisa, más deprisa; y sobre todo, nada de quejarse.

Al otro lado del puente de Brest-Litovsk se divisaba una cabaña de madera. Betty se tambaleaba de debilidad, de frío y de emoción. Alguien propuso:

—¡Llevala a la cabaña!

Y nos dejaron entrar a las dos. Nos abrió la puerta uno de las SS, acompañado de su perro policía. Por primera vez vi bien de cerca una gorra de las SS, con la calavera y las dos tibias cruzadas, y a uno de sus esbirros.

—¡Siéntense! —nos ordenó; dirigiéndose a mí, preguntó—: Las unidades rusas que han visto al otro lado del puente, ¿eran tropas selectas?

—No he visto un solo soldado —contesté.



Nos llevaron en un tren de mercancías hacia Bialas pod Laska, pequeña ciudad de provincias. En la estación, dentro de un barracón de madera, había instalada una cocina de campaña. En ella vivimos nuestras primeras horas bajo la guardia de las SS. Un amable cocinero, militar alemán, encendía el horno para prepararnos una sopa Maggi. Le ayudamos, felices por aquel entretenimiento. Bajo aquellas tablas de madera comenzaron las primeras conversaciones. Uno de los hombres me preguntó, en el más puro acento de Berlín, a media voz naturalmente, con el fin de no ser oído:

—Dime, ¿no eres tú Trude Thüring?

—No, te equivocas. Soy su hermana.

—Pero en 1925 tú estabas en una reunión del Socorro Rojo Internacional en Berlín, ¿no?

Así era. Aquel hombre, que se llamaba Willi Beier, había sido miembro del Partido Comunista alemán. También me encontré con un vienés, Thomas Migsch, que había trabajado muchos años en las oficinas de Europa occidental y había publicado varios artículos sobre Austria en la *Internationaler Presse-Korrespondenz* (Correspondencia de prensa internacional).

Nos ordenaron formar de a cinco. Dos hombres sujetaron a Betty Olberg por debajo de los brazos. Atravesamos la primorosa y pequeña ciudad de Bialas, donde aún se podían apreciar los impactos de bala en algunas casas, huellas indelebles de las luchas sostenidas por las calles. Los de las SS se detuvieron ante una estrecha puerta; uno tiró del cordón de la campanilla y después de aquel agradable tintineo fuimos introducidas en la prisión de Bialas. Era una construcción de estilo barroco erigida tiempo atrás. Un hombre vestido de paisano, sin duda director de la prisión, preguntó:

—Y ¿qué hacemos con las dos mujeres? No se las puede poner con las condenadas por «delitos comunes». Lo mejor sería que estuvieran en la misma celda que los hombres del mismo transporte.

Así pues, habilitaron un gran local para todos. Y con verdaderas ventanas, pero donde hacía un frío tan intenso que hasta había trozos de hielo pegados a las paredes. En esta extraña prisión, los reclusos carecían de alimentación y calor. Aquel que tenía dinero podía comprarse víveres y algo con qué calentarse, pero el que no disponía de medios para ello debía soportar el hambre y el frío. Numerosos prisioneros tenían parientes fuera que les llevaban comida a la puerta de la cárcel. Afortunadamente poseíamos una moneda mágica: cigarrillos. Al cabo de una hora, la bonita estufa de azulejos que había en nuestra celda irradiaba un calor muy aceptable. La madera nos la traía un muchacho encargado de los recados.

Junto a uno de los muros habían levantado un enorme catre que podía albergar a unas quince personas; el resto dormía en el suelo, sobre paja. Betty, como era lógico, tuvo el sitio más caliente cerca de la estufa, pues todos se desvivían por cuidarla; yo me eché a su lado. Pero se planteó un problema: ¿cuál de los hombres dormiría junto a las mujeres? Un sajón dio la solución:

—Aquel cuya impotencia sea más segura.

Entre risas y chanzas fue designado Karl, un viejo obrero muy cortés que supo encajar la broma.

Nuestra celda gozaba de un privilegio especial: la puerta quedaba abierta. El director de la prisión no deseaba obligarnos a compartir nuestra intimidad con los hombres. Por esta razón podíamos pasear a nuestro antojo por los

pasillos que, naturalmente, tenían la puerta que daba a la escalera cerrada.

Al segundo día no pude resistir la tentación y miré por el «espía» de las otras celdas. En una de ellas los hombres paseaban sin cesar con las manos bajo los sobacos. No tenían manera de calentarse, ya que carecían de dinero y de parientes en Polonia. Se trataba de vendedores ambulantes chinos que los alemanes habían detenido y encerrado allí. En cambio al fondo del corredor vi, en una habitación bien amueblada, a un señor confortablemente instalado, sentado detrás de una mesa. Estaba tan bien atendido que le servían vino en la comida del mediodía y le permitían estar acompañado por su ayuda de cámara. Se trataba de un aristócrata polaco. Todos los días era visitado por un pope que rezaba con él. Aquella prisión estaba dirigida cristianamente. Todos los domingos se celebraba una ceremonia religiosa bajo una gran cruz dorada, instalada en un extremo del pasillo, que descendía desde el techo hasta el suelo. Allí se arrodillaban de común acuerdo los que tenían hambre, los que estaban ahitos, los que padecían frío y los que bebían vino en las comidas.

Pero volvamos a nuestra «celda común». Era la primera noche. Repartíamos equitativamente nuestras provisiones, y con el complemento del calorcito, que también ayudaba, las lenguas se desataron. La mayor parte de los hombres habían pasado un calvario más duro aún que el mío. Habían sido azotados durante los interrogatorios de la NKVD hasta hacerles perder el conocimiento, por negarse a confesar delitos inventados. Un prisionero contó que un amigo suyo fue torturado de tal forma que se tiró por la ventana. Algunos venían del campo de las Solovki, un viejo monasterio en una isla del océano Glacial Artico, y la mayor parte habían sido condenados a diez o quince años. De los

veintiocho hombres que había allí, muy pocos no habían pertenecido al Partido Comunista alemán o austríaco. Todos se habían convertido en enemigos encarnizados del régimen estalinista. Yo les comprendía demasiado bien, pero cuando la discusión se orientó hacia el nacionalsocialismo no podía dar crédito a lo que oía. Muchos de ellos empezaban a descubrir los lados positivos del régimen hitleriano, como el carácter progresivo de su política, su economía abiertamente socialista, así como la legislación sobre el trabajo. Casi todos estaban convencidos de la victoria alemana y de la larga duración del reinado nazi. ¡Se situaban realmente deprisa en el terreno de las realidades! Estaban desesperados, habían sufrido mucho y habían sido engañados, pero ¿es que todo eso justificaba aquella actitud? Nosotras, en Moscú, no cesábamos de cantar sus alabanzas. En la celda de la Butirka los adornábamos con toda clase de virtudes, tales como la superioridad intelectual, la invencible resistencia interior...

El camarada sajón se sentó sobre el haz de leña que había cerca de la estufa y a su lado se acodó un antiguo miembro del Schutzbund. Pasaba de la medianoche cuando aún no habían encontrado reposo, y apenas Betty y yo nos volvíamos sobre la paja, uno u otro tiraban de la manta.

—¿Qué quieres? ¿No estabas bien tapado?

Cuando el calor nos impedía conciliar el sueño, nos los encontrábamos al pie del catre ofreciéndonos un cigarrillo.

Al día siguiente calentaron demasiado la habitación, y la temperatura se hizo insoportable. Yo llevaba puesto un jersey y una falda de lana. Entre mis pobres cosas tenía una túnica sin mangas, de tela amarilla, que estaba bordada a punto de cruz y que, por casualidad, no me habían robado en Siberia. Salí al corredor, me puse la túnica y entré de nuevo en la celda. Dudo que las creaciones de cualquier modisto

parisino tengan más éxito que esta prenda. «¡Tu traje es de un amarillo maravilloso! ¡Mi hermana tenía uno como ése! ¿Es punto de cruz verdadero? ¡Señor, qué trabajo! ¡En mi vida he visto un traje tan precioso! ¡Qué colores tan maravillosos!». Me hicieron toda clase de elogios. Los muchos años de prisión hacían que aquellos hombres se emocionaran hasta saltárseles las lágrimas ante unos bordados de colores.

Paseé por la galería bajo la gran cruz dorada, en compañía de Thomas Migsch. Me dio las primeras noticias dignas de crédito sobre mi marido. Un inglés llamado Hamilton Gold, compañero de celda de Thomas Migsch en las Solovki, había estado con Heinz Neumann en prisión preventiva en la Butirka, el verano de 1938. Le había contado que Heinz, al año y medio de su arresto, se conservaba aún animoso y no había firmado ninguna declaración. La otra noticia me vino por intermedio de un ingeniero suizo, que si no recuerdo mal se llamaba Meier. También éste, antes de ser condenado a diez años de reclusión, había estado en la Butirka, en la misma celda que Heinz. Aquellas noticias parecían verídicas, contrariamente a los relatos que me hicieron numerosos hombres del transporte. Así pues, no había sido condenado a muerte ni a cadena perpetua, sino que más bien debía de estar en alguna cárcel aislada o en alguna prisión preventiva. Todos sabían algún nuevo detalle.

Quisiera relatar aquí la historia de Hamilton Gold tal como me la contó Thomas Migsch.

Hamilton Gold fue a Moscú en 1935 o 1936 en viaje turístico. Era un técnico en radiodifusión que trabajaba para la British Broadcasting Corporation. Llegó a la Unión Soviética como un comunista entusiasta que deseaba contemplar con sus propios ojos el país de sus sueños. Debía

de ser joven; no tendría más de veinticinco años. Durante su estancia en Moscú entabló contacto con algunos rusos. Le propusieron quedarse a trabajar en la Unión Soviética y aceptó entusiasmado. En el verano de 1936, cuando estalló la guerra civil española, viajó por orden de los rusos a España como especialista en radiodifusión. Hacia finales del año 1937 o inicios de 1938, cuando los rusos dejaron de apoyar a los republicanos españoles, Hamilton Gold se encontraba en Barcelona. Se requirió su presencia para que revisara los nuevos aparatos de radiofonía de un buque ruso anclado en la costa española. Le llevaron en motora hasta el barco y le encerraron en un camarote. El buque zarpó. En cuanto llegaron a Odesa le trasladaron a prisión sin ninguna explicación. Poco tiempo después fue conducido a Moscú para prestar declaración. Estaba acusado de espionaje. Cuando se negó a declararse culpable y a firmar el proceso verbal falseado, el juez de instrucción realizó las disposiciones necesarias para que recibiera un castigo. «Entonces firmé porque un inglés no puede dejarse pegar», le contó Gold a Thomas Migsch. Fue condenado a diez años de prisión.

Al día siguiente, hacia el mediodía, las SS condujeron nuestro transporte a una cocina del NSV (Socorro Popular Nacionalsocialista) de Bialas pod Laska, donde nos dieron sopa de guisantes, una ración de pan y un poco de mermelada. En aquellas circunstancias vi a un hamburgués, al parecer antiguo miembro de la liga roja de los marinos, que llamaba la atención por su actitud particularmente ruidosa y fuera de lugar, saludando a las SS con un *Heil Hitler!* Willi Beier, que marchaba en la misma fila que yo, también se fijó en él y me dijo:

—Mira, uno que comienza los ensayos.

La estancia en la prisión de Bialas hizo nacer en muchos de nosotros nuevas ilusiones. «No nos tratan mal», comentaban unos. «Quizás haya una amnistía para los emigrados políticos», decían otros, y muchos contaban con su pronta incorporación en el ejército. «Qué más da lo que pueda suceder, ¡siempre será mejor que la prisión, y en todo caso mejor que Siberia!». Tal era el estado de ánimo del transporte cuando al cabo de una semana fuimos embarcados en un vagón de viajeros con destino a Varsovia. El tren carecía de luz y de calefacción, y las estaciones tampoco estaban iluminadas. En los andenes, la población polaca intentaba subir a nuestros departamentos medio vacíos.

—¡Polacos asquerosos! ¡Circulen más deprisa! —rugían los soldados, rechazándolos a puntapiés.

Betty Olberg y yo íbamos sentadas encima de las piernas sobre el banco, por la fuerza de la costumbre de vivir sobre tablas. Las conversaciones versaban siempre sobre un único tema: nuestro destino. ¿Iban a llevarnos directamente a Berlín? ¿Nos permitirían siquiera enviar noticias a los familiares? Yo no había cruzado aún la palabra con el emigrado húngaro, pero el pobre hombre no se hacía ilusiones acerca de su porvenir. En la oscuridad del tren se arriesgó a hablar.

—Soy ciudadano húngaro, y pudiera ocurrir que la Gestapo me reintegrara a Hungría. ¿Qué suerte me esperará en Alemania o en Hungría? Si alguna vez recobras la libertad, te ruego que des noticias mías a la familia de mi mujer, que vive en la región del Ruhr.

## EN MANOS DE LA GESTAPO

A la mañana siguiente se paró el tren en Lublin.

—¡Bajen! ¡Alinéense de cinco en cinco!

Los hombres ayudaron a Betty Olberg. Estaríamos a unos cuarenta grados bajo cero. Tiritando y muertos de cansancio atravesamos la ciudad, donde yo veía por vez primera casas destruidas por las bombas. La impresión de desolación aumentó al acercarnos al gueto. Desde las ventanas de los sótanos y desde los soportales, la gente seguía con curiosidad e inquietud el paso de nuestra columna. Un gran edificio cuadrado surgía en el centro del barrio judío como un castillo. El tejado que había sobre la entrada estaba coronado por dos hachas que se veían desde lejos. Aquello era la prisión de Lublin, que fue nuestro refugio durante quince días.

Desde aquel momento nos encontramos en poder de la Gestapo. En el pasillo, un civil escurridizo como una anguila entregó a cada uno una hoja de papel invitándonos a escribir nuestros nombres verdaderos, fecha de nacimiento, entrada en el Partido Comunista alemán, cargos desempeñados en él, año de emigración, fecha de nuestra llegada a Rusia, actividades durante nuestra permanencia en aquel país, fecha de arresto por la NKVD y condena. Entregamos nuestros papeles. Tuve que separarme de Thomas Migsch y de otros muchos. Betty Olberg y yo fuimos conducidas a la sección de mujeres, a una celda donde seis prisioneras nos acogieron con entusiasmo. Todas habían sido trasladadas desde la Butirka antes que nosotras, y yo solamente conocía a dos: las señoras Fon y Fekete. Daba la impresión de que se estaba organizando un transporte importante en Lublin, con los prisioneros entregados por los rusos para encaminarlos seguidamente hacia el Reich. En toda la prisión de Lublin no había más que diecisiete mujeres alojadas en dos celdas, y



alrededor de ciento treinta hombres en estas condiciones. En total, unos quinientos.

Cuando hube saludado a mis antiguas camaradas, una joven rubia se levantó de su taburete, vino hacia mí y me preguntó:

—¿Eres por casualidad Gretchen?

Me chocó porque sólo había en el mundo dos personas que me llamaran así: Heinz y mi amiga Hilde Duty.

—Estuve en la prisión de Kazán con Hilde Duty. Me encargó que te contara, si es que nos encontrábamos, todo lo que le sucedió.

—Pues sí, soy Gretchen.

—Hilde ha sido condenada a diez años de reclusión por pertenecer al grupo Neumann, y fue juzgada en la época en que estaba Jeshov. Recibió al fin una carta de la pequeña Svetlana, su hija; esa carta fue su única alegría. No la reconocerías; tiene el pelo totalmente blanco, aunque aún no ha cumplido los treinta.

Estuvimos pensando mucho tiempo en si habría alguna posibilidad de salvar a Hilde. Era ciudadana checa, y decidimos prevenir a su familia en cuanto se presentara la ocasión.

No haría ni media hora que habíamos llegado a aquella celda, cuando la puerta se abrió y el hombre de la Gestapo gritó mi nombre con voz áspera. Mientras me acompañaba por el corredor, me soltó a bocajarro:

—¿Crees de verdad que vas a poder engañarnos con un nombre falso? ¡Sabemos perfectamente quién eres!

Me introdujo en un despacho donde estaba instalado un hombre grueso, de apariencia joven.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Margarete Buber.

En cuanto hube dicho esto, el otro, la anguila elegante que nos había distribuido los papeles en la puerta, dio un salto y me agitó una hoja ante las narices.

—¡No nos tome por imbéciles! ¿Es que nos quiere hacer creer que se llama Buber? ¡Usted es la esposa de Heinz Neumann!

—Yo me llamo Margarete Buber, y nunca estuve casada oficialmente con Heinz Neumann.

—Sólo era su novia, ¿verdad?

—Si prefiere llamarlo así...

—¿Y pretende haber sido detenida en Moscú y después deportada a Siberia?

—Sí.

—¿Dónde está su... amigo, Heinz Neumann?

—Fue detenido en 1937 por la NKVD.

—¡Mentira! Está en París trabajando para el Komintern. Y usted es un agente del GPU y del Komintern.

Y comenzó un interrogatorio en toda regla. Enseguida me di cuenta de que alguien me había traicionado, pues bruscamente me preguntaron sobre Thomas Migsch y sobre las conversaciones que había sostenido con él. Más tarde, cuando continuamos nuestra ruta hacia Berlín, los hombres me dijeron que el hamburgués, el antiguo miembro de la liga roja de los marinos, a la media hora de nuestra llegada estaba repitiendo a la Gestapo todo cuanto había oído durante el traslado de Moscú a Lublin.

En el primer interrogatorio procuré decir lo menos posible; cuando el hombre de la Gestapo me preguntó:

—¿Eso es todo cuanto tiene que decir?

Yo contesté afirmativamente, pero entonces el gordo se encaró conmigo.

—¿Y qué me dice de su hermana pequeña, Babette? ¿Qué ha estado haciendo con ella en París?

Me hizo preguntas tan precisas que daba la impresión de haber entrado y salido en la editorial de mi hermana a su antojo. Llamaba por sus nombres de pila a varios de los colaboradores, y cuando se refería a la telefonista decía «Engelchen», conocedor de que su nombre familiar era Engel. Tenía verdadero interés en saber detalles de su chófer Emil. Después de pasar por este interrogatorio tuve el convencimiento de que iba a ser citada ante un tribunal y empecé a preparar mi espíritu para una detención preventiva a cargo de la Gestapo.

En Lublin reinaba una atmósfera extraña debido a que el personal polaco de la prisión tenía que trabajar junto a los altos mandos de la Gestapo. Prisioneras y vigilantes teníamos un enemigo común: la Gestapo. Una doctora polaca que trabajaba en la enfermería de la cárcel, por ejemplo, sacaba en secreto cartas de los presos. A menudo las vigilantes dejaban abiertas las celdas, lo cual nos permitía mantener una viva conversación de celda a celda. Así nos enteramos de los fusilamientos, de la temeraria fuga de varios presos por los tejados de la cárcel y del más de un centenar de sacerdotes polacos que estaban encerrados en la sección de hombres. Casi cada noche oíamos a través de la ventana de la celda el estrépito de las motos, el ruidoso ir y venir de los camiones y el griterío de las tropas alemanas. Las más informadas nos dijeron que se trataba de redadas para atrapar a judíos polacos y diariamente eran enviados a prisión cada vez más detenidos.

Conocimos a una mujer de una celda contigua, en la que estaba encerrada con su hija y otras nueve mujeres más. Ella no sabía de dónde procedíamos ni qué sería de nosotras. Con ojos resplandecientes nos contó que esperaba pasar en los próximos días la frontera rusa y que sus sufrimientos concluyeran por fin. Todas las compañeras de su celda habían optado por la Unión Soviética. Eran comunistas polacas. Una de nosotras dijo: «¿No deberíamos advertirlas de lo que les espera allí?». Comenzamos a explicarles a algunas de ellas nuestra fatalidad: que habíamos ido a la Unión Soviética como emigrantes comunistas, y todo por lo que luego pasamos. Se apartaron bruscamente. En los días siguientes nos evitaron como si fuésemos leprosas.

De vez en cuando llegaban a la prisión de Lublin visitas de inspección. Las vigilantes nos lo notificaban con tiempo, pues ya sabíamos lo que teníamos que hacer. Cuando un toque de «atención» retumbaba en el pasillo formábamos en fila en las celdas. Una de nosotras anunciaba: «Celda 43, siete alemanas». Teníamos la sensación de encontrarnos en un zoo. Generalmente las visitas se componían de unos presuntuosos oficiales alemanes que nos miraban del modo más arrogante. Pero en cierta ocasión algunos de ellos vinieron acompañados de sus esposas para compartir con ellas estos momentos de diversión. La guapa rubia de Hannover, que vestía una camisa roja, se convirtió en blanco de las mordaces observaciones de una de las mujeres: «Pero ¿es posible que tales blusas estén de moda en Moscú? ¿Esta es la moda de Moscú? ¿De ese modo quiere usted demostrar sus convicciones comunistas? ¿Es que no ha tenido ya bastante?». Como ninguna de nosotras respondiera, el monólogo terminó enseguida.

Todos los días esperábamos con verdadera ansiedad la llegada de algún transporte de Moscú, pero pasó toda una

semana y nadie llegó. Las diecisiete mujeres habíamos pasado ya los interrogatorios. Cada día teníamos más hambre y la alimentación en la prisión de Lublin se componía tan sólo de una pequeña ración de pan —apenas cuatrocientos gramos— y de la inevitable sopa de cebada de las prisiones alemanas. En nuestra celda había una rusa que no sabía nada de alemán. Su marido, obrero germano especializado, no se hallaba entre los hombres entregados por la NKVD y ella aceptó su destino con asombrosa conformidad. No perdió el sentido del humor hasta que faltó el tabaco. Hicimos una colecta de pan entregando todas las de la celda una pequeña parte de su ración, y salimos al corredor a cambiarla con los «presos comunes» por machorka.

También pasó la segunda semana sin que llegara transporte alguno desde Moscú. Volvieron a buscarnos para nuevos interrogatorios otras dos veces más, pero fueron más superficiales que el primero. Tomaron nuestras huellas dactilares y registraron nuestra filiación exacta.

Todas las mujeres que habían llegado de Moscú tenían esperanzas de ser puestas en libertad; pero yo me resistía a creerlo.

Los hombres nos hicieron saber, por medio de la doctora polaca, que un agente de las SS que estaba de servicio en su sección daba autorización de visita a los maridos cuyas mujeres se encontraran en el transporte de extradición. En realidad no había entre nosotras más que una pareja que se hubiera encontrado, pero unos quince hombres se presentaron al agente de las SS afirmando que sus esposas se encontraban en el transporte, y escogieron nombres al azar. El agente de las SS se olió la trampa y puso una condición:

—En el momento de abrir la celda, tendréis que reconocer inmediatamente a vuestra mujer y abrazarla. ¡Pobre del que vacile!

Las mujeres ignorábamos aquella cláusula, y nos encontramos con un tropel de hombres que se nos vino encima al abrir la puerta. Cada uno cogió a una mujer, se colgó de su cuello y explicó rápidamente la situación. Rara vez habíamos reído de tan buena gana como entonces, y el soldado que presenciaba la escena relinchaba de placer. Sí, todavía era posible gastar bromas en la prisión de Lublin. Después de estar en Siberia y en la Butirka, casi podría decirse que nos encontrábamos como en casa.

Pero aún faltaba mucho por sufrir...

Al finalizar la segunda semana vinieron a buscar a todas las mujeres, menos a mí, para conducir las ante la Gestapo. Todas volvieron con un papel que decía: «X... se trasladará a su lugar de origen y se presentará a la Gestapo en el plazo de tres días». Aquello servía como billete de ferrocarril. La señora Fekete, esposa de médico, era judía húngara y fue enviada al gueto de Lublin. Todas se despidieron de mí y me quedé sola en aquella celda. Me sentía triste y abandonada; mi única esperanza era que me dejaran el tiempo suficiente en Lublin para ver la llegada del siguiente transporte de Moscú con Carola Neher, Zenzl Mühsam y mis otras amigas.

Pero ya a la mañana siguiente me ordenaron empaquetar mis pertenencias. Saldría en un transporte.

Y de nuevo me encontré en la puerta de la prisión, abatida por la incertidumbre y la angustia. Llegaba a mis oídos ruido de pasos cuando vi una columna de cuarenta hombres que doblaba la esquina. De los ciento cincuenta prisioneros entregados por Rusia, cuarenta y uno habían sido arrestados por los alemanes y éramos conducidos hacia Berlín, a la

Dirección de la Policía, bajo la vigilancia de la Gestapo. El tono general empezaba a cambiar. Los gritos de «¡Silencio!, ¡Callaos!, ¡En filas de a cinco!, ¡Derecha!, ¡Marchen!» volvieron a ser usuales. Atravesamos Lublin hasta llegar a la estación, donde un vagón con una pancarta de «transporte de enfermos» nos estaba esperando. Las damas de la Cruz Roja de las diferentes estaciones por donde íbamos pasando no tenían ni la menor idea de cuál era la clase de «enfermos» que ocupaba aquel vagón y nos trataron amablemente. Nuestra guardia estaba compuesta por hombres de la Gestapo; tenían reservado un vagón de segunda clase donde se retiraban a dormir según se iban relevando. Nos dieron el mismo alimento que al ejército. Pasamos por varias localidades que habían sido bombardeadas, y al llegar a Varsovia nuestro vagón hizo maniobra para ser enganchado a otro tren. Estuvimos parados bastante tiempo bajo un puente. Ya entonces la ciudad se veía muy destruida. Las mujeres se cubrían la cabeza con cosas, a mi parecer, extraordinarias. Me pareció ridícula la nueva moda, después de tantos años sin ver un sombrero.

Durante aquel viaje nadie habló de política. Uno narraba cómo había burlado la vigilancia materna en su juventud. Los antiguos del Schutzbund se acaloraban describiendo sus excursiones con esquíes, y en todas las conversaciones sobresalía el deseo ardiente de volver a casa. En cambio, todos evitaban hablar del porvenir, o de lo que pudiera ocurrir al día siguiente.

—He oído decir que nos van a desembarcar en Neu-Bentschen, para meternos en la prisión —me dijo al oído uno de aquellos hombres.

Y en efecto, al llegar a Neu-Bentschen nos hicieron bajar. Ya estábamos alineados en el andén cuando sonó una nueva orden: «¡Todo el mundo al tren!». Parece ser que en la estación dijeron que la prisión de Neu-Bentschen estaba llena. Continuamos nuestra ruta y el tren se paró en Schwiebus. De nuevo bajamos al andén, y aquella vez el tren siguió su marcha y nosotros cruzamos en silencio la pequeña ciudad a oscuras, camino de otra prisión.

¡Curiosa prisión, la de Schwiebus! Nos paramos delante de una construcción de mampostería que de noche tenía el aspecto de una granja, y entramos en una gran sala restaurante con mesas de madera, cortinas de colores y paredes artesonadas. Nos encontrábamos en el «Hostal de la patria» de la pequeña ciudad de Schwiebus. Ya fuera que allí no existía prisión alguna, o que también estaba llena, el caso es que nos fueron ofrecidos cinco días agradables, los últimos y anteriores al horrible campo de concentración.

Los hosteleros, el padre y la madre, miraron asombrados a los nuevos huéspedes que llegaban escoltados por la Gestapo. Con gorros de pieles, cubiertos con abrigos antediluvianos, algunos con botas altas de fieltro —tal y como la NKVD nos había equipado para mandarnos a Europa—, fuimos alojados, con gran estupefacción por nuestra parte, en una habitación corriente. Ni celda, ni siquiera cuarto de barracón. Cortinas en lugar de rejas, cuadros en las paredes en lugar de reglamento y, a cambio de la rugiente vigilante, una joven sirvienta que con una tímida sonrisa nos invitaba a tomar asiento. El hombre de la Gestapo dio ciertas instrucciones al hostelero. Entonces oí que, por primera vez, nos daban el título de «repatriados». ¡Cuánto cuidado y amabilidad por parte de la Gestapo!



Colgamos nuestros bártulos de un perchero y algunos apenas osaron tomar asiento. Abrí con mucho cuidado la puerta de la cocina y vi a la propietaria del hostel preparándonos la cena: verdaderas rebanadas de pan con mantequilla y mermelada cortadas y apiladas cuidadosamente en una gran bandeja. El sajón de nuestro transporte ya estaba sentado al lado de la mesa de la cocina con la niña de la casa sobre las rodillas y dando vueltas al molinillo de café.

Cuando llevábamos tres días alojados en el «Hostal de la patria», cuando comenzábamos a entonar nuestras canciones y vivíamos con toda la intensidad con que únicamente saben hacerlo los detenidos conscientes de que cualquier buen momento puede ser el último, se abrió la puerta del hostel para dar paso a un grupo de militares. Eran las autoridades de la Gestapo y las SS de Schwiebus. Venían a inspeccionar el botín. Uno de ellos nos dirigió el siguiente discurso:

—¡Vosotros habéis experimentado las maravillas del comunismo directamente sobre vuestra piel! ¿Se os puede considerar realmente curados? Volvéis a una Alemania completamente distinta, y es indudable que necesitáis pasar por una escuela de reeducación antes de que os sea concedido el honor de colaborar en la construcción del gran Reich alemán... Para terminar, vamos a entonar, en pie y con el brazo extendido, el himno nacional.

Los hombres levantaban el brazo vacilantes y fueron muy pocos los que tuvieron el valor de no cantar. Uno de ellos fue el judío emigrado de Hungría.

Mucho tiempo después de marchar la jauría, continuaban todos con la cabeza baja, sin atreverse a mirarse cara a cara.

—¿Qué entenderán ellos por reeducación? Quizá no nos formen expediente y se contenten con encerrarnos unos meses en algún campo —decían los más optimistas.

El joven de Dresde que se había negado a pasar el puente de Brest-Litovsk estaba cada día más nervioso; no podía estarse quieto. Yo me preguntaba por qué no intentaría escapar, y qué impediría a los demás hacer lo mismo. Quizá fuera que en el fondo esperaban que las cosas no marchasen tan mal. Un diputado comunista de Alemania central cantaba con voz lánguida: «Yo quisiera volver al país...». Se formó un coro cuyo canto preferido era: «Yo vi un día tres gitanos...». Y ponían todo su entusiasmo en la última estrofa: «Tres veces me enseñaron que la vida se ceba con su hostilidad. Si la pasa uno durmiendo, fumando y tocando el violín, se la desprecia tres veces».

También se hablaba del futuro.

—Cuando salga del campo, no haré más que dedicarme a vivir tranquilo. No quiero volver a saber nada de política.

Pero los más jóvenes tenían miedo:

—¡Qué va!, nos mandarán con los prusianos, y todo seguirá como hasta ahora.

Algunos intentaron contactar con el exterior, sobre todo para enviar noticias a la familia, pero no lo consiguieron. La casa estaba vigilada día y noche.

## **BERLÍN, ALEXANDERPLATZ, 1940**

Llegó la mañana del sexto día de marzo de 1940. Dos coches de policía cubiertos con lonas se pararon estrepitosamente delante del hostel. Rugieron las órdenes, y

todos recuperamos el aspecto de detenidos. Las manos encontraron con naturalidad el camino de la costura del pantalón; el miedo, la sumisión y la resistencia callada reaparecieron en los ojos de todos. A algunos les flojeaban las piernas y respiraban con dificultad.

—¡Más deprisa! ¡Vamos! ¿Es que ya no tenéis sangre en las venas? ¡A los coches! ¡La mujer irá delante!

Me senté entre el chófer y uno de la Gestapo. Era un día triste: por todas partes había nieve revuelta y sucia. Llegamos a la autopista de Fráncfort del Oder. Durante todo el camino no tuve más que un pensamiento: ¿qué iban a preguntarnos los de la Gestapo de Berlín? ¿Qué sabrían y qué debía yo contestar? No tengo más que un vago recuerdo de algunos bosques de pinos y del ruido monótono del coche al rodar por la autopista. Entramos por el distrito Este de Berlín. ¿Había yo soñado con esto en Siberia? Volver viva a Berlín. Pero me daba cuenta de que aquellas calles nada tenían que ver conmigo. Aquél no era el país que yo añoraba. Cuando desembocamos en Alexanderplatz, lo único que me llamó la atención fue la estatua de la gorda Berolina, que los nazis habían repuesto en su sitio.

Bajamos de los coches delante de la Dirección de Seguridad. Tuvimos que formar de dos en dos, y llamábamos la atención de los transeúntes con nuestros gorros de pieles. Los hombres de la Gestapo nos condujeron al «Alex», donde tuvimos que subir unas escaleras hasta llegar a un gran despacho donde un empleado que tenía el termo y el desayuno encima de la mesa leyó la lista de nuestros nombres. Era el señor Krohn, antiguo agente de policía, ahora modesto empleado de la Gestapo. Tuve ocasión de conocerle a fondo en el curso de los cinco meses que pasé allí en calidad de detenida. Nos tuteó y al verme preguntó:

—¿Contenta de verte otra vez en casa?

Lo dijo tan naturalmente, que no supe si se burlaba de mí o hablaba seriamente. Contesté con un gesto deliberadamente ambiguo.

Llegó otro empleado en busca de los hombres, y a ninguno se le ocurrió ni siquiera decirme adiós. Desde el momento en que pisamos aquel edificio todos parecían estar ausentes. Después subí otras escaleras, acompañada por Krohn, hasta una puerta que tenía la siguiente inscripción: «Sección de mujeres». Una vieja desmesuradamente larga y seca como un arenque, encerrada dentro de una blusa blanca que la hacía parecer aún más alta y con un moño sobre la nuca, abrió la puerta y me hizo entrar. Tenía voz masculina y un marcado acento berlinés. Me dijo:

—Tendrá que comer.

Era la directora de la sección de mujeres de la prisión de Alexanderplatz, y era conocida por «tía Anna» o «Torre del faro». Krohn, al mismo tiempo que mi persona, le había entregado un papel. Cuando todos los datos que me concernían estuvieron transcritos, vi por casualidad a «tía Anna», con una rápida ojeada que eché al papel, llenar una casilla de su libro. Escribió: «Alta traición».

«Tía Anna» era un antiguo factótum de la república de Weimar. Los nazis la cogieron al mismo tiempo que la casa; era la que llevaba la voz cantante en la sección de mujeres. Después de la Butirka, la estancia en Alex me parecía ideal. Naturalmente, me refiero a la sección de mujeres y no a los policías. Casi todas las vigilantes eran amables y se podía hablar con ellas; en cambio, era raro que dieran órdenes. Nadie golpeaba la puerta cuando alguna lloraba, cantaba o gritaba. Durante el paseo en el patio, tan abandonado como el de la Butirka, encuadrado por altos muros y por los pisos

del edificio de la policía, no se oían los gritos conocidos. No, todo lo contrario. Empleados de la policía y de la Gestapo se asomaban a las ventanas para ver pasear a las prostitutas, como si fueran conocidas suyas. Éstas increpaban sin miramiento alguno a los agentes a quienes debían su arresto y entre los cuales se encontraban seguramente antiguos «clientes».

El Alex era una prisión de paso, en la cual tenían cabida lo mismo los denunciados por la Gestapo que por la policía. Después de algunos interrogatorios, o bien les mandaban a la prisión preventiva de Moabit, o les ponían en libertad. Prisioneras fijas, como yo, rara vez había alguna. Por ejemplo, había una celda que solamente albergaba prostitutas recogidas en alguna redada con motivo de alguna tontería cometida en estado de embriaguez, o bajo pretexto de «medida de control». Las ruidosas protestas de estas mujeres formaban parte de las noches del Alex.

Llegué a la celda 17; acondicionada para cuatro mujeres, solía albergar diez. Se dormía sobre colchones y entre sábanas. El hormigueo de las chinches ya no me causaba ninguna impresión, ni tampoco el alimento casi incomible y miserablemente insuficiente. La habitación tenía una gran ventana con cristales esmerilados que le quitaban por completo el aspecto de celda, y un retrete con agua corriente. Solamente un detenido recién llegado de Rusia puede apreciar esta comodidad en su justo valor.

En las primeras horas descubrí inscripciones y dibujos en la puerta de madera. ¿Quién hubiera osado hacer una cosa así en la Butirka? Un puño cerrado de tamaño natural se pavoneaba en el centro con esta inscripción: «Frente Rojo, a pesar de todo». No había ni un solo centímetro de puerta que no tuviera una estrofa de un canto revolucionario o un

eslogan político. En un rincón se leía: «Todo pasa, en la Tierra; la perpetuidad también». ¡Vaya un consuelo!

Los primeros días fuimos diez en aquella pieza. A las que mejor recuerdo es a las encartadas en el proceso Adlershof. Fueron acusadas de haber distribuido octavillas comunistas contra la guerra. Un funcionario del Komintern que llegó clandestinamente a Adlershof, cerca de Berlín, procedente de Dinamarca, dirigió desde allí la campaña derrotista. Al mismo tiempo que la NKVD nos entregaba a la Gestapo, funcionarios del Komintern llegaban con la misión de unirse a la oposición alemana para trabajar contra sus aliados nazis.

Dos de las mujeres de Adlershof estuvieron mucho tiempo conmigo. Una de ellas se llamaba Frieda. Era una mujer pálida con pelo oscuro que procedía de una celda individual. Los primeros días los pasó sentada al lado de la mesa con la cara contraída, sin pronunciar palabra o embebida en la lectura concienzuda del *Völkischer Beobachter*, al cual estaba suscrita. En el fondo de sus ojos se leía la más profunda desesperación. Cuando confió en mí, me contó que desde su juventud trabajaba en un taller de costura y que su marido, obrero metalúrgico, había pasado dos años —1933 y 1934— en un campo de concentración, por comunista.

—Yo no era del partido —me dijo—, y cuando mi marido tuvo la suerte de salir del campo de concentración, prometió no volver jamás a mezclarse en política. Encontró trabajo y no vivíamos demasiado mal, pero el año pasado iba yo a tener un niño y estaba muy contenta por ello, cuando mi marido se encontró en la calle con un viejo compañero del partido que le invitó a ir a su casa. De ahí viene toda nuestra desgracia. Tuve un mal parto y no me fue difícil reponerme como era debido, pero me daba cuenta de que mi marido frecuentaba cada vez más la amistad de sus antiguos

camaradas. Presentí lo que iba a ocurrir y pensé que era preferible que fuera yo la que cayera en aquel infierno de Kolumbia-Haus donde él había estado ya una vez y había salido milagrosamente vivo. Se lo dije y ¿cuál fue el resultado? Nos embarcaron a los dos en el asunto. ¡Si mi marido me hubiera escuchado! ¿Qué necesidad teníamos de esto?

Oyendo a Frieda hablar de tal suerte, no pude por menos que pensar en Grete Sonntag. Tuve la impresión de que aquellas dos mujeres compartían el mismo destino. Una capituló en Siberia y la otra en manos de la Gestapo.

La suscripción al *Völkischer Beobachter* me extrañó, y no digamos los comentarios que hacía cuando leía el periódico.

—Está clarísimo que ganaremos la guerra. El abogado que lleva mi asunto también lo dice. En fin, ¡hay que darse cuenta de lo que el führer ha hecho por nosotros! Sin él, mi marido no hubiera encontrado jamás trabajo; ¡lástima!, ¿por qué se habrá dejado llevar otra vez por sus camaradas?

Y después de una pequeña pausa me preguntó:

—¿Crees que la guerra habrá terminado para Navidad? —Y me miraba con ojos suplicantes—. Quizás haya una amnistía, aunque no sea más que para las políticas... Mi defensor así lo cree. Si al menos mi mando declarara lo que ellos ya saben de antemano... ¡Siquiera, saldría con una condena más leve! Y a mí, ¿me pondrían más de cinco años?

Mucho tiempo después del traslado de Frieda a Moabit, llegó la segunda mujer de Adlershof —la joven y locuaz Melitta—, que traían desde Moabit al Alex para someterla a un careo.

Melitta vivía en Adlershof con su marido y tres niños pequeños. El matrimonio había sido miembro de las juventudes comunistas antes de 1933. Un funcionario del

Komintern llegado del extranjero entró en contacto con el marido de Melitta y comenzaron su trabajo subversivo. Melitta escribía las octavillas sobre placas de cera, y como la máquina multcopista donde las reproducía se hallaba en un comercio de Adlershof, el propietario de éste y su esposa también fueron implicados. Melitta era exactamente lo contrario de Frieda. Ni sombra de desesperación ni abatimiento.

—Esperemos que la prisión preventiva no dure mucho tiempo y que pueda llegar el proceso pronto, porque a mí seguramente me indultarán. El que me tiene preocupada es Erich. ¡Si fuera lo bastante razonable para confesar! Negando no consigue más que empeorar su situación.

Mientras hablaba iba y venía por la celda con un peine en la mano.

—¿Quién es Erich? —pregunté.

—El funcionario responsable de todo. ¿Cómo habremos podido dejarnos llevar por él? Cuando yo salga, se lo he prometido al ponente que se ocupa de mis asuntos, pondré todas mis fuerzas al servicio del nacionalsocialismo.

Después del careo con Erich su humor se ensombreció un poco, pero no tardó en soltarnos un discurso sobre los trajes de verano, al probarse la ropa que le había enviado su madre. En la prisión nacionalsocialista los detenidos podían recibir paquetes, dinero, cartas y hasta ser visitados por la familia.

Pero volvamos a nuestras mujeres de Adlershof. Al día siguiente, Melitta volvió a Moabit y poco después llegó una «nueva» de la prisión preventiva. Era una mujer de pelo castaño y ojos dorados. Llevaba un traje de seda verde que le sentaba admirablemente. Pero lo más bonito que tenía era la voz. Una noche estuvimos cantando Lisa y yo, y pudimos



comprobar que sabíamos las mismas canciones. No olvidaré nunca su maravillosa voz. «He tenido esta noche..., un pésimo sueño...». A menudo lloraba, y supe que hacía pocos meses que se había casado. Decía:

—Lo peor es que mi marido no tenía ni idea de mi actividad política. No quería aburrirle con eso. Yo trabajaba en Correos, y desde mi puesto cursaba clandestinamente material comunista; hasta que alguien me denunció. Pero la Gestapo no sacará nada de mí. Quieren carearme con ese asqueroso, para hacerme caer y coger también a los demás... ¡Con tal de que no me deje mi marido...!

Por Lisa me enteré detalladamente del proceso Adlershof, según lo que ella había oído en Moabit. La primera entre las mujeres que hizo traición fue Melitta. No hacía ni tres días de su arresto cuando ya empezaba su labor. Había tenido relaciones amorosas con el funcionario del partido Erich y conocía perfectamente todo el trabajo ilegal. Después de varias confesiones, la enfrentaron con su marido y con Erich. Incluso en aquel momento afirmaron los dos valerosamente que las declaraciones de Melitta no eran más que mentiras. Pero ¿de qué podía servirles? La siguiente misión de Melitta fue llevar a declarar a la mujer del comerciante. La Gestapo las metió juntas en la misma celda, y en poco tiempo Melitta terminó la operación satisfactoriamente. Su tercera víctima fue la costurera Frieda, pero para reducir a ésta necesitó tres meses.

Mucho tiempo después, estando ya en el campo de concentración de Ravensbrück, supe que Erich había sido decapitado, Melitta condenada a quince años de reclusión y Frieda y la comerciante, a cinco años.

Nunca volví a saber de la valerosa Lisa.

## CONDENADA A PERMANECER EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN

En aquel momento había en el Alex gran cantidad de prisioneras políticas. En las «celdas individuales» de la sección de mujeres decían que había algunas «espías», pero yo no tuve ocasión de hablar con ellas ni de establecer comparaciones entre las espías de la Gestapo y las de la NKVD. En cambio tuve muchísimas «políticas» como compañeras de celda durante aquellos cinco meses. Tanto con la NKVD como con la Gestapo, bastaba una sospecha para sufrir la peor condena. Para ser detenido y juzgado era suficiente con ser sospechoso de hostilidad contra el régimen, por simple agitación u organización. De esta forma, sin pruebas jurídicas, un ciudadano podía ser privado de su libertad durante años.

Una «nueva» entró en la celda acompañada de la vigilante. Esta le dijo:

—Ya puede tranquilizarse, señora Von Gehrke. Aquí no volverá a estar sola. Nos ocuparemos de usted lo mejor posible.

Era una mujer de unos cincuenta años, de porte majestuoso y que llevaba los cabellos anudados en un moño a la griega. Le habían quitado el cinturón, por temor a que se ahorcara, y su traje beige de escote redondo que descendía hacia su exuberante pecho parecía un amplio camisón. No haría ni cinco minutos que la señora Von Gehrke estaba en la celda, cuando se produjo el primer estallido:

—Pero ¿por quién nos habrán tomado estos tipos de la Gestapo? ¿Es que les pertenecemos en cuerpo y alma? — Hablaba el alemán típico de Potsdam. Roja de indignación se dejó caer en un taburete, pero no fue más que para tomar

aliento, porque añadió enseguida—: Seguramente habían enviado a esa mujer a mi casa para que me vigilara. ¡Ya no puede uno hacer lo que quiere ni en su propio hogar!

Se lamentó a gritos, sin percatarse en absoluto de que allí estábamos Lisa y yo. Pero en aquel momento se volvió hacia nosotras y nos dijo, en tono completamente distinto, muy ceremonioso esta vez:

—Perdónenme, se lo ruego, pero es que ya no puedo contener mis nervios. Me presentaré: mi nombre es Luisa von Gehrke. ¡No pueden figurarse lo que me acaba de ocurrir! Me ha convocado la policía secreta del Estado (Gestapo), he acudido sin tener la menor idea de lo que podían querer, y me encuentro con que un granuja me dice que yo he ofendido a Hitler y a otros miembros del gobierno del Reich. ¡Todo pura invención! Pero no acaba ahí; luego añade: «Nos vemos obligados a retenerla hasta mañana, en espera de que se ponga todo en claro». Fíjense, tal y como llego de la calle, sin objetos de tocador, con este mismo traje claro y sin nada para pasar la noche, me encierran en esta cueva. Pero ¿es que ya se detiene al que nada ha hecho? Todas mis protestas han sido en vano. ¡En qué tiempos vivimos...! Murmuramos las dos unas palabras de consuelo:

—No se desespere, seguro que no tardará en marcharse.

Y la señora Von Gehrke se puso a llorar amargamente. En medio de sollozos y suspiros, con voz ahogada y suplicándonos «que no se lo dijéramos a nadie», nos contó detalladamente —cuando apenas llevaba un cuarto de hora en la celda— lo que le había llevado hasta aquella espantosa situación.

—Tenía en casa una mujer que me hacía la limpieza por horas; me la habían enviado de una agencia de colocaciones, y ustedes saben lo difícil que está el servicio ahora. Aquella

persona no me gustó desde el principio y cuando me comunicó que formaba parte de la Unión de Mujeres Nacionalsocialistas me fue mucho más antipática. Hacía su trabajo como si me hiciera un favor, después de que se lo hubiera dicho dos o tres veces. A finales de la semana pasada olvidó de nuevo poner un papel de periódico en el suelo de la carbonera. Le ordené que la vaciara y le di un viejo *Völkischer Beobachter* en cuya última página se veían fotografías del fñhrer y del mariscal Goring. Entonces aquella bruja me preguntó: «Señora Von Gehrke, ¿debo poner este periódico con las fotografías del fñhrer en el fondo de la carbonera?». Sin reflexionar, contesté: «Naturalmente, para eso se lo doy». Y esto es lo que ha denunciado a la Gestapo. ¿Se da cuenta?

La señora Von Gehrke pasó quince días en la celda 17 y nos envenenó concienzudamente. Al fin, como tenía parientes muy influyentes, la Gestapo la soltó.

Los casos de personas detenidas por haber escuchado emisoras extranjeras eran mucho más serios casi siempre, porque no habían sabido sujetar la lengua y habían comunicado las noticias de la radio «a un buen amigo de toda confianza». Eran denunciados y muchas veces vigilados bastante tiempo por la Gestapo antes de ser detenidos. Ya en 1940 imponían pena de prisión por esta clase de delitos, y más tarde se penó con la muerte la «difusión de noticias de emisoras extranjeras».

También consideraban «delito político» la compra o la venta de ropas, trajes y medias sin «puntos». No pasaba una semana sin que algún delincuente de ese género pasase por el Alex para seguir después a Moabit.

Recuerdo especialmente un caso tragicómico. Una mujer pequeñita y bien nutrida entró llorando en nuestra celda.

Apenas podía respirar de lo encorsetada que iba, y su voluminosa delantera se le remontaba hasta la sotabarba. Los vestidos despedían olor a carnicería, y cuando sus sollozos se fueron calmando se volvió rápidamente comunicativa. ¡Qué diferencia de las acusadas alemanas con las de la prisión moscovita de la Butirka!

Independientemente del hecho de que las víctimas de la NKVD ignoraban con frecuencia por qué habían sido detenidas, eran necesarias semanas de íntima camaradería para sacar a las prisioneras rusas la menor información sobre el motivo de su arresto o sobre su acta de acusación. En cambio, con la gente que internaban en la prisión de Alexanderplatz, el verdadero motivo de su encarcelamiento nos era confesado, la mayoría de las veces, en la primera media hora, pero cuando ya lo habían dicho todo, solían añadir muy asustadas:

—Pero no me traicionéis, ¡no se lo digáis a la Gestapo!

La gordita señora Globig tenía un puesto ambulante de casquería en el mercado central de Alexanderplatz. Cambiaba clandestinamente con una vendedora de frutas y verduras «un hígado o un riñón por mandarinas». Este manejo fue observado por una vendedora vecina, que las denunció.

—Cuando mi marido sepa que estoy detenida por la Gestapo y que no volveré a casa esta noche, se morirá de miedo —gimoteó—. ¡Y no sobrevivirá a semejante vergüenza! Sufrimos mucho el año pasado. Mi pequeño *Lorchen* murió y nos dejó con el corazón destrozado.

Y un nuevo torrente de lágrimas interrumpió sus lamentaciones.

—¿Era tu hijo? —preguntó una camarada.

—¡No, mi loro! ¡Si lo hubieras visto...! Cuando yo estaba en casa no se separaba de mi hombro en todo el día y decía todo lo que yo quería. Nunca volveré a encontrar un animal tan inteligente.

Y sacó de su busto un medallón de oro, lo abrió y nos enseñó bajo un cristal un pequeño objeto renegrido y arrugado:

—Éste es el corazón de *Lorchen*; lo mandé embalsamar.

A duras penas conseguí contener la risa, pero el dolor de aquella mujer era sincero y mientras contaba las historias de *Lorchen* casi olvidaba su desgracia. Luego recordó a su marido, que la estaría esperando, y las lamentaciones fueron en aumento. Pasó diez días en nuestra celda, hasta que al fin la soltaron.

Algún tiempo después, la Gestapo nos envió otra vendedora de los mercados y aproveché para pedirle noticias de la señora Globig, la casquera.

—¡Figúrese que su marido se murió de miedo, al enterarse de que la había cogido la Gestapo! ¡Pobre mujer...!

Excepción hecha de las «políticas graves», como las mujeres de Adlershof o Lisa, casi todas las detenidas que llegaban al Alex podían esperar su liberación. No había nada parecido a la Butirka, donde las mujeres se alegraron al saber que con el nuevo comisario del pueblo, Beria, tenían la posibilidad de no ser condenadas más que a cinco años. Como tampoco allí se le ocurriría a nadie pedir un abogado, y en cambio en Alexanderplatz se armaba una verdadera revolución cuando las mujeres eran informadas de que era inútil reclamar un defensor.

Fuera de las detenidas, que eran verdaderas adversarias del régimen nazi, y las miserables «políticas» del género que acabo de describir, había también otra categoría de

prisioneras: las víctimas de las «leyes raciales». Mientras que la NKVD detenía a millares de inocentes, supuestos contrarrevolucionarios, espías, terroristas y los enviaba a Siberia, la Gestapo llenaba sus campos de concentración con judíos, gitanos «violadores de la raza» y, más tarde, con gentes de todos los países ocupados. La Gestapo, eso sí, se disculpaba con los que resultaban inocentes.

Pasé varias semanas en la celda 17 con la señora Kroch. Era una judía de Leipzig que había sido detenida cuando trataba de pasar la frontera holandesa para reunirse con sus cuatro hijos y su marido en el extranjero. Tenía un rostro plácido y maternal, y me dijo sin amargura:

—Es una suerte saber que mi familia está a salvo. Me he quedado bastante tiempo en nuestra casa de Leipzig para disimular su partida.

Las dos hacíamos solitarios con las cartas que me había mandado mi hermana, y cuando me hablaba de sus hijos, sus bellos ojos se le iluminaban. Cuando volvimos a vernos en Ravensbrück, le habían rapado la cabeza y andaba descalza en las filas. No podré olvidar jamás su mirada triste y dolorida. Fue llevada a la cámara de gas en 1942.

Durante los primeros meses de mi cautividad en el Alex, la Gestapo me llevó de interrogatorio en interrogatorio. Me hicieron hablar ante quién sabe cuántos funcionarios. Todos se esforzaban en demostrar que yo era agente de la GPU, o que había sido enviada a Alemania por el Komintern. Me llevaban sin cesar a la sede central de la Gestapo en la Prinz-Albrecht-Strasse. Durante los interrogatorios, la radio atronaba con sus emisiones especiales. El esbirro de la Gestapo que me interrogaba se precipitaba sobre el gigantesco mapa de Europa que estaba colgado en cada habitación y en el que estaba marcado el frente con

pequeñas banderitas, y seguía con avidez la guerra relámpago de Hitler. Aquello bastaba para ponerme al borde de la desesperación. Mi suerte estaba echada: prisión o campo de concentración, pero ¿qué pasaría con Europa? ¿Conseguiría Hitler invadir y dominar Occidente gracias a la seguridad que Stalin le garantizaba por el este?

Durante algún tiempo me pusieron sola en una celda. El sol brillaba a través de las rejas sobre los cristales esmerilados, y ante aquel resplandor soñé con el verano y la natación, con los prados y los bosques. Estábamos a finales de mayo y no había visto aún ni una hoja verde.

Unos tres días después de mi llegada a Berlín, Krohn vino a buscarme para cumplir las formalidades de entrada, fotos, huellas, etcétera. Estaba solo en su despacho cuando me preguntó:

—¿Tiene usted familia en Berlín?

—Sí, mi hermana menor, pero no conozco sus señas.

Krohn consultó el listín y encontró el nombre y el número de teléfono. Sin más preámbulos, llamó:

—¿La señora Heiss? Un instante, por favor.

Y me tendió el auricular. Krohn me permitió sostener una entrevista de más de hora y media con mi hermana, en el pasillo del Alex. Bien es verdad que nos vigiló todo el tiempo, pero las visitas ordinarias no debían pasar de veinte minutos y tenían lugar en una sala completamente atestada. Un día tuve un violento dolor de muelas, y como no había dentista en la prisión, tuvieron que llevarme a la clínica odontológica de la policía. Fue el mismo Krohn quien me acompañó, y no en el «Minna verde», el furgón celular, como en mis otros trayectos a la Prinz-Albrecht-Strasse, sino en el metro. Yo andaba como entre nubes y encontraba muy extraña a la gente.



Los diversos policías que quisieron demostrar mi culpabilidad eran de otra madera que Krohn, pero el método de la Gestapo, al menos en mi «caso» particular, se distinguía fundamentalmente del de los interrogatorios de la NKVD. Allí le fabricaban a uno la acusación sin buscar pruebas. En la Gestapo, en cambio, trataban de reunir los elementos necesarios para formar un juicio. Si no lo conseguían se contentaban con la «sospecha» para establecer una «orden de traslado a lugar seguro». En julio de 1940, al cabo de cuatro meses de prisión preventiva, recibí una orden redactada en los siguientes términos: «La vida llevada por Margarete Buber hasta el día de hoy da motivos para creer que a su vuelta de Rusia debía de desempeñar alguna actividad en el Partido Comunista. Se ordena su traslado a un campo de concentración».

Acto seguido me llevaron a la celda 4, donde cien mujeres estaban esperando su traslado al campo de concentración. Eran prisioneras políticas que venían de cumplir cinco y seis años de reclusión, muchas de ellas judías, otras testigos de Jehová, otras que habían transgredido las leyes raciales con judíos o polacos —«políticas de cama», como también se las llamaba—, también había antisociales, detenidas por prostitución o por haber rechazado trabajos, y, en fin, presas comunes que una vez cumplida su pena eran enviadas a campos de concentración como «medida de seguridad». En esta celda común hormigueaban los rumores sobre la vida en los campos de concentración. Las mujeres hablaban con angustia de los perros policía y de los recuentos interminables. Pero lo que les hacía concebir un terror especial era la idea de que al entrar en Ravensbrück afeitaban la cabeza a las mujeres que tenían piojos. Por esta razón, las prisioneras de la celda 4 se pasaban horas y horas peinándose unas a otras. Las conocidas se examinaban el

cabello entre sí. Pero como venían prisioneras de todas las regiones de Alemania, día tras día llegaban cantidades ingentes de piojos; a pesar de todos sus cuidados frieron muchas las que perdieron el pelo al llegar a Ravensbrück...

Cuando me remitieron la orden de traslado sentí que me abandonaban las fuerzas. ¡Otra vez el campo de concentración! ¡Apenas había escapado de una muerte segura en Siberia, y ya recluida en un nuevo infierno! Es mucho más sencillo ir hacia un destino desconocido. Pero yo sabía demasiado bien lo que era un campo de concentración. Todas hablaban a mi alrededor de «tres meses de reeducación», pero yo no tenía ni sombra de esperanza acerca de mi próxima liberación. ¡Y, sin embargo, continuaba viviendo!

Estaba condenada a reclusión en un campo de concentración alemán por plazo indefinido. Aquello podía querer decir dos, cinco, diez o más años para las «políticas» (no me cabía duda), tanto como durara el régimen.

Cada sábado salía para el campo un transporte de alrededor de cincuenta mujeres. El viernes dieron los nombres de las que tenían que prepararse para el día siguiente. El primer sábado fue designada una doctora judía, la señora Jakoby, que procedía de una prisión. En la noche del viernes al sábado intentó ahorcarse en el sitio reservado para los retretes, separado del resto de la celda con un biombo. Pero la pobre desesperada fue descubierta por una mujer y devuelta a la vida. En 1942, la doctora Jakoby, aquejada de tuberculosis pulmonar, salió de Ravensbrück en «transporte de enfermos» para ser introducida en la cámara de gas.

Conocí en la celda 4 a una política llamada Lotte Henschel. Vino con una anciana que llevaba el uniforme de

la presidencia. Yo contemplaba a las dos y me admiraba de cómo la joven Lotte atendía a su madre. Toda detenida es invadida por una animación febril cuando ve que la vida en prisión experimenta algún cambio. Esto en Lotte era más chocante. Quizá tuviera ella la secreta esperanza de ser puesta en libertad, ya que había cumplido cuatro años y medio de reclusión. Había sido detenida con un grupo cuando tenía veintitrés años, por ser miembro de la organización de la izquierda socialdemócrata clandestina. Fue condenada por alta traición a una pena, relativamente leve, de año y medio, y la pusieron sola en una celda. Un día, en el paseo, una compañera de celda que era comunista le dio un papel para que lo hiciera llegar a otra prisionera. Lotte fue descubierta. El contenido de la carta era un programa político comunista. Pasaron el asunto a la Gestapo y Lotte volvió a la prisión preventiva, donde fue objeto de nuevos interrogatorios. La Gestapo empleó todos los medios para forzarla a confesar quién le había dado el papel y a quién debía entregarlo. Lotte se negó a contestar. La llevaron ante el tribunal y siguió guardando silencio. Fue condenada a tres años de reclusión suplementaria y tampoco habló. En la prisión trabajaba con las prisioneras comunistas. Su valerosa conducta le valió la consideración de sus camaradas, hasta caer bajo la influencia comunista.

Hablé a Lotte de mi experiencia. Estaba sentada cerca de mí, sobre la cama, y a duras penas contenía el llanto.

—Todos estos años de prisión me han hecho creer lo que los comunistas decían de la Rusia soviética. ¿Cómo podía hacer otra cosa? Era nuestra única esperanza. ¿Si pudiera dudar de tus palabras! Ahora, camino del campo de concentración, me quitas esta esperanza. ¿Por qué estamos condenados a seguir viviendo...?

# RAVENSBRÜCK

## UN NUEVO INFIERNO

El sábado, 2 de agosto de 1940, emprendí el viaje en el vagón de prisioneros, en compañía de cincuenta mujeres, hacia el campo de concentración alemán de Ravensbrück. Desde la estación de Stettin, en Berlín, marchamos hacia el norte, en dirección a Oranienburg. Mi angustia ante lo que me esperaba era tan intensa, que apenas puedo recordar a las mujeres con las que compartía el pequeño departamento con una estrecha ventanilla en el techo. Únicamente quedan en mi memoria una testigo de Jehová, originaria de Prusia oriental, que por su voz y su porte parecía una profesora, y una prostituta de Hamburgo que siempre insistía en que estaría solamente tres meses en el campo de concentración, hasta ser reeducada.

En Fürstenberg, de Mecklenburgo, el tren se detuvo. Oímos ladridos de perros y órdenes de voces femeninas antes de que se abriese el departamento.

—¡Formad de cinco en cinco! ¡Manos abajo, estúpidas!

Sus gritos nos atronaban los oídos mientras nos obligaban a descender. Dos vigilantes femeninos llevaban perros lobos y se divertían dejándolos saltar hasta muy cerca de las piernas de las aterrorizadas mujeres. Detrás de la estación había dos camiones con techos de lona, y entre un gran

alboroto fuimos empujadas hasta ellos. Después de un breve recorrido la caravana se detuvo, la vigilante entregó un papel a un centinela de uniforme, y fuimos numeradas. Chirrió entonces el portón y fuimos introducidas en el campo de concentración de Ravensbrück.

Formábamos en filas de a cinco, al borde de un parterre florido y delante de un barracón de madera pulcramente pintado. Una vigilante con botas altas, chaqueta de campaña y quepis militar ladeado sobre las crespas ondas voceaba en intervalos regulares: «¡Quietas ahí! ¡Manos abajo! ¡Alinearse!». Miraba a la gran plaza y no podía creer lo que veían mis ojos. Estaba rodeada de césped bien cuidado, con setos de brillantes flores rojas. En una calle ancha que desembocaba en la plaza y que estaba formada por dos filas de barracones de madera había árboles jóvenes, y en el borde del camino setos floridos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. La plaza y la alameda parecían recién rastrilladas. A nuestra izquierda, en la dirección de la puerta del campo, vi al costado de un barracón blanco de madera una gran jaula semejante a la pajarera de un zoológico. Dentro de ella paseaban ufanos pavos reales, había monos colgados de un árbol, y un loro gritaba siempre la misma palabra, que sonaba como «mamá». ¿Cómo podía ser esto un campo de concentración? Frente al zoo se extendía una gran superficie de césped plantado con abetos que ocultaban la única construcción de piedra visible. Esta casa —entonces no lo sabía— era la prisión del campo, el «pabellón de calabozos» llamado búnker, el infierno del campo de concentración. ¡Encubrían sus bestialidades tras setos de flores y abetos! En Siberia no lo consideraban necesario. Esta fue mi primera reacción violenta, al contemplar el idilio entre flores y animales.

Detrás del zoológico se podía ver una parte del alto muro del campo, protegido con alambre de espino; el espectáculo no permitía duda alguna respecto al lugar en que nos encontrábamos. En este día de agosto hacía un sol velado. En la plaza y en la calle del campo no había persona alguna: ningún ruido se oía, salvo el grito del loro. Vi las primeras prisioneras alemanas en el campo. Marchaban en fila por el camino, y todas las mujeres presentaban el mismo aspecto. Llevaban un pañuelo blanco bien ceñido en la cabeza, anudado hacia atrás, y sobre un traje no muy largo de rayas anchas, un delantal azul oscuro. Todas iban descalzas y únicamente marchaba junto a la columna una detenida con zuecos de madera dando órdenes:

—¡Manos abajo! ¡No salgáis de la fila!

Me recorrió un escalofrío. Así tendrás que aguantar tantos años. «¡Alinearse! ¡Manos abajo! ¡Guardad la fila!».

De pronto sonó el silbido de una sirena muy cerca de nosotras. ¡Cuánto iba yo a odiar esta sirena! Era la llamada del mediodía. En un momento cambió por completo el cuadro de la plaza y de la calle. Desde todas partes venían columnas de mujeres, con palas al hombro, todas ellas en filas de a cinco, con los brazos acompasados y haciendo variaciones en el paso. El espectáculo era indescriptible, pero aún más la algarabía de canciones, ladridos y órdenes.

Me arrancaron de mi amarga estupefacción para conducirme, con las otras, a la oficina. Una vigilante y dos prisioneras tomaban la filiación y confeccionaban una ficha para cada ingreso, que se proveía después de una fotografía en el «departamento político», que tenía su sede en la comandancia, donde estaba el archivo. En el departamento político estaban también los expedientes de todas las reclusas, que podían ser examinados por las autoridades del

campo pero cuyo contenido era desconocido para nosotras. En Ravensbrück había un sistema burocrático auténticamente prusiano. Las pasaban por los más diversos trámites hasta que estaban totalmente uniformadas y clasificadas.

Después del ingreso en la oficina las cincuenta «nuevas» fuimos conducidas a las duchas. Primeramente se nos despojó de todos los objetos personales: vestido, ropa interior, zapatos y medias. Esto estaba a cargo de mujeres con delantal blanco que también eran prisioneras y que llevaban en la manga un trozo de paño triangular de color rojo o lila, con un número. El color rojo lo llevaban las de la sección política, lila las testigos de Jehová, una estrella roja y amarilla las judías políticas, una estrella negra y amarilla las llamadas «políticas de cama», negro las «antisociales», y verde las delincuentes comunes. Trataré más adelante de los diferentes colores de los brazaletes y también de los distintivos de «fugas» y «reincidentes». Después de habernos desprovisto de nuestros vestidos, empezaba el temido proceso de la búsqueda de piojos. Esta función la desempeñaban dos testigos de Jehová. Una de ellas se llamaba Emmi. Invitaba a las mujeres con una dulce sonrisa a que se sentaran, examinaba con toda atención y celo las cabezas y ¡pobre de la que tuviera huella de piojos o presentara liendres recientes! Se sacrificaban las cabelleras sin compasión. Tuve ocasión de observar a Emmi realizar su tarea durante años. El corte de pelo se había convertido en su mayor placer. Cuanto mayor era el fervor de una mujer mendigando y suplicando, cuanto más hermoso y abundante era su pelo, con celo más demoníaco preparaba Emmi — testigo de Jehová— su máquina de cortar el pelo y convertía una cabeza rizada y atractiva en una triste calva.

Sorprendentemente, en mí no encontró motivo alguno para el rapado.

Con la misma exactitud y minuciosidad, otra prisionera buscaba las ladillas.

En la ducha se disponía de agua caliente, toalla y un trozo de jabón. También aquí ejercía su dominio una reclusa cuyo tono no se distinguía en nada del de la vigilante. Desnudas y escandalizadas, unas con pelo y otras sin él, nos sentamos en un banco y esperamos angustiadas el siguiente examen.

El doctor Sonntag, médico de las SS —de un metro noventa de altura—, se presentó a reconocernos calzado con botas de montar y restallando un látigo. «¡Formad!» Cincuenta mujeres desnudas formamos una larga cola. Algunas se tapaban con la toalla. Las prostitutas reían alegremente. Tuvimos que pasar una a una ante él. Nos ordenaba abrir la boca e iluminaba las fauces con una linterna. Después nos preguntaba los motivos de nuestra condena. Cuando le dije que yo era política, dijo:

—¡Bah!, la auténtica mujer fusilable...

Había terminado la exploración médica y se nos hizo entrega del uniforme de prisionera. Camisa de tela áspera de algodón, pantalones de una longitud risible, un traje de rayas, un delantal azul y un pañuelo blanco para la cabeza. Ataviadas de esta forma, marchamos descalzas en filas de a cinco por la calle del campo, hasta el bloque 16, que era el barracón de ingreso.

Los bloques estaban en la parte final de la calle del campo, uno frente al otro, de tal modo que entre cada uno de los barracones se formaban callejas laterales. Las puertas de entrada para cada dos barracones estaban encaradas. El camino entre el bloque 16 y el 14 estaba cerrado por una verja. Las «dueñas y señoras» de un bloque eran en general



la «responsable» y las dos jefas de departamento. Estas representaban la superioridad entre las prisioneras. Aparte de ellas, había una vigilante de las SS para cada barracón, la directora del bloque.

Se nos presentó la responsable, Minna Rupp. Con un tosco acento suevo fue diciendo nuestros nombres y entramos de dos en dos en el pasillo del bloque 16. Toda recién llegada recibía una escudilla, un plato y un vaso de aluminio, cuchillo, tenedor y cuchara, un vaso de cristal para los dientes y además una toalla y un paño para los cacharros. ¡Pero esto no era todo! No hay que olvidarse del trapo para limpiar el calzado. En realidad, íbamos provisionalmente descalzas, pero había que respetar el reglamento. Con todos estos tesoros bajo el brazo penetramos en el barracón. Allí, sentadas en torno a diez mesas, las prisioneras constituían una penosa visión: seres con uniforme a rayas, algunas con pelo, otras sin él y con medias de punto de color gris. El local estaba invadido por un olor de madera húmeda. A nuestra entrada se hizo el silencio, pero después de que nos pasaran revista se comenzó a oír de nuevo el murmullo de la charla. Entonces, muy cerca de nosotras aulló la jefe del bloque con una voz que hubiera retumbado en el patio de un cuartel: «¡Ni una palabra!». Se hizo instantáneamente un profundo silencio, y una de las jefas del departamento indicó a cada dos de las ingresadas un armario cuartelero donde, siguiendo normas estrictas, colocamos platos, cubiertos y trapos. Por ejemplo, el paño para la vajilla debía estar resplandeciente y colgado como una corbata de caballero en la puerta del armario.

Arrastraron las enormes cubetas metálicas de la comida, herméticamente cerradas. Fueron colocadas sobre taburetes delante de la ventana, en la puerta de entrada del local, y la jefa del bloque, agitando una gran cuchara, amenazó:

—¡Si no hay silencio, no va a comer nadie!

Todas nos precipitamos hacia el armario para recoger nuestros cacharros y formamos una larga cola para recibir la sopa. Mi primera comida en el campo de concentración alemán fue una papilla dulce con frutas hervidas. Mi asombro no tenía límites. Pero cuando todas las prisioneras recibieron una gran ración de pan blanco, un trozo de salchicha, unos veinticinco gramos de margarina y una cucharada de manteca de cerdo, me volví estupefacta a una presa «veterana» y le pregunté:

—¿Es que va a venir algún inspector al campo?

Me miró, no muy convencida de mi cordura.

—No, ¿por qué?

—¿Siempre dan esta comida?

—¡Claro! ¿Te parece excesiva?

—No, no..., yo...

Estaba perpleja.

En algún punto lejano retumbó la sirena del campo y la orden categórica de formar para el recuento atronó el barracón. «¡Taburetes en alto!» Se pusieron los asientos sobre las mesas para que se pudiera barrer, y los cientos de mujeres se precipitaron al exterior, al camino entre los barracones, y formaron en filas de a cinco.

—¡Alineaos! ¡Silencio! —gritaban las jefes del barracón y del bloque.

Yo estaba muy al final y contemplaba el alto muro del campo coronado por cinco hileras de alambre de espino. En un trozo de césped por debajo del muro había un tablero negro fijado en el suelo en el que resaltaba en blanco una calavera y dos huesos cruzados. Pregunté en voz baja a mi vecina:

—¿Qué significa eso?

—Pero ¿es que no sabes que la alambrada tiene carga de alta tensión? ¿No has oído lo que le ha pasado hoy a la gitana?

Una atronadora orden de silencio nos hizo enmudecer inmediatamente. Nos guiñamos un ojo. Después me lo contaría.

Continuábamos en pie. Constantemente nos mandaban que nos alineáramos, que nos pusiéramos bien el pañuelo. Por fin ordenaron prestar atención. Una de las vigilantes uniformadas avanzaba contando las filas de mujeres, acompañada de la jefa del bloque encargada de estos datos.

Y siempre de pie. Los pies descalzos empezaron a dolerme, puesto que había perdido la costumbre de caminar y pasarme horas sin tomar asiento. Descansaba mi peso en una pierna mientras relajaba la otra y flexionaba los dedos entumecidos. Al fin, después de otra hora y media, sonó la sirena. «¡Rompan filas!» Y de todas las bocas salió un «¡ah!» liberador. Esta era la primera llamada para recuento en Ravensbrück, y este martirio se repetía dos veces al día, por la mañana y por la tarde, con lluvia, a pleno sol, con huracanes y con nieve.

Mi desconocida vecina, que estaba ya desde hacía una semana en Ravensbrück, me refirió el espantoso suceso de ese día. Detrás del lavadero, una gitana, madre de varios hijos, se había tirado sobre el alambre de espino cargado con corriente de alta tensión al recibir la noticia de que su marido «había caído en el campo del honor».

—Cuando llevemos al lavadero las toallas sucias, ven conmigo. De la alambrada de espino cuelgan todavía los dedos carbonizados que han quedado allí al desplomarse el cadáver —añadió con una mezcla de horror y morbosidad.

Todavía se distribuyó en el barracón algo más entre las ingresadas. Esta vez eran dos gruesas mantas de lana, una sábana blanca, colcha y almohada a cuadros azules y un camisón a rayas blancas y azules. Teníamos que aprender a hacernos la cama, otra infernal idea prusiana. El bloque 16, como todos los barracones en Ravensbrück, constaba de dos secciones: la A y la B. En cada una de ellas había un local para estar durante el día y un dormitorio. Originariamente se proyectó para albergar a cien mujeres, pero ya en 1940 tenían que alojarse doscientas cincuenta, como anticipo de las quinientas de años sucesivos. Cada barracón disponía de un local de aseo con lavabos y baños para los pies, un retrete y un cuarto de servicio para la directora del bloque de las SS, aunque no lo ocupaba más que por la mañana y algunos ratos por la noche. El resto del tiempo, la permanencia en esta habitación individual era privilegio de la responsable del bloque.

De este modo, el barracón de Ravensbrück me pareció un palacio en comparación con las chozas de barro de Burma. ¡Cómo imaginarse un retrete y un lavabo, mesas, taburetes y armarios! En todo Karaganda no había mesas ni sillas para las prisioneras. ¡Y qué decir del dormitorio con sus siete filas de camas, entonces en dos pisos, donde cada prisionera disponía de su propio lecho con un jergón de paja! Mi cama estaba en el primer piso; junto a mí dormía una muchacha de diecinueve años con la cabeza rapada. Era una «querida de los polacos», según la denominación que en el campo de concentración daban a las mujeres detenidas por «relaciones con los polacos».

Por orden de la jefa del departamento teníamos que mantener en buenas condiciones el jergón de paja. No debía presentar abultamientos, sino que había de ser completamente uniforme. Teníamos que revolver la paja con

las manos; para ello vino en mi ayuda la vecina del otro lado. Era una profesora de piano polaca que había llegado hacía quince días en un transporte desde Thorn. La mayoría de las prisioneras del bloque 16 procedían de este transporte y eran profesoras polacas, escolares, empleadas e intelectuales, con las cuales se hubiera podido convivir muy bien de no haber sido porque había que cumplir las normas del campo dictadas por el fanatismo de la responsable del bloque, y por las trabas y los regañones innecesarios que eran tan del gusto de la representante de las SS en el bloque. La amable profesora de piano, como la mayoría de las prisioneras antiguas, poseía ya «herramientas» para hacer la cama. Eran tablas planas de madera parecidas a las de prensar la ropa y palos con los que podía rellenarse de paja hasta el más recóndito rincón del jergón; por otra parte, con las tablas se alisaban las mantas plegadas según severos ritos, para colocarlas sobre el saco de paja y la almohada, hasta darle una rígida apariencia. Me faltan palabras para describir los tormentos que representaba hacernos la cama; en el primer piso había que realizar esta obra de arte sobre el listón estrecho y balanceante del catre. ¡Desgraciada de la que no hubiera hecho la cama siguiendo las normas establecidas! Podía transcurrir algún tiempo, pero la responsable del bloque o la directora de las SS hacían inútil un trabajo y había que volver a hacerla, como castigo, en el reposo de mediodía. Si se repetía la falta, se daba irremisiblemente parte de ello. La palabra «parte» se cernía como amenaza constante sobre las detenidas. Un parte significaba el «castigo de privación de alimento», un calabozo oscuro en el búnker, el «bloque correccional» o, lo que era aún peor, recibir veinticinco palos. Por hacer mal la cama se imponían corrientemente ocho días de privación de la comida del mediodía o de la noche, y traslado al

correccional. Por la noche, después de la hora y media de la llamada para recuento, las que habían delinquido, que naturalmente habían trabajado durante el día, tenían que permanecer en pie hasta que, hacia las nueve, la sirena daba el toque de silencio; entonces, hambrientas, heladas y con las piernas doloridas, se arrastraban hasta su jergón de paja. Pero tampoco ahora podían descansar. Por la noche, al ir a dormir, había que apilar el traje y la ropa interior, realizando unos dobleces previamente determinados, de tal modo que fuera bien visible la manga izquierda con el distintivo y el número, para que la vigilancia nocturna, hacia las nueve o nueve y media, pudiera comprobar si todas nos habíamos quitado realmente la ropa o a alguna se le había ocurrido meterse en la cama con la camisa o las medias. La vigilante, acompañada de su perro policía, controlaba las filas de camas y, según estuviera de humor, echaba abajo las mantas de una cama o lanzaba improperios soeces por el mal olor del dormitorio, con un estruendo que a todas estremecía.

Mientras se estaba en el bloque de ingreso no había que ir al trabajo. Se tardaba cumplidamente una semana hasta que estaban listas todas las formalidades de la entrada. De la comandancia al «departamento de sanidad» y de allí al servicio de identificación, éramos conducidas por la responsable del bloque, oyendo sin descanso las voces de mando que ya nos eran familiares; en todas partes nos preguntaban lo mismo: «¿Dónde, cuándo y por qué ha sido detenida?». Entretanto, a causa de la agotadora revista y la marcha por las calles del campo, en las que habían esparcido guijarros, las plantas de los pies se nos habían hinchado exageradamente. Cada paso nos producía un terrible dolor. Cuando ya había pasado a duras penas la clasificación, recibí, como distintivo de mi existencia definitiva como prisionera, un triángulo rojo y un número cosido a la manga

izquierda del vestido; la responsable del bloque me explicó cómo tenía que presentarme de ahora en adelante a las autoridades de las SS: en posición de firmes y los brazos pegados a los flancos: «Margarete Buber, en prisión preventiva, número 4.208».

En 1940, en dieciséis barracones vivían 4.200 mujeres. Tenía entonces Ravensbrück solamente una calle —más adelante fueron tres— en la que, aparte de los barracones-vivienda, había un edificio para guardarropa y utensilios, dos sastrerías, dos enfermerías y un barracón lavadero. La plaza del campo estaba rodeada por el barracón de las cocinas, la oficina de la vigilante jefe de las SS, el departamento de baños, una cantina de las SS, el zoo y el «pabellón de calabozos».

Cuando ingresé vivía detrás de la reja que cerraba el camino lateral y contemplaba con asombro el hervidero de mujeres con traje a rayas que había en la calle del campo durante el paseo. Sabía ya que las reclusas con función más alta se distinguían por un brazalete rojo, y que había «prisioneras instructoras», que también llevaban brazalete rojo y cuya actividad era igual a la de los brigadiers de Karaganda.

Aproximadamente después de una semana de vida en el campo de concentración me senté en un taburete en el local de día e hice punto de media con lana basta. Me acomodé sobre mis pies desnudos para intentar calentarlos, influida por la costumbre adquirida en la prisión rusa después de tantos años de sentarme sobre tablas. Alguien me llamó. En la puerta estaban Betty Wiedmann; nuestra jefa de bloque, Minna Rupp, y una tercera mujer igualmente con brazalete rojo. Me presenté y se me ordenó salir. Una de ellas me cogió por la manga izquierda y comprobó el número.

Entonces me hicieron seguirlas al dormitorio, cuya entrada durante el día nos estaba estrictamente prohibida, y comenzaron a interrogarme.

—¿Has sido detenida en Moscú?

—Sí.

—¿Por qué?

Me hacían las preguntas con tal insolencia que comprendí inmediatamente que eran comunistas; por ello, procuré que cada una de mis respuestas ofendiera profundamente a un corazón estalinista.

Abandonamos el dormitorio, y volví a trabajar en mi labor sin hacerme una idea clara de las consecuencias que tendría esta conversación, ni de que yo, aun antes de que fuera notada mi presencia en el campo, estaba ya proscrita.

## ENTRE PROSTITUTAS Y DELINCUENTES COMUNES

Al cabo de algunos días era ya amiga de las polacas del bloque de ingreso. En la segunda semana vino la amable profesora de piano y se ofreció, en nombre de las demás prisioneras polacas del bloque 16, a «recomendarme» como responsable del bloque. En primer lugar, yo era una prisionera política alemana y tenía ya experiencia de los campos de concentración, pero además esperaban que yo no incurriera en las mismas faltas que nuestra tirana actual, Minna Rupp. Me negué aterrada:

—¿Qué os habéis pensado? ¡Yo no podré ser jamás jefa de bloque! Tendría que gritar «¡boca cerrada!», «¡manos abajo!», «¡quietas!»; y tendría que ponerme firme delante de



las SS y dar voces de mando... Soy completamente incapaz de mandar a otros.

Trataron de persuadirme:

—Esto se aprende enseguida. Además, con nosotras no tendrás necesidad de ordenar nada. ¡Nos harías tan felices si aceptaras!

Sólo de pensar en que podía convertirme en responsable del bloque me invadió un sudor de angustia; intenté convencerlas de mi falta de aptitudes:

—Además, no sé hacer la cama y mi armario está siempre desordenado. Otra cosa: quizá me vea obligada a denunciar a alguna, y no estoy dispuesta a dar parte de nadie.

Pero las polacas eran testarudas, y los tormentos de Minna Rupp les impedían volverse atrás.

—Tienes que pensar que las cosas irán de otro modo, siendo tú la jefe. Nosotras somos razonables y te ayudaremos en todo lo que podamos.

Poco a poco me fueron convenciendo. Todavía hoy no sé por qué medio pudieron recomendarme. En cuanto a la habilidad para entablar relaciones y lograr posiciones eran inigualables en el campo de concentración.

Poco tiempo después de esta conversación fui llamada a presencia de la vigilante jefe; nuestra responsable me situó al borde de los macizos de flores, junto a otras cinco o seis mujeres inmóviles en posición de firmes. Esperábamos; una de las ocupaciones principales de las prisioneras es la de esperar. Llegó finalmente a nuestra fila la vigilante jefe Langefeld; nos examinó atentamente por separado, y después preguntó una a una por qué y dónde habíamos sido detenidas, y cuánto tiempo hacía que estábamos en el campo. A continuación me dijo:

—¡Coja usted inmediatamente sus cosas y vaya al bloque 2! A partir de ahora será la responsable de departamento.

Yo todavía no sabía lo que era el bloque 2, pero temblaba al saberme responsable. Las polacas que esperaban el resultado de su gestión pusieron cara de espanto al saber mi nombramiento.

—¡Dios mío, al bloque 2! ¡Es el de las antisociales!

Así, completamente confusa y llena de temor, recogí todas mis pertenencias, me trasladé al bloque 2 y me presenté a su responsable, Liesl Müller. Ya al penetrar en este barracón me estremeció un ruido ensordecedor, y me hizo retroceder un penetrante olor a letrina.

La jefa del bloque, Liesl Müller, una lorena que en la época de la República de Weimar había estado en la cárcel en unión de su marido por espionaje en favor de Francia, y que al estallar la guerra ya había sido recluida en prisión preventiva por los nazis y posteriormente internada en el campo de concentración, torció el gesto cuando oyó que yo estaba en el campo desde hacía sólo quince días. Era una provinciana de cortos alcances que había tratado de asegurarse ventajas personales cumpliendo correctamente todas las ordenanzas del campo y mostrándose servil ante las SS; lo peor es que no había podido resistir las tentaciones de la vida en el campo de concentración y entabló relaciones amistosas con delincuentes comunes. Era la encargada ideal para el bloque de las antisociales, en el concepto de las SS. Mandaba, reñía, amenazaba con denuncias y no tenía el menor escrúpulo en dar parte a la directora de las SS, Drechsel, uno de los monstruos más temidos de Ravensbrück.

Entré juntamente con Liesl Müller en el local de día de la sección A, en el bloque 2, donde tenía que hacerme cargo de

mi misión de responsable de departamento. Solamente después de que mi acompañante golpease enérgicamente con un objeto duro sobre el cubo de metal que había en la puerta y ordenase silencio, enmudeció aquella jauría delirante; todas me miraron. Liesl Müller me presentó con las palabras:

—¡Vuestra nueva responsable de la sección!

Las ventajas de mi situación eran las de poseer un armario propio, tener la cama en lugar preferente en el ángulo de la ventana, un vestido nuevo que casi parecía hecho a mi medida, un bonito delantal de lienzo y chanelos de madera; pero lo más decisivo era una cinta verde en el brazo derecho que me permitía deambular por el campo sin ninguna traba. No me atreví a usarlo en las primeras semanas más que durante el paseo obligatorio por la calle del campo. El comienzo de mis obligaciones fue cosa de unos diez minutos, y mi primera tarea consistió en distribuir la comida del mediodía. La orden decía: «Durante las comidas debe reinar un silencio absoluto». Yo estaba azorada, dispuesta únicamente a repartir equitativamente las raciones. Cien pares de ojos estaban fijos en la cubeta con legumbres y patatas cocidas sin pelar; todas vociferaban.

—¡Jefa, empiece por la mesa tres!

—¡Jefa, la mesa cinco quiere que se le sirva más ración!

—¡Jefa, hoy me quedo yo con los restos de la olla!

Desfallecida, dejé caer el cucharón y dije suavemente:

—Por favor, guardad silencio; si no, la jefa del bloque os castigará. Nadie me hizo el menor caso. Las mujeres se encaramaban a los taburetes y rugían:

—¡Si no se distribuye la comida más deprisa va a sonar la llamada al trabajo, y ninguna habrá tenido nada que zampar!

Se levantó una mujer de mentón muy pronunciado y ojos pardos muy vivos, se abrió paso hasta mí y con una voz que parecía acostumbrada a dar órdenes gritó:

—¡Si no os vais inmediatamente a vuestros sitios y os seguís portando tan rastreramente con la responsable del departamento —soltó después un taco—, se devolverán las ollas de comida a la cocina!

El resultado fue sorprendente. Se trataba de Else Krug, una prostituta de Düsseldorf con la agravante de «sádica».

Cuando ya me había acostumbrado un poco al ambiente desconcertante del bloque 2 y ya podía distinguir algunas de las caras, entablé conversaciones y pretendí entrar en contacto con las compañeras de cautiverio de la sección antisocial, a fin de conseguir una convivencia más digna, a pesar del campo y de las SS; salvo dos excepciones, no experimenté más que desengaños. Después de la experiencia que tenía de las antisociales en Siberia, no hubiera debido hacerme ilusiones, pero no podía evitar considerarlas «víctimas de la sociedad». Y su situación en los campos de concentración alemanes era mucho más digna de compasión que en los rusos. En las circunstancias anárquicas de los campos de concentración de Siberia, se imponía fácilmente una prostituta, puesto que estaba en su propio elemento. Pero aquí se trataba de mujeres prostituidas, por lo general con una enfermedad venérea, y adoleciendo muy frecuentemente de un trastorno psíquico, acostumbradas a una vida soportable con estupefacientes, de seres cuya salud está ya destruida y que no han trabajado nunca con regularidad, caídos en las garras del régimen de un campo de concentración nazi-prusiano para educarse en el aprendizaje, el hábito del trabajo y el orden. Para caracterizar la insolente moral nazi, tengo que adelantarme

algunos años. En 1942 llegó una comisión de oficiales de las SS desde Mauthausen. Venían a seleccionar doce mujeres del bloque 2. La elección se basaba en la turgencia de sus senos y las formas de otras partes del cuerpo. Tenían que presentarse desnudas ante la comisión, en la sala de baños de Ravensbrück, para ser llevadas a un burdel de Mauthausen; en recompensa, obtendrían la libertad al cabo de seis meses. Puede imaginarse el revuelo que se organizó entre las antisociales, pues todas ellas querían ser seleccionadas.

Se comprende perfectamente que una prisionera se sienta mortificada por trabajar para las SS, pero aún es peor tener que hacer la tarea de otra prisionera, o luchar por protegerse de las denuncias. Precisamente entre las antisociales las denuncias desempeñaban un papel muy importante, ya que para ellas, y para las sujetas a acusaciones políticas leves, siempre existía la posibilidad de que fuesen puestas en libertad; por el contrario, cada castigo en el campo prolongaba el cautiverio por lo menos en tres meses. Intenté hacérselo ver claro a mis antisociales, y apelé a la lógica. Me resistía a tenerlas en jaque con amenazas u órdenes. Pero este método educativo demostró ser totalmente inadecuado. Para ellas, el hacer las camas, limpiar los armarios y fregar las mesas y taburetes no era más que una manía mía. Aunque muchas de ellas ya habían recibido castigos, su modo de ver las cosas era absolutamente infantil: «Quizá también hoy pase inadvertida y la vigilante no vea mi cama ni mi armario». Para poder evitar los partes tuve la idea de buscar un par de «voluntarias» con «tarjeta para servicio interior» pero que no estuvieran tan enfermas como para no poder moverse, o «disponibles» (eran prisioneras que estaban todo el día de suplentes disponibles para el trabajo), y arreglar con ellas las camas y los armarios descuidados.

¿Cuál fue la consecuencia? En primer lugar, que las camas cada vez tenían peor aspecto —«de todas maneras las tendrían que volver a hacer»—, y en segundo lugar, que las voluntarias, sin saberlo yo, naturalmente, arrebataban el pan o la comida a aquéllas para las que habían trabajado; aparte de ello, me traicionaron en la primera ocasión, tanto ante la jefa de bloque como ante la Drechsel.

Las denuncias eran lo más detestable de las antisociales. En el campo de concentración las amistades juegan un papel muy diferente que en libertad. Naturalmente, el carácter de una amistad responde por lo general a la mentalidad de las partes, y esto debía tenerse en cuenta entre las prostitutas. Un día Annemarie descubría su corazón a Lieselotte, se lo había contado todo, le había regalado media ración de pan y jurado fidelidad hasta el fin de la condena, o incluso para toda la vida. Al siguiente, Annemarie recibía en el reparto de ropa interior unas bragas más cortas y más elegantes, y la pequeña Lieselotte le pedía que se las cambiara por las suyas. La fiel amiga se negaba a gritos, a continuación se culpaban mutuamente de todas las desgracias y acababan por denunciarse. Se denunciaban por haber concluido la amistad o por envidia. Todas las discordias personales se hacían públicas. Cuando, por la noche, después de la jornada en el campo que empezaba a las cuatro y media de la mañana, caíamos finalmente sobre el jergón de paja y lo único razonable hubiera sido descansar, comenzaban a explotar las pasiones en el dormitorio. Desde el fondo del bloque gritaba una:

—¿De modo que dices que has tenido un abrigo de visón? Rosa te conocía ya cuando estabas en libertad; ¡ni una mala falda tenías para taparte el trasero! ¡Te ibas con cualquiera por cincuenta céntimos!

Y la atacada se revolvía:

—¡Calla la boca! ¡Siempre es mejor una respetable mujer de la calle que una porquería como tú!

En otro rincón del dormitorio alguna cantaba: «Mamaíta, regálame un caballito; un caballito sería para mí el paraíso...».

Más allá Gerda le prometía a Hannelore que le regalaría un bollo el primer día de compras en la cantina, y Hannelore replicaba: «Cuando estemos fuera de aquí yo te daré todo lo mío. He dejado mi baúl al cuidado de la patrona y te aseguro que lo tengo bien lleno».

Y luego las «raterías». Por los «robos entre camaradas», como eran llamados sonoramente por las SS, se imponían veinticinco palos, hasta cuarenta días de arresto en la oscuridad, y calabozo correccional, en ocasiones.

—¡Jefa, hoy me han robado el pan de mi armario! —vino a decirme por la mañana una interna llorando y con expresión desesperada—. ¡Y sé quién ha sido! Anoche la oí masticar en la cama hasta mucho después de que tocaran silencio. ¡Y yo sé que se comió su ración inmediatamente después del reparto!

Luego las dos se acusaron, una de robo y la otra de querer engañarme. Todo entre un griterío formidable.

Prometí investigar el asunto, y ya estaba inclinada a creer a la robada, puesto que era muy real y convincente la expresión de su dolor y consternación por haberse quedado sin pan. Únicamente me extrañó que la perjudicada sospechara de otra, pero no me había dicho su nombre enseguida, cosa que en general hacían sin ninguna dificultad. Al distribuir el café, antes de formar para la llamada de recuento, consulté con Else Krug y le pedí consejo en este asunto del robo. Else me preguntó:

—¿Es Trude la que te habló? ¿No crees que está un poco loca?

—Sí, se llama Trude, pero no sé hasta qué punto no sea normal...

—Lo que yo sé es que Trude se ha quejado veinte veces de que le habían robado el pan desde que estoy en el bloque 2. Lo hace por ver si al mediodía logra que le aumenten la ración.

Fueron pasando los días con robos, calumnias y denuncias. Mi única preocupación era impedir que estas historias llegaran a oídos de la directora del bloque, Drechsel, pues entonces acabarían en palizas o denuncias.

## DE NUEVO, VIDA DE CAMPO DE CONCENTRACIÓN

Durante las dos primeras semanas en el bloque de ingreso me pareció que el máximo tormento era la llamada para pasar lista, pero ahora constituía mi único descanso. Por lo menos se podía estar en paz y al aire libre sin alboroto ruidoso. Las antisociales estaban al borde de la calle del campo, en filas de a cinco con la espalda dirigida hacia el bloque 2. Enfrente estaban las del bloque político 1, y a nuestro lado las gitanas del bloque 4, en diagonal frente a las testigos de Jehová del bloque 3; así a todo lo largo de la calle. Los pelotones de mujeres con trajes a rayas estaban inmóviles y silenciosos; las filas eran geométricamente rectas. Sólo quebraba la calma algún «¡silencio!» o «¡atención!». Por detrás de los oscuros pinos que se divisaban al final del camino, sobre el muro del campo, salió el sol y el cielo se hizo dorado. Pensaba yo en Burma que el



cielo de las estepas superaba a todo en belleza, y en Ravensbrück me pareció no haber visto en la vida un cielo tan maravilloso. Cuando se estaba como cautiva en el campo se dirigía la mirada al cielo porque no hay en él ningún muro ni alambrada; las nubes, las estrellas relucientes y los pájaros es lo único libre que no puede sernos arrebatado en el campo de concentración. La otra libertad, el bosque, la calle, la pradera, el hogar, la vida toda, se hundía cuanto mayor era el tiempo que un ser humano llevaba tras de los muros, e incluso se adormecía el ansia de libertad. Quedaba únicamente la bóveda celeste. En las llamadas matutinas para el recuento volaban a veces sobre nosotros, de este a oeste, jirones de nubes como banderas trémulas, o en ocasiones como el humo de incendios lejanos. Cuando estábamos en el mismo lugar por las tardes, recorrían el firmamento nubes aborregadas de color rosa, sobre un horizonte nacarado. El tiempo se desvanecía en el cielo, al transformarse de hora en hora. Detrás del muro del campo de concentración se veían por el este algunos pinos de tronco elevado; por el oeste, además del techo del «pabellón de calabozos», los sauces acogedores, y detrás del bloque 2 y de los barracones, sobre el lado izquierdo de la calle, una mezquina plantación de pinos jóvenes crecidos sobre un suelo reseco; esto un año tras otro: parecía no existir ya la sensación de vida.

La «llamada al trabajo» se realizaba en forma estrictamente militar. En el punto donde la calle del campo desembocaba en la plaza, se situaba en una especie de pupitre una instructora jefe de las SS o, en años posteriores, la vigilante del servicio de trabajo. Las columnas, en filas de a cinco, marchaban marcando el paso, desfilaban por delante de esta mesa y eran contadas, al igual que las que se quedaban tejiendo en el barracón, las «disponibles» y las

enfermas con «tarjeta de servicio interior». En aquella época, la productividad del trabajo no desempeñaba papel alguno. Se acarreaba arena con la pala de un montón a otro, y vuelta a empezar. A partir de 1941 las SS comenzaron a ofrecer las prisioneras como mano de obra a las granjas vecinas y las destinaron a labores agrícolas y acondicionamiento de carreteras; poco a poco los campos de concentración se convirtieron en un factor importante en la industria de guerra alemana. En el otoño de 1940 se trabajaba ocho horas, con un descanso de dos horas al mediodía. Durante estas ocho horas obvia decir que las mujeres eran duramente atormentadas. En toda época las autoridades del campo de concentración concedían valor, al hacer la selección de la plana mayor de vigilantes, al credo nacionalsocialista y a las correspondientes cualidades de carácter. Tipos como la vigilante Drechsel, que martirizaba por propia iniciativa, de los que no podía decirse que carecieran de fantasía en sus brutalidades, hubo pocos en los siguientes años de campo de concentración. Se buscaba el personal de vigilancia entre las mejores y se le instruía convenientemente.

Una de las alegrías de la vida en Ravensbrück era hacer compras en la cantina de prisioneras. En 1940 y 1941 estaba surtida de bollos, mermeladas, melaza, empanada de pescado y toda clase de artículos de tocador. Esta cantina era una fuente especial de ganancias para las SS, pues las prisioneras que podían recibir dinero de sus casas compraban de todo lo que se les ofrecía y pagaban los precios exigidos.

En el campo de concentración de Ravensbrück se podía escribir y recibir una carta al mes. Justo al llegar al campo había que indicar la dirección a la que había que enviar la correspondencia. En los primeros años imperaba una estricta censura y más adelante, cuando el contingente del campo

aumentó de forma abrumadora, hubo más tolerancia, al igual que en muchas otras cosas. Las cartas debían estar escritas en un papel que comprábamos en la cantina y que llevaba el membrete de «Campo de concentración de mujeres. Ravensbrück», junto con las disposiciones sobre la correspondencia de las prisioneras con el exterior. Había papel especial para las políticas «veteranas», para las testigos de Jehová, que al lado de las disposiciones llevaba impreso en letras verdes «Yo soy testigo de Jehová» y que sólo podía contener cinco renglones de texto. Para todas las detenidas durante la guerra el papel tenía un sello en letras negras, y podía contener dieciséis renglones. Las cartas de las antisociales a sus parientes eran conmovedoras. En mi calidad de jefe de departamento tenía que examinar todas las cartas de la sección A del bloque 2, para evitar posibles infracciones de las normas de censura. ¡Qué tristeza sentía al leerlas! «Querida madre: Escríbeme aunque sólo sea una palabra. Estoy muy sola». «Querida madre: Te he hecho mucho daño, pero ahora estoy decidida a ser mejor. Si salgo de aquí, trabajaré siempre y lo haré todo bien. Envíame siquiera un marco...».

Se imploraba al padre, a la hermana o a la tía una sola palabra, un solo marco. Muy pocas recibían contestación, porque las familias las habían repudiado. Si algún sábado —únicamente en este día se distribuía correspondencia— llegaba una carta inesperada, porque una madre se había enternecido, corrían entonces lágrimas a raudales. Pero el domingo habían olvidado totalmente sus buenos propósitos y cantaban con entusiasmo: «No puede haber nada más hermoso que ser en Hamburgo una chica que se da por dinero».

Salvo la llamada para lista, el domingo era un día festivo e incluso teníamos comida especial: gulasch, lombarda y

patatas cocidas sin pelar. El domingo había que pasear por la calle del campo. En las fachadas de los barracones, a ambos lados del paseo, se habían dispuesto altavoces y, cuando las que estaban de guardia no se olvidaban, retransmitían algún concierto. Después de años sin oír música, como era mi caso, esto constituía un gran regalo y hasta se toleraban pacientemente las frecuentes marchas militares y los nauseabundos cantos bélicos, con tal de poder escuchar de vez en cuando composiciones de Schubert o Mozart. Miles de mujeres con trajes a rayas, por parejas o solas, cada una de ellas con el pañuelo reglamentario en la cabeza —que solamente debía dejar a la vista dos centímetros de pelo—, como corsarios fantasmales, hacían un corro cada vez mayor para escuchar la música.

Uno de esos domingos deambulaba yo por el paseo del campo entre las mujeres anhelando conversar con algún ser humano. Vi a una con distintivo rojo en la que, por su expresión y porte, reconocí una «antigua» política. Oí unos pasos detrás de mí y que me decían en voz alta:

—¿Hablas ruso?

En el otoño de 1940 no había ninguna prisionera rusa en Ravensbrück, y la miré con asombro. Esta pregunta me la había dirigido una mujer de pequeña estatura, regordeta y de mirada penetrante. Contesté en ruso, pero ella continuó en alemán. Sabía que yo había vivido en Moscú y tenía allí conocidos. Me preguntó después dónde había vivido. Cuando se lo dije inquirió:

—¿Conoces también al camarada Chemin?

Contesté afirmativamente.

—¿En qué habitación del hotel Lux vivía?

Mi ingenuidad me hizo contestar, ya que debía de haberme dado cuenta de que era interrogada por orden

comunista.

—Si no recuerdo mal, Chernin vivía en tal número, pero fue detenido por la NKVD en el verano de 1937, y su mujer y sus dos hijos fueron expulsados del hotel. —Permaneció en silencio y yo continué—: ¿Te interesas también por el paradero de los camaradas del Komintern Piatnitski, Waletski, Kraievski y Lenski? Tuvieron el mismo sino que Chernin.

Sin decir una palabra más, me volvió la espalda. Supe más tarde que se llamaba Palečkova y que desempeñaba un papel importante entre los comunistas checos.

Volví al bloque 2 para distribuir el té de la tarde. Estaban todas sentadas, y en cada mesa había alrededor de quince mujeres. Unas cantaban sus desagradables canciones y otras desgranaban un repertorio cuya principal característica era el falso sentimentalismo; sentían nostalgia de su madrecita, o hablaban del amante que había trepado por la abrupta quebrada para coger la blanca flor de los Alpes, se precipitó en el abismo y fue encontrado por la novia; con el corazón desgarrado ésta se lamentó: «Tenía en su mano una flor blanca enrojecida por la sangre...».

Else Krug se sentó a mi mesa. Me contó entonces su vida de prostituta. Hasta aquel momento no alcancé a comprender aquel fenómeno sobre el que había leído tantas obras de literatura médica y seudocientífica. Al contrario que las demás antisociales, Else Krug hablaba seca y objetivamente de las más perversas monstruosidades, y en toda su forma de expresarse había «cierto orgullo profesional». Nunca se le ocurrió decir que cambiaría de vida cuando la pusieran en libertad. Decía tranquilamente:

—Después de dos años de campo de concentración, no me va a ser tan fácil ganar treinta marcos en una noche, porque

mi vestuario deja mucho que desear, lo mismo que mi atractivo.

Else Krug era la única detenida instructora entre las antisociales del bloque 2. Tenía bajo sus órdenes a la cuadrilla de bodegas, que constaba sólo de antisociales y era el puesto de trabajo más codiciado. En la bodega había patatas, nabos y coles; estaba emplazada en el barracón de las cocinas, y en locales especiales donde se almacenaban conservas y otras exquisiteces. ¡Qué oportunidad para robar! ¡Y cuánto peligro de caer en el lazo! Else pudo lograr no tener ninguna denuncia durante más de un año, a pesar de dirigir una cuadrilla de antisociales. ¿Cómo era esto posible? Principalmente porque Else Krug tenía personalidad, y no sólo porque robaba para todas las que componían la cuadrilla sino también porque repartía el botín equitativamente. Sólo al cabo de año y medio tuvo una denuncia motivada por alguna enemistad; fue recluida en el calabozo, y luego pasó un año en el bloque correccional. Durante dicho tiempo, e incluso después de que me trasladaran a otro barracón, mantuvimos relaciones cordiales. Cuando marchaba con el bloque correccional por la calle del campo nos saludábamos, puesto que estaba prohibido que le hablara, y me gritaba:

—¡Grete, se creen que me van a meter en cintura con el trabajo! ¡Se han equivocado: soy más fuerte que las demás!

A comienzos de 1940 fue introducido por Himmler el castigo de palos para las llamadas contravenciones en el campo. Para ello se ataba a las mujeres a un potro que había en un lugar especial del pabellón de calabozos; durante el primer año administraba el castigo el propio comandante del campo, Kögel, la vigilante Drechsel u otras mujeres de las SS. Sin embargo, pasado un cierto tiempo se cansaron de

ello, por aburrimiento o por fatiga, ya que cada vez era más frecuente esta condena. El comandante del campo acudió al bloque de delincuentes comunes y me comunicó que la que se presentara voluntaria para «aplicar la pena» recibiría de dos a tres raciones más de comida. No tardaron en presentarse candidatas. A partir de aquel momento se distribuyeron la ejecución del castigo dos detenidas por delito común, y más tarde una polaca.

En la primavera de 1942 había comenzado ya en Ravensbrück el exterminio humano por medio de las cámaras de gas; un día fue llamada Else Krug a presencia de Kögel, el comandante del campo. Le prometió librarla del bloque correccional y ración doble de comida si aceptaba ocuparse de la administración de castigos. Else se negó, y su respuesta enfureció al comandante.

—¿De modo que se niega a obedecerme? —dijo irritado, completamente fuera de sí.

—Nunca podría pegar a una compañera.

—¡Se acordará de mí! —gritó—. ¡Fuera de aquí!

Else Krug volvió al bloque correccional. Algunas semanas después la incorporaron a un transporte de enfermas, para ser gaseada. Else sabía adónde iba, y también que era una venganza de Kögel.

El campo de concentración de Ravensbrück estaba situado en una hondonada. En la parte norte se elevaba un monte de arena justamente detrás del muro del campo, en el que crecían unos pinos raquíticos. La zona del campo seguía un suave declive hacia el sur y limitaba con un pantano que más tarde fue incluido en el recinto y rellenado de tierra, para albergar nuevos barracones. De los dos bloques, uno comenzó a hundirse al poco de ser levantado, y el otro, dotado de suelo de cemento para evitar que tuviera el mismo

fin, se quedó con una lona por techo para reducir peso. Por si esto fuera poco, las aguas residuales rebasaban de las cloacas e inundaban permanentemente la parte más profunda. En verano se convertía en un mar de suciedad, y en invierno en pista de patinaje. El muro limitaba por el sur con un pequeño campo de concentración para hombres con unos dos mil internos. Al oeste, justamente detrás del edificio de la comandancia, que estaba fuera del muro del campo y cuyo techo se veía por encima del barracón de las cocinas, se encontraba el lago Fürstenberger. Las prisioneras que se ocupaban de trabajos en el exterior contaban que el campo estaba rodeado completamente por agua y lodazales.

## CAZADORES Y CAZADOS

Una mañana retumbó la sirena más temprano de lo habitual, pero no con el tono chillón acostumbrado, sino con uno profundo que nos aterró. Durante minutos sonó frenéticamente. La jefa del bloque gritó excitada:

—¡Todas a la calle del campo! ¡Se ha fugado una prisionera!

A los pocos minutos estaban todos los bloques en los lugares de costumbre. Vimos vigilantes con perros que se precipitaban hacia la plaza del campo de concentración, oímos las voces de mando del comandante y el arranque de los motores: las SS se disponían para la caza. Se hizo el recuento de las prisioneras y faltaba una del bloque correccional: la gitana Wietz. Esta había subido por la noche hasta la ventana del bloque correccional con sus mantas y almohada bajo el brazo, y se había arriesgado a atravesar la calle del campo, en la que circulaban toda la noche



libremente los perros, arrastrándose hasta el portón de salida. Trepó luego al tejado de la cantina de las SS — siempre con las mantas y la almohada bajo el brazo— y se alejó unos diez metros del puesto de vigilancia hasta el alambre de espino electrificado. Dejó mantas y almohada sobre este alambre para que le sirvieran de aislante y saltó del elevado muro a la ansiada libertad. Con las primeras luces de la mañana el centinela había encontrado las mantas sobre los alambres de espino.

Estábamos firmes, y yo deseaba con todas mis fuerzas que la evadida hubiera logrado encontrar el camino hasta un escondite seguro. Pero había que contar con los perros. Los azuzaron a seguir las huellas y todo el personal masculino y femenino de las SS se fue tras ellos.

Las mujeres llegaban al bloque de castigo, a causa de las llamadas contravenciones en el campo, con tres, seis o doce meses de condena, o por toda su permanencia en cautividad. Entre la masa de prisioneras había, como era lógico, en particular entre las antisociales y las delincuentes comunes, elementos íntegramente maleantes que ante las rígidas leyes del campo acababan pronto en el bloque correccional. Su presencia convertía en un infierno la estancia de otras inocentes. Estaban a la orden del día las pendencias, los robos y las traiciones. Aparte de esto, el bloque de castigo tenía, en 1940, una jefa antisocial que gobernaba tiránicamente. Las prisioneras del bloque correccional recibían la misma alimentación que nosotras, pero desempeñaban los trabajos más duros; por lo tanto estaban más hambrientas. Cuando, después de la fuga, se les impuso una privación de alimento durante tres días, se suscitó una ola de odio contra la evadida.

Era ya mediodía. De pie al aire libre, nos estábamos helando. La necesidad de darnos calor era ya imperiosa, no teníamos tacto en las piernas y difícilmente conseguíamos coordinar las ideas. Detrás de nosotras hablan tendido sobre el césped a las que se habían desmayado; no se nos permitía llevarlas al barracón. De pronto se hizo un silencio mortal; todas miramos hacia la plaza. Un grupo de vigilantes femeninos con perros, el comandante del campo, el director de la prisión preventiva y en el centro la gitana con las ropas destrozadas. La obligaban a caminar a empujones, pero tenía que correr o saltar para escapar a los perros que le mordían las piernas o le desgarraban la falda. Así recorrió toda la calle, ante la mirada horrorizada de todas las prisioneras.

Sólo más tarde supe lo ocurrido... El comandante del campo, Kögel, había cogido a la gitana Weitz, lacerada por las mordeduras de los perros, la llevó al bloque correccional y la entregó a las demás prisioneras, dándoles permiso para vengarse en su cuerpo.

Y mientras las demás continuábamos firmes, con el rostro descompuesto por la impresión, las prisioneras del bloque de castigo golpearon a su compañera Weitz con todos los instrumentos imaginables, hasta que se desplomó bañada en sangre. Luego dieron cuenta al comandante de que habían ejecutado las órdenes. El destrozado cuerpo fue arrastrado por toda la calle del campo, al tiempo que el comandante decía, ante cada bloque, señalando a la gitana:

—¡He aquí el fin de toda la que intente escapar!

La gitana Weitz murió en el pabellón de calabozos al cabo de algunas horas. Las SS le habían dado un escarmiento.

Entre 1940 y 1941, en el campo de concentración de Ravensbrück sólo hubo cuarenta y siete muertes. En los años

siguientes morían diariamente ochenta o más de muerte «natural». Se silenciaban las ajusticiadas, muertas con inyecciones y gaseadas. Pero de estas cuarenta y siete, más de la mitad habían sido golpeadas, o habían muerto de frío o inanición. Las prisioneras que trabajaban en la enfermería tenían que recoger los cuerpos de las celdas, y sabían en qué estado se encontraban los cadáveres. En el bloque 2 vi por primera vez el cuerpo de una mujer a la que habían propinado los veinticinco azotes. Las nalgas y los muslos estaban amoratados, en muchos puntos habían reventado, y estaban cubiertos con una costra de sangre. La mujer había robado un bollo al hacer la compra. Se apoyó en la mesa — tenía la cara pálida e hinchada y los ojos saltones— porque le era imposible sentarse, y cuando la estúpida jefa del bloque le dirigió su sermón sobre «el robo y sus consecuencias», juró su inocencia.

En nuestro barracón había una mujer que todas las noches robaba vasos, vasos de aluminio vacíos que colocaba ordenadamente en su armario. A la mañana siguiente se armaba un gran alboroto y acababa por recibir algunos golpes, pero no consiguieron hacerle perder la manía. Las antisociales creían que estaba un poco loca. De esta clase de mujeres había bastantes entre las antisociales; eran las más desgraciadas. Sobre ellas caían tanto las compañeras de prisión como las vigilantes. Para estos míseros seres se había fijado en el campo el calificativo especial de «joyas». Había en el bloque 2 algunas que se orinaban en la cama; las compañeras lo atribuían a malevolencia y las denunciaban, por lo que terminaban pasando las noches en el húmedo local de los lavabos. Epilépticas cuya enfermedad empeoraba ostensiblemente en las condiciones del campo y que eran rechazadas por las compañeras de prisión. Y las muchas

enfermas sexuales a las que destrozaba el médico de las SS, Sonntag, con sus curas de caballo.

Erna era una muchacha de dieciocho años con la cabeza demasiado grande, los ojos azul claro y una expresión triste en los labios. No hablaba casi nunca. A veces lanzaba maldiciones y amenazas, pero todas conocían su locura y se mofaban de ella. Cuando pasaba algún avión por encima del campo, Erna se precipitaba a la ventana o corría por la calle del campo moviendo los labios sin pronunciar palabra. Las otras le gritaban:

—¡Erna, llega tu aviador! ¡Seguramente se lanzará en paracaídas!

¡Estate atenta!

Y Erna estuvo esperando a este aviador hasta que fue arrastrada a la cámara de gas.

No solamente sufrían las jóvenes en el bloque 2. Una gran cantidad de mujeres detenidas por alcoholismo tenían que sufrir esta existencia lastimosa; una de ellas ocasionó el rápido final de la que me precedió como jefa del departamento.

Sin embargo, debo referir algo antes.

En el cuarto de servicio del bloque teníamos un libro en el que constaban todos los nombres, fechas, profesiones, etcétera. Hojeándolo un día leí: Poremski, Eugenia; antisocial, nacida en Moscú, sección B, bloque 2. Por la noche fui a ese barracón y pregunté a la responsable por Eugenia Poremski. Acudió una mujer de unos veinticinco años, con ojos oscuros, mirada interrogante y nariz grande, delgada y algo torcida. Cuando le dije que me había llamado la atención en el libro del bloque que su lugar de nacimiento fuera Moscú y que por esa razón había venido a verla, se sobresaltó.

—¿Es que conoces Moscú? —me preguntó.

Contesté en ruso. Eugenia me abrazó llorando. Me contó que era hija de emigrantes rusos y sobrina del ministro zarista Stolypin, y que la habían detenido por conducta antisocial y por borracha. Sostuve con ella muchas conversaciones sobre política, porque aunque no tenía una gran formación, era muy inteligente. Sufría mucho por tener que vivir entre prostitutas. Nos vimos hasta que se la llevaron a una fábrica de municiones.

Antes de seguir mi relato, quisiera hacer comprender el cambio que experimentaban las personas en el campo de concentración. En los años de mi prisión tuve oportunidad de ver a los seres «al desnudo». Observarse a uno mismo es muy difícil, y cuando se me pregunta cómo es posible que yo haya sobrevivido a siete años de campo de concentración, y de dónde he sacado fuerzas para ello, sólo puedo contestar que no se debe solamente a que soy una persona fuerte física y mentalmente, ni a que no perdiera nunca mi autoestima, sino a que siempre encontré seres que me necesitaban, nunca me faltó el regalo de la amistad y de las relaciones humanas. Excepto un cierto estrato de delincuentes comunes y antisociales, la mayoría de las arrojadas al campo de concentración eran amas de casa, madres, muchachas jóvenes, que variaban ciertamente de carácter, pero que eran personas completamente iguales a las que se encuentran en libertad. Aparte de las «políticas veteranas» y las testigos de Jehová, había en el campo, en los primeros años, un número relativamente pequeño de adversarias conscientes del nacionalsocialismo. Más tarde esta cifra se incrementó a causa de las mujeres pertenecientes al movimiento de resistencia en los países ocupados. A ellas les era menos penoso acostumbrarse a la vida en el campo, porque hasta entonces habían vivido en guerra. Además, la reclusión en el

campo de concentración les daba nuevos ánimos, porque se cumplían sus deseos de ser una amenaza para el nacionalsocialismo. Esto aumentaba su autoestima. Pero el mayor núcleo de prisioneras lo constituían las inocentes que habían llegado a esta espantosa situación sin tener claros los motivos. Todas las detenidas tenían sus pensamientos fijos en lo que habían dejado: los hijos, los maridos, la familia. En este estado de profunda desesperación se llevaba a tales seres a un campo de concentración por tiempo indeterminado. Se les obligaba a realizar ejercicios militares, no tenían ya ni un minuto del día ni de la noche para sí mismas, estaban obligadas a renunciar a su propia individualidad, y cada palabra o cada paso las hacía tropezar con una criatura desconocida igualmente dolorida. Había quizás un par de personas en cada barracón por las que se sentían atraídas, pero la gran mayoría les eran insoportables en todas las manifestaciones de su vida. Eran personas adultas a las que se obligaba a permanecer en pie hasta helarse, a realizar trabajos duros; siempre bajo órdenes dadas a gritos y amenazas de golpes. Toda «ingresada» en el campo de concentración, fuera fuerte y sana o débil y sin resistencia, experimentaba una profunda conmoción. Los padecimientos de las ingresadas empeoraban de año en año en Ravensbrück y moría un alto porcentaje de cada remesa nueva.

Se precisaban meses —y algunas veces hasta años— para que se resignaran al hecho de ser prisioneras y que se amoldaran a la vida en el campo. Durante este proceso se modificaba por completo el carácter de las personas. Cada vez era menor el interés por el mundo y por el sufrimiento de los demás. La reacción ante acontecimientos terribles perdía tanto en intensidad como en duración. Al tener conocimiento de condenas a muerte, fusilamientos y

mutilaciones la consternación duraba sólo unos minutos, pasados los cuales se les oían de nuevo risas y charlas sobre las cosas más triviales. En mí misma pude observar esta transformación. Recuerdo que en mis primeros tiempos en Ravensbrück, cuando durante el recuento se desmayaba alguna de las antisociales o la gitana —siempre la misma— sufría un ataque cardíaco, deseaba precipitarme en su ayuda y me desesperaba mi impotencia. Sin embargo, en 1944, cuando iba a la enfermería y me encontraba el pasillo repleto de agonizantes, pasaba entre ellas sin ocuparme de ver ni oír nada.

Afirma el cristianismo que el hombre es purificado y ennoblecido por el dolor. La vida en el campo de concentración ha demostrado lo contrario. Creo que no hay nada más peligroso que el sufrimiento, que un exceso de aflicción. Y la afirmación vale igualmente para el individuo aislado que para pueblos enteros. En el campo de concentración, no sólo experimentábamos la gran sacudida de la privación de libertad, sino la de los continuos padecimientos. Alguien dijo: «Los golpes son difíciles de soportar, pero mucho, mucho más intolerable es que todos los días te den pruebas de que no vales nada». Y eso es lo que nos ocurría allí. Eramos prisioneras y no podíamos replicar a las voces ni devolver los golpes; habíamos sido privadas de todo derecho. No pienso únicamente en las superiores que nos maltrataban, como las jefas de bloque y de departamento, sino también en las «simples prisioneras». Estábamos dominadas por envidias y rivalidades. Por simples cortezas de pan, o un trozo de algo mayor de margarina o de salchicha, se producían luchas a muerte. Entre dos «políticas veteranas» del bloque 1 culminó una de estas polémicas con una exclamación inaudita:

—¡Cuando estemos fuera de aquí, tendrás que responder ante el partido!

Las SS del campo de concentración alemán, igualmente que la NKVD en el ruso, aligeraban la represión de las prisioneras recluyendo juntas a las políticas, las de derecho común y las antisociales (en el campo de concentración alemán no se hizo esta selección hasta bastante tarde, cuando la afluencia de prisioneras obligó a variar los métodos), y concediendo a las prisioneras una llamada «autoadministración». Con estos métodos se hicieron más agudos los antagonismos entre las prisioneras, pues no pocas de las que se revestían de cargos abusaron de su poder en lugar de ponerlo al servicio de sus camaradas de cautiverio.

La misión de una jefa de bloque, de una jefa de departamento o de una prisionera instructora no era fácil, pues por encima de ellas había una vigilante cuyas órdenes debían ejecutar. Tenían la grave tarea de defender los intereses de las compañeras, pero no podían oponerse a las reglamentaciones del campo. He podido observar con frecuencia cómo mujeres que habían recibido un cargo en el campo se transformaban en seres distintos en el transcurso de unos días. Una simple prisionera oprimida y resignada se convertía en una tirana arrogante, impertinente y autoritaria que no admitía réplica alguna, se dejaba adular servilmente, infligía castigos y maltrataba sin escrúpulo a las prisioneras de su bloque. Una jefa de bloque de este tipo podía convertir en un calvario la vida de cientos de personas. Ya he hablado de las camas y la limpieza de los armarios. Además había que distribuir las comidas, la ropa interior y los vestidos; aprovechaban todas las oportunidades para dar preferencia a las presas más rastreras. Cuando fuimos autorizadas a recibir paquetes, el soborno se convirtió en una práctica



común. Algunas jefas de bloque no tardaron en asimilar el vocabulario nazi; también imitaban el porte y los modales de las directoras de bloque de las SS para imponer así la disciplina, y pronto se erigían en órgano ejecutor de las autoridades del campo. La palabra de una jefa de bloque malvada a la vigilante era suficiente para poner en marcha castigos y denuncias. Por el contrario, una jefa de bloque hábil y decente podía fácilmente imponer su voluntad a las directoras de bloque de las SS, de pocos alcances, disuadirlas de la vigilancia, impedir denuncias y contribuir fundamentalmente a que las prisioneras pudieran respirar, por lo menos en el tiempo libre. Desde los comienzos de 1942, cuando empezaron los «transportes de enfermas», a menudo estaba en manos de una jefa de bloque el decidir entre la vida y la muerte de una prisionera de su barracón. Las jefas de bloque debían redactar listas de las mujeres con defectos físicos, anormalidades mentales e incapacidades para el trabajo. Luego, en la enfermería, se seleccionaba a las que habían de morir; sin embargo, hubo jefas de bloque que consiguieron encubrir y proteger a mujeres ancianas y enfermizas durante años.

## **EN MI CARGO DE JEFA DEL BLOQUE DE LAS TESTIGOS DE JEHOVÁ**

Entre el despertar y la formación había un lapso temporal de tres cuartos de hora en el que se hacían las camas, se lavaban, peinaban y vestían las prisioneras, se ponía orden en el armario y se «desayunaba». En circunstancias normales ya esto sería difícil, pero en aquellos barracones

rebosantes de mujeres resultaba francamente difícil. Había que atropellar y empujar para poder llegar hasta los lavabos recorriendo el estrecho pasillo. Ante cada grifo se situaban de cinco a seis mujeres, y mientras unas se peinaban, otras se cepillaban los dientes y las demás se lavaban, entre los golpes e imprecaciones de las vecinas. Igualmente se formaban colas para la distribución del café, y las disputas no cesaban ni al arreglar los armarios. Cada una trataba de ir lo más deprisa posible, porque la sirena ya había dejado oír su llamada y la jefa del bloque vociferaba como de costumbre. Un día apareció la Drechsel en la puerta del barracón:

—¡Salid de una vez, estúpidas! ¡Voy a dar parte de todo el bloque! —amenazó.

Recibió con una bofetada a cada una de las retrasadas. Luego se fue al dormitorio de la sección A y preguntó por la responsable. Cuando me presenté me llenó de improperios.

—¿Esto son camas? —gritaba—. ¡Si parecen mecedoras! ¡Esta porquería de la sección A es intolerable! ¡Preséntese después en el cuarto de servicio!

Había terminado la llamada para el recuento y volvieron al bloque las «disponibles» y las que hacían punto; en la sección A, precisamente delante del cuarto de servicio, una de las prisioneras se quejó a gritos a la jefa del bloque de que le habían robado el pan por la noche y aseguró que sabía quién había sido. Se abrió la puerta del cuarto de servicio y apareció la vigilante Drechsel; puesta en jarras y con una expresión demoníaca quiso saber qué ocurría, y la jefa del bloque le explicó los detalles.

—¿Quién te ha cogido el pan? —preguntó a la robada.

—Fue Lina, de la mesa 6 —respondió sin titubeos.

La Drechsel volvió al cuarto de servicio y ordenó que trajeran a su presencia a la ladrona y a la robada. Fui a buscar a Lina en el local de día. La vieja y arrugada mujeruca afirmó su inocencia aun antes de que yo pudiera decir nada. Antes de entrar les recordé a las dos que debían presentarse. Ambas dieron nombre y número tartamudeando y comenzó el interrogatorio. Fue decisivo que la jefa del bloque comunicara que la vieja Lina ya había sido condenada por robar pan. Cuando vi que la Drechsel se disponía a extender un parte me opuse.

—Señora vigilante —dije—, a mi juicio no se puede exigir responsabilidad a un ser como Lina. ¡Compruébelo usted misma!

La Drechsel me miró con la boca entreabierta, visiblemente molesta por mi inusitada manifestación.

—¿Y esto puede ser una jefa de departamento? ¿Una idiota de esta clase? ¡Ya no me extraña que la sección A sea un cúmulo de porquería!

Se levantó de la silla y se me acercó.

—¡Se le acabó el cargo! —gritó—. ¡Lo pondré en conocimiento de la vigilante jefe!

Mientras las tres éramos empujadas hacia la puerta, todavía la oí decir indignada:

—¡Esto no me había pasado nunca!

¿Qué sucedería entonces? La pérdida del cargo de jefa del departamento me pareció una gran fortuna, pero... ¿y si me denunciaba? Estaba aterrada. A la mañana siguiente fui llamada a presencia de la vigilante jefe; me quedé firme en el pasillo, frente a la puerta de la Langefeld. Salió una testigo de Jehová, joven, rubia y bastante bonita, pero con aire arrogante y presuntuoso. Era Marianne Kom, la secretaria de la vigilante jefe.

—Buber, puede usted entrar.

Permanecí firmes ante la mesa de despacho. La Langefeld estaba leyendo; miró después por la ventana y haciendo unos curiosos movimientos con la cabeza, como si se apartara los cabellos de la cara, se dirigió a mí y me preguntó:

—¿Es usted jefa de un departamento de antisociales?

—Sí.

—¿Se cree capacitada para ser jefa de bloque?

—No.

—Pues va usted a serlo del bloque 3, con las testigos de Jehová. —Me quedé en silencio—. Debe saber que el bloque 3 es el de inspección y revista. Tiene que velar especialmente por el orden. ¡Recoja sus cosas y trasládese ahora mismo al bloque 3!

Käthe Knoll, mi antecesora en el bloque de las testigos de Jehová, era una alemana «política» que, si no recuerdo mal, tenía el número 88 de prisionera. No había pertenecido a ningún partido y no hablaba nunca de los motivos de su detención por la Gestapo. Años después descubrí que en su ficha del campo decía: «Condenada dos veces por robo». En el año 1940 era ya conocida en todo el campo de concentración. Se consideraba la mejor jefa de bloque, juicio que compartía el comandante del campo, y por tal motivo fue impuesta en el «bloque de inspección». Hasta 1940 Käthe Knoll tenía sobre su conciencia la muerte de una compañera de prisión, la alemana «política» Sabo, a la que por su denuncia se envió al bloque correccional, donde murió al poco tiempo.

Käthe Knoll no solamente cumplía con todas las ordenanzas del campo, sino que superaba a las vigilantes en fantasía; era el espíritu maligno de las directoras de bloques.

Consiguió así, con sus refinados castigos, tener constantemente angustiadas a las testigos de Jehová, e incluso jugaba la mala pasada de presentar denuncias de las prisioneras que eran más disciplinadas y ejemplares.

La vigilante jefe Langefeld sentía una simpatía especial por las testigos de Jehová, y más tarde supe que se debía tanto a sus firmes creencias como a su convencimiento religioso. La testigo de Jehová Marianne Korn, que trabajaba con ella, me informó de la vida infernal del bloque 3. Pero no sería muy fácil desembarazarse de una jefa de bloque tan estimada por el comandante del campo. La vigilante jefe sorprendió a Käthe Knoll excediéndose en sus atribuciones, la denunció, y fue desposeída de su cargo y recluida en el calabozo. Se presentó luego el problema de elegir una nueva jefa que fuera grata a la Langefeld y también a Marianne Korn. No la habían encontrado todavía cuando la vigilante Drechsel exigió la separación inmediata de la jefa del departamento de la sección A del bloque 2, una «idiota perdida» que se había atrevido a afirmar «que no se podía considerar a una prisionera responsable de robo». La Langefeld aprovechó la oportunidad, pues me consideró idónea para las testigos de Jehová.

Estaba absolutamente confundida cuando entré en el bloque 3, que estaba en la parte derecha de la calle del campo, frente al bloque 1, el de las políticas. Olía a polvo de granero, a desinfectantes y a sopa de repollo. Comían a mediodía doscientas setenta mujeres, pero no se oía una sola palabra. Me sentía tan incómoda, que abrí con timidez la puerta del local de día de la sección A. Inmediatamente se levantó una rubia muy alta que me ofreció asiento, me quitó el plato de aluminio de la mano y lo llenó casi hasta el borde. No sabía realmente, a causa del silencio expectante, si debía pronunciar unas palabras. ¿Debería explicar a estas mujeres

quién era yo? ¿Debería decirles que podían empezar a hablar, alborotar y gritar, que era a lo que yo estaba acostumbrada hasta entonces? No me atreví a decir nada y me senté ante el plato de sopa. Todas las caras me parecían sonrientes y amables; ninguna llevaba en la cabeza el pañuelo que exigía el reglamento, y todas se peinaban con moño. La mayoría tenían aspecto de campesinas, con caras enjutas y tostadas por el viento y el sol. Debajo de cada plato, sobre el reluciente tablero de la mesa, había una base de cartón redonda para —me enteré después— evitar que la reluciente mesa se manchara. Los suelos del pasillo y los espacios entre las mesas estaban cubiertos con grandes pliegos de papel de envolver, para que las que volvían del trabajo no los ensuciaran. En la puerta del bloque habían dispuesto varias escobillas para que ninguna prisionera entrara en el barracón sin haberse limpiado la suciedad de sus zapatos o chanclas. Una me pidió permiso para entrar en el dormitorio a recoger algo que había olvidado. Observé cómo se quitó las chanclas antes de entrar, y caminaba de puntillas. Terminó la comida del mediodía sin que se oyera una sola palabra. Algunas recogieron un juego completo de platos para lavarlos; una de ellas hacía el trabajo por todas las demás. Todas las que estaban en mi mesa me miraban con una mezcla de deferencia y servilismo. No había sonado todavía la llamada al trabajo del mediodía, pero todas salieron a la calle sin necesidad de hacerles la menor exhortación. Muchas llevaban gruesas botas altas de cuero y chaquetas a rayas con forros de abrigo. En todo el campo de concentración se habían distribuido en septiembre medias grises, chanclas de madera y chaquetas, pero la vestimenta de invierno de las testigos de Jehová era todavía la de los primeros tiempos del campo, de mejor material.

Muchas se encontraban en prisión desde hacía años. Excepto alguna, tenían los números más bajos.

Apenas acababa de salir del barracón, cuando la encargada de departamento en la sección A, la gruesa y rubia Friesin Geesche, la berlinesa Friedel Schwan y la exaltada sajona Ella Hempel enrollaron a toda prisa el papel de embalaje que había en el suelo, barrieron, fregaron las ventanas y sacaron brillo a la mesa.

Mi primera preocupación eran las visitas de inspección. Todas me informaron jocosamente de lo que tenía que decir, hacer y permitir cuando el comandante del campo, Kögel, y los visitantes aparecieran en la puerta del bloque. Me ejercité en la posición de firmes, en dar las voces de atención y en la forma de presentarse; y también me enteré de todas las manías de aquella bestia.

Grete Bötzel, una germano-polaca, jefa del departamento de la sección B en el bloque 3, era la disciplinada discípula de mi antecesora Käthe Knoll; me costó bastante tiempo hacer valer ante ella mi autoridad de jefa de bloque y que comprendiera la necesidad de portarse bien con las testigos de Jehová. Contrariamente a mis relaciones amistosas con Bertel Schindler, jefa de departamento en la sección A, mientras duró nuestra actividad conjunta Grete Bötzel no cesó de hacer lo posible por destruir mis intentos de mejora, hasta que fue trasladada a otro barracón, como jefa de bloque.

## EL IMPERIO DEL ORDEN

Me enseñaron luego el «bloque ejemplar» del campo de concentración de Ravensbrück, del que a partir de entonces tenía que ser jefa. En este barracón vivían doscientas setenta y cinco testigos de Jehová. En el cercano bloque 5 vivían otras trescientas. Todos los armarios eran exactamente iguales: en la puerta había un paño de limpieza doblado como una corbata; las escudillas de aluminio, los vasos y los platos estaban brillantemente bruñidos; en cada armario, seis pañitos perfectamente limpios y doblados y un cinturón con el número de prisionera bordado, los peines lavados a diario, los cepillos del calzado a cuyos mangos se había quitado, mediante raspado con trozos de vidrio, cualquier mancha oscura. La puerta del armario estaba libre de toda mancha. Los taburetes, fregados y blancos, estaban dispuestos en fila, y toda reclusa del bloque que llevase calzado sabía y respetaba la prohibición de rozar con los pies las patas de los taburetes, para evitar cualquier mancha de betún. Se quitaba el polvo hasta de los travesaños del maderamen del tejado, ya que nuestro barracón de madera no tenía cielo raso. Me refirieron las testigos de Jehová que algunas vigilantes se subían a las mesas para comprobar el estado de limpieza de los travesaños, y que un director de prisión preventiva se ponía unos guantes blancos, especiales para la inspección del bloque, y con ellos puestos pasaba la mano por encima de los armarios. Se me reveló entonces el secreto de las mesas relucientes. Con el borde afilado de un mango de cepillo para el calzado se hacía presión, centímetro a centímetro, sobre la blanca superficie. Las ventanas estaban resplandecientes y los suelos blancos como el jazmín, puesto que las mujeres los fregaban a diario. Se comprende fácilmente el estado de la habitación de la vigilante; en el depósito de los cubos y material de limpieza deslumbraban los destellos de las tinas de cinc y las



bandejas. Los retretes estaban tan escrupulosamente limpios como los lavabos, puesto que había dos mujeres encargadas especialmente de ello. Pero esta pulcritud culminaba en los dormitorios, de ciento cuarenta camas cada uno. Las tablas eran perfectamente paralelas, los jergones de paja eran geométricamente regulares, y las cubiertas y mantas no tenían una arruga. Las almohadas eran iguales también. Debajo de la última cama se ocultaba un montón de tablas y bastones, los responsables de esta obra maravillosa. Cada cama tenía un letrero con el nombre y el número de la ocupante. En la puerta del dormitorio colgaba un plano muy bien dibujado de la situación de los catres, con la indicación del número de la prisionera; de este modo, la vigilante inspectora podía localizar sin dificultad a la propietaria de una cama mal hecha. En el armario del local de día llamaba la atención un aviso con la indicación de cuál era la mesa en que había terminado, la última vez, el reparto de «sopa dulce», el «cucharón de gulasch» de los domingos o el de mermelada. Era una verdadera ciencia orientarse con esta contabilidad de las comidas. En la parte interior de las puertas de cada armario estaban especificadas en cartulinas el nombre y número de la prisionera «inquilina», con letras de una perfecta ejecución. En el cuarto de servicio había, además del libro del bloque, planos sobre la disposición de las mesas en el local de día, el lugar en que cada prisionera debía situarse para el recuento, una ficha con las cartas remitidas y recibidas; listas y más listas...

¿Y por todo esto tenía yo que velar ahora? La idea me producía escalofríos y dolor de estómago. ¿Qué era más horrible, la piojosa choza de barro de Burma o este orden inútil?

En el bloque 3 comenzó una existencia singular. Con las antisociales, cada minuto del día me ocupaba un nuevo

deber y una nueva angustia. Con las testigos de Jehová vivía como en el cielo; todo el funcionamiento del bloque transcurría como un mecanismo de relojería. Por la mañana, durante la agitación entre el despertar y la formación, apenas se oía una voz. La alineación para la llamada a lista, para la cual tenían que desgañitarse las jefas de bloque y departamento en otros barracones, se llevaba a cabo en forma natural, al igual que los demás quehaceres, incluida la distribución de comidas. Mi tarea principal con las testigos de Jehová fue la de hacer lo más agradable posible la vida de estas trescientas mujeres mientras permanecían en el barracón, preservándolas de la maldad de la diaria excursión a la enfermería. Era muy decisiva la forma en que la jefa de bloque hablaba con la enfermera jefe o con el médico de las SS para conseguir una «tarjeta de enferma» o una «tarjeta de servicio interior». Había posibilidades de procurarse medicamentos a escondidas, cambiarse con más frecuencia la ropa interior. Algo mucho más importante era que en el bloque 3 no hubo robos, engaños ni denuncias. Cada una de las mujeres no sólo era manifiestamente consciente de su deber, sino que se sentía responsable de la comunidad. Al cabo de poco tiempo de vivir con ellas, cuando se dieron cuenta de que conmigo se habían librado del terrible trato de las jefas de bloque y de que yo me sentía muy a gusto con ellas, me admitieron en su sociedad. En los dos años de convivencia, ni ellas ni yo rompimos esta relación de confianza absoluta. Cuando nos conocimos más íntimamente, casi a diario «excluía» a diez o más mujeres del recuento de la noche, lo que significaba que les evitaba el frío y el cansancio. Y procuraba engañar cuanto podía a mis superiores.

Las testigos de Jehová eran las únicas prisioneras de Ravensbrück que formaban una comunidad con

convicciones religiosas. Salvo una holandesa, todas eran alemanas y pertenecían a la Asociación Internacional de Testigos de Jehová. Cuando yo llegué al bloque 3 sabía bien poco de sus creencias religiosas y de las razones que Hitler tenía para considerarlas enemigas del Estado y perseguirlas tan sañudamente. Antes de 1933, una amable anciana me quiso vender, a la puerta de mi casa, un folleto sobre el próximo fin del mundo, pero yo lo rechacé, porque consideraba que este temor era todavía prematuro. Y ahora convivía con cientos de seguidoras de tal fanatismo; para que no me considerasen un «instrumento del demonio» tuve que hacer una «confesión de testigo», como se dice en el lenguaje especial de la comunidad. Todas las que intentaron discutir conmigo tenían una formación de nivel muy bajo. La mayoría procedían de pequeñas ciudades o aldeas, de familias de labradores, de obreros o de la baja clase media, pero todas habían ido a la escuela. Era completamente inútil hacerles comparaciones históricas, porque todas contestaban con citas de la Biblia; en una ocasión en que empecé a hablar del evolucionismo y mencioné sin intención ninguna a Darwin, reaccionaron como si les hubiera nombrado al diablo en persona. Pronto pudieron comprobar que yo no tenía ninguna convicción ni inclinación para ser testigo de Jehová y desistieron de sus empeños, pero no cesaban de asegurarme, como señal de su simpatía, que tenían la esperanza de que fuera «iluminada» antes de la hora final. Si es que conseguí comprenderlo bien, creían que toda la humanidad caería en breve en la perdición eterna ante la inminente llegada del «fin del mundo». Entonces empezaría una «edad de oro».

Estas creencias conferían a las testigos de Jehová una prodigiosa capacidad de sufrimiento, y en los años de campo de concentración demostraron que la muerte no les producía

temor alguno, y que en nombre de Jehová podían padecerlo todo, sin debilitarse por ello. ¡Cuanto más fácil es ser un mártir religioso, para el que existe un luminoso «más allá», que un «creyente» político que muere y se sacrifica para que puedan vivir mejor las generaciones venideras!

La creencia en el próximo fin del mundo no les había hecho enemigas del Estado del Tercer Reich, pero sostenían que toda organización estatal era «obra demoníaca», al igual que toda organización eclesiástica, principalmente la católica. El régimen nazi era, como se profetizaba en la Biblia, la coronación de todo lo diabólico, y a ello habría de seguir la condenación de todos los descreídos. Sostenían el quinto mandamiento cristiano. En consecuencia rechazaban la obligatoriedad de servir en caso de guerra; esta creencia costó la vida a muchos hombres, y motivaba que las mujeres recusaran cualquier trabajo que pudiera fomentar la guerra. Hasta 1942, las testigos de Jehová eran las más solicitadas por las SS en Ravensbrück, y la mayoría anhelaban trabajar en el campo de concentración. Limpiaban las casas de los altos empleados de las SS, de las vigilantes, de la comandancia; cuidaban a los niños de las SS en sus casas, eran sirvientas del comandante, del jefe de la prisión preventiva y de las demás autoridades del campo; se agotaban trabajando en el jardín de las SS; cuidaban de los perros, de los cerdos, gallinas y conejos. Por su fidelidad en el cumplimiento, su laboriosidad, honradez absoluta y obediencia estricta a todas las órdenes de las SS, no podían pensar las autoridades del campo en esclavas más ideales. Hasta tal punto, que se les extendían salvoconductos para que pudieran entrar y salir libremente por la puerta del campo, ya que jamás se evadirían del campo de concentración. Las testigos de Jehová eran en cierto modo prisioneras voluntarias; les era suficiente presentarse a la

vigilante jefe y firmar una declaración para ser puestas en libertad inmediatamente. La declaración decía aproximadamente: «Declaro que a partir de ahora no soy ya testigo de Jehová y que en adelante no actuaré ni de palabra ni por escrito en la Asociación Internacional de Testigos de Jehová».

Hasta 1942 hubo casos muy aislados de reclusas que abjuraron. Más tarde, cuando empezaron las brutales persecuciones contra ellas ocurrió con más frecuencia. En una ocasión manifesté a una de ellas:

—No puedo comprender por qué no firmáis. ¿Qué os impediría perseverar en vuestro credo y actuar secretamente? Vuestra actividad sería mucho más útil fuera, que vuestra estancia aquí.

—No —me respondían siempre—. No sería compatible con nuestra conciencia. Firmar la declaración equivale a pactar con el diablo.

En el curso de mi convivencia con las testigos de Jehová pude comprobar que por sus creencias soportaban con alegría sus sufrimientos y que esperaban recibir recompensa por ello; la muerte por martirio de sus «hermanas» —como se llamaban entre sí— no les ocasionaba el menor signo de tristeza o de dolor. Con las palabras «están más allá», «son más felices que nosotras», daban por saldado el final frecuentemente inhumano de sus camaradas.

Mi antecesora Käthe Knoll no sólo atendía a que se observaran escrupulosamente todas las disposiciones del bloque, sino que desarrollaba el papel de delegada tanto de las SS como de la Gestapo; cuidaba de interceptar cualquier conversación que tuviera algún carácter político. Las testigos de Jehová me contaban que entraba por sorpresa en el local de día para amenazar con dar parte, por ejemplo, de

dos que conversaban sobre la Biblia en una mesa alejada. Sin embargo, para un testigo de Jehová vivir sin poder estudiar la Biblia es el mayor castigo. Viven con toda su alma el mundo bíblico y comparan constantemente lo que les sucede con la palabra de la Sagrada Escritura, que a su juicio profetiza todo lo ocurrido y lo que va a ocurrir desde el origen del mundo hasta su final, hasta tal punto que leen en la Biblia lo que será en todas sus fases su propio porvenir como creyentes. Para todo lo que acontecía en el campo de concentración tomaban conceptos e incluso palabras del Antiguo o del Nuevo Testamento. Solamente después de algún tiempo de ser su jefa en el bloque comprobé que mis «gusanos bíblicos», como se las llamaba en la jerga del campo, estaban en posesión de folletos de la Biblia y de su doctrina. Había sido un regalo de simpatizantes de fuera del campo. Cuando estaban bajo las órdenes de Käthe Knoll no osaban introducir en el bloque estas reliquias. Aprovechaban entonces los minutos de descanso de la jornada de trabajo para leer. Conmigo empezó una nueva y pacífica era, que desde luego estaba predicha en la Sagrada Escritura. Las encargadas de la limpieza escondían lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento en los baldes vacíos, debajo de las bayetas, para llevárselas de nuevo por la mañana. Lo descubrí por fin, y consideré que sería menos peligroso que durante el día escondieran las Biblias en el bloque. Mi propuesta fue aceptada con entusiasmo. Desde entonces se habituaron a estudiar todas las noches, los domingos y en cualquier momento libre. En las camas, antes de que la vigilancia ordenara silencio, cantaban sus canciones, parecidas a las del ejército de salvación, pero todavía más combativas. Cuidé de que no les sucediera nada y de que llevaran las Biblias a escondites más seguros en el momento oportuno, si había amenaza de registros en el bloque.

Cuando, al cabo de unos meses, fuimos trasladadas al barracón 17, situado en la segunda calle del campo, abierta recientemente, donde los locales disponían de techo, encontramos un escondite ideal aflojando una tabla del revestimiento de madera y guardándolas allí. Una noche en que se comentaba la Biblia en todas las mesas, dos viejas que se sentaban junto a la ventana me llamaron:

—Ven, Grete. Hace tiempo que queremos decirte algo.

Me resistí, ante el temor de nuevos intentos de proselitismo, pero una de ellas me sujetó por una manga y me obligó a acercarme. Entonces me susurró:

—Todos los días damos gracias a Jehová por haberte enviado. Hemos tenido que sufrir mucho antes de conseguirlo, pero Jehová nos ha escuchado...

Me aparté de ellas dándoles la razón para que me soltaran, y me apresuré a salir a la calle del campo para respirar aire fresco.

## INSPECCIÓN

Una parte importante de mi vida en el bloque 3, en aquella época en que por los conceptos imperantes en el campo de concentración podía calificarse de «dorada», lo constituía el momento de la inspección. Sigo ahora sin comprender cómo me fue posible pasarme dos años, con inspección casi diaria a cargo del comandante Kögel, sin haber pasado por el calabozo o el bloque correccional.

De la misma manera que bajo mi mando la lectura de la Biblia en el bloque se convirtió en algo que se daba por supuesto, las testigos de Jehová fueron perdiendo

paulatinamente las costumbres y disciplina del campo. Estaba entonces estrictamente prohibido comer sobre la estufa del barracón, calentar comidas o cocinar; y, naturalmente, mucho más en el bloque de inspección. Sin embargo, no tardó en ser un hecho corriente que en el bloque 3 se calentara café o se cocinaran restos de comida y patatas. Hubiera sido suficiente que el comandante Kögel descubriera semejante desafuero para que me hubieran enviado inmediatamente al calabozo o al correccional. Pero no fueron éstos los mayores riesgos que corrí. Cuando una prisionera se sentía mal, tenía que presentarse ante el médico o la enfermera de las SS para que certificaran si realmente padecía alguna dolencia. Si tenía fiebre y signos apreciables de enfermedad, podía tener la suerte de ser admitida en la enfermería o de recibir una tarjeta de «servicio interior». Las desgraciadas con temperatura normal eran obligadas a trabajar. Entre las testigos de Jehová había muchas mujeres de edad que estaban muy debilitadas por la larga estancia en el campo y sufrían agotamiento. La mayoría trabajaba en cuadrillas, siempre del mismo número. Ideamos entonces un sistema de intercambio y en todos los controles falseábamos el número de componentes de la cuadrilla; de este modo podían quedarse en el bloque las que estaban más débiles. Esto habría sido menos complicado de no haber estado en el bloque de inspección, pero aun así salimos adelante.

Para tener información, por lo menos unos minutos antes de que apareciera la visita de inspección, dejaba de guardia a una de las ocho que se quedaban a limpiar —cuatro por bloque— apostada en la ventana posterior del dormitorio que daba a la calle del campo. Debía preocuparse exclusivamente de vigilar. Por otra parte, en las horas más peligrosas del día, que eran desde las once de la mañana a las tres de la tarde,



las jefas de departamento o yo misma hacíamos un recorrido por el campo, con cualquier pretexto, para dar un vistazo. Marianne Kom, secretaria de la vigilante jefe, tenía la consigna de enviarnos noticia cuando estuviera próximo el peligro. En cuanto recibíamos el aviso, todas las enfermas sin tarjeta de servicio interior se encerraban en los retretes; las que estaban en cama sin permiso eran ocultadas en el fondo del dormitorio, en la tercera fila de camas, y permanecían en el más absoluto silencio. Al mismo tiempo retirábamos de la estufa todos los pucheros y platos con comida y abríamos la ventana para ventilar el barracón. Las enfermas «con permiso» y las del servicio se sentaban en fila en las mesas anteriores, y yo me ponía correctamente el pañuelo a la cabeza, me abrochaba el botón más alto del cuello y —aunque las rodillas me temblaran— salía a recibir a los visitantes, con la más convincente expresión de calma que me era posible. Me situaba entonces en posición de firmes junto al marco de la puerta del bloque, ante la cara grasienta de Kögel. Según el rango e importancia de los visitantes, éstos estaban, o no, vestidos con uniforme de gala y decorados con un surtido completo de condecoraciones. Me cuadraba de un taconazo y le daba las novedades:

—Jefa de bloque Margarete Buber, número 4.208, presenta al bloque 3 ocupado por doscientas setenta y cinco prisioneras testigos de Jehová y tres políticas. De ellas, doscientas sesenta en el trabajo, ocho al servicio del barracón y siete con tarjeta de servicio interior.

Me dirigía entonces hacia el pasillo, marchando en cabeza, abría la puerta del depósito de útiles de limpieza, el cuarto de servicio y los tres primeros armarios, tras haber puesto firmes a las que estaban en el bloque. Los visitantes, fueran hombres o mujeres, pertenecían a las SS o a las SA; las mujeres siempre quedaban fascinadas por el resplandor del

cinc y del aluminio. Casi siempre era Kögel el que hacía preguntas a las prisioneras. Cuando a un visitante se le ocurría entrar en conversación con una reclusa, Kögel no dejaba de entrometerse; se dirigía a cualquiera de los testigos de Jehová y preguntaba siempre:

—¿Por qué está detenida?

—Soy testigo de Jehová.

No había lugar para nuevas réplicas, porque las testigos de Jehová no dejaban pasar ninguna oportunidad sin proclamar su credo, y Kögel sugería que fuesen a visitar los dormitorios. Al contemplar la maravilla de las camas nunca faltaban exclamaciones de admiración. Yo permanecía firme, y cuando Kögel daba permiso para continuar, las mujeres seguían con su calceta. Retumbaba entonces la voz de Kögel:

—Jefa de bloque, ¿cuánto tiempo transcurre entre el despertar y la formación?

—Tres cuartos de hora, señor comandante.

—Vean ustedes, en tres cuartos de hora tienen que hacer las camas, vestirse, limpiar los armarios y desayunar, y consiguen mantener las cosas en un orden y limpieza perfectos. No crean que debajo de la manta hay una tabla...

—Se acercó a una cama, retiró las ropas y golpeó el jergón de paja—. Comprueben que es una colchoneta. Estos son los resultados de nuestra educación en cuanto a orden y limpieza en el campo.

A continuación por lo regular se acercaba a una ventana del dormitorio a través de la cual podían observarse los restantes barracones, hasta el extremo del campo, dado que los bloques estaban perfectamente alineados a cordel; Kögel, señalando hacia la ventana, decía con orgullo:

—Pues un orden exactamente igual a éste reina en todos los demás bloques del campo de concentración de Ravensbrück.

Los visitantes se acercaban a la ventana y elogiaban «un establecimiento modelo que podía hacer cambiar de ideas a los enemigos del Estado y a los peores elementos de la sociedad y convertirlos en miembros útiles para la comunidad del pueblo alemán». Después de la sección A era inspeccionada la B, con la misma ceremonia. Cuando se perdían las pisadas de la última bota y se desvanecía el humo de sus cigarrillos, saltábamos todas de alegría; las que se habían encerrado en los retretes se regocijaban de que en esta ocasión tampoco hubiera pasado nada; los pucheros y las fuentes eran puestos otra vez en el fuego. Sin embargo alguna vez, cuando el comandante Kögel estaba de buen humor, me preguntaba dónde trabajaban las diferentes testigos de Jehová; entonces yo improvisaba diez columnas con el primer número que se me ocurría. Tuve la suerte de que nunca se entretuviese en hacer los cálculos. Otras veces preguntaba a las que se encontraban en el bloque por qué no estaban trabajando. Pero en una ocasión estuve verdaderamente en peligro. Al mandarnos aviso, se ocultaron unas veinte mujeres en los lavabos. La inspección seguía su recorrido, pero cuando iban a abandonar el barracón, un visitante vestido de paisano se interesó por inspeccionar un retrete.

—¡Naturalmente que puede! —dijo Kögel.

Yo abrí la primera puerta, convencida de que la encontraría cerrada. Pero por una extraña fortuna, el primer lavabo estaba vacío. El curioso civil hizo correr el agua, que funcionó debidamente, y salió con cara de satisfacción. Cuando se hubieron marchado me dejé caer sobre un

taburete, convencida de que iba a parárseme el corazón. Luego supimos que el visitante había sido cónsul de Alemania en Inglaterra, donde había tenido ocasión de visitar algún campo de concentración. Allí no funcionaba el agua del retrete.

—¡Ahí está la diferencia de cultura! —debía de vanagloriarse—. ¡En nuestros campos todo funciona a la perfección!

## MÁRTIRES MODERNOS

Ya hice mención de que la vigilante jefe Langefeld protegía a las testigos de Jehová, pero su enemiga especial era la vigilante subjefe, que se llamaba Zimmer. La Zimmer era una mujer de entre cincuenta o sesenta años, la típica empleada de prisión escandalosa; de ella se contaba en el campo que estimaba exageradamente la bebida, y que vivía en la más inimaginable suciedad. Venía con regularidad a vigilar nuestro barracón y por lo general previamente a alguna inspección; nunca encontraba todo en orden y ninguna cama merecía su aprobación. Aprovechaba cualquier oportunidad para insultar a las testigos de Jehová:

—¡Viejas cotorras, estáis en el campo sólo para chismorrear de Jehová! ¡Marchaos a casa con vuestros maridos y vuestros hijos! —les decía.

Estas prisioneras y la Zimmer se conocían ya hacía bastante tiempo, del primer campo de concentración de mujeres —en Lichtenburg—, y sabían cómo tenían que comportarse.

No obstante, mis compañeras del bloque 3 no solamente hablaban de Jehová y de la «edad de oro» venidera, sino que a veces recordaban a los hijos y maridos que habían perdido, sobre todo el sábado, cuando se hacía el reparto de correspondencia. A muchas les llegaban cartas desde los campos de concentración de Buchenwald, Dachau y Sachsenhausen, de sus esposos, que eran también testigos de Jehová; pero otras las recibían desde sus hogares. El marido de Ella Hempel, que había quedado en una pequeña aldea sajona con cuatro hijos, hacía más de dos años que le suplicaba que volviera. En una carta le decía:

Mi querida Ella: ¿Cuándo volverás a casa? Los niños y yo te esperamos aún. La casa está en desorden, los niños carecen de los cuidados necesarios, el jardín y las labores del campo están casi abandonados; ¿cómo puedes ser tan insensible y dejar a los tuyos tan desamparados? Seguro que esto no lo aprobará el buen Dios...

Ella se echó a llorar. Decidí intervenir:

—¿Cómo puedes soportar esto, teniendo la posibilidad de volver hoy mismo a tu casa?

Echó la cabeza atrás y contestó:

—Eso no puede comprenderlo una «mujer de mundo» como tú. Jehová ordenó: «Debes abandonar a tu mujer e hijos y seguirme».

Desaparecieron las lágrimas de su rostro, tomó una bayeta y continuó la limpieza del bloque.

Estas quinientas mujeres se habían hecho testigos de Jehová por diferentes motivos. Algunas, como esposas de hombres de la misma creencia, eran por lo general las «modernas», y un pequeño grupo lo era por tradición familiar. Pero las más se habían sentido llamadas por la voz divina. A juzgar por sus relatos, la mayoría vivían pobremente, tuvieron que luchar siempre con dificultades

económicas, estaban profundamente desengañadas de la vida y tuvieron matrimonios desgraciados. Todas estas mujeres habían sufrido fracasos en la vida, y por esta razón la odiaban. Huían de la responsabilidad que les había impuesto la lucha por la existencia, se acogían al papel de mártir y se enorgullecían de su credo ante las «criaturas del mundo». Por el hecho de ser testigos de Jehová habían cambiado su situación ante el mundo: de seres oprimidos, serviles e insatisfechos con su sino se transformaron en seres «elegidos», elevados sobre toda la humanidad, y su rencor por injusticias sufridas personalmente se transformó en odio contra todo lo que no perteneciera a la sociedad de sus creencias. Cada una de ellas se sentía instrumento predestinado del Dios vengador y se recreaban con la idea de la próxima caída de los incrédulos en la condenación, de la que estaban excluidas las testigos de Jehová.

Ya he mencionado los envíos de enfermos a las cámaras de gas y la petición de la dirección del campo de que incluyéramos en la lista a todas las incapacitadas para el trabajo, inválidas y deficientes mentales. Como era natural, yo declaré que en mi bloque todas estaban sanas y eran aptas para el trabajo. Sin embargo, entre mis enfermas había una con tuberculosis ganglionar supurante; era Anna Lück, de unos sesenta años de edad, que estaba casi siempre en la cama. En una ocasión la vio en la enfermería el médico de las SS y la hizo inscribir inmediatamente en la lista del próximo envío. Me enteré de ello algunos días más tarde por una amiga que trabajaba en la enfermería; me comunicó que la lista estaba ya firmada por el médico y que no existía ya posibilidad alguna de borrar el nombre de Anna Lück. Meditamos durante mucho tiempo cómo podríamos salvarla y encontramos que el único recurso era el de obligarla a firmar una declaración. Me acerqué a su cama; ¿cómo podría

encontrar palabras para persuadir a esta pobre mujer? Conseguí animarla un poco con mi conversación. Luego le dije sin rodeos lo que había sucedido y le expuse todos los argumentos de que disponía para predisponerla a que firmase. Me dio la impresión de que se iba a vestir inmediatamente para presentarse a la vigilante jefe. Esperé media hora en el cuarto de servicio, hasta que entró Ella Hempel. Estaba excitada y me miró como si sintiera asco de mí. Me acusó:

—¡Nunca imaginé que te aliaras con el diablo, Grete! ¿Cómo puedes ser capaz de colaborar con las SS?

No comprendí en el primer momento lo que quería decir:

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—¡Tú has aconsejado a Anna Lück que firmara! ¿Cómo has podido hacer eso?

Perdí la calma y por primera y única vez le expuse a gritos lo que pensaba:

—¿Vosotras decís que sois cristianas, siendo capaces de permitir que mueran vuestras hermanas? ¡Cítame algún mandamiento cristiano que apruebe algo parecido! ¿Es esto amor al prójimo? ¡No sólo abandonáis a vuestros hijos tranquilamente, sino que os ocultáis, os dejáis maltratar por los esbirros de Hitler y procuráis vuestra muerte en nombre de Jehová! ¡Bestias insensibles es lo que sois!

No se esperaba ella este arrebato y salió aterrada y presurosa de la habitación. Creí que seguiría siendo enemiga mía, pero me equivoqué completamente. A partir de aquel momento se preocupó de mostrarse extremadamente servil. Y ello precisamente hizo que aumentara mi antipatía por ella.

Este suceso había sido precedido de una serie de otros con graves consecuencias. Un día vino a mí una testigo de

Jehová y me manifestó que una parte de sus hermanas se negaban a comer morcillas. En Ravensbrück nos daban, hasta 1943, aparte de la ración diaria de pan de quinientos gramos, de medio a tres cuartos de litro de sopa y cinco o seis patatas a mediodía y por la noche; durante algún tiempo también, sopa por la mañana. Los fines de semana añadían unos veinte gramos de margarina y, además, los sábados, pequeños trozos de queso, y los domingos, treinta y cinco gramos de embutido de hígado, de carne o de sangre. Esta alimentación fue empeorando semana tras semana a partir de 1941. Desaparecieron por completo las legumbres y las pastas alimenticias, y la distribución de grasas en las comidas, que existía realmente el primer año, se hizo cada vez más insignificante. La cucharada semanal de manteca desapareció ya en 1941 y la mermelada se redujo a unas onzas por semana. El suministro de azúcar era robado íntegramente por las SS. Tampoco en la cantina de prisioneras se podían comprar ya más que géneros de baja calidad, como empanada de pescado, que parecía hecha con cabezas de arenques y espinas, y alguna repugnante ensalada de legumbres.

Una joven prisionera, Ilse Unterdörfer, descubrió en el Antiguo Testamento el mandato de Jehová: «Deja que tu sangre corra por la tierra», y explicaba a sus hermanas que no debían comer más morcilla. Aproximadamente veinticinco de las «extremistas» resolvieron no aceptar morcilla de sangre desde aquel momento. Entre las testigos de Jehová había tres facciones: las «extremistas», las «vacilantes» y las «moderadas». Organizaban verdaderas luchas entre las facciones y se acusaban de traicionar sus creencias, para lo que recurrían a hacer comparaciones con las historias bíblicas y atribuían a las contrarias los nombres de los traidores del Antiguo Testamento. Cuando tuve



noticias de esta negativa creí que la morcilla de sangre no era del gusto de mis compañeras, ya que realmente no era muy fina. Les hice, en vista de ello, la proposición de que mientras fuera posible entregaría embutido de hígado a las que no deseaban morcilla de sangre, pero no había contado yo con el mandato de Jehová. La morcilla les importaba bien poco: lo básico era demostrar su amor a Jehová. Las «extremistas» querían llamar la atención y estaban deseosas de provocar las represalias de las SS, pues gozaban con los sufrimientos. Hicieron una lista con los nombres de todas aquellas que, según la orden de Jehová, se negaban a aceptar en adelante el comer morcilla de sangre. Al serles presentada la lista, las autoridades encontraron una solución rápida: a la que no quisiera comer morcilla, se le suprimiría la ración de margarina. Era una magnífica medida de economía.

A la primera lista siguió una segunda. Hubo en el bloque de testigos de Jehová enconadas disputas entre las «extremistas» y las «moderadas». Como era de esperar, la dirección del campo no solamente reaccionó con la privación de margarina, sino que se tomaron medidas más drásticas. La vigilante jefe, Zimmer, fue la iniciadora. Se ingresaron en el bloque de testigos de Jehová cien antisociales, todas las «joyas», es decir, afectas de cretinismo, epilepsia o maniáticas de todos los estilos; ése sería nuestro castigo. Estas cien mujeres tenían que vigilar a las testigos de Jehová, o sea, denunciarlas si eran descubiertas comentando la Biblia o en conversaciones religiosas. Este era un duro golpe para las testigos de Jehová, pero no lo era menor para la jefa de bloque. Irrumpieron en nuestro pacífico barracón las denuncias, robos y riñas, como lobos en un rebaño de ovejas. Digamos en honor de las testigos de Jehová que me apoyaron en mi difícil tarea de

forma conmovedora y que gracias a su ayuda pude pasar los seis meses que duró el castigo sin una sola denuncia, lo que era tanto más difícil cuanto que el bloque 3 continuaba siendo el de visitas de inspección. Los testigos de Jehová redoblaron sus esfuerzos y mantuvieron en orden, incluso conviviendo con las antisociales, su bloque modelo.

Esta sanción terminó de modo tan grotesco, que casi vi en ello la mano de Jehová. Durante las primeras semanas intenté defender por lo menos alguna de las ventajas de los testigos de Jehová. Les permití sentarse juntas en las mesas situadas más al fondo, para que las antisociales no pudieran entrometerse en las conversaciones, y coloqué a éstas — todas eran jóvenes— en la fila más alta de las camas. Ciertamente tal medida tuvo una desagradable consecuencia: muchas de estas «joyas» padecían incontinencia urinaria, y así, noche tras noche, orinaban sobre los testigos de Jehová que dormían debajo.

Un domingo radiante nos visitó nuestra enemiga, la vigilante jefe Zimmer. Se dio cuenta enseguida de la clara separación entre ovejas y carneros y me acusó:

—Hace ya mucho tiempo que estoy enterada de que protege usted a los testigos de Jehová y que se hace responsable de todas las farsas del bloque. Le ordeno que se ocupe inmediatamente de que las antisociales y los gusanos bíblicos se sienten juntas. ¡Que no llegue a enterarme de que una de estas cotillas habla con otra sobre Jehová!, ¿comprendido?

—Sí, señora vigilante jefe —dije yo tímidamente.

Las consecuencias no pudieron ser más felices: los testigos de Jehová aceptaron amorosamente a las «joyas». Las cuidaban maternalmente, y hasta llegaban a ofrecerles parte de su comida. ¡Con qué gusto aceptaban! Poco tiempo pasó

hasta que las testigos de Jehová y las antisociales llegaron a conversar amigablemente. ¿Cuál era el tema de conversación? Hacer un voto religioso. Las testigos de Jehová se aferraron a un nuevo fanatismo: no sólo en mi bloque, sino en el de las gitanas y siempre que se ofrecía una oportunidad, difundían su credo y preparaban la «iluminación» de nuevos testigos. En poco tiempo se repitió el caso de que antisociales, gitanas, una polaca, una judía y algunas políticas se declararan conversas. Solicitaban el distintivo y el inmediato traslado al bloque reservado. Fueron expulsadas del despacho y se adoptó la medida de desalojar inmediatamente a las cien antisociales. Todas nos sentimos satisfechas, y las solícitas creyentes vieron en todo ello una gracia de Jehová.

## MILENA

Al poco de ser yo jefe de bloque, hacia octubre de 1940, la jefa del departamento del nuevo bloque de ingreso número 7 me trajo un saludo de Lotte Henschel, que se contaba entre las recién admitidas. Quise corresponder inmediatamente, pero como nos estaba terminantemente prohibido entrar en un barracón que no fuera el nuestro sin tener una misión de servicio, concertamos el encuentro aprovechando el paseo de las nuevas; yo contaba con la protección de mi brazalete verde. Me sentía muy sola en aquella época y estaba impaciente por que llegara el momento.

Las nuevas ingresadas paseaban por el estrecho camino que discurría entre el muro del campo y la fachada posterior de los barracones. Ante el muro y sobre las fajas de césped se habían fijado avisos de precaución, con la calavera y los

huesos cruzados. Entre la masa de blusas a rayas divisé a Lotte. Inmediatamente se mostró interesada en presentarme a una compañera recién ingresada. Una periodista checa que me conocía de oídas. Se llamaba Milena Jesenská.

Milena hablaba alemán con un suave acento eslavo. Me tendió la mano sin doblar los dedos y se lamentó:

—¡Por favor, no me aprietes así la mano!

Vi en sus ojos sombríos una expresión de profundo dolor. Milena era alta, llevaba un traje de prisionera holgado y grandes botas. Bajo el pañuelo reglamentario de la cabeza sobresalían rizos rebeldes. Sabía por Lotte de mi destino y deseaba conocerme como periodista. Hasta entonces no había sabido yo que el hacer preguntas era un arte, pero Milena lo dominaba por completo. Mientras caminábamos junto al «muro de las lamentaciones» —así lo llamaba ella—, bajo el alambre de espinos cargado con alta tensión, le conté mi historia. Milena y yo fuimos amigas desde el primer momento y así continuamos durante cuatro amargos años de campo de concentración. Agradecí el haber venido a Ravensbrück y el encuentro con Milena Jesenská.

Cuatro años son mucho tiempo, y este tiempo quizá resulte más largo en el campo de concentración que siendo libre. En cuatro años de convivencia se puede llegar a conocer muy bien a una persona. A Milena la conocí perfectamente. La fuerza de su personalidad me fascinó desde el primer instante, y a pesar de su enfermedad conservó esta energía extraordinaria hasta su final. Era cinco años mayor que yo, hija del conocido médico de Praga y catedrático de universidad Jan Jesensky. Parece que la familia se caracterizaba por la independencia de criterio, pues según patentiza todavía actualmente una lápida en el ayuntamiento de la ciudad de Praga, su antepasado Jesenius,

que era en aquella época un médico célebre, fue condenado, en 1621, a muerte y descuartizamiento por haber llevado a cabo una autopsia prohibida. A partir de 1920 Milena empezó a escribir para diferentes periódicos de Praga, como *Tribuna*, *Lidove Noviny* y *Narodni Listy*. Al poco tiempo se había convertido en una de las más conocidas periodistas checas. Hasta su captura trabajó en el periódico de la clase media izquierdista *Pritomnost*; le preocupaba en especial el problema de las minorías nacionales en Checoslovaquia.

El acusado sentido de justicia, la independencia de pensamiento y el espíritu congénito de contradicción la condujeron al comunismo en los comienzos de la tercera década del siglo. Aunque disponía de un genio lingüístico poco común, escribió durante algún tiempo para los diarios del Partido Comunista. Pero como no podía dejar de ocurrir, pronto tuvo que oponerse a determinados detalles de la disciplina del partido. Su afiliación al Partido Comunista duró sólo pocos años, y en 1936 fue expulsada. Me asombraba su juicio, tan claro como demoledor, sobre el comunismo. Yo también había perdido por completo todas mis ilusiones, pero había necesitado una serie de reveses de fortuna para entrar definitivamente en razón. Milena se había formado su opinión valiéndose solamente de su extraordinaria perspicacia.

Cuando los alemanes ocuparon Checoslovaquia no permaneció inactiva. Se adhirió al movimiento de resistencia y ayudó a judíos, a aviadores checos y a oficiales a alcanzar un lugar seguro en el extranjero. En 1939 fue detenida por la Gestapo en Praga y conducida a la prisión preventiva de Dresde. Allí enfermó y fue trasladada a Ravensbrück. Ella creía que se trataba de un simple reumatismo: tenía las manos hinchadas, sentía dolores continuos y durante las horas que debía permanecer en pie mientras pasaban lista se

helaba de tal manera que no conseguía entrar en calor bajo las miserables mantas. Desde el primer día me asustó su estado, pero ella procuraba siempre quitarle importancia. En 1940, a pesar de su enfermedad, se mantenía perfectamente firme, animosa y llena de iniciativas; no parecía que estuviera prisionera. En general rehusaba tocar el tema del hambre e incluso se ofendía si yo intentaba regalarle pan, o algo que hubiera guardado.

Cuando conocí más íntimamente a Milena me contó también su pasado; supe así que de 1920 a 1922 había sido novia de Franz Kafka. Esta relación amorosa había ejercido una profunda influencia sobre su desarrollo humano y espiritual. Conoció al escritor cuando tradujo al checo *La metamorfosis* y algunos fragmentos en prosa. El gran papel que desempeñó Milena en la obra y la vida de Kafka puede deducirse de sus diarios y de las *Cartas a Milena*, publicadas en 1952. Me hablaba Milena con frecuencia de Franz Kafka, pero en Ravensbrück, veinte años más tarde, no era tanto al hombre amado al que evocaba, sino al creador cuyo genio le había maravillado tanto. Sin embargo, siempre flotaba en sus charlas el recuerdo de un amor cuyo trágico final estaba previsto desde el principio. Kafka, enfermo, no pudo satisfacer los anhelos de una joven llena de vida; él lo sabía y sus cartas eran documentos estremecedores de autocensura.

Kafka había hallado en ella el vigor, la firmeza interior y la arrogancia. El escritor checo, casi quince años mayor, la llamaba en sus cartas «Madre Milena», y el ensayista Willy Haas, un antiguo amigo de Milena, la compara en el epílogo a las *Cartas a Milena* con una «aristócrata del siglo XVI o XVII, un personaje como el que Stendhal extraía de las antiguas crónicas italianas y trasladaba a sus propias novelas». Tampoco perdió en el campo de concentración esta superioridad ni esta inflexibilidad, como lo demuestra el

incidente que voy a relatar. A Milena le habían dado un puesto de trabajo en la enfermería. El médico de las SS, Sonntag, pareció interesarse por ella como mujer. Solía tener con ella algunas atenciones e incluso en una ocasión le ofreció parte de su desayuno, que ella rechazó. Un día la encontró en el pasillo de la enfermería y comenzó a charlar con ella. Solía llevar un bastoncito, con el que golpeaba a las prisioneras. En el curso de la conversación, Sonntag le tocó la barbilla con él. Milena apartó inmediatamente el bastón; en su rostro se dibujaba el absoluto desprecio que sentía por el médico. Sonntag quedó desconcertado y no dijo una sola palabra, pero desde aquel día la persiguió con odio mortal.

En mí misma pude comprobar el desdén e insolencia con que trataban las comunistas a todas aquellas que habían caído en desgracia con el partido, habían sido expulsadas o lo habían abandonado por propia iniciativa. No había compasión: la que no se hubiera inclinado ante la disciplina del partido, quien hubiera conservado su independencia espiritual y hubiera criticado al comunismo, era una traidora y pertenecía a la escoria de la humanidad. Quizá no haya mejor prueba del poder que irradiaba la personalidad de Milena que el hecho de que las comunistas checas, a pesar de su ruptura con el partido, no la trataran como «traidora» sino que, por el contrario, rivalizaran por lisonjearla. Incluso le proporcionaron un ventajoso trabajo en la enfermería, casi el mejor del campo de concentración. Nuestra amistad databa apenas de dos semanas cuando las representantes de las comunistas checas, Palečková e Ilse Mach, abordaron a Milena y le preguntaron si sabía que yo era una trotskista que iba difundiendo desvergonzadas mentiras sobre la Unión Soviética. Milena les aclaró que me conocía lo suficiente como para poder juzgar acerca de mis informes sobre Rusia, y que le parecían dignos de crédito. Unos días después le

plantearon una especie de ultimátum: tenía que decidir entre la comunidad checa del campo de concentración de Ravensbrück y la alemana trotskista Grete Buber. Su elección le granjeó el odio de las estalinistas durante los cuatro años de su vida en el campo. Mientras tuvo fuerzas, pudo rechazar los ataques de que era objeto, pero cuando estuvo más enferma sufrió en forma indescriptible con estas persecuciones. La calidad de prisionera obliga a compartirlo todo con las amigas y respirar el mismo aire. ¡Cuántas ocasiones de mostrarse cruel ofrecía la vida en común! Milena no aprendió nunca a marchar bien alineada, no ocupaba su lugar en ninguna formación, no se apresuraba cuando le daban órdenes, no adulaba a la detenida instructora en la enfermería. Ninguna palabra que saliera de la boca de Milena estaba «conforme con las normas del campo». Lo más grotesco era que precisamente las prisioneras políticas, las comunistas, se escandalizasen. En primavera, formábamos una tarde para pasar lista. Los árboles tras el muro del campo empezaban ya a reverdecen. Milena se había olvidado del toque de recuento y del campo de concentración, y se puso a silbar... Las más indignadas por la falta de disciplina eran las comunistas que la rodeaban. En otra ocasión, marchaba por la calle del campo, formando en la columna que se iba al trabajo, cuando me vio al pasar, porque nuestro bloque acababa de romper filas. No se lo ocurrió nada mejor que quitarse el pañuelo de la cabeza y agitarlo, al tiempo que me llamaba a gritos. Sus compañeras y las vigilantes se quedaron petrificadas. No obstante, sus enemigas le perdonaban su superioridad política y su falta de compromisos.

El campo estaba constantemente invadido por rumores optimistas. A partir de 1940 terminó la guerra una vez cada tres meses, estalló una revolución cada dos semanas y Hitler



fue asesinado innumerables veces. Cuando le contaban a Milena estas historias, no vacilaba en echar por tierra sus ilusiones. Y aún más, cuando Hitler, en 1941, atacó a los rusos, y no sólo los comunistas sino muchos de los políticos de otras naciones se entregaron a una exaltación prorrusa, ella les pintaba el cuadro de lo que podría esperarse de una Europa bajo el dominio de Stalin. Milena profetizó lo que ocurriría en 1945. También yo discutí con ella y nunca quise creer que los rusos hubieran avanzado tanto hacia el oeste. Sus únicas preocupaciones eran volver a Praga y escapar de los rusos. Yo tramé planes de huida e inventé todo lo imaginable para consolarla. No se equivocaba al preocuparse. Las comunistas propagaron por el campo que los rusos, cuando llegaran a Ravensbrück, nos enviarían al paredón, o a Siberia. Y ellas les habrían ayudado de buena gana. A veces, cuando los rusos se iban acercando al campo, sentía verdadera alegría de que Milena pudiera morir en su cama.

Milena trabajaba en la enfermería y llevaba la estadística de las enfermedades venéreas. Este trabajo era comodísimo, puesto que debía realizarlo en una habitación limpia con calefacción en el invierno. Sobre su mesa tenía siempre alguna flor, sus lápices guardados en una pequeña caja y en la pared había colgado una fotografía de Praga. Desde su asiento podía contemplar la puerta de hierro de Ravensbrück, la que nos separaba de la libertad. Con su trabajo salvó Milena a muchas personas, porque falseaba las muestras de sangre que enviaba a Berlín para su análisis, y que de allí le eran devueltas. Convertía resultados positivos en negativos, pues las prisioneras sifilíticas eran casi siempre condenadas a muerte, si no sucumbían a las bárbaras curas o eran enviadas a las cámaras de gas como «incurables». En cada una de estas falsificaciones arriesgaba

Milena su propia vida, pues con su escasa salud no hubiera podido resistir el castigo. En el invierno de 1941 intentó ayudar a que fuera puesta en libertad Lotte, nuestra amiga común. Esta había pasado ya cuatro años de presidio y un año de campo de concentración, y su salud empeoraba por momentos. Puesto que en 1940 y 1941 se daba libertad inmediata, en el campo de concentración de Ravensbrück, a las enfermas de tuberculosis, preparó Milena un análisis positivo de los esputos de Lotte; ello motivó que fuera ingresada en un sanatorio antituberculoso. El médico de las SS presentó la solicitud de alta, y esperamos el resultado con ansiedad. Precisamente en esa época se empezaron a organizar los «transportes de enfermas». Inmediatamente después de que el primer transporte hubiera abandonado el campo supimos del destino de estas mujeres, que se suponía habían sido llevadas a otro campo de concentración. Fueron asesinadas en campo abierto. Se apresuró entonces a convertir en negativos los análisis. Ello llamó la atención al médico de las SS, Sonntag, quien insistió en que Lotte había curado milagrosamente. Así se salvó de una muerte segura.

Milena no fue nunca una «prisionera»; no podía desinteresarse y embrutecerse como muchas otras. Se desesperaba por las cosas terribles que ocurrían a su alrededor, y por su impotencia para intervenir.

Durante su trabajo convivía en el mismo local con varias comunistas y tenía que oír a todas horas sus conversaciones. No le era posible callar cuando no estaba conforme con lo expuesto. No cesaba de polemizar con la mordacidad que le era propia contra los desatinos engañosos del colectivismo, la democracia proletaria y la libertad socialista; nunca se lo perdonaron. Había en la enfermería algunas comunistas alemanas que trabajaban para el cuerpo médico de las SS con celo y escrupulosidad exageradas. Milena se burlaba de

ellas. Detenidas políticas que hubieran debido oponerse a las autoridades, se vanagloriaban ante Milena de su conciencia del deber y la tildaban de negligente y perezosa. Y cuando su enfermedad la fue venciendo, a pesar de que era obvio que sus fuerzas la abandonaban día a día y no podía sostenerse en pie, hicieron correr el rumor de que todo era simulado.

Mientras fui jefa del bloque de las testigos de Jehová, Milena vino a verme con frecuencia; nos situábamos, aunque estaba prohibido, en el cuarto de servicio de la vigilante de las SS y así podía calentarse las manos en la estufa. Cifraba todas sus esperanzas en una frase: «Sentarse al borde del camino y no ser ya soldado».

Como Milena era escritora, al oír mi relato de los acontecimientos en Siberia resolvió —si continuábamos con vida y alguna vez nos veíamos en libertad— publicar un libro. En su fantasía creo una obra sobre los campos de concentración de las dos dictaduras, en la que hablaría de las llamadas a recuento, las marchas en columna y la degradación de millones de seres a la esclavitud; una dictadura en nombre del socialismo y la otra por el bienestar de los tiranos.

En el cálido verano de 1941 se había establecido ya la jornada nocturna, y la debilitación y desnutrición de las mujeres iba aumentando. Tenían las piernas muy hinchadas y cubiertas de bultos y úlceras. Se presentaron entonces en el campo algunos casos de parálisis. No sé si estas primeras afectadas eran o no víctimas de las curas antisifilíticas, porque no se les prestó atención hasta que fueron doce. Llegó a conocimiento del comandante del campo y acusó violentamente a Sonntag de negligencia. Llegaron al campo rumores de que en Mecklenburgo hacía estragos la parálisis infantil y el doctor Sonntag decidió poner a Ravensbrück en

cuarentena. Las prisioneras fueron encerradas en los bloques y nadie salía a trabajar. En el punto en que desembocaba la calle en la plaza del campo se instaló una barrera de alambre de espino. Las prisioneras que trabajaban en la cocina no podían regresar a sus barracones, sino que se les habilitó un dormitorio en la sala de baños. Sólo la vigilante jefe Zimmer se atrevía a entrar en el campo. Iba de un bloque a otro y se cuidaba de mantener el orden. En el fondo reinaba una alegría general, y únicamente el hecho de que cada día se presentaran nuevos casos de parálisis, que eran transportados a barracones especiales, hizo cundir la angustia y la inquietud. Las afectadas por la parálisis mostraban idéntico cuadro clínico y el ataque les sobrevinía súbitamente, sin síntomas previos. Sorprendía únicamente que ninguna de las políticas fuera atacada: las enfermas eran principalmente las antisociales, las gitanas y las «amigas de los polacos». Si no recuerdo mal, a los ocho días había unas cien mujeres con poliomielitis. Una cantidad enorme de antisépticos inundó el campo de concentración. Todo fue desinfectado cuidadosamente. Para servir la comida se hacía que las prisioneras dejaran sus peroles en la calle y venían de las cocinas a llenárselos. Inmediatamente después, una prisionera de la cocina lavaba cuidadosamente y esterilizaba todos los cacharros metálicos. Las ocupantes de cada barracón tenían paseo dos veces al día, en grupos estrictamente separados. Como ya relaté, en esa época las testigos de Jehová habían sido castigadas a convivir con las cien antisociales, y también en nuestro bloque cundió la epidemia.

No olvidaré el período de la cuarentena. Pertenece a los momentos más insoportables de mi estancia en el campo, aunque en realidad fueron un regalo de la providencia. El verano de 1941 era espléndido, el sol brillaba en un cielo

profundamente azul y sin nubes. El campo era un paraíso de calma; había un silencio profundo en los barracones, y estábamos libres de los gritos de las vigilantes y de los ladridos de los perros. Excepto durante los dos paseos diarios, las prisioneras tenían que permanecer en los barracones. Sin embargo, protegida por mi brazalete verde, yo infringía diariamente esta prohibición. Milena se había presentado como voluntaria para el servicio en el barracón de las paralíticas. Siempre que me era posible me deslizaba a lo largo del muro del campo y atravesaba la calle hasta el barracón de las enfermas, que estaba rodeado de una valla de alambre y en el que, como era lógico, no se podía entrar. Milena salía entonces y, separadas por la alambrada, nos sentábamos en el suelo a conversar, dejándonos bañar por el sol ardiente; era una sensación maravillosa. Únicamente la Zimmer rondaba por el camino, y ningún peligro nos amenazaba por parte de las otras vigilantes. En realidad, yo sabía a ciencia cierta que las antisociales veían con envidia mis escapadas diarias, y estaba segura de que cuando se levantara la cuarentena intentarían obtener provecho de ellas. Pero no me preocupaba, porque siempre me quedaría la disculpa de haber ido a pedir noticias de las paralíticas de mi bloque.

Las charlas con Milena siguen vivas en mi memoria, porque en ellas me descubrió un mundo que me era hasta entonces poco conocido. Me hablaba con frecuencia de cuestiones estéticas, en las que poseía una formación muy sólida y un juicio crítico probadamente acertado. Yo había pasado mi vida anterior entre personas no faltas de inquietudes culturales, pero sí interesadas casi exclusivamente por asuntos políticos. Nuestra constante actividad política nos dejaba poco tiempo para adentrarnos en problemas ajenos al tema. Heinz Neumann era la única

excepción, pues su amor por la literatura había sido hondo y auténtico; sin embargo, fue hasta última hora tan fiel al comunismo que nunca cedió en esta inclinación al placer espiritual. Una vez apartados tales obstáculos, hablaba con Milena de temas que representaban para mí el descubrimiento de nuevos horizontes. Me hablaba de Kafka, me describía Praga y Viena en su época, la vida social de artistas y literatos, los cafés que habían sido utilizados como cuartel general de una determinada escuela literaria... Como muchas periodistas inteligentes, tenía la ambición de escribir algo más que buenos artículos. Sufría a menudo con la idea de no haber aprovechado y utilizado suficientemente su verdadero talento; pensaba siempre emprender más adelante, cuando gozara de libertad, tareas que sentía de acuerdo con sus aptitudes. Tenía especial estimación por la prosa. Me dejó perpleja cuando, defendiendo yo mi ingenua afición por la poesía, afirmó que había pasado ya la época de la lírica y que únicamente la prosa tenía derecho a sobrevivir.

—¡Si pudiese escribir lo que siento...! —se lamentaba—. Es más difícil describir una situación que redactar un artículo.

Debía a Frank Kafka esta inclinación por la prosa, puesto que él fue el más importante narrador en lengua alemana de nuestro siglo.

Esta posibilidad de liberarnos de nuestro medio ambiente y abandonarnos a temas a los que no tenían acceso las SS representaba mucho. En el campo de concentración, en el que cada día puede llegar la muerte, el espíritu no es tampoco una fortaleza inexpugnable. No defiende del hambre ni de los golpes; quizás ayuda a soportarlos más dignamente y durante mayor tiempo, pero no protege del derrumbamiento cuando el cuerpo se ha debilitado tanto que

no puede ofrecer resistencia. Sin embargo, existe para la prisionera la posibilidad de dirigir su atención a algún hecho que esté fuera de sí misma, de hacerle olvidar el hambre, el temor a los infortunios diarios de la existencia en el campo de concentración. Brinda a las cautivas una isla pequeña y segura en un mar de miseria y desesperación, y permite aferrarse a un vínculo que les presta gran ayuda porque puede servirles de lenguaje común. Todo ello tenía un gran valor para nosotras, y aprovechábamos cualquier oportunidad para sumergirnos en nuestras charlas.

También tenía gran importancia el que las SS se sintieran tan inseguras en todo lo referente al espíritu. Una vez encontramos en un periódico dos reproducciones de Pieter Bruegel, *Cazadores en la nieve* y *La parábola de los ciegos*. Las recortamos y las pegamos en la pared del cuarto de servicio, en el bloque de las testigos de Jehová. Precisamente en el aspecto derrotado y miserable de los ciegos podían ver los ojos de las vigilantes una protesta contra la existencia de las presas. Cuando entró en el cuarto de servicio la directora de bloque de las SS y vio los cuadros, manifestó enseguida su disconformidad y su intención de hacérmolos retirar. Yo le contesté con una serie de conceptos artísticos, en especial sobre la obra de Pieter Bruegel. Ante el temor de hacer patente su deficiente instrucción, se calló y nos permitió seguir teniendo las imágenes.

Pero todo tiempo feliz tiene algún día su fin, y así también nuestra magnífica cuarentena. Pasada ésta nos llegó otro médico de las SS, especialista en parálisis infantil, que comprobó que todos los casos tenían un origen psíquico. Se aplicaron corrientes eléctricas a las supuestas parálisis y volvieron a caminar sin dificultades. Muchas sanaron al oír la naturaleza del tratamiento. Únicamente quedaron sin cura las desgraciadas cuya parálisis era una secuela de la fibrosis

y del reuma articular. El doctor Sonntag fue puesto en ridículo.

## MUERTE PRÓXIMA

La vida «normal» del campo comenzó de nuevo: toques de trabajo, formación para la salida al trabajo, regreso al mediodía, formación para la llamada al trabajo de mediodía, marcha al trabajo y vuelta alrededor de las cinco de la tarde; entonces nueva formación para el recuento de la noche, que nunca duraba menos de hora y media. Para levantarse, para formar, para romper filas y para el silencio nos regíamos por la sirena, cuyo silbido determinaba el ritmo de la vida en el campo de concentración.

Cada vez más mujeres eran trasladadas al campo de concentración. Detrás del «muro de las lamentaciones» se había erigido un grupo de barracones de madera de una sola planta. Se abrió un portalón en el muro y los nuevos bloques fueron ocupados. Las testigos de Jehová residían en los barracones 17 y 19. En esta mudanza se luchó con ardor y tenacidad por conseguir autorización para llevarse el jergón de paja propio como si de la posesión de una cama ideal se tratara. El interior del nuevo bloque estaba pintado de color blanco y tenía el techo revestido; para las reclusas aquello era «maravilloso».

En el curso de los años 1940 y 1941 habían llegado al campo muchas prisioneras polacas. Parecía como si Hitler quisiera exterminar a todo el pueblo polaco. Había detenidas de todos los estratos sociales y edades, y corrió el rumor de que algunas estaban condenadas a muerte. Se hablaba de que todo un grupo había llegado de Varsovia únicamente para la



ejecución de la sentencia. En la primavera de 1942 fueron llamadas un día diez polacas y llevadas al pabellón de calabozos. Poco antes de la llamada nocturna fue desalojada la calle del campo; se ordenó que todo el mundo se metiera inmediatamente en los barracones y que se cerraran las puertas. Las prisioneras que trabajaban en la cocina y en la enfermería fueron las únicas que presenciaron lo que ocurría: diez mujeres vestidas con túnicas, como hábitos de penitentes, fueron conducidas por la calle del campo. No parecían tristes, y se despedían de las compañeras que suponían detrás de las ventanas.

Al poco sonó la sirena para el recuento vespertino. Cuando todas las mujeres estuvieron alineadas y en silencio, retumbó una descarga cerrada, seguida de diez disparos de revólver, al otro lado del muro. Todas sabían lo que había ocurrido y ninguna se atrevía a moverse. Frente a nosotras había un bloque de polacas y vi que cientos de ellas rezaban una oración en silencio. Nada de lo que veíamos al otro lado de la pared hacía sospechar lo ocurrido: las bandadas de cornejas no habían interrumpido su vuelo y los pinos se erguían hacia el cielo.

Después de esta experiencia, cambió la fisonomía de muchas mujeres. Era el primer contacto que tenían con el asesinato de compañeras de cautiverio. Nos invadía el presentimiento de que íbamos a presenciar acontecimientos espantosos.

Las primeras ejecuciones tuvieron lugar en aquel mismo momento del recuento vespertino. Inmóviles en la formación y con los nervios a punto de estallar, oíamos los gritos de las condenadas, y nuestra imaginación se resistía a representar las escenas horribles que precedían al fusilamiento. Wicklein, el ayudante del comandante Kögel,

era el que dirigía las ejecuciones. Me enteré por los testigos de Jehová que el pelotón de ejecución no era del propio campo; también supe que antes de los fusilamientos, los soldados recibían permisos para celebrar comidas extraordinarias en la cantina.

Muchas de las mujeres del transporte de Varsovia nunca supieron que habían sido condenadas a muerte. Todas las polacas, cuyo número estaba próximo a las 7.000, esperaban angustiadas que les llegase la hora. Alguna tuvo que aguardar tres años. Después del transporte de Varsovia llegó otro desde Lublin, con mujeres a las que esperaba la misma suerte.

En el invierno de 1941 a 1942 apareció en Ravensbrück una «comisión médica». Ya anteriormente se habían inscrito en listas, tanto en la enfermería como por las jefas de bloque de los diferentes barracones, las débiles mentales, las inválidas o las incapacitadas para el trabajo. Se dijo que estas prisioneras irían a un campo para trabajos ligeros, o a un sanatorio. Las mujeres que figuraban en las listas tenían que desfilar —siempre que no debieran guardar cama— por delante de la comisión médica, que actuaba en el departamento de baños. Partió entonces la comisión de médicos, para volver poco tiempo después. Ahora se llamaba a los baños a todas las mujeres del bloque de judías; a muchas, en lugar de preguntarles por su salud, les hacían confesar su ideario político.

El primer transporte de enfermas abandonó Ravensbrück a principios de 1942. Se cargó a las mujeres en camiones, colocando a aquellas que estaban gravemente enfermas sobre la paja que cubría el suelo. Cuando por la noche Milena me descubrió cómo había sido el transporte de las enfermas graves, me parecieron confirmados mis temores

sobre la realidad de este traslado a «otro campo». Al día siguiente ya no cabía duda alguna. Ante el almacén, un camión descargó un montón de ropa y objetos personales: vestidos, ropa interior, cepillos de dientes, una muleta, prótesis dentales. En lo que podía apreciarse, pertenecían a las protagonistas del reciente traslado. Habían sido asesinadas. La desgarradora noticia corrió por el campo hasta llegar a los centenares que esperaban el mismo destino. Para ninguna de nosotras cabía duda, pero las afectadas no creían en tal monstruosidad y encontraban un sinfín de explicaciones para la devolución de las cosas de las prisioneras. Les habían cambiado la ropa en el sanatorio... De la muleta y las prótesis nadie se acordaba...

Así, un transporte sucedió a otro. Los objetos de las asesinadas eran siempre devueltos con regularidad estricta. Después de las enfermas siguieron el mismo camino las mujeres judías. Una de ellas prometió enviar una nota oculta en una costura del vestido, dando noticias sobre los fines del transporte. Se encontró su vestido, y en un dobladillo un trozo de papel con estas palabras: «Fuimos llevadas a Dassau y tuvimos que desnudarnos. ¡Suerte!».

Entre los transportes de enfermas y las ejecuciones, no teníamos un instante de tranquilidad. Los ingresos se acumulaban y de los países ocupados acudían prisioneras de todas las edades: niñas incluso. La primera fue Angela, una muchacha gitana de nueve años, una verdadera belleza hindú. Desde que la vieron llegar, en un grupo bastante numeroso, todas las mujeres del campo sintieron piedad por ella e intentaban hacerle el cautiverio más soportable con sus caricias y regalos. En realidad, veían en Angela a los hijos que hubieron de abandonar. Angela y otra niña gitana fueron enviadas al departamento de costura, donde

aprendían a leer y escribir, y eran educadas en la disciplina nazi por la vigilante Massar.

Pero no fueron éstas las únicas en venir. Pronto llegaron madres judías con sus hijos desde Holanda, Bélgica, Francia y Turquía. En un taburete del vestíbulo de la enfermería estaba sentado un ángel de rizos negros que apretaba un osito contra su pecho. Era una pequeña turca. La desesperada madre había sido requerida para el reconocimiento médico, y la niña jugaba sin darse cuenta de nada. Pronto las niñas detenidas se convirtieron en parte de la rutina diaria. Tenían que salir cuando sonaba por las mañanas la sirena, para la llamada a recuento de las cinco; permanecían en la calle tanto si hacía frío o calor, o llovía, las mismas horas que todas nosotras. Como no trabajaban, no recibían patatas en su ración, sino sólo aquel repulsivo caldo de legumbres secas y una pequeña porción de pan. Iban mendigando de puerta en puerta; en el corazón de muchas mujeres había ido muriendo la compasión y también el instinto maternal. Sin embargo, no quiero olvidar a las niñas rusas. A principios de 1942 trajeron siete muchachitas rusas de edades entre los seis y los trece años. Todo giraba alrededor de ellas. Las comunistas propusieron que se llevara a estas niñas al bloque de las veteranas políticas. La vigilante jefe Langefeld se mostró de acuerdo y las niñas hicieron su entrada en el bloque 1. Allí fueron mimadas y cuidadas; las mujeres les ofrecían todo lo que de comida especial podían procurarse en el campo. Como era natural, estas niñas se sentían mejor que las demás pequeñas que iban llegando al campo todas las semanas; más tarde, cuando fueron expulsadas del bloque 1, padecieron amargos sufrimientos.

Un domingo —era ya el año 1943— atravesábamos el campo Lotte Henschel, Maria Gropp y yo. En un punto de la

calle del campo estaba llorando una niña. Le preguntamos qué le ocurría.

—No encuentro mi barracón.

Era difícil porque todos los barracones eran iguales, y la pequeña no conocía los números todavía. Lotte la tomó en sus brazos y fuimos de bloque en bloque para encontrar el de aquella niña de ojos pardos. En todos los barracones nos recibieron seres sobreexcitados que no podían interesarse por una niña extraviada. Con grandes dificultades encontramos a las jefas de bloque y de departamento, pero ninguna conocía a la niña. Mientras tanto se había dormido en los brazos de Lotte. Estábamos precisamente tratando con la jefa del bloque de las judías cuando la niña se despertó. Nos rodearon varias mujeres, todas negando con la cabeza. Llorosa pero en un tono de reproche, dijo la niña:

—Yo no soy judía, soy gitana.

La pequeña tenía ya orgullo de raza. En el bloque de las gitanas encontramos a su madre.

En 1944, procedentes de un campo de gitanos donde habían convivido hombres y mujeres y habían nacido numerosos niños, llegó un contingente notable de madres con sus hijas. Se había separado violentamente a las mujeres de los hombres. Los muchachos de más de doce años fueron con sus padres a campos de concentración de hombres, y los menores siguieron a sus madres.

Una noche se formó una aglomeración de niños en la segunda calle del campo. Supe que debían situarse allí para ir juntos a la cocina. El director de la prisión preventiva había autorizado que todos los niños recibieran una cucharada de miel. Vestían todos con harapos, con el calzado destrozado, cuando lo llevaban, pero a ninguno le faltaba su

plato de aluminio. Las voces de mando los hicieron enmudecer como a nosotras. Una vigilante ordenó:

—¡Cantemos la canción de Inglaterra!

Todos obedecieron, y diciendo: «... dame la mano para marchar contra Inglaterra...», desfilaron en busca de la cucharada de miel.

La guerra en la Unión Soviética brindó a las SS nuevas esclavas para los campos de concentración. En Ravensbrück esperábamos la llegada del primer gran transporte de prisioneras rusas. Palečkova, la comunista checa que nos había interrogado a mí y a Milena en la calle del campo y que me había proscrito, se apuntó a la brigada de baño y despiojamiento para poder recibir a las rusas en cuanto llegaran al campo. Sólo puedo adivinar de qué habló con las recién llegadas en la sala de baños. Probablemente saludó a las ucranianas y las rusas con excesiva efusión para, acto seguido, transmitirles la solidaridad de sus camaradas presas en Ravensbrück. Puede que ya entonces oyera las primeras maldiciones. A continuación las habría conminado a comportarse dignamente, como harían en su patria socialista, y luego seguiría con manifestaciones del mismo cariz. Como cualquier comunista convencida, Palečkova habría recibido a las rusas llena de ilusión; esperaba que fueran la perfecta encarnación de las virtudes socialistas, esto es, fieles luchadoras y fervorosas admiradoras del partido bolchevique. Pero resultó que aquellas mujeres eran analfabetas políticas; no eran más que una horda de alborotadoras, ladronas e indisciplinadas, y muchas manifestaban abiertamente su aversión hacia el régimen estalinista. Al principio Palečkova pareció sufrir una profunda conmoción; permanecía silenciosa. Sin embargo, no abandonó su misión. Oí decir que en el bloque de las

veteranas políticas repetía sin cesar que no todas las rusas eran como aquellas prisioneras que habían enviado a Ravensbrück. Poco tiempo después me contaron que Palečkova sufría un trastorno mental. Las veteranas políticas procuraron protegerla por todos los medios del envío a la enfermería, pues eso significaba la muerte segura. Pero no consiguieron salvarla. Cuando intentaban ponerle a escondidas una inyección tranquilizante, Palečkova comenzó a delirar.

El médico de las SS la envió al edificio de los calabozos. Las testigos de Jehová que trabajaban allí nos contaron que su estado era desesperado, que se negaba a comer y que permanecía junto a la pared con el rostro arrobado gritando: «Stalin, ¡te amo!». Dos semanas más tarde las prisioneras de la enfermería recogieron el cadáver de Palečkova, un cuerpo escuálido reducido a un esqueleto.

A principios de 1942 se envió un transporte de unas mil mujeres a Auschwitz. Oíamos entonces por primera vez el nombre de este campo de concentración y nadie sabía lo que significaba. Se presentaron voluntarias muchas prisioneras, y entre ellas también algunas políticas. Con el transporte fueron la vigilante jefe Langefeld y sus dos más estimadas colaboradoras, Bertel Teege y Liesl Maurer.

La nueva vigilante jefe se llamaba Mandel, e introdujo un nuevo régimen en Ravensbrück. La llamada a recuento, tan temida siempre, se hizo todavía más inhumana. La distracción preferida de la Mandel era la caza de rizos o mechones de pelo. Mientras las mujeres permanecían inmóviles en la calle del campo, ella iba examinando todas las cabezas, fila por fila. Si descubría alguna cuyo cabello rizado asomara por fuera del pañuelo, la hacía salir de la fila, le arrancaba el pañuelo y la golpeaba sañudamente. Después

escribía el número de la prisionera. La misma escena se repetía en todos los bloques.

A las apuntadas les era rapada la cabeza en la sala de baños. En una ocasión obligó a diez de las castigadas a desfilar por delante de los bloques. Las primeras llevaban un cartel colgado del cuello con la inscripción: «He infringido las disposiciones del campo y me he rizado el pelo».

Mandel prolongaba además considerablemente la llamada a recuento, porque en lugar de romper filas había dispuesto que los bloques se reintegraran ordenadamente a sus barracones. Los golpes y patadas se hicieron habituales.

Por esta época se habían iniciado nuevas y violentas disputas en el bloque de las testigos de Jehová. En esta ocasión se negaban a realizar trabajos que pudieran coadyuvar a la guerra. La primera en abandonar el trabajo fue la columna de «cría de ganado de angora». Las testigos de Jehová declaraban haber comprobado que la piel de los conejos se había empleado para vestir al ejército, y que esto no era compatible con sus creencias. El mismo día se negó a trabajar la columna de horticultura, pues las legumbres recogidas habían sido enviadas a un hospital de las SS. En total fueron noventa las que rehusaron a partir de entonces hacer trabajos para la guerra; fueron castigadas a pasar tres días y tres noches en el patio del pabellón de calabozos. Después fueron recluidas en una celda, pero como no había sitio bastante en el edificio para tantas personas, fue desalojada un ala del bloque 25, que era el último de la nueva calle. Antes de llevarlas allí retiraron las mesas, taburetes y jergones de paja; pintaron las ventanas de color blanco para quitarles transparencia y cerraron por fuera las contraventanas de madera. Ya estaban extenuadas cuando fueron encerradas en la oscuridad del barracón, sin



chaquetas, mantas ni asiento de ninguna clase. Se les daba diariamente una ración de pan, y comida cada cuatro días. Allí permanecieron cuarenta días, pero en el curso de este tiempo llegó la orden de la Gestapo, desde Berlín, de que toda recusación del trabajo debería ser castigada con setenta y cinco bastonazos. Todas las testigos de Jehová, muchas de las cuales estaban entre los cincuenta y sesenta años de edad, recibieron el castigo. Al cabo de los cuarenta días pude verlas: eran esqueletos ambulantes, con la piel cubierta de verdugones. Todas padecían disentería, y parecían haber enloquecido. Muchas fueron llevadas inmediatamente a la enfermería. Cuando salieron del bloque 25 siguieron negándose a trabajar.

—Nosotras adoramos y obedecemos a Jehová —decían—, pero no a las SS.

Se las distribuyó por todos los barracones del campo, y las jefas recibieron la orden de llevarlas por la fuerza a la llamada de recuento. Algunas jefas compasivas las dispensaban de formar, pero la mayoría de los bloques las sacaban a rastras a la calle del campo. Sin embargo, seguían negándose a trabajar para la guerra y a formar voluntariamente.

El nuevo director de la prisión preventiva, Redwitz, sentía un placer especial en martirizar a las testigos de Jehová. En una ocasión, como las encontrara acurrucadas en el suelo durante la formación, les ordenó levantarse. Sus voces no obtuvieron resultado alguno e, indignado, ordenó a los policías del campo que las empaparan de agua allí mismo.

Teníamos que agradecer a Redwitz la institución de la policía del campo en Ravensbrück. Hacía sólo unos días que ocupaba el puesto cuando pasó revista a los bloques, con ocasión de una llamada a lista. Se detuvo ante una mujer que

estaba en la primera fila, la miró fijamente y le ordenó presentarse en su despacho. Leo era el nombre por que todos la conocíamos en el campo. Un tiempo después nos explicó que había conocido a Redwitz en 1933, en ocasión de una manifestación comunista en Múnich. Redwitz era entonces policía y se ocupó de disparar a los manifestantes; en aquella ocasión propinó a Leo una bofetada. Al parecer le había quedado tan marcado este suceso, que al cabo de tantos años y entre aquella multitud de mujeres fue capaz de reconocerla. Cuando llegó Leo al despacho, Redwitz se limitó a decirle:

—A partir de este momento queda nombrada policía del campo.

Después nos enteramos de que Redwitz había hecho correr el rumor de que Leo le había escupido a la cara; pero se había callado lo de la bofetada. Luego se demostró su acierto al dar el cargo a Leo, porque hizo cuanto se esperaba de ella: golpes, gritos y denuncias sin fin.

A última hora de la tarde de un día muy caluroso, en el verano de 1942, volvían las columnas del trabajo. Encorvadas hacia delante, sudorosas y cubiertas de polvo, las prisioneras apenas podían arrastrar el peso de los chanclos de madera. Por la calle del campo entraron formadas unas treinta judías, la mayoría ancianas, que habían llegado dos días antes. Estaban quemadas por el sol: la cara, los brazos y las piernas aparecían rojas e hinchadas. Las manos les sangraban, porque se habían pasado el día trasladando montañas de ladrillos. Se formaba una larga fila que partía de los montones. Las mujeres se iban lanzado los ladrillos de una a otra, con la inmediata consecuencia de herirse con los bordes cortantes. Después de pasar lista aquella tarde, yo tuve que llevar a algunas testigos de Jehová

a la enfermería y me encontré con la jefa del bloque de las judías, que intentaba aliviarles las quemaduras y desinfectarles los cortes. Schiedlausky, el médico de las SS, rugió al verlas:

—¡Sacad de aquí a las judías!

Los ruegos de la jefa de bloque no sirvieron de nada y fueron expulsadas de la enfermería. A la mañana siguiente sus brazos y piernas estaban cubiertos de ampollas. Se atrevieron a volver a la enfermería, y tuvieron la fortuna de ser atendidas: les pusieron vendas. Pasados dos días quiso la jefa de bloque hacer renovar los apósitos de papel, que estaban completamente empapados, pero se encontraron con Schiedlausky y tuvo que salir de la enfermería sin lograr nada. Las mujeres tenían fiebre y sólo con grandes esfuerzos podían sostenerse en pie; el eritema solar supurado era tan grave que ninguna de las mujeres del barracón curaba. Transcurridos otros dos días intentó de nuevo la jefa de bloque entrar en la enfermería con sus pacientes. Se les permitió la entrada, cortaron las vendas de papel y el suelo del cuarto de reconocimiento se cubrió de una capa de larvas que caían de las llagas. Algunas mujeres obtuvieron «tarjetas de enferma», pero murieron a consecuencia de las quemaduras.

¡Siempre teníamos problemas en la enfermería! Pensábamos que no podría haber nada peor que el doctor Sonntag, pero era porque no conocíamos todavía a su sucesor, el doctor Schiedlausky, al doctor Rosenthal y a la doctora Oberhäuser. Vino además una enfermera jefe de las SS, llamada la Antena. Estos cuatro personajes instauraron en Ravensbrück un régimen de terror.

Cuando una prisionera se sentía enferma se lo hacía saber a la jefa de bloque, quien inscribía en una hoja a todas las

enfermas de su barracón. Por la mañana, antes de sonar la llamada al trabajo las acompañaba a la enfermería, naturalmente en filas de a cinco. Como en Ravensbrück, en 1942, había ya alojadas diez mil mujeres, enfermaban unas cien diariamente. Formaban ante la enfermería, cualquiera que fuese el estado del tiempo, y por bloques iban entrando en el vestíbulo; allí tenían que quitarse los zuecos de madera. En una mesa estaba la enfermera jefe. Era una vieja larguirucha, delgada y con aspecto bilioso, de grandes orejas caídas y de una fealdad grotesca. Recibía las notas con los nombres de las enfermas y decidía las que debían pasar o no al cuarto de reconocimiento. Una por una, las enfermas se acercaban a la mesa y alegaban su dolencia. La que hablaba en voz demasiado baja o se quejaba era expulsada de la enfermería en el acto. Si las prisioneras que estaban esperando osaban hablar entre ellas, era expulsado el bloque entero, lo mismo que si se atrevían a apoyarse en la pared. Si le llevaban a alguna que se hubiera desvanecido, o cuya gravedad fuese clara, a la Antena se le animaba el rostro. Ordenaba sin dilación su traslado a la «galería». Pronto supimos todas que el «ingreso en la galería» significaba la muerte segura. A todas las ingresadas se les administraban somníferos los dos primeros días, y al tercero se les quitaba la vida mediante una inyección de Evipan en el corazón. El verdugo solía ser la enfermera jefe o uno de los médicos.

Una vez la doctora Oberhäuser estaba sentada en la mesa de reconocimiento cuando trajeron a una prisionera desmayada. Volviéndose hacia las cuidadoras, hizo un comentario jocoso sobre el destino que le aguardaba y quedó a la espera de una carcajada de aprobación. Las enfermas graves estaban entonces amenazadas por el peligro de ser asesinadas con una inyección y las mujeres se arrastraban

hasta caer desplomadas, pero no se declaraban enfermas por miedo a que las llevaran a la enfermería.

Las curas de las heridas eran realizadas por las prisioneras. Fueron inapreciables los servicios que prestaron a sus compañeras de prisión estas «detenidas sanitarias». En el estrecho vestíbulo del barracón de la enfermería, detrás de la enfermera jefe, tenían su mesa con instrumental, pomadas y vendajes. También comprobaban la fiebre, que tantas veces fue providencial. Limpiaban y vendaban úlceras y cortes, y administraban todo tipo de medicamentos.

Un día llegó al campo de concentración un grupo de mujeres embarazadas. Todas ellas habían sido detenidas por «relaciones con extranjeros». En los primeros años se solicitaba la libertad para las embarazadas o el traslado a un hospital. Allí les arrebatarían el niño después del parto y la madre sería devuelta al campo de concentración. Pero con las nuevas embarazadas ocurrió algo diferente. La Gestapo había ordenado que se les hiciera abortar el «fruto de su afrenta de raza», misión que se encomendó al doctor Rosenthal. Muchas de las mujeres estaban ya en el séptimo u octavo mes de gestación.

Unos días después Milena me contó que había oído el llanto de un recién nacido, pero que pronto lo hicieron enmudecer.

La prisionera Gerda Quemheim, enfermera de profesión, ayudaba al doctor Rosenthal en estas maniobras abortivas. Mataba a todos los que nacían vivos, con inyecciones, estrangulándolos o ahogándolos en un cubo de agua. Pero no solamente vinieron a Ravensbrück embarazadas por «contactos con extranjeros». Durante el tiempo que desempeñaron el puesto Rosenthal y Schiedlausky, todos los niños nacidos en el campo fueron condenados a muerte. Se

los consideraba «incapaces para sobrevivir» porque el campo no estaba preparado para sostener lactantes.

En enero de 1945 estuve enferma en el hospital, y allí conocí a una joven de veintiún años cuya salud había destruido el doctor Rosenthal. Era una muchacha campesina de Sehlesvig-Holstein que fue enviada al campo de concentración con el grupo de embarazadas. El parto inducido en el octavo mes de gestación le produjo un desgarramiento de uretra. En este estado se le asignó un trabajo duro, y como no podía retener la orina quedó afectada permanentemente de resfriados y fiebres, hasta que la situación degeneró en una tuberculosis pulmonar.

Rosenthal y Gerda Quemheim sostenían relaciones amorosas, como todo el campo sabía. En su calidad de enfermera, Gerda Quemheim vivía en los locales de la enfermería. Rosenthal pasaba también allí las noches, aunque no sólo para entregarse al amor, sino también para dar rienda suelta a su sadismo, auxiliado por Gerda, atormentando a alguna enferma hasta la muerte.

Una noche habían elegido a una joven ucraniana como víctima. Cuando se acercaron a su cama en el cuarto de las deshauciadas, la muchacha se dio cuenta y consiguió huir; corrió por el pasillo y saltó por una ventana al exterior. Una trabajadora polaca de la enfermería que estaba en una habitación vecina oyó el ruido, miró por el ojo de la cerradura —los cuartos estaban cerrados durante la noche— y fue testigo de la espantosa cacería. Después volvió a la enfermería y no dijo nada hasta la mañana siguiente, cuando se lo contó a Milena.

Ésta fue inmediatamente al depósito de cadáveres, y no tardó en hallar el de la ucraniana. Tenía la cara destrozada y

en los brazos se le apreciaban multitud de huellas de inyecciones.

Una amiga que trabajaba en la enfermería me contó una historia de Rosenthal que caracteriza de forma muy demostrativa la absoluta falta de respeto por la vida humana de este hombre y de la mayoría de sus correligionarios. Si moría una prisionera en la enfermería, era misión de la oficina presentar al médico la hoja clínica y la ficha. Este firmaba entonces el certificado de defunción y lo ponía en conocimiento del departamento político, que era el encargado de comunicarlo a los parientes. Por lo general el médico no se preocupaba lo más mínimo —casi siempre era el doctor Rosenthal de las verdaderas causas de la muerte, sino que las atribuía a lo primero que se le ocurría. De todos modos, se encubrían frecuentemente las causas de muerte cuando habían sido consecuencia de malos tratos. Rosenthal escribía cualquier nombre en latín, y el caso había terminado para él. Sin embargo, una vez coincidieron en la enfermería dos enfermas que tenían el mismo nombre y apellido, y además eran casi de la misma edad. Una de ellas era antisocial y la otra una «política leve», la primera afectada de tifus y la otra de un absceso. La enferma de tifus murió, y las prisioneras que trabajaban en el despacho de la enfermería hicieron los trabajos de rutina: buscaron la historia clínica y la ficha de la fallecida y se las entregaron al doctor Rosenthal, que inventó un certificado de defunción y le dio curso. Poco después comprobaron las mujeres en el despacho de la enfermería que habían cometido un error, pues habían tomado la historia de la enferma de absceso, que todavía estaba en la enfermería, por la de la fallecida. Las culpables del error, a pesar del miedo al castigo, decidieron confesar la verdad, porque para entonces el departamento político ya habría informado a los familiares

de la supuesta muerte. Fueron a dar cuenta al doctor Rosenthal de lo ocurrido, pero éste no le dio importancia al hecho y dijo que no era posible que el departamento se equivocara. Es decir, que sacar a relucir la verdad resultaría un descrédito de los superiores. Pero la última consecuencia del error no podía imaginársela nadie. Cuando las prisioneras no habían terminado de tranquilizarse y de alegrarse por no haber sufrido represalias, apareció en la enfermería la Quemheim con una jeringa en la mano. Sin decirles palabra entró en el cuarto que ocupaba la fallecida por error. Pasados unos minutos salió y les explicó:

—Ya no hay nada que temer: la otra también ha muerto.

## **EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN CRECE**

En el verano de 1942 enviaron a la enfermería a unas veinte polacas, todas ellas jóvenes, de los transportes de las condenadas a muerte. Los médicos les hicieron formar y las examinaron. La doctora Oberhäuser, aludiendo a una de ellas, dijo:

—Tiene las piernas muy delgadas, ¿no la podemos utilizar!

Si no recuerdo mal, eligieron a seis de ellas, que fueron acomodadas en la enfermería. Prendió el pánico entre las mujeres de los transportes de Varsovia y Lublin. Se supo que se había preparado para ellas una sala apartada en la que no podía entrar ninguna prisionera. Se había instalado además una sala de operaciones en toda regla, con los aparatos más modernos. Apareció en Ravensbrück el conocido médico alemán Gebhardt, catedrático de cirugía de la Universidad de Berlín, médico jefe de la clínica ortopédica Hohenlychen y



más tarde presidente de la Cruz Roja alemana, acompañado de un grupo de ayudantes. Les vimos pasar por la plaza del campo con sus uniformes blancos. Todas las que trabajaban en la enfermería fueron enviadas a los barracones, y entre las prisioneras corrían rumores de todas clases. ¿Qué horribles experimentos querrían hacer con las polacas? ¿Esterilizarlas? Cuando las que trabajaban en la enfermería volvieron a sus puestos de trabajo, la nueva sala estaba rigurosamente vigilada por enfermeras de las SS, las mismas que tenían la misión de cuidar a estas pacientes, a las que se daba una alimentación especial.

La incertidumbre solamente duró unos días, pues las enfermeras oficiales pronto se hartaron de su labor y exigieron la colaboración de las prisioneras. Las seis muchachas tenían el rostro descompuesto por los dolores sufridos en las piernas escayoladas. Enseguida nos enteramos, con todos los pormenores, de que habían sido operadas por parejas para trasplantar de una a otra huesos y músculos de la pierna.

Transcurrieron semanas, y las polacas operadas comenzaron a caminar por la enfermería cojeando, con el auxilio de muletas. Algunas tenían las pantorrillas atrofiadas casi completamente, otras no podían doblar los pies y se apoyaban en el suelo con las puntas de los dedos... No cesaban de procurarse nuevas víctimas. El célebre doctor Gebhardt ardía en deseos de realizar nuevos experimentos. Se había desistido de actuar con sigilo; se hicieron operaciones, mutilaciones, e incluso se presentó alguna gangrena gaseosa. Las mujeres morían por septicemias. Las «curadas» eran enviadas a sus antiguos barracones. El principal tema de las conversaciones eran las «conejas», como se las llamaba. Todas aquellas mujeres mutiladas

abrazaban la leve esperanza de que las operaciones de prueba significaran un indulto y que no serían fusiladas...

En el verano de 1942 las SS desplegaron una intensa actividad constructiva. Al otro lado del muro había grandes talleres de moderna edificación en los que se disponía de puestos de trabajo para varios miles de esclavas. En el costado opuesto la empresa Siemens & Halske levantaba barracones a toda prisa. Se dispusieron grandes bloques de viviendas nuevos en los que se podían alojar hasta mil mujeres; pronto tendría el campo de mujeres de Ravensbrück treinta y dos barracones y tres calles. Todas estas edificaciones fueron realizadas por los prisioneros del campo de concentración vecino. El campo creció, pero todavía con ritmo mucho más rápido aumentó el número de prisioneras. Tres mujeres disponían de dos jergones de paja, había un taburete para cada dos y un armario para cada cuatro. Hasta 1942, Ravensbrück había estado libre de chinches y piojos, pero pronto funcionó mal el lavadero y cada vez era más raro que la ropa interior estuviera limpia; faltaba material para rellenar los jergones, calzado para el invierno, y las chaquetas y vestidos eran de una miserable pasta de papel. Las autoridades se esforzaban en mantener en el campo de concentración la antigua disciplina y las costumbres, pero la alimentación y el alojamiento, cada vez más precarios, y la utilización creciente de las prisioneras en la industria de guerra, frustraron sus propósitos. ¿Quién se hubiera atrevido en 1940 o 1941 a poner el pie en el cuidado césped de los barracones y de la calle del campo? Ahora, terminada la llamada a recuento, todas las mujeres pisoteaban el césped y las flores para llegar a tiempo a sus columnas de trabajo. Se saltaba por las ventanas de los dormitorios para entrar y salir, pues era difícil que tantas personas pasaran por las estrechas puertas del bloque.

También el número cada vez mayor de rusas ingresadas daba al campo una fisonomía diferente. Se producían asaltos a las cuadrillas que llevaban el pan, o cuando las mujeres se arrastraban hasta los barracones cargadas con los cubos metálicos de la comida, de veinticinco o cincuenta litros de capacidad, eran atacadas repentinamente por un grupo que se los robaba.

Las SS respondieron reforzando la policía del campo, que tenía facultad para golpear y denunciar a sus compañeras. Esta policía del campo representaba la plana mayor profesional de las denuncias. En el otoño de 1942 el nuevo comandante del campo, Suhren, ayudado por un comisario de la Gestapo, Ramdor, empezó a organizar un nuevo sistema de espionaje interno. Hasta entonces sólo se sabía de una prisionera que hubiera delatado a sus compañeras, la suiza Carmen Mori, pero ahora Suhren y Ramdor recompensaban a las confidentes con alimentos robados de los paquetes de la Cruz Roja.

Hasta el otoño de 1942 se había dado la misma alimentación a todas las prisioneras de Ravensbrück. Solamente tenían comida más abundante las que trabajaban en la cocina, en el almacén y en la bodega, o cuando se les presentaba oportunidad de robar alimentos. Ahora se permitía a las prisioneras recibir paquetes de sus casas, lo que para muchas de las encerradas significaba la salvación. Las SS tenían la refinada estratagema de permitir que las familias contribuyeran a la alimentación de las esclavas para poder así explotarlas mejor, ya que pronto habría de implantarse en Ravensbrück la jornada de trabajo de once horas, y en muchos talleres había incluso turnos de noche. Desde finales de 1942 las SS empezaron a interesarse por nuestra energía para el trabajo, ya que fuimos un factor importante en la industria de la guerra.

Para los paquetes el campo fue curiosamente clasificado en dos grupos: prósperas y miserables. A las prisioneras francesas y rusas no se les entregaba ningún envío. Las gitanas, las antisociales o las acusadas de delitos comunes, así como una gran parte de las políticas alemanas, eran provistas muy escasamente por sus familias. Si bien algunas de las que recibían paquetes repartieron los alimentos durante años con las que nada tenían, continuaba siendo tan gigantesco el sector de las condenadas a sobrevivir exclusivamente con la alimentación del campo, que no podía faltar un profundo cambio en la moral de las prisioneras. Pronto los alimentos se erigieron en la moneda mejor cotizada. Las jefas de bloque se hicieron más tolerantes y hasta se sobornaba a las instructoras; las que recibían paquetes iban pronto mejor vestidas, tenían sirvientas que les hacían la cama, les lavaban los platos y ayudaban en todo lo imaginable. También se permitió entonces recibir de casa prendas de vestir y ropa interior, extendiéndose un próspero comercio con estos objetos. Por cuatro raciones de pan se podía comprar un jersey, o, con dos raciones, un pañuelo. El pan, la margarina y otros alimentos fueron divisas en el mercado del campo.

Sin embargo, las más beneficiadas eran las SS, que robaban vagones de paquetes destinados a las prisioneras. Algunas testigos de Jehová obtuvieron un nuevo «cargo de confianza»: tenían que clasificar y almacenar en los sótanos del edificio de la comandancia los paquetes de alimentos robados por las SS. Se trataba principalmente de envíos de la Cruz Roja internacional. Al mismo tiempo, el robo era castigado con palizas y penas de prisión en los calabozos del bloque correccional.

En el verano de 1942, justo detrás de la puerta de nuestro bloque, una columna de prisioneros levantaba una valla bajo

la vigilancia de las SS; junto a ella otros cavaban el suelo para colocar los tubos de una nueva canalización. Las contraventanas del lado derecho de nuestros barracones fueron cerradas y clavadas. Se nos amenazó con severos castigos si intentábamos entrar en contacto con los hombres. Bajo el mando del comandante del campo Kögel, no había entrado nunca un prisionero en el campo. Si, casualmente, columnas de mujeres y de hombres que iban al trabajo se encontraban fuera del campo, una de las dos tenía que permanecer en pie con la cara vuelta hasta que la otra había desfilado. Con el forzado aumento del campo bajo el comandante Suhren, esta medida de precaución fue relajándose más y más.

Durante todo el día oíamos las voces de mando del que llevaba a su cargo la columna de hombres. Todas las mujeres sentían compasión por ellos; lo que ya no les afectaba de sus propias compañeras de cautiverio las hacía temblar de indignación porque ocurría a los hombres. Se colgaban de las ventanas para poder verlos por las rendijas. ¡Qué aspecto tan deplorable tenían...! Los trajes a rayas les colgaban de los escuálidos hombros como de una percha. Únicamente estaba bien nutrido el cabo, que era un delincuente común. Tenía en la mano una estaca, y cuando alguno no trabajaba con suficiente rapidez, le golpeaba furiosamente en las piernas. Al segundo día pudimos ya comunicarnos con los hombres. Cavaban muy cerca de la pared del barracón y cuchicheábamos por las rendijas de las contraventanas. Los testigos de Jehová querían saber el número de hombres que había en el campo de concentración de Ravensbrück, y la jefe checa del departamento lo preguntó. Los hombres contestaban, pero lo que más deseaban era que les diéramos pan. Debajo de la valla levantada provisionalmente fue retirada la arena y se formó una ancha hendidura. En ella

colocábamos pan y las zanahorias que podíamos comprar en la cantina. Pero esto no era bastante, así que robábamos margarina en la cocina para regalársela. Poco tiempo después, uno de los hombres de la columna nos delató. Fui llamada a presencia de la vigilante jefe Mandel, quien me interrogó. Yo manifesté no haberme enterado de nada. Por entonces levantaron una segunda valla detrás de nuestro barracón y los hombres fueron igualmente aprovisionados de comida, por lo que era más difícil averiguar quiénes eran las autoras. La Mandel me despidió agriamente. No mucho tiempo después, fui citada otra vez ante la vigilante jefe, quien me ordenó:

—¡Vaya inmediatamente al bloque 9! Desde este momento es la jefa del bloque.

El bloque 9 era el de las prisioneras judías, y de él salían constantemente transportes de condenadas a muerte. Yo le rogué que me asignara algún trabajo fuera del campo.

—¿Cómo? —se extrañó—. ¿Discute mis órdenes?

—No, pero le ruego que me traspase a un trabajo en el exterior y me libere del cargo de jefa de bloque.

Pocas veces le habían pedido algo parecido; dudó un instante pero finalmente dio su consentimiento.

Había convivido casi dos años con las testigos de Jehová, pero no hubo por su parte ni el menor asomo de despedida. En mi calidad de veterana política, llegué al bloque 1, y por primera vez viví junto a Milena. En este bloque político había no pocas prisioneras orgullosas de su lucha y su martirio, y a las que no faltaba arrogancia. Aunque fui recibida con la máxima desconfianza, no podían evitarse las conversaciones políticas. Casi todas ellas eran comunistas alemanas y se aferraban, por razones muy comprensibles, no sólo a la esperanza de una victoria rusa, sino a su fe en el

golpe de Estado revolucionario que pondría fin a la dictadura de Hitler. En las discusiones manifestaban, basándose en el escaso número de casos de oposición política, que la influencia comunista iba creciendo a ojos vistas en Alemania. Y cuando se alegaban argumentos contrarios por parte de algunas ingresadas alemanas no comunistas, que cada vez eran más raras en el campo de concentración, pidiéndoles noticias de detenciones de las supuestas revolucionarias, afirmaban que el Partido Comunista ilegal actuaba en forma tan magnífica, que escapaba siempre a las garras de la Gestapo. Y si se realizaban detenciones, no eran mencionadas en la prensa nacionalsocialista para ocultar el avance de la resistencia. Las políticas detenidas creían vivir todavía en los años anteriores a 1933. Eran incapaces de deducir ninguna conclusión de los acontecimientos políticos de los diez años últimos.

Una vez, un domingo de la primavera de 1944, dos comunistas alemanas y una joven rusa que había sido auxiliar sanitario en el ejército de Crimea se sentaron a la mesa de las prisioneras políticas. La vieja comunista, que tenía ya sobre sus espaldas diez años de reclusión, decía a la joven Senia:

—Después de la guerra organizaremos el socialismo en Alemania exactamente igual que vosotros en la Unión Soviética.

Y la cara de Senia se transfiguraba al contestar:

—Después de la guerra, todo será ruso, todo ruso...

Las prisioneras políticas del bloque 1, que trabajaban en la comandancia y en las oficinas de las SS, traían periódicos al campo; así nos manteníamos informadas a diario de lo que sucedía en el frente. Pero no sólo llegaban a nuestros oídos

los informes oficiales de las autoridades alemanas, sino igualmente los rumores más increíbles sobre el hundimiento del frente, sobre la revolución y sobre otros movimientos subversivos que propagaban por el campo sobre todo las prisioneras «nuevas», debido a su ardiente anhelo de una pronta liberación; de este modo durante años conocimos las noticias que difundían las emisoras de radio extranjeras. Como es lógico, no sabíamos quiénes las transmitían ni en qué fuentes se basaban, y tampoco creíamos en su veracidad. Pero siempre nos maravillaba que tales rumores, después de semanas e incluso meses de haber sido divulgados en Ravensbrück, fueran confirmados en notas breves y discretas del *Völkischer Beobachter* o de *Das Reich*.

Hacia el final del verano de 1942 las alarmas aéreas sonaban cada vez más frecuentemente; por la noche se podían ver en el horizonte, al sudoeste, donde estaba Berlín, las luces cruzadas de los proyectores. Cuando las escuadrillas de bombarderos zumbaban sobre el campo, permanecíamos en los barracones tumbadas en nuestros jergones de paja. Para las prisioneras extranjeras cada bombardeo sobre una ciudad alemana era motivo de júbilo. También yo celebraba la llegada de los aviadores, pues sabía que el nacionalsocialismo sólo podría ser eliminado mediante la derrota militar; pero en las ciudades alemanas también vivía gente a la que yo amaba y muchas personas más que también eran enemigos del nacionalsocialismo. Y sobre todos ellos, indiscriminadamente, se lanzaban bombas incendiarias.

## TRABAJO PARA EL REICH



Después del toque de mañana en el bloque I, formé en la columna de agricultura. Ante el puesto de vigilancia, al otro lado de la puerta del campo, numeraban a las quince mujeres y marchaban entonces de a cinco cantando «En mi patria florecen las rosas...», a lo largo del lago Fürstenberger. Por primera vez, después de dos años en Ravensbrück, veía yo el mundo. La orilla del lago, con juncos y arbustos, y en la lejanía el campanario de la iglesia de Fürstenberger. Algunos minutos después recorriamos el camino arenoso entre los gallineros y las pocilgas de las SS, e hicimos alto delante del invernadero del campo. Con nuestra columna iba una vigilante de unos cincuenta años, miembro de la Asociación Femenina Nationalsocialista, a la que se había adjudicado este cargo con carácter honorífico. Su verdadera profesión era la hostelería, y como hacía sólo días que ocupaba el cargo de vigilante, se esforzaba por ocultar su timidez ante las prisioneras. El jardinero de las SS, Loebel, distribuyó el trabajo. Algunas afortunadas fueron al invernadero, entre ellas la cantante Eva Busch, que me había procurado un lugar en esta columna. Otras fueron destinadas a los macizos de flores y todas las demás tuvimos que «movilizar» el mantillo. La zona de jardinería limitaba con el muro exterior del campo de concentración de hombres; los prisioneros lanzaban, a través de una abertura en el muro, la tierra que traían en carretillas. Diez mujeres de nuestra cuadrilla formábamos una fila y hacíamos avanzar la tierra con la pala, pasando por sucesivos montones. Cuando alguna perdía el ritmo, crecía el montón en el que trabajaba y desaparecía el próximo. Al principio me recreaba en la contemplación de la maravilla multicolor de las flores del jardín, pero pronto se apagaba mi interés. Las manos se me llenaban de ampollas, tenía el estómago vacío y apenas podía con la pesada pala. Trabajar en un jardín parece que

debe ser agradable, pero cavar durante nueve horas, acarrear estiércol o remover la tierra carece de todo encanto. El único problema que nos preocupaba era el de «organizamos» la comida. Los testigos de Jehová cuidaban los cerdos de las SS y tenían patatas en abundancia. Convinimos un escondite seguro en el que nos pudieran dejar un cubo lleno de patatas recién hervidas, que nos comeríamos al romper filas.

En el jardín del campo de concentración se cultivaban sobre todo flores para los macizos de las casas de las vigilantes, los jardines del comandante y del director de la prisión preventiva, y de las demás autoridades de las SS. No se escatimaban macetas de flores para embellecer estas casas. El edificio de la comandancia estaba rodeado por un césped magnífico y bellos macizos de flores; todo quedaba al cuidado de las prisioneras. Nosotras regábamos, arrancábamos la maleza y plantábamos las semillas. A pesar de la dureza del trabajo, la columna de agricultura era muy codiciada, pues el jardinero Loebel no compartía las terribles cualidades de las SS. No amenazaba con denuncias; en realidad, rara vez nos dirigía la palabra. Aunque sabía que robábamos flores, y que cuando maduraban los pepinos y los tomates no solamente los comíamos hasta hartarnos sino que nos llevábamos al campo los que podíamos, nunca nos denunció.

En el invernadero reinaba Eva Busch, conocida cantante de cabaret que estaba casada con el actor de cine Ernst Busch. Dificilmente podía ofrecer resistencia el jardinero Loebel a una mujer tan encantadora, y después de hacer llegar a sus oídos que yo era una estupenda jardinera, se me destinó a trabajar en el invernadero. También conseguimos arrastrar a Lotte Henschel. Uno de los favores que más se agradecían era el de procurar a las amigas un puesto en el

que hubiera algo que comer o, si se disponía de fuego, se tuviera oportunidad de cocinar lo robado.

Todo el tiempo que trabajé como jefe de bloque estuve en tensión constante por la responsabilidad que tenía ante todas las mujeres bajo mi autoridad. Les amenazaban constantemente no sólo riesgos personales sino peligros colectivos. Ahora llevaba una vida más tranquila. Después de años de reclusión en el campo, absolutamente anuladas como personas, angustiadas permanentemente ante el castigo y obligadas a rendir vasallaje, aunque éramos mujeres adultas nos comportábamos como niñas al gozar de un mínimo de tranquilidad. Sólo buscábamos la ocasión de reírnos con algo. A las tres se nos ocurrió instalar un acuario en un depósito de cemento para agua. Cuando debíamos estar cultivando las flores nos dedicábamos a atrapar ranas gordas y oscuras, o pequeñas y verdes, y todos los animales que veíamos. Con el máximo disimulo las llevamos al acuario y las dejamos nadar a gusto; recortamos unas pequeñas astillas de madera para que les sirvieran de balsa, y pasábamos horas ante el depósito de agua, observando nuestra obra. Tan pronto como se abría la puerta del invernadero, Eva cogía la manguera y regaba las flores por enésima vez, yo removía la tierra con la azada y Lotte acarreaba macetas llenas de tierra.

Precisamente en esta época maduraban en el invernadero los pepinos y los tomates; nos era bien fácil robarlos, pero no tanto transportarlos al campo. Cada día encontrábamos nuevos escondrijos; en el cubo, debajo de la tierra del jardín que nos había encargado una vigilante, en el brazalete del traje del campo y bajo el sostén. Para llevar unos gladiolos a Milena, Lotte, que estaba muy delgada, se los escondió bajo el vestido y se ciñó el cinturón para evitar que cayeran.

Después tuvo que mantenerse muy erguida hasta llegar al campo, para no aplastarlos.

Esta hermosa vida entre flores, pepinos y tomates duró muy poco tiempo. Un día entró la vigilante Zimmer en el invernadero y preguntó por mí. Yo me asusté muchísimo, porque cualquiera de las muchas cosas prohibidas que hacíamos podía haberse descubierto. Me ordenó:

—Acompañeme a presencia de la vigilante jefe Mandel.

¿Qué habría ocurrido para que me vinieran a buscar durante el trabajo?

—¿Habla usted ruso? —me preguntó la Mandel.

—Sí.

—¿Sabe usted mecanografía y taquigrafía?

—Sí.

—A partir de mañana se incorporará usted a la columna Siemens. Será intérprete y secretaria del señor Grade, director de los barracones Siemens. Allí ya están advertidos de su llegada.

Corrí hacia la enfermería a ver a Milena. Cuando me vio entrar a aquella hora insólita, sospechó que algo grave había ocurrido. Se tranquilizó al oír mi explicación, pero a mí no me agradaba el traslado. Cualquier cambio resultaba peligroso.

Los barracones de trabajo de la empresa Siemens habían sido construidos por prisioneros, y sólo desde hacía algunas semanas había sido puesto en funcionamiento el primero. Había unas cincuenta mujeres devanando carretes y montando relés. Antes de ser admitida al trabajo, cada prisionera tenía que probar su habilidad e inteligencia. Tenía que curvar un alambre en una forma determinada y doblar un papel según el esquema fijado. También era examinada

su agudeza visual. El ingeniero Grade, que llevaba ya quince años al servicio de la empresa Siemens & Halske, seleccionaba cuidadosamente a las más aptas entre las que se le enviaban.

El trabajo estaba organizado de igual modo que en las fábricas Siemens de obreros libres. Las prisioneras bobinadoras y las montadoras de relés eran dirigidas y controladas por trabajadoras más antiguas. El jefe de esta «filial de Ravensbrück» era el ingeniero Grade. Aparte de esto, gobernaba cada barracón de trabajo una vigilante SS, como representante de las autoridades del campo de concentración.

Para cada prisionera se abrió una ficha con el apellido, nombre, fecha de nacimiento y profesión, y en la que se anotaban además los resultados de los exámenes y el puesto más adecuado. Cada prisionera tenía una tarjeta de salarios en la que se inscribía el trabajo realizado y el jornal por el trabajo hecho, que correspondía al de un obrero libre en la Siemens. Al final de cada semana se inscribía la suma de jornales y las horas de trabajo de tal modo que pudiera verse lo que ganaba cada operaria; naturalmente, ésta no recibía ningún dinero. La Siemens pagaba al campo de concentración todos los salarios de todas las esclavas. Por este sistema se averiguaba fácilmente qué prisioneras no alcanzaban los cuarenta peniques que tenían fijados por hora. Si se repetía esta negligencia recibía una reprensión severa de la jefe del taller; si esto no servía, se requería la intervención de la vigilante, quien extendía un parte que llevaba a la prisionera al calabozo o al bloque correccional. También se trabajaba horas suplementarias —según los casos, hasta cinco—, como una forma de trabajo forzado. Todo obra de la nombrada empresa Siemens; la que culminaba su tarea recibía unos vales de poder adquisitivo

proporcionado al trabajo, que podían utilizarse como moneda en la cantina. Pero en los últimos años sólo se vendía sal y unas repulsivas empanadas de pescado.

Yo me ocupaba principalmente de la correspondencia del señor Grade con la dirección del campo de concentración. En este ingeniero civil había un malogrado gerifalte de las SS; no tenía el menor escrúpulo en denunciar a la vigilante las prisioneras con pocas ganas de trabajar y en exigirle que actuara. Cuando encontraba una prisionera, a su juicio inútil, no dudaba en ponerlo en conocimiento de las autoridades del campo. Para él era evidente que las reclusas no podían gozar de ningún derecho. Yo supe luego que el impulso principal de este celo era el deseo de hacer carrera y el miedo a la guerra. Mientras se le considerara indispensable, la empresa Siemens le reclamaría a su servicio.

Cada prisionera tenía un lugar de trabajo reservado. El espacioso barracón estaba dotado de una potente iluminación eléctrica. El trabajo de las mujeres consistía en bobinar, montar, ajustar, comprobar y embalar los relés que iban a ser utilizados en aparatos telefónicos y en dispositivos de lanzamiento automático de bombas. También se fabricaban interruptores y aparatos telefónicos. Para cualquiera de estos trabajos se requería un cierto grado de experiencia y el máximo de interés.

Las dictaduras de Hitler y de Stalin han demostrado que la industria moderna puede ser perfectamente desarrollada con esclavos; tan sólo hace falta no permitir que falten hombres ni materia prima. Los campos de concentración rusos, al igual que los alemanes, fueron instituidos para aislar a los enemigos del Estado, y ambos sistemas coinciden en su

desprecio al individuo y en considerar lícita su utilización como esclavos.

La columna Siemens estaba bajo las órdenes de la vigilante Ehlert. Todas las mañanas, cuando habíamos traspasado la puerta del campo, nos ordenaba cantar. Su canción favorita decía: «Estábamos ante Madagascar y teníamos la peste a bordo. Faltaba el agua en las calderas y todos los días era lanzado alguien por la borda...». El camino hasta la Siemens pasaba por delante del jardín del campo, y me entristecía la diaria visión del invernadero y los macizos de flores. Después del jardín teníamos que cruzar las vías del ferrocarril. Una vez encontramos cerradas las barreras y nuestra columna hizo alto precisamente delante de las pocilgas. Había un gran montón de nabos, que desapareció al cabo de unos segundos. La vigilante se dio cuenta, pero no dijo nada. En la fábrica, la vigilante Ehlert se sentaba junto a mi máquina de escribir, por lo que podía observarla durante todo el día. Era una opulenta walkiria rubia que reía a carcajadas, que gustaba de comer mucho y bien; por esta razón se le haría insoportable la idea de que nosotras tuviéramos que pasar hambre. Solía obsequiarnos con alimentos. Lo hacía de modo disimulado, claro está. Decía, por ejemplo:

—Tíreme estos papeles en el cesto de detrás del armario. ¡Antes, eche una mirada en su interior!

Y allí nos había dejado algunas rebanadas de pan. Lo que más le gustaba era pasarse todo el día chismorreando sentada a su mesa. De no haber sido por la precisión del ingeniero Grade, jamás hubiera denunciado a nadie. Al cabo de algunos meses se la trasladó de allí como correctivo, y terminada la guerra fue condenada a quince años de cárcel, en el proceso de Bergen-Belsen.

A través de la ventana del barracón de trabajo veíamos a los prisioneros que construían un nuevo bloque. En los primeros días se presentó a Grade el centinela de las SS y pidió permiso para telefonar. Escuché disimuladamente y me enteré de que llamaba al doctor Rosenthal porque habían abatido a tiros a una prisionera que intentaba fugarse. En el breve tiempo de mi estancia en la Siemens, esta escena se repitió cinco veces.

En el otoño de 1942 marchó un nuevo transporte de mujeres a Auschwitz, y entre ellas todas las testigos de Jehová «extremistas». Todavía no sabíamos con exactitud nada sobre Auschwitz, pero pronto recibí el primer informe.

Cuando una prisionera de la columna Siemens se sentía enferma, se tomaba nota de ella en el propio barracón y se la conducía a la enfermería, donde recibía trato preferente; en especial se la liberaba de la formación. La empresa Siemens tenía interés en acortar en lo posible las faltas al trabajo. En uno de estos viajes a la enfermería observé una columna de testigos de Jehová que estaba formada ante el pabellón de calabozos, en la esquina de la plaza del campo. No podía distinguir bien las caras, pero me parecieron conocidas. Con el pretexto de haber olvidado algo en el barracón me deslicé por detrás del edificio celular y comprobé que no me había equivocado. Eran doce o trece de las que habían sido transportadas recientemente a Auschwitz. Una de ellas, Rosl Hahn, de Ischl, me llamó a gritos.

—¡Tengo que contarte algo importante, Grete! Seguro que nos van a matar muy pronto, pero quiero que sepas lo que pasa en Auschwitz.

»¡He visto cómo lanzaban niños judíos al fuego! ¡Vivos, puedes creerme! Todo el campo hiede a carne quemada día y noche. ¿No me crees? ¡Pues es la pura verdad!



Su cara, que había sido hermosa, estaba ajada, cubierta de cicatrices y con una palidez mortal. Sólo los ojos y la voz parecían vivir. Las otras testigos de Jehová asentían en silencio y me miraban. Yo no creí una sola palabra y pensé que habían perdido la razón. Para poderme marchar, les prometí:

—Os llevarán al bloque 17. Ya vendré esta noche a visitaros, y me podréis contar más cosas de Auschwitz.

Ellas estaban convencidas de que iban a ejecutarlas inmediatamente.

Me marché de allí con un nudo en la garganta. Y el mismo día las subieron a un camión de la prisión, que las llevó fuera del campo. Poco después regresó el camión, pero cargado solamente con sus ropas. Las habían asesinado por negarse a trabajar en favor de la guerra.

# EL ABISMO

## SECRETARIA DE LA VIGILANTE JEFE

La vigilante jefe Mandel acompañó al último transporte a Auschwitz. Su sucesora se llamaba Ehrich y había ascendido a este cargo después de haber demostrado su aptitud para un puesto de más responsabilidad a fuerza de prodigar palizas, puntapiés y denuncias.

En octubre de 1942 tuvimos una visita de inspección durante la jornada de trabajo en el barracón Siemens: la dirección del campo de concentración de Ravensbrück y la vigilante jefe Langefeld. Le sorprendió mi presencia allí y quiso saber por qué motivo no estaba con los testigos de Jehová. Le expuse brevemente las circunstancias y me pidió que fuera a su oficina por la tarde, después del trabajo.

La Langefeld sólo hacía unos días que había vuelto de Auschwitz, y había sido nombrada nuevamente vigilante jefe de Ravensbrück. Por la tarde me preguntó:

—¿No le gustaría trabajar en mi oficina?

Yo contesté que no podía escoger, ya que me habían destinado a la Siemens.

—Pero ¿no preferiría usted trabajar en mi despacho, a hacerlo en el taller de Siemens?

—Sí, claro que sí —repliqué yo.

—No será fácil, porque yo no tengo facultades para cambiar los puestos de trabajo, pero cuidaré de arreglarlo. De momento se quedará una semana en el bloque con «servicio interior» mientras buscamos una secretaria para el señor Grade. Vaya mañana a recoger la tarjeta. La doctora Oberhäuser ya estará al corriente. Transcurrida la semana preséntese de nuevo en mi despacho.

«Curiosos métodos», pensaba yo. ¡La vigilante jefe no tenía atribuciones para dirigirse al director de los puestos de trabajo y reclamarle una prisionera! Todavía no conocía yo las rivalidades existentes entre los cargos de las SS en el campo de concentración.

Disfruté del «servicio interior» que se me había regalado. Durante este tiempo vino a buscarme la vigilante Laurenzen. Yo quise saber por qué tenía que acompañarla, pero se limitó a ordenarme que me acicalara un poco.

—¿Es que tengo alguna visita? —insistí.

Pero no logré obtener aclaración alguna. Me condujo a la comandancia y me dejó firmes ante una puerta. En realidad, las visitas estaban prohibidas, pero se habían dado casos de familias que consiguieron el permiso.

Me hicieron entrar en el despacho de Bräuning, el director de la prisión preventiva; no había indicio alguno de visita. Tenía delante un legajo abierto y después de hacer mi presentación lo hojeó, mirándome de vez en cuando.

—Así que fue usted novia de Heinz Neumann... y ha tenido trato con los grupos de Stalin...

—No.

—¡No conteste hasta que se lo ordene! Y Dimitrov vivió con usted... —siguió leyendo. Después cerró la carpeta y sentenció—: No confíe en una próxima libertad. ¡Puede retirarse!

La vigilante volvió a conducirme al campo; yo maldecía la desventurada circunstancia que había hecho llegar mi expediente en aquel momento, ya que no había nada tan peligroso como llamar la atención de la dirección del campo. Solamente después de mi liberación, en el año 1945, supe que en aquella ocasión mi cuñado Bernhard se había trasladado a Ravensbrück, había logrado llegar hasta la comandancia del campo, y allí expresó su deseo de verme; le enviaron a paseo cortésmente. Como consecuencia de esto, Bräuning se interesó por mi expediente. Director de la prisión preventiva, cargo que ocupó después de ser jefe de un batallón de las SS, era la personificación del perfecto delincuente. Su cara era de rasgos inhumanos y parecía dotada de una extraña fosforescencia. Le entusiasmaba exhibir su habilidad oratoria en la plaza del campo de concentración; en una ocasión sentenció:

—¡Ni una de las políticas se salvaría si yo pudiera tenerlas al alcance de mi revólver!

Era muy diferente su antecesor, el comandante Suhren. Después del sádico comandante Kögel, que se impuso por el terror y era la imagen clásica del militar prusiano, las prisioneras no cesaban de alabar al «nuevo». Era cortés y se podía hablar con él; sus métodos eran más solapados: caminaba en silencio, protegido por la oscuridad de la noche, hasta situarse detrás de los barracones. Desde allí examinaba lo que ocurría en el interior de los bloques. O aparecía súbitamente para sorprender a las que estaban haciendo algo prohibido. Era terriblemente hipócrita. Su manía era la construcción de nuevos vallados y la instalación de cerrojos más seguros. Esto hizo que le llamaran «el rey de las vallas». El tercer poder de Ravensbrück era Seitz, el jefe de las SS. Dominaba la administración. Entre otras cosas, en abril dispuso que se nos despojara de las ropas de invierno y de

las medias, y nos obligó a caminar descalzas hasta septiembre.

El segundo día de mi empleo en la oficina de la Langefeld, Grade ya se había enterado del cambio: formuló una queja a Bräuning. En la discusión que siguió entre Bräuning y la Langefeld no tardó en aparecer mi expediente. Tal hecho habría de tener consecuencias muy desagradables, tanto para la vigilante jefe como para mí.

En la oficina del campo de concentración trabajaban detenidas alemanas y polacas. Allí se preparaban las listas para el recuento, es decir, el control exacto de los efectivos de personal registrado en cada uno de los bloques, de tal modo que la vigilante encargada del recuento no tenía más trabajo que el de comparar las cifras ya calculadas con los datos de las jefas de bloque. La misión era bien sencilla, pero raro era el día en que las mismas coincidían; a tal extremo llegaba la estupidez de las vigilantes. Se contabilizaba además en la oficina el aprovisionamiento que había recibido cada bloque, se llevaban a cabo los traslados de un bloque a otro, se tenían al día las listas de personal y, hasta el otoño de 1942, se distribuían los puestos de trabajo; a partir de esta fecha el último cometido pasó a depender de un barracón bajo la dirección personal de un jefe especializado. Dittmann fue el primero.

Las detenidas de la oficina tenían muchas posibilidades de intervenir en favor de sus compañeras de cautiverio o de influir sobre las vigilantes.

Ya en 1942 dominaba una confusión completa, tanto en el fichero del campo como también en las listas de prisioneras presentes en el mismo, liberadas y muertas. Dado que los transportes de enfermas se hacían constar oficialmente como «traslado a otro campo de concentración», hubieran

tenido que ser borradas de la lista, operación que sólo se hacía cuando otro campo de concentración anunciaba la llegada de las transportadas. Como en este caso no había campo que acusase su internamiento, solían olvidarse de darlas de baja en la relación. Por otra parte, una vigilante de la comandancia enviaba secretamente a los parientes las comunicaciones oficiales de defunción. Este aparato burocrático, que funcionaba en los primeros años en forma magnífica, comenzó a embrollarse.

Desde la oficina pasé a trabajar, al cabo de poco tiempo, como secretaria de la vigilante jefe Langefeld. De hecho, era la máxima autoridad del campo de prisioneras, ya que se encargaba de ejecutar las órdenes del comandante de las SS, Suhren, y del jefe de la prisión preventiva, Bräuning. Tenía como subordinadas a la directora de informes de las SS y a las vigilantes de cada columna de trabajo; entre estas últimas tenía facultades para escoger a las directoras de bloque. Era además responsable ante la comandancia de la exactitud del recuento, y en tanto los destinos no fueron misión de una sección independiente, también tuvo que cuidar de la regularidad de la asistencia a los lugares de trabajo. Todas las denuncias que se presentaban, tanto en el campo como durante el trabajo en las columnas, eran entregadas por las vigilantes a la Langefeld. Una vez por semana se infligía parte de los castigos en la vivienda de la vigilante jefe. Interrogaba a las interesadas y decidía sobre la justicia de la denuncia. Dependía de ella que el parte fuera transmitido o no al comandante; en muchos casos, la medida correccional era impuesta por el comandante y la condena volvía de nuevo al despacho de la vigilante jefe, para su ejecución. Las condenadas eran llamadas para darles a conocer su pena de labios de la propia Langefeld.

Otra de sus funciones era la de responder a las instancias que iban dirigidas al campo de concentración en demanda de la libertad de alguna política. Se averiguaba entonces si la prisionera X había mejorado de conducta, si trabajaba, el número de castigos que había sufrido en el campo y si había progresado en su «nueva educación». Las detenidas reclamadas eran llamadas por la Langefeld, quien tenía la misión, en una entrevista que apenas duraba cinco minutos, de formarse una idea de si estaba «madura» para ser puesta en libertad. Se cumplimentaba el formulario de demanda y en él añadía alguna frase de recomendación o de repulsa. La decisión definitiva de la liberación correspondía siempre a la Gestapo, oída la opinión del comandante del campo. Además de la Langefeld había una segunda vigilante jefe, llamada Gallinat, de la que dependía el servicio externo. Controlaba a las directoras de bloque de las SS y a las vigilantes de las columnas de trabajo.

## UNA PERSONA Y SUS DUDAS

La Langefeld era una mujer de cuarenta y dos años que procedía de la comarca del Rin, de una familia de clase media. En su infancia, durante la Primera Guerra Mundial, había deseado con todas sus fuerzas ser un hombre para poder ir a la lucha contra el enemigo eterno: Francia. Su ideal era Johanna Prochaska, quien en 1812 se disfrazó de hombre para combatir en un cuerpo de voluntarios. La ocupación por los franceses en el año 1918 de la región del Rin la avergonzó profundamente; más tarde se identificó plenamente con el ideario de Hitler acerca de la renovación de Alemania. Durante la inflación, su familia empobreció, y

cuando quedó viuda, al poco tiempo de su matrimonio, tuvo que buscarse trabajo para alimentar a su hijo. Comenzó a colaborar con la beneficencia, y más tarde fue empleada de una prisión. En 1936 y 1937 fue vigilante en el campo de concentración femenino de Lichtenburg, y no tardó en alcanzar el cargo de vigilante jefe de Ravensbrück. En la primavera de 1942, por diferencias con el comandante del campo, Kögel, fue enviada como vigilante jefe a Auschwitz, de donde volvió a Ravensbrück a finales de 1942.

Con esta mujer compartía espacio y trabajo todos los días. Entre las detenidas de Ravensbrück estaba bastante bien considerada. No era partidaria de la violencia física. Antes de que yo tuviera con ella la primera conversación privada me dio la impresión de sufrir un complejo de inferioridad. Sentada en su escritorio, se sacudía nerviosamente la hombrera o la manga como eliminando una imaginaria mota de polvo; después carraspeaba y se echaba atrás el pelo, que llevaba muy corto, antes de decir frase alguna. A veces se quedaba rígida, sumida en sus pensamientos durante largos minutos mirando por la ventana y olvidando una frase mediada. Se esforzaba por no dar ocasión a ninguna familiaridad con las vigilantes, y las trataba con dureza. Sin embargo, olvidaba sus precauciones cuando simpatizaba con alguna, y se entregaba a la murmuración contra las autoridades de las SS. Tampoco en mi presencia, aunque era al fin y al cabo una detenida, se privaba de hacerlo. En una ocasión, la Administración no quiso dar a las detenidas ropa de invierno alguna, como era corriente. La Langefeld tuvo una violenta conversación telefónica con el director Seitz, jefe de las SS, en la que le exigió que las prisioneras recibieran sus ropas. Después de colgar el aparato se dirigió a mí —estábamos solas en el cuarto— y dijo:



—¡Habría que dejar a este Seitz desnudo en la calle del campo para que supiera lo que significa helarse!

Una vez llegué a conocerla bien, no perdí oportunidad de influir en ella para mejorar las condiciones de las detenidas.

Las prisioneras denunciadas formaban en el pasillo y eran llamadas una a una al despacho de la vigilante jefe. Entre ellas llegó del bloque correccional una pobre «joya» hambrienta. La denuncia decía: «X ha robado un nabo».

Preguntó la Langefeld:

—¿Es cierto que ha robado usted el nabo?

Entre sollozos y lágrimas la reclusa contestó:

—Señora vigilante jefe, ¡tenía tanta hambre...!

—Pero si todas hicieran como usted, ¿qué nabos pondríamos a cocer?

—Sí, lo comprendo, señora vigilante jefe, pero tenía un hambre tan atroz...

Terminado el interrogatorio, la sacaron del despacho para que la Langefeld pudiera decidir sobre la razón de la denuncia. En caso de que la prisionera no confesara, se hacía comparecer a algún testigo, pero en esta ocasión no había necesidad. A aquel ser extenuado y hambriento le esperaba una tanda de palos, o el calabozo. Decidí intervenir:

—Señora vigilante jefe, conozco a X del bloque de antisociales; está destrozada y no podría sobrevivir al calabozo. Si saliese del bloque correccional quizá pudiera salvar la vida...

La Langefeld no me contestó; se encogió de hombros, rompió el parte y lo tiró al cesto de los papeles.

Me fue mucho más fácil influir sobre ella cuando se trataba de detenidas rusas o polacas, pues entonces yo

actuaba de intérprete y podía cambiar las respuestas de las interrogadas.

Pronto me di cuenta de que la Langefeld era muy olvidadiza. Aproveché tal circunstancia para hacer desaparecer alguna denuncia. Procuraba que fueran las que podían acarrear condenas mayores; la ocultaba debajo de un montón de escritos, en previsión de que la vigilante que la formuló se interesara por su curso. Si esto no ocurría, me apresuraba a destruir el parte. Cuando me enteraba de que una vigilante se conducía con especial brutalidad aprovechaba la primera ocasión para comunicar estos excesos a la Langefeld, y en la mayoría de los casos era destituida de su cargo.

Siguió siendo incomprensible para mí que esta mujer pudiera apasionarse en favor de las detenidas y sus necesidades, y al mismo tiempo soportar la aplicación de los castigos —que tenían lugar los viernes— en compañía del comandante del campo y del médico de las SS. Observé que las palizas la horrorizaban verdaderamente, pero ocultaba sus sentimientos. Sin embargo, había en ella contradicciones todavía más pronunciadas. Sentía lástima por las condiciones en que vivían las gitanas y por su trágico destino; llorando me refirió la historia de Judith Horvath, a la que conoció en Lichtenburg. En cambio, cuando se trataba de una judía, sus facciones se demudaban y expresaba la profunda aversión que sentía por ellas. Se alegraba cada vez que un grupo era enviado a Auschwitz.

La Langefeld había sido vigilante jefe en Auschwitz durante seis meses; conocía las cámaras de gas y el destino atroz que allí esperaba a los judíos. Con ayuda de la protección de algunos altos cargos de las SS logró ser devuelta a Ravensbrück.

—Auschwitz es lo más espantoso que un ser humano puede imaginar —me decía una vez—. No puedo perdonarme que las testigos de Jehová que llevé entonces conmigo tuvieran que quedarse allí. Mi único consuelo es que al menos se salvaron la Teege y la Maurer.

Venciendo grandes dificultades y con recomendaciones personales de Himmler, logró que las dos detenidas comunistas Bertel Teege y Liesl Maurer fueran puestas en libertad.

La simpatía de la Langefeld por las alemanas «políticas» y las testigos de Jehová hubiera sido comprensible, pero su máxima admiración correspondía a las polacas. Las condenadas a muerte eran a sus ojos mártires que se sacrificaban por su pueblo. Por otra parte, apoyaba la idea nacionalsocialista de reivindicación del poder de la raza, y no tenía la menor duda respecto a la intangibilidad del führer Adolf Hitler y de Heinrich Himmler; además, estaba convencida de que ninguno de los dos tenía la menor idea de la corrupción y perversión moral de la cuadrilla que formaban las direcciones de los campos de concentración. Del mismo modo que creía en el nacionalsocialismo, le parecía segura la victoria del ejército alemán.

Rechazaba por el contrario el arrastre a la esclavitud de millones de trabajadores extranjeros por inhumano y políticamente falso.

Por nuestras conversaciones, que eran cada vez más frecuentes, conocí al poco tiempo su fe en la victoria alemana, pero la sumí en la duda y la obligué a considerar el campo de concentración como si fuera una detenida. Apelando a sus sentimientos maternos, le referí con todos los detalles los continuos asesinatos de recién nacidos, las muertes por inyección; luego le hice ver claramente que esto

no era una degeneración de los jefes de las SS o de los médicos, sino la consecuencia necesaria del régimen dictatorial de Hitler. Es difícil decir hasta qué punto pude convencer a la Langefeld, pero ya era suficiente que ella, una vigilante jefe del campo de concentración, me escuchara. Al cabo de algún tiempo le pregunté cómo podía soportar y hacerse responsable de las atrocidades del campo de concentración.

—¿Es que no sirve para nada mi trabajo en el campo de concentración? ¿No estarían mucho peor las detenidas si hubiera otra en mi puesto? —dijo.

Cada vez veía con más claridad que las relaciones entre la vigilante jefe y las restantes autoridades eran muy tirantes, pero solamente al término de mi actividad allí supe que el comandante del campo, Suhren, y el director de la prisión preventiva, Bräuning, rivalizaban en hacerle la vida imposible desde su regreso de Auschwitz. Reunieron cuidadosamente argumentos en su contra y boicotearon en todas las formas imaginables su trabajo como vigilante jefe.

En el invierno de 1942 se anunció un gran transporte de mujeres rusas desde la plana mayor de Sanidad perteneciente al ejército de Crimea. Casi todas ellas eran enfermeras, cirujanos o médicos castrenses que habían caído prisioneras en Sebastopol. Los alemanes las recluían en campos de concentración. Toda la superioridad del campo perdió la tranquilidad cuando se le informó que venían «mujeres del Ejército Rojo». Estas llevaban uniformes militares y sus movimientos eran estrictamente marciales y disciplinados. Marchaban en columnas cerradas por el interior del campo de concentración, y obedeciendo a las voces de mando de sus superiores femeninos se efectuaron los trámites de ingreso en el mayor silencio. El comandante

y el director de la prisión preventiva entraron en las duchas cuando todas las mujeres se habían desnudado. La Langefeld, ya sola en su despacho, se desahogó conmigo, llenando a los jefes de improperios; por el contrario, no cesaba de elogiar a las rusas. También en los barracones mantuvieron las mujeres del Ejército Rojo su estilo de vida militar, lo que afectó hondamente a la Langefeld. El «bloque del Ejército Rojo» fue rígidamente vigilado por la policía del campo bajo la dirección de Káthe Knoll, que fuera mi predecesora como jefe de las testigos de Jehová.

La llegada de las mujeres del Ejército Rojo tuvo un marcado efecto sobre muchas detenidas rusas y ucranianas. Apenas pasaba un día en el que Käthe Knoll, en el desempeño de su función policíaca, no tuviera que llevar a la vigilante jefe algunas comunicaciones clandestinas o saquitos de sal que hubieran caído en sus manos. Las detenidas rusas habían intentado lanzarlos por encima de la alambrada, con destino a sus camaradas del Ejército Rojo. La Langefeld me pedía que le tradujese los mensajes; en uno de ellos leí: «Queridas camaradas, os saludan las de Ravensbrück. ¿Os han hecho sufrir mucho? Intentaremos mandaros pan. Pronto hará un año que los alemanes fugitivos nos sacaron de la patria. Por favor, comunicadnos inmediatamente si os negaréis a trabajar en Ravensbrück; ¡estamos dispuestas a declararnos también en huelga! Hacednos llegar una contestación». Había después muchas firmas, con el nombre completo, el número de prisioneras y los datos del bloque. Todas estas cartas eran mensajes de adhesión dictados por el temor a la «jerarquía» rusa aparecida ahora en Ravensbrück. Claro está que yo no reproducía fielmente el texto de los mensajes y hacía de ellos simples escritos sentimentales de saludo que iban a parar inmediatamente a la papelera. En vista de que no hubo

ningún castigo a consecuencia de las muchas comunicaciones clandestinas, la Knoll se decidió a llevar una de estas notas a una polaca que entendía el ruso, para que se la tradujera. Después llegó a manos de la Langefeld y fue descifrada por mí en la forma habitual. Como consecuencia fui denunciada al director de la prisión preventiva, aunque no se me pidieran cuentas hasta algunos meses después; la denuncia fue anotada en mi relación de culpas, que cada vez crecía más.

Cuando una detenida se enteraba de que tendría una entrevista con la Gestapo, se volvía loca de alegría y se veía ya de nuevo en libertad. Apremiaba yo a la Langefeld —que distribuía muy mal su tiempo de trabajo— para que contestara a estos informes de conducta. Mi misión era la de tomar en taquigrafía las preguntas hechas por la vigilante, lo mismo que las contestaciones dadas por las detenidas. A continuación formulaba la Langefeld algunas frases en las que daba su opinión acerca de la libertad. Para acelerar este cometido, llegamos a dividirnos el trabajo de tal modo que yo preguntaba a la vigilante jefe si debía formular una respuesta positiva o negativa, y yo misma redactaba el formulario de proposición y se lo ponía a la firma. Como es lógico, y siempre que fue posible —en el caso de que la detenida no hubiera cumplido varios castigos en el campo—, se contestaba positivamente a estas propuestas. Esta circunstancia no escapó a la atención del comandante del campo. Ocurrió, en ocasiones, que la Gestapo preguntaba por detenidas que estaban en la enfermería y que no podían por tanto ser interrogadas. Yo propuse a la vigilante jefe que me dejara ir a la enfermería para hacer las preguntas necesarias y poder así terminar los expedientes. Me dio su permiso, y ello fue un cargo más de los que más tarde esgrimieron contra nosotras dos.

En el otoño de 1942 llegó al campo la comunista alemana Erika Buchmann, que en enero de 1941 había sido liberada por el propio Himmler y que fue devuelta a Ravensbrück por reincidencia. En su puesto de trabajo había hecho manifestaciones de apoyo a la Rusia soviética, y fue denunciada a la Gestapo. Las reincidentes eran conducidas automáticamente al bloque correccional. Llevaban como distintivo una tira de tela del mismo color que el triángulo de prisionera cosido al brazalete. Al poco tiempo Erika Buchmann fue nombrada jefa del bloque correccional. En este cargo presentaba constantemente denuncias de las detenidas con partes de castigo. Como ya apunté, había entre las mujeres del bloque correccional elementos peligrosos, y la convivencia con ellos era insoportable, pero eso no justificaba que una supuesta socialista como Erika Buchmann manifestara a la vigilante jefe Langefeld que sería mejor liquidar a seres como aquéllos, que perturbaban constantemente a la sociedad. Sin darse cuenta, y como la cosa más natural del mundo, había interiorizado la teoría fascista del exterminio de los biológicamente inferiores.

Para controlar a las diez mil detenidas, las SS precisaban cada vez de más vigilantes. A este fin Bräuning emprendió algunos viajes con el fin de reclutarlas. Por ejemplo, se trasladó a la fábrica de aviones Heinkel e hizo llamar a su presencia a las trabajadoras; con elocuentes palabras manifestó que se buscaba personal adecuado para un campo de reeducación, donde tendrían que desempeñar únicamente trabajos de vigilancia. Describió con vivos colores las encantadoras viviendas, la alimentación excelente y sobre todo el elevado sueldo que allí les esperaba.

Como era lógico, no utilizó en ningún momento la expresión «campo de concentración». Su artimaña no podía fallar, pues para cualquier operaría de la industria bélica era

preferible, en lugar de un trabajo corporal duro y en condiciones desfavorables, el aceptar un cargo tan ventajoso como aquél. Después de cada uno de los viajes del director de la prisión preventiva, se presentaban a solicitar las plazas veinte o más obreras. Antes de recibir sus uniformes, de color gris, se presentaron a la vigilante jefe. En su mayor parte acudían pobremente vestidas, atemorizadas e intimidadas por la disciplina; muchas no se habían dado cuenta aún de la categoría de su misión. La Langefeld les dijo dónde tendrían que vivir, dónde podrían proveerse de sus uniformes y cuándo empezaban el servicio. Por la ventana se las veía caminar desorientadas, en grupos, asustadas ante el estado de las prisioneras. En algunas de ellas se operó una transformación definitiva después de uniformadas. La arrogancia que prestaban las botas altas hacía que las cosas fueran sustancialmente distintas.

Cada «nueva» fue adscrita a una vigilante experimentada, a la que tenía que acompañar por la mañana, cuando salían las columnas de trabajo. En los primeros días de su existencia como vigilantes, la mitad de ellas se presentaban llorando al cuarto de la vigilante jefe y pedían ser liberadas de sus obligaciones. Allí se les hacía ver claramente que solamente el director de la prisión preventiva o el comandante podían desligarlas, pero pocas se atrevieron a dar este paso. El temor de presentarse a un oficial y quizá ser tratadas groseramente las detenía; otras temían ponerse en ridículo al tener que volver a la fábrica; al mismo tiempo, esta ocupación, si bien desagradable, era menos fatigosa y estaba muy bien remunerada.

El comandante y el director de la prisión preventiva ponían al corriente de sus deberes a las nuevas vigilantes. Les describían a las detenidas como mujeres inferiores ante las que había que conducirse con todo rigor. También se



insistió convenientemente sobre la importancia de su nueva misión, y no faltaron las advertencias para que respetaran las órdenes de servicio, amenazándolas principalmente con castigos si osaban mantener cualquier contacto personal con la escoria que constituían las detenidas en el campo de concentración. Cada dos días tenían lugar nuevas llamadas a las vigilantes y se les predicaba severidad y rigor. Desde entonces, su sociedad diaria eran las vigilantes mandonas, gruñonas y apaleadoras y no rara vez también las «detenidas instructoras» y prisioneras sucias, mal encaradas y serviles. En su tiempo libre, las nuevas vigilantes solían reunirse con miembros de las SS. Pronto se dieron cuenta de que las más feroces eran las que tenían más éxito con aquellos hombres, y se ufanaban ante ellos de sus proezas. Excepto la que conservaba un resto de principios morales, cualidad que al llegar a conocimiento de la dirección del campo dio lugar a su expulsión antes de los tres meses de haber llegado, las demás ofrecieron el triste espectáculo de igualarse en saña y crueldad a las vigilantes antiguas: a los quince días ya denunciaban y golpeaban a las detenidas por las menores faltas.

También se dio el caso de mujeres que, desde cualquier puesto de trabajo, eran enviadas a Ravensbrück en calidad de vigilantes. Esto ocurría por lo general cuando alguna había rehusado una o dos veces el cargo asignado; a la siguiente negativa se enfrentarían con una acusación judicial, por lo que tenían que claudicar. También se evitaba hablar de «campo de concentración».

Las relaciones entre la vigilante jefe Langefeld y el comandante, el director de la prisión preventiva y Dittmann, el director de la sección de trabajo, fueron cada vez más tensas. Las dos partes acumulaban motivos de fricción. La Langefeld conocía innumerables manifestaciones de

corrupción y robo por parte de toda la superioridad SS, y cada uno de ellos pretendía demostrar que la vigilante jefe no estaba atenta a su misión. Se le demostró que era inexacto el número de prisioneras que se decía había en el campo, equivocadas las listas, etcétera. El observador enviado por encargo del comandante era Ramdor, un hombre de la Gestapo. Su sistema de espionaje de las prisioneras mejoraba en eficacia de semana en semana; metía a las mujeres en el calabozo sin denuncia alguna, las azotaba y las empapaba en agua, hasta arrancarles una declaración. El nombre de Ramdor era suficiente para hacer temblar a las mujeres. Hacía pesquisas acerca de la existencia de material de agitación política, revolvía los armarios y jergones de paja y se corrió el rumor de que buscaba un receptor de radio clandestino.

En el invierno de 1942 a 1943 consiguieron huir de Ravensbrück dos polacas. Habían trabajado las dos en la cocina, y, por la mañana, hacia las cuatro y media, cargaron cubos con comida en un camión que iba al exterior del campo. Probablemente el conductor estaba al corriente de este plan de fuga. Las mujeres treparon al camión, se ocultaron detrás de los cubos de comida y pasaron la puerta del campo. Más adelante saltaron del vehículo en marcha y alcanzaron el tren de la mañana con destino a Berlín. Cuando fue descubierta su falta, en la llamada a lista, ya se les había perdido el rastro. Sin embargo, una de ellas fue apresada al cabo de más de un año y llevada otra vez al campo de concentración. Se cuenta que la otra fue muerta a tiros al intentar ponerse a salvo atravesando la frontera.

Con los comandos del exterior cada vez más numerosos, y las muchas columnas de prisioneras que trabajaban con mercancías de Mecklenburgo, en el otoño e invierno de 1942, se evadieron once o doce detenidas que no lograron

capturar las SS. Yo archivaba sus fichas con una satisfacción particular, en el cajón de «evadidas». Pero había que encontrar un culpable a tantas anomalías y éste fue, como era de esperar, la vigilante jefe Langefeld. Se le reprochó haberse equivocado en la elección de las vigilantes destinadas a las columnas.

La Langefeld aprovechaba todas las oportunidades para charlar con las políticas. Con la austríaca Rosl Jochmann, la alemana Maria Fischer y la polaca Helene Korewa sostenía largas conversaciones. Al designar nuevas jefas de bloque, elegía las que le proponían las detenidas políticas; como es lógico, esto no pasó inadvertido al espía Ramdor.

Dos detenidas políticas, Anni Rudroff, que trabajaba como jefe de bloque, y Emmi Ambrošova, que lo hacía en la cantina de prisioneras, fueron denunciadas por Dittmann. A una de ellas porque no había previsto oportunamente nuevos números de detenidas para las que figuraban en un transporte destinado a una fábrica de municiones, y la otra porque había calentado té en un hornillo de la cocina. La consecuencia de un parte de Dittmann era incuestionablemente el bloque correccional. Traté de convencer a la vigilante jefe y le demostré la completa inocencia de ambas, rogándole diera los pasos precisos para anular los partes. La Langefeld no se atrevió, y las denuncias siguieron su curso hasta el comandante. Al cabo de algunas semanas fueron castigadas a seis meses de bloque correccional. No perdí la esperanza e intenté animar a la Langefeld a que hiciera una gestión con el comandante. En su indecisión, escondió en el escritorio las órdenes de castigo y envió a Anni Rudroff y Emmi Ambrošova al barracón en lugar de al bloque correccional. Cada dos días yo le recordaba la intervención que me había prometido ante el comandante, pero lo fue aplazando semana tras semana.

Empezaba la primavera en 1943. En una nota del «departamento político» se hacía el llamamiento de diez polacas con números de prisioneras entre el 7.000 y el 11.000. Supe que habían sido condenadas a muerte. Me senté a la máquina de escribir, pero mis ojos estaban fijos en la segunda calle del campo, por la que tenían que aparecer, desde el pabellón de calabozos y el bloque 1. Cuando se acercaron vi que dos de ellas marchaban con muletas. La Langefeld se sentó frente a mí en el escritorio.

—¡Señora vigilante jefe, van a fusilar a las «operadas»!  
¡Ahí vienen! —grité sin reflexionar.

Dio un salto y miró por la ventana, descolgando en el mismo momento el teléfono; pidió hablar con el comandante del campo:

—¿Ha recibido la autorización de Berlín para ejecutar la sentencia de las «conejas»?

Desconozco la contestación que dieron, pero al colgar la Langefeld me dijo:

—Vaya fuera inmediatamente y cuide de que las dos operadas vuelvan a su bloque.

La llamada les había salvado la vida.

A mediados de abril, Ramdor encerró a tres políticas en el pabellón de calabozos: Rosl Jochmann, Maria Fischer y Maria Schwarz. Al mismo tiempo fue llamada a la comandancia una ordenanza del campo, Marianne Scharinger, a la que se interrogó durante varias horas. Marianne Scharinger había sido detenida por la Gestapo por colaborar con un médico en la realización de maniobras abortivas.

No pudo resistir las amenazas de martirio e hizo declaraciones que inculpaban a la Langefeld.

En la mañana del 20 de abril la Langefeld había abandonado el despacho, después de una conversación telefónica con la comandancia. Estaba yo sola en la habitación cuando vi que Milena se dirigía a mi despacho, atravesando la desierta plaza del campo. No comprendía cómo se había atrevido a salir a la calle en horas de trabajo. Algo malo debía de haber sucedido para que deseara hablarme con tanta urgencia. Salí a su encuentro en el pasillo:

—¿Qué ha pasado, Milena?

—Nada. Sólo que tenía ganas de verte.

Yo estaba muy asustada y le rogué que se fuera. Cuando se disponía a salir, Ramdor y la vigilante Löffler, su secretaria, doblaron la esquina del barracón. Me apresuré a esconder a Milena y me senté ante la máquina inmediatamente. En el mismo instante apareció Ramdor en la puerta y me ordenó seguirle.

Se me condujo al pabellón de calabozos. En un vestíbulo, Ramdor me registró los bolsillos del delantal. Pregunté los motivos de mi encierro.

—¿Y aún se atreve a preguntarlo? —me contestó—. Ha interceptado usted sistemáticamente todas las denuncias y ha destruido las comunicaciones clandestinas. ¿Adónde han ido a parar las órdenes de castigo de la Rudroff y la Ambrošova? ¡Estamos al corriente de sus intrigas! ¡No ha cesado de propagar el comunismo por el campo!

Quise empezar a defenderme, pero Ramdor me cortó en seco diciendo:

—¡Esto no es todo! La dejaré en la celda el tiempo suficiente para que reflexione si debe o no mentir.

La Löffler me dejó a cargo de la vigilante del pabellón de calabozos, que se llamaba Binz. Llamaron a la que encendía

la calefacción, que era una testigo de Jehová, y tuve que desnudarme; me dieron una camisa, unas bragas finas, un traje de verano con mangas cortas, medias y un pañuelo. Me quitaron los zapatos. La Binz me llevó entonces por un pasillo y me hizo bajar por una escalera de hierro hasta una celda del sótano. Antes de que pudiera orientarme se cerró la puerta y la oscuridad se hizo total. A tientas tropecé con un taburete que estaba firmemente atornillado en el suelo. Por debajo de la puerta entraba algo de luz. La excitación que sufría no me permitió permanecer mucho tiempo sentada. Pronto pude ver, pese a la oscuridad: el taburete atornillado estaba frente a una mesa plegable, y en la pared de enfrente había una tabla de madera, el catre; en el ángulo izquierdo de la puerta se hallaba el retrete; al lado estaba el grifo del agua con los tubos de calefacción —fríos— a la derecha. Frente a la puerta, casi en el techo, vi un ventanuco impenetrable para la luz y el aire. La celda tenía cuatro pasos y medio de largo y dos pasos y medio de ancho. Anduve primero con cuidado para no tropezar con el taburete, y después fui adquiriendo seguridad. «¡Ramdor se equivoca si cree que va a someterme con la oscuridad o dejándome morir de hambre! —pensaba—: ¡Qué estúpida fui al no comerme esta mañana todo el pan! ¡Qué habrá querido decir con lo de propagar el comunismo? ¡Me azotará?». Venían a mi mente todos los terrores del pabellón de calabozos, las asesinadas, las muertas por inanición y las que se habían vuelto locas. ¡No, ahí fuera está Milena y no puedo dejarla sola en el campo de concentración! ¿Quién iba a cuidar de ella si volviera a enfermar? Me invadió una desesperada angustia al pensar que pudiera haber muerto ya. Oía su voz cuando por las noches sollozaba: «¡Si pudiera estar ya muerta, sin tener que sufrir...! No me dejes reventar sola como un perro...». Mientras pude permanecer a su lado y

consolarla, yo misma creía que vivíamos en libertad y que podría restablecerse totalmente. Pero aquí, en las tinieblas de la celda, vi repentinamente claro y me di cuenta de que Milena estaba perdida.

Súbitamente el calabozo se iluminó: parpadeé deslumbrada y vi que un ojo me examinaba a través de la mirilla. Sólo estuvo un momento, después volvió la oscuridad y oí que se alejaban sus pasos. Era Ramdor, que observaba a su nueva presa. ¡Perro infame que se deleitaba con la contemplación de sus víctimas! En un raptó de odio empecé a cantar mientras recorría la celda. Los calabozos estaban en un edificio rectangular de cemento, con unas cien celdas aproximadamente, entre la planta y el primer piso. El centro del edificio estaba formado por un patio iluminado, rodeado en el primer piso, por delante de las puertas de las celdas, por una galería de hierro. En el pabellón de calabozos se había construido una especie de ala de entrada, con el local para la vigilante, un cuarto para los interrogatorios y la celda del potro, donde cada viernes se ejecutaban las sentencias de apaleamiento. Había además una ducha. La parte posterior del edificio celular estaba separada por un muro que solamente en la planta baja estaba provisto de una puertecita. Vivían allí los llamados «presos especiales», hombres y mujeres que habían sido detenidos por la Gestapo como rehenes, o procedentes de las propias filas nacionalsocialistas; estaban en condiciones más favorables pero también vivían en celdas. Recibían mejores atenciones que en el campo de concentración —y desde luego que las demás ocupantes de los calabozos—; podían pasear por el pequeño patio de detrás del edificio y eran tratados humanamente por las vigilantes.

## ARRESTO EN LA OSCURIDAD

Después de algunas horas de ir y venir en la oscuridad, pretendí identificar los innumerables ruidos que atravesaban mi puerta. Los improperios de la Binz, llantos penetrantes, ladridos de perros, voces de hombre y risas sonoras. Allí fuera resonaban todas las palabras como en una piscina. Abrieron los cerrojos en las puertas de las celdas; yo pegué mi ojo a la mirilla, pero sólo pude ver una delgada hendidura de claridad. Penetraba por la puerta el conocido olor de la sopa del campo. ¡Debía de estar anocheciendo! Entrechocaban los platos de aluminio y se oían pasos presurosos. Entonces se oyó una voz quejumbrosa que llamaba a la vigilante. Lentamente fue volviendo el silencio. ¿Sería ya de noche? Mis brazos desnudos comenzaban a sentir el frío, y no tenía otro medio de calentármelos que los golpes. En la lejanía resonó la canción de una columna de prisioneras: «¿Dónde estás, camarada? ¡Te besaré cuando llegue a la patria...!». Aquellas afortunadas ya volvían del trabajo. Me di cuenta de que tenían que pasar horas hasta que llegara la noche. ¡Qué largo se me hizo el tiempo hasta la mañana siguiente! Se percibía amortiguada la sirena del campo; todavía vi luz otra vez; en la mirilla apareció el ojo de la Binz. Hizo girar la llave en la puerta de hierro, pero no para abrirla como yo esperaba, sino para dar otra vuelta al cerrojo. Desapareció entonces incluso el resplandor de debajo de la puerta. Ni me habían descolgado el catre ni me dieron una miserable manta.

Empezó la lucha contra el frío, la fatiga y el hambre. Derrumbarse solamente un momento en el taburete, acurrucarse, apretar los brazos contra el pecho para calentarme un poco; poner la cabeza en las rodillas y dormir



sólo a ratos. Sentía escalofríos, perdía el equilibrio y andaba cuatro pasos adelante, cuatro atrás, adelante, atrás... Lo mejor es sentarse en el suelo y apoyar la espalda en la pared, pero ¡cómo calan hasta los huesos la humedad y el frío! Con el pañuelo atado a la cabeza y enroscada como un perro, intenté echarme en el suelo. ¡Si no tuviera los brazos descubiertos! Tuve una idea salvadora. Detrás del retrete había un trozo de papel de periódico; lo extendí cuidadosamente en el suelo y así pude acomodar los hombros y un brazo. En esta forma estuve algo más abrigada.

Creí que aquella noche no había de terminar, y hasta me alegró oír el sonido de la sirena, y con él los demás ruidos en el interior de las otras celdas.

Tampoco el día siguiente se distinguió en nada de esta primera noche. Sólo en una ocasión, y durante cinco minutos, tuve luz en la celda. El tiempo justo de barrer, y después la oscuridad y el frío otra vez. El estómago empezó a dolerme de hambre y, cosa rara, ya no me parecía que la celda estuviera en tinieblas. Me bailaban ante los ojos esferas de hermosos colores y vi con asombro que se iluminaba la puerta y también las paredes; cerré los ojos, pero la claridad no disminuyó. Una multitud de pequeños soles pasaba incesantemente ante mi vista. También oí los pasos de un hombre. Me coloqué de espaldas a la puerta. ¡Ramdor no debía verme la cara! Se encendió la luz, se abrió el cerrojo y Ramdor preguntó:

—¿Cómo le va? ¿Ha pensado en sus declaraciones?

No contesté; cerró la mirilla y, con un irónico «puedo esperar», me dejó a oscuras.

«¿Cuándo me llamarán para interrogarme? Probablemente esta noche. No pueden probar nada. ¡Si la

Langefeld pudiera venir en mi ayuda...!, pero ¿cómo podría hacerlo...?».

Cada acusación contra mí repercutía en ella, porque todo sucedió en su oficina y bajo su vista. Por un rato me olvidé del hambre y del frío, pero en cuanto un aroma a nabos atravesó mi puerta, la boca se me llenó de saliva. Me arrastré hasta el ángulo entre la pared y el retrete porque allí me parecía estar más abrigada y me puse el vestido sobre los hombros. Cada vez que sonaban pasos sobre el suelo enlosado daba un salto y empezaba a andar por la celda.

La segunda noche tuve alucinaciones. En las paredes veía montañas de barras de pan; cuando iba a cogerlas me despertaba sobresaltada. Luego creía inclinarme sobre un plato repleto de macarrones, hasta que mi cabeza tropezaba con la taza del retrete. El corazón me saltaba locamente; me acerqué al grifo y bebí toda el agua que pude. Así me calmé por unas horas. Al tercer día ya no sentía hambre; el frío era lo único que me hacía sufrir. De nuevo se encendió la luz, y la testigo de Jehová, de cara inexpresiva y pálida, con las comisuras de la boca caídas, como si llevara la máscara de la tragedia, penetró dispuesta a limpiar el calabozo. Me pareció un ser sobrenatural.

—Por favor, dame más papel.

Asintió y lo hizo, cerrando después a toda prisa, temerosa de que yo le pudiera pedir algo más. Estas prisioneras cumplían con toda corrección sus tareas en el campo de concentración, pero no se hubieran arriesgado a nada sino en interés de Jehová; en ningún caso en el de una camarada de cautiverio. ¿Qué hubieran pensado de ella las SS si se hubieran enterado de que infringía las normas del campo de concentración?

Reuní todo el papel en el rincón del retrete y me acurruqué allí, evitando dar la cara a la mirilla. Ya no podía distinguir el día de la noche y apenas si me notaba el pulso. Era muy amargo que siempre desaparecieran los brillantes edredones de pluma cuando estaba a punto de volar su blanda seda... Después llegaban a mi celda seres humanos que resplandecían como estrellas y parecían no tocar el suelo, pero eran infinitamente amables; se inclinaban en silencio hasta mí y se reían. Nunca había visto yo caras semejantes. Estaba muy tranquila y feliz; tampoco sentía tanto el frío. Únicamente me atormentaba el momento de la limpieza; necesitaba la oscuridad.

Más tarde supe que era la mañana del octavo día. Se descorrió el cerrojo y la infame voz de la Binz aulló:

—¿No quiere usted recoger su pan?

Tambaleándome llegué hasta la puerta y allí encontré una ración de pan y un vaso de sucedáneo de café caliente. Se encendió la luz, recogí los alimentos y los llevé a la mesa plegable; se apagó la luz y agarré el succulento pan con ambas manos.

Después de los siete días de hambre, cada cuatro días me daban la comida corriente del campo; los otros tres días sólo recibía la ración de pan. Es difícil decir qué era peor, si el hambre absoluta o el estar siempre al borde de perecer de inanición. La noche del octavo día me descolgaron el catre y recibí dos mantas, una sábana y una colcha, pero no jergón de paja. En la orden de la Gestapo se decía claramente: «Arresto en la oscuridad, en cama dura». Después de la bebida caliente y las primeras migajas de pan, se despertó en mí el deseo de vivir. Aunque parezca increíble, me lavé con agua fría; cuando buscaba un sitio para dejar la toalla

húmeda, encontré que la calefacción estaba caliente: una vez al día, y sólo durante media hora.

Por la tarde me sacó de la celda la vigilante Binz, quien me ordenó que me llevase las mantas; durante unos instantes tuve la esperanza de que me fueran a sacar del correccional. Pero no fue así; subimos por la escalera de hierro a la galería de enfrente, del primer piso, hasta la última celda. No me pareció tan oscura; la hendidura entre el suelo y la puerta era más ancha y olía menos que en la planta baja a calabozo sin ventilación. Durante los pocos pasos de una celda a otra vi brillar el sol en el patio del correccional. Había llegado la primavera y todas disfrutaban de la maravilla del sol, pero detrás de aquellas cien puertas de hierro había hombres y mujeres hambrientos y helados. Acababa de ingresar una joven rusa, acusada de robo. Se pasaba horas gritando y dando patadas a la puerta de hierro, hasta hacer retumbar el edificio. De vez en cuando se encaminaba la Binz a su celda, la abría y aplacaba los nervios a golpes, le echaba un perro para que la mordiera o la rociaba con cubos de agua. Así lograba que durante algunos minutos llorara en silencio, pero enseguida volvía a gritar. Me tumbé en el suelo y apliqué el oído a la hendidura de la puerta para poder escuchar mejor. Al cabo de poco tiempo se me hizo insoportable aquel alarido, increíblemente proferido por una voz humana. Me tapé los oídos con las manos, pero notaba el grito casi en la piel. Hasta pasadas unas horas no perdió intensidad. Ante seres como esta joven rusa, la vigilante Binz desataba toda su bestialidad. Cuando hacía su ronda por la mañana y veía que una de estas personas no había doblado correctamente sus mantas, según estaba dispuesto, y no las había colocado en el extremo del catre —lo que tenían que hacer a oscuras—, o la encontraba durmiendo en el suelo, la emprendía a bofetadas con ella y la

castigaba tres días sin alimentos ni mantas, con el catre cerrado. Para algunas mujeres aquello significaba la muerte segura.

Cuando yo llevaba varias semanas en el calabozo y todas mis sensaciones eran acústicas, aprendí a distinguir las voces de muchas de las presas, a reconocer los pasos de la vigilante y los de Ramdor y a acertar ante qué celda se habían detenido. Los castigos de los viernes nos causaban terror. Las condenadas al apaleamiento del correccional eran sacadas a rastras de sus celdas, y a las que venían del campo de concentración, además de los palos de rigor, les rapaban la cabeza. Las «detenidas preventivas», como yo, teníamos la seguridad de ser llamadas cualquier viernes para la aplicación de la pena.

Por la noche vino Ramdor a interrogarme; ya no me preguntaba sobre la ocultación de denuncias ni la desaparición de comunicaciones clandestinas, sino acerca de conversaciones privadas que yo había sostenido con la vigilante jefe Langefeld sobre una red de espionaje en contra de Suhren, el comandante del campo, y de Bräuning, el jefe de la prisión preventiva; según ellos, la conspiración era de instigación comunista, y yo tenía que organizarla por encargo de la Langefeld. En un interrogatorio Ramdor dijo:

—He solicitado cinco penas de muerte; ¡no serán fusiladas, sino colgadas en la calle del campo!

Ya desde el primer interrogatorio me di cuenta de que la Langefeld debía de estar detenida. Pregunté algunas veces a la testigo de Jehová que venía a limpiar la celda, y por último confirmó tímidamente que la vigilante jefe no estaba ya en su puesto.

Me comunicaba con mi vecina de calabozo valiéndome de un sistema de golpes en la pared. Era Betty Schneider, una

antisocial. Lo mismo las paredes que el suelo de los calabozos se prestaban magníficamente para estas conversaciones. Esperábamos a que hubiera silencio ante las puertas de las celdas y se alejasen los pasos de la vigilante. Entonces nos acurrucábamos en un rincón y hacíamos la señal. Al principio tuvimos que convenir un lugar determinado de la pared. Para escuchar aplicábamos el oído a la pared o al vaso de aluminio, que hacía de amplificador. Y para hablar había que hacerlo a muy poca distancia de la pared. En poco tiempo dominábamos por completo la técnica y el ritmo. El tema de mis conversaciones con Betty Schneider solía variar bien poco. El primer día me rogó que le diese noticias de otras celdas, pero yo no quise confiarme tan pronto. Betty estaba en el calabozo por haber admitido «relaciones con hombres prisioneros».

Una columna de mujeres tenía que cavar un foso ante el muro que conducía al campo de concentración de hombres. Al otro lado trabajaban los prisioneros. En el muro de separación se había hecho un agujero a través del cual pasaban vagonetas cargadas de arena. No tardó en establecerse un activo intercambio de comunicaciones y alimentos. Se aseguraba que al terminar el trabajo del sábado, una antisocial fue cargada en una vagoneta, cubierta cuidadosamente con sacos e introducida a través de la abertura del muro en el campo de concentración de hombres. Allí permaneció hasta el lunes antes del toque matinal de llamada, puesto que en aquella época se habían suprimido los recuentos del sábado por la tarde y del domingo. Seguramente la envidia de sus cómplices motivó una denuncia y que esta historia llegara a oídos de los jefes.

Ramdor quería forzar a Betty Schneider a hacer otras declaraciones. A la tenería del campo de concentración llegaban vagones atestados de pieles para la confección de

uniformes. Sus anteriores poseedores habían muerto en las cámaras de gas. En estos abrigos encontraban los prisioneros los últimos bienes de los asesinados: dinero, alhajas y oro. A pesar de la orden estricta de entregarlo todo, durante algún tiempo el campo estuvo lleno de sortijas y demás objetos de valor. Algunos prisioneros habían intentado aliarse con los soldados de la vigilancia para sacar las alhajas del campo y venderlas. Fueron delatados, y a Betty Schneider se la consideró cómplice.

Iban transcurriendo los días en el correccional. También en las tinieblas puede vivirse cada hora. El pan era distribuido por las mañanas y cuidadosamente partido en tres porciones: para la mañana, la comida del mediodía y la cena. Un día Betty me llamó. Corrí al rincón, pero no estaba en la pared. Escuché: golpeaba contra el suelo. Apliqué mi oído sobre las tablas del suelo y, asombrada, oí una voz de hombre:

—«Betty, ¿qué tal has dormido?».

Y luego la respuesta:

—«Bien, Karl, gracias, pero tengo un hambre terrible».

—«Betty, ahora todo está en silencio y la Binz tomando el desayuno. ¿No me quieres cantar una canción?».

Y Betty cantó:

—«Karelchen, querido Karelchen...».

Había adaptado para Karl la letra de *Peterle, querido Peterle*, una conocida canción alemana.

Karl no conocía a Betty, ni tampoco Betty a Karl, pero en cuanto había algo de silencio en el edificio celular intentaban comunicarse. Betty refirió a Karl de qué ciudad era, cosas de su infancia y después sus éxitos con los hombres. Karl le preguntaba:

—«Betty, dime cómo eres; ¿eres alta?».

—«Sí, alta y muy esbelta», respondía Betty.

—«¿Eres rubia?».

—«Sí, y los ojos azules».

Yo conocía a Betty del bloque 2; era pequeña y delicada, tenía los ojos pardos y el pelo negro. Una muchacha realmente bonita. Pero ahora quería ser como Karl deseaba. En la celda de Karl había otros dos hombres; uno de ellos se llamaba Robert. Los tres estaban en espera de una condena a muerte por robar mercancías al ejército.

—«¿Me quieres de verdad, Karl?».

Y Karl, subido a la mesa de su celda o quizás encaramado a la ventana para poder hablar más cerca del techo, le juraba solemnemente su amor.

—«Karl, cuando estemos fuera de aquí vendrás a vivir a mi casa. Tengo una habitación muy bonita; estaremos todo el día juntos. Yo me pondré el pijama rosa y tú te sentarás a mi lado...».

Cuando se oían los pasos de los vigilantes había que apartarse del suelo o del techo rápidamente.

En la tarde de un sábado, en muchas celdas se oyeron nostálgicas canciones eslavas, alemanas y francesas. De unas a otras se animaban a cantar. Me pareció haber oído la voz de Eva Busch. ¿Por qué habría llegado al correccional? ¿Qué habría ocurrido? Supuse que la vigilante Binz estaba lejos, puse la boca en la hendidura de la puerta y grité hacia el patio:

—¡Eva, Eva!

Poco tiempo después oí que me contestaban:

—¡Grete!, ¿cómo estás? —Se echó a llorar—. Nunca saldré de aquí. ¡Esto es espantoso! ¿Cómo podré sobrevivir?



Intenté consolarla y le conté que yo estaba como un mono en la jaula, siempre agachada junto a la reja y sin comida. Apenas había pronunciado esta frase cuando me di cuenta de que en algún punto se abría una celda y oí la voz suplicante de Eva Busch. La testigo de Jehová acababa de traerme el café. De pronto se encendió la luz, irrumpió en mi celda la Binz, cogió el vaso de aluminio y el café y lo vertió en el desagüe:

—¡Los monos no beben café! —gritó—. ¡Tres días sin comida ni mantas!

Me dolió más por Eva que por mí misma, ya que fui la culpable.

De nuevo pasé tres noches echada en mi rincón del retrete; me desvanecía a ratos. La pérdida absoluta del conocimiento me sobrevino mucho antes que la primera vez que fui privada de alimentos. Al tercer día, a duras penas tuve fuerzas para levantarme, de madrugada, antes de la hora habitual del reparto del pan; una voz había dicho:

—Grete, acércate, te traigo un paquete de parte de Milena.

Anduve a gatas hasta la puerta y me encontré con la testigo de Jehová, que se sacó un paquete del escote:

—¡Toma, cógelo enseguida! Milena te envía mil saludos. Pero por lo que más quieras, ¡escóndelo!

Cerró la mirilla y yo me dejé caer en el suelo llorando. Milena no me había olvidado; me enviaba un poco de azúcar, pan y dos bollos rellenos.

En un nuevo interrogatorio me dijo Ramdor que había comprobado que le mentía continuamente y había solicitado mi traslado a Auschwitz con la observación de «no deseamos que vuelva». Lo consideré uno de los métodos corrientes de amenaza de muerte para forzarme a una confesión; luego, en la celda pensé que era posible que fuera

verdad. Y recordé todo lo que de Auschwitz me había contado Rosl Hahn. Me pareció que ya hedía a carne quemada. ¿Me engañaría el temor a Auschwitz? Llamé a Betty:

—Dime, ¿no hueles a carne quemada?

—¡Pues claro! ¿No sabes que detrás del pabellón de calabozos ha empezado a funcionar un nuevo crematorio?

Yo no sabía nada de los acontecimientos de Ravensbrück.

Cada cuatro días, cuando se nos entregaba el medio litro de sopa de nabos o legumbres secas y las seis patatas cocidas, sacrificaba tres patatas y las escondía entre los tubos de la calefacción, el lugar más fresco de la celda. Lo hacía como reserva para los días de hambre. La idea de comer ocupa un importante lugar cuando se pasa un hambre tan atroz. Cuando vivía feliz, ¡qué poco podía imaginarme que habría de ser recluida allí, hambrienta hasta perder el sentido! Este pasado me hizo concebir la seguridad de que superaría el futuro felizmente. Con los pensamientos de dicha y paz lograba olvidar mis sufrimientos presentes. Por la mañana aprovechaba los minutos en que había luz, durante la limpieza, para leer los pedacitos de papel de periódico en busca de alguna novedad. Era el *Schwarze Korps*. Durante algunos días un artículo titulado «¡Sucedió un milagro!» me hizo sentirme optimista. Describía la situación desesperada en que se encontraba el viejo Fritz después de la derrota de Lituania, y la muerte de Elisabeth de Rusia; con ello cambiaba por el momento, en sentido favorable, la situación política. El artículo de *Schwarze Korps* me pareció un signo seguro del próximo derrumbamiento de la Alemania nacionalsocialista.

Delante de la ventana de la celda había un pequeño patio por donde paseaban los detenidos especiales y los vigilantes

de las SS de ambos sexos allí encerrados. En una ocasión gritó una voz de hombre, dirigiéndose a alguna celda:

—¿Te has enterado de lo de Túnez?

No pude entender el resto; llamé a Betty, pero no sabía nada, pues habían aparecido las primeras nubes en su relación amorosa con Karl y ello la ocupaba totalmente. Me propuso que preguntara a los hombres que estaban en la celda de debajo de la mía; quizás entre ellos había algún político. Así lo hice, pero pasó un buen rato hasta que pudimos lograr comunicarnos. Pregunté:

—¿Has oído noticias del frente africano?

Me contestó pidiéndome detalles personales. Satisfecha su curiosidad, desapareció inmediatamente su interés. Quizás hubiera sido más hábil emplear los métodos de Betty, pero a mí me interesaba Túnez, y los de abajo se interesaban sólo por las mujeres.

Betty estaba consumida por los celos. Karl y los otros dos hombres no estaban ya reducidos a la oscuridad, y cuando paseaban las detenidas especiales se pusieron a conversar con una joven rumana. Oí llamar:

—¡Señor Karl!

Siguió una conversación, risas y canciones, para terminar. Por la noche se repitieron las canciones: «¡Buenas noches, buenas noches, duermes bien, querida mía...! ¡Cuando aparezcan las estrellas en el cielo, buenas noches te daré...!».

La respuesta fue un alegre:

—¡Buenas noches, Karl!

Entonces Betty se puso a golpear el suelo con los puños y lanzó a Karl un montón de improperios. Se había roto el bello romance...

De nuevo, antes del despertar del pabellón de calabozos la testigo de Jehová me entregó un paquetito. Sin aliento y con el terror pintado en la cara susurró:

—Por favor, Grete, ¿verdad que ya no deseas que Milena siga exponiéndose por ti con estos envíos? Es demasiado peligroso...

Me di cuenta de su angustia y le hice que prohibiera a Milena seguir enviándome cosas.

A principios de julio, ya hacía mucho tiempo que no había sido interrogada, llegaron una mañana la vigilante y la «soplona» a mi celda con una escalera de mano. Me esperaba un registro, pero no fue así; levantaron las persianas y mi celda se llenó de luz. No sé ya si reí, lloré o canté. Me encaramé como pude a la ventana abierta; con un pie apoyado en la mesa plegable me apreté contra la estrecha hendidura. Percibí el aire fresco y por encima del borde del muro vi el sol que brillaba sobre la nueva chimenea del crematorio, sobre un cielo azul, y a la derecha, muy lejos, el campanario de la iglesia. Hasta que mis brazos desfallecieron, me embriagué contemplando el sol y la luz del día, y quedé extasiada de placer ante la posibilidad de vivir.

No solamente fui obsequiada con la luz, sino con compañía. Desde aquel día compartí la celda con Maria Graf y la Presserova. Apenas podía soportar tanta dicha. Me produjo tal felicidad oír sus voces, que mis propios pesares desaparecieron al enterarme de sus desdichas, y me ocupé tan sólo de prestarles el consejo y consuelo que me pedían. El día ya era algo más que una sucesión de horas.

Después de que en el verano de 1942 las testigos de Jehová se negaran a trabajar, la columna de «cría de ganado de angora» pasó a estar formada por prisioneras políticas

checas y alemanas; entre ellas se encontraban Maria Graf y la Presserova. El encargado de transportar las pieles era un campesino de baja estatura al que las prisioneras llamaban el Cochero. A juzgar por como me lo describieron, este hombre debía de ser un alma de Dios. Al poco tiempo ya estaba ayudando a las prisioneras en todo lo que podía. Aceptó sacar clandestinamente cartas de las presas e incluso permitió que remitieran a su propia dirección en Fürstenberg las misivas de respuesta, y también se mostró dispuesto a que le enviaran desde Praga medicinas para una checa que estaba gravemente enferma de anemia. He olvidado quién traicionó a la brigada del «ganado de angora». El caso es que todos vinieron al pabellón de calabozos, incluidos la checa enferma, el Cochero, su esposa y su hija, pues en casa del campesino habían encontrado un paquete de cartas. Ramdor en persona se hizo cargo de la investigación; incluso fue a Praga para interrogar a los familiares que habían remitido cartas y paquetes por mediación del campesino y les amenazó con detenerlos. A las pobres mujeres que estaban encerradas en el pabellón de calabozos les dijo que sus maridos y parientes serían encarcelados. Por desgracia, una de ellas ya había «confesado» e incriminado a las demás. Semanas más tarde Ramdor dictó sentencia: Maria Graf recibió veinticinco bastonazos, varias presas de la brigada fueron internadas en el bloque correccional y la Presserova, contra todo pronóstico, quedó libre. El campesino, su mujer y su hija fueron encerrados en el campo de concentración. La checa enferma salió del pabellón de calabozos, pero nunca pudo recuperarse y murió en Ravensbrück.

Los días que Maria Graf, la Presserova y yo compartimos la celda aparecen en mi recuerdo como serenos y apacibles. Cantábamos —yo aprendí algunas canciones checas—, nos

repartíamos la comida; Maria se arrodillaba todas las noches en el suelo —era una formidable católica— y se entregaba totalmente a sus oraciones.

## TINIEBLAS Y RESURRECCIÓN

Sin nuevo interrogatorio fui sacada del correccional al cabo de diez semanas. Me sentía más feliz en la plaza y la calle del campo de concentración, con los barracones y las camaradas, que años más tarde cuando estuve realmente en libertad. Ya al día siguiente caí enferma. El cuerpo protestaba contra la alimentación diaria. Con la tarjeta de «servicio interior» me pasé unos días tranquilos en el dormitorio de nuestro bloque, sobre el blando jergón de paja. Milena me informó de que la vigilante jefe Langefeld había sido detenida y tenía que comparecer ante un tribunal de las SS, en Breslau. Después de casi dos meses de prisión preventiva fue absuelta por falta de pruebas, pero la desposeyeron de su cargo.

Mi mejoría era bastante lenta; a pesar de ello abandoné a los ocho días el barracón para ir a un bloque de polacas, pues Helena Korewa me había notificado que deseaba hablar conmigo urgentemente. Me mostró, guardando todas las precauciones imaginables, una octavilla de la Royal Air Force donde se contaba «la verdad sobre el vuelo de Hess a Inglaterra». Detenidas polacas habían encontrado la hoja en el monte mientras trabajaban. De un trozo de papel se desprende un efecto mágico cuando cae en manos de los ocupantes de un campo de concentración.

Al día siguiente se acercó a mi jergón de paja la vigilante de «asistencia». Schroers y me ordenó levantarme

inmediatamente. Empezó a revolver mi cama, como si buscara el papel mencionado. No pudo encontrar nada. Me era difícil sostenerme sobre las piernas, y estaba aterrorizada. Justamente después del registro me exigió que la acompañara.

Firmes, en el pasillo del cuarto de servicio de la nueva vigilante jefe, llamada Klein-Träubel, estaban Helena Korewa, su hija y Halina Bella. La tres habían trabajado en la oficina en los tiempos de la Langefeld. Creí que había sido descubierta la posesión de la octavilla y que habían tenido noticia de mi visita al bloque de las polacas. Esperábamos en silencio. El director de la prisión preventiva, Bräuning, pasó ante nosotras, nos examinó detenidamente y después penetró en el despacho de la vigilante jefe. Apareció entonces una vigilante que sin explicación alguna nos condujo al pabellón de calabozos. La vigilante Binz me saludó en son de burla.

—Qué poco dura la libertad, ¿eh?

No hice ninguna pregunta sobre el motivo de mi nuevo encierro, porque lo conocía perfectamente.

Mi nuevo calabozo fue la celda que durante bastantes semanas había ocupado Betty Schneider, quien todavía seguía en el bloque correccional. Oscuridad, siete días de hambre absoluta y comida cada cuatro días; los mismos tormentos, los mismos ruidos ante la puerta de hierro. Empecé a perder la razón. ¿Habían sido realidad los diez días de interrupción de calabozo, o nacían sólo de mi fantasía? A la segunda semana ya no sabía nada del correccional ni del campo de concentración, ignoraba si era de día o de noche, o si llegaría pronto el ansiado cuarto día. Soñaba que vivía en una isla de los mares del Sur. Nuestra mansión estaba rodeada de exuberantes selvas tropicales. No nos faltaba

comida, tomábamos el sol y nadábamos en un mar transparente. Los protagonistas de mi historia vivían y gozaban de la vida; yo les acompañaba minuto a minuto en su confuso sino. Maria Graf, en la celda contigua, y Halina Bella, en la del otro lado, me devolvían a veces a la realidad con sus llamadas, pero solamente salía de mi ensueño durante breves momentos.

Habían transcurrido cinco semanas de arresto en la oscuridad, sin un solo interrogatorio, cuando un domingo se abrió la puerta de la celda y fuimos puestas en libertad la Korewa, su hija, Halina Bella y yo. Hasta ahora no conozco el motivo de este segundo «encierro». No podía haber sido la octavilla, pues en ese caso nos hubieran sometido a interrogatorios y penas más graves. Probablemente era una medida especial de Bräuning, al que parecían poco diez semanas ante la «gravedad» de nuestro crimen.

La claridad se me había hecho odiosa, así como la espantosa realidad. Deseaba cerrar los ojos y volver al mundo de mi fantasía. Milena me llevó al bloque de enfermas, y cuando venía a visitarme por las tardes se cargaba de paciencia para escuchar otra vez la vida de mis héroes a la orilla del mar.

Durante dos semanas viví en mi mundo imaginado, hasta que por fin, desde la cama, miré a la calle del campo a través de la ventana y vi un hormigueo de mujeres con vestidos de todos colores. ¿Dónde estaban los trajes a rayas? No podía escapar a aquel alegre revuelo. Repentinamente se despertó en mí el interés por mi ambiente real; estaba curada. Las prisioneras llevaban vestidos con grandes adornos de otro color en el pecho y la espalda. Apareció una con enormes zuecos de madera, un vestido de seda de color fresa, engalanado por detrás y por delante con una cruz de tela



verde. Las gitanas habían atrapado trozos de telas multicolores e intentaban ahora vestir en su forma tradicional; incluso parecía haber desaparecido el paso militar que con tanto esfuerzo nos inculcaron las vigilantes. Algunas, de la «clase acomodada» porque recibían paquetes, llevaban bonitos trajes y vestidos, y sus pañuelos para la cabeza hasta parecían elegantes. Únicamente las columnas que trabajaban fuera y en los talleres continuaban provisionalmente con los trajes del campo de concentración y las chaquetas a rayas. Faltaban a las SS materiales para la confección de nuevas vestimentas para las prisioneras, y llegaban por vagones a Ravensbrück, procedentes del este, abrigos, trajes, ropa interior y calzado. De ello tomaron las cosas de más valor, y el resto se nos entregó como atuendo.

Delante del guardarropa había montones de ropa, incluso de niño; algunos zapatos estaban cuidadosamente atados juntos —los que habían pertenecido a ejecutados en la cámara de gas—, pero había también cientos de zapatos sueltos del pie derecho o del izquierdo.

Los trajes de los asesinados fueron clasificados y en los primeros tiempos se les cosió una cruz de tela de otro color. Con ellos circulaban por el campo las detenidas, pues de ese modo se hacía más difícil la huida. Más tarde se ahorran la costura y marcaban las prendas con grandes cruces blancas pintadas.

La desaparición del uniforme de prisionera contribuyó no poco a que cayera el campo de concentración en la suciedad y el desorden. En la enfermería había carteles con el texto: «Un piojo puede ser tu muerte». En algunos barracones había ya un verdadero hervidero de piojos procedentes de la ropa. La dirección del campo adoptó rigurosas medidas de desinfección por el temor de provocar un foco de tifus

exantemático. En la lucha contra los parásitos no se daba importancia a que las prisioneras sucumbieran por pulmonías. Se dejaba a las mujeres desnudas durante horas en locales fríos, hasta que les devolvían las prendas de la desinfección. Con frecuencia, regresaban también los piojos.

La institución más temida de Ravensbrück era la de «destinos para el trabajo». Todos los días se formaban allí columnas para fábricas de municiones, construcción de aeródromos e industrias bélicas de todas clases. El afán de toda detenida era permanecer en el campo, pues nada había tan temible como el transporte y el trabajo en el exterior, donde por lo general la alimentación era todavía peor; a esto se añadía el peligro de los bombardeos. Precisamente en esta época habían llegado a Ravensbrück algunos camiones de mujeres gravemente heridas.

Mientras yo estaba en los calabozos, la enfermería experimentó una transformación decisiva. Rosenthal, el médico de las SS, y la prisionera Gerda Quernheim fueron detenidos. Rosenthal compareció ante un tribunal de las SS y fue condenado a siete años de cárcel. A Gerda Quernheim la encerró Ramdor en el correccional y más tarde la evacuó a Auschwitz. La actividad criminal de los dos concluyó gracias a la declaración de un médico checo detenido en el campo de concentración de hombres en Ravensbrück. Gerda Quernheim quedó dos veces embarazada; para provocar el aborto, Rosenthal llamó en su ayuda al médico detenido. Esto ocasionó la detención de la pareja. El asesinato de mujeres y niños recién nacidos no hubiera sido motivo suficiente para actuar contra el médico de las SS, pero sí los robos sistemáticos de los dientes de oro de sus víctimas. Se había mezclado de este modo en la esfera de robos de las SS, y esto tenía que ser castigado. También fue trasladado de Ravensbrück el doctor Schiedlausky. Los nuevos médicos de

las SS comenzaron a recurrir para el tratamiento de las prisioneras enfermas a doctoras detenidas, checas, alemanas, rusas y polacas. Perdió así la enfermería mucho de su horror, aun cuando alguna de las doctoras detenidas pronto igualó en tono y conducta a sus colegas de las SS. Además se daban muchos más casos de partidismo por razón de la nacionalidad. Otras, sin embargo, ejercieron su profesión con abnegación, pese a que las condiciones de los últimos años del campo de concentración eran realmente agotadoras y desalentadoras. Las mujeres morían de tifus abdominal y exantemático, tuberculosis o disentería.

Por falta de espacio ocupaban ya cuatro mujeres cada jergón de paja, y no había ropas de cama más que en el bloque de las que trabajaban en la cocina, en el de las que trabajaban en las oficinas de las SS y en el barracón de las antiguas políticas. Cada vez era más difícil bañarse. Y las detenidas trabajaban once horas y recibían cada día una alimentación más precaria.

Por temor a la sección de «destinos para el trabajo» procuré obtener, después de mi restablecimiento, un «buen puesto» fuera del campo. Prisioneras polacas que me conocían me ofrecieron trabajar en la «columna forestal» y yo acepté entusiasmada. La misión era talar árboles en el bosque. Mamá Liberak, un encanto de persona, protectora y verdadera madre de muchas «operadas», fue nuestra fuente de información, y Senia, la vigilante. Su verdadero nombre era Eugenie y procedía de Ulm; no tendría más de diecinueve años y era una chica inofensiva y bonachona. En cuanto empezó a trabajar como vigilante fue destinada a la columna forestal. Las detenidas polacas la acogieron amistosamente y Senia —así la llamaban— pronto estuvo unida a sus polacas para todo lo que ocurriera. El paso clandestino de cartas se hizo con la mayor naturalidad.

Mamá Liberak, a pesar de la estricta prohibición de las SS, llevaba casi diariamente al bosque una o varias «conejas». Sólo podían disfrutar de la salida las que no cojeaban demasiado y podían recorrer el camino hasta el lugar de trabajo. Una vez que habían llegado, podían sentarse en los árboles derribados y descansar.

Era una verdadera delicia marchar en el aire fresco otoñal. La Liberak tenía que advertir continuamente en voz baja: «¡No tan deprisa! ¡Tened consideración!». De otra forma no hubieran podido venir con nosotras sus protegidas. Pasábamos por delante de las casas de las SS, bajando la carretera en dirección a Fürstenberg y después a la derecha, desde donde se veía ya el bosque en la lejanía. Había neblina y los árboles, musgo y hojas estaban cubiertos de escarcha. Había olvidado por completo lo maravilloso que es andar sobre el blando suelo del bosque, donde los pies se hunden y crujen las ramas secas. Olía a rastrojos quemados y a hojas podridas. Cuando llegamos a la cabaña que habían construido las detenidas con ramas de pino, voló sobre nosotras un grajo. En la cabaña había hachas y sierras, y además el alojamiento para Senia y el perro, por si quería dormir. Tenía ésta tanta confianza y amistad con las polacas, que sabía que ninguna rehuiría el trabajo, y por ello nos dejaba solas la mayor parte del tiempo. El trabajo en el bosque estaba dirigido por un guarda forestal. Llegaba con su perro, saludaba amablemente a todas las detenidas, como antiguas y buenas conocidas, y se unía a Mamá Liberak para señalar los árboles que debían ser talados. Este guarda sabía por las polacas de todos los horrores del campo de concentración. Las «conejas» le enseñaban sus horribles cicatrices y le describían con todo detalle las inhumanas condiciones de vida en Ravensbrück.

Cada árbol era aserrado por dos mujeres, con la consigna de no apresurarse demasiado. Al cabo de algunas horas propuso el guarda forestal quemar las ramas y dio las órdenes oportunas. A menudo nos informaba también de cuál era el mejor terreno para robar patatas. Con gran solicitud se entregaba la columna entera a avivar el fuego, mientras algunas «especialistas» —sin la compañía de Senia ni del perro policía— se lanzaban a la busca de patatas para todas. Humeaba y crepitaba la fogata y colocábamos las patatas sobre las brasas al rojo. Hasta que estaban bien asadas teníamos tiempo de abatir un par de árboles, y después celebrábamos el banquete general. Creo que la columna forestal era única en todo Ravensbrück, y esto era así por la solidaridad de las polacas y su capacidad para granjearse la simpatía de Senia y del guarda. Pero también cayó la desgracia sobre esta columna. Yo trabajaba desde hacía tiempo en la sastrería cuando todas las mujeres de la columna forestal —Senia incluida— fueron detenidas por Ramdor, recluidas en el calabozo durante varias semanas y después internadas en el bloque correccional. Recuerdo que Ramdor no logró forzar ni una sola declaración. La joven Senia permaneció en el pabellón de calabozos hasta abril de 1945.

En la columna de Mamá Liberak podíamos escaparnos de vez en cuando del trabajo mediante un sistema de intercambio que funcionaba muy bien. Al cabo de una semana me llegó el turno. Era a fines de otoño y empleé el descanso en acompañar a Milena por el campo de concentración; como ella llevaba el brazalete amarillo propio de las trabajadoras en la enfermería, nadie nos molestaba. Caminábamos completamente absortas en nuestra conversación, atravesando la segunda calle del campo. A un lado, por encima del muro, apuntaba nuestro sauce, ahora

deshojado; al opuesto, los oscuros pinos. Charlábamos sobre los bosques, la libertad y las ciudades que deseábamos ver juntas. Milena me contaba cosas de su hija, Honza, a la que pronto haría cuatro años que no veía. Fue en ocasión de una visita a la prisión de Praga cuando la vio por última vez.

—La vida sigue su curso fuera del campo y aquellas niñas, hoy mujercitas, hará tiempo que nos han olvidado —decía.

Las escasas cartas de los parientes estaban reducidas a un esquema, por temor a la censura, y eran absolutamente impersonales. Milena argumentaba:

—Quisiera que Honza me dijera de qué color es el traje que lleva, si ya usa medias, cuál es su vida diaria, pero siempre me cuenta que le gusta tocar el piano y que va a la escuela...

Un incidente conmovió a Milena profundamente. Un día formaba un grupo de prisioneros en el pasillo de la enfermería; habían sido conducidos allí desde el campo de concentración de hombres, para su exploración radiológica. Se sospechaba que eran enfermos de pulmón. A Milena le pareció reconocer los ojos grandes y ardientes de uno de aquellos esqueletos vivientes. Se atrevió a pasar otra vez por delante del grupo, para hacerle una seña. Correspondió él a la mirada. Era Sawiš Kalandra, un antiguo amigo de Praga. Este descubrimiento ya no le permitió a Milena conservar la calma; ¡tenía que ayudarle! A la enfermería venía con frecuencia un farmacéutico de las SS que trabajaba también en el campo de concentración de hombres. Este farmacéutico tenía fama de ser muy bueno. Milena encontró una oportunidad para hablarle. No le hizo falta mucho tiempo para convencerse de su bondad y de la lástima que sentía por los cautivos. Entregó a Kalandra una nota de Milena. Decía: «¿Puedo ayudarte? ¿Necesitas pan?». La respuesta

fue: «Milena, te suplico por tu bien y por el mío que te abstengas de escribir. ¡Es demasiado peligroso!». En contra de lo que se esperaba, Kalandra sobrevivió a la estancia en el campo de concentración alemán y volvió a Praga en 1945, donde un par de años después fue detenido de nuevo por los comunistas y encerrado en la cárcel.

Cuando, al final de la calle del campo, dimos la vuelta para regresar, vimos con espanto al director de la sección de destinos para el trabajo, Dittmann, que se dirigía hacia nosotras. Desde lejos vociferó:

—¿Qué hacen en la calle del campo durante la jornada de trabajo?

Me conocía del despacho de la vigilante jefe y estaba enterado de mi «crimen».

—¿Por qué no se ha presentado al trabajo? —continuó aullando.

Se le enrojeció la cara de rabia.

—Estoy enferma y tengo tarjeta para «servicio interior» —fue la única mentira que se me ocurrió.

A Milena, gracias a Dios, no le dijo nada, pues llevaba el brazalete amarillo.

—¿Hace mucho tiempo que no ha estado en el calabozo? ¡Procure presentarse inmediatamente en la sección de trabajo, porque si no lo hace lo visitará otra vez!

En la oficina de «destinos para el trabajo» no se privó Dittmann del gusto de llamarme a su despacho para amenazarme con denuncias y luego para disponer que fuera inmediatamente a la sastrería I para incorporarse al trabajo seriado, en concepto de castigo.

—¡Preséntese al jefe de la cuadrilla Graf! Yo le pondré al corriente por teléfono. ¡Fuera!

# LOS MUERTOS Y LOS SUPERVIVIENTES

## ESCLAVAS EN LA CINTA DE TRABAJO

La sastrería I era una gran nave industrial sólidamente construida, con luz cenital y grandes ventanales laterales. Trabajaban allí más de cuatrocientas mujeres, en máquinas de coser eléctricas y máquinas especiales de sastrería de todos los tipos, para la confección de uniformes de las SS. La sastrería I pertenecía a las llamadas factorías de Dachau, cuya administración central estaba en el campo de concentración de Dachau, y que constaban de tres sastrerías, un taller de corte, una fábrica de tejidos, una peletería, un taller para arreglar los uniformes rotos y un taller de reparaciones para las máquinas. Solamente en las sastrerías trabajaban alrededor de trescientas detenidas. Pertenecían también a este complejo industrial barracones para depósitos de tejidos y materiales de costura, separados por un muro del campo de concentración de Ravensbrück. A este lado del muro, en el campo «antiguo», solamente estaban el taller de corte, las sastrerías II y III, dos barracones de materiales y el taller de reparaciones. A fines de 1943 las prisioneras que trabajaban en la nave industrial vivían todavía en el antiguo campo de concentración y pasaban a diario por el portalón. Más tarde, las SS alojaron a



las reclusas justo al lado de los talleres, para poder exigirles el mayor número posible de horas de trabajo.

En la gran nave de sastrería había un verdadero estruendo a causa de las máquinas de coser eléctricas. No podía oírse ni la propia voz. En largas filas circulaban por el local las cuadrillas de trabajo. Una confeccionaba pantalones, otra chaquetas de uniforme, la siguiente abrigos y chubasqueros. Desde las máquinas de coser dispuestas una al lado de la otra colocaban las prisioneras sobre la llamada «cinta» las prendas cuyo trabajo habían terminado. La sastrería suministraba la tela cortada, que era reunida en mesas especiales, sujetos los cortes en otra y de allí iban a parar a las cintas. Una hacía la costura lateral, la siguiente la costura anterior, la próxima pegaba las mangas, otra cosía el cuello y así sucesivamente hasta que la última recogía las prendas de la cinta transportadora, vigilada por una prisionera de mayor categoría, y las entregaba a la vigilante de control o al miembro de las SS responsable del trabajo. Cada cinta tenía fijada su tarea. Si no se cumplía, había palizas, correccional o denuncias. La instructora apremiaba, la vigilante reñía y el miembro de las SS nos pegaba. Cuando me senté a la máquina y oí la palabra «tarea mínima» volvió a revivir en mí la época de Burma, donde era terrorífico pensar que no pudiera cumplirse con la tarea. En Siberia se obligaba al cumplimiento reduciendo la ración de pan, y en Ravensbrück con los castigos corporales y de encierro.

No podía coser porque se me «escapaba» la máquina eléctrica; aunque mi trabajo se reducía a coser unas tiras, nunca podía llevar a término mi tarea. Sin cesar se me partían las agujas y se me rompía el hilo. Si hubiera sido una pobre recién ingresada, ¡cuánto habría tenido que sufrir! Azotada hasta sangrar por el esbirro de las SS, abofeteada por la vigilante y vejada por cualquier detenida instructora,

habría acabado pereciendo. Pero como «veterana» en Ravensbrück, pronto encontré amigas. La detenida instructora checa Nelly se dio cuenta de mis apuros y me cosía de vez en cuando un montón de prendas para dejarlas en mi puesto. La tarea llegaba a terminarse. La pequeña Anicka, del taller de reparaciones, que iba incansablemente de una máquina a otra para reparar las averías y evitar castigos, me daba agujas a escondidas y así no tenía que ir a pedir las a la vigilante, con lo que lograba evitarme muchas bofetadas. Se trabajaba en dos turnos de diez horas en 1943 y 1944 y de once más tarde.

Turno de noche en la sastrería I. Las ventanas tenían que quedar herméticamente cerradas, pues se había dispuesto una estricta oscuridad en previsión de los bombardeos. Transcurridas algunas horas, el aire de la fábrica se hacía irrespirable, por la gente y el denso polvo que salía de las prendas. Encorvadas sobre las máquinas, las mujeres trabajaban a un ritmo delirante. Junto a mí se sentaba una joven ucraniana de aspecto verdaderamente infantil. Yo veía que al coser movía la boca: es que cantaba para sí misma, a pesar del ruido de los motores. Me incliné hacia ella y acerqué mi oído a su cabeza. Se echó a reír y continuó cantando. Era la canción de una película rusa, y yo la coreé en una frase breve. Así empezó nuestro trato; me ayudaba a colocar las agujas en la máquina y a enhebrar el hilo. Siempre, antes de cruzar la palabra, cuidábamos de que «el aire fuera puro», es decir, que no hubiera cerca ninguna vigilante.

La bestia más temida de la sastrería I era el jefe Binder. Antes de la medianoche venía siempre a cazar a alguna desgraciada; sus rugidos brutales imponían rápidamente el silencio. Las máquinas paraban durante un momento y todas las mujeres le miraban horrorizadas. Binder se situaba ante

una de sus víctimas, porque no había trabajado con suficiente rapidez, porque había hecho una costura torcida, o simplemente por capricho. Vociferando, con la cara enrojecida y los ojos inyectados en sangre, agarraba a la mujer por el pelo, le golpeaba la cabeza sobre la máquina de coser y la seguía maltratando hasta dejarla sangrando. Casi en todos los turnos provocaba Binder esta escena. Había una pequeña francesa gordita a la que perseguía expresamente; cuando quiso pegarle, ella saltó para defenderse y le llenó de insultos en francés, ante el asombro de todas las detenidas, lo que aumentó hasta lo indecible la furia de Binder.

A medianoche había un descanso de media hora; cada prisionera recibía un vaso de café, y algunas se comían su trozo de pan. Sin embargo, la mayoría se lo habían comido mucho antes. Mi pequeña vecina era una de éstas. Yo repartía con ella mi pan. Aprovechábamos el descanso, si no estábamos tan fatigadas que prefiriéramos dormir, para charlar sobre nuestras cosas. El padre de Nina había trabajado como profesor en una pequeña ciudad ucraniana. Todas las noches me hablaba de él; le había hecho leer a los poetas y escritores rusos, y apenas había una poesía de Pushkin que no supiera de memoria. Nina se dio cuenta de mi cariño por el idioma ruso, y me recitaba versos y letras de canciones populares; le hacía feliz que yo alguna vez le repitiera las estrofas que había logrado aprender. Durante muchos años su padre padeció una tuberculosis pulmonar, y Nina parecía haber heredado su frágil constitución. En 1937, la policía comunista alemana detuvo a su padre y quedaron a cargo de la madre Nina y dos hermanos más pequeños. Llegaron los alemanes a Ucrania y el hambre obligó a Nina a trabajar en una cocina del ejército alemán. Con su desconocimiento absoluto, fue enrolada en un trabajo para el Reich y terminó en una fábrica de municiones. Desde allí

pensaba volver a su patria, pero fue detenida e internada en un campo de concentración.

En ningún lugar fueron recibidas las alarmas aéreas con tanto entusiasmo como en la sastrería. Cuando sonaba la orden de apagar las luces, todas las detenidas buscaban un lugar donde poder descansar. Generalmente llegaba Anicka con la caja de herramientas bajo el brazo, me cogía de la mano y tiraba de mí hasta el local donde se almacenaban los uniformes de las SS, que nos servía de refugio. Mientras rugían las escuadrillas de bombarderos sobre el campo de concentración y temblaban los cristales de las ventanas en la sastrería, nosotras procurábamos dormir hasta que la sirena anunciaba el fin de la alarma y nos obligaba a volver a las máquinas. Cuanto más frecuentes y prolongadas eran las alarmas aéreas, más enconado y bestial era el régimen de palizas en la sastrería. Los métodos de Binder crearon escuela, y apenas hubo una cinta de trabajo que se librara de sus golpes. La vigilante Lange, una mujer grosera y tosca, de manos y pies enormes, imitaba con ardor a sus colegas varones. No así, sin embargo, un húngaro de las SS llamado Seipel, alto, delgado y algo encorvado, de ojos oscuros y melancólicos. A sus órdenes tenía también una cinta de trabajo. Nunca gritaba, sino que procuraba enseñar pacientemente cómo había que hacer cada labor. En una ocasión dijo que nunca osaría levantar la mano a una mujer. Como era lógico, su fama se extendió por toda la sastrería, y más tarde llegó a hacérsele un homenaje que nunca podré olvidar. Seipel, que había demostrado día a día que no era persona adecuada para el oficio de vigilante SS en el campo de concentración, acabó siendo destinado al frente. Cuando se notificó su marcha a las mujeres, quedaron todas muy tristes. Habrían pasado unas dos semanas cuando un día, quizá para recoger algún documento antes de su partida,

entró Seipel en la sastrería I. Enmudecieron inmediatamente las máquinas de todas las mujeres que le habían visto, y en toda la nave resonó una petición.

—¡Vuelva usted, señor Seipel!

Saludó sonriente y movió la cabeza en señal de negación.

El responsable de la producción y de la marcha ordenada del trabajo en las sastrerías I, II y III era el jefe de cuadrilla de las SS, Graf. Solamente se distinguía de los valientes apaleadores Binder, Rauxloh y Jürgeleit en que era más hábil y no maltrataba a sus víctimas a la vista de todos, sino que las hacía presentarse en su despacho. Allí procedía a administrar los castigos. Para impedir un sabotaje en la sastrería, se habían dispuesto las cintas de trabajo combinando prisioneras políticas de todas las naciones, delincuentes comunes, gitanas y antisociales; aparte de esto, la vigilancia era tan rigurosa que podía descubrirse cualquier costura mal hecha. El descubrimiento de la sustracción de un pedazo de tela para hacerse un pañuelo o una cinta acarreaba un buen número de denuncias y palizas. La vigilante Lange era una apasionada de los registros personales después del trabajo.

En esta empresa de esclavas se encontraban, no obstante, algunas mujeres que trabajaban con todas las fuerzas de que disponían. No me refiero a las delincuentes comunes, que estaban ya desacreditadas por su actitud servil ante las SS y su celo en el trabajo, sino a algunas políticas. Así, por ejemplo, la comunista alemana Maria Wiedmeier, que antes de 1933 había ocupado un cargo preeminente en el Partido Comunista alemán y que había pasado los últimos diez años en prisiones y campos de concentración. Su función en el complejo industrial consistía en suministrar a las sastrerías los elementos necesarios para la costura. Era la detenida

instructora de una cuadrilla de unas veinte mujeres, y tenía que vigilar las existencias y proveer continuamente desde el almacén de todo lo que faltara en la nave industrial. Además de esto, al final de cada turno de trabajo tenía que contar los uniformes terminados y transportarlos en una vagoneta. Era plenamente consciente de la importancia de su labor y no toleraba a su cuadrilla ningún descuido. Trabajaba para las SS con exactitud prusiana. El jefe de cuadrilla de las SS dijo en una ocasión:

—Si no tuviera a la Wiedmeier, el taller de sastrería no funcionaría.

Por su rendimiento, la influencia que tenía era tan grande que el jefe de las SS Graf accedía a todos sus deseos, cuando se trataba de cubrir puestos en las sastrerías. Para él no había duda alguna de que la comunista Maria Wiedmeier estaba tan interesada como él mismo en el suministro oportuno de nuevos uniformes de las SS. Como era lógico, este puesto proporcionaba a la prisionera Wiedmeier muchas ventajas personales, pues mientras vigilaba sus valiosas existencias tenía derecho a utilizarlas en su propio provecho. En una ocasión se le planteó la cuestión de si en su calidad de comunista podría responder de servir con tal devoción a las SS y de someter de esta forma a las detenidas que estaban a sus órdenes. Ella contestó:

—Sólo soy una persona que tiene unos deberes y que debe trabajar.

A las rusas y ucranianas de la cuadrilla de materiales les dio su dirección para cuando estuvieran en libertad: «Maria Wiedmeier, Comité Central del Partido Comunista en Alemania».

## EL FINAL DE MILENA

Mi trabajo en la máquina de coser terminó repentinamente y fui trasladada a la distribución de hilos y botones. Aún hoy desconozco si debo esta mejor situación a que Maria Wiedmeier no sabía con seguridad si Heinz Neumann sería rehabilitado por el partido después de la guerra, o a un incidente con el subjefe Binder. Una noche, Binder tomó como víctima a una rusa muy joven. La muchacha no sabía qué quería de ella, y decía que no le entendía. No pude soportar más la situación, abandoné mi máquina de coser y me decidí a intervenir:

—Señor subjefe, esta mujer no entiende lo que usted le dice. —Binder dio la vuelta, sin cesar de gritar—. ¿Me permite que traduzca sus órdenes? Yo sé ruso.

Binder me miró fijamente como si no hubiera comprendido, olvidó su propósito de apalear a la joven rusa, hizo una pausa, retrocedió y se marchó echando espuma por la boca. Al parecer se dirigió inmediatamente a Graf y le explicó que alguien de las máquinas de coser sabía ruso. Probablemente Graf se acordó de mí y de la historia con la Langefeld y vino entonces a su memoria que yo había sido destinada por Dittmann, como castigo, a la cinta de trabajo. Esto no le sentaría bien, pues tenía un celoso cuidado de que nadie de la dirección del campo se entremetiera en su fábrica. Seguramente debo a esta rivalidad mi ascenso a distribuidora de hilos y botones.

Mi nuevo trabajo era de lo más placentero, después de los terrores de la máquina de coser y la angustia ante la posibilidad de no cumplir la «tarea mínima». De todas las cintas venían mujeres a pedir hilo de seda o para ojales. Yo conocía a bastantes, pero no a la que entró un día, una

muchacha delgada con un lastimoso traje del campo de concentración que llevaba ceñido con un cordel en lugar de cinturón. Tenía la cara muy triste, los cabellos rizados en desorden. Sus ojos oscuros, aniñados, eran lo único tranquilizador de su aspecto. Llegó ante mi mesa aparentando seguridad; todo el mundo ocultaba sus temores. Pronto tuve ocasión de conversar con ella; era noruega. Se llamaba Lille Graah. Cuando, poco después, las detenidas noruegas fueron provistas de delantales de vivos colores que causaban la admiración general, me di cuenta de que nada había tan peligroso en el campo de concentración como hacerse notar. Lille vino una vez, como tantas anteriormente, a mi mesa, pero su precioso delantal hizo que el vigilante de las SS se fijara en ella y la enviara a una máquina de coser de las que tenían asignada una tarea mínima.

El invierno de 1943 a 1944 fue la época más espantosa de Ravensbrück. Conocíamos las noticias del escenario de la guerra y sabíamos que la estrella de Hitler estaba cayendo, pero muchas de nosotras nos encontrábamos al final de nuestras fuerzas. Sin embargo, teníamos que esperar pacientemente, sin poder hacer nada y contemplando cómo cada día caían nuevas víctimas. En las llamadas a lista, que duraban horas, a algunas prisioneras se les congelaron los pies. A la amputación de rigor siguió un gran porcentaje de gangrenas y muertes.

En los primeros años de Ravensbrück, el contratista de transportes de Fürstenberg venía a buscar los muertos del campo de concentración en su coche fúnebre. Los muertos yacían en un ataúd, revestidos con una camisa de papel que iba adornada con encajes. Cada vez morían más detenidas, y el negocio del señor Wendland era de lo más próspero; hasta se compró un coche mortuario ligero... Pero con la



construcción del primer crematorio, las SS se encargaron de hacer desaparecer los cadáveres. ¿Para qué gastar madera en ataúdes? Era suficiente con un cajón en el que cupieran varios cuerpos. Desde luego, estaban tan escualidos que en una caja había sitio para dos. Antes llevaban las muertas fuera del campo cuatro trabajadoras de la enfermería, y ahora —cuando morían diariamente más de cincuenta— se cargaban cinco o más cajas en una vagoneta y la «cuadrilla de cadáveres» las conducía al crematorio.

Durante ese invierno empeoró ostensiblemente el estado de salud de Milena; se habían terminado sus defensas. Hablaba con frecuencia de la muerte:

—No sobreviviré al campo de concentración, no volveré nunca a Praga. ¡Si al menos hubiera venido a buscarme el señor Wendland, que tenía un aspecto tan bonachón con su chaqueta de campesino...!

Pese a que estaba muy débil, acudía todos los días al trabajo. La mantenía el temor de las inyecciones y de los transportes de enfermas; siempre tenía fiebre. El nuevo médico de las SS la reconoció, comprobó que tenía un riñón inflamado y opinó que no había más solución que una intervención quirúrgica. Milena se decidió a aceptar el juego de esta última baza para continuar viviendo, pues como todo ser humano, y mucho más una prisionera, se consumía en el ansia de su hija abandonada y de la patria lejana. Milena pudo resistir la operación, e incluso parecía que iba a restablecerse. Creía en su curación, y yo esperaba que podría verla en libertad. Durante tres meses, mi vida en el campo se redujo a los breves cuartos de hora que pasaba junto a ella. Todavía era de noche, antes del primer recuento, cuando entré a toda prisa en su habitación, que compartía con otras cinco enfermas graves. Por supuesto me estaba prohibido

entrar allí, pero algo especial parecía protegerme, y no fui descubierta hasta el día en que murió Milena. Cuanto más desesperada era su situación, más seguridad tenía yo en su restablecimiento, pues mi amistad hacia ella no me permitía soportar la idea de su muerte. Murió el 17 de mayo de 1944. La vida perdió entonces para mí todo sentido. Cuando la patrulla de cadáveres cargó a Milena en el coche, rogué que me dejaran ir con ella. Era una mañana de primavera y la lluvia me parecía cálida. El centinela de la puerta me permitió pasar. En el cañaveral de la orilla del lago Fürstenberg un ave acuática silbó con tristeza; nosotras cargamos la caja y la llevamos al crematorio. Dos prisioneros por delito común de cara patibularia abrieron la tapa. Uno de ellos cogió a Milena, y el otro, en tono burlón, le dijo:

—¡No temas, abrázala fuerte; ésta no se va a quejar ya!

## EL MUNDO FUERA DE ALLÍ

El 10 de junio de 1944 se supo en el campo de concentración que el desembarco de Normandía había tenido éxito. Todas daban gritos de júbilo, pero yo no podía participar de esta alegría. Me arrastraba de día y lloraba por las noches. ¿Para qué sobrevivir si había muerto Milena? Mi concepto de la libertad estaba inseparablemente unido a ella. Habíamos tenido los mismos deseos, los mismos proyectos para el porvenir... Lotte y Maria, Lille y Anicka lloraron también la muerte de Milena.

Durante su enfermedad escribí la primera carta a mi madre. Una polaca se encargó de darle curso y llegó a mi domicilio. Mi madre se apercibió de mi desesperación y

consultó con mi cuñado Bernhard lo que podría hacerse. Solicitó permiso para dirigirme una carta mensual y enviarme paquetes. Mi cuñado, que era médico de profesión y que había estado también, después de 1933, en prisión y campo de concentración, sabía lo que debe escribirse a una detenida. Era un verdadero artista prodigándome consuelo, y no solamente me devolvió a mí la alegría de vivir, sino también a algunas de mis camaradas. Sus cartas tenían un carácter muy personal. No nos habíamos visto durante diez años, y le relacionaba por tanto con los acontecimientos de quince años atrás. Pero lo mejor eran los paquetes. Por ejemplo, en una nota decía:

«¡Por favor, no pierdas la caja, que es muy difícil de conseguir!». Esto debía de tener algún significado. Llegó un paquete grande: los alimentos iban atados con lazos de colores y en la esquina de una servilleta de papel con letra diminuta había escrito: «Saludos y besos, Bernhard». Con gran ansiedad nos acurrucamos sobre el jergón de paja y rebuscamos en el trocito de papel. ¡Otra señal! En un extremo había, detrás de la letra v, un garabato en forma de tres. Se refería a un arma, la V-3. En una tableta de chocolate había escrito un nuevo saludo. Las sorpresas no tenían fin; después nos dispusimos a deshacer la caja con todo cuidado. En cada una de las paredes laterales había oculta una fotografía: reproducciones en colores de *Barcas de pesca y Girasoles*, de Van Gogh, y *Casa de campo junto al Sena*, de Renoir. Las primeras obras de arte en color que se veían en el campo de concentración. Mi cuñado era un verdadero maestro en el arte de hacer comunicaciones clandestinas, y, a pesar de la censura postal, nunca perdía la originalidad. Siempre me decía algo acerca del fin de la guerra. Daba a entender que sería en una fecha próxima. Recibimos después otro paquete, con lo que se reprodujeron las sorpresas.

Contenía doce huevos pintados. Recibí el paquete después de tener una desesperada discusión con la vigilante, que se negaba a entregármelo. En cada uno de los huevos de gallina había una miniatura: flores, pájaros cantores —en recuerdo a mi amor por los animales—, conejos y cabras. Había, sin embargo, una imagen que no era comprensible a primera vista, hasta que nos dimos cuenta de que representaba el mito de Perseo y Andrómeda. Un dragón que vomitaba fuego estaba enroscado en el huevo. En el extremo de su cola de reptil colgaba una diminuta esvástica roja. Perseo, con casco de acero y uniforme de soldado, clavaba su espada en la cerviz del monstruo entre remolinos de sangre. Las llamas que salían de las fauces del dragón dibujaban una Andrómeda desnuda forjada en una roca. Cada una encontró su propia interpretación —a cual más fantástica— al mensaje. Y cuando, finalmente, descubrimos un «yo» apenas visible debajo del guerrero y un «tú» debajo de la dama, consideramos seguro que muy en breve podía esperarse un golpe definitivo contra el nacionalsocialismo. El paquete siguiente llegó en junio de 1944 y nos hizo estar todavía más seguras de la victoria. Además de una serie de frases grabadas en letra minúscula, incluso en las partes interiores de la caja de lata, como «¡No pierdas la esperanza!» o «¡Nuestro sol está cada vez más alto!», encontramos el ansiado mensaje detallado. Estaba escrito en letras diminutas en la parte interna del papel de embalaje; pero también esta noticia estaba en clave. Bernhard comunicaba que en breve tendría lugar en su batallón un concierto muy esperado, no a cargo de un solista ni de un cuarteto de cuerda, sino de toda una orquesta. Además, mi hermana esperaba el nacimiento de un niño, lo más tarde en septiembre de 1944. Todas las que leyeron este escrito clandestino hallaron la misma interpretación: Hitler sería

derribado por el ejército, y en septiembre terminaría la guerra... Quince días después del fracasado atentado contra Hitler llegó la carta mensual con una ancha orla de luto. A pesar de ello, mi cuñado no dejó de idear nuevas frases de consuelo; la correspondencia ilegal nos tenía en tensión constante y contribuyó en forma decisiva a mantenernos vivas hasta enero de 1945 —a partir de entonces falló el correo—, con ánimo y esperanza.

Con los centenares de evacuadas de Varsovia, la miseria alcanzó su punto culminante en el campo de concentración. Estas mujeres habían sido puestas bajo la «protección» alemana, a requerimiento del ejército, y todas llevaban consigo las cosas de valor que poseían. Las promesas alemanas auguraban un alojamiento seguro y atenciones en el Reich. ¡Y se encontraron en el campo de concentración de Ravensbrück! Cargadas de maletas y de sacos en donde habían guardado almohadas y edredones, vestidas con pieles, las mujeres esperaban de pie en la plaza del campo, mirando a su alrededor y sin acabar de creer lo que veían sus ojos. Había algunas que no quisieron dejar su perro en casa, e incluso una que inició este viaje azaroso con el canario en la jaula. Las prisioneras teníamos estrictamente prohibido acercarnos a las evacuadas, pero éstas comprendieron enseguida lo que se les venía encima cuando las primeras mujeres pasaron al cuarto que ocupaba la vigilante del departamento político. Allí eran registrados sus nombres y se les exigía que depositaran todas las cosas de valor en una caja. En los baños, las SS les quitaban sus ropas, pieles, zapatos y la maleta con lo último que les quedaba, y les entregaban a cambio los mismos andrajos que llevábamos nosotras, con las cruces de colores en el pecho y en la espalda, zapatos destrozados —a veces dos botas del mismo pie— y nada de medias ni ropa blanca. Tras el robo y

expolio de sus pertenencias las llevaban en pequeños grupos al nuevo bloque de ingreso, que en lugar de techo de madera tenía un toldo para cubrirlo. Cuando lo vieron las que todavía esperaban, intentaron enterrar sus joyas en los macizos al borde de la plaza del campo; otras lanzaban al suelo sortijas, relojes y cadenas, pisoteándolo todo, y rompían fotografías, cartas y recuerdos, antes de que cayeran en manos de las SS.

Las evacuadas, como en general las de nuevo ingreso de cualquier época, que se veían sumidas sin preparación en el ambiente tirano del campo de concentración, eran las que acusaban las más altas cifras de mortalidad. Muchas no sobrevivían al primer trimestre. En los barracones las persianas estaban bajadas, y en lugar de jergones de paja, que debían estar bien lisos y con los cantos bien afilados, yacían en inmundos sacos de papel llenos de piojos, algunos con un escaso relleno de virutas de madera, sin sábanas ni colchas, sólo con una delgada manta de algodón. Para poder hacerles sitio, pues había ya cuatro detenidas en cada jergón de paja, se dispusieron las filas de catres una al lado de otra, formándose así un gigantesco dormitorio de tres pisos.

Nunca fueron tan manifiestos los contrastes entre las prisioneras del campo de concentración como en el último año de su existencia. Había niños mendigando delante de los bloques de las «importantes». Espectros harapientos y extenuados husmeaban en los cubos de la basura en busca de algo comestible. Mientras, por la calle del campo marchaba una detenida bien nutrida y con las mejillas sonrosadas que llevaba con la correa el galgo ruso del jefe de la prisión preventiva. Entre algunos barracones situados en la parte más baja del campo de concentración, los taponamientos de la canalización originaron verdaderas lagunas en las cloacas, pero en la segunda y tercera calle del

campo las SS proyectaban nuevas instalaciones de jardinería que dotaron de árboles jóvenes. Las SS permitían a las detenidas formar coros, y pude ser testigo en algunos bloques de exhibiciones de danzas y cantos de gran valor artístico.

La nave industrial construyó viviendas para las obreras justamente al lado de los talleres, y Siemens hizo lo mismo. Nuestras amigas Lotte y Maria abandonaron el campo «antiguo» y fueron trasladadas a Siemens. Estos nuevos alojamientos eran estrechos y oscuros, en comparación con el anterior bloque de viviendas. Por motivos de economía no tenían locales para el día, ni retretes, ni lavabos, así como tampoco catres, sino tres pares de tablas que hacían de litera. En cuatro barracones fueron albergadas las prisioneras de la nave industrial, y para las cuatrocientas se instaló un local común de retretes y lavabos en el centro del terreno industrial. Al poco tiempo, por falta de agua y mal funcionamiento de las instalaciones, resultaban inservibles y las mujeres estaban obligadas a satisfacer sus necesidades al aire libre o a utilizar las primitivas letrinas. Todo esto me recordaba a Siberia. A fines de 1944 Ravensbrück vino a ponerse al mismo nivel que Karaganda.

Lille, Anička y yo ocupábamos una litera del segundo piso, en un rincón cerca de la ventana. No era posible sentarse, sino que debíamos estar echadas o encorvadas. Allí comíamos y dormíamos, cuando no íbamos de visita al campo «antiguo». Las tres estábamos muy unidas, formábamos casi una familia y participábamos de nuestras alegrías y preocupaciones. Por la noche nos contábamos lo ocurrido durante la jornada; nos juntábamos con las noruegas Margrete y Birgit, las alemanas Lotte y Maria, la checa Inka y nuestras camaradas francesas Kouri y Danielle.

## MORIBUNDA EN LA ENFERMERÍA

Un día me trasladaron desde la sastrería I a las oficinas. Compartía el despacho con la holandesa Ilse Heckster, y tenía que llevar un fichero de todas las detenidas que trabajaban en la sastrería. Las enfermas con «servicio interior» y las encamadas tenían que ser notificadas por el jefe de bloque y registradas por mí en los archivadores. Se trataba de un trabajo fácil pero, como se puso de manifiesto al poco tiempo, no carente de peligro; así estuve a punto de acabar en el calabozo. Me eran conocidos por propia experiencia los tormentos del trabajo «en cadena», y semana a semana fue creciendo el número de enfermas «toleradas», pero ¿cuántas de ellas tenían fiebre y podían obtener una tarjeta de servicio interior? Cuando se me acercaba alguna después de la jornada de trabajo y me rogaba que la inscribiera entre las enfermas, yo así lo hacía. De este modo tuve al poco tiempo alrededor de veinticinco enfermas ilegales. Un día me manifestó el director Graf, mi superior, que el médico de las SS, Treite, exigía una lista de las enfermas de la sastrería para realizar una comprobación. Me sobrevino un sudor de angustia. A toda prisa redacté la lista; para las enfermas sin tarjeta de servicio interior y para mí no había más que una salvación, que era poner al corriente de mi apuro y rogar ayuda a Emmi Görlich, la secretaria de Treite. Corrí con la lista a la enfermería y se la presenté a Emmi, una prisionera política, que procedió a la comprobación. Recibió con visible indignación mi requerimiento de falsear la lista; sólo obtuve una vaga promesa: «¡Veré lo que se puede hacer!». No dudé ni un momento de que, siendo conocedora de las circunstancias de



la sastrería, acudiría en nuestra ayuda. A los dos días me dijo Graf:

—¡Ya ha vuelto a demostrar usted que es indigna de confianza! ¡Veinticinco detenidas sin tarjetas de servicio interior ni de encamadas! ¡Traiga inmediatamente a mi presencia a esas mujeres!

—Debe de haber algún error. Probablemente los ficheros de la enfermería están desordenados. ¡Déjeme ir a la enfermería para poder poner en claro este asunto!

Intentó oponerse, pero yo estaba ya de camino en busca de Emmi Görlich. Cuando le pedí explicaciones, me contestó, encogiéndose de hombros:

—No veo por qué debo encubriros, si tengo también que trabajar...

De las veinticinco pude salvar a quince, porque sus jefes de bloque las llevaron a la sastrería después del descanso de mediodía, manifestando que habían mejorado. Las otras diez fueron terriblemente apaleadas por Graf y denunciadas después. Resultó bien extraño que aquel salvaje no cayera en la cuenta de que todas habían faltado al trabajo con mi consentimiento.

En el otoño de 1944 me contagiaron una forunculosis, enfermedad que en el campo de concentración casi siempre terminaba con la muerte. En aquella ocasión fui golpeada, por primera y única vez en Ravensbrück, por un esbirro de las SS. Sin motivo alguno, quizá por hacerles más insoportable la vida, se prohibió a las prisioneras de la nave industrial que fueran al antiguo campo. Se colocó en el paso a un centinela. Ese día era un rumano que apenas hablaba alemán. Un grupo numeroso de detenidas se esforzaban por engañarle y penetrar en el campo, cuando yo salía de la sastrería para dirigirme al depósito de material, que estaba al

otro lado de la nave industrial. Yo estaba en posesión de un permiso para traspasar la puerta. Rápidamente aseguré a las que estaban esperando que saldrían conmigo y empecé a tratar con el individuo encargado de la vigilancia. No me dejó hablar ni una sola palabra, sino que me amenazó en el acto con su garrote y me ahuyentó de mala manera. No desistí y me acerqué de nuevo a él para exponerle mis deseos. Se abalanzó sobre mí, y yo le llamé «bestia» en el colmo de la indignación. Ya me había dado un golpe en el cuello, y entonces me dio un segundo en la cabeza. Rodé por la calle casi sin sentido. En aquel momento dobló la esquina el director Graf, me vio tendida en el suelo y desconcertado ordenó que me llevaran a su despacho.

Cuando recobré el conocimiento, Graf me preguntó tímidamente si era cierto lo que afirmaba el rumano de las SS, que me había golpeado porque yo le había llamado bestia. Sin titubear aseguré que nunca había dicho semejante cosa. Graf replicó, profundamente satisfecho, que eso es lo que él pensaba.

—Fue una invención del rumano. Yo sabía que usted no puede emplear expresiones parecidas.

Y el miembro de las SS fue trasladado a otro puesto. El mismo Graf, que no tenía en realidad motivo alguno para mostrarme simpatía, no hubiera vacilado en apalearme sin misericordia en una ocasión propicia, pero consideraba a las detenidas de la sastrería I como, por decirlo así, de su propiedad e interpretaba las intromisiones de otros miembros de las SS como ataques dirigidos personalmente contra él.

El servicio sanitario de la nave industrial disponía de una joven checa estudiante de medicina, y como yo sabía que era una fiel comunista, fui a verla por si ella podía aliviarme de

algún modo los dolores que sentía. Hasta entonces no habíamos cruzado nunca la palabra. Para Inka yo era una trotskista —así se lo habían dicho—, es decir, un ser despreciable.

Formé en una larga cola con las demás enfermas, en el pasillo que había entre las filas de literas, en el barracón donde Inka tenía sobre un taburete de madera sus apósitos, pomadas y desinfectantes, con los que hacía las curas. Era de admirar por su celo infatigable y su constante amabilidad. Irradiaba tan buena salud y seguridad, que solamente el verla hacía que las enfermas se sintieran mejor. Los forúnculos eran difíciles de curar, y mis visitas a Inka menudearon. Una vez empezó medio en broma a atacarme políticamente. Yo no sé qué le respondería, pero ella estaba deseosa de charlar y me rogó que le aclarase algunas dudas. Paseamos juntas aquella tarde por detrás de los barracones y oyó de mis propios labios la «historia de mi trotskismo». A pesar de su juventud y de sus creencias comunistas, tenía Inka el valor de la imparcialidad. Se atrevió a formar su propio juicio; no soportaba que se quisiera echar por tierra lo que para ella era verdad irrefutable y dogma de fe. Quizá fueran las circunstancias especiales del campo de concentración, que llevaban a esta muchacha a un estado de irritación contra la superioridad del partido checo en Ravensbrück, las que impulsaron a Inka a interesarse cada vez más por mí. Tenía un marcado espíritu de justicia y un profundo deseo de llegar a una solución democrática, y estaba resuelta a juzgar por sus propios medios y a decidir así sobre la amistad o enemistad de la gente.

Nuestras conversaciones cada vez se hicieron más frecuentes y serias. Al poco tiempo, apenas pasaba una tarde sin que discutiéramos un rato. Inka y yo nos hicimos amigas. Mi enfermedad seguía su curso, pero Inka me ayudaba en

todo lo que podía. No pasó inadvertida a las comunistas checas mi amistad con ella, y empezaron a prevenirla, pero como esto no sirvió de nada, optaron por amenazarla. Si no interrumpía sus relaciones conmigo, sería víctima de medidas disciplinarias. Inka se rió de ellas. Entre las «mujeres del Ejército Rojo» se consideraba a la vieja profesora Ieugenia como la máxima autoridad en cuestiones políticas. Trabajaba en el barracón de materiales con Maria Wiedmeier. Inka, por su calidad de comunista, estaba en estrecha relación con muchas «mujeres del Ejército Rojo», y como era natural también con Ieugenia, por la que sentía profunda admiración. Muy al principio de nuestra amistad Inka preguntó a la vieja profesora si había conocido a Heinz Neumann, o si había oído algo acerca de él. Ieugenia no le conocía. Cuando Inka estaba siendo llamada al orden, cada vez más enérgicamente, fue citada un día por Ieugenia, en el supuesto de que se doblegaría ante esta instancia decisiva del partido. Le comunicaron que mi marido, Heinz Neumann, había sido un espantoso criminal que en la zona rusa del Volga había volado fábricas y que tenía sobre su conciencia la vida de muchos trabajadores rusos. No se privó Inka de recordar a la vieja Ieugenia que apenas hacía un mes ni conocía a Heinz Neumann ni había oído su nombre.

En enero de 1945 se agravó mi forunculosis hasta producir una septicemia, y de no haber sido por la ayuda de Inka no hubiera podido continuar con vida. Consiguí mi ingreso en la enfermería y me trató con medicamentos que había robado. Yacía en la «cámara mortuoria», pero Inka me prodigó toda clase de cariñosos cuidados para devolverme de nuevo la salud. Los jefes comunistas checos de Ravensbrück decidieron expulsarla del partido a causa de su amistad con la trotskista Grete Buber. Se intentó además

prohibir a una serie de jóvenes comunistas checas que continuaran tratando a Inka.

A fines de enero de 1945 supimos que Ramdor había sido detenido por las SS. No sabíamos si porque el comandante Suhren no quería permitir por más tiempo que interviniera en los asuntos del campo de concentración, o porque temiera que Ramdor denunciara sus propias corruptelas. De cualquier forma, nos vimos libres de una pesadilla y todo el mundo respiró aliviado.

## LA MATANZA CONTINÚA

Una de mis ocupaciones diarias en la oficina de la sastrería, antes de que aparecieran las SS, era la de deslizarme a escondidas en el cuarto de servicio, donde colgaba de la pared un gran mapa de Europa en el que estaba cuidadosamente marcado el frente. Durante el turno de noche las SS oían en secreto estaciones de radio extranjeras y variaban la situación de los frentes en el mapa, según lo que decían las emisoras enemigas. Y nosotras fuimos cómplices de su celo patriótico. Pronto pudimos enterarnos de todos los fracasos de Hitler en el campo de batalla. Sin embargo, el abatimiento solía durar poco tiempo; Binder se desahogaba aumentando la periodicidad de las palizas y la vigilante Lange le imitaba, pero Graf hablaba con nosotras cada vez con más frecuencia. Ilse Heckster, una comunista holandesa que trabajaba en la sastrería desde hacía ya mucho tiempo, se prestaba en estas conversaciones a hacerse la ingenua y conseguir de Graf que hiciera declaraciones cada vez más sinceras. En una ocasión le puso en tal aprieto, que aceptó la posibilidad de que Alemania

perdiera la guerra. Esto ocurrió en el invierno de 1944 a 1945. Con fingida compasión le preguntó Ilse:

—¿Y qué va a ser de usted entonces, señor Graf?

—Me detendrán y me llevarán a Siberia, pero no será tan terrible, porque la Wiedmeier ocupará mi puesto y yo trabajaré como detenido instructor en la sastrería siberiana. La Wiedmeier intercederá en mi favor. —Soltó una carcajada algo forzada y abandonó la oficina diciendo—: Ya veremos lo que sucede...

Una vez llegó al despacho de la sastrería una muchacha rusa que apenas tendría dieciocho años. Con una expresión infantil, tranquila y resignada, me contó que venía de una fábrica de municiones porque se había negado, por sus creencias, a trabajar los sábados. El jefe de las SS Dittmann la mandó a la sastrería. Le pregunté si en adelante trabajaría el sábado y contestó que no. Se trataba de un problema muy grave, y yo prometí reflexionar sobre el asunto. Ella deseaba ser destinada a la fábrica de tejidos, pues ése era su oficio; fuimos juntas a la oficina de la fábrica de tejidos y se quedó allí. Pasados tres días nos preguntaron dónde podría estar la joven rusa, ya que no había aparecido por la fábrica. Fui a su bloque a informarme y me dijo la responsable que había sido conducida dos días antes al pabellón de calabozos, y después había sido llevada fuera del campo. Fue condenada a la horca por «sabotaje».

Al aproximarse el frente ruso, el campo de concentración de Auschwitz fue evacuado y todas las prisioneras llevadas hacia el oeste. Cuando llegaron a Ravensbrück, aquellos miles de mujeres estaban destrozadas por el hambre y la sed. Gritaban y mendigaban agua, pues durante días no habían recibido ni una gota. Las reclusas que trabajaban en la cocina pidieron permiso para llevar café a las sedientas, y

centenares de ellas se abalanzaron sobre el cubo, algunas perdieron el equilibrio y el café se derramó. La distribución de bebida a las más sedientas sólo fue posible merced a la policía del campo —la encargada de las palizas— y a un ejército de vigilantes. Las prisioneras de Auschwitz llevaban impreso su estilo de vida; el campo las había imbuido una idea fija: ¡cueste lo que cueste, salva tu vida! Eran groseras y brutales en su aspecto y maneras, y se las reconocía a primera vista de entre todas las del campo. Poco tiempo después de su llegada, corrió por Ravensbrück el rumor de que las presas de mayor edad y las incapacitadas para el trabajo irían a parar a Mittweida, un campo de concentración para trabajos ligeros. Tuvo que formar un bloque, y un supuesto médico llamado Winkelmann, del que murmuraban las procedentes de Auschwitz, hizo la selección de las prisioneras que debían ir a las cámaras de gas. Iba señalando a algunas y éstas eran sacadas de la fila. Las demás debían volver al barracón. Las elegidas serían transportadas a Mittweida y hacia allí partieron los camiones. Al mismo tiempo se designaban algunas políticas para nuevos cargos de responsables de bloque. Pasaron el llamado «campo de concentración» de la juventud Uckermark, que estaba detrás de la nave industrial, al otro lado del muro de Ravensbrück, que había alojado anteriormente a las detenidas más jóvenes, y llegaron entonces a Mittweida. Por las jefas de bloque supimos que allí vivían en unas condiciones que clamaban al cielo. Creíamos que Ravensbrück era el peor campo, pero en Mittweida tenían todavía menos alimentos, las formaciones para pasar lista duraban horas, no se les entregaba un solo abrigo y carecían de asistencia médica.

En el curso del año 1944 se había construido un segundo horno crematorio detrás de los calabozos. El humo negro y

pestilente de las dos chimeneas nos era familiar, y hasta bromeábamos con él. Surgían agudezas como: «¡Mira, ahí sale Lina volando!», decía alguna. O bien: «¡Como no te vayas a casa por la chimenea...!».

Esto caracterizaba nuestra actitud ante la muerte. Algunos días después del transporte a Mittweida vino a buscarme Anicka muy excitada, durante el turno de noche, y me hizo mirar hacia fuera. Sobre el pabellón de calabozos se elevaba una columna de fuego. No pude comprender lo que allí estaba ardiendo. Me acordé de repente del crematorio. ¿Tantas muertes hubo en los dos últimos días? ¿Se habría declarado una nueva epidemia de tifus? Nos imaginábamos que habría sucedido algo terrible, pero no sabíamos qué podría ser. Una responsable de bloque del campo de la juventud nos dijo que habían llegado más camiones. Se seleccionaron inmediatamente cuarenta mujeres, a las que las vigilantes marcaron en el antebrazo su número de prisioneras. Después las mujeres, presas del pánico, se defendieron con pies y manos, negándose a subir al camión. Únicamente la intervención de un comando de hombres de las SS consiguió meterlas en el vehículo, que las condujo al crematorio. Se contaba que una polaca había logrado escapar mientras descargaban a las mujeres. Se ocultó durante la noche en el depósito depurador de Ravensbrück y fue atrapada a la mañana siguiente por un soldado de las SS y conducida al campo de concentración. A golpes le arrancaron la confesión de que venía del campo de la juventud, y allí fue devuelta. Se la aisló de las demás para cargarla en el transporte más próximo en el camión de la cámara de gas. Sus gritos se oyeron claramente:

—¡No creáis que nos trasladan a Mittweida! ¡Nos llevan a la cámara de gas y al crematorio!



En los primeros quince días de febrero de 1945 murieron cuatro mil mujeres en las cámaras de Ravensbrück.

Igual que anteriormente las nubes de humo, en el invierno de 1944 a 1945 formaban parte del paisaje de Ravensbrück las columnas de fuego que despedían las chimeneas de detrás del pabellón de calabozos. Cualquier mujer mayor, de más de cincuenta años, que tuviera el pelo canoso o que hubiera pasado una gripe o sobrevivido al tifus — consecuentemente débiles, delgadas e incapaces de trabajar —, tenía motivos para temblar si caía en manos del doctor Winkelmann. Afirmaban que no se fijaba más que en el pelo y en la cara, y en ello se basaba su dictamen de vida o muerte. Las mujeres de pelo gris o completamente blanco empezaron a teñirse. Mezclaban hollín con algo de agua en el hornillo y se pintaban el pelo de negro. En la siguiente selección, Winkelmann juzgó exclusivamente por las piernas. Si estaban delgadas o con los tobillos hinchados no había solución. La única salvación era ser admitida inmediatamente en un taller o una columna, pues la selección se hacía entre las «disponibles».

Una mañana la policía desalojó la calle del campo; como yo trabajaba en la oficina de la sastrería pude eludir esta medida y salí por la puerta del taller camino del bloque. No se veía ni una sola persona, como si hubiera sonado la alarma aérea, pero al otro lado del portalón, en el centro de la calle y en dirección a la nave industrial, se movía lentamente una numerosa columna de mujeres. Me quedé esperando a esta curiosa comitiva. Traspasaron el portalón del «antiguo» campo de concentración. Iban de cinco en cinco cogidas del brazo. De pronto vociferó una detenida:

—¡Márchate de la calle del campo!

Di un salto hacia el barracón más próximo, me pegué a la pared y me quedé contemplando estremecida aquel cortejo fúnebre. Dos vigilantes con correas en las manos golpeaban a las mujeres para que marcharan más deprisa, pero ellas avanzaban lentamente. En la primera fila todas tenían la cabeza en la misma posición; parecían mirar al cielo, pero los ojos eran totalmente inexpresivos. Me incliné hacia delante para poder ver mejor y entonces me descubrió una vigilante:

—¿Qué hace usted ahí? ¡Todavía llega a tiempo para ponerse en la fila! ¡Ya me ocuparé de que mañana esté en ella!

Me amenazó con la correa. Doblé la esquina del barracón y me fui hacia la puerta.

Cuando volví a la sastrería estaba en el despacho el jefe Graf y le pregunté si había visto la columna.

—Las llevan a la cámara de gas y la vigilante me ha dicho que yo iré también mañana.

Graf pareció no entender al principio, pero después de una explicación más detallada comprendió la situación y exclamó:

—¿Que se va atrever a llevar a la cámara de gas a una de mis empleadas? ¡Tendré que decírselo bien claro! ¡De la sastrería no se llevarán a ninguna!

Y se marchó dando un portazo.

En el último año de Ravensbrück nacieron muchos niños en el campo de concentración. En la enfermería había una comadrona, y como los partos se hicieron cada vez más numerosos, incluso se instaló un barracón para embarazadas y recién nacidos. Hubo días en que vinieron al mundo cinco niños. Una joven checa, Eliska, se presentó voluntaria para trabajar en el barracón de los lactantes. Reunió retales de

tela para pañales y camisas: a todas nos entusiasmaba la idea de que ahora pudieran continuar con vida los recién nacidos de Ravensbrück. Pero el campo no les suministraba leche, y las desnutridas madres no podían criarlos. Se daba a los pequeños sopas con ingredientes de los paquetes de la Cruz Roja, pero casi ninguno de ellas vivía más de tres meses. Acostados en una larga fila de catres, con las caras apercaminadas como ancianos, presentaban un aspecto tan lamentable que Eliska pidió al cabo de algunas semanas que la retiraran de allí, porque de otro modo perdería la razón. Hasta entonces su único trabajo había consistido en contemplar cómo los lactantes morían lentamente y retirar los pequeños cadáveres, hasta siete en un solo día.

Los domingos íbamos con frecuencia a visitar el campo antiguo. El barracón de nuestras amigas francesas estaba tan repleto que difícilmente se podía pasar entre sus ocupantes; por esta razón, Lille, Anicka y yo trepábamos por la ventana posterior del dormitorio hasta el tercer piso, en el que Kouri y Danielle tenían sus jergones de paja. Juntas las cinco y acurrucadas debajo del techo, hablábamos del porvenir o escuchábamos las historias que contaba Kouri, que en realidad se llamaba Germaine, de los años que había pasado como etnóloga en una tribu nómada del norte de África. Kouri y Danielle eran detenidas NN. Durante mucho tiempo no se supo en el campo lo que podría significar esta designación, ni tampoco el porvenir que les estaba reservado a estas mujeres, pues las detenidas NN no podían recibir correo, escribir cartas, ni tampoco recibir paquetes.

Supimos más adelante que la Gestapo denominaba NN a todas las detenidas en la operación «Noche y niebla», y temíamos que su propósito fuera el de asesinarlas. Kouri tenía en Ravensbrück a su madre septuagenaria, más sana y

vigorosa que la hija, pero que a causa de su edad estaba amenazada por un peligro constante.

En los comienzos de 1945 fueron llamadas un día para su transporte a Mauthausen todas las detenidas NN y todas las judías y las gitanas con sus hijos. No dudamos ni un momento de que «Mauthausen» significaba la cámara de gas; Kouri y Danielle debían ser salvadas. La columna abandonó Ravensbrück; sin embargo, no solamente lograron esconderse nuestras amigas, sino que muchas otras hicieron lo mismo. Existía entonces el riesgo de que las SS condujeran a la fuerza a todas las detenidas NN que se habían ocultado.

Un domingo, a fines de enero —yacía yo entonces en la «sala de moribundos» de la enfermería—, fue empujada desde fuera la ventana que daba a la calle del campo. Anicka y Lille se inclinaron hacia dentro y me comunicaron que iba a tener lugar enseguida una «llamada general» y que había que ocultar urgentemente a Kouri y Danielle. Yo propuse que introdujeran en la enfermería a la menuda y flaca Kouri, y yo procuraría esconderla bajo las mantas de mi cama.

Consiguieron traer a Kouri, que subió a mi cama, se deslizó debajo de las mantas y se aplastó lo más posible. Provisionalmente podía asomar la cabeza, para desaparecer totalmente en los momentos de peligro. Era una suerte que la «sala de moribundos» sólo contara con dos camas. Debajo de mí yacía una enferma gravísima en la que se había extinguido ya el interés por todo lo que la rodeaba. Kouri me susurró que Danielle se había subido al maderamen del techo de un barracón —el llamado cuarto piso— para intentar pasar allí inadvertida.

Oímos sonar la sirena, el ruido de la formación y las voces de mando acostumbradas. En una «llamada general» nadie,

ni las que tenían tarjeta de servicio interior, podían permanecer en los barracones, y se hizo una comprobación minuciosa hasta en la enfermería y en los bloques de enfermas. No miraron sin embargo debajo de las mantas de ninguna cama. Ya hacía más de una hora que había sonado la llamada cuando oímos que se acercaban pasos de pies calzados con botas. Se acercaban a nuestra habitación. Empujé a Kouri debajo de las mantas y me eché casi encima de ella. Se abrió la puerta y entraron tres hombres de uniforme: el médico de las SS, Treite, Trommel y Winkelmann. Sus cabezas quedaban exactamente a la altura de la manta de mi cama. Uno de ellos preguntó:

—¿Cuántas enfermas hay en esta sala?

—Dos —contesté, tartamudeando de terror.

—¿Usted que tiene?

—Septicemia.

Casi perdí el equilibrio, pues me apoyaba sobre una sola mano para estar más alta y ocultar a Kouri. Los tres miraron a la que estaba acostada debajo y se marcharon. Liberé a Kouri, a punto de asfixiarse, y las dos reímos al sentirnos a salvo. Silbó entonces la sirena el final de la «llamada general» y reflexionábamos ya sobre cuál sería el mejor medio para que Kouri pudiera salir sin ser vista de la enfermería cuando, como antes, se abrió la ventana desde fuera. Esta vez era Danielle, mortalmente pálida, que casi gritó:

—¡Kouri, Kouri, se llevan a tu madre a la cámara de gas!

Kouri bajó de un salto de la cama profiriendo gritos como un animal herido y acusándose de egoísmo por pensar sólo en su propia salvación y olvidar a su madre. Kouri apenas tuvo fuerzas para salir.

Muy poco tiempo después vino Lille y me hizo saber que la amiga de Anicka, Milena Fischerova, que había sido instalada en el bloque de enfermas pulmonares, había sido sacada violentamente de la cama en camisón, juntamente con muchas otras tuberculosas; luego las arrojaron a un camión como si fueran ya cadáveres y las llevaron a la cámara de gas. Anicka estaba destrozada, y todas nosotras al borde de la desesperación.

## LOS ÚLTIMOS DÍAS DE RAVENSBRÜCK

En los últimos seis meses de campo de concentración aumentó la intensidad de las discusiones y la actividad de las políticas, mejor dicho, de las prisioneras comunistas. Era muy particular la posición de las comunistas alemanas en Ravensbrück. Las reclusas que no habían sido detenidas por motivos políticos en sus respectivos países equiparaban a todas las alemanas con las SS. Se odiaba a las SS y también a las prisioneras alemanas. La mayor parte de las comunistas de las diferentes naciones rechazaban igualmente a sus «camaradas» alemanas y forjaron una explicación política de su concepto nacionalista: el Partido Comunista alemán no puede tener los mismos derechos porque no ha conseguido impedir con una revolución la subida al poder de Hitler ni derribar al nacionalsocialismo. Admitían con exaltación que la culpa era de todo el pueblo alemán, y las comunistas alemanas no osaban defenderse. No hubo ninguna que preguntara: «¿Quién combatió a Hitler en primer lugar? ¿Cuántos miles de políticos alemanes han perdido sus vidas en cárceles y campos de concentración, mientras camaradas de Stalin consideraron digno un pacto de amistad con Hitler,

e incluso le entregaban prisioneros políticos a pesar del supuesto derecho de asilo en la Unión Soviética?». Ninguna hizo notar que los marxistas hablaban ya de pueblos y no de clases.

El ejército alemán, en su retirada, arrastraba todo lo imaginable como botín de guerra. Solamente en el complejo industrial, se habían llenado varios barracones. A pesar de ello, se hacía cada vez más apreciable en la sastrería la falta de piezas de recambio, agujas de coser e hilos. Esto no impedía, sin embargo, que las SS obligaran por la fuerza al cumplimiento de las tareas. Estábamos en plena primavera y las detenidas cosían uniformes de invierno para las SS, para el del 1945 al 1946. Los rusos se mantenían firmes en el Oder, pero en Ravensbrück se edificaba una nueva y sólida fábrica. Ya a fines de enero empezó a fallar la corriente de alta tensión. Durante la jornada de trabajo se paraban repentinamente los motores, y en la gran nave de la fábrica reinaba un silencio angustioso. Cada vez faltaba la corriente con mayor frecuencia, y durante el día y la noche, sin interrupción ni resistencia alguna, cruzaban el cielo de Ravensbrück escuadrillas de bombarderos en dirección a Berlín. La sirena del campo de concentración ya no determinaba el ritmo de nuestra existencia de prisioneras, pues había ahora otros poderes más altos. El final de la guerra parecía próximo, pero las llamas del horno crematorio crepitaban cada vez más alto en el horizonte.

Cuanto más se aproximaban los frentes y más visible era la descomposición del ejército de Hitler, con tanta mayor frecuencia preguntaban las detenidas: «¿Cuándo llegará el final de este campo? ¿Será verdad la amenaza de las SS de que fusilarán a todas las políticas?». Nos enteramos de que en un campo de concentración del este las SS se habían limitado a huir cuando llegaron los rusos, y eso es lo que

esperábamos que hicieran ahora. Observaba yo con asombro que muchas mujeres que se preparaban activamente para la libertad, se ponían vestidos que habían robado de las existencias de las SS. Yo había perdido el ardiente deseo de la libertad. Cuando todavía vivía Milena, significaba para mí el estar juntas en una ciudad, el recorrer el primer bosque, y entonces, en una nueva vida, con mayores energías, escribir nuestro libro sobre los campos de concentración de las dos dictaduras. A causa de la muerte de Milena, la libertad suponía solamente un débil reflejo de lo que habíamos soñado. Me atenazaba la angustia. ¿Qué pasará cuando los rusos, los americanos o los ingleses lleguen a Ravensbrück? A mí, era seguro que me denunciarían los estalinistas. Había solamente una solución salvadora: escapar del campo. Algunas polacas conocían mi destino y también el peligro que se cernía sobre mí, y me comunicaron que podía contar con su ayuda llegado el momento, puesto que también ellas estaban decididas.

Inka vino a la oficina, radiante de alegría; sin darme tiempo a preguntarle nada, me cogió de la mano y me preguntó:

—¿No lo has visto?

Me sacó a la calle y me llevó al campo antiguo. ¿Qué milagro habría sucedido? Por la calle del campo de concentración circulaban solemnemente varios autobuses blancos de la Cruz Roja sueca. La alegría y el asombro nos cortó la voz. Los autobuses estaban cargados con paquetes que fueron depositados en los almacenes. Sólo podíamos interpretar lo que veíamos de un modo: ¡la Cruz Roja internacional se había hecho cargo del campo de concentración! Pero los autobuses volvieron a abandonar Ravensbrück, y la noche siguiente llegaron las SS y robaron



una parte de los paquetes; sin embargo, había tantos que hubo para todas las prisioneras. La comandancia del campo manifestó que una comisión de prisioneras distribuiría los paquetes y que se entregaría todo, incluidos los cigarrillos. ¡No podíamos creer lo que oíamos! Entraron después las mujeres en los barracones, y cada una de nosotras recibió un paquete. A algunas la emoción no les permitía llegar al bloque y se sentaban al borde de la calle a comerse sus tesoros. Pronto todo el campo se vio invadido por una alegría desbordada. La reglamentación del campo fue burlada por completo. Entre los barracones del complejo industrial se prendieron minúsculas hogueras para calentar las succulentas conservas. En cada una de las camas del bloque de enfermas se depositó un paquete, y las moribundas contemplaban incrédulamente los regalos; para muchas llegaron demasiado tarde, y a otras les aceleró el final.

El siguiente suceso increíble fue la evacuación de trescientas francesas por la Cruz Roja internacional. La portavoz de las detenidas francesas manifestó a las SS que se negaban a salir si no se buscaba inmediatamente a todas las francesas del campo, pues tendrían preferencia las más jóvenes. Las SS cedieron; así, con el primer transporte de la Cruz Roja internacional se vieron en libertad muchas de las destinadas a morir.

Se habló entonces de un próximo transporte de francesas. Kouri y Danielle comenzaron a hacer sus preparativos. Pasé horas escribiendo todos los acontecimientos importantes y los crímenes del campo de concentración que pude recordar y entregué a Kouri mis notas.

En los inquietantes días de espera faltó la corriente en el «complejo industrial», como ya era frecuente. En general las

mujeres tenían que permanecer en la fábrica, sentadas durante las horas que se tardara en reparar la avería, pero esta vez salió Graf del cuarto de servicio y exclamó:

—¡Váyanse todas a los bloques!

Las mujeres salieron precipitadamente de la fábrica dando gritos de júbilo. Todas presentían que había terminado su trabajo de esclavas en Ravensbrück. Después de algunos días de libertad volvieron al campo antiguo las detenidas de Siemens; vi de nuevo a Lotte y Maria. Ahora disponíamos de tiempo sin límites, cantábamos, fumábamos los cigarrillos robados por las SS de los paquetes de la Cruz Roja, y todo el campo estaba repleto de esperanzas de libertad.

Un sábado de marzo se ordenó que se presentaran todas las noruegas. Las de la nave industrial avanzaron por la calle del campo, seguidas de una comitiva de mujeres entusiasmadas. Ante la plaza del campo la policía nos obligó a dar la vuelta, pero no consiguió que desalojáramos la calle. Un denso muro de detenidas rodeó la plaza en donde estaban reunidas las noruegas para despedirse de ellas. Esta fue la primera demostración amistosa en Ravensbrück. A causa de la excitación y la pena de la despedida, Lille no acababa de decidirse a demostrar su alegría por marcharse o su preocupación por las que quedábamos. También a Anicka y a mí se nos oprimió el corazón. ¿Cuándo volveríamos a vernos? Y si nos veíamos otra vez, ¿sería como en el campo de concentración?

Desde enero de 1945 ya no recibíamos correspondencia, los periódicos eran cada vez más escasos y sobre la situación del frente no oíamos sino rumores confusos. Según ellos, el frente del oeste había alcanzado el Elba a principios de abril; el frente del este, el Oder, y el del sur estaba próximo a Berlín. Se decía que las tropas de las SS se preparaban para

la huida. Al igual que nosotras, preparaban sus mochilas, y lo mismo que algunas prisioneras, Graf, Binder y sus compinches quisieron aprovechar las últimas posibilidades de enriquecerse con el robo. Se llevaron todos los géneros de valor que estaban almacenados en el complejo industrial. Algunas de nosotras pensábamos si al aproximarse el frente no serían voladas todas las fábricas del complejo industrial y nos asaltaba el temor de que al final no quisieran también sacrificarnos a todas las mujeres.

Llegó la orden de desalojar inmediatamente el barracón 4 de la nave industrial en el que nosotras vivíamos. Estaba situado en un estrecho paso entre dos fábricas; la explicación oficial a esta medida decía que «las prisioneras de este bloque estaban amenazadas de eventuales bombardeos, por su situación entre dos fábricas». A toda prisa evacuaron un barracón del contiguo campo de concentración de hombres. Nos instalamos allí, y no dejaba de ser cómico el que, a pesar del próximo final, las prisioneras lucharan apasionadamente por sitios y por toda clase de ventajas personales en el nuevo alojamiento.

El 18 de abril de 1945, el jefe Graf nos convocó en la sastrería a Ilse Heckster y a mí. No nos hizo gracia que se perturbara nuestra vida, que era ahora libre y carente de obligaciones. Graf nos recibió en su despacho y nos dijo:

—Comuniquen a las detenidas de la sastrería que a partir del lunes, 23 de abril, empezarán de nuevo su trabajo todas las fábricas.

Dijo esto en su habitual tono autoritario, hasta el punto de que ambas quedamos confusas y en silencio. Intervino entonces Ilse Heckster con tono ligeramente irónico:

—Señor Graf, ¿trabajaremos con máquinas de pedal?

Graf frunció el ceño y contestó:

—No, desde el lunes Ravensbrück tendrá otra vez corriente de alta tensión.

En vista de que aceptaba la conversación, pregunté:

—¿Con qué red se va a hacer la conexión?

—Con una del norte —replicó.

A Ilse Heckster le cosquilleaba el deseo de obtener más explicaciones y animó a Graf expresándole su profunda satisfacción por que volviéramos finalmente a trabajar. Graf se encontraba con tan honda depresión moral que escuchó sus palabras con entusiasmo. Cambió la voz, y en un tono completamente confidencial se dirigió a nosotras y nos dijo:

—En realidad no debería hablar con ustedes de esto, pero confío en su discreción. Deben saber que el 20 de abril, que es el cumpleaños del fñhrer, se va a empezar a emplear la nueva y maravillosa arma alemana. Esto hará que varíe radicalmente la situación de los frentes de guerra en favor de Alemania. Estaremos muy pronto otra vez ante Varsovia y habremos limpiado el oeste de Alemania.

Ilse y yo dijimos que nos parecía todo muy interesante y salimos. Cuando estuvimos fuera del alcance de su vista, nos reímos de su locura.

Nuestra jefe de bloque, Cilly, llegó el 21 de abril de la oficina con un papel y llamó a un buen número de mujeres alemanas y checas para que se presentaran inmediatamente con todas sus cosas. Yo estaba entre ellas. Se elevó un clamor de voces:

—¡Vais a salir de aquí! ¡Os ponen en libertad!

Yo había pensado en todas las posibilidades de una salvación: la huida ante los rusos con ayuda de las polacas, la desaparición en el revuelo que se originase después de que escaparan las SS, pero nunca pensé en ser puesta en

libertad. Completamente paralizada por este mensaje feliz, me acurruqué en la litera entre Anicka e Inka y fui recibiendo los innumerables abrazos y explosiones de júbilo por esta milagrosa salvación. Anicka e Inka estuvieron más preocupadas por mi suerte al final de la vida en el campo de concentración de lo que yo me figuraba hasta entonces. Las dos empezaron a vestirme y a preparar mi mochila. En esto vino Lotte, corriendo desde el campo antiguo y jadeante de alegría, para comunicar que también estaba ella entre las que iban a ser libertadas. Lotte después de nueve años, y yo después de siete.

En la calle del campo nos pusimos en una doble columna, formadas delante de la oficina. Allí estaríamos en filas de a cinco, aproximadamente unas sesenta prisioneras alemanas y checas, lo que quedaba del antiguo Ravensbrück; la mayoría habíamos estado en prisión cinco años o más.

Saludábamos una y otra vez a las que quedaban. ¿Dónde estará Lotte? Preocupada, pedí a una conocida que corriera a su bloque para preguntar por ella. Volvió y me contó que cuando marchaba desde la nave industrial a su barracón, para empaquetar sus objetos personales, fue descubierta por un vigilante, y a pesar de sus insistentes manifestaciones de que iba a ser puesta en libertad, fue obligada a marchar con una cuadrilla para acarrear arena; no llegó así a tiempo de ser libertada.

Cuando ya habían empezado a llamarnos, llegó la última: era Melody. Todas las antiguas de Ravensbrück la conocían por este nombre, que se le puso por lo bien que silbaba: como éste era un arte prohibido en el campo de concentración, fue castigada varias veces. Melody apenas podía sostenerse. Utilizando sus últimas energías se había

levantado de la cama al tener noticias de su libertad. Nos suplicó:

—Colocadme en el centro, para que nadie se dé cuenta de lo enferma que estoy. Me echaré en el suelo hasta que me llamen. En cuanto me vea libre sanaré de golpe. ¡Os imagináis lo que será ver otra vez Berlín!

Se tendió en el suelo y, efectivamente, cuando sonó su nombre se puso en pie y marchó con paso seguro a la oficina. Temí mucho que a causa de su enfermedad fuera retenida, pero consiguió llegar a su sitio entre nosotras y suspirar aliviada.

Desde la oficina traspasamos el portalón hasta el «departamento político», y lo que no podíamos considerar posible —era el 21 de abril de 1945— se hizo realidad: nos dieron una papeleta en la que constaba por escrito que éramos puestas en libertad y que en el plazo de tres días debíamos presentarnos ante la Gestapo de nuestro lugar de destino.

Con los trajes marcados con cruces, sin dinero, solamente con un «aprovisionamiento de transporte» de unas rebanadas de pan, y sin vales para alimentos, marchamos a dar nuestro último adiós a las amigas con las que habíamos sufrido durante tantos años; salimos acompañadas de la vigilante Binz por la puerta del campo hacia la ansiada libertad. Ya en la calle, detrás del puesto de vigilancia, nos detuvimos. Una preguntó a la Binz:

—Señora vigilante jefe, mi pueblo está en la región del Rin, y como allí no puedo llegar, ¿cómo habré de presentarme a la Gestapo?

La respuesta categórica de la Binz fue:

—Esto es cuenta suya; a partir de este momento puede considerarse como evadida.

Y con esto dio la vuelta y nosotras continuamos con el mismo paso, silenciosas y en filas de a cinco, en dirección a Fürstenberg. Ni por una vez pensé que ahora estábamos en camino de la libertad. Al cabo de unos centenares de metros quedaron rezagadas las más débiles y otras parecieron darse cuenta de que podían caminar por la acera. Cuando la columna empezó a deshacerse, resonó una voz de mando familiar:

—¡No podemos marchar a Fürstenberg como un rebaño de ovejas! ¡Continuad formadas de cinco en cinco!

Se despertaron entonces las primeras sensaciones de libertad. «¡Ya no van con nosotras esas órdenes!», o «¡Estos tiempos han pasado ya!», decíamos. Las encorvadas espaldas de las esclavas empezaron a erguirse.

# EL REGALO DE LA LIBERTAD

## EL MUNDO SIN ALAMBRADAS

La estación de Fürstenberg estaba repleta de refugiados y soldados desertores. Nos enteramos en ella de que estaba interrumpida la comunicación por tren con el sur y de que los rusos asediaban Berlín por el norte. Se hablaba de un tren de refugiados que tenía que pasar a la mañana siguiente por Fürstenberg, en dirección norte. Nosotras, las sesenta liberadas, mirábamos indecisas el gentío de la estación. Nadie nos ordenaba ya, no sonaba ninguna sirena para que nos levantáramos, formáramos o nos fuéramos a dormir. Después de los años de existencia como prisioneras, éramos incapaces de adoptar de pronto nuestras propias resoluciones. Muchas no eran capaces de hacer frente a esta nueva situación. Supe más tarde que algunas de ellas, en pleno desconcierto, emprendieron la vuelta a Ravensbrück; huían de la caótica libertad, incapaces de actuar por propia iniciativa.

En el suelo, ante la taquilla de venta de billetes, estaba Melody. Algunas se interesaron por su estado. A todas contestaba:

—Si llego a verme otra vez en Berlín, me pondré bien del todo.



Me acerqué a un grupo de soldados para pedirles un mapa y un trozo de papel. Les pregunté cautelosamente si sabían cuál era la situación del frente ruso. Me comunicaron que estaban en el Oder, que habían alcanzado ya Berlín y que había que admitir que muy en breve pasarían también el Oder y continuarían la ofensiva. Los americanos y los ingleses hacía mucho tiempo que estaban en el Elba. A mi pregunta de si habría alguna posibilidad de atravesar los dos frentes hasta llegar a la ciudad de Potsdam, me replicaron que teóricamente existía esa esperanza, pero que dentro de algunos días sería absolutamente imposible. Pedí consejo respecto al camino que debería recorrer para llegar allí. Me enseñaron un gráfico y me propusieron que viajara en el tren de refugiados hasta Neu-Strelitz y que luego utilizara la carretera del suroeste. Esperaba encontrar en Potsdam a mi madre y huir con ella hacia el oeste, al territorio ocupado por los americanos.

La primera noche que, a pesar de la alarma aérea, tuvimos que pasar en la estación —puesto que desconocíamos el camino del refugio—, se acercó a mí Emmi Görlich, que estaba también entre las libertadas. A pesar de mis sentimientos hacia ella, no pude negarme cuando me confesó que Helene Kretschmar y ella no sabían qué hacer y que si me importaba que vinieran conmigo. Helene había sobrevivido al tifus y fue salvada dos veces de la lista de las destinadas al gas. Temía que no fueran capaces de caminar como yo, pero me aseguraron que harían todo lo posible.

A la mañana siguiente tomamos por asalto un sitio en el tren de refugiados. En realidad todo lo hicimos semiinconscientes. En el departamento se amontonaban civiles y soldados: había sentados varios jóvenes afectos de una extraña impasibilidad. Supimos, después, que eran soldados ciegos, evacuados de una clínica oftalmológica. Dos

individuos de las tropas de asalto populares se dirigieron a nosotras tres y nos preguntaron qué significaban las cruces de colores de nuestros abrigos. Se lo explicamos y nos obsequiaron con dinero y conservas; además nos explicaron muchas cosas. Me enteré por ellos de que hacía poco tiempo la ciudad de Potsdam había sufrido un grave ataque aéreo y que el barrio en que vivía mi madre había quedado completamente destruido. Esta noticia me paralizó, ya que después de las emociones del día anterior y el torbellino de la libertad de hoy, me mantenía firme solamente pensando en mi meta de Potsdam. Me faltaba valor para emprender nuevas gestiones. La próxima estación debía de ser Neu-Strelitz. Pero ¿qué iba ya a hacer en Neu-Strelitz si mi madre estaba quizá sepultada bajo los escombros de la casa? El tren entró en la estación y pasó por ella sin detenerse. Así atravesó todas las estaciones y no paró hasta Güstrow, muy al norte de Mecklenburgo. Todos los refugiados debían ser llevados lo más al norte posible. Y allí estábamos nosotras tres, en medio de tanta gente y absolutamente desorientadas. ¿Qué nos reservaba esta libertad? ¿Adónde iríamos? Llegar a Potsdam había perdido para mí todo sentido. Nos dedicamos a buscar un alojamiento. La ciudad estaba repleta. En todas las conversaciones se oía hablar de los bombardeos. Se nos indicó el camino hasta un campo de refugiados; había allí mujeres, niños y personas de edad formando una aglomeración que, unida a las chinches y los piojos, se parecía mucho a nuestro Ravensbrück. Ya no había periódicos y se oían rumores de todas clases. Se desalojaron a un ritmo vertiginoso todos los hospitales de la ciudad de Güstrow, y una charla con unos soldados que se habían «retirado» del Oder me hizo comprender que debía de haber comenzado la ofensiva rusa. Las noticias sobre el aproximamiento rápido de los rusos iban en aumento, y me

vi obligada a ponerme de nuevo en movimiento. Calqué cuidadosamente un mapa que me habían prestado, y a la mañana del tercer día, a pesar de las protestas de Helene, nos pusimos en marcha en dirección oeste. Mi plan era alcanzar lo más rápidamente posible el frente americano. En la carretera había esqueletos de tanques y autobuses incendiados, y hacia el oeste fluía una riada de fugitivos a pie, carros y automóviles cargados con todos los enseres domésticos imaginables. Cada media hora teníamos que descansar, pues a Helene le faltaban las fuerzas. A los diez kilómetros llegamos a una aldea. Helene no podía andar más y estaba decidida a pedir albergue en la primera casa. Estaba llena de fugitivos y sólo pudimos encontrar lugar en el granero. Nos acostamos en el heno; a través del agrietado techo vi un cielo estrellado. Exactamente igual que sucediera años atrás en Burma y después en Ravensbrück, busqué mi estrella y también en esta ocasión acudió a mi invocación.

A la mañana siguiente quisimos continuar nuestro éxodo, pero la dueña de la casa nos preguntó quiénes éramos, pues le había extrañado nuestra vestimenta. Cuando nos oyó hablar del campo de concentración de Ravensbrück tuvimos que ir inmediatamente a la «habitación buena» y, muy excitada, nos preguntó si habíamos conocido también en Ravensbrück a los testigos de Jehová. Me acordé de pronto de que había una de Güstrow que se llamaba Klärchen Mau y se lo dije. Su alegría entonces no tuvo límites: nos obsequió con patatas y tocino, nos preparó enseguida una habitación y nos rogó que nos quedáramos allí algún tiempo más para recuperar las fuerzas. Ella y su marido eran testigos de Jehová.

La idea de descansar y restablecerse un poco resultaba muy seductora; así pues, accedí al insistente deseo de Helene y Emmi. A través del huerto de la propiedad corría un

arroyuelo hasta un pequeño lago. En él nos lavamos la ropa. Era una alegre y soleada mañana de primavera; al otro lado del arroyo estaba el campo abierto. Crucé el puente y me encontré paseando entre flores y mariposas; me pareció que veía por primera vez la hierba y las flores. Marché lentamente hasta la orilla del lago. Sólo entonces me di cuenta de lo dulce que es la libertad. Por encima de mí, en el cielo azul de primavera, evolucionaban algunos aviones. ¿Y qué podía importarme? El sol era radiante y brillaba el agua. De repente se lanzó en picado hacia mí un aeroplano gigantesco, resonó el tableteo de los disparos y vi saltar algunas piedras. Aterrada, me lancé a un hoyo y me oprimí contra la parte lateral de la fosa. De nuevo sumida en el espanto, suplicaba en mi interior: «¡Déjame vivir un poco! ¡Es tan hermoso el mundo!». Los disparos no habían cesado, pero se oían cada vez más lejos. El ataque no iba dirigido contra mí, sino contra los tanques y transportes militares que huían por la carretera.

A la casa donde tan hospitalariamente se nos había acogido llegó, con los fugitivos, la noticia de que los rusos estaban a seis kilómetros de Güstrow. Se oían los estampidos de sus cañones. Me apresuré a la partida. Los de la casa también se preparaban para la huida; engancharon al carro sus bueyes y el caballo, cargaron algunos paquetes y luego subimos nosotras, con las mochilas. En la cara del marido se pintaba claramente la sumisión con que aceptaba la voluntad de Dios. El paso de los carros era interrumpido constantemente, puesto que había que apartarse cada vez que se acercaba un automóvil oficial, o las columnas de camiones y motocicletas. A mitad del camino a Schwerin, la policía militar obligó a los carros de los labradores que siguieran por una senda lateral. Las ruedas se hundían en el fango, y con gran dificultad lograban avanzar los animales.

Llegamos a un bosquecillo cuando estaba anocheciendo. El silencio del campo se veía quebrado por el rugido de los aviones y el estruendo de los cañonazos. En el horizonte, el humo negro de incendios lejanos, y por todas partes se oían detonaciones. Nos dispusimos a dormir bajo los pinos. El labrador, la labradora y su hijo pequeño se cubrieron con sus grandes edredones de pluma.

A la mañana siguiente nos despertamos calados completamente por una lluvia ligera; los campesinos no sabían lo que podría ocurrir. Estaban convencidos de que era demasiado tarde para que llegaran antes que los rusos al frente americano, que nos figurábamos estaba en el Elba, y decidieron esperar en un bosque cercano hasta que la línea de batalla hubiera sobrepasado su aldea, para volver después a salvar lo que todavía encontraran de su hacienda. Helene quiso quedarse con los labradores, pues no se sentía con fuerzas para seguir hasta el Elba. Emmi y yo nos despedimos y marchamos por los atajos que nos habían indicado los campesinos. Queríamos eludir la carretera, pues seguíamos igualmente aterrorizadas. Al cabo de algunas horas de marcha a través del bosque nos pareció que el camino cruzaba una carretera; el lindero del bosque parecía un almacén de armas. Cuando íbamos a abandonar aquel lugar tan peligroso, comenzó un ruido ensordecedor. Echamos a correr hacia el interior del bosque y nos detuvimos en un claro; los disparos sonaban muy lejos. Sentadas, fuimos recuperando lentamente la tranquilidad. Emmi tenía en su mochila una lata de café en polvo del último paquete de la Cruz Roja y además poseía un pequeño vaso de aluminio. Yo preparé el café con un agua no demasiado transparente. Reanimadas, decidimos reemprender la marcha. Pero nos habíamos perdido; tampoco teníamos reloj alguno. Debía de ser mediodía; nos orientamos por el sol y nos dirigimos

hacia lo que suponíamos sería el oeste. En un cruce del camino encontramos a dos soldados; para mayor seguridad les pregunté el camino. La respuesta fue:

—¿Quieren ir con los americanos o con los rusos?

Cuando le dije que preferíamos a los americanos, nos invitaron a seguir con ellos, puesto que llevaban el mismo camino. Hicieron ademán de continuar por la dirección contraria a la que llevábamos nosotras. Me quedé un momento indecisa, pero entonces el sol se acercó al horizonte. No me cabía duda de que aquello era el oeste, y así lo expuse. No estaban muy convencidos y decidimos pedir consejo a un motorista que acertó a pasar. Resultó que yo tenía razón, pero además nos informó de que teníamos a los rusos a muy poca distancia. Los americanos habían llegado a Bad Kleinen, a un día de distancia a pie. Nos describió el camino hasta la vía férrea.

Impulsadas por el miedo y con nuestra meta al alcance de la mano, decidimos no descansar hasta librarnos del peligro de caer en manos de los rusos.

El sol se había puesto ya cuando llegamos al terraplén de la vía, desde el que no debía de haber más que veinte kilómetros hasta Bad Kleinen. Por la carretera circulaba una riada de soldados sin fusiles, y la mayoría sin mochilas ni zurrón para víveres. Iban lo más deprisa que podían. Solamente los heridos se sentaban al borde de la carretera. Algunas veces empezaba una parte de los soldados a correr, y entonces les imitaban los demás. Grité a los que nos adelantaban:

—¿Qué es lo que pasa?

Todos siguieron andando sin preocuparse de contestar. Emmi y yo apenas éramos capaces de andar, y mucho menos de correr; nos atormentaba una sed espantosa. Preguntamos

a los heridos que estaban sentados al borde del camino el motivo de esta carrera.

—Los tanques rusos deben de estar a tres kilómetros de aquí, y cuando uno se pone a correr, los demás le siguen por miedo.

A ambos lados del camino había fusiles inservibles, municiones de todas clases, automóviles averiados y caballos muertos. De vez en cuando la tumba de un soldado, con el casco de acero balanceándose en la cruz. Entre la confusión de mochilas y más objetos abandonados, se veían en los hoyos de la cuneta fotografías rotas de hombres vestidos con el elegante uniforme de las SS y cartillas militares.

La sed nos hizo acercarnos a una caseta de obras de ferrocarriles a pedir agua. Cuando entramos en el local, vimos la mesa completamente colmada de conservas, chocolate, cigarrillos, pasas y todos los alimentos de los paquetes de la Cruz Roja internacional. La mujer de la caseta nos explicó que sus hijos habían recogido estos tesoros en el terraplén del ferrocarril. Los soldados, que habían saqueado un transporte de mercancías, habían arrojado todo lo robado a la vía, por temor a ser castigados.

Nosotras dos recorrimos el terraplén y escogimos lo que más nos venía en gana: allí una lata de carne, aquí chocolate, leche en polvo, cigarrillos o pasas; llenamos nuestras mochilas hasta rebosar con las maravillas que parecían estar tiradas allí especialmente para nosotras. Por desgracia estábamos abrumadas por el peso, y cada vez más cansadas. Era ya de noche, pero seguíamos andando. Vino entonces un tren por detrás de nosotras. ¡Si nos llevara...! Disminuyó la velocidad y se detuvo. Llevaba enganchados vagones de mercancías y de pasajeros, repletos de mujeres, niños y hombres. Desde el terraplén rogamos que nos ayudaran a

subir, porque las piernas no nos sostenían ya. Un par de hombres tiraron de nosotras hasta un vagón abierto de mercancías; les dimos las gracias con efusión infinita. Este tren había salido de Neu-Strelitz poco antes de la llegada de los rusos: los ferroviarios lo formaron, cargaron a sus familias y a todos los que venían huyendo para trasladarlos al frente americano. Muy lentamente continuó el viaje. De pronto el tren se detuvo y nadie sabía lo que podía haber sucedido. Al parecer, en el trayecto hasta Bad Kleinen estaban estacionados cinco trenes hospitales con heridos graves, pero nadie debía sobrepasar el frente americano. La noche era fría, clara y estrellada, y al amanecer apenas podíamos ni mover los miembros entumecidos; los pies nos dolían terriblemente. A pesar de ello persuadí a Emmi de que nos marcháramos; no debíamos desistir, estando tan cercana la meta. Cojeamos por la estrecha vereda del terraplén, adelantando al tren. De todos los vagones nos advertían que dispararían contra cualquiera que intentase atravesar el frente americano.

Había trenes hospitales detenidos con banderas blancas bien visibles. Cuando pasamos al que estaba en primer lugar, vimos ya la estación de Bad Kleinen, en la que no había un alma. Del otro lado de la estación salía un camino. Con el ánimo encogido nos encaramamos por la estrecha vereda y vimos una fila de soldados, separados por distancias uniformes. Sin meditarlo, marchamos hasta la formación. El temor a la proximidad de los rusos nos hacía intrépidas y decididas.

Eran soldados americanos. Me dirigí a uno de cara rubicunda y simpática, y en un mal inglés le rogué que nos permitiera el paso. Le conté que habíamos estado cinco años en el campo de concentración de Ravensbrück, que yo había estado antes detenida en Siberia y que si llegaban los rusos



me esperaba otra vez la misma suerte. Miró nuestras cruces pintadas, hizo un signo de aprobación con la cabeza, movió la mano y dijo:

—*Okay.*

Completamente turbadas y un poco incrédulas, seguimos adelante, pero después de unos veinte pasos nos gritó:

—*Stop. Wait a moment!*

Pensamos que nos haría volver atrás. Vimos como desaparecía en el interior de una casa. «Ahora preguntará a sus superiores y nos prohibirán el paso», pensamos. Pero transcurridos unos minutos, salió de la puerta del patio un coche tirado por dos caballos. Vimos en el pescante a nuestro amable americano. Condujo hasta nosotras el coche, dio un salto a tierra y, sonriendo, dijo:

—Suban ustedes, ya han andado bastante; desde ahora irán sobre ruedas.

## EN COCHE DE CABALLOS

En cuanto cogí las riendas, los caballos se lanzaron al trote y nos llevaron a través del escarpado terreno. El coche basculaba como si fuera a volcar y teníamos que aferrarnos al pequeño tablón que servía de pescante para no caer. En realidad, no éramos nosotras quienes marcábamos el rumbo, sino los caballos; al llegar al linde del campo viraron como por instinto hacia una senda que conducía al oeste. Cuando el coche avanzaba sobre los blandos surcos que dejaban las ruedas, dije medio en broma: «¡sooo!», y acto seguido los caballos se detuvieron. Respiré aliviada, aflojé las riendas y me froté las manos agarrotadas por la tensión.

—Y bien, Emmi, ¿qué dices ahora? ¿A que nunca te hubieras imaginado que nos regalarían un coche de caballos? Y todo se lo debemos a un soldado americano. Es una lástima que yo no sepa hablar bien inglés; ni siquiera pude darle las gracias y creo que él no entendió nuestra alegría. Pero ¿por qué estás tan callada?

Me giré y vi el rostro atormentado de Emmi, que seguía aferrada a mi brazo.

—¡Estaba tan asustada...! ¡Imagínate que los caballos se hubieran desbocado!

—¡Qué disparate! —se me escapó sin querer—. Cualquiera diría que no tienes sangre en las venas.

Estaba tan enojada que intenté desasirme de su mano. Pero enseguida recuperé el buen humor. Azucé a los caballos con un «¡jarre!», chasquéé la lengua y los puse al trote mediante un ligero tirón de las riendas, tal y como había aprendido del cochero que trabajaba para mi padre. Y, sorprendentemente, los caballos reemprendieron la marcha.

Aún desconcertada por el giro inesperado que había dado mi suerte, procuré pensar en el destino final de mi viaje. Era evidente que ya no podía ir a Potsdam; me acordé entonces de Thierstein, el pueblo de la Baja Baviera donde había nacido mi padre y donde mis abuelos tenían una granja. Sin tener en cuenta la enorme distancia que separaba Mecklenburgo de Baviera, resolví dirigirme a este último lugar seguro.

—Emmi, podemos ir a Baviera, a Praga, ¡adonde queramos! ¡Somos libres!

Me estremecí de felicidad. De repente el mundo me pareció distinto: la huida errática había concluido y ante mí se abría el camino hacia la libertad. Atrás quedaban los siete años en que me había visto privada de mis derechos; ahora

la alegría de vivir me embriagaba. Todo se presentaba ante mis ojos como por vez primera: las anémonas de tonos rosados que crecían en el linde del bosque, el brillo argénteo de los troncos de haya, los brotes de hierba nueva que desplazaban a los ya marchitos, el olor de la tierra... Sobre las bamboleantes cabezas de los caballos se veían las rodaduras, que en el horizonte se fundían con el cielo azul pálido.

El camino seguía monte arriba y luego descendía bordeando un pequeño lago. Nuestro coche carecía de freno y yo, que aún no sabía manejar los caballos, era incapaz de mantener tensas las riendas para que los animales frenaran por la presión de la lanza. Así, a causa de mi impericia, se veían forzados a avanzar con el coche pegado a sus patas traseras. Cuando se detuvieron ante la orilla del lago, estábamos tan asustadas como aquellos animales lastimados; sólo entonces comprendí la angustia de Emmi y su profundo suspiro de alivio al bajar del pescante.

El carro era un vagón de carga alemán que había sido utilizado para tareas de abastecimiento; en la parte posterior, ocultos bajo viejas mantas militares, encontramos un cubo abollado y medio saco de avena. Rápidamente, cojo el cubo y bajo al lago. La ladera desciende abruptamente hacia la superficie inmóvil del agua; la orilla apenas sobresale, pues con el paso del tiempo las masas de arena se han ido deslizando. Me acucillo, sumerjo el cubo en el agua y aguardo a que, mecido por la débil corriente, se llene.

Hablamos con naturalidad de «nuestros» caballos como si ya nos pertenecieran. Les aflojamos los bocados para que puedan comer y beber, y les acariciamos la crin. Sin embargo, rechazan la avena y apenas beben. Sencillamente se quedan parados y agachan la cabeza. Además, Emmi tiene

razón: el de color pardo está cojo; debe de tener una herida en la pata. ¡Quién sabe lo que habrán sufrido estos pobres animales! Tal vez han pasado toda la guerra entre el frente y la retaguardia. Quisiera desengancharlos para que troten por el prado, pero sin duda sería mejor encontrar un buen establo, quizás en el próximo pueblo.

Al cabo de poco tiempo nos desviamos hacia la carretera. Es un infierno. Avanzamos muy despacio, pues la calzada está colapsada por un sinfín de carros. Dos riadas humanas fluyen en paralelo; una de ellas está integrada por fugitivos que, cabizbajos, se esfuerzan por abrirse paso hacia el oeste; la otra, más ruidosa y pendenciera, circula en dirección contraria. Cada vez que nos adelanta una columna de vehículos motorizados, o cuando un tanque nos devora con su estruendo, el pardo se encabrita y el coche se escora hacia la cuneta. ¡Si al menos supiera guiar los caballos...! Los coches que nos preceden avanzan a ritmo uniforme. Quizá sus caballos se han acostumbrado ya a la cadencia de la huida. Cada vez que la caravana se detiene, me quedo absorta contemplando los bosques con añoranza y por un momento dejo de prestar atención a los caballos; pero el repentino brinco que da uno de ellos me devuelve enseguida a la realidad. Los jeeps continúan adelantándonos a toda velocidad emitiendo un petardeo insolente. Poco a poco mi optimismo comienza a desaparecer. Cuando me doy cuenta de que el pardo se ha desollado el hocico con las bridas, la alegría por mi recuperada libertad se desvanece y me desanimo. Aun así, tengo que ocuparme del coche y de los caballos. A modo de advertencia, yacen en la cuneta infinidad de caballos muertos con el vientre hinchado y la lengua colgando. La calzada está ribeteada a derecha e izquierda por piezas de artillería abandonadas y carros, ropa y enseres quemados; entre ellos se alzan innumerables

cruces, coronadas frecuentemente con cascos de acero. Lentamente vamos avanzando por esta tierra de nadie. Los cráteres horadados por las bombas están ahora llenos de agua y sus bordes quebrados se reflejan en la charca.

Los coches se amontonan. Estamos acercándonos a un puesto de control americano. Conforme nos aproximamos, un nutrido grupo de carros intenta incorporarse a la caravana, pero nadie les cede el paso. Se quedan entonces arrinconados en un prado. Los hombres están de pie junto a sus míseros enseres, caminan un poco para desentumecer las piernas y maldicen su suerte.

—Venimos del campo de concentración de Ravensbrück. Un soldado americano nos dio el coche y los caballos.

—*Okay. You can pass!*

El sol, de tonos rojizos y anaranjados, comienza ya a ocultarse entre los árboles y la interminable carretera, y en aquella dirección reemprendemos la marcha. Al anochecer llegamos por fin a un pueblo. Estamos exhaustas. A mí me duelen los brazos por el extraordinario esfuerzo que supone refrenar a los caballos e incluso me cuesta bajar del pescante. Afortunadamente encontramos un establo para los caballos y un granero donde pasar la noche. Todo está oscuro; extendemos nuestras mantas militares sobre la paja y nos acostamos. Se oye el llanto de un niño y a una mujer que chista impaciente. La paja cruje continuamente; debe de haber mucha gente durmiendo aquí. El polvillo se pega a los labios. Emmi no puede dormir y a mí me sucede lo mismo. El bamboleo del coche parece no tener fin; ante mis ojos cerrados desfilan, cual fotogramas de una película, árboles, prados y campos, y luego una y otra vez los carros balanceándose. Mis nervios revolotean agitados. He vivido durante tanto tiempo tras los muros del campo y las

alambradas, que la plétora de impresiones olvidadas me abruma; mi mente se ve desbordada por tantas sensaciones nuevas.

A la mañana siguiente un campesino nos ayuda a enganchar los caballos, pues se ha dado cuenta de mi torpeza. Al igual que nosotras, es un fugitivo.

—Bueno, señoritas, con estos caballos no van a llegar muy lejos —nos dice al despedirse.

Avanzamos en silencio bajo el cielo gris. Cuando llegamos al siguiente pueblo tenemos que detenernos en un puesto de control, pero esta vez no nos permiten pasar. Pese a que insisto en que venimos de un campo de concentración y que queremos regresar a casa, el soldado mueve una y otra vez la cabeza negativamente. Al fin, uno de los americanos, probablemente un oficial de mayor graduación, nos pregunta si estaríamos dispuestas a transportar heridos alemanes al hospital de Schwerin. Tras pensarlo un momento, pues dirigirnos hacia Schwerin supone dar un gran rodeo, de hecho es casi retroceder, accedemos. El americano desaparece en el interior de una casa. Al poco tiempo regresa con seis soldados alemanes vestidos con uniformes sucios y desastrados; están extenuados y llevan la cabeza, las piernas o los brazos vendados. Comparados con el joven americano de mejillas llenas, estos hombres escuálidos parecen avejentados y agotados. Lentamente suben al coche y se acurrucan en los laterales, apoyando sus botas embarradas sobre nuestras mochilas y mantas militares. Y por fin podemos reemprender la marcha. Uno de ellos gime en voz baja. A juzgar por su uniforme, de corte elegante, se trata de un oficial. No lleva distintivo alguno de su graduación, tal vez porque se los han arrancado. Reposa

su cabeza vendada sobre la mano y mira absorto al frente. Como si estuviera borracho, farfulla entre dientes.

A veces me llegan retazos: «Vergüenza... no sobrevivir...», «¿Debería haberme matado antes de que me quitaran la pistola?».

—¡Cierra el pico! —gruñe uno que estaba sentado frente a él—. Te queda mucho tiempo para ahorcarte.

Luego todos se quedan callados y entonces comprendo el angustioso desamparo que sufren estos desconocidos soldados alemanes.

Cuando llegamos al primer puesto de control, los heridos tienen que bajar del coche; son conducidos a una casa. Los americanos nos dicen que nosotras debemos aguardar fuera. Al poco rato regresan sólo tres de ellos; a los otros los retienen. Yo quería saber qué les sucedería. Me dicen que esos hombres no son en realidad heridos de guerra, sino que sólo quieren zafarse de la prisión. Reemprendemos la marcha. Al cabo de un rato propongo parar a descansar y los soldados alemanes aceptan de buen grado; pronto llegamos a un prado. Cuando abrimos las mochilas y les mostramos nuestros tesoros, los soldados nos ofrecen también sus víveres. Decidimos preparar juntos una sopa. Emmi y uno con acento berlinés se encargarán de encender la fogata. Yo voy a buscar leña mientras los otros dos, que arrastran con dificultad sus piernas vendadas, desenganchan los caballos. Pero nuestros animales son criaturas extrañas. En lugar de regalarse con la tierna hierba primaveral, sacuden la cabeza irritados, como si espantaran moscas, escarban la tierra con las patas y resoplan recelosos. Parece como si no supieran qué hacer con la hierba.

Sentados en el prado, sobre el que se extiende el humo de la fogata, comenzamos a charlar. El berlinés quiere saber de

dónde venimos.

—En el puesto de control oí hablar de los campos de concentración. Ahora, al veros, me resulta fácil imaginar lo que fue aquello. Y además, esos vestidos tan extraños... Pero dime, ¿por qué os encerraron?

Y entonces les hablo de Ravensbrück.

—¿Cómo es posible que haya sucedido algo así? ¡Esos cerdos encerraron a miles de mujeres! No tenía ni idea.

—¿Y tampoco has oído hablar nunca de las cámaras de gas de Auschwitz? ¿Ni de los millones de judíos gaseados?

—Verás, corría el rumor de que pasaban cosas terribles en los campos de concentración, pero nadie sabía con certeza qué sucedía realmente allí... De todos modos, tengo que admitir que hace años vi una columna de mujeres vestidas con uniformes a rayas; probablemente eran judías. Una mujer que llevaba falda pantalón las vigilaba con ayuda de un perro pastor... Pero ¿quién iba a pensar que exterminaban a los judíos!

Exacto, ¿quién lo iba a pensar?

Como la comida ya está lista, nos sentamos en torno al fuego y tomamos la sopa, cuyos ingredientes debemos a la Cruz Roja internacional.

Ya en Schwerin, nos despedimos de los soldados ante la puerta del hospital, deseándoles una pronta recuperación y un breve cautiverio.

Al llegar a una calle nos detenemos. «¿Cómo nos las arreglaremos para continuar?, ¿qué podemos hacer con los caballos y el coche?», me pregunto. Evidentemente, argumento yo, tenemos que devolver el regalo a los americanos. Ante la puerta de un edificio hace guardia un centinela, un soldado americano. Trato de explicárselo, pero



me escucha a disgusto, como si no diera crédito a mis palabras, mientras se pasa el chicle de un carrillo a otro; hasta que, finalmente, rechaza mi petición con un gruñido:

—¿Y a mí qué me importan vuestros malditos caballos? ¡No los necesito!

¿Y ahora qué? No los podemos abandonar sin más. En ese momento me llama la atención, en la esquina de enfrente, un hombre que lleva un saco a la espalda y que se apoya despreocupadamente en la valla de un jardín. Parece un campesino.

—Emmi, podría preguntarle a aquel hombre si quiere quedarse con los caballos.

Bajo del pescante y cruzo la calle encaminándome hacia él. Cuando le explico la situación y le ofrezco los caballos y el coche, sonríe satisfecho. Tras una rápida mirada de reconocimiento, acepta. A decir verdad, su actitud me deja perpleja; le ha bastado una ojeada para tomar una decisión... Cuando nos dice que entiende de caballos, le paso las bridas y le pido que nos lleve un trecho en dirección hacia Ratzeburg.

—Os puedo llevar, pero hoy ya no. Mañana, si estáis de acuerdo.

El campesino nos tutea de forma natural. Nos cuenta que sus parientes viven en un pueblo cerca de Schwerin, donde espera encontrar a su mujer.

—Si queréis, podéis acompañarme hasta allí y mañana temprano os llevo a Ratzeburg. ¿Os parece bien?

Y, por supuesto, aceptamos. Guiados por el campesino, nuestros caballos parecen haber sufrido una transformación; incluso trotan sin esfuerzo y hasta el pardo oscuro puede tirar sin renquear.

Emmi y yo, felices, nos sentamos sobre las mantas militares en la parte trasera del coche; yo estoy contenta de que los caballos ya no sean responsabilidad mía. El sol empieza a ocultarse. Entonces se gira el campesino, se nos queda mirando fijamente y señalando las cruces pintadas en nuestros vestidos, pregunta:

—¿De dónde venís?

—Del campo de Ravensbrück.

—Ya me lo había imaginado —exclama satisfecho, como si se hubiera reencontrado con viejos conocidos—. Ya sabía yo que éramos compañeros. Yo estuve en Güstrow.

—¿En Güstrow?

—Sí, en la cárcel —responde con toda franqueza.

Emmi y yo nos miramos esforzándonos por contener la risa. ¡Vaya un curioso «compañero»! ¿Qué mal podía haber hecho este hombre? Pero antes de preguntarle nos explica solícito:

—Tres años por sacrificar ganado sin autorización.

Luego comienza a contarnos historias de la cárcel. Es gracioso y vivaracho y nos hace reír. Curiosamente, parece como si algo misterioso nos uniera a este hombre que también ha estado entre rejas. Más adelante señala hacia el horizonte, al campanario de una iglesia y dice:

—Ahí está el pueblo donde viven mis parientes. Espero que mi mujer y mis hijos estén con ellos; antes vivíamos en Stettin, pero el pueblo fue evacuado hace algún tiempo. Hace casi tres años que no los veo.

Conforme oscurece, el coche se va acercando al pueblo lentamente, bamboleándose. Poco antes de llegar giramos. Ante nosotros se alza una pequeña granja. Paramos, bajamos del carro y, junto con nuestro compañero, vamos hacia la

casa. Pero no se ve a nadie. En estos tiempos tempestuosos impera la desconfianza.

El campesino nos indica que le esperemos y continúa él solo hasta la casa. Llama a la puerta, pero nadie contesta. Insiste y esta vez una voz responde:

—¿Quién es?

—Soy yo, Heinrich. ¿Está Berta con vosotros?

Silencio.

—¿Es que no me has oído, Anna? Soy Heinrich, he salido de la cárcel, ¡estoy libre!

—¿Quieres decir que ya has cumplido tu condena? —dice Anna con voz gélida—. ¿Y qué es lo que quieres? Aquí no tienes nada que hacer. Berta no está aquí, ni siquiera sabemos dónde está. Márchate y ve a buscarla a otro sitio.

A través de la luz mortecina del crepúsculo veo que Heinrich encoge los hombros.

—Al menos déjame pasar aquí la noche. He venido en un carro y tendría que dar de comer a los caballos. Además estoy con dos mujeres de un campo de concentración. ¿No podríamos dormir en el granero?

—No —responde categóricamente Anna—. No os podéis quedar aquí. Probad en el pueblo, puede que allí os den cobijo.

Mientras se aleja arrastrando los pies, la oigo refunfuñar: «¡Es lo que nos faltaba, un presidiario y presas de los campos de concentración!».

Regresamos al carro y Heinrich dice con desdén:

—Anna es la hermana de mi mujer. Y pensar que por este maldito pedazo de tierra hemos trabajado como bestias... Pero no importa, ya encontraremos alojamiento en otro sitio.

Cuando al día siguiente, al rayar el alba, partimos hacia Ratzeburg, llueve a cántaros. El agua cae sobre nosotros desde todos los lados, pero Emmi y yo, sentadas en la parte trasera, nos cubrimos con nuestras mantas militares y conservamos el buen humor. En un camión abandonado en medio del campo veo muebles de cocina lacados casi nuevos.

—Cuando regrese me los llevaré —admite confiadamente el campesino—. Vosotras os habéis portado muy bien conmigo al regalarme el coche. Ahora hay que tener cuidado. Todo el mundo está desesperado por huir. La policía también se largó hace tiempo, pero quién sabe cuánto tardará en reaparecer.

Los pueblos se suceden ante nuestra vista tras el velo de la lluvia. Luego llegamos a un bosque, y allí contemplo embelesada cómo se desliza el agua sobre los troncos cubiertos de musgo blanquecino. Más adelante el campo abierto y, alejadas de la carretera, grandes fincas, con sus espaciosas casas y sus graneros y cobertizos.

Nos adelanta una extraña procesión. En un elegante cabriolé van sentados dos ancianos envueltos en mantas de viaje; él, con su barba blanca; ella, cubierta con un sombrero que pertenece a otra época. Junto al carro va una joven montada a horcajadas sobre un caballo. Viste pantalones ajustados y lleva la cabeza descubierta, dejando que la lluvia se le escurra descuidadamente por el pelo y la cara. Por su actitud se diría que ni el tiempo inclemente ni la marcha la afectan. Cuando uno tiene que huir y además está tan desesperado, el resto carece de importancia.

Inmediatamente después de este encuentro leo en un indicador: «Lützow». Tras mostrárselo a Emmi, comenzamos a cantar a viva voz: «Ésta es la salvaje y osada caza de Lützow, la salvaje y osada caza de Lützow...».

Entusiasmado, nuestro compañero pronto se apunta al coro. Cuando ya se divisa Ratzeburg, el siguiente indicador me proporciona una nueva ocasión para dar rienda suelta a mi humor negro: «Ziethen»... Y así continuamos, bajo la lluvia torrencial y cantando a la gloriosa tradición de Prusia.

## ENCUENTROS CON EL PASADO

Nos despedimos de «nuestro compañero» haciendo señas con la mano al carro que se aleja. ¡Es una lástima tener que separarnos...! Una curiosa solidaridad nos une a este presidiario. Con él nos hemos entendido casi sin necesidad de palabras. Su jerga no es desde luego la nuestra, pero es como si habláramos el mismo lenguaje. Sin duda, tiene razón: somos, en el mejor sentido de la palabra, «compañeros».

A partir de aquí tenemos que ir a pie de nuevo, y ahora incluso bajo la lluvia. El barro nos cuelga en terrones de los pies cuando nos acercamos a una finca. Al llegar al portón de entrada nos detenemos estupefactas. En el gran patio rodeado de graneros, cuadras y cobertizos hay mucha animación: fogatas en el centro de la explanada y sobre ellas cacerolas de todos los tamaños. En un rincón acaban de sacrificar un cerdo. Al fondo, casi oculta por viejos robles, la fachada de la casa y en el exterior, bajo la lluvia, mesas, sillas, armarios, sillones. Por las ventanas arrojan más muebles y enseres que hombres y mujeres cogen al vuelo y se llevan apresuradamente. De los graneros vuelan alpacas de paja y haces de heno. Hombres cargados con sacos a la espalda abandonan presurosos la hacienda. Ante la puerta de la casa, un grupo de mujeres; son el ama de llaves y las

criadas, que observan en silencio y sin inmutarse el continuo ajeteo. Sentadas en torno a una fogata unas jóvenes entonan una canción rusa; sus rostros iluminados por las llamas reflejan la alegría de la liberación. Contemplamos aquella algarabía durante un rato y luego nos marchamos, atravesando lentamente el patio. Por qué no nos quedamos, no sabría decirlo. Quizá porque somos alemanas, antiguas prisioneras de un campo de concentración, pero ante todo alemanas, y por ello nuestro lugar no estaba entre aquellos trabajadores esclavizados que celebraban su liberación.

Justo detrás de la finca hay un Volkswagen abandonado en el arcén de la carretera. La lluvia resbala por su lustrosa carrocería. Medio en broma acciono la manivela de la puerta, ésta se abre y sin pensarlo más nos subimos, riendo, contentas por haber hallado un refugio de la copiosa lluvia. Nos quitamos las botas sucias y nos tumbamos sobre los mullidos asientos. «¡Es tan agradable estar a cubierto...!

Y si tuviéramos gasolina, pronto llegaríamos a Baviera y a Praga...», pienso. Esta idea es tan atrayente que, olvidándome por un instante de las carreteras cortadas y de los puentes bombardeados, imagino por vez primera las ciudades, regiones y montañas que atravesaríamos camino de Baviera. Como dos niñas traviesas comenzamos a jugar con el acelerador y con el cambio de marchas, luego curioseamos en la guantera, donde encontramos crema hidratante, un peine, un bloc de notas, betún y un cepillo para los zapatos. Pese a que tengo la impresión de estar adentrándome sin permiso en casa ajena, finalmente decido quedarme con el cepillo.

A través de los cristales empañados del coche veo a los campesinos que han participado en el saqueo de la finca. Mirando furtivamente a su alrededor, caminan cargados con

sacos e incluso arrastran gavillas de paja por los caminos mojados. Frente a la naturalidad con que los trabajadores del este celebraban su liberación, estos campesinos parecen mezquinos ladrones.

Arropadas por la cálida atmósfera del coche nos quedamos dormidas, hasta que el hambre acuciante nos despierta.

Ha parado de llover. Bajamos del coche y estiramos los miembros entumecidos. ¡Si al menos pudiéramos comer algo caliente...! A poco más de cien metros hay una cabaña; puede que allí nos den unas patatas. La casucha está abarrotada. En el pasillo, en la cocina, por todas partes se agolpan hombres, mujeres y niños. Sobre el fogón hierven por lo menos diez pucheros con patatas o algún tipo de sopa. A pesar del gentío nos recibe la dueña de la cabaña, una mujer escuálida y de rostro afligido, y nos pide que esperemos, pues pronto estará lista la comida. Sentadas en las escaleras, frente a la puerta, comemos con hambre voraz. A nuestro alrededor alborotan los niños. En ese momento aparece la mujer y le preguntamos:

—Todos estos refugiados ¿viven aquí o están de paso?

—No lo sé —responde la mujer encogiéndose de hombros—. Aquí no hay sitio para todos, pero cuando los trabajadores del este hayan terminado de saquear las fincas, se marcharán y puede que entonces los refugiados quieran quedarse. Lo único que sé es que lo que tenga que suceder, sucederá. No está en nuestra mano cambiarlo. ¿Y adónde vais vosotras?

—Mi amiga a Praga, y yo a Baviera.

—¿A pie? —pregunta abriendo los ojos desorbitadamente.

—Por supuesto. ¿Cómo si no?

Baviera y Praga son para esta mujer, que seguramente no ha salido nunca de Schwerin, lugares increíblemente lejanos. Que las gentes huyeran a pie a otras ciudades o que abandonaran sus hogares en un carro cargado de ropa y cacharros, todo eso es absolutamente inconcebible para ella. Le pregunto si conoce algún sitio donde podamos pasar la noche y me indica el camino hasta la hacienda más próxima, que aún está habitada y no ha sido saqueada. Muy discretamente pregunto también si el dueño de su finca era nazi, y mirándome con desconfianza dice:

—A veces venían a verle altos mandos del partido y se iban de caza. ¿Con quién hubieran podido ir sino con él?

Emmi quiere saber quiénes son los hombres que pasan por delante de la casa arrastrando sacos y gavillas de paja. La mujer mira a su alrededor con miedo y dice en voz muy baja:

—Son campesinos del otro pueblo.

Su voz se reduce a un murmullo cuando nos asegura que el «señor» —se refiere al propietario de la finca— regresará dentro de poco y entonces algo terrible les pasará a todos. Y luego todo volverá a estar en orden.

—¡Quién sabe lo que sería de nosotros si esta gentuza llegara a mandar! Siempre he dicho que es peor tener a los polacos en la finca: son sucios, vagos y capaces de cometer cualquier fechoría.

Ante tal explosión de odio, trato de explicarle que los polacos y los rusos, como todos los trabajadores extranjeros, habían sido llevados a Alemania por la fuerza y tratados como esclavos. Pero mi defensa produce el efecto contrario. Indignada, exclama:

—Vaya, vaya, ¿así que vosotras también venís de ese país de mala muerte?



—No, venimos de un campo de concentración.

Entonces se acerca a nosotras y, llevándose la mano al corazón, dice:

—¿De un campo de concentración? Por el amor de Dios, eso es horrible. Hace unas semanas vi un tren cargado de hombres vestidos con uniformes a rayas que venían de un campo de concentración. Tenían un aspecto tan espantoso... En el pueblo contaron que las SS habían disparado a los que ya no podían andar. ¡Qué horror, Dios mío! No pude contener las lágrimas. Esa chusma de las SS mató a hombres casi desfallecidos por el hambre que ni siquiera podían caminar... Es horrible, horrible...

Y se limpia las lágrimas con el dorso de la mano. Tras un silencio embarazoso reanuda la conversación y, como si quisiera justificar su anterior explosión de ira, exclama:

—Pero estás equivocada respecto a los polacos. Si uno no va con el palo detrás de ellos, no trabajan.

Yo no replico, pues sería como hablar al vacío. Más tarde le damos las gracias por la comida y nos marchamos. A lo lejos se oyen aún los cantos de los polacos y los rusos. Emmi y yo avanzamos por el camino enlodado sumidas en nuestros pensamientos. Pronto oscurecerá y necesitamos encontrar un techo para cobijarnos. Se encienden las primeras luces en algunos puntos distantes. El barro del camino está surcado de huellas de coches. Avanzamos muy despacio. Cuando ya ha oscurecido, nos topamos de repente con un carro cubierto con lonas, el último de una larga fila. Pero no vemos a ninguno de sus ocupantes. Todos los refugiados deben de estar en la finca cogiendo agua o dando de comer a los caballos. Han dejado los perros atados a las ruedas de los carros y al pasar nos ladran. Bajo las lonas se oye el llanto de un bebé. Continuamos andando junto a la

riada de carros, que parece no tener fin. La carretera está totalmente abarrotada; incluso los caminos laterales están repletos de convoyes, como si estuviéramos en un gigantesco campamento militar. Y por fin llegamos a la casa. De uno de los edificios sale un hombre vestido con pantalones y botas de montar que parece el administrador de la finca. Pedimos alojamiento y contesta señalando el granero:

—Podéis dormir allí. Pero sólo en aquel granero; no vayáis a ninguno de los otros, ¿entendido?

Luego se gira y desaparece en un establo.

Como está completamente oscuro, tenemos que entrar a tientas. Pero la oscuridad está llena de voces, llena de ruido y de movimiento. Huele a paja venteada y a ropa húmeda. Han sido tantos los que han dormido aquí que las alpacas han quedado reducidas a hilazas apelmazadas por la humedad. En cuanto encontramos un hueco extendemos las mantas. A nuestro alrededor se oyen muchas voces, voces de jóvenes y de ancianos, de hombres y de mujeres, voces con el profundo acento prusiano oriental, el curioso sajón y el impertinente berlinés. Sólo cuando nos acostamos percibimos nítidamente conversaciones aisladas.

Una voz joven y varonil exclama en alto:

—¿Qué esperabais? Hemos estado en mierdas mucho peores que ésta, así que aún podemos aguantar una más. Al menos ya no habrá quien se atreva a echarnos de los carros. Renate, dame un trago de esa agua sucia. Este maldito polvo se me cuela hasta el cerebro, igual que cuando estábamos en esa maldita fosa colectiva.

—Tómatelo con calma —replica otra voz, también joven y en el mismo tono insolente, pero ésta de una mujer—. Por lo menos ahora Johnny recibe un plato lleno.

—¡Tú siempre pensando en Johnny! ¿Por qué no le espabilaste antes?

—¡Cierra el pico! Renate ya sabe a quién dar y a quién no —exclama otra voz de mujer muy semejante a la primera.

—Además yo fui el que robó el carro —dice Johnny desde el fondo—. Y no olvides que sigo estando al mando.

—A la orden, mi sargento —exclama desdeñoso el de antes—. Pero si crees que por eso...

—¡Ya está bien, que no estáis en Welikije Luki!

Un escalofrío me recorre la espina dorsal. ¡Yo conozco muy bien ese tono de voz y esas imprecaciones...! Así hablaban también las vigilantes de Ravensbrück. Pero enseguida se oye otra voz, suave y monótona, que parece no dirigirse a nadie:

—Hacía horas que la abuela estaba sentada en la parte de atrás sin moverse. No podíamos verle la cara, pues a causa del frío la llevaba tapada con un pañuelo. Mi marido fue a ver cómo se encontraba y resultó que estaba muerta. Estaba congelada. Ni siquiera pudimos enterrarla; tuvimos que dejarla en la cuneta. Los rusos estaban ya muy cerca... Y los dos hijos pequeños de Pachulkes también murieron congelados...

Busco a Emmi con la mano para asegurarme de que está cerca. Apenas puedo respirar. Pero otra vez se oye la misma voz, como una letanía:

—Teníamos que movernos continuamente para no quedarnos rígidos. Luego llegamos a un pueblo y allí nos dijeron que los rusos estaban muy cerca. Queríamos encontrar un lugar donde calentarnos pero fue imposible. Mi pequeño lloraba y lloraba...

Y acto seguido estalla otra voz que sobresalta a todo el granero:

—¡Quita los pies de mi mochila! Maldita sea, no se ve nada. Se pasa uno cuatro años en el frente para luego tener que dormir en su propio país sobre esta miserable paja. Al menos podían haber colgado un farol.

—¡Ya está bien! Si no te gusta, lárgate con los *Werwolf*<sup>f10</sup>].

—¡Cierra el pico!

Y siguen los gritos. Emmi está muy cerca de mí, y de nuevo escuchamos una voz que llega desde el otro extremo:

—¿Cómo podéis hablar así del fñhrer? —Es la voz de un anciano, con el acento grave de la Prusia oriental—. É! fue como un padre para nosotros. ¿Qué pensaría si viera que os portáis como niños malcriados? De eso tienen la culpa los oficiales...

—Seguro que eres uno de esos que recibió tierras cuando el fñhrer ocupó Polonia, ¿verdad, abuelo? ¿Cómo no iba a ser un padre para vosotros? Antes no teníais donde caer os muertos y de pronto os visteis con tierras, dirigiendo a los campesinos. Mereció la pena, ¿no? Pero ahora tendréis que adaptaros a las circunstancias.

—Dejad ya la política. Este cabeza hueca no entiende nada. Y ahora, silencio.

—... Y luego murió mi pequeño. No pudimos hacer nada. Teníamos a los rusos a muy poca distancia...

—¡Callad de una vez y dejadnos dormir!

—¡Cierra el pico, imbécil!

A la mañana siguiente nos despierta el canto del gallo y los mugidos de las vacas. A través de las grietas de las paredes y por la puerta abierta del granero entran rayos de luz. Fuera brilla el sol. Observo a los desconocidos que

hablaban anoche. Las dos jóvenes están despiertas y sentadas sobre las mantas. Tienen el pelo alborotado y lleno de paja. Aún adormiladas comienzan el día con una ruidosa cháchara empleando la misma jerga de la noche anterior. Sus imprecaciones malsonantes y su desaliñado aspecto contrastan con la grandilocuencia de sus nombres: Irene y Renate. Ambas guardan un extraordinario parecido con las vigilantes de Ravensbrück, pero aún desconozco ante qué tipo de alemanes me encuentro. Cuando veo sus faldas de soldado y sus camisas grises, ya no me cabe duda alguna: son auxiliares del ejército de Hitler. Ahora entiendo por qué hablan así: es la jerga de los soldados de la Segunda Guerra Mundial. Más tarde, mientras cogemos agua de la fuente, Irene está casualmente a mi lado. Aparte de su pelo sucio, es bastante guapa, y también amable: enseguida se ofrece a sacar agua para que yo pueda lavar mi vaso.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—A Baviera.

—Yo debería ir a Berlín, pero allí están los rusos y no tengo ganas de que me violen. Nosotros vamos al oeste. Si vas en dirección a Boizenburg, podríamos acompañarte un trecho. Pero tenemos que ir bordeando los bosques para evitar los puestos de control americanos. ¡Mis compañeros no quieren acabar en la cárcel!

Así, aquella luminosa mañana abandonamos la finca junto con estos jóvenes. Los tres ex soldados van vestidos de un modo muy peculiar: llevan pantalones militares y chaquetas de paisano robadas. Aún siguen hablando a gritos, siempre con su alemán miserable; sin embargo, con nosotras — debido probablemente a que hemos estado en campos de concentración— emplean formas corteses un tanto torpes.

En varias ocasiones tenemos que orillar los puestos de control, abandonando la carretera y caminando en fila por estrechos senderos que cruzan el bosque. Súbitamente uno de los jóvenes echa a correr tras unos trozos de papel esparcidos por el suelo.

—¡Venid! —nos grita—. Son periódicos. Seguramente los habrán lanzado desde los aviones.

Nos apiñamos en torno a él y leemos el titular impreso en negrita: «HITLER SE SUICIDA. Su cuerpo fue hallado delante del búnker de la cancillería, rociado con gasolina y carbonizado... Goebbels y su familia se envenenaron...». Y las líneas desaparecen ante mis ojos. Ni siquiera me doy cuenta de que la noticia es de hace unos días. En torno a mí se cierne un silencio inquietante. Por fin ha llegado el momento que tanto he esperado, pero todos los muertos, todos mis seres queridos, ya no podrán presenciarlo... Una ráfaga de rudas maldiciones me devuelve a la realidad.

«*You can't go on*», nos repite hasta tres veces el soldado, quien con gestos inequívocos nos indica que demos la vuelta. Con igual insistencia le presento la valiosa papeleta que nos entregaron en el campo al ser liberadas y traduzco atropelladamente buscando las palabras adecuadas para aquel estúpido texto: que por motivos políticos había sido «instalada» en el campo de concentración de Ravensbrück y que en el plazo de tres días debía presentarme en la Gestapo de mi ciudad natal. Tal y como estaban las cosas cuando fuimos liberadas, aquel papel resultaba ridículo. No había «armas maravillosas» ni victoria final ni siquiera führer. Pero entre todo ello, nada más absurdo que la obligación de presentarme en la Gestapo, la policía o cualquiera que fuese el nombre que adoptaran esos centros del horror.

Sin embargo, mi pase no impresiona al americano, un soldado de baja estatura y con el casco ladeado sobre la frente. No habla alemán y sólo quiere que le dejemos tranquilo. Tercamente repite: «*You can't go through*». Y ésa es su última palabra.

Nos damos la vuelta maldiciendo nuestra mala suerte y recorremos de nuevo el camino por el que hemos venido. Luego seguimos por el bosque para evitar los puestos de control. Nos habíamos separado poco antes de los jóvenes soldados que nos enseñaron esta táctica para avanzar más deprisa. Pero cuanto más nos alejamos, más frecuentes son los controles. Generalmente nuestros pases, o sencillamente las palabras «campo de concentración», obran como un «ábrete sésamo». Pero en ocasiones el documento puede convertirse también en una muralla. Cada vez que las palabras «campo de concentración» no surten efecto trato de convencer al soldado, buscando desesperadamente términos ingleses en mi memoria, y siempre acabo suspirando: «Si al menos tuviéramos un diccionario...».

En una calle del pueblo nos encontramos con dos muchachos, en realidad aún niños, de unos catorce o quince años de edad. Tienen grandes ojos oscuros y tez morena. Están sentados despreocupadamente en una tapia, balanceando las piernas. Me acerco a preguntarles qué camino debemos tomar para seguir hacia el sur, y al oírles hablar me doy cuenta de que son gitanos. Entonces observo que uno de ellos lleva tatuado en el brazo el número de prisionero. ¡Había estado en Auschwitz! El joven asiente esbozando una sonrisa.

—¿Tú también?

—No, yo estuve en Ravensbrück.

—¿Adónde vas ahora? —pregunta a continuación.

Tras contestarle, pregunto qué piensan hacer ellos, y el más hablador nos dice tranquilamente que aún no lo saben, pero que justamente eso es lo que les gusta.

—A algún sitio iremos, no hay prisa. —Y añade bruscamente—: ¿Habéis comido huevos?

—¿Huevos? No. ¿De dónde los íbamos a sacar? Nos damos por satisfechas si conseguimos patatas y pan.

—Pues no son tan difíciles de encontrar —exclama riendo—. Pero hay que saber «organizarse». Eso no se regala. Mi amigo y yo comemos huevos todos los días. Creo que ya nos hemos zampado al menos cincuenta, y también hemos comido gallinas.

Se baja de la tapia y se deja caer en el borde de la calle, dando vueltas por la hierba como un cachorrillo y disfrutando sin duda de la vida. Nos sentamos junto a ellos y comenzamos a charlar.

—¿Cuándo os dejaron en libertad? —pregunto yo.

—No lo hicieron.

—¿Os escapasteis?

—Tampoco.

—Entonces ¿es que vuestro campo fue liberado?

—No, fuimos evacuados.

Y me viene a la mente la «marcha de la muerte» de los presos de Auschwitz.

—Pero no de Auschwitz, ¿verdad?

—Sí, pero fuimos evacuados el invierno pasado. Nos llevaron hasta Parchim y desde allí continuamos a pie.

—Habrá sido muy duro...

—Para algunos sí.

Y señala a su amigo, que parece débil y enfermo.



—¿Sois amigos?

—Sí, nos conocimos en Auschwitz. Desde entonces no nos hemos separado —dice dándole un cariñoso empujón.

—¿Cuántos presos había en el campo antes de que os evacuaran?

—Muchísimos, al menos cien mil. Había un tren que parecía no tener fin. Lo peor fue que las SS disparaban a los que ya no podían caminar; continuamente se oían disparos.

—¿Conseguisteis escapar durante la marcha?

—¡Qué va! No teníamos fuerzas. Pero primero hablemos de él —dice señalando a su compañero, que permanece silencioso—. Estaba tan fatigado que se desplomó.

—¿Y no le dispararon?

—Lo habrían hecho si se hubieran dado cuenta —dice el joven mientras el otro se aparta azorado—. Es que mi amigo no quiere que lo cuente porque le da vergüenza. Pero a ti sí te lo puedo contar, ¡tú también has estado en un campo! Ya al segundo día de marcha estaba al límite de sus fuerzas. Por supuesto, teníamos hambre. Durante semanas no nos habían dado más que un poco de sopa y un pedazo de pan. Yo también estaba agotado, pero soy más fuerte que él. Tenía que pararse a descansar constantemente y se quedaba sentado en el borde de la carretera. Era terrible. Yo siempre temía que llegara un SS y le liquidara. Le rogué que se levantara, pero no reaccionaba. Pasando su brazo por encima de mi hombro, conseguí arrastrarle un trecho. Al poco tiempo también yo estaba exhausto. Luego comenzó a delirar. Y al tercer día me di por vencido; las piernas no me respondían y tuvimos que sentarnos a descansar.

El joven hace una pausa, se lleva la mano a la boca y se mordisquea un dedo. La alegría que antes mostraba ha desaparecido. Suspirando profundamente, continúa:

—Dios, era terrible... Siempre con miedo de que las botas de los SS se plantaran frente a nosotros y que sonara un disparo, que todo terminara... Mi amigo farfullaba: «Déjame morir, déjame morir...», y yo no podía decirle más que: «¡Mierda, deja ya de decir eso!».

Súbitamente se interrumpe y nos mira. Pero enseguida recupera la sonrisa y con ella su expresión vivaracha. Haciendo un ademán desdeñoso con la mano continúa:

—Bueno, vosotras ya sabéis lo que es eso. En fin, sigo. ¿Por dónde iba? Ah, sí, procuré animarle e insistí para que siguiera andando: «Deja de decir tonterías. Ahora que estamos a punto de conseguirlo no te puedes morir». Pero ni siquiera me entendió. Al levantar la vista, veía solamente las piernas de nuestros compañeros, que se arrastraban por la carretera. Les rogué que nos ayudaran. Pero nadie se ocupó de nosotros; ya tenían bastante con ocuparse de sí mismos. Además, al fin y al cabo sólo éramos dos muchachos gitanos. Cada vez que oía pisadas de botas, me inclinaba sobre mi amigo y hacía como si le estuviera contando alguna cosa. Lo más importante era que los SS no se dieran cuenta del estado en que se encontraba. Cuando los pasos se detenían junto a nosotros, no me atrevía a alzar la vista; solamente pensaba: «¡Ya está, ahora sí que ha llegado el fin...». Para mi amigo hubiera sido más fácil, porque estaba inconsciente, pero yo... —Hace una pausa y se queda pensativo, pero enseguida añade—: Por la carretera desfilaban camiones y tanques. A veces les gritaba que nos dieran un pedazo de pan, pero como seguramente tenían miedo de las SS, ninguno se detenía. Luego me quedé dormido hasta que un frenazo a pocos metros de donde estábamos tumbados me despertó. «Ya está», pensé, «ha llegado el momento».

Y cerré los ojos; al cabo de poco tiempo, sin poder aguantar más, alcé la cabeza. En la carretera, justo delante de nosotros, había un autobús blanco con una cruz roja. Un hombre se bajó y vino hacia nosotros. Vestía un uniforme extranjero. Comencé a temblar de miedo y zarandeeé a Franz con todas mis fuerzas. Después levanté los brazos. Ahora, cuando lo recuerdo, siempre me echo a reír. El hombre era muy amable. Dijo algo que no entendí, seguramente porque todavía estaba muy aturdido. Llevaba un vaso en la mano y un paquete. En el vaso había café, café auténtico. Dio de beber a Franz, pero como ya no podía tragar, el café se le derramaba por las comisuras de los labios. Sin embargo, supongo que aun así consiguió beber un poco, pues acto seguido abrió los ojos. Luego el hombre sacó galletas del paquete y entonces pude ver lo que contenía: latas de colores, bolsitas y cajitas envueltas en papel transparente. El hombre le dio una galleta a Franz y, sin poder aguantar más, le dije: «Por favor, deme también a mí algo de comer». Me lanzó un paquete de galletas. Hubiera sido capaz de devorarlas de un bocado. En mi vida había comido algo tan rico.

—¿Qué le sucedió a tu amigo? —pregunta Emmi.

—Es increíble lo rápido que se recuperó. Cuando yo ya había devorado todo mi botín, él seguía bebiendo muy despacio el café y comiendo tranquilamente las galletas. Alrededor del autobús blanco se agolpaban montones de prisioneros. Nos dieron un paquete de comida a cada uno. Comenzaron entonces los problemas con Franz, porque comía sin parar, y eso era muy peligroso. Hicimos una fogata en el borde de la carretera y calentamos las latas de conservas igual que hacían los demás. Todos reían y estaban alegres. El coche blanco se había ido hacía tiempo cuando me enteré de que pertenecía a la Cruz Roja sueca.

—¿Así que ya erais libres?

—Sí, entretanto los SS se habían largado. Descansamos unos días en un granero, hasta que Franz se recuperó, y luego comenzamos a caminar. Bueno, y ¿qué tal os va por aquí, en Mecklenburgo?

Antes de despedimos de los dos muchachos, nos enseñaron cómo robar gallinas y huevos. Nos divertimos muchísimo y prometimos poner en práctica muy pronto los nuevos conocimientos. Los cuatro huevos que nos regalaron los cocimos poco más tarde a la orilla de un pequeño lago.

Delante de una pequeña casa, rodeada de un jardín cultivado con esmero, está una anciana. Se muestra afable y serena, como si no supiera qué sucede a su alrededor. Le pedimos que nos dé agua fresca. Sonriendo, se levanta y nos hace entrar en la casa.

Cuando la puerta de la cocina se cierra silenciosamente a nuestra espalda, nos vemos trasladadas a otro mundo. Adosados a las paredes, estantes festoneados con papel de colores y sobre ellos los tarros que contienen azúcar, sal, harina y sémola, y los más pequeños, canela, nuez moscada y pimienta. Me recuerda la cocina de mi casa de Potsdam... Pero ¿cómo es posible que aún exista algo así? ¿Es que aquí no ha temblado la tierra, que los tarros siguen intactos en su lugar...? La anciana, con su delantal limpio anudado a la cintura, se acerca al fogón y calienta para nosotras, dos vagabundas, café y leche. Nos sentamos a la mesa, cada una con un tazón humeante, y saboreamos el café. Más tarde nos muestra su cuidado jardín, pero al volver estoy muy inquieta. No deseo traspasar el umbral hacia ese tiempo perdido...

## EL FINAL DEL ESPLENDOR

Exhaustas, llegamos hasta las primeras casas de Zarrentin. A la derecha de esta pequeña ciudad se extiende un lago, y a la izquierda se alza una muralla. El día ha sido terriblemente duro. Estamos al límite de nuestras fuerzas. Pero ya desde lejos veo que aún no han terminado las dificultades. A la entrada de Zarrentin hay un puesto de control americano. El soldado no nos permite pasar. Todos mis intentos de convencerle resultan infructuosos. La situación es desesperante, pues aquí no hay posibilidad de dar un rodeo: por un lado, el lago; por el otro, la muralla. Comienzo a sollozar que estamos enfermas y rendidas y que nos sería imposible recorrer de nuevo los muchos kilómetros que nos separan del último pueblo. Cuando el soldado ve mis lágrimas, parece titubear; finalmente alza la mano y exclama casi ordenando: «*Okay!*». Y echamos a correr como si nos persiguieran.

Rápidamente nos dirigimos al ayuntamiento para encontrar un lugar donde dormir, pero está abarrotado de gente que busca refugio. Alojamientos ya no hay, la ciudad está atestada de refugiados. Me abro paso a codazos hasta la ventanilla y enseño nuestros pases. El empleado se queda pensativo y luego dice:

—Como venís de un campo de concentración, podéis intentarlo en el monasterio. Allí viven antiguos prisioneros de guerra; quizá puedan daros alojamiento.

—¿Qué clase de prisioneros de guerra?

—Fundamentalmente franceses, aunque también hay rusos, polacos y otros trabajadores del este. Podéis estar tranquilas, los prisioneros de los campos tienen derecho a alojarse allí.

Hasta hace poco el monasterio era un albergue de las Juventudes Hitlerianas. Ya antes de llegar nos sale al encuentro un gran alboroto. Los hombres vociferan y ríen. Aquello no nos gusta en absoluto. Mejor sería dar la vuelta. ¿Quién sabe cómo nos acogerán los extranjeros...? Somos dos prisioneras de campos de concentración, está bien, pero en ultimo termino somos alemanas. Por las ventanas abiertas de un edificio aledaño se oyen palabras en ruso. Llegamos hasta el portalón y entramos en un gran local ante cuyas paredes se apilan catres de madera de dos pisos. En cuanto los hombres se dan cuenta de nuestra presencia, el alboroto cesa repentinamente. Dirigiéndome al que está junto a mí, explico:

—Hemos salido de un campo de concentración y buscamos un lugar para pasar la noche. Estamos muy cansadas.

El francés no nos pregunta nada. Enseguida grita en la sala:

—¡Marcel, André, venga, fuera de ahí! Las camas son para las mujeres; vosotros podéis dormir en el suelo.

Ambos recogen sus cosas de los jergones de paja sin protestar. Sus catres son los mejores de la sala, justo al lado de la ventana, y nos sentamos en el de abajo, desconcertadas. Pero pronto comienza otra vez el alegre bullicio. Algunos nos preguntan por nuestra procedencia, y en cuanto oyen «Ravensbrück» se acercan. Quieren saber si había prisioneras francesas en el campo y cuándo fueron liberadas, si en Ravensbrück también había un campo para hombres y cuántos eran franceses. Mientras respondemos a sus preguntas como mejor podemos nos enteramos de que la mayoría de aquellos franceses ha estado en campos de

concentración. La charla continúa y nuestra fatiga desaparece.

Como es lógico, algunos quieren saber por qué me enviaron al campo. Por vez primera desde que estoy en libertad comienzo a hablar acerca de lo que me ha sucedido en la Unión Soviética, el tiempo que pasé en Siberia y cómo me entregaron a la Gestapo. Los franceses escuchan con atención, pero pronto percibo gestos de rechazo, casi hostiles. Sus miradas reflejan incredulidad. Uno de ellos dice:

—Si te he entendido bien, quieres decir que fuiste detenida en la Unión Soviética pese a que eras inocente.

—Sí, eso es.

—¿Crees realmente que los alemanes, y tú eres alemana, por supuesto, nunca han conspirado contra la Unión Soviética?

Al escucharle la boca se me queda seca y el corazón me palpita con fuerza. A mi mente acude el recuerdo del interrogatorio al que me sometieron las prisioneras comunistas en Ravensbrück. ¿Cómo es posible que algo similar ocurra también aquí, en el «mundo libre»? ¿Es que nadie va a dar crédito a mis palabras? ¿Están también los franceses ciegos y sordos ante lo que ha sucedido durante el último decenio? En el caso de las presas comunistas aún jugaban en su favor ciertas circunstancias atenuantes; quizá debían aferrarse a sus convicciones políticas para no ser conscientes del atroz sinsentido de su vida. Pero aquí no permitiré que me tachen de mentirosa, tengo que luchar por la verdad. ¡Los comunistas deberán escucharme aun cuando les duela!

—¿No acabo de deciros que vivía en Moscú como emigrante comunista y que había huido de la Alemania de Hitler en 1933 por mis actividades antifascistas? ¿Es que no

entendéis que en aquella época para mi marido y para mí, que durante quince años militamos en el Partido Comunista alemán, la Unión Soviética representaba la única fuerza real contra el fascismo? ¿Y contra ese país habíamos de conspirar? ¿Cómo íbamos a aliarnos con nuestros enemigos mortales, los nazis?

—Quizás en Moscú conociste a algunos nazis sin saber que lo eran. Seguramente en la Unión Soviética, como en todos los países, también había una «quinta columna». Y es lógico que el gobierno de la Unión Soviética se defendiera frente a los espías nazis. Si te detuvieron por ser alemana, sus motivos tendrían.

—Ya os he contado que Stalin, durante la época de la Gran Purga, de 1936 a 1938, no solamente ordenó detener a los antiguos bolcheviques y compañeros de armas de Lenin, sino que también encarceló a millones de ciudadanos soviéticos, simples trabajadores y campesinos. Dentro de esa enorme cantidad de detenidos, los extranjeros constituían un porcentaje ínfimo. ¿Crees que todos esos hombres trabajaban para la «quinta columna» de los nazis?

—No sé qué pueden haber hecho esos hombres para acabar en la cárcel, pero tú quieres hacernos creer que en la Unión Soviética se detenía a personas inocentes.

Mi interlocutor está pálido y me mira como si yo fuera su enemigo más encarnizado. Es comunista y por eso no está dispuesto a transigir. ¿Cómo iba a ser capaz de asumir una verdad tan amarga?

—Todo lo que has contado suena como si Stalin no valiera un ochavo más que Hitler. ¿Es eso lo que opinas?

—Sí, así es. Creo que entre Hitler y Stalin apenas hay diferencia. Sin embargo, el comunismo parte de una idea originalmente positiva, al contrario que el



nacionalsocialismo, que tanto en su origen como por sus propósitos y su programa persigue la aniquilación del ser humano. Pero no sé si el error subyace en la propia teoría del comunismo, o fue el régimen estalinista el que traicionó la idea original instaurando el fascismo en la Unión Soviética.

Esta respuesta hace que los franceses se muestren ahora fríos y reservados, incluso me da la impresión de que se distancian de nosotras. Casi me siento culpable, pues nos habían acogido con los brazos abiertos, sin desconfianza alguna. Y ahora el ambiente está envenenado. Por vez primera me angustia lo que me depara el porvenir. ¿Significa esto que seguiré encontrándome con comunistas convencidos que aún defienden los crímenes de Stalin?

Afortunadamente en ese momento Auguste, el jefe de cocina y el hombre más respetado entre sus compañeros, nos llama para comer, dispensándome así de la obligación de dar nuevas explicaciones. Auguste ha preparado un gran banquete. Con estos antiguos prisioneros de guerra franceses disfrutamos de nuestra primera comida en libertad. Hay asado de cerdo y patatas. Aunque deberíamos saber que estos manjares son veneno para nuestros estómagos enfermos, no podemos resistirnos a este olor tan tentador, largo tiempo olvidado. Nos sentamos a la mesa y riendo contamos anécdotas graciosas del campo. Olvidada está ya la encendida discusión de hace un momento. Somos compañeros unidos por los mismos sufrimientos, que acabamos de dejar atrás.

Por la noche Emmi y yo enfermamos gravemente debido a la copiosa cena. A lo largo de tres días nos atiende el comunista francés, alimentándonos con té y galletas y sin

volver a hablar de política; sin duda sabe cómo cuidar a los débiles y los enfermos.

Aún yacemos enfermas en la cama cuando se acerca uno de los franceses riendo y saltando, y grita:

—¡Los alemanes se han rendido!, ¡y sin condiciones! ¡La guerra ha terminado!

Juntos entonamos *La Marsellesa*.

Dos días más tarde llega la noticia de que los antiguos prisioneros de guerra franceses van a ser trasladados a su país en camiones. Todos se preparan sin dilación para la partida. Preguntamos a Auguste si podemos acompañarlos un trecho, pero después de pensárselo concluye que, como somos mujeres, no hay posibilidad de ocultarnos sin ser descubiertas.

Han llegado los camiones al patio del monasterio y nuestros amigos trepan a ellos con sus escasas pertenencias. Estrechamos muchas manos y les deseamos suerte. Aparte de nosotras, varias alemanas, amigas de unos jóvenes franceses que habían llegado dos días antes, han acudido también a despedirlos. Los hombres las alzan en vuelo desde los vehículos. Parecen completamente desamparadas y las lágrimas les corren por las mejillas. La escena me causa profunda pena.

En el monasterio de Zarrentin reina el silencio. Todos se han ido. Emmi y yo resolvemos descansar aún unos días más. Como los franceses nos han legado sus provisiones, tenemos comida suficiente para varias semanas. Pero al menos por ahora, sólo nos está permitido devorarlas con los ojos, pues seguimos enfermas.

Durante los últimos días de paz y sosiego en Zarrentin rememoro el pasado con especial alegría. Hace buen tiempo e incluso brilla el sol. En una colina cercana al lago se alza el

monasterio gótico; junto a él, una hermosa iglesia antigua. Detrás, una extensa pradera y viejos tilos y castaños, enmarcados en la distancia por un arco de pequeñas casas. En la ladera que desciende hacia el lago florecen las lilas. Muy despacio, Emmi y yo paseamos por los senderos del jardín.

Las hojas de los castaños son tan finas que no pueden soportar la fuerza del sol y van cayendo, como extenuadas por el calor. Una pareja charla junto a la cerca; por el lado de la carretera, un joven soldado americano; en el jardín, una alemana de ojos castaños que lleva un vestido claro. Ambos sonríen y todo sigue su curso natural. La primavera se había impuesto a las severas disposiciones de las fuerzas de ocupación, pues, como supe más tarde, los soldados americanos tenían prohibido «confraternizar» con los alemanes.

A decir verdad nunca fui consciente del peligro que entrañaba, para dos mujeres solas, vivir en una casa aislada con las puertas desvencijadas. Hasta que esa noche, la última que habíamos de pasar en Zarrentin, supimos cuán imprescindible era disponer de cerrojo. Debía de ser medianoche cuando me desperté sobresaltada. Fuera se oían ruidos. Conteniendo la respiración, escucho atentamente: son pasos que se aproximan a la entrada. El círculo luminoso de una linterna enfoca la pared y alguien avanza tanteando. De repente se enciende la luz de la sala. Bajo el dintel de la puerta aparece un soldado americano. Ya nos ha visto. Emmi y yo dormimos en dos catres situados al fondo de la estancia, ella en el jergón de arriba y yo en el de abajo. Avanza tambaleándose, se detiene para quitarse el casco de acero y lo arroja estrepitosamente sobre la mesa. Ahora puedo verle la cara. Está totalmente borracho. Con pasos inseguros llega hasta mi cama y se deja caer pesadamente al

pie del catre. Aún adormilada me incorporo de golpe. Más que con temor, reacciono con furia ante esta visita nocturna y grito:

—*Get out!* ¿Se puede saber qué quieres?

Ciertamente una pregunta ingenua, pues yo sabía muy bien cuáles eran sus intenciones. Mi preocupación inmediata es cómo mantenerle lejos. Pero no hay tiempo para largas meditaciones. Ya tiene la mano sobre mis pies y trata de ascender por la pierna. Dándole un puntapié exclamo:

—¡Lárgate de aquí! ¡Deberías avergonzarte!

Aunque mis palabras no parecen causarle el menor efecto, al menos retira la mano. Como ya había aprendido en Siberia, ahora la única posibilidad de salvarme es hablar, hablar y hablar.

—¿De dónde eres? ¿Del norte o del sur? —pregunto tan inesperada como atropelladamente.

Pero funciona, pues responde:

—*New Orleans.*

—¿Estás casado? —replico enseguida.

—*Oh, yes!*

Sorprendentemente aparta la mano del catre, busca en la chaqueta del uniforme y con movimientos torpes saca el billetero.

—Esta es mi mujer —dice mientras deja sobre mi manta la foto de una rubia sonriente.

—Muy guapa —y continuó preguntando—: ¿Tienes hijos? Acto seguido tengo otra foto sobre mis rodillas.

—*My son!*

Hasta en su voz de borracho se percibe el orgullo paterno.

Parece que he vencido a mi contrincante. Pero aún es demasiado pronto para cantar victoria. Sin más demora, recoge las fotos con una mano mientras con la otra intenta llegar hasta mis piernas que por precaución tengo dobladas y pegadas al cuerpo, y chillo:

—Maldita sea, ¿no puedes esperar hasta que estés de nuevo con tu mujer en Nueva Orleans?

Pese a mi parco vocabulario en lengua inglesa me ha entendido, y replica insistente:

—No puedo esperar más.

Está tan cerca de mí que su aliento me da en la cara. Desesperada, llamo a Emmi, que sigue tumbada en su catre sin decir ni una palabra.

—Emmi, échame una mano. Ya no sé qué hacer para quitarme de encima a este borracho. Corre, ve a buscar ayuda.

Desde arriba dice en tono melifluo:

—Pregúntale si tiene un diccionario.

Su falta de instinto me deja tan perpleja que al principio no puedo reaccionar. Pero enseguida estallo y vocifero:

—¡Para lo que él busca no necesita diccionario, imbécil!

Sin saber ya qué decir, comienzo a golpearle y a chillar llena de furia:

—¿Y tú dices que eres americano? Los americanos se comportan como *gentlemen* y, desde luego, tú no eres ningún *gentleman*.

Me suelta, se queda mirándome un instante desconcertado, con los ojos inyectados en sangre, y se pone en pie. Luego recoge su casco y sale de la habitación haciendo eses. Deja la luz encendida.

Al día siguiente reemprendemos nuestro viaje. Con rostros sombríos paramos para descansar en tramos cada vez más cortos. La enfermedad se ha presentado de nuevo. Por vez primera estoy completamente desanimada. Me he peleado con Emmi a causa del incidente con el diccionario y le he recriminado su cobardía. Seguramente me comporto así porque estoy muy débil; enseguida lamento haberle dicho tal cosa, pues lo único que nos queda es poder consolarnos mutuamente.

—No puedo más. ¿Qué va a ser de nosotras? ¿Podremos llegar vivas a casa? —gimoteo mientras me doblo sobre el estómago.

—No podemos quedarnos aquí. Debemos continuar —me implora Emmi—. Si al menos no pesara tanto esta condenada mochila...

Su mochila es otro tema espinoso que amenaza con provocar una nueva discusión. Emmi recoge todo lo que encuentra a su paso. Antes de abandonar Ravensbrück, se procuró un surtido de ropa del almacén de las SS. Siempre descubre cosas valiosas en las cunetas. Pese a la acumulación, en la mochila impera un orden ejemplar, casi envidiable. Todo está limpio y almacenado dentro de sus respectivos saquitos atados con cordel. La mochila de Emmi es un fiel reflejo de ella misma, que marcha a través de este caos con el cabello peinado bien tirante hacia atrás y recogido en un moño, con un aspecto impecable. Emmi no se deja arrastrar por la imaginación y supongo que en el fondo me considera una aventurera.

—¿Por qué no te desprendes de alguno de esos trastos? —pregunto irritada.

—¿Tírarlos? Pero ¿qué dices? Son todo lo que tengo. Mi marido me abandonó cuando me llevaron a Ravensbrück, no

tengo parientes y ahora debo empezar de nuevo. Va a ser muy duro...

Comienza a llorar, y yo lamento haber sido tan cruel con ella.

—No tengas miedo, Emmi. Ahora vas conmigo a Thierstein. Y ya verás como muy pronto llegaremos a la frontera de Bohemia. Además, puedes quedarte en Thierstein el tiempo que quieras.

—Me gustaría tanto... Pero no puedo, tengo que llegar a Praga cuanto antes.

—Creo que es mejor que no vayas. Espera un poco a ver qué pasa. Ten en cuenta que, después de todo lo que ha sucedido en Checoslovaquia, los alemanes no son bien recibidos. Al fin y al cabo había muchos nazis entre los alemanes de los Sudetes, y tú eres de allí.

—Muy bien, y eso ¿qué tiene que ver conmigo? ¿Crees que los checos me harían algo precisamente a mí? Durante años trabajé para la socialdemocracia checa, y precisamente por eso acabé en el campo.

—Todo lo que dices es cierto, pero quién sabe si después de la guerra los checos diferencian entre unos alemanes u otros. En cualquier caso, te recomiendo que no vayas a Checoslovaquia por ahora.

—Tengo que regresar. Naturalmente, tú no puedes entenderlo. Mi sitio está en Praga...

Estamos frente al escaparate de una panadería de las afueras. Junto a nosotras, un hombre escuálido y de tez morena que se cubre la cabeza con un pañuelo anudado en cuatro puntas. Huele a pan recién horneado. Sólo cuando el hombre nos pregunta tímidamente si tenemos cupones me fijo en el triángulo rojo y la F estampada en su chaqueta. Es un prisionero francés. Así pues, uno de los nuestros.

—¿Tienes dinero? —le preguntamos nosotras.

El hombre inclina la cabeza en señal de resignación.

—Dinero... El dinero no sirve; si no tienes cupones aquí no te dan nada...

—¿Lo has intentado?

—Sí.

—¿Y te has marchado sin más?

¿Cómo era posible? La situación resulta ciertamente espeluznante: allí estaba uno de los liberados, uno de los que habían sobrevivido al infierno, hambriento, mendigando un trozo de pan que incluso quiere pagar, pero un panadero alemán se atreve a negárselo diciendo: «Sólo aceptamos cupones».

Emmi y yo nos plantamos ante el mostrador de la tienda con el dinero que nos entregaron los franceses en la mano.

—Quisiéramos comprar tres panes —exijo iracunda. No es el pan, el hambre, lo que está en juego. Es algo mucho peor...  
—. Aquí tiene el dinero, vales para alimentos no tenemos.

—¿No tienen cupones? —responde la panadera mirándonos de arriba abajo—. Lo siento, sólo aceptamos...

Y no la dejo continuar:

—Eso ya lo sé, pero nosotros hemos salido de un campo de concentración, no tenemos cupones y estamos hambrientos.

—Aun así, no puedo darle nada. Trato a todos los clientes por igual. Vaya al ayuntamiento a solicitar sus vales.

Eso ya es demasiado.

—Si no pone enseguida el pan sobre el mostrador...

Se me quiebra la voz. En ese momento una mano me toca el brazo y una joven dice tratando de calmarme:



—¿Puedo ofreceros unos vales? Por favor, lo haría con gusto... Lo siento tanto...

Completamente avergonzada, sólo acierto a responder «gracias».

Con el pan bajo el brazo vamos a reunirnos con nuestro compañero. En Boizenburg, una pequeña localidad de Mecklenburgo situada a orillas del Elba, todas las calles principales están en minas. Por el camino hemos visto ya alguna casa destruida, en su mayoría granjas aisladas que fueron incendiadas durante los últimos días de la guerra, a veces aún humeantes o con olor a quemado. Profundamente afectadas, contemplamos por vez primera las casas reducidas a escombros y cedo a la tentación de imaginar cómo sería el edificio que antes se alzaba aquí. Aún me resulta desconcertante que pueda uno acostumbrarse a tanta desolación.

En las calles de los arrabales nos encontramos con un grupo de antiguos prisioneros que se dirigen al centro de Boizenburg. Con sus harapientos uniformes a rayas, los triángulos y números de prisionero estampados en la chaqueta y en las perneras del pantalón, parecen espantapájaros. ¿Qué mente perversa pudo haber ideado semejante indumentaria? ¡Si al menos pudieran desprenderse pronto de ese uniforme tan denigrante...! Emmi y yo nos detenemos a cada paso para intentar eliminar con un cuchillo las cruces de colores a fin de tener aspecto de seres normales. Me resultaba totalmente incomprensible que algunos de los reclusos de los campos — como los que vi en Boizenburg— siguieran vistiendo esas ropas ultrajantes después de la liberación con una suerte de orgullo o incluso para demostrar su posición privilegiada. Existen extrañas formas de exhibicionismo.

Ante la alcaldía de Boizeburg aguarda la usual multitud de refugiados. Aquí han organizado el primer centro provisional de asistencia para antiguos prisioneros de campos de concentración. Trabaja día y noche con objeto de poder atender a la riada de recién llegados. Se investiga a cada uno de ellos. Pronto comprendo cuán necesario es, pues oímos decir que los «delincuentes comunes» y los «antisociales» han sustituido sus triángulos verdes y negros por los rojos de los «políticos», saqueando los pueblos y «confiscando» las posesiones de antiguos nazis. Nos cuentan que cerca de Boizenburg un par de «antisociales» se hicieron pasar por médicos. De un centro de las tropas americanas obtuvieron cuanto quisieron, incluso un coche. Con la bandera de la Cruz Roja ondeando sobre el radiador, atravesaron la región hasta que finalmente un «político» los reconoció y fueron descubiertos.

En Boizenburg los prisioneros reciben dinero, cupones para alimentos y vales para una sopa diaria. A nosotras nos alojan en un enorme centro para refugiados. Como en una gigantesca enfermería, los catres de campaña se alinean uno tras otro, pero techos y paredes delatan el fin originario del local; están adornados con guirnaldas amarillentas, últimos restos de lo que fuera una sala de baile.

Pasamos los primeros días aturcidas por el bullicio y permanecemos casi todo el tiempo acostadas. Al mediodía, haciendo un considerable esfuerzo, logramos atravesar la ciudad para tomar la sopa que reparte el centro provisional de distribución de alimentos. Todos los prisioneros de los campos gozan de un loable privilegio: no tienen que guardar cola en el reparto.

Dondequiera que preguntamos, nos confirman que el paso por el Elba está cortado para los civiles alemanes. Los nazis

han volado todos los puentes, y los puentes provisionales sólo pueden ser utilizados por las tropas aliadas.

—¿Y no se podría cruzar el río en barca? —pregunto sorprendida.

Me dicen que está estrictamente prohibido atravesar el Elba. Todo aquel que lo intente es detenido de inmediato. Uno asegura que los soldados aliados disparan a los que quieren llegar a nado. Otros afirman que los puentes provisionales estarán abiertos a la circulación en breve, dentro de unas tres semanas. Así pues, tendremos que prepararnos para una larga estancia en Boizenburg.

Emmi sugiere que busquemos trabajo en algún lugar donde nos den algo de comida. Es una idea excelente, y muy propia de nuestra mentalidad de antiguas prisioneras. Juntas vamos a la oficina de empleo. Sorprendentemente han vuelto a abrir una en Boizenburg, con un director designado por las fuerzas de ocupación. Nos presentamos allí y nos informan de que todos los que solicitan empleo tienen que presentarse antes en el Military Government, donde se les «recomendará» para el trabajo. Conseguimos esta extraña recomendación y volvemos a la oficina.

—Quisiéramos trabajar.

—¿Trabajo? —repite el funcionario como si nos hubiera entendido mal—. ¿Han estado encerradas durante años en un campo de concentración y aún quieren trabajar? ¿No cree que les vendría mejor descansar?

—Sí, es cierto. Si el paso por el Elba no estuviera cortado, nos marcharíamos mañana mismo para llegar cuanto antes a casa. Allí podríamos descansar y recuperarnos. Pero aquí en Boizenburg... Verá, quisiéramos trabajar en algún lugar donde nos dieran algo de comer.

Anota nuestros nombres y se informa sobre dónde nos alojamos.

—Ciertamente, ese gran centro de refugiados no es un buen lugar para descansar —admite comprensivo el director de la oficina de empleo.

Cada vez que vamos a comprar alimentos con nuestros cupones disfrutamos del acontecimiento sin importarnos lo poco que puedan darnos. Disponer de dinero y de vales para alimentos, tener que decidir si puedo permitirme ciento cincuenta gramos o sólo cien de mantequilla en lugar de medio pan, y saber que el tiempo en que nos veíamos obligadas a mendigar un par de patatas o un poco de pan ya es historia y que la ración del campo pertenece definitivamente al pasado..., todo ello constituye una extraordinaria satisfacción. Mientras hacemos cola ante una tienda, me recreo contemplando el revuelo de gente; me alegra poder ser otra vez una más entre la multitud. Súbitamente me da un vuelco el corazón. Pasa uno que calza botas altas, la bolsa de la compra en la mano. Me quedo mirándole la espalda, la nuca, la cabeza.

—Emmi, deprisa, ¡coge el pan! Vuelvo enseguida.

Y echo a correr tras aquel hombre. No hubiera podido hacer otra cosa, sencillamente debía ir tras él. El hombre gira hacia la avenida. Le sigo. Poco a poco acorto distancias. Me cuesta acomodar mi ritmo al paso marcial de las botas. No hay ningún soldado americano a la vista. ¿Qué debía hacer? ¿Cogerle del brazo y decirle: «Está usted detenido»? No, me derribaría de un puñetazo y entonces huiría. En ese momento se detiene y me veo obligada a adelantarle. Espero que no me reconozca... Afortunadamente no llevo puesto el abrigo con los traicioneros restos de la cruz pintada. Del muro cuelga un comunicado de las fuerzas de ocupación. Me

paro, simulo leerlo muy interesada y por el rabillo del ojo veo que el hombre sigue andando. Las botas altas me adelantan y yo sigo tras ellas. La calle parece no tener fin. Ni rastro de soldados americanos o de policías. El hombre gira a la derecha hacia una calle lateral. Pronto será demasiado tarde. A la izquierda está la oficina portuaria de Boizenburg, donde patrulla un centinela americano. Cruzo la calle, salto por encima de la alambrada, me arrojo sobre el soldado y señalando con la mano en la dirección que ha seguido el hombre, exclamo:

—¡Ese hombre es un oficial de la Gestapo, del campo de Ravensbrück! ¡Deténgale!

El centinela deja el fusil en el suelo y corre tras él. Al mismo tiempo veo que otros cuatro soldados se lanzan en su persecución. Ahora Ramdor trata de huir. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que le capturaron. Tampoco me percaté de lo que sucede a mi alrededor. Pero cuando se aproximan y veo el rostro del detenido, me asalta el pánico. ¡No es Ramdor! ¡Me he equivocado!

—¿Es usted Ramdor? —le pregunto dubitativa.

—Sí.

El miedo ha desfigurado su rostro hasta tal extremo que resulta irreconocible.

—Señora Buber, me juzga usted mal, yo antes era socialdemócrata y...

—*Shut up!* —le interrumpe el soldado americano.

El comandante de la oficina portuaria levanta acta de la detención. Luego nos acompañan hasta un coche y nos llevan a la comandancia de Boizenburg; junto a nosotros se sientan dos americanos con metralletas sobre las rodillas. Al llegar al ayuntamiento, vemos a antiguos prisioneros que, como de costumbre, aguardan ante la puerta. Deben de

haber reconocido a Ramdor, pues en el campo de hombres de Ravensbrück causó estragos durante años. Cuando poco después es trasladado a la prisión, se lanzan sobre él y le apalean pese a que va protegido por soldados. En la comandancia solicitan mi dirección y luego puedo marcharme.

A la semana siguiente vienen dos americanos a interrogarme. Anotan en el expediente todo lo que digo sobre Ramdor: que durante años castigó, torturó y asesinó a prisioneras de Ravensbrück y que era el terror del campo. Informo además de mis propias experiencias con Ramdor, cuando me condenó a quince semanas de arresto en la oscuridad. Tras estas declaraciones me plantean una pregunta extraña:

—¿Cómo sabe usted que Ramdor era efectivamente un oficial de las SS?

—Todos los miembros del cuerpo de vigilantes de Ravensbrück pertenecían a las SS.

—Tendrá que probarlo.

—No puedo.

Su siguiente pregunta es igualmente desconcertante:

—Según usted, Ramdor pertenecía a la Gestapo. ¿Dispone de documentos o pruebas que confirmen tal acusación?

—No, por supuesto. Yo era una prisionera y no tenía acceso a la comandancia del campo. Pero he visto a Ramdor actuar como oficial de la Gestapo, él mismo se hizo cargo de mi interrogatorio en la cárcel.

—Eso no basta, porque Ramdor asegura que simplemente era un auxiliar de la brigada de investigación criminal y no un oficial de la Gestapo. Y también niega haber pertenecido a las SS. ¿Le vio usted alguna vez con el uniforme de las SS?

En ese momento vacilé. Ramdor iba siempre vestido de paisano, eso era cierto. Pero súbitamente me acordé de cierto domingo en el pabellón de calabozos...

—Sí, una vez —respondí enseguida—, cuando estaba encerrada en la prisión del campo. Ramdor abrió la mirilla de la celda y le vi con el uniforme de las SS.

Cuando los americanos se retiraron de Mecklenburgo y los ingleses asumieron la ocupación, Ramdor fue trasladado a Lüneburg. Más tarde, en el proceso de Hamburgo contra el cuerpo de vigilantes de Ravensbrück, fue condenado a muerte.

## ENTRE ANTIGUOS CAMARADAS

Al cabo de unos días Emmi comenzó a trabajar en el hospital de Boizenburg. Yo, por mi parte, tenía que permanecer de nuevo en cama. Por lo visto, aún necesitaba descansar. Cada tarde Emmi me traía fielmente la mitad de la comida que le daban en el centro.

—Cuando me haya recuperado tenemos que hallar como sea el modo de cruzar el Elba, y si hay que cruzarlo a nado, lo haremos.

Emmi intentaba tranquilizarme:

—¿No sería más fácil entregar una petición por escrito al comandante americano, o mejor aún, presentamos directamente en la comandancia? Si permiten a los prisioneros de guerra y a los extranjeros que estuvieron en los campos pasar por los puentes provisionales, ¿por qué no a nosotras?

—Tienes razón. Aquí no diferencian entre los nazis y los alemanes que lucharon contra Hitler. Es inconcebible.

Al día siguiente, como Emmi estaba trabajando, fui sola a la comandancia, pero no me permitieron entrar. Un alemán arrogante que trabajaba como intérprete me despachó rápidamente. Le entregué la carta que había redactado por si fuera necesario y me recomendó ser paciente.

Una tarde se presentaron dos hombres en el centro de refugiados preguntando por nosotras dos. Nos llamaban «camarada Grete» y «camarada Emmi». Uno de ellos nos invitó, con exquisita cortesía, a instalarnos en su casa. Así llegamos a la casa de pescadores de la familia K., una pequeña cabaña destartalada de ladrillo rojo y tejado de caña ahorquillado. Ante la puerta esperaba la madre, quien nos recibió calurosamente. Vino la hija, también el hijo pequeño, y como si fuéramos familiares largamente esperados, nos hicieron pasar al comedor. Acto seguido, sin que mediara ni un instante de silencio embarazoso, comenzaron a charlar y bromear con nosotras, y todo resultaba sumamente cordial y natural.

Aún no sabía con certeza quiénes eran realmente nuestros amables anfitriones. Supuse que eran comunistas, puesto que nos trataban de «camaradas». Entonces reparé en la gran estantería que abarcaba casi la mitad de la pared y traté de descifrar algunos títulos de los lomos. Exacto: Marx, Engels, Feuerbach... Ya no cabía duda. Deseé hallarme de nuevo en la gran sala para refugiados de Boizenburg. No me sentía con fuerzas suficientes para soportar discusiones, explicaciones estériles. Sencillamente estaba demasiado cansada. La casa era ciertamente muy bonita y acogedora, pero no iba a encontrar aquí la tranquilidad que tanto necesitaba. ¿Y esta buena gente? ¿Continuarán siendo tan



amables y tratándonos como a los suyos cuando sepan que ya no soy su «camarada» y que no comparto sus convicciones políticas? ¿No se convertirán en feroces enemigos cuando les diga la verdad? Suspirando, recliné la cabeza en la butaca y disfruté de aquella habitación tan agradable donde me sentía como en casa. Por la cuidada disposición del mobiliario recordaba un poco a un camarote de barco. A tal impresión contribuían en buena medida dos botellas con pequeños barcos en su interior colocadas sobre el armario y en la estantería. Me levanté para admirar de cerca estas obras de arte. Martha se acercó y me contó que las había hecho su padre, quien también se había encargado de reparar toda la casa. Los barquitos procedían del largo período en que estuvo sin trabajo y con ellos ganó buen dinero. «Padre es marinero aparejador», dijo orgullosa. Cuando le pregunté qué clase de trabajo era ése, comentó: «Son los que antes se encargaban de mantener en perfectas condiciones los aparejos de los barcos de vela. Padre empezó como marinero y más tarde trabajó en un astillero, en Hamburgo». Eso explicaba su rostro de hombre de mar y su curiosa forma de andar, casi balanceándose, que tanto me había llamado la atención. «Con el largo período de desempleo comenzaron los malos tiempos, pero fue mucho peor cuando llegó Hitler». Martha hizo una pausa y no añadió más. En esto nos llamó la madre desde la cocina para que fuéramos a echar un vistazo a sus dominios; con rostro sonriente me confió que acababa de conseguir pescado y manteca «en el mercado negro», así que podía agasajar a sus invitados con una buena cena. Luego nos acompañó a «nuestra habitación», una buhardilla en la que resplandecía el blanco, con las sábanas recién cambiadas y cortinas de gasa que olían a limpio. Emmi y yo, vestidas con harapos y

zapatos desgastados, nos sentíamos totalmente desplazadas en un lugar tan magnífico.

Estábamos sentadas de nuevo ante la mesa del comedor cuando llegó el padre del trabajo. Como era de esperar, la conversación pronto derivó hacia los campos de concentración, pero en los rostros de esta familia no se apreciaba rastro alguno de sentimiento de culpa o, como tan frecuentemente había constatado en estas semanas de libertad, de cualquier tipo de compasión exagerada. Trataban el asunto con total objetividad, casi como si fueran investigadores.

—Ahora os enseñaré mis tesoros —dijo el padre, y fue hacia la estantería.

Primero seleccionó un pequeño volumen y lo colocó solemnemente sobre la mesa: *El manifiesto comunista*. Y luego otro libro: *La Revolución rusa*, de Rosa Luxemburg. ¿Rosa Luxemburg? ¿Por qué tendría libros de Rosa Luxemburg? ¿Era acaso un opositor? Señalando al estante donde se hallaban los numerosos volúmenes de Marx y Lenin, contó que en 1933 había enterrado todos esos libros en el jardín y que habían permanecido bajo tierra doce años.

—Están un poco deteriorados. Como nosotros. Pero ya no tiene importancia. Ahora somos libres y los libros pueden volver a ocupar su lugar en la estantería. Vosotras comprendéis muy bien lo que eso significa, ¿verdad?

Siento cómo se forma la piel de gallina en mi cuerpo extendiéndose en pequeños círculos. Ha llegado el momento. Hasta entonces me amparaba en la débil esperanza de que tal vez los K. fueran socialdemócratas. Pero ¿enterrar a Rosa Luxemburg durante doce años en el jardín? No, ya no había esperanza.

—Camarada Grete, un antiguo prisionero que estaba en Boizenburg me contó que tú eres la mujer de Heinz Neumann y que Heinz fue detenido en la Unión Soviética. ¿Es eso cierto?

Hice un signo de aprobación con la cabeza. En casa de los K. no había hablado de Siberia ni de lo que me sucedió allí; quería demorarlo tanto como fuera posible para mantener la ansiada tranquilidad.

—¿Sabes que conocí a Heinz? —continuó el padre—. Pronunció un discurso en la Boizenburg roja. Era muy buen orador. Y cuánta razón tenía con su lema «Atacad a los fascistas allá donde los encontréis». Si todos lo hubiéramos hecho, no tendríamos este caos. Has de saber que a finales de 1931 un pequeño grupo de militantes, entre los que me encontraba, abandonamos el Partido Comunista. Nos llamaban trotskistas. No lo éramos entonces y no lo hemos sido nunca. Lo que sucedió es que en aquella época comprendimos el engaño, nos dimos cuenta de qué vientos soplaban desde Moscú y que los del comité central en Berlín sólo tenían que obedecer. Ya no se trataba de luchar contra los nazis. Los rusos estaban utilizando el Komintern para sus propios fines. Cuando dejamos el partido procuré hallar una explicación de esa traición en mis libros. Al revisar cuidadosamente la obra de Rosa Luxemburg comprendí que ella había previsto todo esto... Pero en 1933 pronto tuvimos otras preocupaciones. Mis compañeros fueron apresados...

Tras unos instantes de silencio, durante los que se despertó en mí una sensación de felicidad largo tiempo olvidada, me planteó K., titubeando y con palabras inseguras, la siguiente pregunta:

—¿Qué opinas de la Unión Soviética, camarada Grete? Tú estuviste allí, ¿verdad? A nosotros puedes decirnos la

verdad...

Y así lo hice... Entretanto habían acudido a la casa varios amigos, todos ellos antiguos miembros del Partido Comunista, opositores que, como K., habían abandonado el partido; continuaron con sus actividades antifascistas y fueron encerrados por los nazis durante muchos años en cárceles y campos de concentración. Para ellos el cautiverio resultó doblemente penoso. Los presos comunistas los tildaban de traidores trotskistas; sufrieron mucho, pero no más de lo que les hacían sufrir sus dudas políticas, que les atormentaban continuamente. Se consideraban aún comunistas, creían ser los defensores de la teoría pura pese a que sus fundamentos ideológicos ya se habían desmoronado. No osaban cuestionar a Lenin, ni mucho menos la Revolución de Octubre o la doctrina marxista. El mayor traidor se llamaba Stalin... «¿No crees que las cosas habrían sido diferentes en la Unión Soviética si Lenin no hubiera muerto tan pronto?», rezaba una de las preguntas típicas.

Al hablarles de la Gran Purga y de los procesos falseados, me di cuenta de que mis oyentes sabían muy poco de esta terrible verdad y que estaban profundamente afectados. No osaron preguntarme nada. Sólo la madre dijo ingenuamente:

—Después de escucharte, una no tiene más remedio que creer que lo que se decía de los soldados rusos es cierto, que recibían órdenes de arriba para saquear, robar y violar. Siempre creí que las noticias que publicaban los periódicos nazis acerca de la Unión Soviética eran mera propaganda de terror. Pero parece que algo de verdad hay. Todo lo que nos has contado sobre tu detención y la de miles de camaradas, sobre los métodos que utilizaba la NKVD para obtener confesiones, sobre los terribles procesos... es para volverse loco.

Cuando les estaba contando cómo me entregaron a la Gestapo, el camarada M., sin poder contenerse más, exclama:

—¡Malditos asesinos! Algún día les haremos pagar caro todo eso, y también el pacto entre Stalin y Hitler...

F. cuenta que uno de sus camaradas, un hombre mayor, se suicidó cuando supo que se había firmado este pacto infame.

Hace tiempo que Emmi se ha ido a dormir, y mis nuevos y ya buenos amigos, tras haber escuchado la verdad, están desconcertados y desorientados. ¿Para qué hemos vivido, para qué hemos luchado y sufrido tanto?

—Lo peor es que no tenemos derecho a alegrarnos por la liberación porque somos responsables de este caos. ¿No fuimos nosotros, los antiguos comunistas, los que acabamos con la República de Weimar, aunque sin saberlo, por orden de los rusos? —inquire el padre.

Pero enseguida protesta el camarada T. enérgicamente:

—¿Quieres decir con eso que el Partido Socialdemócrata no colaboró con su política del «mal menor» al ascenso de los nazis? ¿No sería diferente la situación en Europa si no hubieran fracasado ya en 1918?

—Eso son sólo hipótesis... Además, el Partido Socialdemócrata no fracasó en 1918, sino antes, en 1914. Pero el fracaso de los socialdemócratas nos habla claramente de nuestros propios errores. No hubiéramos tenido que creer y acatar la disciplina del partido; debimos rebelarnos. Cuando pienso en la «revolución popular» se me revuelven las tripas.

—¡Silencio! —exclama súbitamente la madre mientras sube el volumen de la radio y trata de sintonizar la BBC.

—La radio fue lo que nos mantuvo vivos durante los años de la guerra. Nos reuníamos aquí, a veces hasta diez personas, cuidando de cerrar bien las puertas y correr las cortinas. Es un milagro que no nos descubrieran.

Seguimos charlando hasta el alba. Me hallaba ante los primeros camaradas del mundo libre que compartían mis puntos de vista, hombres que tras largas y penosas dudas se habían distanciado del partido cuestionándose su concepción del mundo. El viacrucis aún no había terminado para ellos, pero ahora conocían los sufrimientos que padece el comunista que abandona sus ideas y, solo y defenestrado, tiene que aprender a orientarse de nuevo en la vida. Totalmente exhausta por el esfuerzo del relato, me sentía sin embargo muy animada y optimista. Debe de haber en Alemania otros muchos antiguos camaradas como K. y sus amigos. Juntos lograremos desenmascarar la falacia soviética.

Durante las siguientes jornadas nos dedicamos a descansar; tomamos el sol en el pequeño jardín de rocalla que rodea la casa, donde cada pedacito de tierra florece, o paseamos por el campo hasta llegar a la orilla del Elba. Allí van a nadar algunos soldados americanos mientras otros juegan un partido de béisbol improvisado.

Pocos días más tarde el padre llega a casa con una noticia inquietante. Se rumorea que los rusos ocuparán también Mecklenburgo y Turingia, y que los americanos ya están replegándose.

—Sería una locura, los aliados no pueden hacer algo así —exclamo—. ¡No son suicidas!

—Tampoco parecen ser políticos muy perspicaces —dice amargamente el padre—. ¿Por qué tuvieron que permitir que los rusos llegasen hasta Berlín? Aun ahora hubieran podido

enviarlos más allá del Oder. No les hubiera supuesto gran esfuerzo. Lo que cuentan los refugiados acerca del ejército ruso y de su armamento es para reírse. A saber lo que habría sido de ellos sin la ayuda de los americanos.

—¿Y qué será de vosotros si permiten que los rusos lleguen hasta el Elba?

En cuanto acabo de hablar me arrepiento de haber formulado tal pregunta, pues veo las miradas angustiadas de la madre y de Martha.

—No, es imposible, no puede suceder algo así.

Meses más tarde —entretanto hacía tiempo que me hallaba yo en la meta de mi viaje— recibí una carta estremecedora del padre de los K. Aquello que nos negábamos a creer se cumplió: los rusos habían avanzado hasta el Elba. Cada línea de su carta destilaba amargura y rabia:

«Nuestra situación se asemeja a la que debió de existir antes del diluvio universal. Los llamados comunistas lo denominan socialismo y defienden la muerte, los saqueos, los robos, el engaño y la dictadura como algo mucho mejor que el fascismo de Hitler... ¿Qué dicen los comunistas “del Reich” respecto a esta barbarie...?».

Podría haber contestado a tal pregunta, pero ciertamente mi respuesta no hubiera satisfecho al viejo K.

## CRUZANDO EL ELBA

Dos antiguas prisioneras francesas a quienes los americanos han permitido cruzar el Elba, impulsadas por su desbordante alegría ante el inminente regreso a casa, nos

han regalado sus bicicletas, que en esta época sin ferrocarriles ni gasolina constituyen bienes muy preciados.

Las malas noticias ganan terreno; día y noche retumba por la calle principal de Boizenburg el estruendo de camiones, tanques y cañones americanos en dirección oeste. Emmi y yo decidimos practicar unos días con las bicicletas y luego, pasase lo que pasase, hallar el medio de cruzar el Elba. En Boizenburg dicen que cerca de Lauenburg funciona un transbordador clandestino y que al rayar el alba los refugiados pasan el río en barca. Transcurren los días, pero Emmi sigue sin animarse a emprender la marcha. Tiene miedo de la carretera; cualquier contingencia la intimida. A mi propuesta de ir por lo menos una vez a Lauenburg para inspeccionar el lugar y comprobar si efectivamente existe alguna forma de cruzar el río, me plantea siempre la misma objeción:

—Pero ¿no has oído que detienen a todos los que pescan en la barca? Es mejor que volvamos a intentarlo en la comandancia de Boizenburg; tal vez nos permitan pasar por el puente provisional.

Y lo intentamos, pero en vano.

Entretanto se han marchado los americanos y Mecklenburgo queda bajo ocupación inglesa. En la plaza de la ciudad contemplo asombrada las curiosas maniobras que ejecutan los soldados ingleses durante el relevo de la guardia; me recuerdan tanto a las que vi en Potsdam que parece como si este ejército se asemejara más al antiguo ejército prusiano que al de sus aliados americanos. En realidad éstos no hacían instrucción, sino que más bien eran civiles uniformados.

Con la nueva oleada de refugiados llegan más rumores amenazadores acerca del avance de los rusos hacia



Mecklenburgo. Ahora es mi amable anfitrión quien me apremia a partir, y como Emmi sigue titubeando, resuelvo finalmente irme sola, aunque me resulta penoso abandonarla a su destino. ¿Cómo hará para continuar con su falta de iniciativa? ¿Cómo encontrará ella sola el camino a su país en medio de este caos? Pero no cabe otra posibilidad: tengo que abandonarla.

Martha me acompaña, pues quiere llevarme a casa de los familiares que viven en Lauenburg para que me alojen esa noche.

Pero poco antes de alcanzar nuestra meta encontramos un obstáculo imprevisto. Los ingleses han cortado el tráfico por el puente del canal Elba-Trave. Quieren evitar que los refugiados inunden la ciudad. A lo largo del prado que bordea el canal acampan cientos de liberados con sus carros; aguardan pacientemente con la esperanza de que en algún momento les permitan continuar. Procuro convencer al soldado que monta guardia en el puente, pero ni siquiera estima necesario responder a mis requerimientos.

—¿No sería mejor —sugiere Martha— que regresaras a Boizenburg?

Estoy tentada de decirle que sí. Al menos en Boizenburg cuento con esta amable familia, allí hay personas a quienes he tomado cariño, una casa, una cama, y aquí, la barrera del Elba y cientos de kilómetros de incertidumbre. Pero ¿voy a darme por vencida ante el primer obstáculo? No, eso es imposible. Al otro lado del río está mi meta y debo alcanzarla como sea. ¿Y por qué me obstino en ir a Thierstein? ¿Es por mi madre, a quien añoro y a la que necesito encontrar? Sí, definitivamente sólo allí me sentiré en casa.

—Martha, tengo que quedarme y esperar como los demás. Ya me dejarán dormir en algún carro; además, he traído una manta.

Cuando veo cómo desaparece en la distancia la figura de Martha con su falda roja, me siento profundamente triste.

Más allá del prado se extiende un pinar. Me encamino hacia allí por la senda que bordea la orilla con la esperanza de hallar algún lugar resguardado para pasar la noche. A lo lejos se eleva el armazón de un puente bombardeado. Seguramente el canal no tiene más de veinte metros de ancho y me obsesiona la idea de que tan escasa distancia me impida continuar. Sin darme cuenta he llegado hasta el puente, uno de cuyos arcos permanece intacto, y con él una estrecha pasarela de madera. Sin considerar el riesgo, cargo con la mochila y avanzo un poco para comprobar su resistencia. Puede aguantar. Pero antes de continuar regreso a por la bicicleta, mi posesión más preciada. Y lo consigo. Bañada en sudor descanso ya en la otra orilla, entusiasmada y también orgullosa por haber conseguido burlar a los ingleses.

En Lauenburg no logro encontrar a los parientes de K. Deambulo durante largo tiempo hasta que finalmente me dan albergue en un establo abarrotado de refugiados. Allí me confirman que existe un paso clandestino por el Elba y me dicen dónde aguarda la barca que atraviesa el río. Basta con estar allí al amanecer; sólo entonces hay posibilidad de cruzar. Pero en la ciudad han implantado el estado de excepción: los alemanes sólo pueden circular entre las cinco de la mañana y las diez de la noche; si te atrapan a otra hora, acabas en la cárcel. Me indican el camino hasta la ribera del Elba y al día siguiente, a las cuatro de la madrugada, abandono el establo. Marcho por la carretera desierta con el

corazón palpitando desenfrenadamente. Llego por fin a la orilla, y muy decepcionada veo que más de cien hombres hacen cola ordenadamente. Una singular barca de pesca vadea el río, llevando en cada viaje cinco ocupantes como máximo. El Elba tiene en este punto más de un kilómetro de ancho y la corriente es muy fuerte. A medida que transcurren los minutos, voy perdiendo la esperanza.

—Si tenemos suerte, puede que hoy el comandante inglés se levante tarde y no nos descubra hasta el desayuno —dice uno que parece muy informado.

—¿Puede vernos? —pregunto extrañada, pues nos ocultamos tras los matorrales de la orilla.

—Sí, perfectamente. —Y señalando con la mano hacia Lauenburg, añade—: Su casa está allí, sobre la colina. A la hora del desayuno toma los prismáticos y observa la barca que va y viene. Por supuesto, le fastidia que los refugiados intentemos cruzar el río, porque está prohibido y sobre todo porque él mismo dio la orden. Inmediatamente después envía un destacamento de soldados.

—¿Y qué sucede entonces?

—Depende, unas veces detienen a la gente y otras los dejan huir y confiscan el bote.

—¿Te ha pasado alguna vez? ¿Y cómo es que hay otra barca?

—Siempre hay tipos listos que se las ingenian para encontrar más botes.

Hacia las ocho de la mañana —ante mí aguardan aún treinta o cuarenta personas— grita uno súbitamente: «¡Vienen los ingleses!».

Y salen todos en estampida. Salto a mi bicicleta y pedaleo a toda velocidad entre los arbustos de la orilla. Hay que

espabilarse, ¡no me puedo dejar atrapar! Oculto la bicicleta tras un denso matorral lleno de ortigas y luego me deslizo por entre las ramas. Se oyen voces y maldiciones, pero al cabo de un rato el ruido parece alejarse. Estaba a punto de salir de mi escondite cuando oigo un crujido procedente de unos arbustos cercanos. Me agacho conteniendo la respiración. Con un tono verdaderamente prusiano, un hombre me ordena salir mientras aparta las ramas. Es un policía auxiliar alemán. «Acompáñenos», añade con la misma inflexión marcial que tan bien conozco.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Déjese de preguntas estúpidas. Sabe muy bien que los ingleses han prohibido cruzar el río. Ahora deberá asumir las consecuencias y esperar en un campo de refugiados hasta que se restaure el orden.

—Es lo que me faltaba. ¡Salir de un campo para entrar en otro! —Mi voz tiembla de cólera—. ¿Y también es idea de los ingleses husmear entre los arbustos buscando gente o ha sido sugerencia suya?

Dios santo, menos mal que el policía no llevaba porra; de lo contrario, me habría hecho pagar mi impertinencia.

Su compañero interviene:

—¿Por qué se pone así? Cumplimos órdenes de las fuerzas de ocupación. Si por nosotros fuera, no detendríamos a ninguno de los que quieren atravesar el río. No nos ponga las cosas más difíciles.

Cuando fracasa mi último intento de convencerles de que como antigua prisionera de un campo al menos deberían dejarme tranquila, me doy por vencida. Con las pantorrillas y las manos ardiendo por las ortigas y la cara enrojecida, me conducen hasta el prado. Allí están cargando a los detenidos en camiones. Curiosamente, ninguno se resiste. A cierta

distancia hay varios soldados ingleses acompañados de un oficial. ¿Y ahora quieren encerrarme en un campo, de vuelta a las alambradas, barracones, centinelas, órdenes...? Arrojando la bici al suelo me lanzo sobre el oficial.

—*Sir*, después de siete años en campos de concentración sólo conseguirá llevarme a la fuerza a un campo de refugiados. Este es el documento que me entregaron cuando fui liberada. Déjeme regresar a la ciudad, por favor.

El oficial echa un vistazo al papel y dice:

—*You can go!*

Apenas me he alejado un trecho cuando los nervios me traicionan, me tiemblan las piernas y siento mareos.

—¿Sabe dónde me podrían dar albergue en Lauenburg? —pregunto a la primera persona que me encuentro mientras vuelvo a la ciudad.

La mujer tiene los labios pintados de rojo encendido y las cejas perfiladas; lleva un vestido primaveral de color claro.

—Ya no queda ningún sitio —replica con su marcado acento de la Prusia oriental—. Nosotros también somos refugiados y vivimos allá abajo, en la caseta que hay junto al canal.

Señala con la mano una cabaña destartalada. Tras darle las gracias, me dispongo a continuar mi camino cuando se aproxima y me mira fijamente:

—Yo te conozco.

—No lo creo, seguramente me confundes con otra persona.

—No, no puedo equivocarme, te conozco...

Se detiene y parece que no sabe si seguir hablando. Por su actitud yo creía que se trataba de una de esas personas que

siempre encuentran «viejos conocidos» simplemente por ganas de hablar.

—Pero ¿de qué me conoces? ¿Cuándo me has visto?

—En 1940 y 1941.

—Eso es imposible, en esos años yo no estaba... —y a punto estoy de decir «en Alemania», pero me contengo a tiempo y añado—: aquí.

Esta conversación sin sentido empieza a irritarme.

—Fue en Ravensbrück. Tú eras mi jefa de bloque, el de las antisociales.

¿Se avergüenza realmente o simplemente está actuando? Se ha puesto colorada...

—Sí, es cierto, fui jefa de bloque durante dos meses.

¿Cuánto tiempo estuviste en Ravensbrück?

—Hasta 1941. Me liberaron e inmediatamente después me reclutaron para el servicio obligatorio. Más tarde tuvimos que huir de los rusos, desde la Prusia oriental hasta aquí.

Busca afanosamente en su bolso hasta que saca un cajetilla de cigarrillos. Son ingleses.

—Ahora podemos fumar cuanto queramos, ¿eh, jefa? Ya no hay que conformarse con los veinticinco pitillos. ¡Dios, cada vez que me acuerdo...! —dice riéndose, mientras me ofrece un cigarrillo.

Tiene las uñas cuidadosamente limadas y pintadas de rojo luminoso.

—¿Adónde quieres ir ahora?

—Primero tengo que cruzar el Elba y luego iré a Baviera, a buscar a mi madre. Si estuviera ya al otro lado del río...

Cuando le cuento mi experiencia con los policías, muestra su repulsa hacia tal tipo de hombres con un par de maldiciones hirientes.

—Los ingleses nunca se comportarían así. Los americanos no son malos, pero los ingleses son mucho más finos. Son hombres muy distinguidos, te lo digo yo.

Así pues, está contenta con su nueva clientela. Tras arrojar la colilla al canal, me despido.

—Ah, no, ni hablar. No voy a dejar en la calle a mi jefe de bloque. Desde luego, la cabaña donde vivimos no es gran cosa, pero podrás dormir bajo techo. Mi madre se quedará con la boca abierta cuando vea que llego con una compañera de Ravensbrück.

Sin esperar mi respuesta, coge la bicicleta, da media vuelta y me lleva colina abajo hasta la orilla del canal pasando por un área industrial devastada, con almacenes arrasados por las bombas, grúas inactivas y remolcadores amarrados a la orilla. La caseta se compone de dos piezas separadas por un pequeño pasillo. En cada habitación vive una familia. La de la «antisocial» está formada por seis personas; la otra, por cinco. En el interior huele a trapos húmedos y a patatas cocidas. Cuando la madre se entera de que nos conocimos en Ravensbrück, se muestra muy hospitalaria.

—Siéntate, por favor. La comida estará lista enseguida. Por desgracia sólo tenemos patatas con salsa. Si hubiera sabido...

Una bata desteñida cubre su corpulento cuerpo. Madre e hija son idénticas. Tienen el mismo rostro ancho y tosco, aunque el de la anciana está más ajado, las mejillas hundidas y la nariz hinchada y deforme. Pero la madre lleva el cabello primorosamente rizado y me parece que incluso teñido.

Completan la familia el padre, que dice ser carpintero, dos hermanos pequeños y la hermana mayor. Los muchachos recogen colillas para la pipa del padre y llevan a casa patatas, madera y carbón. Las dos hermanas proveen a la familia de conservas, cigarrillos y demás manjares que les

suministra el ejército inglés. Tampoco falta el café. Enseguida me doy cuenta de que en esta familia no reina el ambiente característico de los refugiados. Tienen la asombrosa capacidad de adaptación de los «antisociales». Incluso han «embellecido» su vivienda provisional: postales y fotografías recortadas de periódicos decoran las paredes, y el espejo de la esquina está festoneado con flores de papel; debajo, sobre un cajón usado a modo de tocador, polveras y bigudíes.

—Habéis hecho un buen trabajo con la casa. Es muy acogedora —le digo a la madre.

—Hacemos lo que podemos. Pero cuando recuerdo la hermosa casa en que vivíamos en Kónisberg, me echo a llorar.

Y se enjuga las lágrimas.

Muy interesada, me pregunta luego si ya he solicitado en Lauenburg los cupones para alimentos. Hago un signo de negación con la cabeza.

—Lieselotte, acompaña enseguida a tu compañera al ayuntamiento para que le den sus cupones. Faltaría más, a ti te corresponde el doble que a los demás. Por supuesto, Lieselotte ya ha solicitado el suplemento. Todos los que han estado en campos de concentración tienen derecho a ello. Lo dijeron en la radio.

Lieselotte obtiene mis vales con facilidad.

—Esta es una antigua compañera del campo de concentración —me presenta.

Al mostrar mi pase de liberación aumenta visiblemente su estimación ante las autoridades.

De vuelta en la cabaña, toda la familia delibera sobre cuál es la forma más segura de cruzar el Elba.



—Lo más fácil es ir por la carretera hacia Curfew, siempre que estés allí entre las dos y las cuatro de la madrugada. Mañana te despertaremos a la una y media y luego derecha a la orilla para ser la primera.

—¿Y si me detienen los ingleses por segunda vez? ¿Qué pasará entonces?

En ese momento interviene el padre:

—Tendrás que correr ese riesgo. Ya sabes, el que no se moja, no cruza el río.

Después se ponen a contar historias de detenciones, de botes confiscados y de disparos indiscriminados. Desde luego, no podía decirse que fueran buenos psicólogos.

Por la noche extienden seis jergones de paja sobre el suelo; Lieselotte me cede el suyo y ella se acuesta con su hermana. Está aún oscuro cuando la madre me despierta. Ha preparado café y rebanadas de pan.

—Tienes que llevarte algo para el camino. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Luego me entrega una bolsita de tabaco y papel de fumar. Comienza a despuntar el sol cuando tras una afectuosa despedida abandono la cabaña y marchó a lo largo del camino adoquinado del canal. ¡Si esta maldita bicicleta no hiciera tanto ruido...! Más tarde cruzo el dique y llego al prado, sobre el que se extiende una ligera niebla. En cuanto haya alcanzado los arbustos de la orilla estaré a salvo. Encuentro el lugar de ayer. No hay nadie, pero tampoco barca alguna. En la orilla opuesta parece distinguirse algo oscuro. Tal vez un bote. Pero ¿de qué me sirve? Sin saber qué hacer, miro desconcertada a mi alrededor. Reina un silencio sepulcral. Hasta el agua fluye sin hacer ruido. Podría atravesar el río a nado, pero eso supone abandonar la bicicleta y todo lo demás. En ese momento crujen las ramas.

Me sobresalto. Oh, Dios, seguro que es la policía. Un hombre joven sale de entre los arbustos con su bicicleta y me saluda con un «buenos días».

—Parece que soy el segundo. No está mal. Pero ¿dónde está la barca? Maldita sea, los ingleses la han remolcado al otro lado. ¿Y ahora qué?

Fumamos un cigarrillo mientras pensamos qué hacer. Llega después otro hombre. Como los demás refugiados, ha pasado la noche entre la maleza. Ambos son soldados que quieren escapar de la cárcel.

—Sólo nos queda una salida. Nosotros dos nadamos hasta la otra orilla mientras tú vigilas nuestras cosas y regresamos con la barca. ¿De acuerdo?

Lentamente las cabezas de los nadadores se van alejando. La corriente es muy fuerte y los arrastra continuamente. Ojalá no les pase nada. El agua está aún muy fría. En cuanto alcanzan la orilla opuesta, unos cien metros río abajo, veo que trastean en la barca. Ha transcurrido ya una hora y aún no han regresado. ¿Qué puede haber ocurrido? Ahora distingo a un tercero que les acompaña. Corren de un lado a otro por la orilla y finalmente desatan el bote. A medida que se aproximan compruebo que los tres utilizan tablas a modo de remos, realizando grandes esfuerzos para hacer avanzar el bote. Los ingleses han arrojado los remos al río y la corriente los ha arrastrado, así que los soldados tienen que pedir tablones en la granja más cercana. El tercero es un trabajador del este, un polaco que se ha ofrecido a ayudarnos. Pero tres bicicletas y cuatro personas constituyen una carga considerable para la barca.

—Toma, ésta es tu tabla. Y ahora a remar con todas tus fuerzas; de lo contrario nos hundiremos.

Para manejar nuestros improvisados remos tenemos que ponemos de pie. El agua llega a escasos centímetros del borde de la barca. La corriente me marea y a cada momento temo perder el equilibrio. Nos hallamos ya en medio del río cuando el bote comienza a girar por la fuerza de la corriente. «Venga, más rápido, no desfallezcas». El tablón se me resbala y una fina lluvia cae sobre nosotros. Pero afortunadamente todos ríen por el remojón. Finalmente superamos la corriente y nos acercamos a la orilla.

Saco mi bolsita de tabaco y quiero dársela al polaco, pero éste la rechaza indignado:

—No, no os he ayudado para recibir algo a cambio. Guarda el tabaco, lo necesitarás.

Continúo por la orilla y luego por la carretera en dirección a Celle. ¡Lo he conseguido! Ya no hay ningún obstáculo que me impida alcanzar mi meta. Estoy tan exultante que trato de pedalear sin manos. Por fin soy libre, totalmente libre.

# DE VUELTA A CASA

## UN RELATO DRAMÁTICO

La carretera atraviesa las landas de Lüneburg. Abedules, pinos y lagunas bordean el camino. Cien metros más allá comienza el paisaje de juncos y brezos. En las colinas florece la retama dorada y trinan las alondras. A lo largo de la carretera hacia Celle no me encuentro a nadie durante kilómetros. La riada de refugiados ha quedado retenida al otro lado del Elba. Así, sola, sin más preocupación que pedalear, disfruto de mi primer día más allá del río.

Hacia el mediodía siento hambre y me desvío por un camino lateral, pues según el indicador pronto llegaré a un pueblo. Ante mi vista desfilan amplias y hermosas casas con enormes tejados de caña, y mientras decido en cuál entrar, capta mi atención un gran letrero colgado en el portón de una de ellas: «Está prohibido saquear esta casa. El propietario ha salvado a un judío». Sin pensarlo, abro la puerta y me encuentro en el espacioso y fresco zaguán de la casa. Del fondo sale un joven bajo y corpulento, y como en tantas otras ocasiones pido algo de comer. Seguramente se trata del judío al que salvaron la vida. A juzgar por su pelo rapado y su aspecto singular, debe de ser un antiguo prisionero. «Espera un momento, voy a preguntar», me dice. Oigo voces y ruido de platos. Luego se abre la puerta y me

llama: «Entra, estamos a punto de comer». Sentados a la mesa de la cocina están el campesino, la campesina y una muchacha. El joven de ojos oscuros me ofrece una silla, como si fuera el anfitrión. Todos comen en silencio de una gran fuente de leche agria que hay en el centro de la mesa. La campesina me mira y me hace un gesto con la cabeza animándome a comer. Tengo ante mí un montón de patatas cocidas aún calientes. Comienzo a pelarlas con el mango de la cuchara, como hacen los demás, y ansió que empiecen a conversar para no sentirme tan cohibida. Por un momento he olvidado que los campesinos no hablan durante las comidas. Para mi gran alivio, finalmente el joven rompe el silencio:

—¿De dónde vienes?

Y les cuento cómo he conseguido cruzar el Elba. Luego quiere saber dónde estuve antes. Apenas he pronunciado las palabras «campo de concentración» cuando exclama:

—Miren, aquí tienen a una de mis compañeras. ¡Y de Ravensbrück! ¡Qué alegría! ¿Cómo has venido a parar justo a este pueblo?

Replico a mi vez con otra pregunta:

—¿Y qué haces tú aquí? He visto el cartel de la entrada. ¿Qué sucedió?

La campesina me conduce a la sala de estar como si fuera yo una distinguida invitada. Pone sobre la mesa ovalada unas tazas de café con el borde dorado y va de un lado a otro. Mi compañero del campo apenas ha dejado de preguntar. Quiere saberlo todo acerca de Ravensbrück. Y se dirige continuamente al dueño de la casa:

—Ve usted, así son los prisioneros de los campos de concentración, ¡seres inocentes! Ya ha oído que en

Ravensbrück miles de mujeres fueron tratadas como animales.

El campesino sólo asiente y desvía la mirada. Finalmente consigo que B. cuente su historia. Al decirme que sus penurias comenzaron en Polonia, mi primera pregunta es:

—¿Cómo es posible que hayas sobrevivido?

—Logré sobrevivir gracias a los relojes.

—No entiendo. ¿Qué tienen que ver los relojes en todo esto?

—Sucedió más o menos del siguiente modo. Tras las primeras redadas en mi ciudad, en Polonia, cuando los alemanes confinaron a los judíos en guetos, en el invierno de 1941-1942, mi familia y yo consideramos qué debíamos hacer para salvarnos. Mis padres opinaban que los dos mayores, mi hermana y yo, debíamos ir voluntariamente a un campo de trabajo de las SS porque ya habíamos aprendido un oficio, pues yo soy relojero y mi hermana es modista. Así pues, fuimos a Cracovia. Por todas partes oíamos que se asesinaba a los judíos. Y ya no fue necesario pensar. Al despedirse me dijo mi hermana: «Cuando acabe la guerra, y si aún seguimos con vida, te esperaré en casa de la tía, aquí en Cracovia. No lo olvides».

»Pronto me di cuenta de que en el campo de trabajo tampoco se escapaba de la muerte. Las selecciones para las cámaras de gas eran continuas. Yo me había presentado enseguida como relojero y ya en los primeros días un SS me entregó su reloj de pulsera con la orden de repararlo inmediatamente. Entonces comprendí que en tanto tuviera ese reloj en mis manos, mi vida no correría peligro, no me seleccionarían para ningún transporte. Aprendí a organizarme de manera que antes de haber terminado una reparación, ya me habían encargado otra. Los SS siempre

tenían relojes que no funcionaban. Así sobreviví dos años, de un reloj a otro. Me enviaron a una columna de trabajo, luego a un campo de concentración, y mi vida pendía siempre de un reloj. Pero a finales del año 1944 mi método falló. Un kapo me ordenó que reparara su reloj a cambio de un pedazo de pan. No osé negarme e intenté arreglarlo a escondidas, en el taller. Un prisionero nos había espiado mientras hablábamos; como sabía que estaba prohibido hacer trabajos para otros presos, me amenazó con denunciarme a las SS si no le entregaba el reloj. Le supliqué que no me delatara; si le daba el reloj, el kapo me mataría. Fue en vano. Me denunció y me encerraron en el bloque disciplinario. La muerte se cernía sobre mí. Pronto me convertí en un “musulmán” <sup>[11]</sup> y fui enviado a Bergen-Belsen. Creía ya que mi suerte estaba echada, pero no fue así.

Mientras habla, B. suspira y gesticula como si estuviera reviviendo una vez más el horror de aquellos días. Tiene la frente cubierta de sudor y los ojos inyectados en sangre.

—En Bergen-Belsen organizaron un transporte para tareas de limpieza en Hamburgo. Necesitaban mil prisioneros. Se apuntaron tal vez cinco mil. Todos querían huir del infierno, ser uno de los mil elegidos. Los prisioneros golpeaban a sus compañeros para abrirse camino entre el gentío. Con mis últimas energías me arrastré entre las piernas de los que estaban enzarzados en peleas hasta que finalmente lo logré: ¡era uno de los mil seleccionados y estaba salvado!

»En Hamburgo todo marchaba muy bien. Recibíamos pan, trabajábamos en un astillero y los hombres eran amables con nosotros. Al cabo de unas semanas corrió el rumor de que íbamos a regresar a Bergen-Belsen. Comprendimos que eso significaba el fin. Sin saber bien para qué, robé en el lugar de

trabajo unos pantalones de paisano, una chaqueta y una gorra. También me llevé unas tenazas. No sabría decir si había planeado realmente la huida. Sencillamente asumí el riesgo. Fuimos enviados a los vagones de mercancías, y mientras los demás se acurrucaban en el suelo embrutecidos y desesperados, examiné las dos puertas del vagón por si aún podía intentar algo. Los vigilantes de las SS no podían vernos, pues estaban lejos, junto a la caseta del guarda-frenos. Pero las puertas estaban firmemente cerradas y se resistían a mis pequeñas tenazas. Vi que arriba, justo debajo del techo, había una pequeña ventana y me centré en ella. Los tomillos que sujetaban la reja estaban totalmente oxidados. Había que aflojar seis piezas. Con la mano izquierda me subí a un travesaño del lateral y traté de sacar los tomillos con las tenazas. Al principio era desesperante, y a punto estuve de darme por vencido. Pero pronto comenzó a moverse el primer tornillo. Redoblando esfuerzos continué girando y presionando. A cada poco se me cansaba el brazo y tenía que descansar. Los demás parecían no darse cuenta de mi peligrosa ocupación. Ya había desatornillado cuatro piezas cuando un prisionero ruso me preguntó en voz baja si intentaba huir y si sus compañeros y él podían acompañarme. Hice un signo de aprobación con la cabeza. A partir de ese momento todo fue muy rápido. Uno de los rusos me sostenía desde abajo. La reja se desprendió y asomé la cabeza por la ventana. No se veía nada, estaba muy oscuro. Rápidamente lancé los chanclos de madera y escuché atentamente. Todo permanecía en silencio. A continuación voló mi fardo con la ropa de paisano, salté del tren que circulaba muy despacio y caí rodando por el terraplén. Inmediatamente después saltaron otros dos. Los rusos estaban fuera. Nada se movía. Cuando los faros del tren desaparecieron en la distancia, me levanté y respiré



profundamente. Los rusos se aproximaron y buscamos juntos durante un buen rato mis preciados chanclos y el saco de ropa. En un instante me puse el pantalón y la chaqueta de paisano sobre el uniforme del campo y les sugerí que se pusieran las chaquetas del revés para que no les reconocieran enseguida como presos del campo. Ya estábamos listos y podíamos emprender la huida por el bosque. Pero entonces uno de los rusos me dijo: “Nosotros no vamos contigo, judío”. Eso me dolió, pero en fin, ya estaba acostumbrado.

B. hace una pausa y se enjuga el sudor. La campesina, que parecía aterrorizada mientras escuchaba el relato, se apresura a salir de la habitación. A mí me corren las lágrimas por las mejillas.

—Caminé muchos kilómetros por senderos, atravesando prados y campos. Al amanecer llegué al linde del bosque. No podía dar crédito a mis ojos: ante mí se alzaban los barracones de una planta que tan bien conocía, pero no estaban rodeados de alambradas sino de una simple valla. Era un campo para trabajadores del este. Entonces se me ocurrió una idea: tal vez pudiera conseguir trabajo y comida en alguna granja si me hacía pasar por un trabajador del este, pero nadie me proporcionaría un lugar para dormir. Así pues, resolví saltar la cerca del campo por la noche y pernoctar allí. Al otro lado del bosque había un pueblo. Llamé a una puerta, dije que era un trabajador del este y me ofrecí para cortar leña si es que tenían. La tenían. Pero en cuanto al alojamiento, aunque fuera en el granero, no transigieron. Eran las primeras horas del día cuando comencé a partir madera. Apenas podía sostenerme en pie. Pensaba continuamente que quizá los campesinos se apiadaran de mí y me dieran algo de comer. No podía pensar en otra cosa. Hasta que por fin la mujer de la casa me llamó:

«Entra a desayunar», y olvidando toda precaución corrí desesperadamente hacia la cocina. Ya me veía ante la puerta, quitándome cortésmente la gorra, pero en el último momento reflexioné. Mi cabeza rapada me habría delatado enseguida como prisionero fugado de un campo de concentración. Para reparar mi error, trocéé el pan en pequeños pedazos y me los llevé muy despacio a la boca como si este desayuno fuera lo más natural del mundo y no el primer bocado para un hambriento. Profundamente agradecido, por así decirlo, trabajé hasta el mediodía, y fue entonces cuando casi me descubren. La mujer del campesino colocó una gran fuente llena de verdura y patatas en el centro de la mesa. Como en Alemania nunca había comido en platos sino siempre en escudillas de latón, supuse que los campesinos tendrían la misma costumbre. Esta escudilla era casi el doble de grande de las que había visto hasta entonces, pero ahora me encontraba entre alemanes libres. Sin pensarlo mucho, extendí el brazo, me acerqué la fuente y me dispuse a comer. Cuando estaba a punto de llevarme la cuchara a la boca me quedé paralizado al observar la mirada estupefacta de los campesinos, y esbozando una tímida sonrisa empujé la fuente hacia el centro de la mesa. Todos empezaron a comer de la escudilla común sin decir nada.

»Al anochecer había cortado ya una gran pila de leña. El campesino refunfuñó satisfecho que podía regresar al día siguiente. Corrí por el bosque hacia el campo de los trabajadores del este. Estaba totalmente oscuro. Salté la valla y me agazapé tras la puerta del primer barracón, que habían dejado abierta. Abrazado a mis rodillas, me quedé dormido. Al rayar el alba me deslicé sin hacer ruido, trepé por la cerca y caminé hasta la casa del campesino. Durante dos noches todo fue bien, pero la tercera sonó la alarma aérea. “Apagad las luces”, gritaron los soldados de guardia, al tiempo que

uno de ellos recorría los barracones con su linterna. Llegó a la puerta tras la que yo me escondía e iluminó las puntas de mis pies que asomaban por detrás. Me atraparon, me arrancaron la gorra y entonces vieron mi cabeza afeitada. “¿De dónde sales tú, maldito judío? Has huido, ¿verdad?” Me golpearon en la cara. Del resto apenas me acuerdo; sabía que esta vez no tenía escapatoria. Cuando concluyó la alarma aérea me llevaron a la policía. “Esta es mi última noche”, pensé.

»A la mañana siguiente llamaron por teléfono a Bergen-Belsen y llegó la orden de trasladarme allí, pues del transporte de Hamburgo se habían fugado varios prisioneros a quienes aún estaban buscando. Aquella misma tarde dos policías me metieron en un coche y salimos. Al llegar a un pequeño pueblo tuvimos que detenernos porque volvió a sonar la alarma aérea. Me trasladaron a la alcaldía. Como la alarma no cesó hasta varias horas después, tuvimos que pernoctar allí, en una habitación. Me ordenaron que me tumbara en el suelo, al fondo del cuarto. Los dos policías estaban sentados ante una mesa, uno con la espalda apoyada en la pared y el otro enfrente. Supongo que debí de quedarme profundamente dormido, cuando de repente algo me despertó. Los dos policías roncaban. Casualmente miré hacia la puerta. Me levanté muy despacio con la vista clavada en ella: se habían olvidado la llave en la cerradura. A partir de ese momento sentí que no era yo quien actuaba; era otro, un hombre desesperado que aprovechaba la última posibilidad de seguir con vida. Entre la pared y la espalda del policía no había más de veinte centímetros. Con los zapatos bajo el brazo, me deslicé sigilosamente por aquel minúsculo espacio. Los policías seguían roncando. A dos pasos de distancia me detuve y me dije: “Tengo que huir”. Los policías seguían roncando. Ya estaba ante la puerta. Giré la

llave sin hacer ruido, la saqué y accioné el picaporte. Mi corazón había dejado de latir. Reinaba un silencio absoluto. Acerté a cerrar la puerta, tanteé la cerradura y giré de nuevo la llave. Pero cuando me disponía a guardármela, súbitamente el valor me abandonó. La dejé puesta. Me hallaba en un largo pasillo; llegué hasta la puerta del edificio y luego corrí por caminos oscuros hasta llegar al bosque, donde caí desplomado. Tenía convulsiones y me salía espuma por la boca; después perdí el sentido. Cuando me desperté a la mañana siguiente, yacía tendido en el suelo, oculto entre los arbustos...

»Creo que no me atraparon porque, en lugar de alejarme, me quedé en las cercanías. De este modo los despisté. En el pueblo más cercano llamé a una puerta, y así llegué a la casa donde ahora nos encontramos. Me salvé gracias a que el campesino me permitió dormir en el granero. Allí escondí mis ropas de prisionero, que hasta entonces llevaba puestas debajo de las de paisano. Estábamos a comienzos del mes de abril y ya no hacía frío. Durante ese tiempo cortaba leña y aguardaba pacientemente a que me llamaran a comer. Jamás di un paso fuera de la granja. Al cabo de algunos días llegó un hombre y se dirigió hacia mí. Era un SS. Dejé el hacha en el suelo, a la espera del golpe en la cara. “¿Cuánto tiempo hace que trabajas aquí?”, me espetó. “Una semana”, respondí. “¿Dónde está el campesino?” Señalé la casa con la mano. “Cuando hayas terminado tu trabajo me acompañarás para partir más leña, ¿entendido?”, dijo antes de irse. Pero gracias a Dios el campesino se negó a dejarme marchar.

»En el pueblo vivían algunos prisioneros de guerra. El día 12 de abril vino un francés a la granja saltando y gritando muy excitado: “Date prisa, han llegado los ingleses”. Yo le seguí muy despacio. Por las calles circulaban tanques. Pero ¿qué sentido tenía todo eso? Para mí no significaba nada.

Dos días más tarde, el 14 de abril, los tanques se detuvieron frente a la granja. Junto a ellos estaba también un muchacho que llevaba una gorra con la esvástica de metal. Un prisionero de guerra francés se la arrebató, arrancó la cruz y la tiró al suelo. Entonces supe que todo había acabado. Era el final del horror. Ese día, 14 de abril de 1945, volví a nacer. Bailé y canté canciones polacas. Luego regresé corriendo a la casa del campesino, me quité la gorra y le mostré mi cabeza rapada. “Mira”, exclamé, “soy un judío que se ha fugado de Bergen-Belsen”. Y con total naturalidad respondió: “Ya me lo figuraba. Pero ahora no hay nada que temer”. No compartía yo, sin embargo, su opinión; creía que a los alemanes les costaría el cuello, que vendrían los de Bergen-Belsen, saquearían las fincas y prenderían fuego a todo. Por eso escribí el cartel que has visto fuera... Ahora sé que no hacía falta tomar tal precaución. Los de Bergen-Belsen no se vengaron, sencillamente estaban exhaustos, al límite de sus fuerzas...

Cinco años más tarde volví a encontrarme con B. Fue en el aeropuerto de Berlín mientras esperaba mi vuelo para Fráncfort. Entre los pasajeros vi a uno cuyo rostro me resultaba familiar y supe que le conocía. Nuestro avión llevaba una hora de retraso, pues a causa de la niebla no podía despegar. Mientras los restantes viajeros aguardaban tranquilamente en la sala de espera, un hombre joven corría inquieto de un lado a otro solicitando información, como si cada minuto perdido fuera vital para él. Un empleado del aeropuerto entró en la sala y acto seguido le abordó. Entonces reconocí la voz de B...

Tras el fin de la guerra, en cuanto se sintió con fuerzas regresó a su país. Era el mes de junio de 1945. Pero no le iba a resultar tan fácil como a nosotros los alemanes. Deambuló por los campos de concentración ya abiertos en busca de sus

familiares. Preguntó a los prisioneros liberados e investigó en los archivos abandonados por los nazis, por si hubiera quedado constancia del destino de sus parientes. Hasta que finalmente en el campo de Gross-Rosen sus pesquisas dieron fruto. Encontró el nombre de su hermana y le dijeron que había sobrevivido al horror. Lleno de nuevas esperanzas se dirigió a su ciudad natal. Ninguno de sus familiares estaba allí, nadie sabía qué había sido de ellos. Completamente desalentado, se acordó de Cracovia y de las palabras de su hermana cuando se despidieron en la primavera de 1942. Y efectivamente, allí estaba, esperándole.

—Mi hermana y yo somos los únicos que hemos sobrevivido. El resto de la familia murió en las cámaras de gas.

Y con estas palabras concluyó el relato de su odisea.

Quise saber dónde vivía en aquel momento, y oí estupefacta que B. se había instalado en Berlín occidental. Me mostró fotos de su mujer y de su hijito de un año y luego, con especial orgullo, una imagen de su comercio. Sobre el escaparate resplandecía el enorme rótulo de la relojería. No podía comprender por qué motivo había elegido precisamente Alemania, el país que tantos sufrimientos le había causado, y le sugerí que podía haberse trasladado a Palestina. Con un gesto de rechazo contestó que su lugar no estaba allí, que no era campesino y quería desempeñar otras tareas. Cuando insistí en que podía haberse establecido en otro país, puesto que no se sabía si pronto se desencadenaría otra guerra, replicó con una explicación estremecedora:

—Para nosotros los judíos es indiferente donde vivamos. Allá donde vayamos seremos perseguidos. Si los rusos ocuparan Berlín, si hubiera otra guerra, seguramente nos

llevarían a campos de concentración. Quizás esta vez a Siberia. No podemos escapar a nuestro destino. Pero una cosa voy a decirte, pese a todo mi vida ha merecido la pena.

Al pronunciar esta frase se le iluminaron los ojos y pensé muy conmovida que había rehecho su vida y que era realmente muy feliz con su mujer y su hijo. Adoptando un tono casi solemne, añadió:

—¿Sabes?, he patentado un invento. ¡Y vaya invento! Ya lo están utilizando en cuatro países. Eso nadie me lo podrá quitar. Aunque me liquiden, perdurará...

Ya en el avión nos sentamos en plazas contiguas, y B. procuró explicarme en qué consistía su revolucionario invento, tomando como muestra su reloj de pulsera. Estaba completamente enamorado de su obra. Luego habló del porvenir:

—Pero esto no es todo, tengo otros proyectos. Sólo deseo disponer de unos años más de libertad para poder trabajar en mis inventos.

## COMO SI NADA HUBIERA PASADO

El sol comienza a ocultarse cuando en la carretera hacia Celle llego hasta un indicador y giro. Al poco tiempo el sendero se convierte en una larga avenida flanqueada por castaños que desemboca en una finca. Y allí voy a pedir albergue. Desde los establos se oye el claqueo de cubos y el apacible mugir de las vacas. En el patio estaba abierta la puerta a una especie de cocina. Apoyo la bicicleta en un árbol y me acerco. Varias mujeres se ocupan de verter y filtrar la leche mediante paños. Al fondo del local zumba una

centrifugadora. En ese momento me asalta un impulso irrefrenable de beber leche fresca.

—¿Podrían darme alojamiento por esta noche? —pregunto.

Nadie responde. Repito la pregunta amablemente; quizá no me han oído.

—Tendrás que esperar a que llegue la señorita y pedirle permiso a ella —dice una mujer sin desviar la vista de los cubos, como si quisiera demostrar que la importancia de su labor no le permite movimiento alguno.

Tragándome la indignación, me doy la vuelta bruscamente y camino hacia el patio, donde los grandes establos hablan por sí mismos de la riqueza de esta finca; hasta en los montones de estiércol cuidadosamente apilados se percibe el orden ejemplar que impera en la propiedad. Abro una puerta que conduce a un amplio jardín y echo a andar muy despacio por un cuidado sendero salpicado de cantos rojizos. Tras las ramas de los árboles se oculta la blanca fachada de la mansión. La senda desemboca en una explanada adornada con macizos de flores. Desde allí me llegan voces. Disfrutando del cálido sol de la tarde, varias personas están sentadas en torno a una mesa. Al llegar a los árboles, me detengo para poder contemplar esta hermosa y pintoresca imagen, síntesis de bienestar y de sosiego. Ropa de verano, hombres jóvenes bien vestidos, un anciano de aspecto atildado, y a sus pies un magnífico dogo de manchas blancas y negras. El grupo ríe despreocupadamente. Cuando me acerco a ellos cruje la gravilla del sendero, y alzando la cabeza, el gran dogo se pone a gruñir. Me miran fijamente, en parte sorprendidos, en parte aburridos. El anciano trata de calmar al perro. Pido alojamiento y, como antes, me remiten a la «señorita». Me dispongo a alejarme para



esperarla en algún lugar del jardín cuando el anciano me pregunta:

—¿De dónde viene usted? ¿Qué significa esa marca tan rara que lleva en la blusa?

Siguiendo los consejos de B., como medida de precaución he cosido a la camisa el triángulo rojo de los «políticos». Cuando se lo explico, el anciano se muestra consternado, pero antes de que pueda añadir nada más interviene uno de los jóvenes:

—Dígame, ¿es verdad todo lo que se dice ahora sobre los campos de concentración? ¿Lo de los millones de personas asesinadas en las cámaras de gas no es un invento de los americanos? En cualquier caso parece que usted ha sobrevivido bastante bien.

Extenuada, vestida con mis harapos polvorientos, procuro contenerme, para no abofetear a aquel tipo arrogante. Pero un odio desconocido me domina y de mi boca salen palabras que hasta entonces nunca creí ser capaz de pronunciar. Les pregunto si conocen Bergen-Belsen, el campo de exterminio que apenas dista unos diez kilómetros de su finca paradisíaca. ¿Es que no han oído nunca ese nombre? Sólo lamento que todos los que ahora ponen en duda los crímenes cometidos en los campos, que niegan la muerte de millones de personas tildándola de mero relato de terror, no hayan sido enviados al menos un día a Bergen-Belsen, a esas montañas de cadáveres insepultos que se estaban descomponiendo cuando las tropas aliadas liberaron el campo...

En ese momento cruza la explanada la «señorita», vestida con camisa blanca, pantalones y botas de montar, y se dirige hacia el grupo, visiblemente aliviado por la interrupción. El anciano pregunta a su hija, podríamos decir que en mi

nombre, si puede proporcionarme alojamiento. Y ella me responde directamente:

—En casa no hay espacio. Pero puede dormir en el granero.

El anciano trata de poner alguna objeción, pero su hija replica secamente:

—¿Quién está a cargo de la finca, tú o yo? Estoy harta de que discutas mis órdenes continuamente.

Todos guardan silencio. La dueña de la casa me muestra el granero, y al pasar por el establo le pregunto si podría venderme medio litro de leche.

—No —responde—, no nos lo permiten. La leche está racionada.

Detrás de las casas donde viven los criados serpentea un arroyuelo entre pastos y alisos. El aire es fresco y se percibe un intenso olor a tierras pantanosas. A través del agua cristalina se ven los cantos rojizos del lecho del río. Sentada en la pasarela que utilizan las lavanderas me libero del polvo de la carretera, y mientras me refresco, se va aplacando mi ira. Cuando cruzo el río con el agua hasta las rodillas, dejando que la suave corriente me acaricie la piel, comienzo a recuperar el gusto por la vida. Estaba tan ensimismada en este juego que ni siquiera oigo que alguien me llama. De vuelta al granero, una mujer mayor me está esperando y en mal alemán dice:

—¿No te han querido vender leche? Lo he oído todo. Esa mujer es un demonio. Ven a casa. No tenemos mucho pero siempre podemos ofrecerte un plato de comida.

Y así llego a la casa de estos trabajadores ucranianos. Esa noche me cuentan que para ellos, esclavos del régimen hitleriano, nada ha cambiado tras el fin del horror. Día tras día, y desde hace casi cuatro años, siguen desempeñando sus

pesadas tareas, recibiendo la misma comida insuficiente y el mismo salario miserable. Pero ¿por qué no se han rebelado y exigido lo que les corresponde? Ahora no tienen nada que temer, pues la época de las SS y de la Gestapo ha terminado definitivamente. Responden con evasivas y parecen abatidos. Sólo cuando la conversación deriva hacia la Unión Soviética y les cuento mi historia, se atreven a hablar con franqueza: día y noche les atormenta la horrible angustia de ser obligados a regresar a su patria. ¿Es cierto que los aliados occidentales colaboran con las comisiones de repatriación de los rusos y que los refugiados son conducidos a Ucrania por la fuerza? Si es así, prefieren continuar con su miserable vida en la finca. Firmemente convencida, procuro explicarles que los aliados jamás permitirían tal cosa en sus respectivas zonas de ocupación, que nunca obligarían a los refugiados a volver a su país. Logro así calmar su desesperación. En aquella época no podía imaginarme lo que al poco tiempo pasaría con estos perseguidos.

Ha anochecido y hace un calor sofocante cuando me acompañan hasta el granero iluminando el camino con una linterna. El gran portón chirría al cerrarse. Al poco rato cruje el heno con cada uno de mis movimientos. Luego reina el silencio. Una vez que mi oído se ha acostumbrado al silencio, percibo súbitamente ruidos misteriosos. De todos los rincones de la oscuridad impenetrable me llegan crujidos y leves silbidos. Intento distinguir si se trata de ratas, de roedores o de murciélagos, o si es que todos ellos celebran este extraño concierto. Sea como sea me siento a gusto en su compañía. Incluso en este cobertizo maloliente, resulta agradable estar sola de nuevo en lugar de hacinada en el barracón con cientos de mujeres. Y con tan feliz sensación de libertad me quedo dormida... Hasta que nuevos ruidos me despiertan de los más bellos sueños. Cae una lluvia

torrencial y las gotas tamborilean sobre el gran tejado. Ya no cabe pensar en dormirse otra vez, pues me atormenta un dolor insoportable en los pies, como si se hubieran inflamado todas las articulaciones.

Por la mañana tengo los tobillos muy hinchados y cada pisada resulta una tortura, pero aún mucho peor es pedalear. En Celle me dicen que se trata de tendinitis y que debo guardar reposo absoluto. ¿Reposo? No, ahora no tengo tiempo. Primero debo alcanzar mi meta. ¿Ahora que he sorteado todos los obstáculos voy a interrumpir mi viaje? Eso es imposible. Me vengo firmemente los tobillos con pañuelos y reemprendo camino con los tendones inflamados. Es increíble hasta qué extremos impulsa la recuperada libertad. Se sacan fuerzas de flaqueza y se olvida uno de las enfermedades. Avanzo despacio, muy despacio, en dirección a Hannover. El cielo está nublado y el calor me adormece. De repente me sobresalto. Desde algún sitio alguien me ha saludado con un «hola». Una mujer me hace señas con la mano desde el borde de la carretera. Bajo de la bicicleta y ella viene corriendo hacia mí. Entonces veo que lleva puesto el uniforme gris de las vigilantes de las SS. Casi sin aliento, exclama:

—¿No te acuerdas de mí? Soy Senia. Bueno, así me llamaban las polacas en Ravensbrück. Tú estabas en la «columna forestal» y te llamas Grete, ¿verdad?

Ni siquiera me deja responder; enseguida añade señalando su rostro inflamado, completamente hinchado.

—Claro que entonces mi cara presentaba otro aspecto. Como estuve encerrada tanto tiempo en la cárcel del campo, enfermé de erisipela y luego tuve que ingresar en el hospital.

Su voz tiembla por las lágrimas contenidas.

—Por supuesto que me acuerdo —le digo—. Te enviaron al pabellón de calabozos porque pasabas clandestinamente cartas a los familiares de las prisioneras polacas. Y poco después una presa de tu columna se fugó.

Asiente con la cabeza.

—Sí, así fue. Hasta la evacuación de Ravensbrück, hace cinco semanas, estuve encerrada en el pabellón de calabozos. Sólo entonces me dejaron salir. Y ahora, ¿qué va a ser de mí? En cuanto llegue a Ulm me detendrán como antigua vigilante de un campo de concentración —añade entre sollozos.

—¿Qué dices? ¿Por qué te van a detener? Tú ayudaste a muchas prisioneras y por eso estuviste meses encerrada en prisión —dije tratando de tranquilizarla.

—Sí, pero ¿quién se lo creerá? —replica desconsolada.

Me siento junto a Senia en la cuneta para anotarle las direcciones de antiguas prisioneras y le aconsejo que les escriba como si el correo ya funcionara, añadiendo también mi dirección de Thierstein.

—Ante todo tienes que conseguir otra ropa, Senia. ¿Cómo puedes andar por ahí con el uniforme de las SS? Corres el riesgo de que te den una paliza o de que te maten.

—Puede que tengas razón, ni siquiera había pensado en ello. Como yo no hice nada malo, no tengo remordimientos.

## GOMORRA, 1945

Hannover es la primera gran ciudad que veo destruida por los bombardeos. Empujo la bicicleta por calles arrasadas y alfombradas de cristales. Durante kilómetros no se ven a

ambos lados más que las fauces aullantes de las ruinas, restos de fábricas con sus esqueletos de hierro entrelazados en caprichosas formas. Hasta la primavera parece haber huido de esta ciudad devastada. El fulgor del pálido sol queda velado por los torbellinos de polvo gris que arrastra el viento. Pasa mucha gente por las desoladas calles; me pregunto extrañada dónde vivirán, de dónde habrán venido y dónde se refugiarán. Avanzo lentamente hacia el centro de la ciudad hasta que encuentro el centro de asistencia para antiguos prisioneros de campos de concentración. Los sollozos desmedidos de varias gitanas invaden la sala. Buscan a sus maridos y a sus hijos. Las expresiones de consuelo no sirven. «Ya los encontraréis...», les dice alguien. Nadie le cree. Allí aguardan también los liberados, que tienen un único tema de conversación: ¿quiénes eran tus compañeros? ¿Sabes si ha sobrevivido tal persona? ¿Cuándo dejaron de gasear en tu campo? ¿También os dispararon al final? En un rincón dos jóvenes hablan de mujeres: «Para mí no hay duda, sólo podría casarme con una antigua prisionera. ¿Cómo podría casarme con otra? ¿De qué íbamos a hablar? Sólo una mujer que ha pasado por lo mismo que yo puede entenderme».

Como viajera en tránsito recibo dinero, cupones para alimentos y una cajetilla de cigarrillos. Pero alojamientos no quedan, ni siquiera para los prisioneros de los campos de concentración. Me sugieren que vaya al refugio de la estación. Me dicen también que en Hannover hay una oficina de la Cruz Roja internacional y voy allí llena de esperanza, pues por fin podré escribir a mis hijas a Palestina. Cuando estaba en Mecklenburgo intenté enviarles una señal de vida. Me acerqué a un soldado de aspecto judío que me encontré en la carretera, le expuse mi situación y le rogué que enviara por mí una carta a Jerusalén porque los

alemanes no podíamos utilizar el servicio postal. Al cabo de casi un año supe que el soldado había cumplido mi encargo. La Cruz Roja internacional, en cambio, rechaza mi petición. Tanto hablar de los campos de concentración y resulta que una alemana no tiene derecho a solicitar ayuda a esta organización humanitaria. En la ventanilla me despachan rápidamente: «Si ha tenido que esperar tantos años para escribir a sus hijas, puede aguardar un poco más».

Estoy ante la magnífica estación de Hannover. Llueve a cántaros. En la amplia plaza, rodeada de escombros y con múltiples impactos de bombas incendiarias, se eleva como último testigo incólume del antiguo esplendor la estatua ecuestre del rey Ernesto Augusto. La lluvia se derrama en regueros cobrizos por caballo y jinete; apenas se puede descifrar la inscripción del pedestal: «En agradecimiento al padre de la patria, su pueblo...». Sin poderme contener, suelto una atormentada carcajada. En las salas de espera, en andenes y pasillos, bajo los techos de la estación que han resistido las bombas, se amontonan los refugiados. Apáticos, sombríos, con los rostros demacrados, se tumban en cualquier rincón o deambulan por la estación como sonámbulos, con pasos lentos y mecánicos. Si en algún lugar hay bullicio, se trata de mujeres, generalmente jóvenes. Resulta espantoso comprobar cómo ha cambiado su modo de comportarse durante estos tiempos caóticos. Sus expresiones y ademanes son brutales y provocadores, y muchas de ellas me recuerdan a las prisioneras de Siberia. ¿Será debido a la despiadada lucha por la supervivencia o es que las dictaduras crean tales tipos humanos?

Despiertan mi atención los improvisados vehículos en que los refugiados transportan sus escasas pertenencias. Cuatro ruedecillas, una tabla clavada sobre ellas y ya está listo el vehículo. Los mejores están provistos de ruedas de bicicleta

o de lo que parece un carricoche; especialmente apreciados son, por supuesto, los cochecitos de niño, pues no cabe pensar en bicicletas. ¿Y dónde puede una guardar su valiosa posesión, la bicicleta, si se quiere pernoctar en el refugio? ¿Cómo puedo evitar que me la roben? Observo tan sorprendida como aliviada que en esta asolada estación en la que la lluvia se filtra por delante y por detrás, de donde no sale tren alguno y a la que tampoco llega ningún tren, la consigna sigue funcionando como si nada hubiera pasado. Esquivando los charcos, un diligente ferroviario entrega pacientemente papelitos numerados, cobra la tarifa y protege los tesoros depositados en sus manos. ¡He aquí el sagrado orden alemán!

El refugio de la estación está abarrotado; sin el documento que me entregaron en el campo de concentración no hubiera conseguido entrar. Todos los jergones de paja están ocupados, pero encuentro sitio en una de las largas mesas de madera. En los catres duermen mujeres y niños. También aquí están dispuestos en varias alturas. Este es uno de los «progresos» del régimen nazi, al igual que los barracones de una planta, el «estilo barracón», como lo llamábamos en el campo. A la luz mortecina del local observo a los que comparten la mesa conmigo. Casi todos son soldados mayores. Algunos ya están dormidos, con la cabeza apoyada en los brazos; otros charlan en voz baja. Cuando el de enfrente dice a su compañero que procede de Mannheim-Viernheim, presto atención. Al oír el nombre de esta ciudad acuden a mi mente las últimas y desesperadas palabras de Grete Sonntag: «Nunca volveré a ver a mis padres...». Dirigiéndome al soldado, pregunto:

—¿Conoces por casualidad a los Faltersleben, una familia que vive en Viernheim?



Faltersleben era el apellido de soltera de Grete Sonntag y Änne su verdadero nombre.

El soldado me responde amablemente:

—Por supuesto. Viven muy cerca de mi casa.

—Entonces sabrás qué ha sido del padre y de la madre.  
¿Están vivos?

Sorprendentemente replica:

—Si conoces a esa familia sabrás que el viejo murió hace unos años. Además, ¿por qué te interesas tanto por ellos? ¿Eres acaso de Viernheim?

—No, pero conocí a Änne y quisiera pedirte que cuando regreses le cuentes a su madre todo lo que le sucedió.

De pronto ha desaparecido toda huella de cordialidad en el rostro del soldado. Se muestra tan huraño y desconfiado que se me pasan las ganas de hablar. Pero él reanuda la conversación:

—También yo conocí a Änne y sé muy bien cómo le ha ido. ¿Dónde la conociste tú? Hace más de diez años que se marchó de Alemania, así que no me cuentes historias.

—Te estoy diciendo la verdad. La última vez que vi a Änne estábamos en Siberia.

A medida que le hablo del tiempo que pasamos juntas en el campo, su rostro se toma más sombrío. Cuando concluyo mi relato, se inclina sobre la mesa y murmura muy afligido:

—¿Y eso le ha sucedido a una comunista leal como Änne? ¡Es inconcebible! Y yo que creía que los periódicos nazis publicaban noticias falsas sobre Rusia... Durante estos años pensaba que al menos Änne estaba a salvo, que vivía en un país socialista. ¡Cuántas veces deseé haber tenido su misma suerte...!

A las seis de la mañana estoy pedaleando muerta de frío por la carretera que conduce a Hildesheim. A lo largo del muro que circunda los arrabales me escoltan las consignas nazis de los últimos años de la guerra pintadas en blanco o en negro: «Pueblo a las armas», reza una de letras gigantescas; «Antes muerto que esclavo», dice otra. Por todas partes, incluso en las columnas destinadas a los anuncios, donde sólo quedan jirones de papel, se ve una silueta negra; al principio me ha parecido que se trataba del reclamo publicitario de una novela policíaca, pero el título no se presta a confusión: «El enemigo está a la escucha».

## LA ÚLTIMA ETAPA

Apenas hace media hora que he dejado atrás la ciudad de Hannover cuando sucede lo que más temo: un pinchazo, y no llevo parches ni repuestos. Hasta donde alcanza la vista no hay casa alguna. Sólo al cabo de un rato aparece a lo lejos una granja aislada. Cuando pido ayuda al propietario de la casa, un anciano, responde con una pregunta categórica:

—¿Cuánto está dispuesta a pagar?

Le ofrezco dinero, pero lo rechaza como una ocurrencia descabellada. Le muestro entonces mi cajetilla de cigarrillos, que acepta con aire de desprecio. El hijo se encarga de la reparación en tanto el anciano acepta el pago. Pero cuando se da cuenta de que faltan dos pitillos, empieza a vociferar indignado que yo le he prometido un paquete completo y que nuestro trato ya no sirve. Incluso ordena a su hijo, que acaba de reparar el pinchazo, que vuelva a dejar la rueda como estaba. Al final, tras una larga negociación, el viejo

bribón se queda con la pluma que me dio Inka en Ravensbrück como regalo de despedida.

En Hannover me han dicho que circula un tren entre Hildesheim y Gotinga. Como antigua prisionera del campo de concentración obtengo un billete, y de este modo consigo estar ese mismo día en Gotinga. Al anochecer llego a una ciudad sin alumbrado público. Reina una oscuridad absoluta, pues ni desde las ventanas de las viviendas sale un rayo de luz. Los vidrios rotos por los bombardeos han sido reemplazados por cartones o por tableros. Una vez más me enfrento al problema del alojamiento. Un transeúnte me aconseja preguntar en la comisaría. Venciendo mis temores, me dirijo allí. Detrás de una barrera está sentado un funcionario ya mayor. Revuelvo en mi bolsa hasta encontrar el pase que me dieron en el campo y se lo muestro. Pero de tanto doblarlo y desdoblarlo se ha roto y cae al suelo en cuatro pedazos. El policía los recoge, lee atentamente cada línea del documento y me mira por encima de las gafas. Sacudiendo la cabeza me dice con tono paternal:

—¿Cómo puede ser tan descuidada con su documentación? ¿Acaso no sabe que este papel es muy valioso para usted?

Totalmente desconcertada, trato de disculparme. De pronto me siento como si fuera una niña a quien el profesor reprende por tener el cuaderno sucio. Y a continuación, instintivamente, me pongo en posición de firmes, llevando los brazos al costado, exactamente igual que en Ravensbrück. Por un instante he olvidado que soy libre. El amable policía va a buscar un bote de cola, recorta cuidadosamente una hoja de cartón blanco y flexible y pega sobre ella el despedazado documento. Tras desearme mucha suerte, pide a un colega más joven que me acoja en su casa.

A partir de aquella experiencia dejé de temer a la policía, que hasta mi definitivo regreso a casa resultó ser una eficaz agencia de alojamiento.

En cautividad se olvida pronto cómo es la vida en libertad. Sólo queda una vaga idea. La imagen por mí añorada cuando estaba encerrada era la de un sendero de hierba resguardado del cálido sol de verano por el follaje del bosque. Ahora, mientras voy por el bosque de Turingia, mi sueño se hace realidad. La carretera discurre paralela a un arroyo que serpentea por el magnífico valle. Es junio y los prados están salpicados de flores. El verde brillante contrasta con el fondo oscuro de las montañas pobladas de abetos. Un poco más allá, el río esquiva la carretera describiendo un gran arco. Caminando por el perfumado prado llego hasta la orilla; los arbustos forman oquedades ocultas a la vista y hay una roca lisa ideal para bañarse. El cauce queda en la sombra bajo los frondosos árboles y se oye el susurro de la corriente. El agua cae por las rocas en pequeñas cascadas y forma oscuros remolinos que se desplazan hacia la orilla. Me deslizo cuidadosamente en el arroyo, intento apoyarme en una roca con las dos manos y luego me dejo llevar por la corriente. Y así, en el agua fría y tumultuosa, recupero la desaforada alegría de vivir que ya creía olvidada.

Avanzada la tarde subo lentamente la pendiente. Como me preocupan las ruedas, me paro constantemente a examinarlas. Un ciclista se baja de un salto junto a mí y me pregunta amablemente si he tenido un pinchazo. Cuando comenzamos a hablar, me cuenta muy satisfecho que en su último recorrido por la comarca ha encontrado dos botellas de aguardiente de fabricación casera. Seguimos charlando animadamente y luego nos sentamos a orillas de la carretera para degustar sus magníficos tesoros. Delante de nosotros, en la curva del valle, hay un viaducto destruido. El amable

ciclista es constructor de puentes y está convencido de que ahora comienzan los buenos tiempos para él. En su imaginación erige con su antiguo esplendor los puentes bombardeados. Él mismo se encargará de construir muchos de ellos, será la gran oportunidad de su vida. Sentado en la carretera, a la luz del crepúsculo, habla entusiasmado de armazones y pilares, de planos e instalaciones, y se burla de quienes ahora se lamentan al ver tantos puentes destruidos. Pero no es la perspectiva del negocio lo que le entusiasma, sino la inmensa cantidad de proyectos que caerán en sus manos. Antes de despedirse me recomienda ir a un molino situado en el valle, donde tiene amigos que me darán albergue. En el reducido espacio de la vieja construcción se amontonan mujeres y niños, propietarios y refugiados. La molinera observa el gentío como un ermitaño a un grupo de viajeros que hubieran llegado a su bosque casualmente. No pierde la calma ni el buen ánimo. «Todo esto pasará, pronto vendrán tiempos mejores». Antes de partir me invita cordialmente a visitarla el próximo año durante mis vacaciones. ¿Ha dicho «vacaciones»? Nunca más volveré a disfrutar de tal asueto.

Cada soleado día de verano supera en belleza al que le sigue. Disfrutando del paisaje subo lentamente por una carretera de montaña. Mi mirada se eleva por encima del ajedrezado de los campos hasta las colinas del bosque de Franconia, que enmarcan el azul pálido del horizonte. Me sorprendo deseando que este viaje no acabe nunca.

Y en Saaldorf casi se cumple mi deseo. El puente estaba destruido, pero por fortuna había un transbordador. Lo descubrí desde la colina que bajaba hacia el río. Tenía que apresurarme, pues justo en ese instante la barca se acercaba a la orilla. Como tantas otras veces en aquellos días de completa desesperación, me invadió la sensación de que

aquella era mi última oportunidad de pasar al otro lado. Un estrecho sendero serpenteaba por la escarpada pendiente hasta el embarcadero. Bajé a gran velocidad, logré dominar algunas curvas y luego me despeñé por la ladera. Una de mis piernas quedó atrapada en la rueda. El golpe fue tan fuerte que en los primeros minutos ni siquiera sentí dolor, sino que sacando fuerzas de flaqueza me arrastré hasta el transbordador. Pero en cuanto llegué me desplomé. No podía andar. Me llevaron al puesto de la Cruz Roja del ejército americano, donde un enfermero me vendó firmemente la pierna y me instó a permanecer en cama varios días porque, como él decía, además de la grave herida podía tener agua en las piernas. Esto era alarmante, pero no tenía tiempo para ponerme enferma, y mucho menos estando tan próxima mi meta. Ese día tenía que llegar a Hirschberg, desde donde sólo dos días de camino me separarían de mi casa.

Agradeciéndole su ayuda vivamente me marché cojeando. ¡Qué bendición es tener una bicicleta! Incluso con la seria lesión de la pierna podía avanzar. Pero el dolor me eclipsaba el mundo; con grandes esfuerzos llegué al caer la tarde a la pequeña ciudad de Hirschberg. En la calle principal vi a un policía auxiliar, al que pregunté si sabía dónde podría hallar alojamiento. En lugar de responder inquirió a su vez:

—¿Es usted prisionera política?

Cuando asentí, añadió titubeando:

—¿Comunista tal vez?

Me sobresalté y repliqué enseguida:

—Antes sí, pero...

No pude continuar. Rápidamente me estrechó la mano y en su rostro se dibujó una expresión de admiración fanática y de sumisión.

—Permíteme alojarte en mi casa, camarada —imploró—. Tú has sufrido tanto por nosotros...

Me debatía entre la compasión y el rechazo, pero finalmente venció la compasión y accedí. ¡Qué tormento es ser venerado como un mártir! Los «camaradas» me agasajaron con pasteles y con café auténtico que sacaron de la nada. Exultantes de alegría, me contaron lo que habían preparado para recibir a los camaradas del Ejército Rojo, pues ya no cabía duda de que Turingia sería comunista. Querían salir a la calle con pancartas y banderas rojas.

Al día siguiente tenía que pasar la frontera de Baviera, pero no era fácil. Los americanos habían establecido controles en todas las zonas de paso porque querían contener la nueva oleada de refugiados que venía de Turingia huyendo del posible avance de los rusos. El hijo del policía comunista me guió por senderos escondidos hasta que llegamos a la autopista. Era la primera vez que veía este «adelanto» nazi del que ya me habían hablado. Ahora la carretera estaba devastada, sus puentes bombardeados y la hierba crecía en el asfalto. A lo largo de mi viaje había recorrido cientos de kilómetros por carreteras descuidadas, caminos embarrados y estrechos senderos, sorteando toda clase de obstáculos. En comparación, la autopista me parecía un verdadero prodigio. Era como estar suspendido en el aire y poder salvar enormes distancias sin el menor esfuerzo.

Pasé la última noche en Gefrees; fue la primera y única vez que me alojé en un hotel. Pero no podía conciliar el sueño. Tan cerca de mi meta, me asaltó súbitamente el miedo. ¿Qué pasaría si mi madre no estaba en Thierstein? De hecho, ni siquiera sabía si estaba viva. Quizá yaciera bajo los escombros de su casa. En Fürstenberg el soldado me había dicho que la Hans von Seeckt Strasse de Potsdam

había sido bombardeada por entero. Horas más tarde mi angustia se convirtió en pánico: vi el pueblo de Thierstein en ruinas.

Al amanecer abandoné el hotel y, cansada y deshecha, llena de malos presentimientos, me puse en camino. Al salir de Gefrees vi encorvado sobre la carretera a un hombre mayor que se afanaba rellenando con gravilla los agujeros del asfalto. Me acerqué temblando y pregunté:

—¿Conoce por casualidad Thierstein?

Alzó la vista, se frotó con el dorso de la mano los ojos lacrimosos y dijo en el dialecto de Franconia:

—Sí, claro que lo conozco.

Con voz apagada pregunté de nuevo:

—¿Está destruido?

Tenía la mirada clavada en la boca del viejo, que tardaba mucho en contestar. Por fin, como si no se dirigiera a mí, contestó:

—Sí, ardió.

La sangre no me llegaba al corazón, me fallaba la voz. Tenía que saber qué había pasado. Pero el hombre volvió a su trabajo sin añadir nada más. Me acerqué a él llevando la bicicleta y le supliqué:

—Por favor, dígame, ¿no queda nada del pueblo? ¿Ha ardido todo? ¿La casa de Johannes Thüring también?

Pero el anciano creía haber hablado suficiente sobre el tema, y con un «eso ya no lo sé» me volvió la espalda. Avancé un trecho, arrojé la bicicleta a la cuneta y me desplomé ocultando el rostro entre los brazos. En los prados se oía cómo afilaban las guadañas, esa letanía del verano tan querida para mí y que ahora sonaba como una burla frente a mi dolor. Todo había acabado. No tenía sentido continuar...



Pero entonces sucedió algo que seguramente se debía a los singulares cambios psicológicos que experimenta uno durante los largos años de cautiverio. El prisionero asume los reveses del destino de un modo anómalo, probablemente porque tiene que soportarlos en sucesión ininterrumpida. Le hieren hasta lo más profundo y en breve le desgarran la desesperación, pero suele recuperarse con mucha rapidez. Ni siquiera tiene fuerzas para aferrarse durante mucho tiempo a la profunda desilusión que siente. Inconscientemente la reprime.

Y eso es lo que me sucedió a mí en ese momento. Cuando yacía acurrucada en la cuneta estaba al límite de mis fuerzas, me había dado por vencida. Pero a los pocos minutos me enderecé y tomé una decisión increíble: si Thierstein estaba realmente en ruinas y no podía encontrar allí a ninguno de los míos, entonces iría a Potsdam. Tenía que averiguar qué había sido de mi madre.

Cuando traté de levantarme el cuerpo no me respondía, las piernas me temblaban. Con gran esfuerzo subí por la empinada carretera. Tenía que cerciorarme y comprobar qué había pasado en Thierstein. En un prado estaban segando. Fui hacia el campesino y le pedí confirmación de la mala noticia. Efectivamente, Thierstein había ardido. Todo el mundo lo sabía. Algunos decían que el pueblo entero se había quemado, otros que sólo la mitad. Una formación de SS atrincherada en el camposanto había disparado contra los americanos que se aproximaban. Estos respondieron con fuego de artillería y el pueblo ardió.

Con el corazón encogido, seguí adelante. A medida que me aproximaba a la meta que ahora tanto me asustaba, mis fuerzas flaqueaban. Cuando entré en una granja a pedir agua, ya no osé preguntar. Sumida en pensamientos

atormentadores, llegué a una sierra desde donde se veían las montañas y pueblos de la comarca. A pocos kilómetros de distancia divisé sobre un oscuro bosque de abetos el torreón del castillo en ruinas de Thierstein; el pueblo quedaba oculto por los árboles. Hacía veinticinco años que no había estado allí. Al ver aquella elevada torre en cierto modo me animé, y con renovado valor descendí hasta el pie de la montaña de Thierstein. En un campo cercano resplandecía el pañuelo blanco con que se cubría una campesina. Tras apoyar la bicicleta en un árbol, me dirigí muy despacio hacia ella. Tenía la impresión de hallarme ante el tribunal que iba a pronunciar su veredicto: «La casa de Johannes Thüring es una de las pocas que sigue en pie. Allí encontrará a su madre, su hermana, su cuñado, el doctor Fleiss y varios niños». Las lágrimas resbalaban por mis mejillas, sollozaba y balbuceaba frases incoherentes. Rápidamente me abalancé sobre la bicicleta. Como en una exhalación, subí la pendiente, corrí por la calle del pueblo flanqueada por casas derruidas y reconocí la vieja fuente de la plaza y la casa de mis abuelos. En el patio estaba mi hermana, que dio un grito cuando me arrojé a sus brazos. Arriba, desde las empinadas escaleras de madera que conducían al zaguán, la voz avejentada de mi madre repetía una y otra vez: «¿Es verdad que ha vuelto? ¿Es verdad que ha vuelto?».



MARGARETE BUBER-NEUMANN (1901-1989), fue una destacada miembro del Partido Comunista durante los años de la República de Weimar. Sobrevivió a prisión, tanto en la Unión Soviética como en la Alemania nazi.

Nació como Margarete Thuring en Potsdam, y en su juventud fue activista en organizaciones juveniles socialistas. Después de la Primera Guerra Mundial se volvió más radical y se unió al recién fundado Partido Comunista Alemán (KPD). En 1922 se casó con Rafael Buber, judío. Tuvieron dos hijas. Tras su divorcio en 1929, se casó de nuevo, con el dirigente comunista alemán Heinz Neumann. Cuando los nazis llegaron al poder en 1933, Neumann se exilió en la Unión Soviética. Durante la década de 1930 ambos trabajaron para la Internacional Comunista, primero en Francia y luego en España, durante la Guerra Civil española.

En 1937 Heinz Neumann fue arrestado en Moscú como parte de la Gran Purga de Stalin y más tarde ejecutado. Margarete nunca se enteró de su destino exacto. Fue

arrestada y enviada a un campo de trabajo en Siberia como «esposa de un enemigo del pueblo». Tras el pacto nazi-soviético de agosto de 1939, formó parte de un número de comunistas alemanes entregados a la Gestapo en 1940 por los soviéticos.

Luego Buber-Neumann fue apresada y enviada al campo de concentración de Ravensbrück. Debido a que había renunciado al comunismo como resultado de sus experiencias en la Unión Soviética, fue tratada como prisionera relativamente privilegiada, lo que le permitió sobrevivir cinco años en el campo. Sin embargo, junto con todos los demás presos, tuvo que soportar el hambre, el frío, las enfermedades, los piojos, los castigos corporales y los períodos de confinamiento solitario en la oscuridad total; padecimiento que habría sufrido ya mientras se hallaba confinada en Siberia. Fue liberada en abril de 1945.

En 1948 publicó *Als Gefangene bei Stalin und Hitler* («Bajo dos dictadores: Prisionera de Stalin y Hitler»), un relato de sus años en los campos nazis y soviéticos, que despertó la hostilidad de los alemanes y los comunistas soviéticos.

En 1957, Buber-Neumann publicó *Von Potsdam nach Moskau: Stationen eines Irrweges* (*De Potsdam a Moscú: Estaciones de un camino equivocado*). En 1963 publicó una biografía de su amiga en Ravensbrück, *Milena Jesenská (Kafkas Freundin Milena)*. En 1976 publicó *La Llama extinta: los destinos de mi tiempo*, en el que alegaba que el nazismo y el comunismo eran en la práctica lo mismo.

En 1980, Buber-Neumann fue galardonada con la Gran Cruz del Mérito de la República Federal de Alemania. Murió en Fráncfort del Meno en 1989. Sus hijas de su matrimonio con Rafael Buber se establecieron en Israel después de la guerra.

## Notas

[1] Comisariado del pueblo para asuntos internos (NKVD): era la denominación del Ministerio del Interior. (*N. del T.*) <<

[2] Organización internacional comunista o III Internacional, fundada por Lenin en 1919 y disuelta en 1943. (*N. del T.*) <<

[3] Rama del Partido Comunista soviético (*N. del T.*) <<

[4] Administración o Dirección política del Estado. En realidad era la policía política soviética creada en 1922 para reemplazar a la Vecheka. Conocida posteriormente como la OGPU, en 1934 fue absorbida por la NKVD. (*N. del T.*) <<

[5] Vagón de ferrocarril que habitualmente se empleaba en Rusia para el transporte de prisioneros. (*N. del T.*) <<

[6] Lata de conserva de cuatro litros que los prisioneros utilizan como plato. (*N. del T.*) <<

[7] Oh, cabeza mía, la felicidad no reposa nunca sobre ti; oh, laúd mío, nunca tañes cantos alegres... (*N. del T.*) <<

[8] Asociación juvenil alemana de carácter similar a los *boy-scouts*. (*N. del T.*) <<

[9] Cuerpo republicano de defensa, organización militar creada por los socialistas austríacos. (*N. del T.*) <<

[10] Soldados nazis que continuaron luchando contra los aliados tras el fin de la guerra. (*N. del T.*) <<

[11] En la jerga de los campos de concentración el término «musulmán» designaba a los prisioneros extenuados, destinados a la selección. (*N. del T.*) <<

# Índice

|                               |     |
|-------------------------------|-----|
| Prisionera de Stalin y Hitler | 3   |
| Prólogo                       | 6   |
| PRÓLOGO DE LA TRAGEDIA        | 12  |
| LA VIDA ES MÁS ALEGRE         | 12  |
| LOS QUE QUEDAN ATRÁS          | 19  |
| LOS DESTERRADOS               | 26  |
| VIDA, HASTA NUEVA ORDEN       | 31  |
| DETENIDA                      | 38  |
| CELDA 31                      | 43  |
| LOS OBCECADOS                 | 53  |
| EL SINO DE LAS MUJERES        | 59  |
| UN CUMPLEAÑOS                 | 65  |
| LOS CONDENADOS EN LA TIERRA   | 71  |
| INTERROGATORIOS               | 71  |
| SENTENCIA                     | 79  |
| TRANSPORTE                    | 84  |
| LLEGADA A KARAGANDA           | 95  |
| AL FINAL DEL MUNDO            | 103 |
| PRIMER TRABAJO                | 110 |
| VIDA DIARIA EN SIBERIA        | 118 |
| EN EL BLOQUE DISCIPLINARIO    | 118 |
| BORÍS                         | 127 |
| EN EL CORAZÓN DE LA ESTEPA    | 139 |
| BESTIAS DE CARGA              | 146 |
| OTOÑO                         | 155 |

|                                                             |     |
|-------------------------------------------------------------|-----|
| REGRESO A BURMA                                             | 163 |
| EN EL HOSPITAL                                              | 170 |
| INVIERNO SIBERIANO                                          | 177 |
| UNA NUEVA ÉPOCA                                             | 185 |
| ENTRE EL TERROR Y LA ESPERANZA                              | 194 |
| DE VUELTA AL CAMPO CENTRAL                                  | 194 |
| DESPEDIDA DE KARAGANDA                                      | 200 |
| VOLVEMOS A VER LA BUTIRKA                                   | 205 |
| ¿QUÉ SERÁ DE NOSOTRAS?                                      | 217 |
| VIAJE A LO DESCONOCIDO                                      | 224 |
| ENTREGADAS                                                  | 231 |
| EL PUENTE DE BREST-LITOVSK                                  | 231 |
| EN MANOS DE LA GESTAPO                                      | 239 |
| BERLÍN, ALEXANDERPLATZ, 1940                                | 250 |
| CONDENADA A PERMANECER EN UN CAMPO<br>DE CONCENTRACIÓN      | 257 |
| RAVENSBRÜCK                                                 | 268 |
| UN NUEVO INFIERNO                                           | 268 |
| ENTRE PROSTITUTAS Y DELINCUENTES<br>COMUNES                 | 280 |
| DE NUEVO, VIDA DE CAMPO DE<br>CONCENTRACIÓN                 | 288 |
| CAZADORES Y CAZADOS                                         | 296 |
| EN MI CARGO DE JEFA DEL BLOQUE DE LAS<br>TESTIGOS DE JEHOVÁ | 305 |
| EL IMPERIO DEL ORDEN                                        | 311 |
| INSPECCIÓN                                                  | 318 |
| MÁRTIRES MODERNOS                                           | 323 |
| MILENA                                                      | 330 |



|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| MUERTE PRÓXIMA                   | 343 |
| EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN CRECE  | 359 |
| TRABAJO PARA EL REICH            | 367 |
| EL ABISMO                        | 378 |
| SECRETARIA DE LA VIGILANTE JEFE  | 378 |
| UNA PERSONA Y SUS DUDAS          | 383 |
| ARRESTO EN LA OSCURIDAD          | 399 |
| TINIEBLAS Y RESURRECCIÓN         | 413 |
| LOS MUERTOS Y LOS SUPERVIVIENTES | 424 |
| ESCLAVAS EN LA CINTA DE TRABAJO  | 424 |
| EL FINAL DE MILENA               | 430 |
| EL MUNDO FUERA DE ALLÍ           | 434 |
| MORIBUNDA EN LA ENFERMERÍA       | 439 |
| LA MATANZA CONTINÚA              | 445 |
| LOS ÚLTIMOS DÍAS DE RAVENSBRÜCK  | 453 |
| EL REGALO DE LA LIBERTAD         | 464 |
| EL MUNDO SIN ALAMBRADAS          | 464 |
| EN COCHE DE CABALLOS             | 473 |
| ENCUENTROS CON EL PASADO         | 484 |
| EL FINAL DEL ESPLENDOR           | 500 |
| ENTRE ANTIGUOS CAMARADAS         | 518 |
| CRUZANDO EL ELBA                 | 526 |
| DE VUELTA A CASA                 | 540 |
| UN RELATO DRAMÁTICO              | 540 |
| COMO SI NADA HUBIERA PASADO      | 551 |
| GOMORRA, 1945                    | 557 |
| LA ÚLTIMA ETAPA                  | 562 |
| Sobre el autor                   | 571 |

